Nancy Kress

UNA LUZ EXTRAÑA

El enfrentamiento galáctico entre ged y humanos ha llegado a Qom, un planeta donde una perdida colonia terrestre ha olvidado sus orígenes y ha vuelto a una sociedad preindustrial. Los ged, una especie galáctica cuya conducta se basa en el sentimiento de lo colectivo, quieren utilizar Qom como experimento para intentar comprender a esa curiosa especie humana capaz de ejercer violencia con otros miembros de la propia especie. Con los ged, los humanos de Qom aprenderán los secretos de la ciencia y la tecnología, mientras los ged, por su parte, esperan comprender el funcionamiento de la mente humana al observar su proceso de aprendizaje.

Nancy Kress

Una luz extraña

ePub r1.3
Titivillus 28.06.17

Título original: *An Alien Light*
Nancy Kress, 1988
Traducción: Salo Sadi
Cubierta: Juan Jiménez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRESENTACIÓN

En el seno de la ciencia ficción se ha planteado a veces una disyuntiva bastante absurda: aquella que pretende que hay libros interesantes por sus ideas y otros interesantes por su estilo literario. En realidad cualquier obra literaria, dentro o fuera de la ciencia ficción, debería ser capaz de ofrecer ambos elementos: ideas y estilo. Aunque, desgraciadamente, no siempre sea así.

De ahí que acabe siendo natural que los lectores con mentalidad conceptista resulten más proclives a valorar el fondo (las ideas) que la forma. Por ello suelen aceptar una novela de ideas aunque esté pobremente realizada desde un punto de vista del estilo literario, lo que, desgraciadamente, suele ser el caso más frecuente en la ciencia ficción, cuando menos en el período clásico.

Por otra parte, los culteranos tienden a valorar la forma y el estilo literarios con independencia de la riqueza e interés de las ideas que soporten la narración. Estilistas como Delibes, Borges o Cortázar nos pueden deleitar con narraciones que apreciamos por su estilo formal y el dominio del lenguaje, casi con total independencia de aquello que nos cuentan. Digamos de paso que la mayor atención a los temas estilísticos en la más moderna ciencia ficción se ha prestado, a menudo, en detrimento de la riqueza de ideas, que había sido la característica del género en sus años dorados.

Aunque hay brillantes excepciones (y UNA LUZ EXTRAÑA *es una de ellas), no siempre los dos elementos, ideas y estilo, se dan cita en una novela de ciencia ficción. Y de ambos elementos, el conceptista de las ideas es el que suele quedar mejor trasladado a las versiones en castellano de que dispone el lector español. Desgraciadamente no hay muchos Delibes, Borges o Cortázar realizando traducciones de ciencia ficción, y por ello es habitual que la obra de este género que puede leerse en traducciones al castellano haya perdido quizá mucho del encanto que el estilo y la calidad literaria del original inglés pueda haber tenido.*

Viene todo ello a cuento porque UNA LUZ EXTRAÑA*, de Nancy Kress, es una novela con sugerentes ideas y especulaciones servida en un envoltorio estilístico y lingüístico de lujo. Uno de esos casos excepcionales en los que resulta evidente que la traducción al castellano puede mantener la riqueza de ideas pero, indefectiblemente, va a perder parte de la gran calidad literaria del original inglés, el cual constituye una verdadera maravilla estilística y de dominio del lenguaje.*

Siempre me ha parecido acertado el dicho popular que afirma que cualquier traducción es, en cierta forma, una traición al original, idea que encuentra tal vez su expresión más sencilla y directa en la forma italiana: «traduttore, traditore». Inevitablemente habrá algo de traición en la presente versión castellana de UNA LUZ EXTRAÑA, *simplemente porque ni su traductor al castellano, ni la correctora de estilo, ni yo mismo estamos dotados de la gran habilidad literaria de Nancy Kress. Pero el que este hecho puede darse también en muchos otros casos de la edición de ciencia ficción en castellano no me parece razón suficiente para silenciarlo. En cualquier caso, estoy convencido de que aquí presentamos una buena versión de* UNA LUZ EXTRAÑA *al castellano, pero ello no es óbice, cortapisa ni valladar para reconocer que algo (espero que no mucho) de la riqueza estilística del original inglés se ha perdido irremisiblemente como, de hecho, suele perderse en la mayoría de traducciones.*

*Sirva la anterior digresión para recalcar el interés del aspecto literario y estilístico de una novela extraña que es, también, una fuente de sugerencias y especulaciones francamente inagotable. Tal y como dice Marta Randall, escritora de ciencia ficción. «*UNA LUZ EXTRAÑA *es un libro sorprendentemente bueno: imaginativo, con una trama sólida y repleto de personajes fascinantes.»*

En lo temático, la novela se permite una profunda investigación sobre el sentido de lo humano a través de interesantes personajes sometidos a un curioso experimento por parte de unos alienígenas.

Los geds son una especia galáctica cuya conducta se basa en el sentimiento de lo colectivo. En su deambular por la galaxia han encontrado finalmente a los humanos, con quienes los enfrenta una guerra decisiva. Pero los esquemas mentales de los geds, basados en la empatía y la colaboración mutua intraespecie, son incapaces de comprender a los humanos con su sorprendente individualidad. Además, según todo lo conocido en la galaxia, el hecho de que los humanos hayan llegado a dominar la propulsión estelar parece reñido con la sorprendente capacidad de los humanos para ejercer la violencia con otros miembros de la propia especie. Para proseguir la guerra, los geds deberán antes comprender a los humanos.

Por ello acuden a Qom, un planeta en el que una perdida colonia terrestre ha olvidado sus orígenes y ha vuelto a una sociedad preindustrial. Los humanos de Qom están escindidos en dos ciudades: Delysia, la ciudad de los mercaderes, y Jela, la ciudad de los guerreros. Se trata de dos comunidades enemistadas y en permanente pugna. Sin embargo, los geds construyeron una gran ciudad amurallada y prometen riquezas y nuevas armas a todos aquellos que se comprometan a residir por un año en la ciudad de los geds. La oferta atrae a varios marginados y aventureros, tanto de Jela como de Delysia.

En el interior del Muro, los humanos aprenderán los secretos de la ciencia y la tecnología, mientras los geds esperan comprender el funcionamiento de la mente

humana mediante la observación de su proceso de aprendizaje. Pero los geds, en su ignorancia de lo que configura las principales características de la humanidad, son incapaces de adivinar que la estancia en el interior del Muro hará que algunos de los humanos logren romper las barreras ancestrales que enfrentan a jelitas y delysianos, para deducir mucho más de lo que los geds les quieren enseñar tanto sobre la naturaleza del universo como sobre el sentido de la propia humanidad.

Los geds disponen, como el lector, de todos los elementos para la comprensión de eso tan complejo que llamamos humanidad, aunque en verdad es el lector quien está realmente capacitado para seguir el discurso eminentemente humano de Kress y sus personajes. Porque la novela es, en realidad, una investigación sobre el sentido de lo humano, y así lo ha comprendido la mayoría de comentaristas y críticos. Veamos algunos ejemplos:

> En el microcosmos de ese experimento nos vemos a nosotros mismos: hombre, mujer, curador, guerrero, héroe, bruto. Y, en el seno y más allá de ese espectro de diferencias, descansa la respuesta central y única a la paradoja de lo que somos. Kress da a todo ello el papel central en la novela, un asunto de gran amenidad. Esa búsqueda de la comprensión incluye más atractivos que la más excitante batalla espacial.
>
> EAREN MILLER en *Locus*

> Nancy Kress ha escrito una novela que disecciona gráficamente las raíces de la violencia humana, mientras afirma la invencibilidad del espíritu humano. UNA LUZ EXTRAÑA es a la vez provocativa y perspicaz.
>
> JULIAN MAY

El planteamiento es precisamente de los más típicos en la ciencia ficción clásica: construir una situación nueva y averiguar cómo se desenvuelven en ella los protagonistas. Junto al interés del contenido temático de la novela, destaca en UNA LUZ EXTRAÑA*, como en toda la obra de Nancy Kress, la cuidada atención al desarrollo psicológico de los personajes, a su evolución y maduración personal. Es una combinación que hace cierta la afirmación de Jane Yolen respecto a que la ciencia ficción, a menudo caracterizada como una «literatura de ideas» es, en el fondo, una «literatura de personajes y de ideas». Aquí encontramos a los personajes creíbles y bien diseñados que hacen buena cualquier novela.*

También este aspecto de buen hacer simplemente literario y lingüístico ha sido destacado por comentaristas y críticos:

> [Kress] es un bicho raro: una narradora nata que elige las palabras con el cuidado de un poeta. Kress me ha hecho pensar y me ha hecho sentir,

con tal habilidad que sólo al terminar el libro me acordé de sentirme profesionalmente envidioso.

SPIDER ROBINSON

Nancy Kress tiene el don del verdadero narrador: la habilidad de hacer que sus personajes y aquello que les ocurre sea tan vital que el corazón del lector sufra.

STEPHEN R. DONALDSON

Y nada más, tan sólo recordar que, además de contar con una situación sorprendente y unos personajes francamente creíbles y entrañables, la novela debería ser vista como una interesada exploración de la infinita capacidad de la humanidad para cambiar. Nada más y nada menos.

MIGUEL BARCELÓ

A Jeff Duntemann,
que me trajo al siglo veinte,
y
a Mary Stanton,
escritora, jefa, amiga.

I

LA PARADOJA CENTRAL

Todas las ciudades están cimentadas en el temor.

JOHN ANTHONY

1

—Uno —dijo el ged—. Desde la tercera puerta.

—¿Qué hace?

—Golpea la pared para escapar.

—Ya —dijo el segundo ged, en las configuraciones gramaticales de un hecho observado. Los dos contemplaron la pantalla mural, que mostraba una habitación gris y pequeña, sin ventanas, bien iluminada, con un humano golpeando la pared. El ged cerró los ojos salvo el central, ubicado tan alto en su frente que el campo de su visión se extendía hasta el cénit, contra la hiriente brillantez. Sus feromonas tomaron un leve tinte de malestar, y el primer ged se aproximó a él, con sus feromonas oliendo a simpatía.

—¿Cuántos han entrado hasta ahora en el perímetro?

—Quinientos setenta. Admitiremos sólo treinta más —dijo el segundo ged aunque por supuesto el otro ya lo sabía; ése era el porqué de su pregunta. Las dos voces eran bajas, vagamente refunfuñantes, casi sin modulación. Por un momento el primer ged dejó que sus feromonas olieran a fatiga, y el olor de simpatía del otro se volvió más fuerte.

—¿Éste?

—Probablemente no. Si vence este temor violento y vuelve a entrar en razón, quizá. Pero ni siquiera ha cogido la gema. Su verdadero deseo parece estar dominado por su violencia.

El humano, que vestía el tebl pardo de un ciudadano jelita, cayó al suelo, enroscándose en una sólida y temblorosa pelota. Los ged observaban, ambos reprimían las potentes feromonas de disgusto por cortesía hacia el otro. La habitación en la que estaban, dentro del doble perímetro del muro que incluía la «ciudad» vacía y expectante, estaba iluminada por el resplandor borroso y anaranjado del sol ged; olía al buen aire con base de metano, de Ged; era una temperatura adecuada para la seriedad de este proyecto de los ged. Pero no era Ged, y ambos estaban tristes. Habrían preferido estar en Ged, o con la Flota, si no fueran necesarios aquí. Cada uno de ellos olía la tristeza del otro, pero no hablaban de ello. No era necesario. Los dieciocho ged dentro del perímetro olían igual.

El primer ged puso en blanco la pantalla mural, volviendo la habitación a su

luz normal, y ambos abrieron el alto ojo central. Aunque había sido desarrollado para avistar los formidables predadores dominantes —extintos desde milenios— y ahora era en su mayor parte inútil, había aún un sentimiento de malestar cuando el ojo central estaba cerrado. Los rostros geds —simétricos, lampiños, humanoides, excepto por los tres ojos y una falta de músculo subcutáneo— no mostraban expresión. Ésa había sido una de las cosas más difíciles de entender durante el año que habían pasado observando a los humanos fuera del muro del perímetro: que las grotescas distorsiones de los músculos faciales humanos portaban información. Había sido difícil incluso para la Biblioteca-Mente, a la que le había llevado mucho más tiempo encontrar ese modelo que los modelos del lenguaje. Los ged no esperaban la sofisticación de los feromonas, pero tampoco esperaban espasmos musculares. Ninguna otra especie inteligente, en ningún otro lugar, transmitía información por medio de espasmos musculares.

Una diferencia más que los dejaba perplejos.

—Datos significativos —gruñía muy suavemente la Biblioteca-Mente. Los dos geds se prepararon para escuchar—. Datos significativos. Nivel Tres. Biología confirma que todos los humanos son realmente de la misma especie. La Paradoja Central no está resuelta por la explicación de la multiespecie. —La Biblioteca-Mente ofreció las dos últimas palabras en las configuraciones de una explicación de la cual se descubrió que era contraria a los hechos.

El primer ged susurraba entre dientes con exasperación. El otro palmeó cortésmente a su compañero en la espalda y en las piernas, emitiendo feromonas de consuelo.

—¡Por lo menos habría explicado la violencia de uno con el otro! —dijo el primer ged.

—Sí, que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que cante siempre.

—Siempre cantará. No estamos más cerca de una respuesta de lo que estábamos, Grax.

—No. Quizá cuando los humanos entren.

El primer ged echó un vistazo a la oscurecida pantalla del muro. El otro hizo lo mismo. En ambas mentes corrían los mismos pensamientos, no porque compartieran la mente, como hacían algunas especies, sino porque los pensamientos eran los que todos los ged, genéticamente similares y tan capaces de una civilización inteligente, tendrían en esta situación. Olieron mutuamente sus feromonas y pensaron en Ged, en defender sus hogares, en la Flota, en la importancia de resolver la Paradoja Central. Pensaron en el tiempo que se agotaba.

2

El río estaba creciendo entre sus orillas; una oscura corriente de agua se movía en dos direcciones a la vez. Una brisa de Primeranoche llevó el perfume del agua de montaña a Ayrys, inmóvil junto a su fuego. Encendido sobre una ancha y desnuda plataforma de roca entre el río y la tierra alta, el fuego podía ser divisado fácilmente desde las colinas de alrededor; un faro en la profunda tiniebla. Un fuego semejante para un viajero solitario e inepto era una estupidez, o un desafío, o ambas cosas. A Ayrys ya no le importaba.

En la roca, junto a ella, al lado de una botella de vidrio azul, había un cuchillo que ella no sabía cómo usar. La Pequeña Luna se había elevado, cubriendo la sabana de una fría luz blanca. La sabana se agitaba mientras comenzaba nochetrés, esa noche que sólo unas pocas horas antes la había hecho correr con los ojos desorbitados en busca de la seguridad del árido borde de roca. Las vastas agitaciones de la sabana parecían haber terminado finalmente. ¿Y ahora qué? Criada en la ciudad, ella no lo sabía. El crepúsculo había sido bastante extraño.

Exactamente detrás del borde de roca, una enorme planta kemburi, que se había tendido tranquilamente, absorbiendo la luz del sol todo el diatrés, había deslizado vastos zarcillos esponjosos formando una densa bola contra el frío que se acercaba. Un zarcillo se había arrollado alrededor de un pequeño animal de ásperas orejas que Ayrys no podía identificar, era como una pequeña bolsa de calor en movimiento. El zarcillo lo había llevado hacia el interior del kemburi; el animal había gritado una sola vez.

Detrás del kemburi, unos arbustos espinosos habían disparado súbitamente sobre la hierba agudas púas que transportaban esporas. Pequeñas flores silvestres, que habían crecido febrilmente en el resplandor desde Primeramañana hasta Ultimaluz, doblaban, en forma igualmente rápida, brillantes pétalos bajo las espinosas hojas exteriores. Una cosa invisible había esparcido un picante aroma en el viento y otra cosa también invisible había respondido con un rápido crepitar de ramitas. Toda la sabana se había plegado sobre sí misma contra la noche; una espinosa piel verde, opaca, se arrastraba abajo, sobre la roca, y cuando había comenzado la irrupción vegetal ningún animal aullaba ni se movía.

Ahora se estaban moviendo de nuevo.

Ayrys se trasladó fatigosamente desde el fuego hasta la orilla del río, se arrodilló y hundió sus manos para tantear las bolas de arcilla que había pegado bajo el colgante de roca. Las bolas aún estaban allí; así pues, el río no estaba creciendo tan rápidamente como había temido. No se desbordaría —por lo menos en este tramo— hasta que hubiera pasado la nochetrés. Podía esperar aquí, si quería, hasta Primeramañana.

¿Por qué debería esperar? En pocas horas más, Gran Luna se elevaría, facilitando luz suficiente para caminar. No había razón para esperar. No había

razón para no esperar.

Embry…

Con los ojos fuertemente cerrados y la mano aún hendiendo el agua fría, Ayrys esperó este nuevo golpe de dolor. Pasaría; eso lo había aprendido ya en sus tres días de exilio. Siempre pasaba. Hundió las uñas de una mano en la muñeca de la otra y aguardó.

El fuego había disminuido. Ayrys lo reavivó, alimentándolo hábilmente con ramitas y hierba, aprovechando al máximo cada trozo. Había una pila de leña vieja junto a otra de hierba alta, como puntas de tenedor, que inexplicablemente crecía en algunos lugares de la sabana y no en otros. Un buen encendedor de fuego, pensó burlonamente; todos los sopladores de vidrio eran buenos encendedores de fuego. Era la primera cosa que había hecho bien en su exilio de Delysia, lleno de traspiés.

Cuando el fuego llameó otra vez, Ayrys se sentó en cuclillas y se quedó contemplándolo. La luz del fuego se deslizaba sobre las curvas de la botella azul. En la tierra oscura susurraba la hierba; olía a zarza y algún olor penetrante que Ayrys no podía identificar. Detrás de la sabana se extendía más sabana, siempre en pendiente hacia abajo, hasta que en alguna parte tres días detrás de ella yacía el amplio valle que se deslizaba hacia el mar. Y Delysia. Y Jela. Y delante, más alto en las montañas…

Algo con cuatro alas y una enorme cabeza que se movía arriba y abajo voló a un brazo sobre su cabeza. A lo lejos un *kreedog*, merodeador nocturno, aullaba a la fría luna.

Un sonido como el castañeteo de mandíbulas, y luego un grito.

Ayrys se revolvió en su manta. Durante unos momentos angustiosos, no totalmente despierta, no supo dónde estaba. El grito se elevó de nuevo, hubo un blanco resplandor en las tinieblas, justo más allá del borde rocoso, y Ayrys se incorporó y saltó hacia delante. A mitad de camino del kemburi, su mente, viniendo desde lejos, alcanzó sus músculos. El grito no había sonado en el punto extremo del miedo; era otra cosa.

El kemburi, escondido en la hierba cuya altura llegaba hasta el pecho, había sentido el calor y había abierto sus deteriorados vástagos. Una mujer luchaba, rodeada por espirales gris-verdoso cerca del borde rocoso.

La mujer cortó la planta con un cuchillo y lanzó un nuevo grito, tan agudo como para herir los tímpanos y con suficiente entusiasmo como para detener bruscamente a Ayrys, incrédula: ¡la mujer disfrutaba luchando contra el kemburi! Dos gruesos y esponjosos vástagos agarraban su pierna izquierda, mientras otros se arrastraban hacia ella. Debido a la noche fría, el grueso kemburi se movía lentamente mientras se trasladaba hacia el calor del cuerpo de

la mujer. No se movería a tiempo; la presa ya había cortado un vástago y comenzaba con el otro con golpes precisos, como los de un guerrero.

Guerrera… era una hermana-guerrera jelita.

Ayrys apretó el puño sobre el cuchillo que había agarrado, sin mirar, medio dormida aún. Pero su semiinconsciencia la había traicionado; lo que tenía en la mano no era el cuchillo sino la botella de vidrio azul.

Una fiera cuchillada cortó el segundo vástago. La ballesta de la jelita colgaba inútilmente en su espalda, pero no la necesitaba para ganar la pelea. Con el mismo movimiento con que cortó y se desprendió del segundo vástago, la mujer se volvió hacia Ayrys, girando su cabeza hacia la luz de la luna. Era jelita y sonreía, con una sonrisa de dientes blancos y desnudos. Dio un paso adelante.

—Delysiana —dijo suavemente—. Ahora tú, delysiana. Ahora tú.

Algo se rompió en Ayrys. Delysiana… iba a morir por ser delysiana, justo después de que Delysia la hubiera repudiado, apartado de su hija, desterrado para morir en la sabana. Era demasiado; los últimos tres días habían sido demasiado, un equilibrio destrozado salvajemente, y todo lo que ella pensaba que sabía sobre la ciudad que la había criado, había estallado en fragmentos. Hereje, traidora, amenaza para la mente de los niños delysianos, incluyendo a su propia hija… y ahora iba a morir por ser una delysiana. ¡Ella! Perdió la razón, y Ayrys cubrió su cara con las manos y se echó a reír. De su vientre y su garganta surgieron grandes accesos de risa, chillidos y aullidos. Ahora tú, delysiana. ¡Delysiana!

La mujer jelita frunció el ceño, titubeó. Era evidente que no era ésta la reacción que había esperado. En el momento de vacilación, el segundo kemburi atacó. Estaba río arriba desde el principio, escondido en la hierba; la lucha de la jelita había movido su cuerpo caliente hacia él. Dos vástagos gruesos como muñecas se cerraron alrededor de su muslo, luego otro y después otro. La mujer miró hacia Ayrys, no hacia el kemburi, y quedó en mala posición para luchar. Pero tenía unos reflejos magníficos. Se volvió al instante y comenzó a dar cuchilladas, deteniendo los vástagos que alcanzaban el brazo que sostenía el cuchillo, y lanzando su grito de guerra como si también fuera un arma.

Ayrys, repelida por su propia risa salvaje —si continúo así voy a enloquecer, pensó— y por la lucha, retrocedió hacia el segundo borde rocoso.

La jelita lanzaba cuchilladas y gritaba. Cortó dos vástagos de su pierna derecha, mientras otro se enroscaba en su tobillo izquierdo. Para cortarlo tendría que inclinarse, lo cual pondría el brazo con el que golpeaba demasiado cerca de los vástagos que se retorcían en la hierba. En lugar de ello, empleó toda su fuerza en una acometida hacia atrás, esquivando el vástago para debilitar su apretón, tratando de pasar a la llanura y sobre el saliente. Pero calculó mal. Mientras su atención había estado en Ayrys, el primer kemburi, elevado aún más por el calor del cuerpo, se había movido hacia ella y su acometida hacia atrás la puso una vez

más a su alcance. Una maciza espiral de cabellos grises, repentinamente plateados a la luz de la luna, envolvió sus caderas.

La jelita cesó de luchar. Su cara, inclinada hacia la luz, quedó grabada en blanco, con cada línea tan pura y dura como el vidrio. Pero al momento ya estaba luchando de nuevo, sorteando más vástagos, acuchillando con fuerza y precisión, con sus soberbios reflejos, manteniendo a un mismo tiempo el brazo que golpeaba y el rostro protegido de los vástagos que buscaban su calor. Tras un momento, Ayrys había reconocido el shock vidrioso de aquel instante —esto no puede ocurrirme a mí, pensó— en su propio vientre y en la espina dorsal. Náusea, frío, la ráfaga rápida y oscura de desfallecimiento… pero no, ésa había sido su situación tres días atrás; ahora se trataba de otra. Pero en el momento en que su mente adormecida separó los dos instantes, su brazo había oscilado, como no se había atrevido a hacerlo girar tres días antes, para lanzar su cuchillo contra sus atacantes.

El vidrio azul rodó desde su brazo hacia el kemburi.

La botella, estrecha a la altura del tapón y ancha en la base, describió un arco irregular, golpeó una roca y explotó en fragmentos azules desprendiendo un líquido claro. El agudo olor del ácido llenó el aire. El kemburi gritó, con una nota que no era animal; sopló hacia afuera unos gases sobre el ardiente ácido y liberó a la jelita. Ésta saltó sobre el estante rocoso, cogió a Ayrys por la cintura y rodó con ella hacia el río, fuera del alcance del kemburi agonizante que enviaba vástagos que azotaban y se retorcían en todas direcciones. El kemburi gritó de nuevo y después de liberarse de tanto ácido como pudo atrajo sus vástagos hacia su masa central. En pocos minutos se había desvanecido en la hierba.

Un cuello de botella de vidrio azul rodó sobre el lecho rocoso.

Ayrys yacía adormecida. La jelita saltó hacia un lado. Cuando Ayrys finalmente se sentó, observando la umbrosa línea donde la llanura se encontraba con la roca, la jelita se quedó al otro lado del fuego, con el cuchillo de Ayrys en la mano. Miró el arma con incredulidad. Cuando alzó los ojos hacia Ayrys, la incredulidad aún brillaba en ellos, y de pronto Ayrys se dio cuenta de lo joven que era.

—¡Es un cuchillo *de talla*!

Ayrys no dijo nada.

—Un cuchillo *de talla*, delysiana. ¿Qué esperabas hacer con un cuchillo como éste?

Su carcajada, horrible como un alarido y amarga como bilis, penetró de nuevo en la mente de Ayrys.

—¡Te he preguntado qué esperabas hacer con un cuchillo de tallar!

—Tallar —dijo Ayrys, y rechazó la horrible risa, resistiendo el impulso de taparse los oídos con las manos. La botella había sido disparada sólo un diezciclo antes: la pequeña mano de Embry, tirando excitadamente de la refrescante

cubeta, rastreando la curva de áspero vidrio azul con un satisfecho dedo sucio, alardeando del infantil diseño ante las otras mujeres en el patio de vidrio. Y ella, Ayrys, había hecho pedazos la botella de Embry. Por un pánico estúpido y en beneficio de una hermana guerrera jelita que, ahora Ayrys lo veía, estaba confundiendo la amarga burla que Ayrys hacía de sí misma con valentía.

A través del fuego, las dos mujeres se observaron mutuamente.

La jelita era mucho más joven. De hecho era poco más que una muchacha; sus aptitudes como guerrera debían ser formidables dado que ya usaba el tebl bordado.

Era hermosa. Suaves trenzas negras se enroscaban en un nudo de guerrera en la parte de atrás de su cabeza; cuello largo y delgado; oscuros ojos jelitas, y la vitalidad natural de un atleta soberbio, magníficamente entrenado.

—¿Qué le arrojaste al kemburi? —preguntó.

Ayrys miró hacia la sabana. El cuello azul de botella, aún con el tapón, yacía en el borde de la piedra. Se acercó a él, lo levantó y le dio vueltas una y otra vez en sus manos. Unas gotas de ácido le quemaron los dedos.

—Te he preguntado qué contenía la botella…

—Ácido. Para mezclar con la pintura de cobre —dijo Ayrys; apenas se oyó a sí misma—. Le da mayor fluidez a la pintura, y un mejor mordiente en el vidrio.

—¿Eres una fabricante de vidrio?

—Lo era. —Ayrys levantó la vista ante el tono de desprecio de la jelita—. Afortunadamente para ti. El ácido quema las plantas tanto como los dedos.

La muchacha se sonrojó de irritación y se acercó a Ayrys, que agarraba el cuello de la botella con la mano.

—Ten cuidado —dijo Ayrys—. Ahora estoy armada.

—¿Con eso? ¿Contra mí? —dijo la jelita, ultrajada—. ¡Siéntate!

Ayrys se sentó. La muchacha se puso en cuclillas cerca, apoyada ligeramente sobre los talones, irradiando calor como el de un horno.

—Delysiana. ¿Por qué has salvado mi vida?

Ayrys, ¿por qué pones en peligro la vida de tu hija? El tono era el mismo: el círculo de hombres acusadores, los padres de la ciudad de Delysia, de pie en la brillante luz multicolor procedente de las ventanas del consejo, que la propia madre de Ayrys había pintado alguna vez, y la hermana guerrera jelita, en cuclillas en la roca oscura y fría. El mismo tono. La triste carcajada lanzada contra ella de nuevo, y Ayrys casi se abrió a ella, cedió, dejó que se escapara su razón, y con ella muy probablemente su vida. ¿Importaba si ella moría a manos de esta muchacha, o por el río y la intemperie en la sabana? Que venga la risa. Pero no vino, sencillamente. Al parecer, estaba eligiendo vivir.

—¿Tiene importancia el por qué salvé tu vida? Lo hice.

Los negros ojos de la muchacha chispeaban, esperando.

—Te salvé la vida. Ahora estamos en el mismo plano de honor.

La muchacha farfulló sobre lo que, para una jelita, parecía blasfemia. ¿Cómo ella, Ayrys, se había vuelto tan hábil para blasfemar? ¿Ella?

—¡El código guerrero no se extiende a los delysianos! —dijo la jelita.

—¿No? Bien, entonces no es un verdadero código de honor.

—¿Una delysiana habla de honor? —La muchacha escupió dramáticamente (y un poco ridículamente) en el fuego. Una brasa echó humo.

—Nuestras ciudades no están en guerra en este momento. Por tanto, estamos en el mismo bando. Lo que es dado libremente, debe ser devuelto libremente.

La jelita la observó, minuciosamente. Ayrys se imaginó viéndose con los ojos de la muchacha: una ciudadana, ni siquiera una soldado; sucia a pesar del helado río; Delysia y Jela en guerra tres años atrás, inquietos aliados este año, ambiente de guerra de nuevo para el año próximo. Y contra eso, sólo la juvenil confianza de la muchacha en las exageradas simplicidades del honor de un guerrero. Ella no lo haría. Encontraría más fácil matar a Ayrys y librarse de ella.

Los dedos de Ayrys se apretaron sobre el cuello de la botella de Embry.

La muchacha juró, con un vívido torrente de maldiciones de guerrero, y luego habló como si las palabras fueran carroña en su boca.

—¿Tú reclamas el plano de honor?

—Te he salvado la vida.

—¡No has dicho por qué!

—El honor no requiere que diga por qué.

—¡Tú sabes demasiado sobre guerreros, delysiana!

Ella iba a hacerlo; iba a reconocer la petición de honor. Hasta que Ayrys no se sintió segura, ella no percibió su propio temor, y luego fue una cosa que se arrastraba, viscosa, en la parte de atrás de su garganta. Si no hubiera arrojado la botella, si su taller de vidrio no hubiera comerciado lo suficiente con Jela como para aprender las retorcidas ideas del honor de sus guerreros, si la jelita hubiera sido más vieja, o hubiera sido varón…

—« Estamos en el mismo plano» —gruñó la muchacha con odio en cada palabra del juramento formal—, « consagra…» ¡Levántate, ramera delysiana! « Estamos en el mismo plano, consagradas al honor de la vida misma. Lo que se da libremente, debe ser libremente devuelto. Nadie salvo los niños puede aceptar como un derecho la fuerza de otros sin devolución, no sea que debilite su propia fuerza y se convierta en lisiado en vida. Nadie puede decidir ofrecer su propia fuerza como negocio, no sea que ponga la vida al servicio del barro. Lo que se da libremente, debe ser libremente devuelto.»

—¡Ahora dime cuál es tu devolución, *kreedog*, lamedora de excrementos!

Ayrys pensó rápidamente.

—Tu protección por un ciclo de viaje. Esta tresnoche y el siguiente tresdía. Entonces la petición de honor habrá sido cumplimentada.

La jelita frunció el ceño. Era libre de rechazar la oferta; el juramento la

obligaba a salvar sólo una vez la vida de Ayrys, como ésta había salvado la suya. Pero eso significaba que estaría sometida a la deuda de honor hasta que surgiera una ocasión semejante, y lisa y llanamente odiaba la idea.

Ayrys había aprendido, del furtivo comercio entre las ciudades, que ninguna guerra efectiva detenía las ofertas alternativas de los guerreros para satisfacer las reclamaciones de honor. Sin éstas, las idas y venidas de lealtades por las diversas reclamaciones de honor se habrían convertido en una trama demasiado densa e imposible de desenredar. Ayrys nunca había oído de un guerrero jelita que no hubiera satisfecho una reclamación de honor. Antes moría, o quizás era matado por su propia clase, fiera e inflexiblemente. Era así, e incluso sus propios ciudadanos, no considerados lo suficientemente buenos como para ser comparados con cualquier guerrero, lo habían sabido. «*Jela por lealtad, Delysia por traición*», era un proverbio jelita citado incluso en la propia Delysia. Ayrys pensó en el consejo de la ciudad, y torció el gesto.

—Acepto tu devolución —dijo la muchacha amargamente—. ¿Adónde viajas?

—Al Muro Gris.

—¿Por qué? —La jelita alzó la barbilla.

—Eso no quiero decírtelo.

La muchacha frunció el ceño.

—Como quieras. Pero no creas que ellos te llevarán a *ti* detrás del Muro Gris.

Ayrys se la quedó mirando y dijo lentamente:

—Tú también vas allí. Al Muro.

—Ellos sólo aceptan guerreros y soldados, delysiana.

Ayrys no había oído decir eso. Rumor, contrarrumor, negación. Delysia hervía de historias contradictorias sobre el Muro Gris, mezcladas y ambientadas con historias de conflictos de otra guerra con Jela. A los delysianos no les gustaba dejar la ciudad para verificar los rumores; podía hacerse mejor uso de ellos no verificándolos. Pero Ayrys no había oído decir que sólo los guerreros y soldados eran admitidos detrás del Muro Gris. Si eso fuera cierto…

Si fuera cierto, ella no tendría ningún lugar adonde ir.

—No me importa dónde elijas ser rechazada —dijo la jelita—. La devolución ha sido aceptada. Mi protección perdurará hasta que alcancemos el Muro Gris. No llevará un ciclo completo. Sólo un débil ciudadano delysiano pensaría así. Durmamos ahora y viajemos a través de Oscurodía, o tanto como puedas soportar, y alcancemos el Muro hacia Primeramañana. O durante Sueñoliviano a más tardar. Pero yo no descanso junto a fogatas que atraen alguna escoria de la sabana; yo no hago campamentos con rameras. Te protegeré, delysiana, pero tú duerme y camina sola. Si me necesitas, llámame.

—Espera. ¿Cómo te llamaré? ¿Cuál es tu nombre?

—Jehane. ¿Qué otras armas llevas en tu bolso?

—Ninguna.

—¿Desarmada y sola en la sabana? —Jehane resopló.

—¡Sí!

—Entonces ¿por qué una negativa tan ruidosa? Necesito un cuchillo mejor que éste.

Cogió el bolso de Ayrys. Ayrys no podía hacer nada. No podía alcanzar el bolso antes que ella, no podía… ¿Qué? ¿Arrojarlo al río antes de que la hermana-guerrera lo abriera? Observaba impotente cómo Jehane buscaba el arma que no estaba allí, y vio su mano cerrarse y sacar un objeto a la luz de la luna. La jelita jadeó.

Era una escultura de vidrio, una hélice doble, mitad azul y mitad roja, las dos espirales unidas por una escala curva cuyos peldaños, no espaciados uniformemente pero que mostraban una estructura propia, estaban matizados desde el azul hasta el índigo, pasando por el púrpura, el magenta y el rojo. La luz de la luna destellaba de forma opaca sobre el pesado vidrio. Contra esa luz acuosa, la hélice brillaba con justa precisión, las curvas equilibradas por líneas rectas, la atracción en la mano sutilmente compensada por alguna misteriosa fuerza en la mente. Como si se tratara de un modelo vislumbrado pero no comprendido. El vidrio no tenía defectos, pero algunas marcas o reflejos cambiaban entre las paredes de ambas espirales y las hacían parecer más que vidrios, como si su curva y el aliento que los había soplado fuera de quien lo sostenía y no del fabricante de vidrio.

Jehane, estupefacta, miró a Ayrys a través del fuego.

—¿Tú te atreviste a hacer… tú…?

El consejo de la ciudad le había hecho la misma pregunta y con el mismo tono ultrajante.

—Sí —dijo Ayrys.

—¿Tú…? ¿Una *delysiana*?

—Sí. —Ayrys cerró los ojos.

—¿Por qué?

—Porque es hermoso.

—¡Hermoso! Es el emblema del rango de un guerrero-sacerdote jelita. ¿Sabías eso? ¿Lo sabías cuando lo moldeaste?

—No está moldeado. El vidrio está soplado.

—¡Soplado! ¿Pones la boca…?

Ésa era la expresión que había utilizado el consejo. Estúpidos, eran todos unos estúpidos. ¿Cómo podía la gente ser tan estúpida?

Esa estupidez le había hecho perder a Embry.

—¿Tú te atreviste a…? —dijo Jehane, y se detuvo sofocada por su propia violencia. Había apretado el puño sobre el cuchillo de tallar de Ayrys. Ésta vio el rostro asesino de la muchacha reflejado una y otra vez en las curvadas secciones

de vidrio; distorsión sobre distorsión.

—Delysia y Jela no están en guerra. ¡Qué importan los emblemas que hacen los artesanos!

—Estaremos en guerra de nuevo. Tan pronto como tu ciudad rompa la alianza.

Probablemente era cierto. Siempre lo había sido hasta entonces. La tierra fértil a lo largo de la costa, compartida por ambas ciudades, no era suficiente para mantener a las dos, y sembrar en el terreno más alto de la sabana era más complicado que conseguir que Jela tuviera menos bocas que alimentar. Cosechas, caza, pesca, madera… *Jela por lealtad, Delysia por traición*.

—Yo hice la hélice —dijo Ayrys deliberadamente—, porque es hermosa. Y porque sabía cómo hacerla. Y porque si la leyenda que cuentan vuestros sacerdotes fuera cierta…

—¿Cómo sabes qué leyenda cuentan nuestros sacerdotes?

—Si fuera cierta, si Jela y Delysia fueron construidas por gente que escapó en el mismo barco de la Isla de los Muertos, entonces tu descendencia y mi hija compartirían el mismo linaje. Y porque incluso si no lo hacen, y si las ciudades son enemigas hasta el fin de los tiempos, ninguna ciudad puede poseer una forma hecha de materia y aire. Es una *forma*, Jehane… mírala. Una forma de vidrio. No el objeto de temor y respeto que tú haces de ello, sólo una forma…

—¡Basta! —gritó la muchacha. Arrojó con todas sus fuerzas la doble hélice al suelo y aplastó los fragmentos con el tacón de su bota, metal envuelto en cuero. El vidrio se hizo pedazos. Jehane siguió triturándolo con el tacón hasta que la escultura se convirtió en una mancha de polvo sobre la piedra—. Yo duermo muy alerta. No trates de deslizarte hasta mí, delysiana; tengo el sueño liviano. — Y sin mirar hacia abajo, se fue taconeando hacia la oscuridad.

Ayrys se arrodilló y tocó el polvo de vidrio con un dedo. Se le pegaron algunos fragmentos. Cerró los ojos y arrastró el dedo sobre la piedra, presionando tan fuerte como pudo. Cuando abrió los ojos, la sangre manchaba la roca y su dedo estaba impregnado de vidrio. Entonces restregó otro dedo por el vidrio y luego otro.

Cuando forzó el pulgar en el vidrio, sintió un dolor tan agudo a lo largo del brazo que por un momento ni siquiera pudo ver.

Durante un buen rato se agazapó en la roca, con la cabeza inclinada por el dolor. Cuando se hubo calmado un poco, se levantó y hundió la mano en el río, manteniéndola así hasta que el frío la estremeció totalmente.

Con la mano izquierda reavivó el fuego y se echó encima su albornoz; la mano derecha perdió la sensación fría del agua y comenzó a dolerle atrozmente. Ayrys se acostó sobre una dura piedra. Con el dolor de la mente así disminuido por el dolor de la carne, y por primera vez desde que había sido empujada, encapuchada y pateada —y sin Embry— a través de la puerta este de Delysia,

pudo dormir sin sueños.

3

La mujer delysiana durmió durante toda la Primeranoche. No se despertó para encender el fuego ni para olfatear el aire, pensó Jehane con disgusto. Desde el momento en que la perezosa se enrolló en su manta hasta que Jehane le dio puntapiés para despertarla, yacía como una piedra, ciega como una piedra ante el *kreedog* que baboseaba allí cerca, o la nueva altura del creciente río.

¿Eran todos los delysianos como ella? No podía ser, pensó, o en la última guerra —en la que Jehane no había luchado porque era demasiado joven— Jela no habría sido forzada a concertar una alianza en lugar de obtener la victoria. Algunos delysianos debían de ser hábiles guerreros. Pero por supuesto esta delysiana era escoria, un insulto, una ciudadana proscrita por su propio pueblo. Un guerrero jelita, en posición tan inconcebible, se habría suicidado. Orgullo; los delysianos no tenían orgullo. Y pensar que ella, Jehane, se había impuesto proteger a una cosa sí… Una exiliada, una sopladora de vidrio, una perezosa de músculos inflados en celo, que roncaba en la llanura abierta desde Primeranoche hasta Oscurodía, y que hubiera continuado roncando a través de Oscurodía si Jehane no la hubiera despertado.

Jehane había pasado las largas horas de Primeranoche en cuatro sueños livianos. Durante ellos había expulsado al *kreedog*, había mantenido una red protectora sobre un gran semicírculo de espaldas al río, había recuperado su cuchillo junto al kemburi, ahora prácticamente cerrado por sus propios jugos preservadores del calor, y tan inofensivo. Había probado las armas —cuchillo y ballesta— y tensado los músculos uno contra otro en un ejercicio de guerrero sin movimiento. La actividad periódica mantenía su cuerpo flexible contra el frío, mientras Qom daba su lenta vuelta lejos del Sol. Con un disciplinado horario de guerrero, se levantó del último sueño en el mismo momento en que las brillantes estrellas gemelas del Marcador se alzaban sobre el horizonte y señalaban el comienzo de Oscurodía. Jehane se salpicó la cara y las manos en el río helado, esparció todas las señales de su campamento, y fue a despertar a la perezosa delysiana.

¡Puag, qué mal olía! Jehane no recordaba haber oído que las mujeres delysianas no se bañaran, pero al parecer ésta no lo había hecho en muchos días.

Estaba profundamente dormida, con un olor como para atraer a todos los *kreedogs* de la sabana. Si Jehane no hubiera pensado, la cosa se ahogaría, ella la habría arrojado al río antes del desayuno.

—Delysiana, despierta. Es Oscurodía.

No hubo respuesta. Un enemigo podía haber cortado las piernas de esta mujer sin que ella se diera cuenta.

—¡Levántate! —Jehane le dio un puntapié nada cordial.

La mujer gimió suavemente, se sentó, y parpadeó como si la luz de las estrellas y de las dos lunas fuera la del brillante día. Su rostro estaba blanco y sus movimientos eran rígidos. Jehane estaba en lo cierto: era una perezosa con la estupidez de una perezosa. Jehane había tenido horas para pensar durante la noche anterior. Era posible que la delysiana le hubiera salvado la vida no en combate sino por estupidez. ¿Por qué otra razón destruiría la botella de ácido que necesitaba para mantener su miserable vida ciudadana? Estupidez, y además olía mal.

Entonces Ayrys arrojó lejos su manta y Jehane vio la palma de su mano.

—¿Qué te ha ocurrido en la mano?

—Me he cortado —dijo la mujer.

—¿Te has cortado? ¿En los cinco dedos? ¡Parece carne molida! —La perezosa no dijo nada. Jehane continuó—: Eso te lo has hecho tú. Te has destrozado la mano. El pulgar…

—¿Y a ti qué te importa?

—Destrózate lo que quieras —dijo Jehane con desprecio. Loca… La mujer no sólo era estúpida, sino también una loca. Jehane estaba en el plano de honor con una mujer loca, indefensa y estúpida, que ni siquiera tenía un respeto animal por su propio cuerpo, y Jehane se había impuesto proteger a este *kreedog* todo el camino hasta el Muro Gris en lo que se suponía era su Primera Prueba, la primera de Jehane. Todo ello tenía un sabor amargo.

—Come y prepárate para la marcha.

La delysiana desenvolvió alimentos de su bolso. No parecía que fuera a lavarse antes del desayuno. El aire frío, el aire particularmente frío de un Oscurodía, revolvió su cabello. La mujer tembló violentamente. En su desgreñado cabello había una especie de polvo, que probablemente se usaba en la fabricación de vidrio. Contempló su alimento.

—No puedo comerlo. ¿Quieres un poco?

Sorprendida, Jehane echó un vistazo a los recipientes. Torta de grano, frutos frescos de daha, pescado salado… alimentos ridículamente empaquetados para un viaje por la sabana; pero la delysiana era demasiado estúpida como para haber pensado en ello. Jehane sólo llevaba fruta fresca y carne. La torta de grano estaba adornada en rojo. A veces los delysianos ponían azúcar en sus tortas de grano. La boca de Jehane se llenó de líquido dulce.

—Puedes comerla. Yo no puedo.

—Eso es estúpido. Incluso tendrás menos fuerza para marchar de la que ahora tienes.

—Ya me las arreglaré.

—Marcharemos todo el Oscurodía. No podrás dormir como una piedra.

—Ya dije que me las arreglaré. Y el Muro Gris no se va a ninguna parte. Ha estado allí cerca de un año; aún estará allí aunque lleguemos un día más tarde.

Jehane frunció la boca. Temblando, herida, con el blanco rostro fijado en esa apariencia cerrada, esforzada… no duraría todo el Oscurodía.

—Come un poco de torta de grano, Jehane.

—No quiero comer nada, delysiana. Y si tienes un desfallecimiento mientras marchamos, te abandonaré. Ni siquiera el plano de honor exige que te proteja de ti misma.

—No voy a desmayarme —dijo la mujer, y sonrió tan burlonamente que Jehane se sobresaltó. ¿Qué había en la advertencia como para que la perezosa tuviera ese aspecto? Nadie podía entender la mente de los delysianos… eran demasiado tortuosos. Por lo menos ella, Jehane, no caminaría demasiado cerca para no tener que olerla. ¡Puag!

Las dos mujeres se mantuvieron cerca del río, cortando a través de la llanura sólo cuando las orillas se volvían demasiado empinadas o con mucha vegetación como para viajar por ellas, o cuando Jehane decidía tomar un camino más directo en lugar de dar una gran vuelta por el río. En la fría noche, la sabana se extendía tranquila y viva, con arbustos espinosos, kemburi, y la fresca y espinosa daha, todas formas oscuras, inmóviles, delineadas por la luz de la luna. La vida animal permanecía mayormente invisible, excepto por algún crujido de hierbas o algún grito distante. Cuando llegaron a un katl, esa extraña y simétrica masa de hierba dura que crecía en líneas rectas de roca cristalina pero que bebía en el agua y la luz y que ni siquiera los sacerdotes-guerreros podían decir si era planta o mineral, Jehane se apartó.

Delante, oscuras montañas cortaban el horizonte a través de la mitad estrellada del cielo, borrando parte de la Cimitarra, el borde de la Onda del Signo. Kufa brillaba en rojo opaco y casi sólo en su parte del cielo. Entre las orillas, el agua negra del río corría y murmuraba, hasta que en un remanso tranquilo e inesperado brillaba como un vidrio oscuro reflejando las plateadas luces gemelas del Marcador.

Jehane no mantenía una posición fija. A veces viajaba delante de Ayrys, a veces detrás; y otras a su lado, con Ayrys entre ella y el río. De pronto se materializó al lado de Ayrys y soltó su ballesta. Un sólido golpe, un alarido de dolor y algo corrió aullando a través de la hierba.

—*Kreedog* —sonrió Jehane.

La delysiana se limitó a contemplarla con ojos grandes y exhaustos. Estaba tan mal como había temido Jehane. Aplastó kif verde, liberó su olor nocivo y avanzó con esfuerzo, la cabeza baja, y tropezando a lo largo de la piedra. No vio el *kreedog* dispuesto a atacarla hasta después de que Jehane le hubo disparado. *Eso* fue un salvamento de la vida de la perezosa; *eso* la habría librado del plano de honor, si no hubiera jurado proteger a la carroña de flojos músculos durante todo el camino hasta el Muro Gris. ¡Puag!

Cuando el Marcador estaba cerca de la mitad de camino hacia el cielo, Jehane se paró de nuevo al lado de Ayrys.

—Ahora descansamos.

—¿Ahora? —Ayrys habló torpemente, tambaleándose, exhausta.

—Ahora. Si necesitas dormir de nuevo hazlo ahora mientras tus músculos están calientes… o tan calientes como tú puedes conseguirlo. Si te duermes más tarde, te congelarás. Y come algo.

La delysiana no se movió. Jehane vio que no hacía ningún caso de sus palabras; la perezosa estaba demasiado agotada por la caminata como para prestar atención. Encendió un fuego mientras iba maldiciendo —había esperado que no tendría que encender ninguno—, empujó a la delysiana frente a él, y abrió el bolso con un tirón.

—Esa torta de granos… ¡Cómetela!

Ayrys se puso a comer. Antes de que hubiera terminado ya estaba dormida. Jehane la envolvió con el albornoz. Ella, Jehane, podría haber sobrevivido sin él, si hubiera tenido que hacerlo. Los maestros enseñaban que eso era lo que distinguía a los guerreros, lo poco que necesitaban para sobrevivir. La perezosa no hubiera podido comprenderlo.

Jehane terminó de comer, se sentó con la espalda apoyada en un árbol y se mantuvo vigilante. Era la hora más oscura de Qom, en mitad del Oscurodía, pero no la más fría. Los maestros habían tratado de enseñar a Jehane, que no había sido una alumna rápida, cómo todo lo de Qom giraba alrededor de sí mismo. Con dificultad, y sólo porque de otro modo habría sido golpeada, Jehane había aprendido la extraña idea de Qom rotando y el Sol manteniéndose inmóvil. Luego los maestros le habían transmitido la idea aún más extraña de que esta rotación producía un ciclo: dieciséis horas para Primeramañana, cuatro para Sueñoliviano, dieciséis para Oscurodía y diez para Terceranoche.

Pero ese conocimiento era esencialmente inútil; los ciclos pasaban tanto si uno los comprendía como si no, de modo que no importaba *por qué* si no hubiera sido suficiente para responder a la pregunta original que ella había formulado alguna vez. Si el frío viene porque Qom no está frente al Sol —preguntaba de

niña Jehane— y si Oscurodía vuelve la cara lejos la mayor parte del tiempo, ¿por qué entonces es Terceranoche y no Oscurodía la más fría? Los maestros no lo sabían. Era así como era, dijeron. Tales palabras habían sido exactamente la idea de Jehane sobre el asunto de la rotación, y después de eso ella dejó de darle vueltas a las inútiles explicaciones de los maestros y en lugar de ello aceptó sus golpes.

Aún tenía la marca de los azotes en el dorso de las piernas. Los había aceptado sin resentimiento pero con un cierto desprecio. A los maestros que enseñaban el uso de las armas los obedecía escrupulosamente, eso podía salvarle la vida en una batalla. Pero desperdiciar toda la vida después del aprendizaje con esta cosa sin sangre… Era mejor emparejar con un hermano-guerrero y ser madre de guerreros, o convertirse en una diseñadora de armas que, a diferencia de toda esa chatarra sobre rotación, por lo menos podían tocarse.

Los exploradores de Jelita habían dicho que el Muro Gris no podía tocarse.

Jehane se enfurruñaba en la oscuridad. Eso no tenía sentido… ¿Cómo un muro no iba a poder ser tocado? Un muro era un muro, sólido. De lo contrario no mantendría nada afuera, o nada adentro. Pero los exploradores jelitas no eran delysianos; ellos no mentían.

Esa pregunta condujo a las restantes sobre el Muro, a todas las suposiciones y conjeturas, basadas en los informes insuficientes de los exploradores. ¿Qué pasaría si todas las conjeturas fueran ciertas? No importaba si eran ciertas o no; lo que importaba era que allí había nuevas armas, que podrían equipar a Jela como nunca hasta entonces. Armas y peligro. En ese punto todos los informes coincidían.

Jehane rechazó la confusión sobre el Muro. Era mejor pensar en alcanzarlo primero. No podía permitir que la delysiana durmiera mucho más —sólo una perezosa necesitaría dormir en mitad de Oscurodía, después de dormir diez horas en Primeranoche— o se congelaría. El Marcador ascendió en el cielo titilante. Sin embargo, era mejor que ella durmiera ahora que en el frío más intenso de Terceranoche.

La última vez que Jehane había pasado un ciclo en la sabana estaba en entrenamiento, y sus hermanas que no estaban de guardia, dormían cerca de ella por el calor. Ahora Jamisu se había incorporado a un nuevo círculo. Y ¿qué hacían ahora Nahid y Aisha? La bonita Aisha…

Jehane apartó también esa confusión. Su tarea era alcanzar el Muro Gris y entrar en él. De eso se trataba.

En Terceranoche el frío penetraba hasta los huesos. Venían nubes desde las tierras bajas. Las nubes más tempranas, en Ultimaluz, hubieran caldeado la Tresnoche, pero ahora sólo oscurecían las estrellas. La tierra se tornó más

silvestre, salpicada con hondonadas y crestones de roca, mientras la sabana se elevaba hacia la montaña del interior. El frío, la oscuridad y el terreno hacían imposible el viaje.

—Haremos un fuego —dijo Jehane.

Ayrys permaneció en silencio; debajo de la capucha de su albornoz, sus dientes castañeteaban demasiado violentamente como para articular palabras.

Jehane no permitiría que durmieran. Calentó agua sobre el fuego, agua del río que les quemó las manos por el frío cuando las sumergieron en él, y las gargantas por el calor cuando se forzaron a beberla. El agua las hacía orinar; una angustiosa exposición al frío. De tanto en tanto Jehane obligaba bruscamente a Ayrys a detenerse y a comer. Ayrys respiraba con dificultad; las grandes bocanadas de aire le producían dolor en los pulmones y hacían sonar sus huesos.

Los *kreedogs* aullaban más cerca. Jehane encendió el fuego, manteniendo una mano sobre la ballesta. Cuando Jehane le hizo comer, Ayrys empujó silenciosamente la torta de granos hacia ella. Jehane la ignoró.

—P-p-pago —dijo Ayrys—. C-considéralo un pago.

—El pago es para c-com-compradores y vendedores. —Jehane hizo una mueca despectiva.

—¿Y qué otra cosa somos nosotras?

La mano de Jehane se había apretado sobre la ballesta.

—Como digas eso otra vez, delysiana, te m-m-mataré. La protección de un guerrero no se com-compra. Salvo quizás en Delysia, d-d-donde todo está a la venta.

—N-no to-todo —dijo Ayrys. Se cubrió la cara con las manos y se sacudió con lo que a Jehane le pareció algo más de su horripilante risa.

Loca. La perezosa estaba loca.

Pese a que podía andar, Jehane ya no sentía ni los pies dentro de las botas de cuero. Ahora el cielo del oeste se había aclarado. Los Marcadores habían pasado el cénit hacía mucho tiempo, tal vez varios días. Pero el Marcador aún no se hallaba lo bastante lejos en el cielo como para Primeramañana. Jehane nunca los había visto ponerse; Primeramañana siempre los borraba. « ¿Puede alguien ver ponerse a un Marcador?» , era un proverbio para referirse a la inutilidad en Jela y, según ella había oído, también en Delysia. ¿Cómo podía ser eso? ¿Un proverbio jelita en Delysia? Probablemente los delysianos lo habían robado.

No quería morir congelada junto a una delysiana.

A los *kreedogs* no les importaría de qué ciudad venía su carroña.

—¡D-d-d-despiértate! —dijo Jehane, dándole una patada. Ayrys lanzó un quejido y se estremeció violentamente. Jehane se puso en pie para obligarle a hacer lo mismo, y sintió el aire contra su mejilla. Esperaba estimularla a través de su propio temblor y castañeteo de dientes. Estaba comenzando a soplar el viento.

Sería duro; siempre lo había sido cuando la noche estaba tranquila. Pero Jehane daba la bienvenida a su crudeza, pues cuando comenzaba a soplar el viento era casi el alba. Deliberadamente, había encendido el fuego en el lado protegido del pedregal. El viento era la última prueba, la lucha final que la sabana podía plantear al estiércol gelatinoso que era responsabilidad de Jehane.

—¡Des-despiértate!

Finalmente las nubes se aligeraban en el este. El Marcador palideció y luego desapareció.

Jehane estaba exultante. *Lo había logrado*. Había sobrevivido en la sabana sin sus hermanas de entrenamiento; no había perdido a la perezosa delysiana sujeta a su propia debilidad; se había mantenido erguida en el plano del honor.

Y cuando se elevó el sol, su luz se reflejó en el Muro Gris. Quedaban aún algunas horas de marcha; sin embargo, era claramente visible como un enorme rectángulo que brillaba en lo alto de una colina. *Quiere ser visto*, pensó Jehane con aprobación. ¿Y por qué no? Siempre se mostraba el desafío de un campo de batalla.

—Fíjate en su grosor —dijo la delysiana—. Incluso desde esta distancia.

—Roca natural —dijo Jehane antes de saber que había hablado alto.

—No. No es roca.

—¿Qué otra cosa podría ser sino roca? —preguntó Jehane desdeñosamente.

—Mira cuánta luz refleja, y de qué modo más uniforme. Eso no es roca.

—¿Tienes miedo, delysiana?

—Sí, por supuesto.

La tranquilidad de la respuesta pilló a Jehane desprevenida. Frunció el entrecejo, mirando furtivamente a la distante fortaleza. Su diafragma se tensó; un rápido tirón de músculos y carne. Así decían las viejas historias sobre el aspecto de la Isla de la Muerte; un disolvente montón gris de muerte brillante…

—Si has hablado con tus propios exploradores —continuó la delysiana— debes de saber que no es roca. Incluso en Delysia corre el rumor de que…

—¡Cállate! ¿Ves aquella colina donde se levanta el Muro Gris? Al pie de ella termina mi protección. Termina el plano de honor. Al pie acaba mi protección; lo que te ocurra después de eso, no me concierne.

La delysiana no respondió. Estaba de pie, sucia, temblorosa, con la mano haciendo pantalla sobre los ojos para protegerse del sol en ascenso, estudiando la tierra rocosa entre la ligera elevación donde se habían detenido y el Muro. Jehane había comenzado a descender antes de oír decir a la mujer tranquilamente « A mí tampoco» , pero eso era demasiado estúpido. Debía de haber oído mal. Incluso a una delysiana tan estúpida y de tan poco seso como ésta debía preocuparle lo que le ocurría a sí misma. No era posible que tuvieran los delysianos *tan* poca lealtad consigo mismos.

Ni siquiera aunque olieran tan mal.

4

El Muro Gris estaba más lejos de lo que parecía. Después de cuatro horas en la Primeramañana las mujeres aún no lo habían alcanzado. A Ayrys le dolían los músculos por el ejercicio desacostumbrado, aunque el calor del sol que crecía firmemente los suavizaba. Alrededor de ella, las plantas kemburi se desenroscaban y enviaban vástagos que se arrastraban a través de la llanura, embebiéndose de la luz del sol, y tan inofensivas para caminar sobre ellas como sobre hierba. Las flores silvestres se abrían para su florecimiento de tres días y se tornaban centros ciegos hacia el sol. La fruta de daha, de un púrpura brillante, maduraba rápidamente. El río chisporroteaba a la luz.

—Espera —dijo Ayrys.

—Puedes comer después de que me haya librado de ti. Muévete.

—No quiero comer, quiero bañarme. Dejemos pronto el río. Hay un remanso por allí, cerca de esos árboles, y quiero lavarme antes de que sigamos.

La jelita la contemplaba con sorpresa. ¿Por qué? ¿Bañarse era una idea tan ultrajante? Sólo si no me ahogo, pensó Ayrys. Se quitó la ropa y se zambulló desde uno de los crestones rocosos de la orilla del río. El agua estaba helada y salió jadeando, con los labios morados. Se frotó con jabón que sacó de su bolso. Jabón de lavar ropa, la primera cosa que había cogido al hacer el equipaje que le permitió el consejo, y volvió hacia la orilla.

La jelita estaba de espaldas al río, rígida. Ayrys había oído, quién no, bromas disimuladas sobre las hermanas-guerreras, pero seguramente las amantes de las mujeres no deberían ser tan pudorosas acerca de la desnudez estando delante de otras mujeres. Ayrys se encogió de hombros y levantó sus polainas y el tebl.

Hedían. Se inclinó sobre la orilla, las frotó con el áspero jabón y se las puso para que se secaran al sol mientras caminaba.

El jabón, que estaba hecho con lejía, resultaba lacerante en contacto con su mano herida. Ayrys contempló las entumecidas puntas de sus dedos y los cortes más profundos en la base del pulgar. Posiblemente hubiera fragmentos de vidrio de Embry clavados en la piel.

Primeramañana. ¿Dónde estaría Embry ahora? No en el taller de vidrios convertido en escombros por los soldados del consejo. Había dejado a Embry con Najli, hermana de la fallecida madre de Ayrys. Al margen de lo que pensara Najli sobre la falta de cariño materno, vería que Embry estaba físicamente cuidada. ¿Pero qué haría Najli con la perplejidad de Embry frente a la madre que la había abandonado, o con la vergüenza de Embry? Embry, que no querría llorar porque once años eran demasiados para las lágrimas…

—Caminemos —dijo Ayrys con dureza, pero Jehane ya no estaba allí. No habían alcanzado el lugar donde Jehane había anunciado que terminaría su protección, pero ya se había fundido en el áspero paraje. Ayrys hizo pantalla con

la mano sobre los ojos y echó una mirada al Muro, pero no vio a la jelita. Se calzó las botas, cogió el bolso y comenzó a caminar sola.

Después de dar algunos pasos, oyó voces que se acercaban.

Voces de hombres, delante de ella. Miró a su alrededor, pero las voces debían de estar más cerca de lo que ella pensaba, porque avanzaban con rapidez. Se detuvo en un lugar abierto, cerca del margen del río. Antes de que pudiera hallar un lugar para esconderse, los hombres emergieron de entre los árboles que estaban más adelante. Eran dos, con tebles delysianos, aunque tenían la piel casi tan oscura como los jelitas. Cuando vieron a Ayrys, se detuvieron.

—Mira —dijo uno de los hombres. Tenía una barba de varios días y ojos pequeños y agudos en su rostro carnoso—. ¿Estás sola?

—Probablemente no —dijo el otro. Era más pequeño, con manos que se movían con rapidez a sus costados y una nariz que alguna vez había estado rota.

—Mi amante está cazando cerca —dijo Ayrys. Trató de caminar con soltura cerca de ellos, sosteniendo el bolso frente a ella.

—Vamos, Ralshen —dijo el hombre pequeño, echando una mirada temerosa a la sabana.

—Todavía no. Estás mojada, bonita. ¿No resultó fría el agua para esa linda piel?

—¿Estás probando que el Muro no ha disminuido tu coraje, Ralshen? —dijo el otro con acritud.

—¡Cállate! —Sonrió a Ayrys con la sonrisa burlona de un hombre que saborea su mayor fortaleza, su mayor velocidad.

—Soy una delysiana —dijo Ayrys con cautela.

—Y viajas al Muro. Yo te hago un favor si te entretengo. —Ralshen se echó a reír.

—Mi amante volverá pronto de cazar.

—Entonces tendremos que darnos prisa, ¿no? —dijo él suavemente y se lanzó hacia delante. Ayrys le arrojó el bolso y se movió de un lado a otro, pero sin la suficiente rapidez. Ralshen la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. Ella le dio patadas con tanta fuerza como pudo, y ambos cayeron al suelo. Ayrys quedó bajo Ralshen, con la boca llena de la barba de él, ahogándose y golpeándolo inútilmente. Su mano derecha se estrelló contra la mandíbula de él y sintió un dolor lacerante en el pulgar. Ralshen se puso a horcajadas sobre ella y sujetó con una mano las de ella al suelo, mientras con la otra rasgaba su tebl mojado desde el cuello hasta la cintura. Tiró la ropa desde la parte de atrás de su cuello con tal fuerza que la hizo gritar. Ralshen la golpeó en la boca con la mano libre y luego le estrujó un pecho.

De pronto todo su cuerpo se estremeció violentamente, su cabeza cayó hacia atrás, con la boca abierta en un grito que brotaba de una garganta sangrienta. Cayó pesadamente sobre Ayrys, con la flecha de Jehane en un lado de su cuello.

—No te muevas —dijo Jehane al otro hombre, que estaba de pie, mirando la ballesta que apuntaba hacia él, preparada con otra flecha.

—No —dijo él—. Yo no iba a tocarla; sólo él.

—¿Quién más está contigo?

—¡Nadie! Sólo estábamos Ralshen y yo. Y yo no iba a tocarla. ¡Tú me habrás oído decirle que nos fuéramos!

—¿Dónde vas?

—A Delysia.

—¿Y de dónde vienes?

—Del Muro Gris.

—¿Tú? ¿Por qué?

Ayrys empujó el cuerpo que tenía encima hacia un lado, se levantó tambaleándose y se cubrió con los brazos. Jehane no le prestó atención.

—¡Te he preguntado por qué te fuiste del Muro Gris!

El hombre titubeó. Sus ojos iban con temeroso asombro de la hermana-guerrera jelita a la delysiana Ayrys, que apretaba su tebl rasgado contra los pechos. Tenía el rostro cubierto de sudor.

—Tuvimos miedo de lo que dijo el Muro —dijo finalmente.

—¿Qué dijo?

El hombre asintió con la cabeza, se pasó la lengua por los labios y trató de sonreír a Jehane, con una horrible mueca de sus labios, como un *kreedog* azotado. Jehane hizo un gesto de disgusto y preparó la ballesta. El hombre gimió de temor. Jehane apretó la mandíbula y disparó. La flecha penetró en la garganta del hombre; Ayrys dio un grito y se volvió de espaldas para no ver el resto.

—Un delysiano —dijo Jehane detrás de ella—. De tu propia ciudad. Sois peor que los animales.

Ayrys luchó contra la náusea. Oyó su propia voz temblar mientras decía:

—¿Y en Jela nunca hay… nunca hay violaciones?

—No por hermanos-guerreros a ciudadanas jelitas. Tenemos rameras.

—Que alguna vez fueron cautivas delysianas… —dijo Ayrys. Apenas sabía lo que había dicho; su voz se había puesto firme, pero sentía flojas las rodillas, ondulantes como el río. Fue tambaleándose hacia un árbol y se apoyó en él, con las dos manos, sosteniendo la parte rasgada de su tebl.

—Tengo aguja e hilo —dijo Jehane tranquilamente.

—¡Tengo en mi bolso! —dijo Ayrys. ¿Los tenía o Jehane los había roto? No, era la doble hélice lo que la jelita Jehane había aplastado, vidrio azul y rojo a la luz de la luna, sangre sobre la oscura tierra, y, rodando desde la sabana, el otro vidrio azul de la aplastada botella de Embry…—. Jehane —dijo lentamente, cerrando los ojos para escapar a la oscura acometida en su cabeza—, ¿qué pasaría si hubieran sido jelitas? ¿Me habría protegido tu plano de honor?

No hubo respuesta. Ayrys abrió los ojos. Jehane estaba de pie junto al cuerpo

de Ralshen, limpiando de sangre una flecha.

—Ciudadanos jelitas, Jehane. ¿Los habrías matado para honrar tu juramento?

—¡Cúbrete! —estalló Jehane, y caminó majestuosamente con la espalda rígida hacia el cuerpo del hombrecito que yacía boca arriba en la orilla del río. Con un movimiento violento arrancó la flecha de su cuello; instantáneamente, el cuerpo se cubrió de sangre. Un insecto que se arrastraba sobre la nariz rota quedó atrapado en la sangre borbotante.

Ayrys buscó a tientas en su bolso aguja e hilo, tiró del tebl roto sobre su cabeza, y comenzó a coser. El movimiento mecánico la calmó un poco; cuando se puso de nuevo el tebl, los dedos ya no le temblaban y sus rodillas estaban firmes. Jehane estaba de pie dando la espalda a Ayrys y escudriñando la sabana.

Ayrys levantó el bolso, desviando la mirada de los cadáveres que yacían a la luz del sol.

—Gracias, Jehane.

—No quiero tu gratitud, delysiana. Me mancha.

Ayrys no supo qué decir. Las dos mujeres se volvieron del río hacia la colina coronada con el Muro Gris.

Lejos del río, el terreno comenzó a ascender. Al cabo de un rato exigió todo su esfuerzo para escalar la colina, jadeante, detrás de Jehane. La jelita se movía ligeramente, sin respirar fuerte siquiera.

En cuanto Jehane se detuvo, hizo pantalla con la mano sobre los ojos y echó una mirada furtiva al Sol; Ayrys supuso que Jehane estaba juzgando si Primeramañana había terminado y Ligerosueño había comenzado. Ayrys no podía saberlo. Mujer de ciudad, había medido sus días por las campanas de las torres de Delysia. No tenía sueño, aunque pensaba inexorablemente que debía tenerlo.

El sol se volvió más cálido. Las flores silvestres tiernas que se habían abierto al amanecer se cerraron ante la intensa luz directa del cercano mediodía. Otras plantas, que Ayrys no había visto nunca, se abrieron completamente: grandes agujeros verdes bebían de la luz del sol como agua. Una tenía un orificio central rodeado por un borde grueso y cerúleo fijado en capas de hojas espinosas. Mientras Ayrys observaba, el borde se elevó y cayó con un ritmo inaudito, como si la luz del sol fuera música. Ayrys miró a lo lejos.

Por dos veces, otros viajeros habían pasado cerca de Ayrys y Jehane: un grupo que viajaba hacia el Muro y otro que volvía de él. En ambas ocasiones Jehane había evitado acercarse para identificar a cada grupo por el idioma o la vestimenta, o para ser identificada por ellos. Había retrocedido sobre sus pasos, haciendo un rodeo fuera de las rutas directas, y prolongando la duración de su viaje. Ayrys no había protestado. Sudorosa y exhausta, se mantenía en pie lo mejor que podía. El rostro de Jehane se veía duro y seco como el terreno calcinado y sus ojos negros escudriñaban incesantemente el panorama, sin

perder detalle.

Al pie de la colina sobre la que se alzaba el Muro Gris había un sendero muy trillado, pero cuando las dos mujeres llegaron a la base de la colina, no había nadie más a la vista. El sendero era empinado, serpenteando desde la sabana hacia arriba sobre el borde invisible de la parte superior de la colina. Desde abajo, podía verse el borde más alto del Muro Gris: una línea recta de gris brillante. Jehane fijó la mirada en él durante un buen rato y luego se volvió hacia Ayrys.

—Hemos estado en el mismo plano, consagradas al honor de la vida misma. Lo que se dio libremente, ha sido libremente devuelto; la fuerza ha sido honrada con fuerza; mi protección ha acabado. ¿De acuerdo, delysiana?

—De acuerdo. Mi nombre es Ayrys.

—Yo nunca te lo he preguntado —escupió Jehane, y se fue, encaminándose ágilmente por el sendero y desapareciendo tras el borde.

Ayrys la siguió más lentamente, inclinándose hacia delante en el empinado ascenso, empujando el bolso sobre el borde y luego avanzando por él.

Cuando estuvo sobre terreno llano ya no había señal de Jehane.

La meseta se extendía mucho más lejos de lo que ella había imaginado, y era absolutamente llana. La hierba era baja y fresca, y no había otras plantas visibles. Era como si los rumores más salvajes fueran ciertos —pensó Ayrys con aturdimiento— y la uniformidad del terreno y la del propio Muro fueran una cosa *construida* y las plantas hubieran tenido menos de un año para florecer sobre el terreno nuevo y vacío. El Muro Gris se extendía en ambas direcciones y desde donde Ayrys se encontraba podía ver una esquina, aguda y precisa como vidrio cortado. ¿Era el Muro un cuadrado? ¿Era un cubo?

Una figura, demasiado distante para poder identificarla, dobló la esquina en su dirección, se detuvo, retrocedió y desapareció de nuevo por la esquina.

Temerosa, pensó Ayrys. *De mí.* Se puso las manos sobre la cara y se echó a reír. Luego levantó el bolso y caminó hacia el Muro.

Tenía diez veces su altura, y resplandecía débilmente. El material parecía de un metal brillante, pero Ayrys descubrió que no podía tocarlo. Sus dedos eran detenidos por algún material invisible y liso como vidrio que provocaba una ligera picazón, como las burbujas de ciertas bebidas. ¿Cómo podía ser eso? Con las palmas sobre la superficie, Ayrys se inclinó cerca del Muro y husmeó. No olía. Sólo esa envoltura de algo invisible y esa ligera picazón en las palmas de sus manos.

El Muro habló.

—Ésta es la ciudad de R'Frow. Deseas entrar. Las puertas están en la pared oriental. Ve a la pared oriental para pasar el examen.

Ayrys saltó hacia atrás y miró como una loca a su alrededor. No había nadie a la vista. Estaba sola. El corazón le latía con fuerza en el pecho, en la brillante luz

del sol. Finalmente extendió su mano izquierda y presionó la palma sobre el Muro.

—Ésta es la ciudad de R'Frow. Deseas entrar. Las puertas están en la pared oriental. Ve a la pared oriental para pasar el examen.

Teníamos miedo de lo que decía, había tartamudeado el compañero de Ralshen.

Ayrys presionó de nuevo palma de su mano contra el Muro. Éste repitió su mensaje por tercera vez con la misma voz, uniforme y un poco difusa, como un profundo gruñido. Nunca había oído una voz semejante.

Tengo miedo, pensó Ayrys. En el mismo momento dio de nuevo un paso adelante para estudiar el material del Muro. ¿De qué podía estar hecho? En todo caso parecía de un material uniforme, sin defectos, ni siquiera marcado por el clima.

Caminó a lo largo del Muro, dio la vuelta a la esquina y se detuvo cansada, bamboleándose en la pared del sur. Se extendía por lo menos cuatro o cinco veces el largo de la enorme pared occidental; si la ciudad interior era un largo rectángulo, sus muros podían encerrar a toda Delysia, todos los campos y viñedos que rodeaban sus puertas, y parte del bosque costero. La pared meridional recibía pleno sol y centelleaba como agua; una extensión de agua gris, intocable, demasiado vasta para ser real.

En Delysia se rumoreaba que el Muro, descubierto aquí, donde no hacía ni un año que no había nada, debía haber sido construido por los espíritus de la Isla de los Muertos. Se suponía que nadie creía en este hecho salvo los niños. Delysia era demasiado práctica; estaba demasiado interesada en metal, vidrio y ropa para creer en espíritus. Pero estaban aquellos que en mitad del Oscurodía se envolvían en albornoces y murmuraban en copas de vidrio de kaf que una vez había venido gente de la Isla de los Muertos… ¿De qué otra forma habían comenzado las dos ciudades de Qom? Siempre debe haber un comienzo. Y ni siquiera los pescadores más hábiles habían encontrado la Isla, ni ninguna otra isla en el vasto mar vacío, así que debía estar muy lejos. Los espíritus podían volar a través del mar; los espíritus podían construir este misterioso Muro…

Ayrys no creía en espíritus. ¿Pero quién lo había construido? No Delysia; no había artesanos capaces de trabajar este material, y menos en tales proporciones. Y desde luego, no Jela, esa ciudad de batallas apasionadas y oscuras curaciones, que sólo hacía bien las armas. ¿Entonces quién? Nadie de este mundo.

Aturdida, Ayrys cerró los ojos y presionó la palma de la mano sobre el Muro.

—Ésta es la ciudad de R'Frow. Deseas entrar. Las puertas están en la pared oriental. Ve a la pared oriental para pasar el examen.

A lo lejos dos figuras se movían a lo largo del Muro, alejándose de Ayrys hacia el este. ¿Quién?

Sintió un nudo en la garganta. Comenzó a caminar a lo largo del Muro parlante, sobre la hierba fresca de la meseta plana, que debería haber estado cubierta con kemburi y arbustos espinosos, campana de plata y bocas cerosas de vegetales sin nombre.

Cuando finalmente alcanzó el borde de la pared meridional y dio la vuelta a la esquina, se detuvo y se quedó mirando.

Una aldea destartalada —no, dos aldeas— se abrasaban al sol. Primero venía la pared oriental, hecha del mismo material que las otras, pero interrumpida por tres puertas igualmente espaciadas, cada una de ellas dos veces más alta que un hombre, con marco negro, y cerrada. En el lado opuesto a las puertas del norte y del sur, se encontraban grupos de edificios. El más cercano a Ayrys —el otro estaba demasiado lejos para verlo con claridad— lo consistían tiendas inclinadas, torpemente remendadas, y toscos cobertizos de piedra y barro, ninguno de ellos encalado. Entre el Muro y la tienda más cercana había un amplio espacio vacío, como si nadie deseara acercarse demasiado al Muro.

Surgiendo de entre dos edificios, un soldado delysiano, armado y serio, se dirigió hacia Ayrys. El sucio cabello castaño le caía sobre los hombros.

—¿Acabas de llegar de Delysia?

Ayrys asintió, entumecida.

—Estás en el campamento correcto. Has tenido suerte de no venir desde la otra esquina. —Lo dijo con un tono sombrío, como si la buena suerte de ella fuera una cosa personal suya. Lo dijo sin mirarla. Contemplaba con odio el otro grupo de edificios.

—Jelitas —dijo ella fatigadamente.

El soldado asintió, todavía sin mirarla.

—El Muro dijo… —Se oyó a sí misma, y una risa atolondrada surgió con las palabras—. El Muro dijo que debía venir aquí para someterme a una prueba. Para entrar.

—Consigue un número de la Breel. Aquel lugar de allí. —Hizo un movimiento con el pulgar hacia el edificio más cercano. La parte delantera estaba lejos de Ayrys, pero la parte de atrás era un rectángulo sin ventanas, hecho de ladrillos de barro—. Si tienes dinero puedes conseguir una cama en la posada hasta que toque tu número. Si no tienes, te instalas en aquella plantación de árboles. No dejes el lado sur del Muro si quieres protección delysiana. La guardia no patrulla más lejos. No quedamos suficientes. —Se dio la vuelta para irse.

—¡Espera! —dijo Ayrys.

El soldado aminoró la marcha.

—Consigue un número de la Breel.

Ayrys entró en el campamento. Vio poca gente; probablemente la mayoría

estaba durmiendo el Sueñoliviano. En la plaza central, sin hierbas, había casillas vacías de un bazar, cada una de ellas con sólo una tela o cortina, sujeta sobre combados palos, calientes por el sol. Dos hombres jugaban con piedras frente a una tienda rota. Desde el edificio de ladrillos de barro venía una canción con voz de mujer, aguda y ebria, que se cortó abruptamente. El edificio no tenía puerta, y Ayrys no pudo ver nada en el sombrío interior.

Un segundo soldado, más limpio pero igualmente ceñudo, la observaba fijamente. Quizá pensaba que iba a robar una de las cortinas. Convencida de que en ese extremo del mundo el robo aún sería considerado un crimen, Ayrys caminó hacia el soldado. A diferencia del primero, éste no usaba emblema de rango; sin él su hombro estaba extrañamente desnudo. Su coloración era clara, incluso para un delysiano. Un mechón de cabello como la arena, el mismo color de su barbita, caía sobre su mejilla. En contraste con la piel quemada por el sol, sus ojos eran sorprendentemente claros, de un pálido azul como vidrio acuoso.

—¿Dónde está la Breel?

—¿Para qué? —Su mirada se hizo más dura.

—Necesito un grupo y una cama.

—¿Vas a prostituirte por ella? —Ayrys levantó la barbilla. La mirada del soldado se suavizó ligeramente—. Si no vas a hacerlo, no necesitas cama allí.

—Me dijeron que es una posada.

—Es una forma de llamarla. Pero hay otra posada donde una mujer puede elegir sus compañeros de cama. Allí, aquel edificio al final.

—Gracias.

—¿Quién te dijo que fueras a lo de Breel?

—Otro soldado.

Apretó la boca. Ayrys se dio cuenta de que no necesitaba del emblema para saber su rango: estaba habituado a obligar a los hombres pero no a dirigirlos.

—La prostitución es para las jelitas. Debemos dejársela a ellas.

—El soldado necesitaba un número de la Breel.

—Lo necesitas para ser examinada.

—¿Toda… esta gente aguarda ser examinada por el Muro?

—No. La mayoría viene para eso, pero luego cambia de opinión. Algunos vienen a vender provisiones al campamento, mayormente cereales. Vienen de una colonia que hay por allí. Algunos simplemente vienen. Otros son expulsados por el Muro, y te conviene estar lejos de ellos. Están molestos.

Ayrys oyó una voz delysiana que decía amargamente: «*¿Probando que el Muro no te acobardó, Ralshen?*» Ayrys apretó las mandíbulas y hundió las uñas de una mano en la muñeca de la otra.

—¿Qué clase de artesana eras? —El soldado la observaba atentamente.

—Una sopladora de vidrio. —Ayrys observó que él usaba el pasado.

Él asintió respetuosamente; los sopladores de vidrio tenían posición y rango en

Delysia; su mirada mostraba curiosidad, pero no hizo preguntas, y esta cortesía súbita hizo saltar lágrimas de sus ojos. Cortesía… ¿Cómo olvidar, en sólo un ciclo, cómo era? *Estúpida*, se dijo a sí misma. Aunque sentía agotamiento, sacudidas, hambre, todo resultaba contenido por la incertidumbre sobre el Muro, de nuevo, presente en su mente.

El soldado le tocó el brazo.

—Siéntate aquí y yo te conseguiré un número de la Breel. Una sopladora de vidrio no tiene que tratar con esa clase de gente. Siéntate aquí, a la sombra.

Ayrys se sentó, inclinando la cabeza por una súbita acometida de estúpida languidez. El soldado caminó hacia la choza de ladrillo de barro y golpeó en ella, cerca de la abertura, sin puerta. Apareció una mujer y él la cogió del brazo y la sacó fuera. Era grande y sucia, y parpadeaba a la luz del sol con los ojos pintarrajeados. Ambos discutieron en voz baja y apasionada.

Ayrys vio el brillante reflejo de metal en la mano del soldado, y luego él vino hacia ella llevando una piedra pintada con un número azul: 206.

—¿Cuánto te ha costado? —dijo Ayrys. Sus estúpidas lágrimas habían desaparecido; allí no había lugar para lágrimas.

—Seis habrins.

Ayrys le dio seis habrins. Él frunció el ceño, y ella tuvo la ligera impresión de que el soldado había pensado que no tenía dinero, y que habría preferido que así fuera. Pero cogió las monedas.

—Quédate cerca del extremo sur del Muro. La guardia no puede protegerte más lejos de allí; demasiados soldados han sido ya cogidos por el Muro: quédate en la posada, o en el bazar, y estarás segura. No vayas a la sabana. —Su rostro se suavizó ligeramente. Una ligera suavidad que no alcanzó a sus claros ojos—. Que te vaya bien, sopladora de vidrio.

—A ti también.

La «posada» era una habitación sin ventanas, con la parte de atrás compartimentada en celdas privadas, y en la parte delantera un área común llena de camas. Bajo el techo, de poca altura, el aire era escaso, caliente y hedía. Por unas pocas monedas, un hombre le permitió a Ayrys extender su albornoz sobre el suelo sucio de una esquina, que ella alcanzó tropezando con los cuerpos esparcidos en la oscuridad. Detrás del compartimento, alguien gemía al dormir. A pesar de su agotamiento, Ayrys llevaba un buen rato sin poder dormir. Se acostó y se quedó mirando a la oscuridad, pensando que por primera vez desde que había salido de Delysia estaba a salvo, excepto cuando su mente cansada pensaba en el futuro o en el pasado.

Ultimaluz, y el campamento hormigueó con el movimiento. Los cazadores vendían las piezas cobradas en la sabana, y extraños y pequeños peces de agua

dulce, capturados en un afluente del río. Las mujeres vendían simples tortas de grano cocidas sobre piedras calientes, o frutos de daha recogidos en la llanura. En la choza de Breel fluía el kaf. El aire caliente se espesaba con olores de alimentos y cuerpos, y de una zanja que hacía de cloaca, y se oían maldiciones de los que jugaban por dinero, y de las mujeres con el hosco bullicio de Ultimaluz, antes de que volvieran el frío y la oscuridad por otras treinta y seis horas.

Ayrys se despertó famélica. Compró una escudilla de guiso sorprendentemente bueno a una mujer con cara franca y tosca, que lo removía sobre un fuego, en el bazar. La mujer sonrió cuando Ayrys elogió el guiso, y esto animó a Ayrys a preguntarle de pronto:

—¿Por qué están todos aquí? ¿Qué te ha traído *a ti* al Muro?

—¿Y a ti qué te importa? —La mujer se puso tensa.

—Nada. No quise ofenderte.

La mujer la miró y luego se encogió de hombros.

—¿Puede uno ver la puesta del Marcador? Yo vengo con *él*. —La mujer señaló con su cucharón a uno de los grupos de hombres que estaban sentados conversando en voz baja, sin que ninguno de ellos dejara de mirar al portal de R'Frow.

—¿Por qué vino?

—Por las gemas, por supuesto. ¿Sabes tú en qué otro lugar puedes conseguir gratis gemas como éstas? Pero ahora —dijo con su cara reflejando resentimiento —, no entrará. Igual que todo ese grupo, simplemente se sienta y observa. Ha perdido el coraje y la virilidad. Ya no es útil ni para mí ni para ninguna otra mujer. Pero yo aquí estoy.

—Podrías regresar a Delysia.

La mujer se encogió de hombros.

—Bueno, esto no es tan malo. No hay cobradores de impuestos, ni un consejo. Hay mucho sitio.

—Tú misma podrías entrar en el Muro.

—¡No! ¡Ni por una olla llena de gemas! Las ciudades que hablan no son para mí.

—¿Para quién son? —le dijo Ayrys atentamente—. ¿Quién crees que construyó…?

—¡Calla! ¡Se está abriendo!

El campamento quedó en silencio. La gente se apiñaba en el borde más próximo del Muro, afluyendo desde las chozas para observar, con los rostros tensos. Sólo el crepitar de los fuegos rompía el silencio.

En medio de ese silencio, el Muro Gris habló:

—Ésta es la ciudad de R'Frow. Vosotros queréis entrar. Sólo un humano puede entrar. Seréis sometidos a una prueba. Si tenéis éxito, entraréis en R'Frow y permaneceréis un año. Nadie que entre saldrá antes de un año. En R'Frow se os

darán gemas, nuevas armas y nuevas enseñanzas. Ésta es la ciudad de R'Frow.

Ayrys sintió escalofríos a la cálida luz del sol.

Nadie que entre saldrá antes de un año.

El Muro repitió su mensaje. Cuando comenzaba, la puerta se disolvió. No se solía decir de otra manera. La puerta estaba allí, y después ya no estaba. Ayrys se esforzó por ver un corto corredor que doblaba en ángulo recto, dejando a la vista sólo la pared de un gris claro.

—¡Ciento catorce! —chilló la Breel, agitando una piedra pintada sobre su cabeza—. ¡Lote ciento catorce!

Un hombre se adelantó y entró en la franja clara entre el campamento y el Muro. Era el hombre que la cocinera había señalado con su cucharón. Ayrys la oyó lanzar un profundo suspiro. El hombre andrajoso se levantó y comenzó a andar hacia el Muro. Todas las miradas lo seguían voraces y temerosas, compasivas y envidiosas, calculadoras y desdeñosas. El Muro comenzó su mensaje por tercera vez. El hombre se movía lentamente hacia delante.

—¡Más rápido! —gritó alguien.

A mitad de camino hacia la puerta el hombre se detuvo y regresó corriendo al campamento, curiosamente encorvado, con la cara de miedo a la derrota.

La cocinera suspiró y lanzó una larga maldición. El campamento estalló en sonidos y movimiento. Desde la Breel vino un ladrido de risa. El hombre se derrumbó donde se había sentado antes, colocando la cara entre las manos. Ayrys contempló el Muro. La puerta no se había cerrado pero *estaba* cerrada, con el material gris integrándose tan repentinamente como se había disuelto. Luchó contra una aguda sensación de vértigo y se volvió hacia la mujer.

—¿Cómo se cierra la puerta?

Pero la mujer, inmersa en su decepción, alejó a Ayrys con un tajante movimiento.

La mano de Ayrys apretó la piedra que contenía el número de su lote. Los bordes de la piedra eran cortantes y el dolor hizo que controlara su miedo. *Espíritus de la Isla de los Muertos*. No. ¿Pero quién?

—¿Cuánta gente ha entrado ya en el Muro? —preguntó Ayrys. Pero la mujer removió furiosamente el guiso y no respondió.

La puerta del Muro se abrió nueve veces más durante Ultimaluz. Ayrys observaba cada vez que se abría. Cuatro veces fueron llamados unos números y nadie entró. Tres veces entraron delysianos, y una hora más tarde, emergieron: dos llevando gemas con las que se podría comprar una casa en el mejor barrio de Delysia, y uno con las manos vacías y murmurando. Y dos veces entraron delysianos que no volvieron a salir.

Uno de ellos era el soldado de ojos claros que le había comprado el número de la Breel.

Ayrys formuló preguntas a quien quisiera responderle. Supo que el Muro había comenzado a hablar y a abrirse sólo tres diezciclos atrás, aunque el campamento había existido mucho más tiempo, y el Muro más tiempo aún. Se enteró de que el Muro no podía ser quemado, ni abollado, ni disuelto por ácido. Se había probado de todo. Supo que algunos delysianos estaban acumulando increíbles riquezas en repetidos viajes al interior del Muro; que los jelitas recibían espléndidas gemas; que los jelitas no recibían gemas en absoluto, sino armas de poder y velocidad mágicos; que los jelitas no recibían absolutamente nada. Que la «prueba» no existía, o que era sólo para los tontos que rechazaban la posibilidad de recibir gemas, o que habían matado a todos los que nunca emergieron por la puerta porque los monstruos querían devorarlos, o que había un puente espíritu hacia la Isla de los Muertos.

Ayrys comenzó a pensar que los mejores delysianos que trataron de abrir la puerta —aquellos con sensatez y coraje que no se entregaban ni al pánico ni al robo— debían haber sido los que habían sido aceptados puerta adentro. ¿Aceptados para qué? ¿Por qué? Y luego le hablaron de un hombre o una mujer, tontos o asesinos que, no obstante, desaparecieron en R'Frow, y de otros, firmes y valientes, que no habían desaparecido. La cosa no tenía sentido.

—Te compro tu número —dijo un hombre. Era viejo y encorvado y miraba a Ayrys con ojos astutos y desesperados. Su número había sido llamado y él no había ido.

—No.

—Diez habrins.

—No.

—Veinte.

—¡No!

El hombre la miró con dureza, y luego comenzó a llorar. Lloraba sin sonido, sin movimiento del rostro ni del cuerpo, y las lágrimas se deslizaban a través del polvo de su cara. Ayrys sintió náuseas y se alejó. Sintió también piedad, con un toque de desprecio; ella no había llorado ni siquiera por Embry.

Embry...

Se forzó a caminar a través del bazar y del campamento. Pasó bastante rato antes de que se diera cuenta de que un hombre la seguía.

El miedo apresuró sus pasos. Regresó rápidamente al interior del bazar justamente cuando la puerta se disolvía.

—Ésta es la ciudad de R'Frow. Vosotros deseáis entrar. Sólo un humano puede entrar por esta puerta en este momento. Seréis sometidos a una prueba. Si tenéis éxito, entraréis en R'Frow, y permaneceréis un año. Nadie que entre saldrá antes de un año. En R'Frow se os darán gemas, nuevas armas y nuevas enseñanzas. Ésta es la ciudad de R'Frow.

—¡Doscientos seis! —chilló Breel mientras sostenía una piedra por encima de su cabeza. Era el número de Ayrys.

—¡Por favor! —suplicó el hombre—. ¡Véndeme tu número! ¡Por favor!

Ayrys entró agachada a la posada a por su bolso. Cuando salió, el hombre corrió a su lado, tan cerca de ella que sintió su fétido aliento en la mejilla.

—Por favor, artesana, por favor, véndeme tu número. ¡Treinta habrins! ¡Cuarenta!

Al no recibir respuesta de Ayrys, su tono cambió súbitamente de un lamento a un rencoroso siseo.

—No sabes cuánto arriesgas. ¡Nunca saldrás con vida! ¡Nunca! ¡Te asarán viva, beberán tu sangre como hacen los guerreros-sacerdotes, te violarán, ramera! ¡Nunca volverás a salir! ¡No sabes cuánto arriesgas!

Ayrys se detuvo, apoyó la palma de la mano sobre el pecho del hombre y le empujó con fuerza. El hombre cayó rodando en el polvo, con expresión de asombro en su arrugada cara.

—Yo no arriesgo nada —dijo Ayrys fríamente—. No tengo nada que arriesgar.

Una mujer lanzó una risita.

El viejo seguía en el suelo, parpadeando. Pero al oír la risa bramó de furia, se levantó y corrió detrás de Ayrys. Ella ya había alcanzado la vacía franja de hierbas detrás del campamento, y él se detuvo, sin ganas de seguir. Cogió una piedra y se la arrojó. La piedra le dio en la cabeza y la hizo tambalear, aturdida.

—Ésta es la ciudad de R'Frow…

Otra piedra pasó cerca de ella desde otra dirección, seguida de un grito de protesta desde algún otro sitio. Durante un segundo no pudo ver por el golpe, la ira, o las tinieblas de la cercana Primeranoche.

El Muro se abrió más adelante.

Detrás de ella se oyó ruido de pelea. Entonces la puerta comenzó a resplandecer débilmente, como si fuera a cerrarse. Ayrys se mordió fuerte el labio y dejó que el dolor despejara su cabeza.

Nadie que entre saldrá antes de un año… Embry… *Te asarán*.

Ayrys corrió hacia adentro del Muro.

A los pocos pasos había alcanzado el ángulo derecho del corredor. Hacia la izquierda había otro corredor, otro ángulo recto. Echó una mirada sobre su

hombro. El Muro había dejado de repetir su mensaje en el instante en que ella pasó a través de él, y en el mismo momento se cerró silenciosamente. Pero esa *luz*… Con la puerta cerrada, no debería haber luz. No había ninguna lámpara ni fuego, y sin embargo los corredores resplandecían con una luz uniforme y difusa que venía de todas partes y de ninguna.

Sintió un temblor de miedo, distinto del que había sentido en el campamento, que fue sólo de peligro.

El segundo ángulo recto conducía a una pequeña habitación del mismo metal gris. Ayrys entró y el Muro se cerró detrás de ella. Luchando contra el pánico, miró hacia delante: la única abertura en el metal desnudo era un estante saliente, sin juntura, en la pared opuesta, sobre el cual había una gema tallada.

Ayrys la cogió. Era una krigrass, rara y valiosa. En la luz inexplicable, reflejaba el azul y el violeta; estaba tallada en un largo óvalo que notó frío y pesado en su mano. En Delysia valdría una pequeña fortuna.

¿Una fortuna suficiente como para sobornar al consejo de la ciudad?

Su mano se apretó convulsivamente sobre la piedra. Pero la krigrass era demasiado pequeña o el consejo demasiado grande. Sin embargo, por un momento pensó que sus pies habían comenzado a correr hacia la puerta, hacia Embry, hasta que miró abajo y vio que no ocurría así. Miró de nuevo hacia arriba y vio que había dos huecos en el Muro, sobre el estante, y que el de la izquierda era oval y del tamaño de la krigrass.

Sostuvo la gema contra el Muro. Sus caras cortadas coincidían exactamente con las superficies planas dentro del hueco oval. Tras un momento de titubeo, colocó el krigrass sobre el Muro. Se abrió el fondo del hueco, la gema cayó adentro y el hueco izquierdo desapareció totalmente.

Ayrys tanteó el Muro. La superficie era tan lisa como si el hueco nunca hubiera existido. Al igual que el Muro gris exterior, éste no podía ser tocado directamente, pero parecía tener sobrepuesta una capa que producía un ligero hormigueo. Ayrys hundió sus dedos en el otro hueco, un cuadrado facetado; no había nada. Dio un paso atrás y observó atentamente el Muro. No hacía nada.

Pasaban los minutos. La pequeña habitación estaba absolutamente silenciosa. No ocurría nada. Finalmente, Ayrys se sentó, aturdida, sobre el suelo.

¿Habría sido ésa la prueba? ¿La había pasado con éxito, o había fracasado? Los que guardaron la gema y la llevaron al campamento no debían haber pasado la prueba, o se habrían quedado dentro del Muro. ¿Y ella? ¿La había pasado? ¿Cómo?

Quería el krigrass de nuevo. No era suficiente para comprar el regreso de su exilio, pero riquezas, riquezas… había sido una tonta. Había sentido el krigrass tan pesado y frío en su mano como la doble hélice, vidrio rojo y azul aplastado a la luz de la luna.

—Otra vez—refunfuñó el Muro tranquilamente.

Ayrys se puso en pie de un salto. Sobre el estante de metal había una piedra de fuego cortada en forma de cuadrado, roja como la sangre, con llamas anaranjadas y amarillas en su interior. Sus brillantes facetas coincidían con los planos del hueco cuadrado en el Muro.

Otra oportunidad. Le estaban dando otra oportunidad de elegir, guardar la gema o ponerla dentro de la abertura, perderla, o quizá ganar la entrada al Muro. ¿Cuánto deseaba entrar en R'Frow? ¿Lo deseaba más que la piedra de fuego?

Entraron algunos delysianos, se apoderaron de la primera gema y se sentaron a esperar a que la puerta se abriera de nuevo. Quienesquiera que fueran los que esperaban dentro de R'Frow ¿sabían esto? Debían saberlo; cogieron las gemas y los delysianos regresaron a través de la puerta. ¿Cómo podían tener tantas gemas? Ricos, poderosos, misteriosos, capaces de hacer algo como el Muro, y dispuestos a darle a ella, a Ayrys, una oportunidad. Ayrys torció la boca. Una oportunidad… eso era más de lo que el consejo de la ciudad había estado dispuesto a dar.

Empujó la piedra de fuego dentro de la segunda hendidura.

Inmediatamente la piedra cayó a través del fondo. El hueco desapareció, y el estante se introdujo silenciosamente y se estiró hacia afuera de modo que se tornó en el Muro blanco como una tela alisada por una mano invisible. Se oyó un ruido detrás de ella, y Ayrys se giró.

Se había abierto una hendidura baja en una pared contigua y empezaron a fluir objetos hacia ella. Ayrys lanzó un grito y saltó hacia atrás, pero casi al instante se detuvo la corriente de cosas. La abertura desapareció y los objetos rodantes se detuvieron con naturalidad. Ayrys los contempló con el corazón agitado sin osar acercarse a ninguna pared. Pero las paredes continuaban inmóviles, y finalmente se arrodilló para mirar de cerca lo que habían arrojado.

Había un cuchillo hecho del mismo material gris de las paredes. Pero no, no era el mismo. Al mirar a ambos lados Ayrys pudo ver que faltaba la capa clara y hormigueante. Podía tocar el metal de la daga misma. Era frío, liso y muy afilado.

Se os darán nuevas armas…

Había dos barras cilíndricas de un metal más oscuro, casi negro y diez o doce de otras sustancias. Ayrys contempló las barras con perplejidad. ¿Qué tendría que hacer con ellas?

Las levantó una por una. Eran de distintos materiales: una de madera, otra de piedra y otra de una sustancia como tiza que dejó polvo en sus manos. Había una de vidrio que Ayrys examinó minuciosamente, sorprendida por la uniformidad que el desconocido fabricante de vidrio había logrado. Ella no conocía ningún método —ni el soplado, ni la cera perdida, ni el moldeado del núcleo— que pudiera producir tal precisión. Otra barra era de una sustancia extraña y resbaladiza, de un blanco puro como Ayrys no había visto jamás. Las otras siete

eran de distintos metales, algunos de los cuales Ayrys no creía que hubieran sido forjados en Delysia.

¿Qué iba a hacer con ellos?

Si no hacía nada, si simplemente se sentaba y esperaba que el Muro se disolviera y la dejara afuera…

Ayrys gimió suavemente. Si simplemente se sentaba y esperaba, tendría el campamento, la Breel, y el hombre que había gimoteado por su número, una y otra vez. Los habrins que le habían permitido llevar de Delysia no durarían mucho. Entonces, ¿qué? Nadie en ese extremo del mundo compraría vidrios, ni aunque pudiera construir un horno y descubrir qué otras cosas necesitaba. Entonces, ¿qué? Convertirse en una cocinera, en una mendiga, en una ramera, viviendo día tras días con la esperanza de obtener del Muro gemas que no podía llevar a Delysia para venderlas…

Probó la daga sobre cada una de las barras cilíndricas. Cortó las que ella había esperado cortar: madera y tiza. Raspó las que esperaba raspar: piedra y alguno de los metales. En las otras no hizo nada. Se sentía como una niña, como Embry, en cuclillas sobre el suelo del patio de vidrio, combinando barro y varillas con la falta de objetivos de un niño.

Embry…

Sostuvo pensativa la barra de vidrio sobre su mejilla. Era un bonito color, azul pálido, como linwool pasado sólo una vez por la tina de teñir. Una vez había hecho para Embry un tebl de ese color, cuando Embry no era más que una criatura. Un color suave, un color seguro, como si hubiera sido tan estúpida como para pensar que la belleza podía mantener segura a su hija.

Color.

Ayrys miró las barras esparcidas por el suelo. Todas eran de diferentes colores, excepto dos: las barras oscuras que también eran las únicas confeccionadas con la misma sustancia. Las dos barras habían rodado hacia los extremos opuestos de la pequeña habitación. Ayrys las cogió una en cada mano, y se las puso cerca de la cara para mirarlas mejor.

Las dos barras se apartaron.

Ayrys las dejó caer asustada. Parecía como si estuvieran tratando de *escapar* de ella. Pero antes no lo parecía, cuando las había cogido de una en una, para probar el cuchillo sobre ellas y no había tratado de escapar a la hoja. Recogió con cautela las dos barras.

Una de ellas se había pegado a una barra metálica diferente. Cuando Ayrys levantó la barra oscura, la otra también vino con ella hasta que después de un momento se soltó y cayó con gran ruido en el suelo. Ayrys la cogió y la puso junto a la barra oscura. Las dos se juntaron como amantes.

El miedo la hizo temblar y un largo escalofrío le serpenteó lentamente desde el cuello a lo largo de la espalda. La barra oscura *deseaba* a la barra metálica y

huía de su hermana, la otra barra oscura. Así pues, ¿estaba *viva*? Y las paredes que trepidaban y crecían y se cerraban, como un gran kemburi, una boca viviente sin mente que la hubiera tragado toda…

Por un momento se encogió, con la mente a oscuras, mientras el mundo se convertía en un devorador sin sentido. Entonces la mente se le aclaró. La barra no estaba viva, era un metal extraño y sorprendente, pero metal de todos modos, y la única cosa viviente en la habitación era su propio corazón, latiendo contra el pecho, y su propia mente. Los metales no huían, y un fabricante de vidrio sabía que los minerales podían cambiar su forma y sus cualidades.

Ayrys cogió una barra oscura en cada mano y las acercó. Esta vez corrieron las dos juntas. Una cierta manipulación demostró que una combinación de los extremos pegaría una a la otra, y que otra combinación las apartaría.

Luego tocó fascinada la barra oscura con cada una de las otras barras. Seis barras metálicas se unieron a las barras oscuras, pero no lo hicieron las de madera, piedra, tiza, vidrio, un metal desconocido, una sustancia desconocida y resbaladiza.

Ninguna se unió al cuchillo.

Una barra metálica que se había adherido a la barra oscura ya no se acercó al extremo opuesto de ésta, después de que ella la frotara. Ayrys se asustó tanto —no se había comportado así antes— que tiró la barra al suelo. Cuando la cogió de nuevo no saltó lejos de la barra oscura.

¿Por qué no?

Un leve olor ascendió en el aire. Ayrys arrugó la nariz. Antes de que tuviera tiempo de identificar el olor, las barras que sostenía en cada mano se deslizaron al suelo, y el gas la invadió.

Su cuerpo se aplastó contra la pared. Después de un rato, cuando su respiración se hizo más lenta, el suelo se inclinó ligeramente. Las barras cilíndricas rodaron hacia abajo por efecto de la inclinación, hacia el hueco que se había abierto para recibirlas. El cuchillo gris y el bolso de Ayrys quedaron en el suelo mientras éste se elevaba y levantaba su cuerpo.

El techo se disolvió. El suelo llevó a Ayrys hacia arriba y hacia los costados, a través de un largo proceso mecánico de descontaminación que la habría avergonzado, incluso con la ligera modestia delysiana, si se hubiera dado cuenta de ello.

Después de un buen rato, la llevó, soñando extrañamente, a un pequeño cubículo rectangular dentro del perímetro oriental del Muro, y la depositó allí.

El transportador del suelo se movió atrás, el cubículo se cerró y ella quedó detenida entre una respiración y la siguiente, en el congelado suelo intemporal del estasis.

6

—Quinientos ochenta y cuatro —dijo la Biblioteca-Mente en voz alta.

Los tres geds que contemplaban la pantalla del Muro no respondieron. En la pantalla se veía una gran figura de pie en la sala de pruebas del portal central de R'Frow, donde nunca habían entrado ni jelitas ni delysianos. El humano era tan alto como el portal o la mitad más alto que otros humanos, y tenía dos veces la altura de un ged; en la pequeña habitación, tenía que inclinar la cabeza para no tocar con el techo. Era blanco como un muerto, con la piel sin color, no tostada por el sol. Tenía el cabello blanco como la nieve, atado en diez trenzas que caían sobre sus enormes hombros, ropa de tela blanqueada y sin adornos. Tampoco sus ojos tenían color humano y eran levemente rosados por la sangre que corría en su interior. Había venido al portal en la oscuridad. No hizo ningún ruido.

—¿Una especie emparentada? —preguntó un ged. Habló en las configuraciones de una explicación extraordinariamente especulativa. Ninguno de ellos había visto nada como aquello.

—Quizá. Que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que cante siempre.

—Siempre cantará.

Los tres geds se acercaron, con las manos de uno apoyadas en la espalda, el cuello y las piernas del otro. Sus feromonas olían a incertidumbre.

El gigante blanco presionó la piedra de fuego dentro del hueco cuadrado; las barras cilíndricas resonaron en el suelo.

—¿Debe ser admitido, o debemos enviarlo directamente a Biología? No estoy seguro.

—Que Armonía cante con nosotros —murmuraron los otros dos.

La Biblioteca-Mente bramó suavemente.

—Admítelo en R'Frow aunque no hay muestras suficientes para un análisis de lenguaje. Las comunicaciones con él serán primitivas. El efecto que podrá tener sobre la Paradoja Central es desconocido.

La respuesta no fue una sorpresa para nadie; cada uno ya había pensado lo mismo.

La Biblioteca-Mente había sido creada y modelada por los geds.

El enorme albino ignoró las barras cilíndricas y levantó el cuchillo.

Lo probó en un dedo. Una sola gota de sangre permaneció roja sobre el blanco insensible.

Los tres geds observaban sin expresión.

7

Tan pronto como Jehane se despertó, su mano tanteó el cinturón. El soberbio cuchillo extranjero estaba allí, así como su propio cuchillo y el grueso garrote oscuro. Quizá no debía haber llevado este último; era demasiado corto para ser efectivo, a pesar de su buen equilibrio, y no tenía mango. ¿Los maestros guerreros de R'Frow podían ser tan pequeños como para que sus garrotes fueran tan cortos? Pero el cuchillo no era pequeño, y la idea de maestros guerreros que fueran muy pequeños resultaba estúpida. Nada de ventajas. Pero entonces había sido una prueba estúpida; cualquiera de aquella triste pandilla podría haber elegido las mejores armas, una para cada mano. ¡Estúpida!

Jehane recordó, pensó y sintió todo esto en un instante, mientras abría los ojos para ver dónde estaba acostada. El sitio era un estante angosto, abierto por un lado. Escudriñó la habitación de atrás, balanceó sus largas piernas a través de la abertura y cayó suavemente en el suelo, con el cuchillo desenvainado. La luz era muy lúgubre. Pero toda la gente que descendía desde otros estantes parecía jelita. Jehane los miró y sintió una breve conmoción: *no todos eran guerreros*.

¿Pero cómo podía ser? Los maestros guerreros nunca se molestaban con ciudadanos, y algunos de éstos ni siquiera parecían dignos de ser protegidos. Allí había un alfarero, por su tebl ni siquiera era el artesano de un núcleo; había un espigado muchacho con los hombros de una muñeca acicalada; había…

Una ramera. ¡Al otro lado del Muro Gris! ¡Una ramera! ¡No podía ser!

Al menos que ella, Jehane, no estuviera al otro lado del Muro.

La atravesó un espasmo de temor, del único tipo que siempre había experimentado: temor a no ser eficiente, a no poder probarse a sí misma, a no alcanzar la medida del Marcador. *Ella*… no ser aceptada por el Muro…

Pero la habitación en la que estaba era metal gris del Muro, un rectángulo desnudo, sin ventanas. Los jelitas bajaban de los estantes donde habían dormido. ¿Por qué? ¿Cómo? La mitad por lo menos eran guerreros. Por supuesto, ella estaba al otro lado del Muro.

—Todos jelitas —dijo una voz áspera detrás de ella. Era una hermana-guerrera con el cabello veteado de gris y la piel castigada por el clima, y tres soles cosidos sobre su hombro izquierdo.

Jehane agitó la mano izquierda como saludo.

—Sí, comandante.

—Pero no todos humanos —dijo la guerrera.

Miró a la ramera, que al instante inclinó la cabeza y respetuosamente miró sus pies. La comandante la contempló despectivamente. Jehane hizo lo mismo —pensándolo bien, si había hermanos-guerreros tenía que haber rameras para ellos — pero no antes de que hubiera captado el movimiento de la muchacha con el rabillo del ojo. Tan pronto como la comandante hubo vuelto la cabeza, la ramera

levantó la vista, miró el extraño metal gris que los rodeaba y luego clavó la mirada en el rostro de la comandante. Los ojos de la muchacha, de un negro profundo y aún bordeados de rastros de pintura de mal gusto, miraron desafiantes y asustados, pero no había duda de que el insulto era deliberado. Jehane, ultrajada, apretó el puño sobre su cuchillo y se lanzó hacia delante.

El movimiento de la comandante la detuvo. La guerrera, de mayor edad, sacó su cuchillo, y Jehane echó una mirada para conocer la razón. Tres figuras habían aparecido en un extremo de la habitación, sobre una plataforma que un momento antes no existía, inmóviles en un suave brillo de luz anaranjada sin fuente de origen.

Los guerreros saltaron formando un cordón protector. No había sido impartida ninguna orden; no era necesario. Jehane estaba donde su rango la ubicaba, en la retaguardia, sobre su flanco izquierdo. La formación estaba encabezada por la mujer con el cabello veteado de gris; el tener el mayor rango entre los presentes, se convertía automáticamente en comandante. Sobre el grupo de ciudadanos agazapados en el centro, Jehane pudo ver la corona de su cabeza, casi tan alta como los hermanos-guerreros de cada lado, y sobre aquellos tres, las tres figuras en la plataforma.

Eran de *metal*. No, no eran de metal sino que estaban envueltos en una armadura metálica liviana que los cubría desde el cuello hasta los pies, y que resplandecía débilmente. La débil luz incluso parecía rodear sus cabezas. Eran pequeños, demasiado pequeños para ser guerreros, con las cabezas calvas, con feos rostros chatos y grises, con…

Con tres ojos.

A Jehane le asaltó el recuerdo de todas las historias de la infancia sobre la Isla de los Muertos. Luego un ciudadano gritó de miedo, y Jehane volvió la punta de su cuchillo hacia el hombre y se aseguró de que lo viera. La comandante había ordenado silencio, y silencio era lo que obtendría; un montón de ciudadanos gritones sólo haría más difícil la batalla con los monstruos si la comandante hacía una señal de batalla.

El ciudadano se topó con los ojos de Jehane, bajó los suyos y se mordió los labios.

—Somos *geds* —dijo la figura de la izquierda—. Nosotros construimos R'Frow. —Se detuvo y esperó. *Estudiándonos*, pensó Jehane. *Observando nuestras fuerzas*. Eso era lo que harían los maestros guerreros. Y a pesar de su pequeñez el monstruo parecía fuerte: tórax ancho y piernas en forma de barril. Su voz sonaba como la del Muro, baja y refunfuñante, y su horripilante rostro no mostraba reacción alguna pese a estar tan superados en número. Así era como debía comportarse un guerrero.

—Vosotros elegisteis entrar en R'Frow. Elegisteis lo que R'Frow puede daros en lugar de elegir gemas. Habéis venido a aprender, a ganar riquezas, a ganar

armas. Nosotros os enseñaremos. Os daremos riquezas y armas. R'Frow es nuestra ciudad, haréis lo que nosotros digamos.

Jehane escuchó atentamente. Una reclamación de honor; los monstruos estaban diciendo que los jelitas estaban con ellos en el plano de honor. Se les había dado armas gratis y ahora se les pedía como pago un año de obediencia a las leyes geds. Una dura reclamación… El magnífico cuchillo y aquel garrote, por bien equilibrados que estuvieran, difícilmente valían la renuncia al mando.

A menos… a menos que los monstruos quisieran indicar que más tarde se entregarían más y mejores armas. Pero eso comenzaba a sonar como un regateo, no como una devolución de fuerza libremente otorgada… Por otra parte, si las armas eran verdaderamente asombrosas y esos monstruos horripilantes, después de todo, habían construido el Muro, sería prudente ceder lentamente, como hacían los maestros de armas cuando el necesario entrenamiento del cuerpo lo hacía necesario… Jehane frunció el ceño. ¡Menos de una hora dentro del Muro y todas estas estúpidas batallas de palabras! Pero afortunadamente no tenía que luchar con ellos. Para eso estaba la comandante. Jehane miró la espalda recta de la mujer de mayor edad, y se preguntó qué haría la hermana-guerrera.

—Viviréis en R'Frow a vuestra manera, según vuestras propias formas de limitar las acciones. —Jehane se dio cuenta de que los monstruos se referían a las leyes—. Excepto dos acciones. Una: todos los humanos pasarán seis horas cada día en la Sala de Enseñanza, donde los geds os enseñarán muchas cosas. Dos: ningún humano puede matar o herir gravemente a otro humano. Todos debéis permanecer vivos para recibir las enseñanzas.

Se oían murmullos de los ciudadanos. Jehane estaba asombrada. « *Todos los humanos pasarán seis horas cada día en la Sala de Enseñanza*…» ¿Iban estos geds a enseñar el uso de las armas a los no-guerreros? Eso era una blasfemia, y también una estupidez. Los guerreros eran guerreros, y los ciudadanos de músculos inflados, aunque necesarios, eran otra cosa. Y no matar… ¿eso incluía los entrenamientos? ¡Ningún maestro guerrero sería tan blando!

La ramera estaba mirándola fijamente.

Los ojos de Jehane brillaban peligrosamente. La insolencia de la muchacha le recordó la perezosa delysiana que había arrastrado con ella a través de la sabana. Pero esto era peor, un gran insulto. La delysiana era extranjera y estaba también loca, pero ésta era una jelita y la conocía mejor. Jehane cerró con fuerza el puño sobre el cuchillo y se topó con la mirada de la ramera. Después de un momento, la muchacha dejó de mirarla fijamente. Dio un paso adelante y Jehane vio que había estado subida sobre un gran paquete para ver la multitud; de pie sobre el suelo era sorprendentemente pequeña y no alcanzaba más altura que el pecho de Jehane. Pero las curvas de su cuerpo no eran las de una niña.

Ante la ferocidad de la mirada de Jehane, la ramera inclinó la cabeza y fijó

la mirada en sus pies. *No lo bastante buena*, pensó Jehane, *no lo bastante buena, en absoluto*.

El ged habló después de otra de sus largas pausas:

—Tenemos mucho que enseñar a los humanos de Qom. Pero debéis estar de acuerdo con esos límites de acción. Mientras pasáis a través de este portal hacia R'Frow, cada uno de vosotros expresará su acuerdo.

Jehane estalló de enojo.

—Pedir un juramento de honor de los ciudadanos… de las *rameras*…

—Yo hablo por Jela —dijo la comandante en voz alta. Saltó sobre la plataforma y envainó cortésmente el cuchillo. Jehane mostró su aprobación. Incluso estando tan cerca de los monstruos, la comandante no manifestó temor ni sumisión.

Los geds, observó Jehane, no tenían el buen sentido de retroceder ante *ella*. La miraban tranquilamente. Y al final, uno, no podía decir cuál pues todos tenían el mismo aspecto, dijo:

—¿Tú hablas en armonía por estos humanos?

Era un insulto mortal dudar de la autoridad de una comandante suprema. Jehane sintió que su diafragma se ponía rígido. ¿Exigiría disculpas la comandante? No mostraba signos de sentirse insultada, pero Jehane lo sabía bien.

Aun cuando esta comandante se hubiera desvanecido al otro lado del Muro Gris antes de que Jehane llegara al campamento, los guerreros de allí le habían contado cómo había matado a un cocinero que había presumido de que, debido a que ya no estaba en Jela, ya no había que observar la disciplina jelita. El cocinero había apoyado la mano en el pecho de una hermana-guerrera. Su cuerpo había sido arrastrado a una hondonada, detrás del campamento, para esperar a los *kreedogs* en Primeranoche.

—Hablo por toda Jela —dijo fríamente la comandante.

Los geds se volvieron unos a otros. El movimiento hizo que la luz anaranjada se reflejara en sus cascos, claros y hechos de vidrio. ¿Quién usaría cascos de vidrio? Un buen golpe los haría pedazos. Y ahora estaba hablando el tercer ged; no había forma de saber quién mandaba. ¡Estúpidos!

—Eres aceptada como portavoz. Tú…

—Todavía no —dijo la comandante en forma poco gentil. Sacó su cuchillo ceremoniosamente—. Estamos en el mismo plano, consagrados al honor de la vida misma. Lo que es entregado libremente, debe ser devuelto libremente. Nadie, excepto los niños, puede aceptar como un derecho la fortaleza de otros sin devolución, no sea que debilite su propia fuerza y se convierta en lisiado. Nadie puede elegir su propia fuerza como negocio, no sea que ponga la vida al servicio del cuerpo. Lo que es entregado libremente debe ser devuelto libremente.

—Que Armonía cante con nosotros —dijo el ged.

—Que pueda cantar siempre con nosotros.

—Siempre cantará con nosotros.

¿Qué estaban diciendo esos seres fríos y oscuros? No tenía sentido para Jehane. Pero al menos la comandante había sido bastante clara.

Los guerreros estaban en el plano de honor con los geds. Si la comandante había dicho que la reclamación era honorable, entonces lo era.

—Ahora entraréis en R'Frow —dijo uno de ellos—. Después de que entréis, el perímetro quedará cerrado para vosotros. En R'Frow se atenderán todas las necesidades de vuestro cuerpo. La iluminación ha sido alterada para adecuarla a los modelos de vuestros cuerpos, dieciséis horas de luz seguidas por ocho de oscuridad. Al comienzo de cada enseñanza, sonará el grauf —se oyó un ensordecedor sonido desagradable, como metal sobre piedra, y se detuvo en forma igualmente brusca—. Y vendréis a la Sala de Enseñanza, en el centro de R'Frow junto con los humanos de los otros portales. Ahora entrad en R'Frow.

Junto con los humanos de... Habría delysianos en R'Frow. *Delysianos*.

No hubo tiempo para el escándalo. La pared detrás de los geds se disolvió, caminaron a través de ella, y luego se cerró sin grietas detrás de ellos.

La pared que cruzaba la habitación se disolvió para formar un arco, a través del cual podían verse los árboles. Durante un momento, nadie se movió. Paredes que se abrían y se cerraban; una ciudad que no podían abandonar durante un año; monstruos de tres ojos… La comandante se volvió, hizo una señal a sus guerreros, y el mal momento pasó.

Un súbito regocijo invadió a Jehane. Iba a recibir armas que ningún jelita había empuñado jamás. La reclamación de honor de un año, y luego formaría parte de un núcleo de hermanas-guerreras como el mundo jamás había visto. Se había elevado a la altura del Marcador, y en los días futuros la medida del Marcador sería fijada por los núcleos jelitas armados en R'Frow. Su corazón se dilató.

Marchó en formación con los guerreros de Jela, atravesó el arco y entró en R'Frow.

8

—Otra contradicción —dijo la Biblioteca-Mente. Dieciocho geds, la totalidad del proyecto planetario, dejaron de observar las pantallas murales para escuchar al unísono—: Ladodelsol: el subgrupo «jelita» fue el que mostró mayor

cooperación. Un humano cantó armonía por todos, como si fueran geds. A diferencia del otro subgrupo, entraron en R'Frow con orden y en paz, y eligieron dormitorios con sólo unas pocas palabras de discusión. No hubo división sobre qué humanos habitarían en las distintas habitaciones, ni qué humanos cumplirían determinadas funciones. Todo se llevó a cabo con ayuda mutua.

» Ladoscuro: tanto en el habla como en las acciones de los humanos fuera de R'Frow, el subgrupo "jelita" tuvo el mayor contenido de violencia.

» No se sabe cómo esto se relaciona con la Paradoja Central.

La habitación se llenó de feromonas de frustración. Nada encajaba. Ni la conducta de los dos grupos de humanos, ni los datos reunidos en la observación de los humanos que durante un año realizó la Biblioteca-Mente, más allá del proyecto, ni los alarmantes resultados del examen biológico del humano gigante albino mientras se hallaba en estasis.

Los geds se acercaron entre sí, golpeando espaldas, piernas y cuellos. Alguien bajó tres unidades la temperatura de la habitación y los demás refunfuñaron armonía. Los datos de la irracionalidad de los humanos justificaban el frío.

Humanos irracionales, inmorales… que no debían haber existido.

—Noticias de la Flota —dijo un ged, y todos se acercaron aún más, radiando feromonas de desesperación con el fin de desencadenar las de simpatía, y así husmear qué consuelo podía haber en una situación que no debería haber existido en la galaxia, que no podía existir en la galaxia… pero que de hecho existía.

De las miríadas de formas que la vida podía tomar, de todas las especies en todos los mundos habitados, sólo existían tres tipos:

Las especies de poca o ninguna inteligencia matemática y una amplia variación genética. Se desarrollaban, rápidamente, por la supervivencia de los más fuertes. Algunas practicaban la violencia intraespecie, otras no. Pero ninguna alcanzó jamás una tecnología significativa. Para los geds eran animales, que debían ser usados si resultaban útiles.

Las especies de inteligencia matemática y una amplia variación genética. Se desarrollaban, rápidamente, por la supervivencia de los más fuertes, incluyendo la violencia intraespecie. Finalmente alcanzaban la tecnología del átomo. Los geds las apartaban, sin gastar mucho tiempo en estudiarlas. No tenía objeto. Antes de que pudieran llegar más allá de sus propios sistemas solares, destruían sus propios planetas. Siempre.

En tercer lugar, estaban las especies de inteligencia matemática y poca variación genética, como los propios geds. Se desarrollaban muy lentamente, en viejos planetas de antiguas estrellas. Los avances provenían de mejoras que tardaban milenios, de pequeños cambios, en civilizaciones en las que nadie era sacrificado a los demás. La violencia intraespecie no era genéticamente posible. Al existir sólo una vía a la tecnología de propulsión estelar, a través de las matemáticas, sus mentes no parecían muy diferentes a las de los geds. Los usos

del cuerpo seguían a la mente, y así las especies, capaces de vivir en el lejano espacio galáctico, tendían a parecerse entre sí. Era una galaxia de parientes mentales.

Los geds procuraron siempre establecer tratados con tales especies, aunque cuando la territorialidad de éstas resultaba ser tan fuerte como la de los geds, a veces eso resultaba imposible y la guerra se hacía necesaria. Los geds siempre lo lamentaban y sus feromonas olían a pesar por el carácter único de las especies perdidas.

Nunca había existido una especie que practicara la violencia intraespecie y que sobreviviera para alcanzar la tecnología de propulsión estelar.

Hasta los humanos.

Ellos habían ocasionado el caos, llenando el espacio con una tecnología que no deberían tener y una territorialidad tan fuerte como la de los geds. Una especie joven y temeraria que prefería estrellas amarillas y antiestéticas, respiraba oxígeno y cambiaba tan rápidamente que resultaba impredecible en la batalla, luchando tanto entre ellos como contra la Flota. Esto era lo que más sorprendía a los geds… *luchaban entre sí con la tecnología de propulsión estelar*. No deberían existir; deberían destruirse asimismo en sus mundos nativos, y que los supervivientes terminaran reducidos a un estado de barbarie.

A veces lo hacían. Pero no con demasiada frecuencia, y eso no había forma alguna de comprenderlo. No era genéticamente posible. Empero existía, y los humanos existían, y las naves humanas, y las geds, existían… tumbas brillantes, congeladas, radiactivas, flotando en el vacío. Tumbas que no podían solucionar nada.

Las noticias de la Flota olían a desesperación: otra batalla perdida con los humanos, cuya estrategia de hoy no podía predecirse en base a la de ayer.

—La Paradoja Central —gruñó la Biblioteca-Mente—. Ladodelsol: los humanos son violentos entre ellos. Pasado un nivel primitivo de evolución, la violencia intraespecie no es beneficiosa para ésta. Destruye recursos y consume energía. En una especie con amplia variación genética, puede destruir aquellas mentes más capaces de nuevas ideas, las que podrían compensar la falta de cooperación entre especies.

» Ladoscuro: los humanos han alcanzado la tecnología de propulsión estelar. Por tanto deben usar la matemática de números-racionales. Ganan batallas territoriales. Aún existen.

» Debemos comprender por qué. Debemos resolver la Paradoja Central.

La Biblioteca-Mente cambió configuraciones gramaticales a una gramática raramente utilizada. Las configuraciones denotaban una explicación provisional que parecía apoyada por hechos, pero también parecían lógicamente absurdas.

—En esta especie, la violencia intraespecie y el desarrollo de propulsión estelar están positivamente vinculados. A continuación, las ecuaciones…

» No se sabe cómo ocurre esto. Es lo que debemos descubrir.

La Biblioteca-Mente había sido creada por los geds. En parte era orgánica y en parte no. Incluía los modelos de incontables mentes geds. Tras un momento de silencio, gruñó:

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante con nosotros —respondió una poetisa llamada Krakgar.

—Que cante siempre —dijo el joven R'Gref que apenas había pasado la edad de la torpeza. Este experimento era el primero que realizaba lejos del mundo en que habitaba.

—Siempre cantará con nosotros —dijo Grax. Había cantado en armonía con la humana que había hablado por su subgrupo. Él era maestro de inexpertos, de la misma forma que un poeta era un poeta, finamente cortés y con mucho gusto para satisfacer la necesidad de un ged.

Podía haber sido un poeta; el lenguaje no hubiera diferido mucho. Pero le gustaba ser maestro. El diseño de la Sala de Enseñanza, realizado con cuidado e ilusión, era obra suya.

En las pantallas del Muro en esta habitación principal, docenas de humanos se movían a través de las salas de R'Frow. Los geds observaban un poco más, y luego desconectaban las pantallas. Ninguno podía prestar atención. Sus feromonas olían a pesadumbre, cuyo único consuelo posible debía de ser el duelo por los muertos en combate. Los dieciocho salieron de la habitación, con las manos golpeando espaldas, piernas y brazos, para igualar a todos. Se emparejarían en temperaturas frías, en las feromonas de la lamentación, en el conocimiento de que la simiente mezclada del frasco no sería ahogada sino quemada. Se emparejarían para los muertos.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante siempre.

—Siempre cantará con nosotros.

La Biblioteca-Mente permaneció observando y escuchando, ordenando miles de millones de moléculas y bits de nuevos datos de la ciudad humana, buscando respuestas.

—… La violencia humana intraespecie y el desarrollo de propulsión estelar están absolutamente vinculados…

» Se desconoce cómo ocurre esto.

II

MUROS

Quien tiene miles de amigos no tiene uno del cual prescindir, y quien tiene un enemigo lo encontrará en todas partes.

ALÍ IBN-ABÍ-TALIB

9

Ellos habían movido el sol.

Ayrys estaba de pie en R'Frow y miró hacia arriba. Alrededor de ella afluían delysianos a través del arco, desde el perímetro hacia la ciudad; era la primera vez que contemplaban R'Frow. Empujaban, tropezaban y gritaban, pero Ayrys se mantuvo tranquila y no oyó nada de ello, atrapada en tremendas dudas que se adueñaban con espasmos de su mente. *Ellos habían movido el sol.*

Había visto el comienzo de Primeranoche cuando ella entró corriendo en el Muro, desde el campamento delysiano. No sabía cuánto tiempo había dormido en aquella caja en la que no recordaba haber entrado; pero mientras los geds hablaban a los que despertaban, Ayrys descubrió al soldado delysiano de ojos pálidos que le había proporcionado el número de la Breel. Entonces tenía una barba corta, quizá de un día; y aún la conservaba. La barba no había crecido. Por tanto, aún debía ser Primeranoche, o a lo sumo Oscurodía. Sin embargo, el cielo sobre R'Frow era de tresdía, demasiado sombrío para localizar al sol, pero definitivamente de día. Y el aire estaba *cálido*, incluso con la calidez de Primeramañana temprano.

«*La iluminación ha sido alterada para adecuarla a los modelos de vuestro cuerpo, dieciséis horas de luz seguidas de ocho horas de oscuridad*». Eso era lo que los hombres de tres ojos, los geds, les habían dicho. De tres ojos. Y ellos habían movido el sol.

No, eso no era posible. Los geds debían haber hecho otra cosa. Pero, ¿qué? ¿Cómo podían haber creado un nuevo cielo? Habían forjado muros maravillosos… pero ¿el *cielo*?

Ayrys bajó la cabeza; le dolía el cuello por estirarse hacia atrás. Las emociones se agitaron dentro de ella como lentas corrientes: respeto, amor… y algo más, más pequeño y vengativo. Delysia la había exiliado, la había apartado de Embry, había usado su fuerza al servicio del pánico para aplastar su vida. Pero la fuerza de R'Frow empequeñecía la de Delysia, y hacía aparecer la ciudad de su nacimiento como un montón de estiércol. Delysia había creado exiliados, pero R'Frow había creado el cielo.

R'Frow no tenía el aspecto de una ciudad, tal como ella entendía la palabra. No había edificios con cúpula blanqueada brillando bajo el sol deslumbrante. No

había esbeltos y altos minaretes delysianos. No había jardines, ni bazar, ni taller de vidrio amurallado, ni fragua, ni negocio de cueros, ni perforador de tierra. En lugar de ello, podría haberse imaginado a sí misma de regreso en la sabana… pero una sabana ordenada, dócil, cerrada.

R'Frow era un yermo. El Muro Gris incluía mayormente árboles y plantas mezcladas densamente, cruzadas por corrientes y crestones de roca. Desde su lugar cerca del muro este, Ayrys vio bosquecillos de árboles maduros que sólo podían haber crecido donde estaban tras largos años. Entre la densa arboleda había parches de maleza espesa, claros con hierbas que llegaban hasta el pecho, franjas de monte bajo. Pero no se parecía a la sabana. Vio arbustos espinosos pero no kemburi; flores silvestres pero no espinas ponzoñosas; árboles con largas y pobladas ramas que se arrastraban por el suelo, pero nada con un borde cerúleo que se alzaba y caía alrededor de un orificio central. La corriente a su derecha era rápida y clara: demasiado rápida para el terreno uniforme, demasiado clara para la arcilla aguas arriba.

Sopló una brisa; el aire era dulce y fresco como si también acabara de despertar del mismo suelo extraño de Ayrys. Un bosque lavado por la lluvia llenaba todo el cercado que era R'Frow, surgiendo a los propios muros con mezclada vida verde. Y no sólo verde: Ayrys vio a la hierba estremecerse como asustada por los delysianos que pasaban empujando, huyendo hacia gruesos arbustos espinosos. Pero la vegetación no se alzaba y arrastraba como debería haberlo hecho para prepararse para Primeranoche… si ésta *era* Primeranoche. Y por todas partes la exuberante vida verde, tan grotesca como los insectos vivientes en vidrio rígido, cortaba senderos de metal gris.

Los senderos, de bordes precisos, se retorcían en todas direcciones. Por encima de las copas de los árboles, a su izquierda, Ayrys vio más metal, las azoteas planas de grandes edificios cúbicos, construidos cerca de la pared meridional. Desierto verde, metal gris. Detrás de ella, el arco se había cerrado en la pared oriental ahora sin rasgos característicos: una abertura podría no haber existido jamás. Ayrys se agachó para poner las palmas de las manos sobre el sendero de metal. Sintió un leve hormigueo.

—¿Estás herida?

Ayrys alzó la vista; en la parte exterior del Muro vio al soldado de feo rostro del campamento.

—No, yo… ¿Qué le han hecho a la luz?

—¿Qué sucede? —Indiferente, el soldado echó un vistazo.

—No puede ser Primeramañana todavía, no ha pasado bastante tiempo. En el campamento tú tenías esa misma barba escasa…

Él se tocó el mentón y la miró más atentamente.

—Los otros se han ido a los salones. No deberías haber regresado aquí sola. Los salones jelitas están por allí, a lo largo del muro del norte. ¿Estás herida?

—No —Ayrys se enderezó.

—Entonces ve a alguno de los salones, sopladora de vidrio. Todavía no hay una guardia establecida. Ven, yo te llevaré.

—Puedo ir por mí misma —dijo Ayrys, pero el soldado no le hizo caso. La cogió del brazo con fuerza y comenzó a andar a lo largo del Muro del sur.

—Soy Kelovar. —No le indicó el nombre materno.

—Yo, Ayrys.

Ella no le preguntó por qué había ido a R'Frow. En su breve estancia en el campamento, ya había aprendido que ninguno formulaba esa pregunta ni la respondía. Mientras caminaban, echó una mirada al interior del Muro del sur, a los árboles y a un bajo, sorprendente e imposible risco metálico.

—Un año. No podemos salir antes de un año —dijo Ayrys tranquilamente.

—¿No podemos? ¿Qué es ese Muro, diez veces más alto que un hombre? Y los árboles crecen cerca de la base. Podemos irnos si queremos.

—¿Tú quieres?

—Ellos nos prometieron armas por un año de servicio. Puedo servir durante un año. Cuidado con esa rama.

Ayrys ya la había visto. Kelovar no aflojó la presión sobre su brazo. Llegaron al primero de los salones; había otros más allá. Cada uno era un cubo de metal gris, sin ventanas, con un arco simple a cada lado. Los arcos eran grandes y sin puertas. Ayrys se preguntó cómo podrían los edificios retener el calor por la noche.

—Difícil de defender —dijo Kelovar. Los músculos de su mandíbula se pusieron tensos, y durante un momento algo aleteó en sus ojos que impulsó a Ayrys a desviar la mirada con un escalofrío.

El piso bajo era una enorme habitación, iluminada mayormente por los arcos. Había un solo círculo brillante de color naranja sobre la pared, pero daba poca luz efectiva. Después del exterior bajo y plano, el interior sorprendía; estaba lleno de cojines para el suelo con colores brillantes e intrincados diseños que atrapaban y retenían la mirada a lo largo de líneas que nunca había recorrido hasta entonces. La artista que había en Ayrys cayó de rodillas para seguir los singulares y hermosos remolinos con un dedo.

—Levántate —dijo Kelovar—. Las habitaciones están escaleras arriba.

Salvo los cojines, el único mobiliario eran mesas redondas, pequeñas y fijas, esparcidas por todas partes donde el suelo se elevaba para formarlas, como burbujas congeladas sobre un estanque de metal. Ayrys tocó una y sintió un leve hormigueo en el dedo.

—Por aquí —dijo Kelovar.

La condujo a una escalera que llevaba al segundo piso donde había corredores grises, sin ventanas, alineados y con puertas. Había delysianos de pie en algunas entradas. Al final de la escalera, tres hombres bloqueaban el corredor.

—Veinte habrins por una habitación, soldado.

—¿Qué?

—Vosotros queréis una habitación, y eso te cuesta algo. Nada es gratis. Veinte habrins o mis compañeros y yo pegamos nuestros pulgares en todas las puertas que quedan, y vosotros dormís gratis sólo si decidimos no entrar esa noche. Es más barato pagar ahora, y entonces la puerta es sólo vuestra.

Kelovar se puso pálido; una cicatriz, que Ayrys no había notado, apareció súbitamente en un lado de su cuello. En pocos minutos ya no era el mismo hombre —demasiado brusco, demasiado protector— que la había llevado al salón. Desenvainó los cuchillos ged y delysiano, y su rostro se tornó calmo y gris, como una piedra en la que los ojos chispeaban como vidrio mellado.

—¡Apártate de mi camino!

El hombre que había hablado, rechoncho y de poderosa quijada, miró a Kelovar fríamente. Sus dos corpulentos compañeros sacaron los cuchillos.

—No debes hacer eso, soldado. Juraste a los geds no matar ni herir. ¿Quieres perder tu oportunidad en R'Frow?

—¿Y tú? —preguntó Ayrys.

El hombre rechoncho sonrió. Tenía la ventaja de su lado, en número y valor.

Ayrys de dio cuenta de que sabía que muy pocos se arriesgarían a sufrir la venganza de los geds por un trato incumplido el primer día en R'Frow. Antes de poder imaginar cuál sería aquella venganza, sería mejor esperar y verla venir. Este razonamiento era el que los tres daban por seguro, y no se equivocaban. Detrás de ellos en los pasillos, las puertas estaban cerradas. Nadie quería saber lo que pasaba.

Ayrys buscó enojada su monedero en su tebl.

—¡Aquí tienes! ¡Cuarenta habrins!

—Si necesitáis dos habitaciones… —dijo el hombre, con la mueca todavía en la cara.

—No —dijo Kelovar. Se encogió y comenzó a andar en círculos para buscar posición. Había algo demente en sus pálidos ojos, como si fueran incapaces de ver otra cosa que los hombres armados que le impedían el paso. Ayrys pensó confusamente que no era lo mismo que el entrenamiento militar, sino algo diferente, más mortal. Uno de los hombres pareció sentir el peligro en aquella situación tan tensa. Echó una mirada inquieta a los hombres preparados que no le devolvieron la mirada. Sonrieron y comenzaron también a trazar círculos.

Dos cuerpos ensangrentados junto al río, con flechas en sus cuellos…

—No —dijo Ayrys, y arrojó el monedero al hombre encogido, que lo cogió hábilmente en el aire—. ¡Toma, cuarenta habrins y retira a tus *kreedogs*!

—Gracias, querida. Beshir, eso es todo. Ella ha pagado por los dos. Déjalos pasar.

Beshir dio un paso hacia un lado, con los cuchillos aún en las manos. Kelovar

permaneció como estaba. Cuando Ayrys le tocó el brazo lo sintió duro como la madera. Él se volvió y la miró como si no le recordara, pero cuando le tiró de la manga, la siguió y, al doblar la esquina del corredor, su rostro volvió a ser el de siempre.

—Le habrías matado, o te habrían matado a ti. ¡Pensé que querías servir un año en R'Frow!

No respondió pero bajó la mirada hacia ella desde su mayor altura, con tan súbito dolor que ella se preguntó nuevamente por qué había ido a R'Frow, y la sumergió en un sentimiento de simpatía. *La simpatía mutua de los mutilados*, pensó amargamente, y odió a la amargura tanto como a la verdad.

—No llores —dijo él.

Ella no estaba a punto de llorar; él no se había fijado bien. Pero tuvo la breve impresión de que habría deseado que ella llorara, y súbitamente recordó aquel momento en el campamento delysiano, cuando pensó que él habría preferido que ella no tuviera monedas para pagar por su número, y su cuidado en conducirla por el sendero, donde no era necesario que la guiara. Pero su rostro sobre los dos cuchillos…

El Muro detrás de ella refunfuñó suavemente.

—Coloca tu pulgar en la puerta. Si eres la primera persona que coloca el pulgar en una puerta, ésta se abrirá. Desde ese momento se abrirá sólo por tu pulgar. Si quieres que la puerta se abra para otros humanos, presiona los dos pulgares juntos en el bloque. Desde ese momento se abrirá para cada uno de vosotros. Coloca tu pulgar en la puerta. Si eres la primera persona…

El mensaje se repitió tres veces.

—Siempre hacen lo mismo —dijo Ayrys. Kelovar no respondió; presionó su pulgar en la puerta, y ésta se abrió girando.

Dentro había una habitación cuadrada, sin ventanas, toda de metal gris, desnuda excepto por tres de los brillantes cojines, más largos y delgados que los de abajo. A la derecha de la puerta, en el otro muro liso, un círculo uniforme de color naranja resplandecía levemente, no lo bastante brillante para iluminar la habitación. Con la puerta cerrada estaría en la oscuridad. La habitación era una caja desnuda y oscura, destinada sólo a acostarse en ella. Como la caja para la sepultura. Ayrys se echó a temblar.

Se dio cuenta de que Kelovar la vigilaba, se volvió y captó su mirada antes de que él pudiera disimularla. Una mirada fácil de reconocer, pero nada se agitó en ella… ningún deseo de responder, ningún interés, ni siquiera vanidad.

—Si tiene miedo, sola en este lugar…

—He visto una puerta aún cerrada en el próximo corredor —dijo Ayrys, tan gentilmente como pudo—. Voy hacia allí.

Presionó el pulgar sobre la cerradura de la puerta. La habitación era idéntica a la de Kelovar. Con un impulso presionó el círculo naranja. La luz inundó la

habitación, luz de todas partes y de ninguna, luz tenuemente naranja. Fue tan súbito que se le escapó un grito. Presionó el círculo nuevamente; la luz se desvaneció. Una lámpara… era una lámpara.

De rodillas, examinó la extraña lámpara. El círculo era igual que el Muro, sin grietas. No se tornó cálido. ¿Pero cuál era el combustible? ¿Dónde estaba la llama? Se sentó un buen rato, aturdida, fascinada y temerosa. Cuando alguien golpeó a la puerta, al principio ni siquiera lo oyó.

Kelovar estaba en el corredor, con un montón de cojines brillantes en los brazos.

—Éstos son tuyos.

—¿Míos?

—De la sala de abajo. Los están comprando y vendiendo. Cogí éstos para ti. No hay albornoces ni mercaderes de telas; toda la ciudad es sólo yermo y senderos, probablemente despejados hacia el Muro norte. Puedes cortar las cubiertas de estos cojines y usarlas para confeccionar ropa. Un sastre en el corredor está fijando precios para tebls.

Miró su pecho; por primera vez Ayrys recordó su tebl rasgado por el delysiano en la sabana y torpemente arreglado. Kelovar no bajó los ojos. Ayrys tomó los cojines que le ofrecía y se volvió para ponerlos en el suelo.

—¿Cómo te rompiste el tebl?

—Se rompió, sencillamente.

—Ayrys —comenzó él, pero ella sólo tuvo tiempo para alzar su mano y detenerlo antes de que el grito de una mujer hendiera el aire. Desde la sala de abajo subían gritos y llantos. Kelovar se echó a correr por la escalera; después de titubear un momento, Ayrys cerró la puerta de un empujón y se fue tras él. Se detuvo al pie de la escalera para observar.

Cada mesa de la planta sostenía cuatro cuencos humeantes —ni uno más ni uno menos— colocados precisamente en el centro exacto. Una mujer al lado de Ayrys captó su expresión.

—Las superficies de las mesas se disolvieron —dijo con voz tan temblorosa que Ayrys tuvo que inclinarse más cerca para oírla—. Lo mismo que hizo ante el arco en el Muro. Durante unos instantes el metal era sólido; después hubo una especie de… de luz trémula. Y ya no estaba allí. Este otro metal surgió de abajo, con los cuencos sobre él.

—Un grito…

—Aquella mujer estaba asustada… la mujer gorda. Creo que los cuencos contienen alimentos. —Su voz suave ondeó como una corriente por debajo de un tranquilo estanque sobre rocas—. Mira, Khalid T'Alira lo está probando.

En el otro extremo de la habitación, un soldado alto, con tupido cabello rizado y rango de capitán, sacó algo con una cuchara de uno de los cuencos y se lo llevó a la boca. Masticó pensativamente y asintió en dirección a un grupo de soldados

que estaban junto a él. De pronto, la mujer gorda se puso a chillar.

—¡Podría estar envenenado! —En cuanto comenzó no podía detenerse—. ¡Podría estar envenenado, podría estar envenenado, podría…!

El soldado alto llegó hasta ella en dos grandes pasos y le puso la mano sobre la boca. No lo hizo con brusquedad sino que miró directamente al rostro de la mujer y dijo algo que Ayrys no pudo oír. La mujer se tranquilizó, pero entonces comenzaron a susurrar voces de temor o de cólera alrededor de la habitación. Khalid T'Alira se volvió hacia ellos.

—¡Delysianos! Esta mujer está simplemente asustada. Pensad un momento; si los geds quisieran matarnos, ¿habrían tenido que esperar hasta ahora? Los tazones tienen sólo comida. Yo la he probado, no está mala. ¿Aún estáis asustados? Entonces esperad y observadme, y podréis ver cuáles son los efectos de la comida. ¿Estáis hambrientos? Entonces llevad la comida a vuestras habitaciones y esperad allí. ¿Estáis desconcertados? Mirad, los geds nos cuidan, como los sirvientes que dejamos atrás.

—O nos alimentan con basuras, como a animales enjaulados —dijo Kelovar, acompañando sus palabras con un mal gesto; se encontraba al lado de Ayrys pero su mirada estaba clavada en Khalid con una cautela que ella no comprendía —. No lo comas, Ayrys.

—¿Qué otra cosa podríamos comer? —dijo ella con cierta acritud.

—Caza.

—Pero, Kelovar, aunque hubiera caza en R'Frow no duraría un año.

Él no se consideró rebatido.

—Primero la red de guardia. Después la caza. No comáis los desperdicios.

Ayrys se inclinó sobre la mesa más cercana, pilló cautelosamente un trozo de algo en el cuenco y lo sostuvo cerca de la nariz para husmearlo. Era marrón, no identificable, y chorreaba salsa marrón, tampoco identificable. No tenía mucho olor. Se lo puso en la boca; tampoco tenía mucho gusto. Pero al primer contacto con la lengua, la boca se le llenó de saliva, y súbitamente se sintió famélica. Comió el trozo y cogió otro, sin levantar la vista, cuando las botas de Kelovar daban grandes zancadas, con paso rápido por la cólera, y se desvanecían en la arcada.

—¿Es bueno? —La mujer de voz suave se arrodilló junto a ella.

—Es comida —dijo Ayrys, con un tono más seco del que hubiera deseado—. ¿Quién es Khalid T'Alira? El suyo es el primer nombre materno que he oído aquí.

La mujer pasó por alto el comentario sobre aquel nombre.

—Es capitán… lo era en la guardia del consejo de Delysia.

Ayrys dejó de masticar.

—No sé por qué abandonó la ciudad. Pero debe ocupar ese rango aquí; he oído decir a alguien que está estableciendo las guardias. Me llamo Creejin, soy sopladora de gemas.

—Y yo Ayrys, sopladora de vidrio. —No informó sobre su línea materna ni Creejin se la preguntó.

—A qué sabe…

De pronto apareció un hombre en la arcada, con expresión salvaje en los ojos.

—¡Primeranoche está cayendo!

Silencio. Un largo silencio, como vidrio hecho añicos. Ayrys se encontró apretando los ojos. *No más. No más maravillas. No más*. En el momento en que abrió los ojos, el vidrio se hizo añicos, y estalló el pánico que Khalid T'Alira había evitado sobre las mesas de la sala.

Con empujones, voces y gritos se abrieron paso a través de la arcada para mirar el cielo. Estaba oscureciendo rápidamente: Primeranoche sin el resto de Primeramañana, Oscurodía sin Ultimaluz. Imposible, locura, en un largo esfuerzo de imposibles locuras, y la gente empezó a gritar que ésa era una ciudad de muerte, que todos ellos morirían, que ya estaban muertos. Alguien se puso a gritar sin detenerse y un hombre comenzó a golpearse la cabeza contra un árbol, una y otra vez.

En medio de toda aquella confusión, Khalid T'Alira apareció súbitamente sobre ellos, saltando sobre un gran pedregón veteado.

—¡Delysianos! —exclamó, y de alguna forma fue oído.

Ayrys, que trataba de abrirse paso para volver hacia dentro, giró la cabeza. Este hombre tenía la voz autoritaria que impone respeto. Sus ojos barrieron la multitud aterrorizada, sin vacilación.

—¡Delysianos!

Hizo rápidos movimientos cortantes con la mano izquierda hacia un soldado que estaba de pie cerca de la mujer gorda; un momento después se detuvo el estridente griterío.

—¡Delysianos!

Poco a poco todos se fueron tranquilizando lo bastante para que él se hiciera oír.

—Así que el sol se pone… ¿No hemos visto ponerse el sol antes? Quizás ésta es Ultimaluz y quizá no. Quizá nosotros no sepamos qué es. Pero los geds nos han prometido reunirse con nosotros en su Sala de Enseñanza cuando vuelva la mañana, y podemos subsistir hasta entonces. ¿El anochecer os está lastimando? ¿Estáis sufriendo? No lo estáis. Entrad antes de que los soldados tengan que obligaros a hacerlo, y tomad vuestro coraje de ellos.

Los soldados, que no parecían particularmente valientes un momento antes, se irguieron. Los pocos que aún temblaban y señalaban al cielo fueron tranquilizados por otros. Khalid continuó hablando, al principio exigiendo, después adulando, bajando gradualmente la voz hasta un tono tranquilo lleno de esa convicción total en la que no importa qué palabras efectivas son pronunciadas.

Los delysianos asintieron finalmente con un movimiento de cabeza y comenzaron a moverse hacia dentro del salón.

Khalid saltó ligeramente desde su roca y habló en tono bajo a un soldado, que partió corriendo hacia el próximo salón delysiano.

Ayrys buscó a Creejin, que había sido separada de ella durante los empujones. La vio en una esquina, cogiendo la mano de un delysiano pequeño que usaba el tebl de un comerciante. Con la caída de la noche, alguna fuente de luz invisible bañó el salón con un resplandor naranja, mucho más oscuro que en los dormitorios de arriba.

Los cuencos de comida habían desaparecido.

Ayrys se apoyó pesadamente contra un muro. Demasiado… demasiado pánico, demasiado cambio, demasiada hambre, demasiado enojo y temor, e incluso demasiados finales abruptos para cada uno de ellos. Pensó en vidrio traído demasiado rápido desde el horno hasta el aire más frío del taller de vidrio; se quebraba dentro y, a veces, ni siquiera el maestro vidriero lo sabría. Fatigada, subió la escalera y se encerró en su habitación. Se acostó sobre un almohadón, se puso otro encima, pero luego lo apartó; la habitación estaba cálida. Su vientre protestaba de hambre. Para esto había luchado a través de la sabana… para llegar a R'Frow… para este cansancio vacío en un ataúd sin ventanas.

Embry…

Ayrys hundió las uñas de su mano sana en el pulgar herido de la otra. El dolor se abrió a través del lacerado pulgar, pero esta vez el dolor físico le falló: no pudo borrar el de la mente. Presionó el círculo naranja, y la luz de la habitación se desvaneció, aunque el círculo continuó brillando.

Nunca supo cuánto tiempo estuvo acostada allí, en la oscuridad. Era peor que el exilio del consejo, cuando contaba con la ira para soportarlo; peor que la sabana, cuando había hecho frente al peligro. Aquí había una nada, una nada de color naranja oscuro, y ella siguió acostada, sola con la extraña nada hasta que sonó un golpe en la puerta.

Kelovar sostenía dos pequeños loris, limpios y asados, y el aroma de carne humeada con madera se percibía fuertemente en el corredor. No habló; simplemente extendió los loris en una escudilla ged. La otra mano colgaba en su costado, y sus ojos mostraban abierto deseo. Ayrys vio en las líneas de su largo cuerpo —humilde delante de ella a pesar de su mayor fortaleza— la indefensa franqueza ofrecida como súplica corporal, la incertidumbre ofrecida como súplica de afecto… No era un estilo que a ella le gustara demasiado, ni siquiera en un amante por una noche.

Pero no pensaba ahora en el estilo. El aroma de la comida llenó su boca de saliva, y Kelovar aparecía más grande contra la luz que había detrás de él en el corredor. Él también exudaba un olor de fresco aire nocturno y de transpiración de varón limpio. Era un cuerpo viviente en una habitación de metal gris. Era

humano, con sólo dos ojos, lo conocido entre lo desconocido, lo sólido en la nada sin forma. El ataúd extraño le había filtrado el resto de su fuerza, y por esa noche ella no podía hacer frente a ninguna otra nada.

Ayrys presionó la lámpara y atrajo a Kelovar.

El círculo sobre la pared continuaba brillando suavemente, como un ojo anaranjado en la eventual oscuridad.

10

A través de R'Frow, en el corredor jelita reservado para las de su clase, la ramera se sentó sobre un almohadón con la espalda contra la pared de metal. Estaba sola, con el cabello negro cayéndole libremente sobre los hombros y los pequeños pechos. Cuando se inclinó hacia delante tanto como pudo, el cabello cayó como un río negro sobre el suelo.

SuSu estiró las piernas, apartó los pliegues de su falda y miró.

No importaba cuánto mirara, no pudo ver llagas. Habían desaparecido.

No podían haber desaparecido.

Pero habían desaparecido.

SuSu lloriqueó suavemente. Su madre había sido una ramera; ella había crecido en el pasillo detrás de un salón de hermanos-guerreros en Jela. Sabía que las llagas de la erupción de una ramera no se iban. Se hacían más grandes y se esparcían, como le había ocurrido a su madre, de modo que en un tresdía su madre había sido expulsada del pasillo, dos más hedía a carne podrida y gemía de dolor, y al cuarto tresdía ya estaba muerta. SuSu había llevado el cuerpo al horno funerario envolviéndolo en un albornoz y arrastrándolo a lo largo de la calle porque su cuerpecito ni siquiera podía levantar el contraído peso de madre.

El albornoz se desprendió por el roce con la piedra, de modo que su madre fue a la Isla de los Muertos con las nalgas raspadas y sangrantes, hediendo a líquido putrefacto.

SuSu sabía, como todas las rameras, que las llagas de erupción de una ramera no desaparecían.

Sus llagas habían desaparecido.

Se husmeó a sí misma.

La simiente del último hermano-guerrero, sus propios jugos, y eso era todo. Nada de putrefacción desde que se había despertado en este duro lugar metálico,

a donde había huido porque ella no quería sufrir la muerte de su madre, no quería ser despellejada por las calles, arrastrada por hermanos-guerreros. Era mejor en las calles de una Ciudad de la Muerte.

Pero las llagas habían desaparecido.

Se oyeron golpes en la puerta. La ramera levantó la cabeza y miró a la puerta, con sus ojos negros, opacos como vidrio oscuro, sin expresión. Los golpes continuaban oyéndose ahora más fuertes. Se puso las manos sobre los oídos y presionó fuertemente, pero a pesar del gesto violento sus ojos siguieron inexpresivos, sin temor o enojo, sin descubrir nada.

11

De la Biblioteca-Mente, dado en las configuraciones, primero de hechos observados, y luego en las de hipótesis para las cuales existen algunos hechos de apoyo:

—El examen biológico muestra que las células generativas del gigante humano sin pigmentación, son genéticamente deformes; la reproducción sexual no es posible. Los tejidos vocales están deformados, no puede hablar. La sangre y los órganos internos están contaminados por radiación, tipos once a dieciséis, Nivel Tres.

» El tejido dañado del gigante humano y el examen de radiación cantan en armonía con la radiación detectada en otra masa de tierra del planeta, la isla que está a ochenta orfs de este continente habitado. Es probable que haya venido de la isla.

» Ladoscuro: incluso un humano debe necesitar una razón para navegar solo en aguas peligrosas, lejos de su grupo de apareamiento, a lo largo de una distancia tan grande. Tanto los "delysianos" como los "jelitas" fuera de los muros del proyecto buscan la compañía de otros humanos de su subgrupo.

» Ladoscuro: ningún discurso humano ha mencionado jamás a otros humanos que vivan en una isla ni una embarcación dentro de su comprensión tecnológica que haya navegado tan lejos.

» Ladodelsol: los humanos hablan de la "Isla de los Muertos". La mayoría de las referencias parece estar relacionada con el equivalente de alguna configuración poética o de una arriesgada hipótesis no verificada, si la gramática humana fuera lo bastante avanzada para cantar en armonía con configuraciones

gramaticales. Pero el conjunto de los casos humanos expresado poéticamente varía grandemente (Niveles Cuatro a Veintiocho).

» La radiación de la isla se relaciona con la de las naves humanas cuya propulsión estelar ha sido destruida por la Flota, y ajustada para declinar a lo largo del tiempo (2164 freg no relativista).

» Parece probable que los humanos vinieran primero al planeta en una nave parcialmente inhabilitada por los geds, casi al comienzo de la guerra. Aterrizaron en la isla, y después vinieron a esta masa de tierra. Traer a los humanos por el mar hubiera requerido "embarcaciones" más allá de lo que los "delysianos" y los "jelitas" pueden construir ahora, o tecnología de lanzaderas. Si esto ocurrió, los componentes orgánicos tanto de la nave como de la lanzadera habrían degenerado varias generaciones humanas atrás. Si el sistema de información humana fuera como el nuestro, la radiación habría destruido la matriz molecular.

» Si el gigante dañado vino realmente de la isla, podría haber otros humanos allí. Ningún ged debe aproximarse a la isla. Hay que enviar monitores de investigación del tipo básico, sin componentes moleculares.

» Dejar algunos humanos en la isla generaciones atrás, y traer el resto aquí, sólo tiene sentido si algunos humanos estuvieran tan seriamente dañados por la radiación que constituyen un peligro para los otros. Pero tales humanos seriamente dañados no podrían reproducirse a través de las generaciones, y el gigante humano no existiría.

» El gigante humano realmente existe.

» No existe solidaridad de número-racional para los humanos sobre el planeta, habiéndose convertido en tres subgrupos en lugar de dos.

» No existe solidaridad de número-racional para los humanos sobre el planeta, habiéndose convertido en dos subgrupos en lugar de uno.

» No existe solidaridad de número-racional para esta especulativa historia de los humanos sobre el planeta.

» Sí existe solidaridad en la propia explicación de los humanos configurada como versión poética de su historia sobre el planeta. Ellos dicen que llegaron todos juntos de una sola vez desde la Isla de los Muertos por ((concepto intraducible: seres que no tienen ser)). Pero no es solidaridad de número-racional.

» Ninguna de las especulaciones explica por qué los humanos no hablan de su historia antes de venir al planeta.

» El examen del gigante, único entre los humanos en el proyecto, muestra una fuerte contaminación radiactiva en todas las secciones del cerebro.

» Sus feromonas no difieren de las de otros humanos. Tampoco muestra mayor capacidad para responder a las feromonas de las que muestran los otros humanos.

» Ninguno de ellos muestra capacidad alguna.

» El gigante humano se está muriendo.

12

Era increíble, insoportable. Estos geds, fueran lo que fuesen, parecían tontos.

Jehane estaba de pie, con el ceño fruncido, en el camino de metal gris que estaba delante de la Sala de Enseñanza, con un brillante círculo rojo sobre su palma estirada, donde uno de los geds lo acababa de colocar. El monstruo llevaba una especie de armadura, toda de una sola pieza, que brillaba como metal pero que se movía como tela. ¿Podría protegerlo efectivamente? El casco claro cubría toda la cabeza. ¿De qué podía estar hecho? En todo caso no de vidrio; el vidrio no tenía sentido. El misterioso material de alguna forma dejaba pasar las palabras sin impedimento. Jehane lo había comprendido. Dijo que el círculo rojo significaba que ella pertenecía a un núcleo militar, el Cuadro Rojo, y que se entrenaría con ellos. Eso es lo que Jehane podía comprender; evidentemente había demasiados jelitas para ser entrenados todos juntos. Lógicamente se dividirían en círculos de hermanas, círculos de hermanos y, por muy estúpida que fuera su presencia, de no guerreros.

Los geds pensaban que podían entrenarles, quizá constituyeran algún tipo de fuerzas de apoyo. Todo eso era lo razonable.

Pero Jehane había visto a los geds entregar un círculo rojo a un delysiano.

—Yo no me entreno con la escoria.

El ged se tomó un buen rato para responder; miró a Jehane casi como si tuviera que descifrar el significado de las palabras.

¿Era estúpido?

—Irás a la habitación con el círculo rojo en la puerta.

—¡No iré si hay delysianos en ese círculo! ¡Soy una hermana-guerrera jelita! ¡Yo no me entreno con quienes se cagan en el honor!

De nuevo se hizo la pausa, esta vez aún más prolongada. Jehane miró fríamente al monstruo —no había forma de saber cuán buena era la armadura, pero él no llevaba armas— y al mismo tiempo procuró no perder la paciencia. Después de todo, era posible que estos extranjeros no *supieran* cómo eran los delysianos. Si ellos no sabían que la escoria no sólo no negociaba sobre la vida, sino que tampoco mantenían sus asquerosos tratos; si no conocían las solapadas incursiones realizadas, no para combatir en batallas honorables con los guerreros,

sino para el sometimiento de ciudadanos, incluyendo niños, Jehane se lo explicaría. Después de todo, podría ser un error honesto. Estaba preparada para ser ecuánime.

Pero el ged no pidió una explicación. Se limitaba a repetir:

—Irás a la habitación con el círculo rojo sobre la puerta.

—*No*.

—Estuviste de acuerdo en venir cada día a la Sala de Enseñanza. La mujer cantaba en armonía para ti.

—La comandante suprema me ordenó venir, y yo lo hice. ¡Pero ningún guerrero jelita se entrena con la escoria!

Otros dos geds se detuvieron junto a su hermano-guerrero tan pronto como Jehane elevó la voz. Pero no formaron una falange con el primero, ni sacaron armas. Simplemente observaban. Jehane ni siquiera podía distinguir quién tenía rango. ¿Éstos eran maestros guerreros? Incluso los ciudadanos lo hubieran hecho mejor. La decepción se sumó al desprecio y Jehane sacó el cuchillo.

—Dame un círculo para un núcleo de hermanas-guerreras.

Algunos jelitas y delysianos que estaban delante de la Sala de Enseñanza se quedaron observando.

Los geds titubearon un buen rato. Los humanos se miraban unos a otros, de soslayo, con miradas subrepticias. Los tres geds contemplaban a Jehane en silencio. Sin embargo, ella tenía la descabellada idea de que se escuchaban unos a otros. El ged dijo:

—Irás a la habitación con el círculo rojo sobre la puerta. Este grupo de humanos será tanto «jelita» como «delysiano». Todos sois iguales en R'Frow.

Iguales… casi la había llamado delysiana, ciudadana, ramera. Y el insulto *empeoraba* por la calma del ged. Ni siquiera había tenido la cortesía de una expresión violenta. La calma, le decía que ella no era suficiente motivo para encolerizar al ged. Entre los guerreros que no estaban bajo el mismo comando, ninguna insolencia era mayor. Sus ojos chispearon de rabia y se preparó para un combate a cuchillo.

El ged permaneció erguido, y no sacó ningún arma. Después de otra pausa, repitió:

—Todos sois iguales en R'Frow —Jehane dio un salto.

El grupo de los humanos comenzó a lanzar gritos sofocados. El cuchillo de Jehane golpeó al ged en el cuello, donde la tela metálica de la armadura se encontraba con el casco de vidrio. El golpe hubiera debido traspasar la tela, hacer añicos el vidrio, o encontrar el punto débil donde los dos materiales se unían. Pero en lugar de ello, Jehane sintió que el cuchillo golpeaba roca y se rompía, y que su hombro se torcía por el inesperado choque. El ged ni siquiera se tambaleó; fue como golpear un acantilado. No era posible.

No era posible.

El ged dijo tranquilamente:

—Irás a la habitación con el círculo rojo sobre la puerta.

A Jehane le temblaron las piernas. Sacó su otro cuchillo, la daga gris, y se tensó para saltar de nuevo.

—¡Jehane!

La comandante suprema, la propia Belazir. Jehane se enderezó y se golpeó ligeramente ambas muñecas. Sus músculos temblaban aún por la incredulidad.

—Insultó a Jela. Dijo que los guerreros son igua… iguales que los delysianos, y que entrenarán en los mismos núcleos con ellos.

—Nos entrenaremos tal como se nos ordena.

Jehane sintió un frío interior. La comandante suprema continuó con la misma voz dura:

—Nos hemos comprometido a honrar al comando ged mientras permanezcamos en esta ciudad. El mayor deshonor sería no hacerlo.

Los ojos de Jehane se toparon con los de Belazir. Jehane vio la implacable dureza de un guerrero ajustándose a un juramento odiado. La mirada era fríamente tranquilizadora. A Molag no le gustaba esto tampoco, pero ella había dicho que era honorable. Y si esto lo fuera…

—Entonces he atacado a alguien a quien estoy ligado. Mi vida de guerrero es tuya. —El frío interior se arrastró entre pecho y espalda; las palabras eran rituales, pero el castigo no necesitaba serlo.

Pero Belazir sólo apretó su mandíbula más firmemente y luego titubeó. En ese titubeo Jehane vio inseguridad, incluso vulnerabilidad, y sintió una impresión que nada tenía que ver con su hombro dislocado. *Una comandante suprema insegura*.

—Yo te devuelvo tu vida de guerrera —dijo Belazir—. En su propio salón de entrenamiento, obedecerás totalmente a los geds.

—Sí, Comandante Suprema. —*Insegura*…

Belazir golpeó las manos como despedida, y Jehane entró en la Sala de Enseñanza. Había tirado el círculo rojo, pero se dio cuenta de que el color le había impregnado la palma de la mano. No se borraría.

Marcada. Como algunos juegos de niños, como alguna ilusión de algún malabarista callejero en un bazar de un país lejano. Trucos e ilusiones, sin ningún sentido, estúpidos como una cesta de cabello…

¿A qué había golpeado con su cuchillo?

La Sala de Enseñanza, al igual que la misma R'Frow, era un muro hueco sin ventanas alrededor de un rectángulo vacío; Jehane supuso que era el patio de entrenamiento. Cuatro arcadas, una a cada lado, conducían directamente a ese patio. Dentro del muro, un corredor rodeaba el perímetro, interrumpido por arcadas sin puertas que llevaban a pequeñas habitaciones, cada una con un círculo coloreado sobre su arco. Jehane se detuvo debajo del círculo rojo.

Mesas en el suelo. Cojines. El resplandeciente círculo naranja sobre el muro. Alrededor de él, diecinueve humanos; nueve delysianos, nueve jelitas y una criatura que Jehane nunca hubiera imaginado… un hombre enorme como una montaña, con un rostro joven, pero con el cabello blanco como la nieve, cascadas de cabello desde la cabeza y el cuello, y macizos antebrazos, y todo el cabello, incluso sobre los antebrazos, entrelazado en decenas de pequeñas e intrincadas trenzas atadas con un cordón blanco. Su tebl también era blanco y lo bastante grande como para hacer una tienda. El gigante pálido estaba sentado solo en el centro de la habitación, mirando hacia delante, con ojos del color de un animal desollado.

A lo largo del muro lejano estaban los jelitas-guerreros, de pie, inflexibles, con las espaldas hacia la pared, y ciudadanos sentados más lejos de los geds. Dos hermanas-guerreras, dos hermanos-guerreros, y el primer teniente de Belazir, Dahar, de quien Jehane ya había oído hablar. Un ciudadano con la vestimenta de un albañil, una obrera común… y la pequeña ramera del interior del Muro.

De pie, contra la misma pared de la entrada, estaban cuatro soldados delysianos, que miraban duramente a Jehane. Sentados detrás de ellos había cinco ciudadanas delysianas, una de ellas una lenta sopladora de vidrio que Jehane había traído a través de la sabana. La sopladora de vidrio era tan estúpida como para mirar a Jehane con reconocimiento; del lado jelita, la ramera era más lista.

Jehane caminó con pasos majestuosos hacia su posición con los guerreros. Éstos superaban en número a los delysianos, pero la escoria tenía el lado de la puerta. ¿Cómo mierda lo había permitido el teniente? Lo observó atentamente. No era alto pero sí macizo de tórax y hombros; debía de ser fuerte. Dahar era feo; tenía el aspecto de un obrero, no de un soldado. La piel oscura incluso para un jelita, el cabello áspero y negro y las facciones toscas. Ella había oído decir que incluso no era de Jela, sino de alguna ciudad lejana. Y era un guerrero sacerdote, sin el símbolo de la espada y el intestino, sólo una doble hélice tejida a través de los dos soles sobre el hombro izquierdo. Jehane no sabía que uno de ellos podía llegar tan alto, y no le gustaba; no le gustaba en absoluto.

—Primero —dijo el ged— será la enseñanza de cosas conocidas. Después habrá tiempo para otras enseñanzas: para la prueba de cosas conocidas, para la creación de cosas, y para la enseñanza de las armas.

El ged hizo una pausa. Ningún otro habló. Jehane esperó, repartiendo sus miradas entre el enemigo delysiano y cualquier posible señal de Dahar, pero ellos también permanecieron quietos.

Los minutos pasaban lentamente.

El silencio se hizo cada vez más tenso, hasta que la tensión se dejó sentir en toda la habitación como si fuese calor. Y el ged *seguía* con el monstruoso rostro impasible, sin decir nada. ¿Era esto enseñanza? ¿Era un entrenamiento? Era una

mierda.

Ninguno habló.

Sin cambiar su posición de observación, Jehane captó la mirada de la hermana-guerrera de su derecha, una muchacha alta y huesuda, con el cabello con una alarmante sombra de rojo. El cabello rojo era usualmente delysiano, pero la postura y el cuerpo de la muchacha proclamaban que era guerrera. Ella y Jehane intercambiaron furtivas miradas de perplejidad, y la muchacha dobló el pulgar ligeramente hacia dentro, la señal tradicional de los núcleos de hermanas, siempre secreta para la estupidez oficial. Jehane hizo lo mismo y volvió los ojos al frente, ligeramente tranquilizada. No todos en R'Frow estaban locos.

Ninguno habló.

Justo cuando pensaba que no podría soportarlo más, Dahar preguntó a los geds:

—Si éste es el momento para la enseñanza de cosas conocidas, ¿qué cosas conocidas nos contaréis?

—La respuesta a cualquier pregunta que formuléis —respondieron prontamente los geds.

—¿Se nos permite hacer preguntas?

—Sí.

Los geds estudiaban atentamente al teniente jelita. Cada vez que uno de ellos observaba, Jehane pensaba resentida que nunca tenían la cortesía de mostrar expresión alguna. Tendrían que ser muy buenos guerreros de mierda para compensar tan malos modales. Un espasmo le atravesó el hombro que se había dislocado al golpear al ged.

Por otro lado, el teniente estaba mostrando gran cortesía al monstruo. Un guerrero-sacerdote… ellos tenían sus costumbres y por supuesto en el campo de batalla curaban guerreros heridos; pero mandar… Sin embargo, a pesar de su tosquedad, Dahar tenía aspecto de guerrero, no sólo de baboso curandero. Sus ojos negros ardían como madera dura. Pero los guerreros-sacerdotes eran así… nerviosos incluso cuando no había desafío, hacían preguntas sobre cosas, *pensaban* cosas que no necesitaban ser pensadas. Con demasiada frecuencia la madera dura era la de sus cabezas.

Dahar dijo:

—Soy Dahar de Anla, guerrero-sacerdote y teniente primero de la comandante suprema de R'Frow. —Hizo una pausa, esperando; pero el ged hizo lo impensable: *no contestó libremente con su propio nombre*.

Tanto jelitas como delysianos comprendieron el insulto; los perezosos miraban abiertamente divertidos, incluso los soldados… ¡Puag! ¿A qué llamaban disciplina? Los ojos de Jehane se achicaron. A su lado, la hermana-guerrera cerró los dedos en un puño.

—Dame tu nombre. —Le forzó Dahar.

—Soy Grax, de Ged, de un mundo que rodea a otra estrella. —Respondió el monstruo.

El silencio aplastó la habitación. Jehane lanzó un bufido… vería la puesta del Marcador antes de que creyera en ese estiércol. Pero Dahar se inclinó un poco hacia delante, y la intensidad de su voz perforó como una lanza.

—¿Por qué vinisteis a Qom? ¿Por qué habéis construido R'Frow?

—Para enseñar a los humanos.

—¿Por qué?

—Porque elegimos enseñar.

—¿Eres un maestro guerrero? ¿Se trata acaso de un sacerdocio?

Una pausa. A Jehane le pareció como las pausas del monstruo que habían provocado su ataque; como si los geds estuvieran *escuchando*. ¿Qué?

—No somos un sacerdocio. Venimos precisamente a Qom para enseñar, porque deseamos saber cómo piensan los humanos.

—¿Por qué? —disparó la voz de un soldado delysiano. Habló antes de que lo hiciera su comandante; Jehane difícilmente podía creerlo. El tono del soldado era áspero—. ¿Qué ganáis?

—Cosas conocidas que antes no conocíamos. ¿Vosotros no queréis conocer cosas que no conocíais antes, por el puro deseo de conocerlas?

—No —dijo el delysiano con un tono rudo que bordeaba la insolencia—. Lo que yo quiero son las gemas que prometisteis. ¿Cuándo las obtendremos?

—Todos lo que permanezcan un año en R'Frow recibirán preciosas gemas.

—¿Qué otra cosa podemos hacer si los muros están cerrados y el cielo es un muro? —dijo Dahar.

Jehane levantó la cabeza para observarlo. ¡El cielo un muro! En ambos lados de la habitación estallaron murmullos temerosos, burlones o llenos de perplejidad. Sólo al extraño gigante blanco se lo veía imperturbable. ¿Era sordo?

—¿Cómo sabes eso? —dijo el ged a Dahar.

—Porque trepé a un árbol en el desierto, cerca del Muro, y toqué un cielo de vidrio.

Los murmullos crecieron. Los geds se sentaron silenciosamente —¡escuchando de nuevo!— mientras que al otro lado de la habitación una ciudadana delysiana se inclinó súbitamente hacia delante y se cubrió la cara con las manos. Un soldado delysiano sacó el cuchillo, y al lado de Jehane la guerrera de cabello rojo sacó el suyo. Ciudadanos y soldados olían a pánico, excepto la pequeña ramera y la escoria sopladora de vidrio, que observaba a Dahar como si viera sus palabras en el aire delante de él. ¡Una mirada directa a un teniente primero! Ella, Jehane, debería haberla abandonado con su insolencia para que se congelara en la sabana.

Dahar presionó más:

—Curvas de vidrio hacia arriba sobre toda R'Frow. Otro muro.

—Sí, hay una cúpula sobre R'Frow —respondió finalmente el ged—, aunque no de vidrio.

Otro muro… y su cuchillo había golpeado cierto tipo de muro alrededor de los geds…

—Nos habéis apresado —dijo Dahar.

—No. La cúpula no fue construida para apresar a los humanos sino para encerrar el aire.

¡El aire! Encarcelar el aire… ¡El monstruo se estaba burlando de ellos! Un soldado delysiano dio un paso hacia delante, soltando maldiciones. Los murmullos se tradujeron en pánico; se oían gritos, y se desenvainaron más cuchillos. La ramera apretó los puños con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Alguna mujer gritaba.

A través del ruido, la voz de Dahar sonó como un latigazo:

—¡Silencio!

Instantáneamente, la mitad de la habitación quedó paralizada. No se movió ningún jelita, guerrero ni ciudadano. Los delysianos, cogidos por sorpresa, observaban la obediencia jelita. Jehane vio el ceño fruncido de su comandante, y se sintió contenta por un momento: el estiércol no podía obtener la misma disciplina, y él lo sabía. Ladró una serie de órdenes a sus soldados, que uno tras otro gruñeron a cada ciudadano individualmente. Uno tuvo la insolencia de responder; en Jela habría sabido lo que eso suponía… Eran un hato de *kreedogs*, mantenidos en línea por un sucio regateo; indisciplinados como bestias.

Lentamente, la mitad delysiana de la habitación se tranquilizó. Los geds lo observaban todo, y su expresión no variaba jamás.

—¿Por qué está el aire encerrado? —preguntó Dahar.

A Jehane la pregunta le pareció ridícula. Pero el ged respondió.

—El aire está encerrado para mantenerlo caliente, del mismo modo como vuestros edificios encierran aire para calentarlo con un fuego o refrescarlo con sombra. El aire permanecerá durante el año que pasaréis en R'Frow con la misma temperatura cálida de ahora. No se volverá más frío ni más caliente.

Jehane empezó a comprender. Nada de frío congelante ni de calor ardiente… pero la lucha en el calor o el frío era parte de la fortaleza de un guerrero. Un ciudadano no tenía la fortaleza para hacer eso. Un guerrero *sí* ¿Iban los geds a borrar todas las distinciones entre ciudadano y guerrero?

La sopladora de vidrio delysiana se inclinó hacia delante; era la primera vez que se movía.

—Ése no es el cielo que ve cada uno de nosotros, ¿verdad? La cúpula es de vidrio humeado, no es transparente. Ésa es la forma en que habéis alterado la luz. No es luz de sol en absoluto, es luz *hecha*, luz creada debajo de la cúpula de vidrio. ¿Es como la luz creada en los salones?

—Sí.

—¡Pero yo vi nubes! —gritó un ciudadano delysiano.

—Ves una pintura de nubes, moviéndose dentro del material transparente de la cúpula.

—¡Las pinturas no se mueven!

Se oyó un ruido confuso de voces, todas delysianas, todas de gente enojada por la sospecha de que alguien estuviera burlándose de ellos. Sólo la sopladora de vidrio siguió presionando, con su voz cortando a través del alboroto y con una fuerza que sorprendió a Jehane.

—¡Las sombras se mueven! Es como si parecieran el cielo pero sin ser el cielo; ¿el cielo real aún está allí afuera, detrás de R'Frow?

—Sí.

—¿Por qué? —Tuvo que gritar para ser oída por su propia gente. Los jelitas, inmóviles por la orden, no hicieron ruido alguno.

—Las cosas conocidas requieren calma para ser oídas —dijo el ged.

El comandante delysiano tranquilizó nuevamente a sus soldados y ciudadanos… sin aplicar ningún castigo. Jehane lo observó con desprecio. Ayrys repitió la pregunta.

—¿Por qué habéis alterado la luz?

—Qué es mejor, ¿tener dieciséis horas de oscuridad y ocho de luz, o tener treinta y seis horas de oscuridad seguidas de treinta y seis de luz?

Contra su voluntad, Jehane pensó súbitamente en el cansancio de Ultimaluz después del breve descanso de Ligerosueño, y de las heladas horas oscuras al final de Terceranoche, cuando todos habían dormido lo suficiente, pero aún no había amanecido. Los ciudadanos temblaban inquietos y maldecían a la oscuridad; los enfermos se volvían aún más enfermos y los hijos de madres-guerreras a menudo nacían muertos. «Tiempo de muerte», lo llamaban los guerreros-sacerdotes.

—¡El sol es sol! —dijo con voz colérica una mujer gorda y con la nariz rota —. Toda esta charla sobre alteración de la luz… ¡Basura! ¡Tresdías son tresdías! Y vuestra cúpula no puede ser de vidrio… ¡el vidrio no puede ser moldeado para cubrir una ciudad entera!

—No es vidrio.

El ged tocó algo medio escondido en su mano. Las superficies de las mesas se disolvieron, y otras superficies se elevaron desde abajo. En las superficies no había cuencos con comida sino un cuadrado de tela gris, de aspecto metálico. El ged levantó el cuadrado sobre la mesa delante de él, y envolvió su mano con suaves pliegues grises.

—Tocadlo —dijo a la gente de la habitación.

Ninguno se movió.

—Todo en R'Frow está hecho de este material, excepto los cojines. Muros,

mesas, cúpula, cuencos de comida, senderos… todo es de esto. Podéis llamarlo wrof.

—¿Esa tela? ¡El Muro es duro! —resopló un ciudadano delysiano.

El ged extendió la mano. Sobre ella había una pequeña caja negra. Sus dedos se movieron sobre la caja… y súbitamente los suaves pliegues de tela fueron un rígido cuadrado en la mano del ged. Rígido, duro, con un débil resplandor alrededor… Jehane observaba. El ged sostenía un trozo de Muro.

Movió los dedos sobre la caja, y sostuvo un trozo de tela gris.

Jehane sintió una punzada de frío en el estómago. Cambiar tela a metal, metal a tela… El temor infantil a la magia le tocó con dedos helados —*corre, escóndete, los espíritus de la Isla de los Muertos te atraparán durante la noche*— para ser reemplazado un momento después por el temor adulto al poder. *Poder... en realidad nadie se había dado cuenta de cuánto poder tenía el ged…*

De pronto una mujer se puso a gritar. Entonces la gorda delysiana saltó hacia el ged. Su cara estaba congelada por la sorpresa; tenía el aspecto de una luchadora no entrenada que ataca, no por cálculo sino por un súbito e incontrolable temor, para aplastar lo inconcebible antes de que se esparciera. La mujer golpeó al ged y dio un brinco hacia atrás, tal como había hecho Jehane. Cayó pesadamente al suelo, con una expresión furiosa en los ojos y el rostro retorcido por el dolor de golpear un sólido muro. Se contorsionó entre dos mesas.

—Está alrededor tuyo —dijo Dahar con voz tan carente de tono que Jehane apartó los ojos de la contorsionada delysiana y miró atentamente a su comandante—. El mismo transparente y rígido… wrof —tropezó con la nopalabra— es lo que forma la cúpula. Está alrededor tuyo, así que no podemos tocarte. El mismo wrof que sentí cuando toqué el cielo.

—Sí. Aprisiona el aire para que yo pueda respirar; una clase de aire diferente del tuyo.

La delysiana tropezó, agarrando el brazo derecho y mirando indefensa a su alrededor. Cuando ni los geds ni los soldados delysianos le dijeron lo que debía hacer, fue con paso vacilante hasta el rincón más lejano de la habitación y se agazapó allí, cerrando fuertemente los ojos ante lo que no podía existir.

—¿De qué está hecho? —preguntó Dahar, todavía con aquella voz sin tono… olvidada la cortesía, pensó Jehane. O quizá Dahar no confiaba en su voz. Descubrió que le temblaban las rodillas y las apretó antes de que alguien pudiera darse cuenta.

—Está hecho de una pequeña cantidad de materia y de una gran cantidad de fuerza y energía —dijo el ged.

Jehane frunció el ceño. Qué mierda de… «fuerza» lograba que los ciudadanos hicieran lo que se suponía que tenían que hacer; la «energía» era capaz de lograr entrenar durante horas sin sentir cansancio.

—Dinos qué… —Dahar se interrumpió y comenzó de nuevo—: Dinos qué

significa eso.

El ged se lo quedó mirando un buen rato sin responder. Miró cuidadosamente la cara de Dahar, luego la de la sopladora de vidrio delysiana y después alrededor de toda la habitación. La delysiana del rincón estaba hecha un ovillo con los brazos alrededor de las rodillas y los ojos aún fuertemente cerrados. Otros observaban temerosos al ged, salvo donde el temor estaba dando paso ya al resentimiento de los imponentes. El enorme bárbaro blanco se sentó perfectamente tranquilo y sin expresión; parecía tallado en hielo. El ged miró de nuevo a Dahar.

Entonces comenzó a hablar de fuerza y energía; de aire y no aire; de cosas en el aire que se suponía que nadie podía ver, pero que hacía diferentes tipos de aire respirable para diferentes soles; de aire ged y aire humano, y aire ged atrapado dentro del wrof. Dahar escuchó con intensa atención, con su fea cara tan alerta como la de un *kreedog* a la luz del fuego, y sus hombros poderosos inclinados hacia delante. Mejoró la opinión que Jehane tenía sobre él.

Estaba dando al monstruo una cortesía de comandante, incluso cuando el ged hablaba interminablemente en tono monótono.

Y seguía.

¿Iba a ocurrir esto todos los días? Aire humano, aire ged… el aire era *aire*.

Esto era tan malo como los maestros habían sido siempre con su aburrida cháchara. Pero al final tendría que mejorar… los geds habían mencionado la enseñanza de armas. Hasta entonces…

Jehane sintió que la tensión abandonaba el cuerpo delgaducho de la hermana-guerrera que estaba junto a ella y que era reemplazada por una aburrida flojedad. Simpatizó con la hermana de cabello rojo. En toda la habitación, los humanos habían envainado armas y comenzaban a aplastarse contra los muros. Sólo Dahar, sujeto por su rango, mostraba algún interés. Dahar… y la sopladora de vidrio delysiana. Ésta se sentó con los ojos muy abiertos, y el pulso de la sien alterado. Jehane frunció el entrecejo brevemente, y luego se encogió de hombros. Ya sabía que la sopladora de vidrio estaba loca.

Jehane fijó los ojos en el monstruo de tres ojos, de un mundo que daba vueltas alrededor de otra estrella, dejó que sus palabras se deslizaran y pasaran por su mente, y se preparó para aburrirse.

Ayrys se arrodilló cerca del resplandeciente círculo anaranjado que había en su habitación, con un cilindro de vidrio en una mano y un cuadrado de tela blanca en la otra.

Kelovar se tendió sobre los cojines del suelo. Su cuerpo desnudo aún brillaba con el agua de la casa de baños, detrás del salón.

Él la observó con ojos entrecerrados. Habían estado en R'Frow durante cinco de los ciclos, que no eran tales sino undías.

—Ven a acostarte, Ayrys; es tarde.

—Enseguida.

—Eso ya lo has dicho cuatro veces.

—Ya lo sé. Yo… —No terminó. Una profunda línea se extendió sobre su frente, y sus ojos se agrandaron, acuosos. Frotó fuertemente el vidrio con la seda y luego lo movió hacia el suelo. Las hojas secas que había allí saltaron a la barra y se adhirieron a ella. Ayrys se echó a reír.

—Ayrys…

—Wrof —dijo ella, y se echó a reír de nuevo con una risa ahogada que finalizó en llanto—. Desde aquello… hasta el wrof. La misma «fuerza». La misma.

—¿Quieres venir a la cama? —dijo Kelovar con dureza. Ayrys se dio cuenta de su tono duro y levantó la vista—. Trucos. Trucos y juguetes.

—No. No, Kelovar, ¿no lo ves? Ellos pueden mostrarnos cómo…

—Trucos y juguetes. No significa que debamos confiar en ellos. El valor de un día de charla y juguetes, y una nueva arma que podíamos haber inventado nosotros mismos.

Ayrys miró a la trespelota en el rincón. Dijo suavemente:

—Pero no lo hicimos nosotros, ¿verdad? Nadie en Kendast pensó en una trespelota.

Kelovar hizo un movimiento cortante hacia abajo con su poderoso brazo.

—Ellos no son como nosotros, Ayrys. Recuerda eso… no son como nosotros, como no lo son los jelitas. —Su voz se suavizó, se tornó indulgente—. Por supuesto, tú estás interesada en toda esta charla del «aprendizaje para hacer» … es natural. Tú eres una sopladora de vidrio, no un soldado. Pero no confíes en ellos.

—Delysia no es enemiga de los geds —dijo cuidadosamente Ayrys.

—Yo no he mencionado la enemistad —interrumpió Kelovar.

—No. Pero, Kelovar… —Cruzó la habitación y cayó de rodillas junto a él, hablando rápidamente—. Lo que dijeron los geds acerca de que el mundo entero está hecho de pequeños círculos que se combinan y recombinan, de materia y fuerza… *el mundo entero*, Kelovar…

—Esa charla te impresiona. —La irritación del hombre se esfumó, le sonrió.

Ayrys se lo quedó mirando. Kelovar le cogió la mano y comenzó a trazar

círculos con el pulgar en la parte sensible de su muñeca.

—Kelovar, ¿no crees que es verdad? ¿Estás diciendo que la charla de los geds sobre materia y fuerza es mentira…? ¿Todo mentira, nada de verdad?

—No; no digo que sea mentira.

—Entonces, ¿qué?

—Puede que sea cierto; puede que no. No importa.

—¿No importa? Es todo el planeta lo que nos están explicando; cómo está *hecho* todo lo que hay en él.

Él puso la muñeca de ella en su boca y mordió suavemente, como había hecho la noche anterior, cuando tuvieron relaciones sexuales.

—Si los trucos y juguetes geds te divierten, estoy contento. Quiero que te diviertas. Pero lo primero que tenemos que conseguir tú y yo es que abandones la idea de que hay algún valor en los trucos y los juguetes.

Ayrys retiró su mano de la de él. Kelovar pareció sorprendido. En la luz anaranjada, ella buscó su rostro; la sorpresa era auténtica. Él no veía nada malo en la idea de que ella necesitaba que la diversión supusiera algo más. Pero Ayrys había sentido algo más: un temor furtivo en las profundidades de los pálidos ojos, algo que le hizo fruncir el ceño. En la palma de la mano que acababa de retirar se veía un círculo verde.

—Kelovar, tú no estabas en el mismo grupo que yo en la Sala de Enseñanza. ¿No habló tu grupo de materia y fuerza, sobre aquello de que está hecho el Qom según los geds?

—Ellos hablaron de eso —seguía con el ceño fruncido.

—Cuéntame qué dijeron.

—¿Por qué?

—Porque te lo he preguntado. Cualquier cosa que hayan dicho, por favor.

—Era sólo una charla. No importa. Sólo las armas importan.

—Por favor, cuéntame.

—No.

—Por favor.

Kelovar se levantó y se puso el tebl y las polainas con movimientos bruscos que reflejaban su cólera. Cuando terminó de vestirse, dio un par de zancadas hacia la puerta. Ayrys permaneció de rodillas, cerca de los brillantes cojines geds, con la cabeza un poco inclinada.

Él no lo sabía. No le contó lo que los geds habían dicho a su grupo porque no podía, porque no había comprendido lo suficiente como para poder repetirlo.

Kelovar se detuvo con la mano en la puerta.

—Ayrys…

Ella lo miró. Él estaba como cuando fue a su habitación la noche anterior, con los brazos colgando y el rostro con expresión de desamparo y humilde deseo.

—Ayrys… No quiero irme.

Ella no dijo nada.

—Quiero quedarme aquí contigo, si me lo permites —dijo con una voz de suave ruego que súbitamente puso tensos los músculos de su cuello. La voz era falsa de alguna manera, injusta… pero sin embargo no lo era. Confundida, Ayrys no dijo nada. Al ver que no se oponía, Kelovar presionó el círculo anaranjado. En la súbita oscuridad, ella sintió que la rodeaban sus brazos y que su cara se hundía en su cabello espeso y enmarañado—. ¿Me permitirás quedarme, Pequeño Sol?

—Sí —dijo Ayrys con voz monótona. Con un rápido movimiento, él se quitó el tebl por la cabeza y luego las polainas. Olía a agua limpia de los baños. Ella pensó brevemente en decirle que no le gustaban esos hombres para el momento del sexo, pero desechó el pensamiento por considerarlo insignificante. En la oscuridad, oyó la respiración de ambos, la de él, cada vez más pesada y rápida, y la de ella tranquila e invariable.

La luz anaranjada del círculo brillante era demasiado oscura para descubrir algo, salvo formas toscas. Mientras Kelovar estaba sobre ella, Ayrys buscaba pero no podía distinguir el techo, formado por pequeños trozos de materia mantenidos unidos por el dominio de los geds sobre la fuerza de la que el mundo estaba hecho.

En el salón de las hermanas-guerreras, Jehane estaba acostada con el brazo extendido sobre la espalda de Talot, la alta hermana del núcleo militar. El círculo anaranjado en la habitación de Talot apenas producía suficiente luz para que Jehane pudiera ver el huesudo hombro de aquélla, suavizado por una trenza de largo cabello rojo. Jehane jugaba con la trenza y luego se la puso en los labios y comenzó a morderla distraídamente.

—¿Qué turno de guardia te toca, Talot?

—El segundo. ¿Y a ti?

—El tercero. Deberíamos dormir ahora. Has estado bien, Talot.

—Tú también. ¿Por qué estás masticando mi cabello?

Jehane sonrió en la oscuridad y se estiró lujuriosamente. Se sentía toda cálida y lánguida. Realmente Talot le había producido una buena sensación.

—No sé. Una mala costumbre.

—¿Siempre masticas el cabello de tus amantes después del sexo?

—Normalmente, el mío. El tuyo es bonito, Talot. Diferente.

—Te refieres al color —dijo Talot. Su voz había cambiado; había una nota cautelosa debajo del placer. El cabello rojo era más delysiano que jelita. El cabello jelita era negro. Pero no había nada delysiano en Talot. Había sobrepasado a Jehane en los ejercicios de entrenamientos que la comandante ya había establecido; sabía lo que era interesante y lo que sólo era palabrería y era la mejor compañera de cama que Jehane había tenido jamás… aunque Jehane

no estaba dispuesta a decírselo. Talot era lo mejor que había visto en R'Frow, una auténtica hermana-guerrera. ¿A quién le importaría si su cabello fuera rojo?

—Me gusta el color —asintió Jehane—. Me *gusta*.

Apretó su brazo alrededor de Talot. Pero se quedó sorprendida al comprobar que crecía la cautelosa tensión de la guerrera.

—Me gustas —dijo Jehane. No hubo respuesta—. Talot, ¿ya tienes una amante?

—No. —La palabra resultó difícilmente audible. Jehane frunció el entrecejo, aturdida. Pero no iba a detenerse ahora.

—Me gustaría compartir la cerradura de mi habitación contigo. Así las dos podríamos entrar y salir de aquí, y estar juntas cuando no tengamos guardia.

Talot rodó sobre el cojín y el brazo de Jehane se deslizó fuera de su espalda. Quedó rígida, mirando hacia arriba. Jehane podía ver su mejilla, borrosa en la luz anaranjada.

—No quieres —dijo Jehane con tono categórico—. Bueno. Todo lo que tenías que hacer era decirlo.

—Sí que quiero. Me gustas más que cualquier otra hermana con la que haya estado, Jehane.

—Entonces, ¿qué mierda…?

—Primero tengo que decirte algo, porque, después de lo que oigas, podrías querer elegir una hermana-guerrera diferente para… para compartir tu cerradura. Si es así, pediré tu silencio. Como la cortesía que se debe a una hermana-guerrera. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo —dijo Jehane con el ceño fruncido.

—Yo no soy… casta, Jehane. He tenido relaciones sexuales con un hombre. Fue antes de que me eligieran para un núcleo militar; estaba aún con los maestros; pero lo hice.

—¿Arriesgaste en esa forma toda tu vida como hermana-guerrera?

—Sí. —Después de un momento, Talot agregó furiosamente—: ¡No hubo bebé!

—¡Pero podría haberlo habido! —Experimentó una sensación de repugnancia —. Y entonces no habrías sido nunca una luchadora; te habrías convertido en una madre-guerrera sin ninguna experiencia de batalla… una monstruosidad. ¿Cómo pudiste tener tan poca disciplina?

Talot permaneció un buen rato en silencio. Cuando finalmente habló, la furia había abandonado su voz, que temblaba ligeramente.

—Yo sé lo que hice. No me lo perdono. Elegí el sexo con él en lugar del honor de una hermana-guerrera. ¿Quieres irte de mi habitación?

Jehane se enderezó, abrazando sus rodillas desnudas, y cuidando de no acercarse a Talot. La confesión de ésta la había sacudido; mostraba una irresponsabilidad, una ligereza hacia el plano de honor, que merecía desprecio.

Se era una hermana-guerrera y casta, o una madre-guerrera que había elegido tener bebés, por encima de la lucha. Pero las madres-guerreras eran viejas; tal vez tuvieran treinta años. Ellas habían aflojado la marcha. Estaba bien que eligieran bebés… probablemente eso era todo lo que podían hacer. Pero Talot era joven. Talot había mostrado una falta de disciplina, una debilidad, una estupidez… Merecía desprecio.

Pero a Jehane le gustaba Talot. ¿Cómo podía ser si ella merecía desprecio? Jehane frunció el ceño. Se sentía confundida, y la confusión siempre la hacía enojarse.

—¿Tu maestra de entrenamiento lo sabía?

—Se lo dije. Después.

—Así que por lo menos mostraste ese honor.

—Sí.

—¿Qué hizo ella? ¿No te expulsó del entrenamiento?

—No.

—¿Él era por lo menos un hermano-guerrero? ¿O tenéis relaciones sexuales con ciudadanos en tu núcleo?

Talot se alzó enojada sobre sus rodillas. Las dos mujeres estaban frente a frente, a la distancia de un brazo.

—Era un hermano-guerrero —dijo Talot.

—Pero no honorable. Debiste tener un grupo de entrenamiento *kreedog*. En mi grupo, cualquier hermana-guerrera que quebrantara su honor en esa forma habría sido marcada para siempre.

—Eso debe de ser maravilloso para ti. Compararé mi entrenamiento con el tuyo en cualquier momento.

—¿Es eso un desafío?

—Si quieres que lo sea…

—¡Cuidado, Talot! No tengo ningún defecto en mi plano de honor.

Talot saltó. Jehane se acercó a ella y ambas se enzarzaron en la oscuridad, rodando fuera de los cojines ged y sobre el duro suelo, silencioso y mortal. Talot, más alta, aprovechaba su ventaja, pero Jehane era más musculosa. Ambas luchaban incómodas por el cabello largo y suelto. El silencio dio lugar a jadeos y gruñidos. Al estar las dos magníficamente entrenadas, a Jehane le llevó bastante tiempo dominar a Talot, sentándose sobre su espalda y torciéndole el brazo derecho hasta casi rompérselo. El sudor corría por sus cuerpos.

—¿Te rindes? —dijo Jehane jadeante.

—S-sí.

Jehane la soltó. Talot, se puso en pie, tambaleante, puso la mano sobre la pared para apoyarse.

—Tú ganas —dijo con voz temblorosa—. Así que ahora puedes salir de mi habitación.

Pero Jehane descubrió que no quería irse. La dura lucha, satisfactoria en sí misma, había disipado su enojo. Talot había sido una dura oponente, digna de respeto. Y ese ligero temblor en su voz… Jehane miró a Talot y dijo jadeando:

—Las maestras aún te permitieron convertirte en una hermana-guerrera.

—Sí.

—¿Cuál fue tu castigo?

Una cautelosa esperanza se deslizó en la voz de Talot.

—Éste. Aquí. La maestra de entrenamiento me envió a R'Frow para que fuera a buscar las nuevas armas para el núcleo militar. Para compensar por… por lo que hice.

—¿Qué le ocurrió al hermano-guerrero? ¿Fue castigado por usarte a ti en lugar de una ramera?

—Sí.

—¿Qué castigo recibió?

—Fue enviado a una Primera Prueba, aunque había sido elegido para un núcleo militar hacía más de un año.

—Y tú le habías permitido…

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué quisiste, con un hombre?

—Supongo que tú nunca lo has querido.

—¡No! ¿Por qué, Talot?

—No lo sé —dijo Talot. Después de un rato, en el que ninguna de las dos se movió en la oscuridad anaranjada, agregó—: Él podía vencer en lucha a cualquier hermano-guerrero de su núcleo. Era tan bueno como lo ha sido el teniente en el patio de ejercicios esta tarde.

A pesar de sí misma, Jehane estaba impresionada. Dahar había estado increíble.

Talot dijo con dignidad, pero con un ligero temblor en la voz:

—Comprenderé que te marches de mi habitación, Jehane. Pero pido tu silencio. Como cortesía debida a una hermana-guerrera.

Jehane percibió el temblor. El perfume de Talot llegó hasta ella en la oscuridad, dulce y cálido. Pudo hacer una trenza con el hermoso cabello, cayendo sobre un pecho.

—Talot, si me das la llave de tu habitación, yo te daré la de la mía.

Talot lanzó un largo suspiro.

—¿Después de lo que… he hecho?

—Eso ya está terminado. Ya es pasado. ¿Solamente un hombre?

—Sólo uno, por supuesto.

—Está terminado. ¿Qué oscurofrío importa ahora? Tú estás de nuevo en el plano de honor al haber traído las armas, y no tendrás otras relaciones sexuales con un hombre hasta que seas madre-guerrera.

—No.

Jehane presionó el círculo anaranjado. La luz inundó toda la habitación. Sonrió satisfecha a Talot.

—Eres una buena luchadora.

Talot le devolvió la sonrisa y se acercó.

—No tan buena como tú. Por poco me descoyuntas el brazo.

—¿Quieres que busque un guerrero-sacerdote?

—No. No está tan dolido como para que necesite uno aquí.

Se sonrieron mutuamente con tímido respeto. Jehane puso su brazo alrededor de Talot y la llevó hacia los cojines del suelo.

—Deberíamos dormir, si tú tienes la segunda guardia y yo la tercera. Yo te despertaré. ¡Maldita luz! En Jela me despertaría minutos antes de que el reloj señalara la hora.

—Por supuesto.

—Jehane, ¿comprendiste todas esas cosas que el ged dijo acerca de la luz y el aire y las fuerzas?

Jehane se encogió de hombros.

—Basura. Mientras sigan dándonos más armas nuevas, que hablen.

Presionaron el círculo anaranjado y se acostaron sobre los cojines. Talot dio un respingo cuando su cuerpo descansó sobre el hombro derecho. Tenía el don de un guerrero, de dormirse instantáneamente; su respiración ya se había hecho más lenta, cuando Jehane, mirando al techo con los ojos muy abiertos, habló suavemente.

—¿Talot?

Talot se movió ligeramente.

—Talot… ¿cómo se siente? ¿Con un hombre?

Pero Talot ya estaba dormida. Un poco avergonzada de sí misma, Jehane cerró los ojos. Era un asunto acabado. Hacer más preguntas supondría una descortesía hacia Talot. Ella no era una ciudadana ni una ramera. Era una hermana-guerrera; sus maestras de entrenamiento no la habían eliminado de las filas, y ellas eran más sabias. Por eso eran maestras de entrenamiento. Ellas no cometían errores.

Jehane cerró los ojos y se durmió.

La ramera jelita SuSu se puso en pie en la oscuridad. El hermano-guerrero no se movió; estaba acostado a todo lo largo sobre los brillantes cojines, saciado. Ella no podía decir si le había complacido o no, y eso la asustaba. El teniente de la comandante suprema… El peso de su pecho había presionado sobre su mejilla; su olor masculino había llenado las ventanas de su nariz; su cuerpo poderoso había bombeado dentro de ella con esa fuerte acometida que incluso ahora,

después de todo ese tiempo, aún le dolía. Sin embargo, durante todo el tiempo SuSu no pudo apartar el pensamiento de que el teniente no estaba realmente allí. Casi no la miró y no habló en absoluto. Si ella no hubiera complacido al teniente de la comandante suprema…

De pronto, tuvo necesidad de saber. El miedo se enroscó en ella; el blando, húmedo terror que nunca la abandonaba realmente, y con el cual vivía, como otras rameras vivían con la piel enferma o la espalda débil. Con sólo un titubeo ante el extraño círculo anaranjado, SuSu lo presionó y la luz se esparció por la habitación.

El teniente puso un brazo sobre los ojos.

—¿Por qué has encendido la luz?

Sintió alivio; no se le veía enojado. Pero aún tenía el aspecto ausente, como si en realidad no estuviera en la misma habitación con ella… o como si ella no existiera. Volvió el terror, revoloteando alrededor de ella. Forzó una sonrisa radiante.

—Para verte mejor.

—No me mientas —dijo él cortante.

De pronto, el miedo sopló con fuerza una bruma blanca y fría. *Si había desagradado al teniente de la comandante suprema…*

Y entonces la otra cosa comenzó de nuevo, la que había empezado cuando descubrió que su putrefacción de ramera se había ido misteriosamente; la cosa que era casi peor que el miedo: la oscura y áspera voz que venía de la bruma y que no la dejaría en paz.

¿Qué? ¿Qué pasa si le desagradaste?, decía la voz. *¿Qué pasa si realmente desagradaste al teniente de la comandante suprema? Hay cuatro rameras en esta ciudad, y hay puertas. Hay cerraduras en las puertas. ¿Qué pasa si le desagradaste; qué pasa si le rechazas, si les rechazas a todos? Aquí aún puedes comer.*

SuSu aplastó las manos sobre los oídos. BASTA, BASTA, chilló silenciosamente a las oscuras voces. Basta. No puedo hacer eso; soy una ramera. BASTA…

Él se puso a su lado y le apartó las manos de los oídos.

—¿Qué ocurre? ¿Te duele?

SuSu alzó la vista hacia él, incapaz de saber por un momento quién era él ni dónde estaba ella. R'Frow, el corredor de las rameras… el teniente de la comandante suprema. Sí.

La oscura voz disminuyó.

—¿Sientes dolor? —preguntó de nuevo el teniente, y SuSu recordó que él era un guerrero-sacerdote, un curador de su casta. Agitó la cabeza.

Él dejó sus manos y dijo simplemente:

—No quise asustarte. Te dije que no me mintieras, por la forma en que

sonaba tu voz cuando lo hiciste.

—¿Cómo sonaba? —dijo SuSu, y se hecho a reír de nuevo, y esta vez lo oyó ella misma.

—En esa forma —dijo él. Su voz tenía algo. ¿Disgusto? ¿Desprecio? Ella no había sido muy hábil, y él era lo bastante grande como para lastimarla realmente. Y eso la había puesto tensa… ¿Enojo? No se atrevía a mirarlo para averiguarlo. Si lo miraba a la cara, la voz comenzaría de nuevo.

Cuando él le pagó en silencio y se fue, SuSu estaba tan agradecida que casi se echó a gritar.

Cerró la puerta y apretó sus nalgas contra ella, con el cuerpo inclinado hacia delante y los dedos presionando sobre las sienes. Que la voz no comenzara de nuevo, que *no comenzara*.

No lo hizo. Gradualmente disminuyó el pánico. Faltaban horas para la tercera guardia; probablemente no habría más hermanos-guerreros esa noche. Podría dormir.

No pudo dormir.

Se inclinó hacia delante tanto como pudo y extendió los pliegues de sus genitales con una mano. Pero por más que miró no encontró llagas. Se habían ido.

Porque estás en R'Frow, dijo súbitamente la voz oscura dentro de su cabeza. *R'Frow es diferente de Jela; los monstruos de tres ojos que gobiernan son diferentes de los hermanos-guerreros; no tienes que prostituirte para comer; podrías cerrar…*

—¡Basta! —chilló SuSu—. ¡No puedo! ¡No puedo!

Nadie la oyó. Los extraños muros de metal bloqueaban el sonido entre los dormitorios. Y la oscura voz no respondió.

14

Dentro del perímetro, la Biblioteca-Mente gruñó suavemente en las configuraciones de un hecho observado.

—Ninguna participación humana, ni siquiera una pregunta en la Enseñanza del Conocimiento: ciento veintiún humanos. Participación en la Enseñanza de la Prueba del Conocimiento: setenta y dos humanos. Ninguna participación en la Enseñanza de la Fabricación: treinta y nueve humanos. Ninguna participación en

la Enseñanza de Armas: quinientos treinta y cuatro humanos. Ninguna pregunta ni expresión en cualquier sentido, sugiriendo la necesidad de la Enseñanza de la Unidad: cero humanos.

La habitación ya olía a confusión y esfuerzo. Los dieciocho geds, reunidos tan juntos como podían, habían considerado el sorprendente informe del monitor que había sido enviado a la otra masa de tierra. Un grupo de humanos vivía allí, al menos la mitad de ellos estaban dañados genéticamente. Muchachos sin brazos, adultos sin vista, una cosa baboseante sin edad ni inteligencia, ninguno había vuelto para su inclusión entre los muertos. Humanos… pero demasiado pocos para haber sobrevivido en este estado de mutación a través de muchas generaciones. Demasiado pocos para incluir un fondo suficiente de genes. Huían patéticamente lejos del monitor, y luego…

… Y luego nada. Durante «días» nada. La última imagen transmitida, congelada en la Biblioteca-Mente hasta hacía poco tiempo, cuando había comenzado a transmitir súbitamente de nuevo. Moviéndose a varios metros sobre el terreno mostraba la mole en ruinas de la nave humana, con muchos de sus componentes ya corrompidos, pero la propulsión estelar vomitaba aún intermitentemente olas de radiación y estasis alrededor de la Isla de los Muertos.

—¿Cuánto *tiempo*? —había dicho Kagar, lleno de incredulidad—. ¿Cuánto dura cada período de estasis?

Pero no había forma de saberlo. El Monitor había transmitido poco tiempo más y luego se detuvo de nuevo y permaneció así, enviando una imagen simple captada a tiempo.

Un humano antiguo, una cara de cráteres y hondonadas entre cabello gris y barba entrecana. Un uniforme rasgado con símbolos que los geds reconocieron a partir de la memoria de la Biblioteca-Mente. Los símbolos habían sido avistados en los cascos de algunas naves humanas, en ese breve lapso entre el momento en que una nave ged emergía al espacio-tiempo y el momento en que hacía fuego: una luna creciente con estrellas, sobre una doble hélice. El humano relució con la iluminación de la sonda del monitor. Sus manos marchitas, atrapadas en el estasis, quedaron suspendidas enfrente de una pequeña pantalla iluminada con más símbolos congelados.

—¿Cuánto tiempo? —había repetido Grax—. El gigante sin pigmentación debe haber crecido de adolescente a adulto en los intervalos entre estasis… pero ¿a través de cuántas generaciones hasta ahora? No había habido respuestas.

Y ahora la Biblioteca-Mente gruñó de nuevo, con hechos observados de una configuración distinta:

—Doscientos sesenta y siete humanos permanecieron solos en sus dormitorios. Trescientos treinta y cuatro pasaron por lo menos parte del período de oscuridad con otro humano. Doscientos ochenta de estos casos implicaban conductas de apareamiento: doscientos dieciséis un varón con una mujer; dos,

varón con varón; sesenta y dos, mujer con mujer.

« No ha habido humanos apareándose en grupos, y por ello no hay ninguna variante de Unidad.»

Los geds se miraron unos a otros. Las feromonas olían a sorpresa y disgusto. Inteligencia de número-racional y sin apareamiento en grupo. No intentaban estar juntos para obtener mayor fuerza, consuelo y solidaridad contra un medio ambiente que los humanos debían hallar nuevo y perturbador. Sólo parejas.

—Palabras clasificadas como violentas en los Niveles Uno, Dos y Tres fueron pronunciadas por cuarenta y una de las parejas en apareamiento. Acciones clasificadas como violentas se dieron en seis parejas. Sigue análisis…

El olor en la habitación cambió a asombro, y luego a horror. La Biblioteca-Mente no había registrado nada como eso en el universo de número-racional, ni en ninguna parte. *Violencia en el acto de apareamiento*…

Uno de los geds estaba enfermo.

Era R'Gref, el adolescente. Entró en un shock biológico; los músculos de la columna vertebral se encorvaron, los tres ojos rodaron en su cabeza, y perdió el control de las feromonas. Vomitaba olores en la habitación. Los otros más cercanos a él sucumbieron instantáneamente sobre su espalda, envolvieron sus brazos y piernas alrededor del cuerpo del ged, y comenzaron a golpearlo en el vientre y las piernas, los brazos y la cabeza. Los otros diecisiete murmuraban en las configuraciones de la Unidad, a pesar de no estar en trance. El shock genético no era algo que se pudiera tomar con ligereza. Persistía desde los oscuros tiempos primitivos, cuando la solidaridad aún estaba tornándose genética y la ventaja de la supervivencia iba a aquellos grupos cuyos miembros no se volvían unos contra otros porque ello acarreaba la condición bajo la cual R'Gref se retorcía ahora. Era un vergonzoso recordatorio, pero uno que todos ellos habían experimentado. Los diecisiete respiraban superficialmente contra el tufo de feromonas incontrolado.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que cante siempre.

—Siempre cantará, fragante R'Gref…

—R'Gref de olores cálidos…

—Armonía…

Todo lo demás quedó olvidado. Bienestar, solidaridad, restauración de la salud.

Alguien habló a la Biblioteca-Mente, y ésta puso en blanco las pantallas del muro. Las imágenes de Ayrys y Kelovar, Dahar y SuSu, Jehane y Talot se desvanecieron para todos salvo para la Biblioteca-Mente, que continuó incesantemente analizando, aprendiendo.

III

KREEDOGS

Si tenéis que castigar, castigad sólo en la medida en que fuisteis castigados. Pero es mejor soportar con paciencia.

EL CORÁN

15

—¡Ayrys! ¿Estás bien?

Ondur, una mujer que dormía en la habitación próxima a la de Ayrys, fue apresuradamente hacia ella a lo largo del sendero de wrof. Tenía la cara redonda y bonita, con arrugas causadas por la preocupación, y las manos apretadas fuertemente. Ayrys se detuvo, sorprendida. Había estado sacando arcilla con una pala a lo largo de la corriente que iba a través de los bosques entre dos de los salones delysianos; sus pies estaban sucios y trozos de arcilla resbaladiza llenaban sus manos.

—¿Por qué no tendría que estar bien? He estado en la guardia.

—Entonces no has oído.

—¿Oír qué? Fui a por arcilla…

—¡No te quedes aquí afuera! ¡Vamos! —Ondur miró temerosamente alrededor, cogió a Ayrys de la manga del tebl y corrió con ella a lo largo del sendero de wrof, a través de la arcada, y entró en el salón.

Era una escena de frenética actividad.

En los diezciclos desde que habían entrado en R'Frow, los delysianos habían transformado sus salones. Excepto cuando se requería que todos estuvieran en la Sala de Enseñanza, los salones eran un bazar tan delysiano como la gente que procedía de Delysia podía hacerlos. Sastres con nuevos tebls hechos con cojines geds deshechos y recosidos; zapateros con sandalias blancas de cuero de animal atadas con fino alambre de cobre cogido de las demostraciones en la Sala de Enseñanza. Comerciantes de todo tipo de objetos disponibles dentro de R'Frow: cuencos para comida, alambre, barras magnéticas, cojines, recipientes de wrof, tresbolas. Objetos humanos hechos con materiales obtenidos dentro de la ciudad o traídos de Delysia: cuchillos, tazas, jabón, navajas, vidrios, redes, cinturones, incluso pendientes y pinturas para la cara. Alimento recogido o cazado en el desierto del extremo occidental de R'Frow, para variar la dieta ofrecidas cuatro veces por día en las mesas del suelo. Los servicios de músicos con flautas de madera; de joyeros con objetos resplandecientes formados con alambre robado a los geds; de afiladores de cuchillos; guardaespaldas, jugadores y curadores; rameras, lavanderas y comadres que mezclaban hierbas de olor fétido para el embarazo, el aborto y los juegos sexuales.

Cuando los delysianos iban a la Sala de Enseñanza, mucho del bazar iba con ellos. Se había descubierto muy rápidamente que los geds requerían sólo la presencia de los humanos, más una razonable quietud para desarrollar su charla irrelevante. En el lado delysiano de cada grupo de enseñanza, todo continuó en su grado más bajo: jugando y regateando; cosiendo y durmiendo, amenazando, tallando, y, sobre todo, los duros rostros de soldados, con las manos cerca de las armas en la cintura, vigilando a los guerreros jelitas y no a los geds. Pero el ruido que golpeó a Ayrys cuando Ondur la introdujo en el salón, no era el barullo del comercio.

—¿Qué es? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ayrys. Ondur señaló al centro de la habitación, pero Ayrys sólo pudo ver gente colérica de espaldas.

—No hagas eso de nuevo, Ayrys. ¡No vayas detrás de tus juguetes! —Kelovar. Sus ojos brillaban al mirarla. Ayrys se soltó de su mano que le apretaba el brazo. Se molestó cuando Kelovar le dio esa orden.

—Esa basura lo mató por un punzón —dijo Ondur amargamente—. Un punzón.

La multitud se dividió brevemente. Un cuerpo yacía entre dos mesas del suelo. Gordo, sucio, con sangre seca sobre el rostro, que había empalidecido ya. El zapatero.

—Estaba en tu habitación de enseñanza, ¿no? —dijo Ondur—. Era un Rojo. Lo atraparon con una flecha en el cuello. El truco favorito de los jelitas.

Una flecha en el cuello y el pesado cuerpo desgarrando su tebl roto, resbalando a ambos lados… Ayrys miró a lo lejos.

—Él estaba abajo, cerca de la corriente —continuó Ondur con tono enojado —. Dentro de la caseta del centinela. De alguna manera, los hijos de puta lograron pasar. Buscaba una rama para hacer un punzón para el cuero porque tenía una buena oferta por un par de sandalias. ¿Ves aquella muchacha que está allí, llorando? Ella me lo dijo. Compartían las cerraduras.

La muchacha estaba de pie, con las manos sobre la cara, flanqueada por una mujer mayor, y un soldado de rostro duro. El soldado trataba de interrogarla, pero ella movía la cabeza de un lado a otro, con los dedos sobre los ojos y los delgados hombros temblando. Era muy joven. La mujer mayor dijo algo cortante al soldado, que se fue con enojo.

—Es poco más que una niña —dijo Ondur—. ¡Lo pagarán!

—Jela —dijo Ayrys estúpidamente.

—Jela —repitió Kelovar, y Ayrys se volvió para mirarlo. La cara del hombre mostraba enojo y odio, y algo más: un extraño y terrorífico triunfo medio avergonzado de sí mismo. Pero sólo medio.

¿Era tan extraño que un soldado diera la bienvenida a una oportunidad de luchar? Pero incluso mientras el pensamiento se formaba, Ayrys sabía bien que era más que eso.

—Allí está Khalid —dijo Kelovar—. Ayrys, no salgas del salón por ninguna razón, ni para caminar, ni para traficar, ni siquiera para ir a los baños. Quédate aquí. Volveré en cuanto pueda.

Ondur observó con satisfacción mientras Kelovar se iba con Khalid.

—¡Lo pagarán! Cuando viene efectivamente el momento del encendido, los delysianos siempre se concentran dentro del mismo horno.

—¿Arder juntos? —dijo Ayrys. Apenas sabía de dónde venían las palabras; estaban fuera antes que lo supiera. Pero Ondur no advirtió aquella herejía, si era una herejía.

—Quizás arder juntos, pero no lo creo. Nuestros soldados puede que no silencien el estruendo artillero como los guerreros jelitas, pero nosotros ganamos la última guerra, ¿no? ¡No quedarán impunes por esto! ¡Y todo por un punzón!

—Un punzón.

—Hizo un punzón con uno de los cilindros que tienen los geds, ya sabes, esos que ellos piensan que son tan importantes. Este cilindro era lo bastante duro para perforar cuero para las sandalias, y al mismo tiempo bastante blando para aguzarlo, e hizo un punzón para su trabajo. Supongo que no tenía uno de Delysia. Los jelitas le cogieron… debieron pensar que era un arma. O quizá sólo querían matar. ¿Puede uno ver la puesta del Marcador?

—Los geds han prohibido matar en R'Frow —dijo lentamente Ayrys— y han amenazado con el exilio…

Otra mujer se había acercado para oír, una soldado de bajo rango con ojos como cuchillos. Delysia tenía menos soldados femeninos que Jelita hermanas-guerreras, y Ayrys había observado que, cuando las mujeres delysianas se convertían realmente en soldados, a menudo tenían el mismo aspecto que ésta: como si hubieran bebido bilis. La soldado dijo:

—Debiera ser exilio sólo para los jelitas. *Ellos* han cometido el asesinato. Los geds deberían exiliarles a todos. Y sin que se llevaran nada.

—Pero si devolvemos el golpe…

—¡No estaremos matando, sólo defendiendo lo nuestro! —De pronto, miró a Ayrys con dureza—. No hay nada de malo en que defendamos lo nuestro, ¿verdad, sopladora de vidrio?

—No. Defended lo vuestro —dijo Ayrys, y volvió la espalda a la soldado y a Ondur para subir la escalera a su habitación.

Cerró la puerta para amortiguar el tumulto que había abajo y presionó el círculo anaranjado. Sobre el suelo había un barullo de barras cilíndricas, alambres de cobre, cuencos para comida y platos de metal. No vio nada.

¿Cómo reaccionarían los geds ante el asesinato del zapatero? No parecían hacer ninguna distinción entre delysianos y jelitas. ¿Exiliarían a todos los humanos de R'Frow?

Ayrys no tenía ningún otro lugar donde ir.

Durante diezciclos había estado luchando contra el paralizante deseo de estar con su hija Embry. Ahora ese deseo la inundaba. No podía ir hacia donde estaba Embry, no podía sobrevivir en la sabana. ¿Qué haría si su exilio de Delysia fuera seguido por el exilio de R'Frow? Podía quedarse con Kelovar… pero probablemente no, si Kelovar descubría que era una proscrita de la ciudad por la cual se sentía tan satisfecho de luchar.

Y ella no quería quedarse con Kelovar.

La puerta de metal se notaba dura al apoyar la mano. Pero había visto un metal como ése disolverse en un momento, desvanecerse como si nunca hubiese existido, cuando Grax decidió en su mente extraña hacerlo así. ¿Podrían los geds disolver todo R'Frow?

El pensamiento la hizo jadear. Pero comprendió, después de varios ciclos de la Sala de Enseñanza, la extensión, ya que no las obras, de las fuerzas involucradas. Podían hacerlo.

Si decidían hacerlo.

Jehane silbó alegremente mientras caminaba desde el patio de prácticas, el gran espacio sin árboles entre el salón de las hermanas-guerreras y el espejismo del acantilado gris del Muro, hacia los baños. Estaba satisfactoriamente caliente y sucia, y todos sus músculos palpitaban con la agradable sensación de un ejercicio realmente bueno. Había sido la mejor guerrera con la nueva arma. Había atraído el elogio de la misma Belazir antes de que la comandante suprema hubiera sido súbitamente convocada desde el patio. Y aún no era ni siquiera buena con la trespelota, o en todo caso no tan buena como iba a ser. Iba a ser la mejor. Ella y Talot; trabajaría con Talot hasta que ésta fuera tan buena como ella misma. Que les dieran un diezciclo más y ni siquiera Dahar podría vencerlas.

Después de todo, los monstruos de tres ojos habían probado efectivamente ser honorables. De tres ojos, trespelota… podía retratar un ged grisáceo, calvo, con tres pelotas. Jehane sonrió. Tendría que acordase de decírselo a Talot cuando ésta saliera de la guardia.

No había nadie más en los baños. Jehane se desnudó y entró en la piscina artificial hecha de wrof y alimentada continuamente por algún río subterráneo cálido. O quizá los geds habían creado un río. A Jehane no le importaba.

Los baños eran cómodos y esta loca R'Frow estaba volviéndose mejor de lo que esperaba. Satisfecha, miró la trespelota sobre el borde de la piscina.

¿Por qué Jela no había pensado en ello hacía tiempo? A diferencia de la mayoría de los aparatos geds, éste era estúpidamente complicado. Tres pelotas de algún metal pesado, una más ligera que las otras dos, estaban atadas con tiras de cuero, de las que los geds decían que tenían una longitud cuidadosamente medida. No tenía el poder de una ballesta, por supuesto, pero permitía jugar sin

estropear el cuero. La primera vez que Jehane la tuvo en la mano sintió la trespelota como parte de ella. La arrojó con más precisión que nadie, salvo Dahar, y pensaba superarlo porque ella practicaba más.

Dahar… La sorprendía. Día tras día mantenía la total cortesía hacia el monstruo ged, escuchando su cháchara e incluso manipulando todos los objetos horripilantes que surgían continuamente de las mesas del suelo. La cortesía era correcta, era buena; ése era su deber como guerrero de rango en la sala, así como también en su condición de primer teniente de la comandante suprema. Pero ¿cómo podía mantener esa atención, como si estuviera realmente interesado y al mismo tiempo estar lo bastante alerta frente a la escoria que se congregaba al otro lado de la habitación? Una o dos veces le había parecido a Jehane que Dahar casi había olvidado que había soldados allí… No, eso no, por supuesto que eso no. Él era teniente de la comandante suprema. Pero aun así, jugaba con los juguetes geds y sus ojos tenían aspecto… aspecto de… mierda, no sabía qué aspecto tenían. Era primer teniente, sabía lo que era correcto, podía con cualquier guerrero en el campo de prácticas. Y Jehane no iba a permitir que unos pensamientos estúpidos dieran al traste con su buen humor.

Se estiró lujuriosamente en el agua caliente —realmente algunas cosas geds eran agradables, calentadas por el Sol— y sonrió con placer, mientras Talot caminaba hacia los baños después de terminar la guardia.

Pero Talot no sonreía.

—El zapatero está muerto.

—¿El zapatero? ¿Qué zapatero?

—El de nuestro grupo de entrenamiento. Delysiano. Gordo, estúpido, con la nariz rota, ¿recuerdas? Estaba puliendo aquel aguzado cilindro ged durante la enseñanza.

—Lo vi. —Era una de las cosas que había pensado que Dahar supondría—. Una posible arma.

—Sí. Los delysianos encontraron su cadáver. Con una flecha en el cuello.

—¿Nuestra?

—La flecha ya había sido extraída.

Jehane pensó un momento en el delysiano que ella había matado en la sabana, la basura que había tratado de violar a la sopladora de vidrio. Era difícil sacar una flecha del cuello sin dejar un trozo dentro. Había que saber cómo torcerla.

—No se rompió al sacarla —dijo Talot—. Por lo menos alguien fue hábil. Los delysianos dirán que ese perro fue muerto por un guerrero.

—Quizá lo fue —dijo Jehane fríamente.

—No, Belazir nos vinculó a las dos leyes de los geds. Un guerrero no quebrantaría su juramento.

Jehane miró a lo lejos. Talot se ruborizó y también miró a lo lejos. Hubo un

silencio doloroso. Finalmente Jehane dijo:

—Esto es diferente de tu…, es un juramento de *batalla*. Probablemente el zapatero fue muerto por un soldado delysiano. Ellos no defienden a sus ciudadanos, los explotan. Rameras y cobardes.

—Podría haber sido un delysiano. Lo que se rumorea en el patio es que encontraron al zapatero en el interior de su propia red de centinelas.

—Eso no prueba nada. ¿Tan difícil es atravesar su red? —Jehane hizo una mueca.

—No sé, nunca lo he hecho —dijo seriamente Talot.

Jehane tampoco lo había hecho. Pero todos sabían que la red delysiana estaba podrida de agujeros. Lo que se rumoreaba en el patio era que los soldados podían *pagar* para no cumplir con su deber. ¡Puag!

Salió del baño.

—Voy a comer, ¿y tú?

—No podrás ir a comer ahora. Dahar quiere ver a todos los guerreros que no estén de guardia dentro de diez minutos. Ha estado con Belazir desde que recibió la noticia del asesinato.

Así que ésa era la razón por la que habían llamado a Belazir mientras estaba en el campo de prácticas. Probablemente la red de vigilancia tendría que ser doblada, en el caso de que los delysianos, en sus mentes viscosas, decidieran cargar esta matanza sobre Jela en lugar de hacerlo sobre los suyos.

Porque, ahora que lo pensaba, Talot tenía razón: no podía haber sido un guerrero. Mientras estuvieran en R'Frow, Belazir había ligado a todos ellos a la ley ged que prohibía el asesinato.

A Jehane se le aceleró un poco el pulso. Si los delysianos atacaban… ni ella ni Talot habían tenido edad suficiente para ser elegidas para los núcleos militares en la época de las últimas batallas con Delysia.

Jehane saltó fuera del agua, alcanzando simultáneamente su tebl y su trespelota. Sonrió a Talot y comenzó a silbar de nuevo.

Dahar observaba a Belazir flexionar los músculos de los hombros: una sacudida hacia delante, un balanceo hacia atrás. Vio el momento en que ella captó su mirada. Los surcos desde su nariz hasta su boca se profundizaron; pensó que sería difícil para ella admitir el cansancio. No admitiría nada. Dahar se puso más erguido, con los hombros cuadrados.

—Ningún punto de vista inusual, comandante. Ninguna información adicional sobre la muerte del delysiano. Un hermano-guerrero no ocupó su puesto en la red de centinelas, segunda guardia.

—¿Has hablado con él?

—He dispuesto nuevas sustituciones en la red. El guerrero no estará de centinela durante un diezciclo. En realidad, no podrá estar ni siquiera de pie por un tresdía.

—¿Nombre?

—Fastoud. Salón Tres.

—Le conozco. Un perezoso. En Jela nunca había sido seleccionado para un núcleo militar. Tal vez fue expulsado de uno. En este lugar no hay medio de estar seguro.

—No, comandante —dijo Dahar. Belazir le interesaba. Ella era demasiado mayor para gobernar un núcleo de hermanas; en Jela ya se habría convertido en una madre-guerrera, antes que se volviera muy vieja para eso. Dahar supuso que ella odiaba la idea, que tenía aversión por la inacción o que le desagradaba el embarazo y que éste era el porqué había venido a R'Frow, donde se encontró convertida en comandante suprema.

Era astuta, justa y reticente, y había demostrado que era una excelente comandante. Ningún detalle sobre la ubicación de los centinelas o el entrenamiento de grupos era demasiado pequeño para que Belazir no lo considerara una y otra vez. Esto, que habría exasperado a la mayoría de los tenientes, a Dahar le gustaba.

A veces él pensaba que cuando Belazir miraba la doble hélice sobre su hombro, vislumbraba más que la mayoría: por qué la usaba y a qué costo. Pero quizá no. Afuera, en el oscurecido corredor, la hermana-guerrera que había sido amante de Belazir esperaba pacientemente. Dahar había captado la mirada que ella había tratado de ocultar mientras él pasaba. ¿Belazir también? Probablemente.

—Fastoud es peor que la mayoría —dijo Belazir—. Pero muchos de estos guerreros no son adecuados para un núcleo de jefes. Demasiado jóvenes, demasiado indisciplinados, o demasiado mal entrenados. No entrenados por Jela. Extranjeros.

—Quizá la comandante no tenga consciencia de que yo también soy extranjero —dijo tranquilamente Dahar.

—¿Tú?

—De Anla.

Belazir lo observó abiertamente.

—No lo sabía. Te habría tomado como líder de un núcleo de Jela.

Dahar esperó; cuando ella no continuó con el condicional, lo hizo él:

—Y no el de un campamento minero Azul y Rojo.

Belazir le echó un vistazo al hombro. Observándola de cerca, Dahar captó el parpadeo de repugnancia y la cortesía de ocultarlo. La aversión era familiar, la cortesía, rara… sobre todo entre los guerreros en R'Frow. No les gustaba tener un primer teniente que usaba la doble hélice. Ninguno osaba decirlo. Ninguno tenía que hacerlo. Gracias a sus largos años de práctica, Dahar mantenía su rostro impasible. Belazir aún no estaba fatigada.

—¿Nacido para ello, teniente?

—No, mi madre era una líder extranjera de un núcleo militar.

Pero Belazir seguía reticente y no formuló las preguntas usuales: *¿Entonces por qué un guerrero de tu fortaleza y capacidad se aparta como un Azul y Rojo? ¿Diseccionas los cadáveres de aquellos guerreros que no puedes curar, y luego los entierras deshonrosamente mutilados? ¿Son simple magia tus mezclas curativas? ¿El sacerdocio bebe sangre humana?*

Al ver que no hablaba creció el respeto de Dahar por ella. No le pidió las explicaciones que luego no podría comprender. No le pidió las razones personales que él habría rehusado dar. Y no utilizó el argumento infantil de la mayoría de los guerreros, las burlas que él había oído desde su décimo año: *Por supuesto, sólo aquellos que luchan pueden tener el derecho a tocar los cuerpos de los guerreros heridos. Ningún ciudadano debe hacerlo. Pero ningún guerrero que auxilia en el dolor puede tener el mismo margen de lucha que el que sólo inflige dolor. En algún lugar había una blandura, una pulposa y corrompida debilidad… y esta debilidad podía matarme en la batalla. No quiero luchar a las órdenes de un guerrero-sacerdote. Los eludo.*

De eludir a despreciar había una corta distancia, no más larga que la acometida del cuchillo de un guerrero-sacerdote, la primera vez que un hermano herido tenía que ser cortado. Y moría de todos modos.

Infantil. Doloroso. Ciego, con la ceguera de un cazador que no ve que el *kreedog* desechado de su propia jauría es más peligroso, no menos. Pero había algo más profundo, una repugnancia sin palabras por el guerrero que tanteaba con dedos entrenados a través de los cuerpos heridos e impotentes de su propia gente…

Belazir se frotó la cara con las manos. La piel debajo de los ojos se estiró, con el color del cuero viejo.

—Sería un error subestimar a los delysianos. Sus soldados no son honorables y son traicioneros, y cada uno de ellos vendería a sus propios amantes; pero pueden resultar feroces luchadores si piensan que hay posibilidad de botín o de violación. Y, en R'Frow, hay demasiados proscritos incontrolados en sus filas.

Como los nuestros, pensó Dahar, pero no lo dijo.

—¿Esperas un ataque directo?

—No. Si aún no lo han hecho, no lo harán. Los delysianos atacan inmediatamente o se ponen furiosos, volviéndose más coléricos. No tienen disciplina. Es su debilidad, pero puede ser su fortaleza si el comandante es lo bastante astuto como para encauzar la cólera hacia donde quiera. Khalid puede serlo. He oído decir a hermanas-guerreras que puede hablar bien. El hablar puede encauzar la cólera. Pero no creo que ataquen directamente.

—Asesinarán a un guerrero jelita en represalia.

—Sí, eso creo. Si pueden conseguir uno. Nosotros se lo hemos puesto difícil.

—Hoy he preguntado a un ged cuál es la pena por quebrantar la ley contra el

asesinato —dijo Dahar.

Belazir apartó las manos de la cara. Sus ojos se achicaron.

—Ésa es una medida defensiva. Deberías haber pedido permiso.

—Lo siento, comandante; no lo vi como una medida defensiva. Lo pregunté durante la Enseñanza del Conocimiento. El ged respondió: « Todos los principios de número-racional se mantienen todo el tiempo.»

Belazir consideró sus palabras con expresión pensativa en los ojos.

—No está muy claro.

—No. Pero el ged había estado hablando de magnetismo. Yo no podía saber si intentaba decir algo sutil sobre las leyes de la fuerza y las de los geds. —Dahar observó a Belazir y se dio cuenta de que no había comprendido lo que le había dicho. La palabra « magnetismo» sonaba rara en su boca, en esa habitación, ante esa persona.

—¿Por qué crees que los geds no castigaron inmediatamente el asesinato? Perderían la disciplina si proceden así.

—Pienso que están esperando.

—¿Qué?

—No sé. Quizá quieren saber qué va a ocurrir ahora. Han dicho que nos están estudiando.

—Cuando decidan castigar, ¿qué piensas que harán teniente?

Dahar estaba silencioso. Luego, lentamente, manteniendo su rostro rígido, dijo:

—Tal vez decidan exiliar a todos los humanos de R'Frow.

—¿Es eso lo que crees? —dijo Belazir cortante.

—No.

—¿Por qué no?

—No tengo ninguna razón que dar.

—Es un extraño uso de la palabra *exilio*, teniente. R'Frow no es Jela.

—La comandante olvida que yo no soy de Jela.

—Yo no olvido nada —dijo Belazir, y le miró directamente, midiéndole con sus ojos negros—. Me han dicho que durante la enseñanza demuestras gran interés por los juguetes geds.

Así que había desconfianza, después de todo; simplemente se llegaba a ella por otro camino. Dahar sintió una punzada de decepción seguida por una amarga sonrisa, que no dejaba llegar a su boca.

—Desplegar interés es una cortesía que se debe a los geds.

—Sí. Aparte de la cortesía, ¿los juguetes te interesan?

—Sí, comandante.

—¿Por qué? ¿Quizá tú los ves como algo más que juguetes?

Le sorprendió la agudeza de la pregunta.

—Sí. Con el tiempo. Los geds tienen muchos conocimientos que podrían

sernos útiles.

—Pienso que tú también estarías interesado aunque los juguetes no fueran útiles —dijo Belazir sagazmente—. Quieres saber porque quieres saber.

Dahar no respondió.

—Ten cuidado, teniente. Tu primera lealtad pertenece a Jela, extranjero o no.

La ira llameó un segundo antes de que Dahar viera que el medio insulto era deliberado… una cuchillada de sondeo para probar el grosor del tejido de la cicatriz, para descubrir si la lealtad a Jela aún yacía debajo de la hélice doble que había en su hombro.

—Mi lealtad siempre ha pertenecido a Jela, comandante —dijo Dahar fríamente, y vio que Belazir sonreía, y se frotaba los ojos con los dedos.

—Me alegro de ello, teniente. Puedes irte.

Dahar dio un golpecito en ambas muñecas a manera de saludo. La hermana-guerrera aún esperaba en el pasillo. Saludó respetuosamente, pero captó el gesto severo alrededor de su boca y la mirada furtiva y rápida que dirigió al emblema sobre su hombro.

Salió del salón y se deslizó silenciosamente a través de la oscuridad para confirmar de nuevo que la red de centinelas estaba segura.

Pero aunque estuvo satisfecho de la red no volvió hacia el salón de los hermanos-guerreros. No tenía sueño. La inquietud se apoderó de él. Se quedó indeciso en el sendero de wrof, con densos olores de arbustos espinosos y campanillas de plata a su alrededor en la oscuridad.

La cúpula nunca se oscurecía completamente. Aunque sin lunas ni estrellas, brillaba tenuemente durante la «noche», las ramas se inclinaban contra la cúpula, moviendo sombras grises que disminuían hacia abajo donde eran visibles los troncos negros. La única oscuridad verdadera se encontraba dentro de los dormitorios.

Dahar se volvió a medias hacia el salón donde las rameras tenían su corredor. Una ramera le proporcionaría unos escasos momentos de alivio físico. Pero después la inquietud permanecería en él, y sabía por experiencia que eso sería peor. Una sonrisa de ojos inexpresivos, un rostro que apenas escondía la ansiedad para que se fuera, una risa tan estúpida y chillona como la de aquella última ramera inexperta, pequeña con aspecto de muñeca, bonita pero sólo como lo eran todas ellas. Hasta que su cuerpo le llevara de nuevo a ello, no quería una ramera. Esta noche no quería una ramera.

¿Qué quería? Creció su inquietud… la vieja búsqueda de algo que no podía ser nombrado, surgiendo de una profundidad dentro de sí mismo que ni la burla ni el desprecio hubieran podido tranquilizar. Quería, sin saber lo que quería. Después de su inquieto deseo, que le puso de mal humor, la desconfianza que le mostraron sus guerreros e incluso su comandante sólo le produjo irritación. Los que estuvieron más cerca de satisfacer su deseo fueron los Maestros de la Doble

Hélice, aprendiendo de ellos las artes de curación, dando vueltas una y otra vez a los dudosos y fragmentarios trozos de conocimiento, como si fueran piedras en sus manos. Pero ni siquiera eso había tranquilizado mucho su inquietud. Tal vez en otro lugar.

La red de vigilancia estaba segura, pero no tanto como para que Dahar no pudiera deslizarse dentro de ella si decidía hacerlo. Se echó al suelo y comenzó a moverse a través de la red hacia la Sala de Enseñanza.

16

Ella no podía creer la suavidad del silencio.

Los golpes en la puerta se habían detenido finalmente. Acostada sobre los cojines, con los puños apretados a ambos lados, SuSu les había oído golpear en su puerta una y otra vez, durante varios minutos. Primero fueron golpes suaves. Un puño, dos. Después más fuertes, golpes apagados por la gruesa puerta ged, pero separados y claros cada uno de ellos. Los golpes se convirtieron en una canción de marcha de un núcleo. Jugaban. Luego, cuando ningún otro guerrero venía iracundo a abrir la puerta de un puntapié y ella decía que estaba ocupada, una breve pausa. Y luego el golpeteo serio, puntapiés y puñetazos. Había por lo menos dos hermanos-guerreros. A cada puntapié, ella había hecho una mueca de dolor, como si fuera una acometida de su fuerte machismo en ella. No había ido a la puerta.

Y luego, este silencio.

SuSu esperaba que la sombría voz la golpeara y la insultara: *No tienes que hacerlo aquí en R'Frow, no tienes que hacerlo aquí en R'Frow.* Pero como no había abierto la puerta, la voz no vino.

En cambio había sólo un silencio sombrío.

¿Cuándo había oído un silencio como éste? Nunca. Al despertar temblando de frío, muy tarde en Terceranoche en el Pasillo de las Rameras en Jela —ya bastante mayor como para saber que no debía tratar de arrastrarse hasta la cama de su madre en busca de calor—, la niña SuSu había escuchado con temor un silencio enlazado con sonido: un gemido de sueños de otro niño, pasos tambaleantes en el pasillo, y una risa apagada de su madre que le había sonado peor que un grito. Había pensado que el silencio era como su terror, y había tratado de mantenerse tranquila, de no ser hallada. Pero los sonidos de todos

modos la encontraron. El sonido era el cazador, y el silencio más terrible y desesperado que el sonido.

Pero este silencio era suave, sombrío. La voz sombría de algún modo se había convertido en silencio sombrío, y SuSu no le temía.

Permaneció mucho tiempo acostada, pensando en ella. R'Frow había curado sus llagas de ramera y, de algún modo, R'Frow había curado también la angustiosa voz, dándole este suave silencio. O quizás el silencio había curado a ambas, enfermedad y voces.

Los golpes sobre la puerta habían desaparecido. Los hermanos-guerreros se habían ido. Salvo Falonal, ninguna de las otras rameras compartía su cerradura. Nadie podía atravesar la puerta.

Nadie podía atravesar la puerta.

Se volvió hacia el otro lado para contemplar la puerta cerrada. El aire era lo suficientemente cálido para que yaciera desnuda; pero seguía llevando el tebl y una especie de manta hecha con la cubierta de un cojín. Sacó un brazo y el espacio a través de los cojines vacíos fue suyo. Y todo alrededor de ella, el tibio y sombrío silencio la meció hasta que se quedó dormida.

—Anoche no abriste —la acusó Falonal que caminaba junto a SuSu a lo largo del sendero de wrof hacia la Sala de Enseñanza. El día era cálido y nublado, como siempre.

—No.

—¿Estabas perdiendo sangre?

—No —dijo SuSu suavemente. Caminaba con la cabeza un poco inclinada. El sendero estaba limpio y gris, bajo sus pies desnudos.

—Entonces no hagas eso. Jamila y yo no podemos atender solas a todos los guerreros.

—Tendréis que atenderlos a todos —dijo SuSu aún más suavemente—. Ya no soy una ramera.

—¿Qué quieres decir con que no eres una ramera? —Falonal abrió desmesuradamente la boca.

—Lo he dejado.

—¿Lo has dejado?

—Hicieron que lo dejara —dijo SuSu, y esperó la voz sombría. Pero no vino.

—¿Quién?

—Hicieron que lo dejara —repitió SuSu, y sonrió suavemente con la mirada dirigida hacia Falonal desde su cabeza inclinada. Los ojos de Falonal, oscuros y un poco hundidos, se achicaron. Tenía la piel curtida a pesar de no haber visto jamás el sol, y una barbilla huesuda y redonda, como una piedra enterrada.

—No puedes dejar de ser una ramera.

SuSu no respondió.

—No puedes dejar de serlo porque eres una ramera. —Falonal frunció el ceño, rió con aspereza y frunció el ceño de nuevo—. No creas que es tan fácil.

SuSu dijo con voz casi inaudible:

—Estamos más que hartas, Falonal. Yo… lo he dejado.

—No te dejarán. No te lo permitirán —dijo Falonal irritada—. ¿Qué harían los guerreros si las rameras lo dejasen? ¡No te lo permitirán!

—El silencio me lo ha permitido.

Falonal puso las manos sobre las caderas y observó a SuSu. Movió los labios hacia abajo, endureciendo aún más la barbilla.

—Tú crees que eres mejor que Jamila y yo.

—No. Tú también podrías dejarlo.

—¡Estás loca, SuSu! —exclamó Falonal.

Su voz potente había atraído a Jamila, que iba por otro camino, detrás de ellas.

—¿Por qué gritáis?

—SuSu dice que ya no es una ramera. Dice que lo ha dejado —respondió Falonal.

Jamila, redonda y bonita, con gemas azules en sus delicadas orejas, quedó boquiabierta.

—¿Por qué?

SuSu se encogió de hombros.

—¿Por qué *quieres* dejarlo? —insistió Jamila realmente perpleja—. Aquí los hermanos-guerreros pagan mejor que en Jela. Y nosotras somos menos. Puedo tener tanto trabajo como quiera. Anoche, doce.

—No te permitirán dejarlo —dijo Falonal.

—¿Por qué quieres dejarlo? —preguntó Jamila.

SuSu no contestó a ninguna de las dos. Se fue caminando por el sendero. Pero de pronto, Falonal la espetó con dureza:

—Eres una puta, SuSu, una ramera. No eres mejor que Jamila ni que yo. No trates de pavonearte por ahí como una hermana-guerrera. ¡Yo sé lo que eres!

SuSu no respondió. Entró en la Sala de Enseñanza y luego en la habitación con el círculo rojo sobre el arco y se sentó, como siempre, en el rincón más lejano, encogiéndose todo lo que pudo, con la cabeza un poco inclinada. Si alguien la observaba, ella no lo veía. No se oía nada de lo que se decía. Se sentaba aparte, como en una isla segura, y el silencio, sombrío, lamía suavemente las playas.

Hoy, no había juegos. Ni comercio, ni susurros, ni ese apoyarse negligente contra los muros. Guerreros y soldados estaban erguidos, torvos, y en sus cinturones brillaban cuchillos jelitas, gubias con púas, cuchillos geds de wrof transparente. Los ciudadanos permanecían en la parte de atrás de la habitación,

silenciosos. Sólo el enorme bárbaro blanco, impasible, seguía sentado a la mesa central de costumbre, con los ojos parpadeando a los geds. Ayrys se preguntaba si el albino sabía lo del zapatero, si era capaz de saber. Se desplazó hacia su lugar, en el lado delysiano de la habitación, aunque cerca de los geds, la primera mesa enfrente de Grax, aquella en la que el ged tocaría y explicaría los materiales extraños.

Era el mejor lugar para ver, para preguntar, para no perder detalle. Estaba también más cerca de los jelitas que cualquier otro delysiano… Apartó el pensamiento.

La mesa en la cual se sentaba el zapatero estaba notoriamente vacía.

Ayrys mantuvo su mirada en Grax, con un nudo en la garganta. *Si se exiliara a los humanos de R'Frow…*

Grax movió la mano y el tablero de la mesa se disolvió y fue reemplazado por otro, que contenía los ya familiares materiales. Grax no miró los objetos. Examinó los rostros humanos y cuando abrió la boca para hablar hubo una repentina tirantez en el aire, y en algún lugar detrás de ella Ayrys oyó el siseo de una respiración entre dientes apretados. ¿Hablarían los geds del asesinato? ¿Qué dirían?

—Este alambre no es de cobre —dijo Grax—. El río de electrones fluirá a lo largo de esto, más fuerte y más rápido que a lo largo del cobre.

¡No iba a hablar del asesinato! Ayrys sintió las piernas flojas. Miró a su izquierda: la cara de la comandante delysiana había enrojecido de ira.

—El alambre no viene de un mineral —dijo Grax—. Es una mezcla fundida a gran temperatura. —No dijo más; la costumbre ged era no decir jamás de qué estaban hechos los materiales que proporcionaban. Exponían los hechos y respondían a preguntas, nada más.

Nadie se movió. Se prolongó el silencio. Ninguno de los nuevos alambres ni de los otros objetos desaparecieron entre los tebls jelitas o delysianos.

Grax esperó. Ayrys pensó nuevamente que la espera lo hacía más extraño que los tres ojos; el ged podía esperar sentado durante horas o un día entero en la Sala de Enseñanza, y no hablar ni moverse hasta que algún humano hiciera algo. Al principio Grax lo había hecho algunas veces. Pero ahora incluso él debía notar la diferencia, debía de saber que eran los humanos quienes esperaban alguna forma de justicia ged. Los geds habían dictado las leyes; la existencia de la ley implicaba castigo. Aunque, pensó amargamente Ayrys, lo opuesto no era necesariamente cierto.

Cuando el silencio se volvió insoportable, el comandante delysiano habló con dureza.

—Un delysiano ha sido asesinado por una basura jelita.

Los cuchillos surgieron de los cinturones.

Grax volvió la cabeza para observar al comandante, algo realmente extraño.

Por lo general, sólo miraba directamente a quienes se interesaban en la ciencia ged. Dijo tranquilamente, como había hecho el primer día:

—Ésta es la Enseñanza del Conocimiento.

El comandante se puso furioso y dio un paso adelante con el cuchillo desenvainado. Ayrys percibió la tensión de los guerreros jelitas a su derecha. Pero el soldado miraba no a los jelitas sino a los geds, y de pronto Ayrys se dio cuenta nuevamente de la armadura invisible que envolvió a los geds. Grax no se movió. Y el comandante titubeó.

—Ésta es la Enseñanza del Conocimiento —repitió Grax, y volvió a mirar de nuevo la mesa que estaba frente a él.

El comandante permaneció indeciso por un instante: Ayrys vio en su cara furiosa el momento en que cedió, tanto ante la imposibilidad de atacar como ante la estupidez de atacar jelitas allí, en aquella habitación cerrada donde los guerreros superaban en número a los soldados. Dio un paso atrás hacia el muro, y Ayrys desprendió las manos de su falda y las puso sobre la mesa. Debajo de las uñas había gotas de sangre.

El alambre que estaba delante de ella era gris plateado. Se concentró en él y no miró a ningún lado. Pasaron segundos, luego minutos, y no hubo cuerpos armados que pasaran cerca de ella, ni a la derecha ni a la izquierda. Finalmente oyó el ruido de un ligero movimiento a la derecha y atrás, y se volvió para mirar.

Un ciudadano delysiano estaba extrayendo el nuevo alambre de una mesa y poniéndolo en su tebl.

En toda la habitación comenzaron a desaparecer objetos de las mesas, como si esa mañana fuera como cualquier otra. Ayrys puso la mano sobre su montón de alambre para que nadie lo cogiera, y después de un momento la levantó.

«La Enseñanza del Conocimiento», había dicho el ged. A ellos no debía importarles lo que hicieran los humanos, mientras éstos vinieran a la Enseñanza del Conocimiento y aprendieran. Pero entonces, ¿por qué los votos de obediencia?

Un delysiano, desorientado por la inmovilidad de Ayrys, intentó coger un cuenco de wrof de su mesa. Pero Ayrys lo cubrió con una mano, y el intruso volvió al lugar que ocupaba detrás de ella.

Había dos cuencos llenos de un ácido que Ayrys sabía que se utilizaba en la fabricación de vidrio. Metió los cuatro platos dentro de los cuencos; ahora tenía dos elementos, dos células. ¿Podría tener un tercero? No, no había sido suficientemente rápida; todas las mesas delysianas estaban vacías. Sólo había cuencos y platos frente al gigante blanco, que no los tocaba, y nadie se atrevía a acercarse a él para probar de hacerlo.

Ayrys conectó el nuevo alambre a ambas células y casi gritó de dolor. Con un dedo en la boca, observó el alambre. ¿Cómo el shockpodía ser tan superior al del cobre? ¿Podría tocarlo?

En la misma forma en que manipulaba el ácido en la fabricación de vidrio, por supuesto… con algo más de cuidado. Cogió un trozo de madera de su tebl y lo utilizó para deslizar cautelosamente el alambre hacia la segunda célula. El alambre no brilló cuando estuvo conectado, pero al acercar lentamente el dedo hacia él se asustó del calor que irradiaba. Fuego… era como un fuego que nadie había necesitado desde la llegada a R'Frow.

Las posibilidades comenzaron a absorberla. Probó una cosa y luego otra a medida que se le ocurría y la habitación alrededor de ella se fue desvaneciendo. Sus dedos, habituados a la fabricación de vidrio, eran diestros y seguros, y su respiración se aceleró un poco mientras le llegaban ideas.

¿Qué pasaría si el alambre se volvía tan caliente como para calentar a un cazador en la sabana, en Terceranoche? ¿O a un niño enfermo? Sería necesario aumentar el calor, pero para evitar que el alambre quemara la piel habría que contenerlo en un espacio reducido. ¿Qué pasaría si agregara una tercera célula? No podía encerrar todo el conjunto en wrof; no había cuencos suficientemente grandes y el conjunto tendría que contener más alambre que células si tenía que proporcionar calor…

Captó un ligero movimiento a su derecha. El jelita observaba sus células. Él también tenía otras dos; las conectó en la misma forma que lo había hecho ella, sintió el alambre, retiró la mano y frunció el entrecejo. Se inclinó sobre la mesa; cuando se enderezó, Ayrys vio que había doblado su alambre en un rollo tras otro y los había juntado como los pesados brazaletes en espiral que los ciudadanos de Jelita usaban a veces en la parte superior de los brazos. Los enganchó a ambas células y mantuvo la mano sobre ellos.

¿Significaría alguna diferencia este enrollado? Ayrys dobló su alambre en la misma forma. Se calentó y el calor resultaba más contenido, pero el shock aún estaba allí, y también el calor. Habría que encontrar alguna forma más fiable para conectar y desconectar el alambre, y mantenerlo en contacto sin la constante presión de la mano a través del trozo de madera.

De pronto advirtió a quién había copiado.

Movió la cabeza hacia arriba y se encontró con los ojos de Dahar. El teniente primero jelita la contempló largo rato; idénticos rollos y células, idénticos objetos extraños, enfrente de ambos. La doble hélice azul y roja brillaba sobre el hombro. La oscura cara jelita seguía impasible. Ayrys sintió que algo daba vueltas en su estómago: miedo, pero no enteramente miedo. Sus ojos revolotearon lejos de los de Dahar, de vuelta al rollo de alambre ged con su calor creciente.

Un segundo más tarde, Ayrys echó un vistazo alrededor de la habitación para ver quién había contemplado la formación de los dos rollos.

Ninguno observaba, excepto los geds.

17

—Ésta es una nueva arma —dijo el ged.

SuSu estaba de pie sola a un lado del patio central de la Sala de Enseñanza, que se utilizaba siempre para la Enseñanza de Armas, y observó sin curiosidad mientras el ged sostenía una brillante tela roja del tamaño de una mano. SuSu había recibido una trespelota un diezciclo atrás, pero por supuesto no la había arrojado. Ninguna hermana-guerrera lo habría permitido. Probablemente los hermanos-guerreros no la habrían detenido. SuSu, al igual que las otras rameras, había tenido ocasión de manejar torpemente las armas de los hermanos-guerreros después de las relaciones, pero más usualmente antes. Algunos gustaban de ello, aunque las hermanas-guerreras las habrían castigado rápidamente. SuSu había dejado su trespelota en el patio, y algún guerrero se la habría llevado.

Ella haría lo mismo con esta tela roja.

—¿Una nueva arma? ¿Ahora? —dijo en voz baja un soldado delysiano.

—Sí —dijo el ged. El teniente de la comandante suprema (*él te usó una vez*, dijo algo dentro de SuSu, pero no era la terrorífica voz oscura, así que no le importó) miró duramente al ged y luego al delysiano que había protestado.

—En mi mundo es costumbre capturar animales salvajes sin matarlos. No causa dolor. No es como la tres-pelota. Tú no podrás hacerlo por ti mismo, todavía no, pero más tarde puedes aprender. Esta tira actúa sobre las cosas del interior del cuerpo, las que controlan a éste. Que venga un hermano para que pueda mostrarle cómo funciona.

Nadie se movió. SuSu miró soñadoramente al suelo. Eso no tenía nada que ver con ella.

Dahar se adelantó.

—Muéstrame cómo funciona.

Los guerreros jelitas se miraron unos a otros. SuSu vio cómo se ruborizaban las mejillas de Jehane. Los delysianos murmuraban entre ellos.

—Sí —dijo el ged—. Sácate el tebl. Hay que mover la tira hacia cualquier lugar a lo largo de aquí. —El ged recorrió con un dedo la columna vertebral del teniente primero, desde la base del cuello hasta el final de la espalda. SuSu nunca había visto a un ged tocar a un humano. Dahar se mantuvo recto, una cabeza más alto que el ged, aunque no era especialmente alto. Sus músculos se tornaron una masa dura bajo los hombros desnudos. SuSu lo observaba inmóvil, pero las hermanas-guerreras miraban fieramente al suelo, con los rostros rojos de rabia.

El ged presionó la tira roja en la columna vertebral de Dahar. Al instante se aflojaron los poderosos músculos y Dahar cayó a los pies del ged.

Los guerreros jelitas saltaron hacia delante, aunque ninguno tocó al ged ni tampoco parecía que supieran lo que iban a hacer. Un hermano-guerrero se

mostró indeciso, se puso de rodillas y dio vuelta a Dahar. Las hermanas-guerreras mantenían los cuchillos y los ojos apuntando hacia el extranjero y no miraban el cuerpo tendido y semidesnudo de Dahar. Sus ojos permanecían abiertos, mirando al vacío. Mientras el hermano-guerrero se volvía hacia él, sus ojos daban vueltas en su cabeza.

El comandante delysiano se adelantó para observar más de cerca. Jehane se volvió hacia él, bloqueando deliberadamente su visión, y el delysiano se detuvo.

—Respira —dijo el hermano-guerrero.

—Espera —dijo el ged.

Todos esperaron. Los muros de wrof fulguraban, limpios y blancos alrededor del patio polvoriento, gastado por los pies de los humanos.

Dahar enfocó los ojos. Se revolvió, agitó la cabeza y se detuvo. La tira roja estaba pegada a su columna, roja como la sangre.

—¿Qué ha ocurrido?

—Estabas como muerto —dijo el hermano-guerrero. Se había puesto un poco pálido.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó Dahar con tanta fuerza que el hermano-guerrero dio un paso atrás antes de responder.

—Unos pocos minutos —dijo pensativo—. El tiempo suficiente como para capturar y atar.

Dahar se dirigió al ged.

—Y vosotros usáis esto para hacer que los animales parezcan muertos. ¿Por qué?

—Para hacer que se queden quietos el tiempo suficiente para desenredar una trespelota y ponerlos en libertad.

Hubo un punto peligroso en la voz de Dahar.

—Vosotros no usáis las trespelotas en vuestro mundo. No es necesario con la clase de fuerzas que dominái s.

Grax le habló tranquilamente.

—Nuestros niños lo hacen.

—Niños —dijo Dahar—, niños y animales —y ante el sonido de su voz, SuSu se envolvió con los brazos y volvió a mirar sus pies.

—Los adultos geds las usan para capturar vida silvestre y estudiarla —dijo el ged.

Hubo un inquietante silencio.

—Pero vosotros nos lo dais como arma —dijo Dahar.

—Armas es lo que pedisteis.

Dahar no respondió. SuSu vio que los otros guerreros estaban mirándole con dureza, incluso las hermanas-guerreras, aunque aún no se había puesto el tebl.

Al teniente no le gustaba la nueva arma, pero a los otros sí. ¿Por qué? SuSu no trató de comprender. Nada de esto, nada que cualquier guerrero pensara tenía

nada que ver con ella. Estaba libre de ellos.

—¿Quieres este arma? —preguntó el ged.

—Sí —dijo Dahar, y a los guerreros se les vio confusos—. Quiero saber cómo funciona. *¿Cuán dentro del cuerpo funciona?*

Jehane echó una mirada al tebl de Dahar que estaba sobre el polvo. La doble hélice era medio visible. El comandante, al que Jehane le había bloqueado la vista del teniente mientras estaba en el suelo, miró también a la hélice y Jehane se puso furiosa.

—Cómo funciona es algo para la Enseñanza del Conocimiento. Ahora es para la Enseñanza de Armas. Probaréis esta tira en grupos de dos. En cada pareja de humanos, uno probará la tira sobre el otro.

A SuSu se le cortó la respiración. Al igual que los otros, ella contó rápidamente, aunque ni siquiera era necesario.

Jehane y Talot. Un par formado por dos hermanos-guerreros. La otra hermana-guerrera con la ciudadana, que ya estaba agachándose y transpirando. El albañil dejó a Dahar, que ahora sería uno en la pareja para probar el arma. Incluso los ocho delysianos —ahora que el zapatero había muerto— se habían apareado, una hermana-soldado con un hermano-soldado. SuSu había oído decir que las mujeres delysianas, incluso las soldados, eran todas rameras. *¿Cómo podía ser que los guerreros hubieran dicho semejante cosa, con el peso de ellos aplastándola, y comentándole con una sonrisa cínica lo que harían si capturaban a una soldado delysiana en la batalla, y SuSu podía…?*

No quedaba nadie, salvo el bárbaro gigante blanco.

Los geds dieron una tira roja a cada humano. Cada pareja decidía quién tendría la tira pegada a su columna vertebral, y quién haría la presión. Soldados y guerreros querían tener la sensación de la nueva arma para ajustar a ella sus respuestas. Hablaban en voz baja, movían a su pareja vulnerable lejos del enemigo. Algunos se quitaban los tebls, otros probaban el tacto sobre la parte de atrás del cuello: en el punto vulnerable del pescuezo.

SuSu tenía los puños apretados a los costados y su mirada detenida en el polvo. El miedo la mantenía rígida. El gigante blanco se había movido hacia su lado; podía sentir su enorme presencia masculina, y oler su fuerte sudor. SuSu le llegaba escasamente al pecho. Él le quitaría el tebl, pondría esa cosa sobre ella, y caería al suelo como había caído el teniente primero, al suelo y más lejos del suelo, a ese oscuro y desconocido lugar donde había ido la voz oscura, y donde ahora esperaba para atormentarla. Las llagas de la ramera… debían estar también allí; se habían ido antes de que viniera la voz, y si las llagas y la voz la encontraban una vez más, no la dejarían ir… jamás…

Hubo un movimiento en el borde mismo de su visión y un cuerpo cayó a tierra: Jehane. Talot montaba una fiera guardia en torno a ella mientras Jehane yacía impotente. No era una guerrera herida con honor, sino que estaba tendida

descuidadamente, derribada en persecución de la voz oscura. SuSu apretó aún más los puños. Le harían eso a ella. En el lado delysiano del patio cayó otro cuerpo. El gigante blanco hizo un movimiento a su lado. No pudo mirar hacia arriba; se aguantó el llanto y la sombría voz se puso a gruñir en algún lugar profundo, y…

Un rostro apareció ante ella desde el suelo. *Arriba*.

El gigante bárbaro se había arrodillado y volvía su rostro a ambos lados para mirarla sin tocarla. Incluso estando arrodillado tenía que agachar la cabeza para que estuviera más baja que la de ella. SuSu miró sus ojos incoloros, blanco sobre blanco, y el blanco convirtiéndose en una membrana rosada alrededor de la pupila. Decenas de trenzas blancas aparecían alrededor de un rostro masculino y burlón con preguntas no formuladas. En la palma de una de sus grandes manos tenía la tira roja que tendió a SuSu.

Él quería que *ella* la pusiera sobre él. SuSu cogió torpemente la tira roja. El gigante se levantó, se quitó el tebl y le dio la espalda. La base de la columna vertebral de él estaba a la altura de los ojos de ella.

Alrededor del patio, jelitas y delysianos echaban una mirada subrepticia desde sus pares caídos hacia el desnudo torso del monstruo bárbaro. Las masas de músculos hacían parecer pequeño incluso a Dahar. La piel que había frente a SuSu tenía un blanco de muerte, dura y tirante pero clara como la de SuSu, sin pelos ni sombras; más parecía un enorme crestón de roca blanca que el cuerpo de un hombre.

SuSu presionó la tira sobre la espalda del hombre, levantándose un poco de puntillas para llegar. Instantáneamente la roca se disolvió, casi sumergiéndola a ella. SuSu saltó a un lado, y el hombre-montaña quedó a sus pies, tan desvalido como si ella fuera una guerrera y él un animal cazado.

O una ramera.

Una extraña excitación la recorrió como una ráfaga desde el cuello a lo largo de la columna vertebral, sombría como la voz. Bajó la mirada hacia él, con sus negros ojos muy abiertos, sintiéndose con poder por primera vez en su vida.

Pasaban los minutos. Alrededor del patio, los cuerpos comenzaron a ponerse de pie. El gigante bárbaro estaba aún tendido debajo de ella. Finalmente se sacudió y se puso en pie, sobresaliendo dos veces por encima de la altura de ella.

SuSu se habría ido, pero la mirada de él la atrapó. Tenía sucia la mejilla sobre la cual había caído. No dijo nada pero la contempló desde su inmensa altura y sonrió suavemente, con mucha gentileza: era la primera sonrisa que alguien le había visto dar en R'Frow. Sus labios estaban muy pálidos, incoloros como nubes silenciosas.

18

—Unos pocos han preguntado por la entrega de una nueva arma, inmediatamente después del primer acto de violencia —dijo una de las geds. Los otros se volvieron hacia ella para considerar lo que acababa de decir, aunque todos ellos y la Biblioteca-Mente lo habían considerado antes. De otro modo, difícilmente hubiera podido expresarlo.

En conjunto eran dieciocho, casi por primera vez desde los frenéticos primeros días en R'Frow. Era bueno sentarse y reflexionar en la oscura luz anaranjada, como la luz del hogar. Era bueno darse golpecitos muy lentamente, compartir feromonas, decir en voz alta lo obvio una y otra vez en diferentes voces que eran tranquilizadoramente la misma voz. Era bueno ser civilizado de nuevo. Alguien, dándose cuenta de esa situación, había subido dos unidades la temperatura.

Complejos olores invadían la habitación. R'Gref, el joven ged que había perdido el control de sus feromonas en la última reunión plenaria, olía levemente a vergüenza, y un persistente subolor de tranquilidad corría hacia él desde los demás. Las feromonas de apareamiento flotaban libremente, preparando para la Unidad, que finalmente ocurriría a su momento. Aunque la preocupación sobre la Flota nunca estaba ausente, se había convertido en un subtema, tenue en el dominante olor de placer: placer por estar de nuevo todos juntos; placer por compartir los fluidos en el apareamiento que aún tenía que llegar; placer por los ricos y lentos olores adjuntos en los que se podría hablar de los toscos y perturbadores humanos, pero que nunca vendrían aquí.

Los geds se estiraban lujuriosamente, olfateaban profundamente, se acercaban entre sí. Cada voz entretejía otra trama dentro del diseño que cada uno ya conocía antes de que comenzara cualquier voz. En Ged —donde el entretejido comunal era el primer arte y se trataban los tapices para que retuvieran las feromonas de todos los artistas— habían permanecido sentados en silencio. Aquí la voz desagradable de los humanos les había dejado a todos con el anhelo de esos tapices verbales y feromonales.

—Aquellos que se preguntaban sobre la tira que aturde son los mismos que muestran mayor inteligencia en la Enseñanza del Conocimiento —observó R'Gref, y las feromonas de tranquilidad se incrementaron y tomaron matices de placer con su participación.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que cante siempre.

—Siempre cantará.

—Que puedan ser tan diferentes uno de otro en inteligencia —dijo uno. Asombro, viejo pero aún extraño, tejido a través del aire. En una especie

genético-divergente como los humanos se esperaban diferencias entre las mentes; la medida de esas diferencias aún era una gran sorpresa.

—Quizá deberíamos haber esperado con la tira que aturde.

—Que cante siempre.

—Siempre cantará.

—Podemos compensar cualquier retroceso por parte de los que se preguntan, dándoles un nuevo conocimiento.

—Eso es lo que decidimos hacer.

—Todos estamos de acuerdo en hacer eso. Que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante con nosotros. Estamos de acuerdo.

—Que cante siempre.

—¿Cuál de los humanos es el que más necesita que se le impida distraerse? ¿Cuál parece el más prometedor?

—Armonía cantará siempre.

—Dahar. El grupo de Grax.

—Sí, Dahar. Estamos de acuerdo.

—Que Armonía cante con nosotros.

—En el grupo de Wraggaf, el humano Creejin.

—Sí, Creejin. Estamos de acuerdo…

Y así durante horas, saboreando el ritmo y la dulzura, acercándose a la mayor dulzura del apareamiento en Unidad, trazando círculos y moviéndose con ellos.

Tras horas de charla, los dieciocho decidieron hacer lo que ellos —ya antes de comenzar— sabían que harían. Seguirían la recomendación de la Biblioteca-Mente. Darían a los humanos algo del conocimiento de sus propios cuerpos que la Biblioteca-Mente había aprendido de Disección y Descontaminación. La presencia de la doble hélice debería hacer que tal conocimiento resultara interesante para los más inteligentes entre los humanos. La presencia, ahora, de mujeres embarazadas debería hacer interesante la promesa de salud para sus hijos y para todos los demás. ¿Qué especie no valoraba la salud de sus propios cachorros? Conocimiento, curación, armas… cualquier cosa que mantuviera a los humanos cooperativos hasta que la Paradoja Central fuera resuelta.

Súbitamente, la habitación, después de horas de rica solidaridad, olía a ansiedad. Pero ningún ged mencionó en voz alta la Paradoja Central. Una pantalla mural encendida mostraba la inalterada imagen del monitor.

Un humano antiguo, con barba, con el uniforme rasgado; una luna creciente, estrellas, doble hélice. Reluciendo desde la arruinada nave, el estasis incontrolado, la historia perdida.

Tres voces gruñeron suave y simultáneamente, a la Biblioteca-Mente. La imagen desapareció. Aparearse en la Unidad era dulce, y no permitirían que fuera estropeado.

Sacaron la vasija del fluido; la temperatura subió quince unidades. El trance comenzó.

Y el apareamiento olía más dulce de lo que cualquiera de ellos podía recordar.

19

—Lluvia —dijo Talot—. Huele a lluvia.

—No llueve en R'Frow —dijo Jehane, pero miró de soslayo hacia arriba y frunció el ceño.

—Espera un momento, tengo la sandalia suelta. —Talot se inclinó, y Jehane se mantuvo vigilante instintivamente aunque estaban dentro del área cubierta por la red de centinelas. Jehane tenía un lémur muerto en una mano; otro colgaba del cinturón de Talot. La caza en el extremo del desierto de R'Frow había sido buena, a pesar del aire pesado que presionaba desde el cielo, que no era un cielo. Estaban sudorosas y sucias.

—Los baños para mí —dijo Talot.

—*¡Escucha!*

Talot se quedó inmóvil, tensa para la lucha. Pero lo que Jehane había oído eran los golpecitos del agua sobre los árboles, casi olvidados; un tamborileo que sonaba distante hasta el momento en que las gotas de lluvia golpearon sobre sus hombros y sus rostros vueltos hacia arriba.

—Para lavar los árboles —dijo Talot con placer—. Los geds lo han hecho para lavar los árboles. Hay más polvo sobre ellos que podredumbre en una ramera. ¡Mira eso… lluvia!

—Me gustaría que hubiera truenos —dijo Jehane súbitamente—. Me gustan los truenos.

—Habría adivinado que te gustan los truenos. —Talot se echó a reír.

Jehane le hizo una sonrisa.

—¿Cómo lo adivinaste, querida?

—Simplemente, lo adiviné.

Jehane le dio un golpecito amistoso. Talot le cogió la mano y ambas fueron hacia los baños de las hermanas-guerreras. SuSu, sentada en un lugar escondido en la maleza, oyó cómo se desvanecían sus voces y desaparecían.

Se había bañado en una de las corrientes que manaban del suelo en R'Frow;

corrían a gran distancia y desaparecían bajo tierra. SuSu sabía que era mejor que tratar de usar los baños detrás del salón de los ciudadanos. Cuando oyó a Jehane y Talot, acababa de salir de una escondida curva de la corriente y se había puesto el tebl, todavía húmedo.

Cuando las hermanas-guerreras ya se hubieron ido, SuSu esperó hasta estar segura de que nadie acechaba en el espacio entre la maleza y el salón. Se desplazó rápidamente a través de la ligera lluvia, eligiendo el camino más discreto siguiendo el margen de unos árboles sobresalientes, y se deslizó dentro del salón. Dos ciudadanas, charlando entre ellas, subieron la escalera. SuSu las siguió muy de cerca. El agua de lluvia goteaba desde los dobladillos de sus tebls, sobre la cabeza de SuSu; no advirtieron su presencia. SuSu entró en el corredor reservado para Falonal, Jamila y ella misma. Se lanzó por él antes de que pudiera abrirse ninguna puerta, empujó con el pulgar la cerradura y cerró la puerta detrás de ella.

Segura.

El silencio la saludó girando alrededor de ella en pequeñas ondas, cálidas y oscuras. No encendió la luz; en cambio se sentó en el oscuro silencio, deleitándose con la quietud. Una vez se levantó y caminó alrededor de toda la habitación, desde el brillante círculo anaranjado, de vuelta alrededor de él, frotaba con las manos cada porción torneada del metal wrof: las palmas planas, los delicados dedos extendidos para cubrir la mayor área posible. No había ventana. Nunca habría una ventana que permitiera a los rostros atisbar dentro, que dejara fluir los sonidos para desgarrarla. R'Frow no tenía ventanas, y la puerta estaba cerrada.

SuSu sonrió. Secó su largo cabello negro, lo peinó, se quitó las ropas mojadas y las esparció sobre el suelo para que se secaran. Luego se volvió a sentar, apoyada contra el muro. La habitación no tenía diversiones ni objetos geds cogidos de la Sala de Enseñanza; nada salvo cojines. SuSu no necesitaba más. Tenía el silencio.

Cuando se cansó, se hizo un ovillo sobre los cojines y se quedó dormida.

Un buen rato después, la puerta se abrió de golpe.

SuSu se incorporó y se puso a gritar mientras la luz se esparcía en la habitación. *La puerta*… la puerta no podía abrirse…

—Cierra la puerta —siseó un hombre—. Dale una patada.

SuSu pudo ver muy brevemente su rostro, triunfante y avergonzado, antes de que cerrara la puerta de un puntapié y el corredor se desvaneciera. Otro puntapié y el dolor explotó en su pecho.

—¿Por qué no me abrías? —gruñó el hermano-guerrero con los dientes apretados. SuSu se tocó las costillas y gritó. La luz inundó la habitación y el rostro del hombre flotó sobre su cabeza en oleadas de dolor, con media oreja y horriblemente lleno de cicatrices.

—¡No le vuelvas a pegar! —exclamó un hombre—. ¡Mierda, aún no la hemos usado!

El guerrero con media oreja la golpeó de nuevo en la cara. La boca se le llenó de sangre.

—Así abrirás la próxima vez, querida.

SuSu trató de gritar otra vez pero no pudo, ahogada en sangre comenzó a jadear. Se debatió desesperadamente y cayó desde los cojines al suelo, donde cuatro manos la sujetaron fuertemente.

—Está desnuda… nos estaba esperando.

—A mí. Yo seré el primero.

—¡Al oscurofrío con eso! Yo no uso fango húmedo.

Las manos la liberaron; los cuerpos forcejearon brevemente junto a los cojines. SuSu escupió la sangre de su boca.

—Escúpeme a *mí* —dijo alguien, arrojándola de espaldas. Sintió un horrible dolor en las costillas. Luego él se arrojó sobre ella, forzándola a abrir las piernas con la rodilla, dejando caer su peso sobre el cuerpo de SuSu mientras buscaba torpemente sus pechos. La primera acometida la hizo gritar, salpicando sangre; y el dolor se abrió paso entre sus costillas. Morir… se sentía morir…

Putrefacción de ramera, susurró la oscura voz, y se echó a reír con una risa que tornó frío el quemante dolor. SuSu lanzó un sollozo y se detuvo, ahogándose en la sangre, y el dolor, la voz oscura y los golpes entre las piernas se ahogaban en las voces de aquellos de los que no podía esconderse jamás, ni siquiera en el silencio. *Putrefacción de ramera; tú eres una ramera; tú no eres mejor que Jamila ni que yo…*

Se oyó un grito que no era suyo y los golpes se interrumpieron.

Las manos que golpeaban fueron arrancadas de los pechos y desapareció el peso del guerrero con media oreja, arrebatado por el gigante bárbaro como si fuera una ramita. El enorme albino lo sostuvo colgando sobre SuSu, pataleando frente a los ojos de la mujer, y su cuello rodeado por una mano enorme. El guerrero daba puntapiés y parecía como si fueran a salírsele los ojos de las órbitas. El bárbaro le apretó el cuello y arrojó el cuerpo contra el muro. Pasó por encima de SuSu y comenzó con el otro hombre.

El jelita era un guerrero. Se había quitado el cinturón con las armas, pero incluso desarmado saltó hacia delante para enfrentarse al gigante, pateándolo en ambos costados y revolviéndose para asestarle un puntapié mortal en la gruesa garganta. El gigante se movió de un lado a otro, evadió el puntapié y atrapó al otro por el cuello. Con el mismo movimiento anterior, lo lanzó contra el muro. Un segundo antes de estrellarse, el guerrero lanzó un terrible alarido de cólera que concluyó en un gorgoteo de sangre y aire. SuSu trató de levantar las manos para escapar de aquel grito. Se oyó gritar a sí misma de dolor, *sólo que no era ella misma, era la tenebrosa voz, riendo*; muere, *muere*, muere, *muere*…

Se desmayó.

La habitación le dio vueltas en la cabeza, acompañada de olas de dolor; pero pudo respirar de nuevo. No estaba muerta. Alrededor de las costillas tenía una tela fuertemente atada, y una manta le cubría la desnudez. Se oían voces, voces enfurecidas; la gente se apiñaba en la entrada, pero en la habitación sólo estaba con ella el gigante bárbaro, en compasivo silencio.

Silencio. Él ladeó la cabeza y la miró burlona y gentilmente, como una gran bestia tranquila. SuSu podía sentir el silencio, andar todo el camino a través de él, como fue todo el camino a través de la roca blanca, sin oscuridad ni escondidas voces enfurecidas, sin ningún sonido. Cerró los ojos y dejó que los brazos, que habían estado luchando por moverse hacia las costillas vendadas, cayeran sobre el cojín.

Él la levantó cuidadosamente junto con el cojín, sin sacudir las costillas vendadas y la llevó hacia la puerta.

La masa de mirones, todos ciudadanos en este salón de ciudadanos, echaron a correr. Los que quedaron atrapados entre el gigante y el final del corredor se aplastaron contra el muro. Falonal, con el cuerpo preso dentro del wrof y los ojos llenos de terror, gritó a SuSu:

—¡Yo dejé entrar al gigante! ¡No dejes que me haga daño…! Regresé después de que… yo lo dejé entrar para salvarte, SuSu. ¡Lo hice para salvarte! ¡Díselo!

SuSu abrió los ojos. Se dejó llevar suave y tiernamente por la escalera, a través de la arcada, lejos de los salones jelitas, en oleadas de blanco silencio. Ella no oyó nada, ni los gritos de Falonal, ni la lluvia, ni la orden de la misma Belazir que volaba a lo largo de la red de centinelas: *Dejadlo pasar. Él no es el enemigo*.

Tampoco oyó el tumulto que se produjo más tarde detrás de ella, mientras los guerreros jelitas descubrían que, mientras el teniente de la comandante suprema (que debería estar controlando la red de centinelas) se había deslizado a través de ella y había ido a la vacía Sala de Enseñanza, un soldado delysiano había capturado y matado a una hermana-guerrera que estaba cazando en los bosques. Le había golpeado fuertemente el cráneo, y había dejado el cuchillo jelita roto a su lado, tras haberse estrellado contra el liso risco mojado por la lluvia, del Muro Gris.

20

Ayrys había terminado de hacer su aparato para mantener caliente a la gente en la cruda Terceranoche. Se sentó sobre los talones, en su habitación, y contempló la masa de cuencos de comida, alambre y telas enrolladas. Tenía las mejillas encendidas de excitación, y no se volvió cuando entró Kelovar.

—¡Funciona! ¡Funciona, Kelovar!

Él se quedó junto al aparato, mientras el agua de lluvia goteaba de su tebl. Una gota cayó sobre un alambre al descubierto que emitió un siseo.

—Pon las palmas de tus manos aquí —dijo Ayrys—. No, ahí no, aquí, sobre este trozo de tela. ¿Notas cómo se calienta?

Kelovar sacudió la mano hacia atrás y entrecerró los claros ojos. Ayrys apoyó su palma donde había estado la de él y se echó a reír; la cabeza de Kelovar se volvió lentamente para observarla. Ayrys rió con el gozoso y libre sonido que una vez había pertenecido a su habilidad como artesana del vidrio.

—No sé cuánto tiempo permanecerá caliente. El ácido acaba por destruir el plato de cinc, y los geds no me dirán qué puedo hacer al respecto. Pero debe haber algo. ¡Y *míralo*, Kelovar! ¡Funciona! Los cazadores podrían llevarlo a la sabana durante la Terceranoche… quizá no en esta versión, es demasiado voluminosa, pero podrían usarlo en un campamento de base en lugar de hacer fuego. No echa humo como el fuego. Y los niños que estén enfermos, o los bebés, podrían tenerlo con ellos en Terceranoche. Se podría hacer una cubierta tirante de tela para asegurar que nadie lo toque y se queme. O no, espera… *vidrio*, se podría poner todo detrás de vidrio. El calor seguiría pasando. ¡Cuánto daría por tener un horno para vidrio! Pero incluso como está, *funciona*. ¡Míralo!

Kelovar lo miró; sus ojos se empequeñecieron. Dos cuencos de comida hechos de wrof, y dos vasijas geds, contenían una mezcla de ácido. En cada uno había rectángulos de metal mantenidos hacia arriba con trozos de arcilla. Cada cuenco estaba adherido también con arcilla a una tabla de madera cortada del tronco de un árbol y formada para elevarse en ambos lados a suficiente altura para dejar despegados los cuencos. A través de las elevaciones se extendía un triángulo de tela ged con muchas capas, lo bastante grande para poder acercar las palmas de las manos de un cazador o el cuerpecito de un recién nacido. Y había alambres por todas partes, entre los cuencos y contra la madera, enrollados en formas parecidas a los brazaletes jelitas, corriendo directamente bajo la tela, donde estaban envueltos con un material que Kelovar no pudo identificar. El conjunto exhalaba más calor y de un modo más uniforme que un fuego. Y podía ser tocado. Ayrys puso la palma de su mano sobre la tela y se rió de nuevo.

—No hay Terceranoche en R'Frow —dijo Kelovar. Su voz estaba tensa, pero Ayrys, absorbida por el placer, no la captó.

—Eso no importa —dijo ella alegremente—. Funciona.

—¿Dónde conseguiste todas estas cosas?

—Las compré. Hice intercambio. Las cogí de la Sala de Enseñanza. Cuando las había usado, intercambiaba más. Grax no me decía la proporción correcta de ácido y agua. Por eso me preguntó: « ¿Cómo pudiste descubrirlo?» Yo quería decirle: « Por magia y seducción, y continuando bajo ambas lunas» , pero él no habría comprendido la broma. Encontré la proporción, y ahí está la fea, ridícula y maravillosa cosa. ¡Y funciona!

Sacó la mano del aparato, hizo un rápido saludo que los artesanos del vidrio usaban en el taller para señalar un buena hornada —un chasquido del pulgar medio burlón, medio triunfante—, y puso de nuevo la mano sobre el aparato, con los ojos brillantes. Kelovar no dijo nada.

—No hay nada en esta cosa que no pueda ser creada en Delysia, excepto el alambre ged, y un herrero hábil sabría cómo hacerlo. Es una mezcla de minerales, dijo Grax, e incluso si un herrero o armero no pudieran descubrir la mezcla, podrían crear una diferente que produciría igual cantidad de calor sin quemarse. Se pueden probar diferentes mezclas de minerales. Me pregunto por qué ningún maestro soplador de vidrio hace nunca esto. Nosotros continuamos usando los mismos materiales y cambiando sólo los diseños. Nunca pensamos en estos experimentos geds… simplemente nunca pensamos en ello. Quizá si yo fundiera algo… Hay un herrero en el salón próximo, lo dijo Ondur. Puedo preguntarle.

Dio un salto. Kelovar, que aún estaba arrodillado junto al aparato, le abrazó con fuerza una pierna, y ella bajó la mirada con sorpresa.

—Tú no vas a ninguna parte. Este juego infantil puede esperar.

Ayrys lo miró con ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

—No es un juguete —dijo lentamente.

Él hizo un gesto de impaciencia.

—Sea lo que fuere, no puedes abandonar el salón. Han matado a una guerrera jelita hace una hora.

—¿Quién?

Ayrys se sentó de nuevo sobre los talones.

—¿Qué importa? Ahora hay una menos.

—¿Una hermana-guerrera?

¿Jehane, temeraria y demasiado confiada…?

—Sí.

—¿Quién la mató?

Los ojos de Kelovar se movieron de un lado a otro.

—No lo sé. Pero el salón de abajo está hirviendo de comentarios.

—No he ido abajo. Estaba terminando… —Miró al aparato del que aún fluía calor y un débil resplandor.

—No todos estaban entretenidos con juguetes. —Kelovar pareció oír su

propia torpeza y apartó la cabeza de Ayrys. Ella vio la acusada línea de su mandíbula y la extraña luz en sus ojos, destello bajo destello, luz que se movía tanto hacia delante como hacia atrás.

—Kelovar, ¿cómo te enteraste del crimen?

—Ya te lo he dicho. Comentarios en el salón.

—¿Cómo lo saben? ¿Está alardeando el guerrero?

—Por supuesto que no. Khalid prohibió tomar represalias.

Ella permaneció en silencio un momento.

—Kelovar… ¿la has matado tú?

—No —respondió él—. Pero me hubiera gustado hacerlo.

Ayrys no estaba segura de que él dijera la verdad. Sólo el odio salvaje de su voz le pareció sincero.

—Te gustaría que nadie hubiera matado a esa basura, ¿verdad, Ayrys? Tú preferirías que olvidáramos el orgullo delysiano y que no diéramos importancia al asesinato del zapatero, como si todos fuéramos despreciables *kreedogs*… —La cogió de la barbilla y atrajo su rostro muy cerca del suyo—. Pero no lo somos.

Ayrys apartó su barbilla. Kelovar se echó a reír y Ayrys sintió escalofríos. La expresión de él cambió con increíble rapidez y perdió su peligroso brillo. Le pasó un brazo alrededor de la espalda y la atrajo más cerca.

—Pero tú no eres soldado, Pequeño Sol. Tú eres mi fabricante de juguetes. ¿Por qué ibas a prestar atención a los asuntos militares delysianos? Ése es el trabajo de un soldado. Yo velaré por tu seguridad para que puedas seguir haciendo juguetes.

La besó en el cuello. Ayrys lo rechazó con agresividad.

—Escúchate a ti mismo, Kelovar. «Orgullo delysiano, militarismo delysiano…» —Imitó agresivamente su tono de voz, demasiado enojada para ser cautelosa—. Pero esto no es Delysia, ¿te enteras? *¡Esto no es Delysia!* Esto es R'Frow; son los geds quienes han prohibido matar en R'Frow, y hasta ahora nosotros hemos quebrantado sus leyes en dos ocasiones. ¿No crees que van a hacer algo al respecto?

—Nuestro asesinato fue por represalia. La única transgresión a la ley fue la cometida por los jelitas. «Nosotros» no matamos dos veces. No hay «nosotros» entre delysianos y jelitas.

—Los geds podrían exiliarnos a todos de R'Frow.

—¡Pues que lo hagan!

A él no le importaría. Ayrys echó un vistazo a Kelovar. R'Frow era diferente de todo aquello por lo que él había negociado, y, de algún modo, más amenazante… Frunció el ceño tratando de comprender.

Se miraron mutuamente. Luego Kelovar sonrió, con una mueca forzada que no le alcanzó los ojos. La cogió de nuevo.

—No quiero discutir contigo, querida. Afuera está lloviendo, ¿lo sabías? Estoy

completamente mojado. Ven y sécame, dulce Ayrys.

—Kelovar…, no.

—Ven y sécame.

Ayrys se incorporó y dio un paso hacia atrás. Él también se incorporó, abalanzándose sobre ella medio en broma. La bota cayó sobre el aparato de calefacción, rompiendo la tabla y volcándola a ambos lados. Un alambre chasqueó, se derramó fluido sobre el suelo y la rojiza incandescencia se desvaneció de golpe.

Ayrys miró unos instantes su invento destrozado pero le dio tiempo para captar la expresión de Kelovar antes de que se desvaneciera. Era una expresión de placer, breve, amargo, inconsciente de sí mismo, pero placer sin duda. Kelovar sintió placer al destrozar el aparato, y un tipo de placer que Ayrys recordaba. Lo había visto en el taller de vidrio, en los rostros de los aprendices ineptos cuando observaban la hornada de un maestro soplador de vidrio, que había cocido mal y se había resquebrajado. Una hornada que, si hubiera cocido bien, los ineptos nunca hubieran podido igualar.

—Lo lamento —dijo Kelovar sin lamentarlo.

—Creo que deberías irte, Kelovar. Pienso que no debemos compartir más la cama. Quiero terminar.

—¿Porque he pisado tu juguete? No lo he hecho expresamente.

—No, no es por eso.

—Entonces, ¿por qué Ayrys? —Estaba realmente sorprendido. Ella se dio cuenta de que Kelovar no esperaba aquello y se preguntó por qué; la frustración que se producían el uno al otro podía más que el placer sexual. Pero él pareció súbitamente herido y hubo algo estremecedor en lo repentino de su cambio de soldado a amante aferrado, algo que ella no podía nombrar.

—Porque nos lastimamos mutuamente. No quiero volver a hacer el amor contigo.

—Tú no me haces daño.

—No quiero que nos acostemos más juntos, Kelovar.

La sorpresa empezó a dar paso a la ira.

—¿Quieres a otro?

—No, a ningún otro.

—Te amo, Ayrys.

Ella miró al aparato roto en el suelo y se preguntó qué clase de amor era ese que sabía tan poco sobre el supuesto amado. Kelovar siguió la mirada de ella y apretó la mandíbula.

—Nosotros nos adaptamos bastante bien uno al otro.

—No, no lo hacemos.

—¿Porque yo no estoy interesado en juguetes geds y tú no estás interesada en Delysia? —Su voz se tornó súbitamente tranquila—. ¿Por qué, Ayrys? Cada vez

que se menciona a Delysia, tú retrocedes un poco. Lo has hecho siempre desde que llegamos a R'Frow. ¿Por qué?

Ayrys no se había dado cuenta de que él fuera tan observador. Parecía que no se habían conocido en absoluto el uno al otro.

Antes de que ella hubiera podido dar una respuesta evasiva, Kelovar dijo con suavidad:

—Ten cuidado, Pequeño Sol. Podrías ser sospechosa de mayor lealtad a los geds que a los tuyos. Eso podría ser peligroso para ti, pequeña Ayrys.

—¿Estás amenazándome, Kelovar?

Pero él no la estaba amenazando. Ante el desafío directo, retrocedió abruptamente y sus brazos colgaron humildemente a sus lados.

—Por favor, déjame quedarme, Ayrys. Por favor.

—No, no supliques, Kelovar.

Pero incluso esa crueldad no lo detuvo. Había algo desesperado en su rostro, un pánico sofocado que ella no comprendía y que se deslizó, en un momento, de vuelta a una peligrosa ternura.

—Tú eres mía, Ayrys. No importa si yo me voy o me quedo; tú eres mía. Algún día lo sabrás. Puedo esperar.

—Sal, Kelovar. —Pero él no se movió, y entonces ella agregó amablemente —: Por favor.

Él se fue. Ayrys estaba de pie, con los brazos caídos junto al estropeado aparato calefactor.

Sentía frío. Se envolvió con los brazos y se frotó los hombros, pero esto no fue suficiente. Estaba fría por dentro, como no lo había estado ni siquiera en la sabana, con Jehane; fría como no lo había estado desde que la puerta sur de Delysia se había cerrado detrás de ella para siempre. *Embry. Delysia. «Tu propia gente.»*

¿Cómo se sentiría al mostrar el aparato de calefacción a uno de los suyos? « Yo lo hice así, probé esto y esto, esto funcionó…» Incluso en el taller de vidrio había habido interés sólo en los métodos tradicionales, en las formas tradicionales.

Vio de nuevo la hélice de vidrio azul y rojo, aplastada sobre la piedra junto al río, y los fragmentos brillando a la luz de la luna.

Arrodillada, Ayrys dio vuelta a las piezas del calefactor. Pero eso no era vidrio, podría arreglarlo. Kelovar, a diferencia de Jehane, no había hecho un daño real.

« Tu propia gente…»

Los geds, con su prisión abovedada, habían puesto su mente en libertad, y la habían empujado, sobre el rápido río, donde las únicas corrientes eran cómo las cosas encajaban y las únicas rocas su propia ceguera. Pero los geds no eran su gente, a pesar de la acusación de Kelovar. Los geds se sentaban impasibles,

mirando y escuchando, escuchando y mirando, y no eran capaces de mostrarse efusivos.

¿Por qué sentía frío aún?

Impaciente consigo misma, Ayrys comenzó a reparar el calefactor. Tendría que preparar más mezcla de ácidos; Kelovar lo había derramado casi todo. Estaba barriendo el suelo con la cubierta de un cojín, cuando el Muro se puso a hablar tan súbitamente que casi la hizo gritar del susto.

Ningún Muro había hablado desde la elección de cerraduras el primer día en R'Frow, y el Muro exterior nunca había hablado tan fuerte. La voz, de tipo ged, quería despertar a aquellos que dormían, detener a los que se iban. Pero la voz era tranquila, un grito en volumen pero no en emoción, un clamor misterioso y tranquilo.

—No habrá más asesinatos en R'Frow. Los humanos de Qom se asegurarán de esto. No habrá más asesinatos en R'Frow o habrá destierro de la ciudad y no se entregarán riquezas a los humanos.

Desterrados de la ciudad. Exilio.

Ayrys se puso las manos sobre la cara y comenzó a reír con la amarga e incontrolada risa que había convencido a Jehane de que estaba loca. Pero esta vez Ayrys sabía que no lo estaba. Era simplemente tan ridículo, tan absurdo, tan imposible… destierro de *dos* ciudades, *dos* pueblos que no eran «tu propia gente» … exilio.

Hizo un esfuerzo por dejar de reír.

El Muro estaba repitiendo su aviso por tercera vez, y ahora Ayrys oyó su imprecisión… ¿deliberada imprecisión? Los geds no decían quién sería desterrado si tenía lugar otro asesinato. ¿Sólo el asesino? ¿Los de la ciudad del asesino, jelita o delysiano? ¿Todos los humanos de R'Frow?

Cuidadosamente, como si el cuidado restaurara el sentido a la situación, terminó de limpiar el agua derramada y abrió la puerta de su habitación. El corredor, la escalera, el salón de abajo, estaban alborotados con la conversación, los gritos y las especulaciones. Nadie sabía nada, y no había dos delysianos que estuvieran de acuerdo respecto a lo que no sabían.

Ayrys había descendido ya la mitad de la escalera cuando se le ocurrió otra pregunta. Los geds regresaban siempre dentro del perímetro después de que había terminado la sesión en la Sala de Enseñanza. Se iban a través de la única abertura en todo el Muro, una puerta en el lado este. Nadie había visto nunca un ged después de oscurecer, ni siquiera los soldados en la red de centinelas o los cazadores en el desierto.

Así pues, ¿cómo se habían enterado los geds de que había habido un asesinato?

21

—¿Dónde estabas?

—En la Sala de Enseñanza. —Dahar estaba de pie, rígido, ante la comandante suprema; podía sentir la piel de su cara tirante y seca.

—No pediste permiso para dejar la red.

—No se requería permiso. Supervisé la red en el momento acostumbrado. No tengo por costumbre informar de cómo uso mi tiempo entre controles.

Belazir hizo un movimiento de corte con la mano izquierda, a diferencia de su formalidad habitual. Tenía dos manchas de color en la parte superior de las mejillas.

—Mierda, Dahar, no estoy hablando de costumbre, estoy hablando de necesidad militar. ¡Tú sabías que los delysianos podrían devolver el golpe, vengar al zapatero! ¿Qué había en la Sala de Enseñanza más importante que eso?

—No había nada en la Sala de Enseñanza.

—¿Ningún ged? ¿Ningún juguete? ¿Ningún arma?

—No.

Ella lo miró fijamente. Las manchas de color se desvanecieron. Sin ellas se la veía más vieja. Dahar la vio oscilar entre la curiosidad y el castigo. Era una vieja escena, sorprendente sólo en que él se percibía a sí mismo esperando con curiosidad. Pensaba que estaba preparado desde hacía mucho tiempo para mostrar indiferencia ante la elección que hiciera su comandante.

La habitación de mando de Belazir, justo sobre la escalera del salón que estaba abajo, tenía el único muro decorado que Dahar había visto en R'Frow. Alguien había pintado en él todo el espectro de los rangos guerreros jelitas: luna creciente, luna con estrellas, un sol, dos soles, tres soles. ¿Qué habían usado para que se adhiriera al wrof? Dahar habría pensado que pinturas de ramera, pero sabía lo imposible que eso resultaba.

—No voy a ordenar que te castiguen, Dahar. Los guerreros lo tendrían en cuenta, y ya tienen la doble hélice en contra tuya. No quiero oír comentarios sobre división en el mando. No con este grupo de… guerreros inmaduros. Deslizarse a través de la red de centinelas es una cosa —podría despabilarlos para que sepan que tú puedes hacerlo— pero ir al salón ged solo es diferente. ¿Por qué razón?

—Me gustaba estar allí.

Belazir lo miró fijamente. Dahar esperó. Como ella no decía nada, forzó la pregunta:

—¿Quieres saber si ir allí está de algún modo conectado con el Rojo y Azul?

—Sí.

—No lo está. No hay ceremonias extrañas, ni rituales de curadores que me hayan inducido a deslizarme en la red. No se bebe sangre, comandante, ni hay

disecciones humanas.

Había ido demasiado lejos. Belazir no lo merecía. La curiosidad de ella contenía sólo el más leve rasgo de aversión, y Dahar lo consideró como una debilidad en él mismo, que no había aceptado la aversión mucho tiempo atrás. Belazir era una comandante capaz… eso era suficiente. Esperar comprensión de ella sobre lo que él mismo no comprendía, era tan indulgente como estúpido.

—Si hubiera estado con una ramera, ¿habría sido más capaz de impedir el asesinato de la hermana-guerrera? —preguntó Dahar.

—No esperaba que pudieras impedirlo. Lo que espero es que tu mente esté llena de lo bueno de Jela, y no de otra cosa que podría competir con eso o menoscabar tu posición entre tus guerreros. Si yo pensara que el látigo te haría recordar eso, habría ordenado que te azotaran.

Era un duro reproche. Dahar se sonrojó a su pesar.

Belazir se volvió. Durante unos minutos estuvo dándole la espalda, al parecer pensando y mirando fijamente a través de la puerta abierta, que lo estaría siempre que un hermano-guerrero estuviera en la habitación de mando. La espalda de Belazir se iniciaba con anchos hombros, con los músculos de su cuello nudosos debajo de su canoso rollo de trenzas de hermana-guerrera. Dahar se preguntó de repente cómo sería ella de joven. En la deshonestidad del pensamiento y en la rigidez de la espalda, vio súbitamente otra habitación, otra comandante…

—¿Pero cómo entra la doble hélice en el cuerpo? —dijo el niño. El viejo lo miró con desdén. Llevaba el Azul y Rojo sobre los hombros, y lo que quedaba de su cabello estaba cortado con los flecos de un maestro guerrero. Miró con disgusto la figura joven y fuerte de Dahar.

—Ése es uno de los misterios. La doble hélice nos viene con el nacimiento, y se va con la muerte. Los guerreros-sacerdotes la usamos porque, cuando curamos, tratamos de mantener la hélice en el cuerpo tanto tiempo como sea posible. Eso es todo lo que necesitas saber, muchacho.

El niño miró a través del tosco lente que tenía en la mano.

—La sangre luce igual, grande o pequeña.

—Porque es sólo sangre. No hay hélice en ella. La hélice habita en una parte del cuerpo solamente, y ése es el centro de la vida. Todo lo demás es muerte, que espera simplemente el campo de batalla.

—Bueno, ¿dónde está ese lugar? —preguntó el niño.

—Ya te he dicho que eso no necesitas saberlo.

—No sabes dónde está —dijo con respeto el muchacho.

—¡No seas insolente, muchacho!

—Pero no lo sabes, ¿verdad? No podemos encontrarlo. Ésa es la razón por la que no curamos a mucha gente. Ésa es la razón por la que murió mi madre. —Miró desafiante, sin lágrimas, al viejo, que cogió su vara.

—La insolencia en un guerrero-sacerdote nunca queda sin castigo.

—Deberías haber buscado su hélice antes de que muriera —dijo el niño con frialdad nada pueril—. Deberías haber encontrado una forma de hacerle otra doble hélice, y así ella no habría muerto. Es culpa tuya.

Cayó la vara. Dahar recibió la azotaina sin proferir ninguna exclamación, sin un solo grito; el maestro, frenético por la negativa del muchacho a gritar, dejó marcas sangrientas en sus nalgas y la parte de atrás de sus piernas. Cuando se quedó sin aliento y se vio forzado a detenerse, el niño se volvió y lo miró a los ojos. Mantuvo un buen rato la mirada. Le caían mocos de la nariz y sangre del labio, mordido hasta casi cortarlo para mantenerse silencioso. Cuando pudo hablar, dijo:

—No puedes hallar la doble hélice. No eres lo bastante bueno. Pero yo la encontraré. Cuando sea guerrero-sacerdote, la encontraré.

Se preparó para la segunda azotaina, sabiendo que ésta continuaría hasta que se desmayara.

—… no te prohibiré ir de nuevo a la Sala de Enseñanza, incluso de noche —estaba diciendo Belazir—. No hay honor en retener a un teniente y tratarlo como si no hubiera sido elegido para un núcleo de jefes militares, a menos que yo desee cuestionar tu lealtad a Jela. Y no hay nada sobre eso en mi mente.

—Yo…

—En *mi* mente, Dahar. Fíjate en tus hermanos-guerreros, y fíjate cuidadosamente. A ellos no les gusta ver ese emblema sobre tu hombro, y no les gusta esta nueva amenaza de los geds. Les contienes con tus habilidades físicas y con tu cortesía hacia los monstruos. Asegúrate de que continúas conteniéndolos.

Con tu cortesía hacia los monstruos. Dahar contempló el muro pintado. Los colores eran demasiado ostentosos. Belazir no lo comprendía mejor que cualquiera de los demás. Pero entonces ella lo sorprendió de nuevo.

—¿Por qué piensas que nos han dado la nueva arma ahora?

La pregunta tocó sus propias fluctuaciones dolorosas de duda.

—Yo me he preguntado lo mismo, comandante.

—La planificación temporal es extraña —dijo Belazir, y frunció ligeramente el ceño—. Pedir paz y dar una nueva arma el mismo día, prohibir la violencia y forzar a jelitas y delysianos a entrenarse juntos… Si yo fuera ged no lo haría de ese modo.

—*Si yo fuera ged* —dijo Dahar lentamente—. Ellos no piensan como nosotros.

—¿En qué sentido?

—Ellos son más… razonables.

—¿Qué quieres decir? El momento en que nos han dado esta arma no es razonable.

Dahar se concentró en el llamativo muro.

—A veces he pensado que los geds confían en la mente y nunca en las

sensaciones físicas. En la acción, pero no en la reacción. Como un guerrero que es superior en el patio de prácticas, pero que no lo es en la batalla real.

Belazir asintió con la cabeza.

—Sí, yo he pensado lo mismo. Pero la elección de este momento para darnos armas adicionales, cuando los delysianos quieren venganza… —agregó torvamente—. Y ahora todo esto se acabará. Ningún guerrero jelita se vengará. Ni por la hermana-guerrera que mataron los delysianos, ni por aquellos dos que mató el bárbaro.

—¿El bárbaro?

Belazir le contó lo que había ocurrido en el corredor de las rameras. Dahar hizo una mueca de desprecio.

—Conozco a los dos hermanos-guerreros. Lo que se dice en el patio es que fueron eliminados de sus núcleos militares en Jela.

—No me sorprendería. —Belazir se frotó la cara con las manos para quitarse la fatiga—. Elige hermanos-guerreros para enterrar a ambos.

—¿Un entierro honorable?

Dahar podía seguir su titubeo. Belazir intentaba compensar el disgusto por la historia de la noche con su desagrado de hermana-guerrera por las rameras, un desagrado que Dahar no comprendía plenamente. Ella también estaba pensando en el efecto que tendría un sepelio deshonroso sobre los núcleos de jefes. La hermana-guerrera recibiría plenos honores, que no debían resultar diluidos por un ritual de deshonra simultáneo. Y no era deshonroso forzar a una ramera… simplemente brutal. E innecesario.

Dahar dijo:

—Ninguno de ellos era respetado en su núcleo. Podemos hacer el sepelio, ni honorable ni deshonroso, sin el más mínimo ritual. Como si hubieran sido ciudadanos.

Belazir asintió con la cabeza. Dahar percibió cuánto le costaba privar incluso a sus peores guerreros de un sepelio de guerrero.

—¿Y la ramera SuSu?

El rostro de Belazir cambió. Le echó una extraña mirada y de pronto Dahar se dio cuenta de que ella se estaba preguntando lo que nunca diría en voz alta: si Dahar había usado a SuSu, si la había gozado, y acerca de toda la ambigua relación entre los núcleos masculinos y sus rameras.

—Que el gigante se la quede —dijo Belazir con tono adusto—. Otras dos ciudadanas me han pedido permiso para convertirse en rameras, puesto que no hay hijas de rameras aquí; los hermanos-guerreros tendrán suficientes. No quiero provocar al gigante extranjero. No hay forma de saber si comprende la ley ged contra el asesinato. Y no es un delysiano ni un enemigo. Que se la quede. Nosotros estamos en el plano del honor con los geds, y ningún guerrero jelita va a romper ese vínculo.

Pasaron la hora siguiente asegurándose de eso, repasando los núcleos, nombre por nombre, cambiando los programas de prácticas y demás deberes, analizando lo que cada uno sabía sobre cada guerrero jelita. Que un guerrero podría haber matado ya, incumpliendo órdenes, era algo que había inquietado a Belazir; que ningún otro guerrero hubiera entregado al asesino siguiendo en el plano del honor, la inquietó aún más. Dahar se dio cuenta de que Belazir deseaba creer que el zapatero había sido eliminado por un compañero delysiano, pero no pudo.

Él tampoco lo creía.

La amante de Belazir le miró con ira mientras pasaba a su lado en el corredor. Cuando se detuvo y la miró directamente, ella bajó los ojos y se dio golpecitos en las muñecas como respetuoso saludo.

22

—Anoche nos hablaron los muros de R'Frow —dijo Dahar a Grax.

El silencio anormal de los dos últimos días había dado lugar a un lento e irritado murmullo; pero en cuanto Dahar se puso a hablar, la Sala de Enseñanzas se sumió en una gran quietud. En vez de ir a su mesa habitual, Dahar se puso a la cabeza de sus guerreros; sin volverse podía sentir que se apretaban detrás de él. El comandante delysiano se dirigió rápidamente hacia delante y volvió su brazo de armas ligeramente hacia dentro. Levantó los ojos y vio a todos ellos y a ninguno: sólo a Grax.

—Ningún ged ha abandonado el perímetro. ¿Cómo sabían los geds que una hermana-guerrera había sido asesinada?

—El grupo de enseñanza no está completo —dijo Grax—. No empezaremos hasta que todos los humanos de este grupo estén aquí.

Dahar sostuvo la mirada del ged. Faltaban el gigante bárbaro y la ramera que había robado. Ni uno ni otra aparecerían a menos que fueran traídos personalmente por los geds, y la tira ged que aturdía sería el único medio para traer al gigante. ¿Intentaba Grax ganar tiempo?

Dahar estaba equivocado. Los dos entraron, evidentemente juntos. El rostro de SuSu estaba hinchado y con magulladuras por los golpes. Caminaba muy cerca del gigante, con los ojos bajos, el rostro libre de la pintura de ramera y su negro cabello suelto, a la manera de las jóvenes y castas muchachas jelitas. El

llamativo tebl de las rameras había sido reemplazado por una simple vestimenta suelta de color blanco y sin adornos, torpemente cosida en las costuras, como por alguien que no supiera hacerlo.

El rostro del gigante se retorcía de furia. Fue a grandes pasos derecho hacia Dahar, quien no pudo evitar retroceder ante el peligro y se maldijo por ello. Todos los guerreros sacaron sus cuchillos. Dahar les hizo una señal de que esperaran, luchó con el impulso de sacar el suyo, y se topó con los ojos del bárbaro. Era como mirar hacia arriba, a alguna roca sobresaliente.

Incluso Grax retrocedió. *Grax*.

Pero el gigante no atacó. Miró furiosamente la cara de Dahar, con la ira quemándolo como calor blanco, más terrible porque era sin palabras. Su aliento quemaba la mejilla de Dahar. Después de un largo momento, giró hacia Lajarian, el hermano-guerrero que seguía en el rango a Dahar, y lanzó sobre él la misma mirada. El guerrero permaneció en su lugar pero palideció y no envainó el cuchillo. El bárbaro se volvió hacia Jehane y hacia las filas tanto de guerreros como de ciudadanos. Era una advertencia para todos ellos…, una advertencia.

Cuando hubo terminado, el gigante se sentó con SuSu ante una mesa del suelo, en la parte de atrás de la habitación. Nadie había dicho una palabra. El misterioso silencio del bárbaro, intensificado por la furia, los rodeaba a ambos tan densamente que parecían estar encerrados tras sí mismos, como detrás de un muro de wrof transparente.

Belazir había dicho que se le permitiera tener a la ramera. Pero pasó un buen rato antes de que Dahar repitiera su pregunta:

—¿Cómo sabían los geds que una hermana-guerrera había sido asesinada, cuando todos ellos se habían ido del perímetro durante la noche?

Grax dijo tranquilamente:

—Los geds conocíamos el segundo asesinato en R'Frow porque fuimos informados de él. No habrá más asesinatos en R'Frow. Los humanos de Qom se asegurarán de esto. No habrá más asesinatos en R'Frow sin destierro de la ciudad y pérdida de sus riquezas.

—¿Informados por quién?

—Los geds fuimos informados del asesinato. No habrá más asesinatos en R'Frow. Los humanos de Qom se asegurarán de esto. No habrá más asesinatos en R'Frow sin destierro de la ciudad y pérdida de sus riquezas.

No hubo respuesta en absoluto.

—¿Destierro sólo para el asesino o también para los otros humanos?

La sopladora de vidrio se movió bruscamente en su lugar.

—No habrá más asesinatos en R'Frow sin destierro de la ciudad y pérdida de sus riquezas —dijo Grax.

—No has respondido a mis preguntas: ¿Quién informó a los geds del

asesinato? ¿Quién será desterrado si se repite?

—No habrá más asesinatos en R'Frow sin destierro de la ciudad y pérdida de sus riquezas.

Era como hablar al Muro Gris. Los ojos de Dahar se entrecerraron; todas las dudas que había considerado con Belazir salieron a la superficie otra vez. La ciencia ged podría no significar veracidad ged…

¿Por qué la idea era tan insoportable?

Grax le miraba directamente a él. El ged movió la mano sobre la caja negra que controlaba las mesas del suelo, y el tablero de la mesa que estaba directamente frente a Grax se disolvió —pero no los otros—. Eso era inusual. Sobre el nuevo tablero había una caja gris de wrof y varias piezas de vidrio moldeado.

Lentes.

Grax aún seguía mirando directamente a Dahar. Dijo:

—Dentro de los cuerpos de los humanos se encuentra la doble hélice.

Dahar notó que se tranquilizaba.

—Enseñaremos a los humanos lo que esto significa —continuó Grax—. Es conocimiento útil. Pero a diferencia del otro equipo, no tenemos una provisión interminable de éstos. Ningún humano puede llevarse este equipo de la Sala de Enseñanza. Todo el que desee aprender esta enseñanza de la doble hélice debe venir aquí y compartir mi mesa del suelo.

Nadie se movió. Soldados y guerreros se medían mutuamente a través de la habitación, y unos pocos rostros ardían abiertamente de odio. *Ahora, después de dos asesinatos, compartir una mesa del suelo…*

Dahar sintió que los ojos de sus guerreros ardían ante el emblema que había sobre su hombro. *Estas enseñanzas sobre la doble hélice*. Cuidaba de no moverse, de no mostrar nada: ni su enojo ni su ansiedad.

Grax esperaba tranquilamente mientras pasaban los minutos. Entonces la sopladora de vidrio, Ayrys, se movió para sentarse delante de Grax. Dahar vio que la mujer estrujaba las manos fuertemente sobre la falda; con el pulgar con una cicatriz y ligeramente deformado, aquietaba el temblor de la otra mano. Su rostro mostraba desafío y temor, y una ansiedad mal ocultada como luz detrás de nubes. Levantó una de las lentes y se miró la uña a través de ella.

Uno de los soldados delysianos silbó.

—Esto es un amplificador —dijo Grax, tocando la caja gris oscuro—. Con él las células de tu dedo se verán mucho más grandes de lo que puede conseguirse con las lentes. El aparato que está aquí dentro no debe ser expuesto al aire.

Dahar oyó que Ayrys preguntaba algo en voz tan baja que no pudo entender las palabras.

—Una célula es el elemento básico de la carne. Es demasiado pequeña para que pueda verse. Toda vida está hecha de células, cada una como un muro

rodeando otras estructuras, de la misma forma que el Muro rodea a R'Frow. Este amplificador te permitirá ver tus propias células y también otras, las células de enfermedad, que atacan a aquéllas.

Ayrys sostuvo el amplificador con mano insegura.

—La parte más pequeña e importante de cada célula es la doble hélice.

Lentamente, Dahar sintió que su mano se movía. Hizo la señal a Lajarian para que tomara el mando provisionalmente. Se dirigió hacia la mesa del suelo y sintió que se le doblaban las rodillas, e inclinó el cuerpo para sentarse junto a Ayrys, la sopladora de vidrio, frente al ged.

Vio brevemente el rostro de Lajarian.

—La enseñanza está abierta a todos —dijo Grax—. Todo el que desee esta enseñanza de la doble hélice puede venir a la mesa del suelo.

Catorce pares de ojos parpadearon ante el ged y se volvieron al teniente primero jelita sentado al lado de la ciudadana delysiana. Sólo el bárbaro y la ramera no prestaron atención, lamentándose en su propia celda de silencio.

Dahar preguntó con demasiada brusquedad:

—¿Cómo uso el amplificador?

El ged se lo mostró. Levantó un tronco de campanilla de plata que se había elevado con la mesa, cortó un trozo y lo extendió para mostrárselo sobre la punta del dedo. El follaje verde marcó un punto en el duro y leve resplandor del wrof transparente que encerraba a Grax. Colocó un borde de la caja gris sobre el trozo de planta, pero sin tocarla. Desapareció.

—Está dentro. Allí será separado como una simple capa de planta —una capa de células—. Pon tu ojo aquí.

Dahar sostuvo la caja gris ante su ojo. Por un momento no vio nada salvo el rostro de Lajarian. Entonces el mundo estalló en su verdadera vida.

Una pequeña ciudad amurallada, completa en miniatura, perfectamente formada y cerrada por todos lados. Una « célula» para aprisionar la vida, o para ponerla en libertad…

Sintió una temerosa inquietud. Sacó el cuchillo de su cinturón y no vio siquiera la súbita vigilancia de Grax, la rigidez de Ayrys, el inmediato paso adelante de Lajarian, con las armas en la mano. Dahar se cortó la punta del dedo. La sangre cayó sobre el tablero de la mesa y sostuvo el amplificador sobre ella y luego ante su ojo.

Nunca supo cuánto tiempo contempló los redondos y cóncavos milagros rojos.

La tranquila voz del ged lo llamó de nuevo.

—Las células de la sangre son distintas de las otras. Las células vivas raspadas del interior de la mejilla te mostrará más.

Sin titubear, Dahar se metió el dedo en la boca y arañó la parte interior de la mejilla. A la primera vista de las células, cada una, prolífica ciudad, enrejada,

modelada y sólida con vida, se puso rígido. Estaba allí; era cierto. Estaba a su alcance, tan real como la sabana, o el mar o las montañas; llena de luz.

—La masa oscura es el centro de la vida de la célula —llegó la voz tranquila de Grax desde gran distancia—. En ella están las órdenes para todo lo que una célula viva hace: su nacimiento, crecimiento, curación y muerte. Todas las órdenes están en los pequeños esquemas de la doble hélice.

Hubo una gran acometida en los oídos de Dahar. Era ésta y no la voz tranquila lo que le hizo regresar a R'Frow, a la vigilancia de Grax. A encontrarse con los ojos de Ayrys, fijos en los suyos con alarmada conmoción. A las miradas de sus consternados guerreros; al amargo sabor de sal en la boca, donde su mano había temblado sobre el cuchillo y llenado su boca de sangre.

—Podía haber originado una *batalla* —dijo Talot—, sacando su cuchillo en esa forma, sin indicar ninguna señal a Lajarian. Ninguna señal en absoluto. ¿Cómo íbamos a saber lo que quería que hiciéramos?

—Me hubiera gustado que se hubiera producido una batalla —dijo Jehane. Giró su trespelota pensativamente en la dirección del objetivo, pero no la arrojó. Había practicado, y corrido y luchado, pero nada de eso había eliminado el problema de su mente en la forma en que debería haberlo hecho (la forma en que siempre lo hizo) y se sentía resentida por ello.

Talot se echó cerca de un lugar con árboles, en el borde del patio de prácticas, arrancó un poco de hierba y la masticó con sus dientes afilados.

—Nada de batallas. Tú ya lo sabes; Belazir y Dahar no quieren eso.

—Entonces, ¿qué mierda quieren? Entrenamiento y más entrenamiento, aprender a usar las nuevas armas mientras una hermana-guerrera muere como una babosa… una *hermana-guerrera*.

—Ellos lo que quieren es que nos quedemos en R'Frow. Si somos desterrados perderemos las restantes nuevas armas, y los delysianos no. Y Belazir no quiere disgustar a los geds. Eso es inteligente. Ningún buen comandante provocaría una batalla si está convencido que no la puede ganar.

Frustrada, Jehane se echó junto a Talot. Tenía sentido lo que decía pero eso no resolvía el problema. Contempló pensativa a las hermanas-guerreras que aún arrojaban trespelotas por el campo.

—Lo que me pregunto —continuó Talot en voz baja— es por qué el teniente hizo… lo que hizo. Belazir ordena no provocar ninguna violencia y luego Dahar saca su cuchillo y se lo pone en la boca. Aquella ciudadana delysiana estaba sentada cerca de él. Lo único que hubiera tenido que hacer era golpearle fuerte en el hombro; la hoja le habría atravesado la cara o quizás incluso le habría llegado al cerebro.

—Ayrys no haría eso —dijo Jehane sin pensar.

Talot se giró para mirar a Jehane.

—¿La conoces? ¿Una delysiana?

Jehane frunció el ceño.

—Sí. No quiero hablar de esto, Talot.

Talot mordió con más fuerza la mata de hierba.

—Ya te dije de lo que yo no quería hablar.

Hubo un desagradable silencio.

—Es una sopladora de vidrio. Un kemburi me atrapó en la sabana y ella le arrojó una botella de alguna porquería para hacer vidrio y salvó mi vida. Así que compartí el plano de honor con ella hasta que la traje a salvo a través de la sabana hasta R'Frow. ¿Y eso te satisface?

Talot se puso en pie y salió hacia los baños. Jehane la cogió del huesudo tobillo y la retuvo.

—Lo siento, Talot. Simplemente no quiero pensar en ello… ligada al plano del honor con una delysiana.

Talot reflexionó, tranquila.

—No, yo no pienso así. Fue un vínculo honorable. Habría sido deshonroso si tú la hubieras matado después de que ella te salvara del kemburi. —Jehane refunfuñó más tranquila—. Siéntate de nuevo.

Talot se sentó.

—¿Por qué mató al kemburi por ti?

—¿Puede uno ver ponerse al Marcador? Es delysiana, una loca ramera. ¿Y sabes una cosa? Dahar también parecía que estuviera loco cuando miró dentro de esa caja ged.

Talot inspiró profundamente. Jehane movió la cabeza hacia arriba.

Ambas contuvieron el aliento y echaron una mirada al grupo de árboles, pero ni siquiera el viento susurraba entre las gruesas ramas.

—No se oye a nadie —dijo finalmente Talot.

—La red.

—Demasiado lejos. —Jehane frunció aún más el ceño.

—Ya sé, ya sé. —Se sintió molesta tratando de comprender lo que no debería haber sido siquiera, y miserablemente consciente de que sus preguntas no la iban a dejar tranquila. Eran como moscas en la oscuridad, en Jela, trazando círculos, mordiendo y gimiendo en una nube que la seguía dondequiera que fuese.

—Pero, Talot, ¿qué pudo hacer para que Dahar procediera de ese modo?

Talot habló aún más suavemente.

—Había un hermano-de-nacimiento de una hermana-guerrera con la cual me entrené. Ella me lo contó. Ocurrió algo cuando nació su hermano-de-nacimiento. Durante toda su vida él tuvo momentos en los que su mente desaparecía, simplemente. Su cara se volvía vacía, y caía al suelo. Después de un rato, se levantaba y no recordaba nada. Ningún guerrero-sacerdote podía

curarlo. Una enfermedad.

Jehane pensó en ello.

—Dahar no se cayó. Y no parecía vacío. Se veía… No sé cómo se veía. Pero no podía tener esa enfermedad, Talot, o nunca habría ascendido al rango que tiene. No le habrían permitido convertirse en un guerrero.

—No en Jela. Pero él es extranjero. ¿Sabemos lo que hacen sus núcleos de jefes? Y usa la doble hélice. Ellos diseccionan guerreros muertos y beben su sangre. Algunas hermanas-guerreras dicen que sus dosis pueden incluso producir encantamientos sobre la mente. Quizá le dio una a Belazir.

—¿Realmente piensas eso?

—¿Cómo podría saberlo? Pero el Rojo y el Azul son extraños. Dahar también miraba misteriosamente a aquella mujer delysiana, ¿no te diste cuenta? Como si ella fuera… no sé. No allí. Si la doble hélice puede poner en trance a las mentes…

Jehane se sintió súbitamente enojada. Dahar era un hermano-guerrero, el teniente de la comandante suprema. A veces Talot iba demasiado lejos. Ella, Jehane, no creía en hechizos ni en trances hipnóticos; no tenían sentido. ¡Puag! Y de todos modos, Dahar no había mirado a Jehane como si no viera a Ayrys. Al final la había mirado como si la viera muy bien, casi como…

—¡Olvídalo! —chilló—. Olvídalo todo y no seas estúpida, Talot. Ni siquiera deberíamos estar hablando de ello. Es el teniente primero de la comandante suprema.

Talot no respondió. Tenía la cabeza inclinada; Jehane frunció el ceño al ver una parte de su cabello rizado: una limpia línea blanca a través del rojo.

—Y de todos modos, nadie se atrevería a desafiar a Dahar con el cuchillo. Si Belazir iniciara una lucha de núcleo, Dahar respondería al desafío.

—Dahar podría mentir a Belazir.

—Un teniente no mentiría a una comandante suprema.

—Jehane…, ¿nunca? ¿Ni siquiera una vez?

—No un teniente primero jelita.

—Confías demasiado, hermana-amor —dijo amablemente Talot.

—¡No quiero hablar de eso! —Jehane dio un salto, se apoderó de su trespelota y la arrojó. Ésta voló en un arco alto y limpio, y golpeó en el centro exacto del objetivo.

23

SuSu permanecía sentada, muy quieta. Se oían voces cada vez más próximas.

Estaba apretada contra el hueco de una enorme roca en lo profundo del desierto de R'Frow, donde ella nunca hubiera imaginado ir. La roca estaba detrás de ella, sobresaliendo un poco, muros que no eran muros sugeridos a cada lado. Delante de ella había un grueso arbusto con flores rojas, desconocidas; nunca había visto ninguna flor de la sabana. Entre la maleza y la roca sólo había espacio para su pequeño cuerpo, aún más pequeño por estar encogido. No se había movido desde que él la había dejado allí mientras cazaba. La quietud nunca era aburrida para ella; le resultaba casi tan agradable como el silencio.

Había vivido en el gran salón del gigante bárbaro durante más de dos diezsiglos, y la voz oscura y atormentadora no había irrumpido ni una sola vez en el limpio silencio.

Vivían en castidad. Él no le pedía nada, ni palabras ni sexo. Y SuSu no le daba ninguna de las dos cosas. Ella dejaba flotar su mente en la quietud, la calidez y la seguridad, y a veces parecía que su mente se alejaba flotando, hasta que no había distinción entre ella y el aire cálido, entre ella y el suelo wrof de su habitación, entre ella y las flores intensamente perfumadas que tenía delante. En tales momentos, cuando él regresaba de cazar o de bañarse, o de cualquier lugar donde hubiera ido, ella pestañeaba con ojos turbados, incapaz de recordar quién era él, quién era ella y en qué se había convertido. Luego recordaba. Sonreía por la ansiedad de él, con el rostro lo bastante bajo para escudriñar el de ella, y acariciaba su blanco cabello con un simple y lánguido gesto de gratitud. SuSu recordaba quién era él. Era el guardián de su silencio.

Pero esta vez había voces.

Varón. Cazadores. Delysianos.

SuSu respiró más profundamente, sin ser consciente de ello. Los soldados delysianos no tenían la mirada tan aguda como los jelitas. No obstante, durante un minuto, se sintió atrapada por el viejo pánico, hasta que se escabulló. Él estaba en algún lugar cercano, cazando, y era como un gran muro blanco entre ella y cualquier cosa que pudiera amenazar el silencio.

Las voces se detuvieron delante de su arbusto. Y a través de la pantalla de hojas y flores, vio unas formas oscuras.

—Ningún juego, Kelovar.

—Lo habrá. Más lejos.

—No, algo lo espantó. Escucha… hay demasiado silencio. Alguien ha pasado por aquí recientemente.

—Jelita —dijo Kelovar. SuSu oyó el tono de su voz y cerró los ojos con fuerza.

—¿Tú crees?

—Espero que sí.

Tras una pausa, el otro dijo:

—Órdenes de Khalid.

—¿Sí?

—¿Desafiarías las órdenes del comandante?

—¿Y tú?

—No —dijo el otro lentamente, alargando la voz—. Nooooo. Él es el que manda, Kelovar. Él manda, nos guste o no. No más asesinatos en R'Frow.

—¿Y si un jelita ataca primero? ¿Tú no te defenderías?

—Por supuesto que lo haría. Sí. Pero los geds…

—Cobardía jelita, no ged.

—Eso no tiene sentido. Los geds gobiernan la ciudad.

—Es sólo una ciudad —dijo Kelovar furiosamente.

SuSu sintió el miedo; podía oír el temor, sin importar qué tebl usaba.

—Allí —dijo súbitamente la otra voz, y sonó una ballesta. Luego se oyó un agudo grito animal, que desapareció de súbito—. Ya lo tengo.

—Buen tiro.

—Schera hace un buen guiso. ¿Comes con nosotros?

—Déjame comprártelo —dijo Kelovar de pronto.

—¿Por qué?

—Dos habrins.

—Hecho. ¿Tú tienes una mujer a la que impresionar antes de que se acueste contigo?

—No —dijo Kelovar—. Sí.

El otro se echó reír. SuSu abrió los ojos. Las formas masculinas se alejaron de su arbusto, y luego se detuvieron súbitamente.

—Por toda la mierda…

—No toques el arco —dijo Kelovar rápidamente—. No lo toques y nos dejará en paz. Él caza aquí.

SuSu se inclinó más cerca del arbusto. El gigante estaba lanzándose a través del claro, hacia su roca. El delysiano buscaba a tientas su cuchillo, pero Kelovar le agarró la muñeca.

—Déjalo en paz, te he dicho. Ha matado a dos jelitas, a dos.

El gigante pasó corriendo hacia la roca. Los delysianos se fundieron en los bosques. Sin mirarlos siquiera, el bárbaro arrancó de raíz el arbusto florecido.

SuSu había vuelto a cerrar los ojos por el incontrolado temor a la voz del segundo delysiano. Los abrió para ver su cara y escudriñó ansiosamente en ella.

SuSu sonrió, y de pronto todo aquel enorme cuerpo se relajó y le devolvió la sonrisa. Tiernamente, la levantó sobre los restos del arbusto.

Pero cuando el bárbaro la acababa de poner de pie, de pronto todo su cuerpo se puso rígido. Su rostro se puso sorprendentemente rígido, con los grandes ojos

incoloros mirando fijamente. Entonces comenzó a caer sobre el arbusto.

SuSu gritó. Él continuó cayendo, como una montaña que se derrumba. Empezó a sacar espuma rosada por las comisuras de la boca. Durante bastante rato él permaneció caído sobre el arbusto y luego comenzó a retorcerse convulsivamente, golpeando ramas que al recuperar su posición le golpeaban en la cara y en el cuerpo. SuSu se arrojó a su pecho. Él se reanimó y la arrojó como una muñeca. Ella regresó arrastrándose y se agarró a él aterrorizada, rodeándole con sus brazos. La sangre que brotaba de la boca de él ensuciaba el pelo suelto de la mujer. Pero SuSu no podía contenerla. Él la soltó violentamente, sacudiéndose convulsivamente hasta que el ataque terminó tan de golpe como había comenzado y se quedó inmóvil.

La visión retornó a los ojos del gigante. Luchó, resollando, por sentarse y extender los brazos. SuSu se refugió en ellos, y él la abrazó tiernamente como si hubiera sido ella, y no él, quien hubiera tenido el ataque. Pero él no le susurró palabras de consuelo, y fue este silencio el que libró a SuSu de la sensación de terror en que su inquietud la había sumido.

SuSu se apartó un poco de él y recorrió su rostro con los dedos. Él la miró fijamente con sus blancos ojos inyectados de rojo, todavía algo desenfocados y sombreados por el dolor.

Finalmente ella hizo un esfuerzo por incorporarlo. Él pudo ponerse de pie, aunque un poco inseguro. Parecía aturdido.

La invadió una gran ternura, sorprendente y un poco cruel. Era el mismo sentimiento que cuando ella había presionado sobre su espalda la tira ged que aturdía, y él había caído tendido; todo ese poder masculino en el polvo, a sus pies. Lo envolvió con sus brazos… era la primera vez que ella lo hacía voluntariamente. Su cabeza llegaba sólo a su cintura, de modo que su mejilla se apretó contra la dureza de su pene en erección.

Por un momento se sintió confusa: los viejos engaños practicados, el miedo, la amenaza de la voz tenebrosa. Luego pasó el mal momento y pudo pensar con bastante claridad. *Sí, pero no aquí.*

No era deseo, que ella nunca había conocido, sino un vínculo de honor. *Como una hermana-guerrera*, pensó SuSu, y la ternura perversa y cruel la inundó una vez más, y lo condujo de vuelta al salón. Él tropezaba de tanto en tanto, pero ella le sostenía la mano firmemente. Aunque tenían el salón entero para ellos, SuSu cerró la puerta —la que tenía la cerradura que cerraba el silencio— antes de que ella se pusiera a trabajar.

Él estaba torpe, temeroso sin duda de lastimarla. SuSu dominaba la situación, y dejó que su mente flotara en los muros, el suelo, los cojines. Se sacó el tebl y comenzó a besarle el cuello, el enorme pecho, un codo. El gigante comenzó a respirar más profundamente. Ella le cogió el pene. Era grande, como todo su cuerpo. Comenzó a masajear su cuerpo al tiempo que giraba la boca de él hacia

sus pechos. Pero no importaba lo que hiciera; él era demasiado grande como para penetrar en ella sin producirle dolor.

Finalmente ella se arrodilló entre las macizas piernas y le tomó dentro de su boca. Su mente flotó en parte por el aire cálido y en parte por el wrof hasta que hubo acabado. *Ah*, se mofó la voz oscura, asustándola, pero sólo una vez. La voz quedó en silencio.

Pero después, cuando el gigante albino quedó saciado y tendido con los miembros relajados sobre el suelo, SuSu se incorporó sobre un codo y lo miró. Él sonrió con los ojos cerrados. Ella también sonrió. Si le había complacido, ella estaría dispuesta para él. No sería doloroso si ella lo tomaba en la boca. Él no había sido rudo. Y le había dado dos grandes presentes, dos milagros inesperados: silencio y el muro de seguridad que había levantado, colocándose amenazador entre ella y Jela. Silencio, y el Muro.

SuSu rodeó con los brazos su pecho enorme, apoyó su blanca mejilla sobre la de él, más blanca aún, y se quedó dormida.

24

Todos los geds se habían reunido en el perímetro. Una vez juntos postergaron lo que habían venido a hacer. Primero vino el aroma de placer por estar todos juntos, aunque socavado por el acre olor de la ansiedad. Los dieciocho sabían ya lo que iba a mostrar la pantalla. La Biblioteca-Mente había despertado a los dormidos, alertado a los que trabajaban, irrumpido en las bandas de comunicación con la nave orbital. Todos estaban enterados.

Pero primero hablaron de los grupos de enseñanza, repasando otras extrañezas que ellos también conocían ya. Qué humanos parecían entrenables. La imagen inmóvil de la isla. La captura sufrida por el gigante albino. Aquellas cosas sobre humanos que les recordaban a animales de otros mundos. Wraggaf, Rowir y Kagar, que habían entrenado antes animales extraños, contaban anécdotas que los otros no habían oído. Las anécdotas eran nuevas, pero la respuesta de los entrenadores geds en cada caso había sido lo que los no entrenadores habían hecho, y la habitación olía a placer con la mezcla civilizada de lo nuevo y lo bueno.

Pero al final tenían que mirar a la pantalla.

Siete de los dieciocho —los siete más cercanos— se movieron para rodear y

acariciar a R'Gref, mientras la Biblioteca-Mente volvía a proyectar el suceso sobre el Muro.

El monitor había sido uno de los círculos resplandecientes en el muro exterior de la Sala de Enseñanza. Un soldado delysiano y un hermano-guerrero giraban uno alrededor del otro en el sendero wrof, con los cuchillos desenvainados. La luz no lucía ni como día ni como noche; gris como el sendero de metal, fulguraba opacamente en ambos cuchillos y en el cabello rubio del soldado. Éste luchó, con el brazo izquierdo ensangrentado, acuchillado ya por la daga ged del contrincante. Debajo del cabello claro, el rostro del soldado estaba contraído por el dolor. El jelita, más joven y más rápido, daba vueltas en el lado izquierdo del soldado, y cuando éste se adelantó para protegerse el brazo herido, el otro guerrero levantó la bota en un rápido movimiento confuso y dio una patada al otro en la ingle.

El delysiano se contrajo. El jelita saltó sobre él, le rompió el cuchillo y se puso sobre él a horcajadas. El soldado golpeó con el brazo derecho para liberarse, pero el golpe estuvo mal dirigido y, en un momento, el jelita había sujetado el brazo derecho del soldado con el suyo izquierdo. El ensangrentado brazo izquierdo del delysiano se abatió débilmente sobre el suelo.

—No todos somos vergonzosos cobardes —dijo el jelita—. La jelita que mataste era una hermana-guerrera. ¿Sabes lo que eso significa, basura?

—Yo no… Yo no… Yo no lo hice…

—No importa quién de vosotros lo hizo —dijo el jelita. Movió su cuchillo hacia el ojo derecho del soldado, que cerró el párpado. El jelita hundió la punta del cuchillo en el ojo.

El soldado dio un grito agudo y penetrante. El guerrero esperó tanto como pudo, movió luego el cuchillo hacia el pecho del soldado, tanteando dónde terminaban las costillas y hundió la punta hacia delante y abajo, hasta el corazón. Una y otra vez. Su cara no cambió de expresión.

El delysiano se convulsionaba agonizante, y el jelita sacó su cuchillo y desapareció por el sendero dentro de los bosques.

Otro hombre corrió repentinamente hacia el cadáver desde la Sala de Enseñanza.

—De mi grupo de enseñanza, Dahar —dijo Grax tranquilamente, aunque los otros ya lo sabían.

—¿Es el de la mente número-racional? —dijo alguien; un comentario siempre era respondido.

—Sí. Le he dado la cerradura de una habitación de enseñanza. Es un curador primitivo y ha aprendido a aislar y a tipificar la más elemental de sus bacterias.

—Yo nunca hubiera pensado que estos humanos fueran capaces de esto —dijo el otro cortésmente—. Que Armonía cante con nosotros.

—Que cante siempre. Pero nosotros no tenemos idea de lo que son realmente

capaces —dijo Grax contemplando la pantalla. En algún subaroma en sus feromonas los otros olieron súbitamente la sorpresa.

Dahar se arrodilló junto al soldado delysiano. Le tomó el pulso y examinó el ojo ensangrentado. Cuando levantó la cabeza, su cara estaba furiosa… y con algo más que había aislado pero no suficientemente eclipsado, alguna luz de alborozado descubrimiento que no se había ido todavía. En la luz lentamente más intensa del nuevo día, la doble hélice brillaba en rojo y azul sobre su tebl.

Levantó al delysiano muerto y echó el cuerpo sobre su hombro. Largos pasos lo llevaron más allá del ojo del monitor.

En la habitación se produjo un largo silencio. Brazos y piernas acariciaron a R'Gref. Luego Krak'gar, el poeta, habló por todos ellos, con feromonas llenas de pasión.

—¿Cómo puede esta violencia intraespecies ser funcional? Esto envenena las feromonas de la mente.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que cante siempre.

—Siempre cantará. La Biblioteca-Mente no abandona todavía la Paradoja Central.

—Aún encuentra que la correlación existe.

—De algún modo, es así como los humanos salieron de su mundo hacia el espacio.

El olor de revulsión, bordeado por algo más: temor. Esto no debería ocurrir, esto no debería existir en el universo, esto fue tan erróneo como si la Constante T'Fragk fuera a cambiar su valor de número-racional.

—El humano muerto estaba en mi grupo de enseñanza —dijo Wraggaf.

—Es perturbador perder a alguien con quien se ha trabajado —comentó Rowir enseguida.

Murmullos de acuerdo, aunque todos sabían que el delysiano muerto no había aprendido nada de Wraggaf excepto el uso de las armas.

La Biblioteca-Mente los sorprendió haciendo una señal de silencio. En su cortés gruñido anunció que había muchas probabilidades de nuevos sucesos significativos dentro del próximo ciclo día-noche. El nivel de actividad humana era intenso. La anticipada correlación con la Paradoja Central era fuerte.

En la pantalla del Muro, « día» , « amanecido» .

25

Dahar transportó el cadáver del soldado delysiano a través de la red de centinelas, hacia la sala de comando, sin sentir el peso del delysiano ni de su propio cuerpo. Caminaba desconectado de su cuerpo, vigilando desde afuera, despegándose de lo que había hecho, para observarlo dos veces. Un viejo truco: siendo muchacho había sido separado de los otros por la insistencia en convertirse en sacerdote-guerrero, y el haberlo descubierto lo ayudó a soportar el menosprecio y las mezquinas crueldades para las que no tenía edad suficiente para comprender. *Dahar cruzó el patio de prácticas, ignorando la cabeza de junquillo arrojada* —se diría a sí mismo— haciendo de ello una historia corriente, un incidente que le ocurría a algún otro.

Más tarde, cuando comprendió el temor que le tenían los guerreros, desconectar su mente de su cuerpo físico se había convertido en un hábito, y luego en una necesidad. Cuando los guerreros que él había tratado de curar habían muerto, más por lo que él no sabía que por sus propias enfermedades, su mente fue mantenida a un lado, y vigilada, y atemperada su frustración, dejando alguna parte esencial de Dahar fuera de la muerte, fuera de la ira, fuera del fracaso. Separando el cuerpo de la mente. Eso le había permitido continuar como guerrero-sacerdote, y descubrió que también le hacía mejor guerrero, capaz de dejar sus emociones fuera de la lucha, capaz de observar fríamente cómo las emociones de su contrincante podían redundar en su propio beneficio.

Necesitaría hacer eso ahora. No debían producirse movimientos falsos, ni había que poner en evidencia las debilidades, no debía mostrar ninguna frustración que su oponente pudiera utilizar. No esta vez. No cuando su oponente sería su comandante suprema.

La red de centinelas lo dejó pasar, incluso sin el desafío ritual. No había nadie en el salón de abajo, excepto el centinela, una hermana-guerrera muy joven instalada allí porque era el servicio más seguro. La envió a buscar a Belazir. Con una mirada horrorizada al rostro del delysiano, se escabulló escaleras arriba.

Dahar descargó al soldado entre dos mesas y se separó para luchar.

Belazir descendió la escalera y cruzó la habitación lentamente, atándose el cinturón, con su amante de rostro duro y la joven centinela detrás de ella. Se movió tanto para permanecer cerca de la escalera como para estar de pie mirando hacia abajo en dirección al delysiano.

—Por la Sala de Enseñanza —dijo Dahar—. Justo ahora. Yo estaba adentro, trabajando con el equipo ged.

—¿Dentro? —dijo Belazir en tono cortante.

—Grax me dio la cerradura ayer.

—No hay cerradura en las puertas de la Sala de Enseñanza.

—Ahora sí que la hay. Grax hizo una. —Eso la hizo vacilar, tal como se había

propuesto Dahar; todo lo que mantuviera la asombrosa extensión del poder ged frente a la mente de ella, ayudaría.

Belazir asintió con la cabeza para que él continuara. Ella no había retirado la mirada fija en el ojo mutilado del soldado.

—Oí un grito. En el momento en que corrí desde el salón, el asesino se estaba deslizando en la maleza.

—¿Te detuviste para cerrar con llave la puerta? —y Dahar percibió en el sarcasmo su enojo y sutil duda—: Qué viene primero, ¿el deber hacia los brebajes geds o el deber hacia la ley ged?

Dahar se había detenido para cerrar la puerta con llave.

Dahar consideró por un momento la posibilidad de mentirle. Pero apartó el pensamiento. *No en esa forma*, advirtió la mente con objetividad. *Prueba con un ataque por sorpresa*.

—Cerré la puerta con llave. Pero vi al guerrero antes de que saliera corriendo.

Finalmente, Belazir trasladó la mirada del rostro del delysiano al de Dahar.

—¿Le viste?

—Sí.

—¿Quién era?

—No le vi la cara. Sólo su porte. Es suficiente.

Belazir asintió; para un buen teniente primero era suficiente.

—Tengo tres hermanos-guerreros con ese porte, cinco a lo sumo. No será difícil examinar a los cinco. Dos de ellos fueron asignados a la red; no habrían podido abandonarla con tiempo suficiente para correr todo el camino a la Sala de Enseñanza y regresar antes de un control de señal por los centinelas próximos en la red.

—¿Quién comenzó?

—No lo vi. Pero tuvo que haber sido el hermano-guerrero, comandante. De otro modo, ¿por qué se escabulliría del control de la red?

—¿Tú lo hiciste?

—¿Hubo algún otro hermano-guerrero que te solicitó la posibilidad de establecer contacto con los geds?

—No trates de burlarte de mí, Dahar —dijo Belazir cortante—. Tú no estudias sus brebajes para establecer contacto con ellos en favor de Jela.

Dahar no dijo nada. Era mejor dejar que lamentara el tono cortante por sí misma. Dahar tenía permiso para estudiar con Grax. El propio sentido de ecuanimidad de Belazir se lo recordaría, y lamentar su tono cortante la haría más paciente con cualquier cosa que dijera a continuación.

Podría usar eso en su favor en cualquier forma que pudiera.

—¿Cómo supo el hermano-guerrero dónde hallar al delysiano, o cómo supo incluso que éste era quien mató a la hermana-guerrera? Por los comentarios del

patio, ni siquiera su comandante sabía qué soldado era.

—No creo que el hermano-guerrero lo supiera realmente. Pienso que cualquier delysiano lo habría hecho. Sabemos que Khalid permite a sus soldados cazar en el desierto durante la noche. Han pasado cerca de la red de centinelas con anterioridad. Acechar y esperar cerca de la Sala de Enseñanza sería razonable. Todos los senderos de wrof terminan allí, y los círculos anaranjados irradian luz suficiente para ver sin ser visto.

Belazir contempló de nuevo el ojo mutilado.

Dahar dijo imperturbable:

—El hermano-guerrero desobedeció no sólo a los ged sino también a ti: Diste una orden explícita del alto mando.

—Y morirá por ello.

—Y luego también Jela.

Belazir apartó los ojos de él. Dahar continuó con el mismo tono imperturbable, luchando por mantener la voz de la razón militar, peleando tanto consigo mismo como con ella.

—Considera, comandante suprema: los geds no vieron el asesinato. Pero vigilan quién viene a la Sala de Enseñanza cada mañana y quién no, y buscan a aquellos que no vienen hasta que los encuentran. Además, deben tener su propia red de delatores porque enseguida se enteraron del primer asesinato. Cuando dentro de unas pocas horas todos vayamos a la Sala de Enseñanza, verán una o dos cosas: un delysiano muerto o, si mato al hermano-guerrero, un delysiano y un jelita muertos. El precio del asesinato es el exilio.

Dahar se detuvo, se recobró, y habló tan cuidadosamente como pudo:

—En cada una de esas dos situaciones —esas dos diferentes situaciones—, ¿a quién podrían exiliar los geds?

—No lo sabemos, teniente. ¡Tú mismo has dicho que no piensan como humanos!

Belazir no quería ver lo inevitable, si había una escaramuza cercana a lo deshonroso. *En una comandante suprema, eso podría ser una verdadera debilidad*, dijo el objetivo Dahar. El otro Dahar dijo rápidamente:

—No, ellos no son humanos. Pero, ¿cuál parece ser la posibilidad más razonable?

Dahar la oyó reflexionar:

—Si el delysiano está muerto, sería razonable desterrar a todos los jelitas. Somos nosotros quienes hemos roto el plano del honor.

Dahar captó la ira y la vergüenza bajo el tono uniforme, y se arriesgó a interrumpirla:

—Entonces las nuevas armas todavía por venir irían solamente a los delysianos. Si no hubiera jelitas en la ciudad de R'Frow, Khalid podría mantener probablemente sus soldados lo bastante disciplinados para no matarse los unos a

los otros durante lo que queda del año en R'Frow. Delysia aprovecharía cualquier cosa que los geds pudieran dar, cualquier poder. Y cuando el año terminase y abandonasen R'Frow, lo harían armados con el poder ged.

Belazir frunció el ceño fieramente.

—Pero los geds no verán esto, sino que hemos hecho lo que hemos podido respecto al deshonor. Verán un delysiano muerto y un jelita muerto.

—Entonces verán que Jela ha matado a dos, y Delysia a ninguno.

Belazir estalló:

—¡Igualas un asesinato en contra de las órdenes con un castigo por desobedecer esas mismas órdenes!

—No lo hago. Pero tú acabas de decir que los geds no piensan como humanos. Ellos han prohibido toda matanza en R'Frow. Y si matamos al hermano-guerrero, Jela ha matado dos veces, y Delysia ninguna. ¿A quién desterrarán los geds?

—Si tienes una propuesta que hacer, Dahar, hazla —dijo Belazir con dureza.

Dahar no se permitió apretar los puños.

—Que los delysianos tengan al hermano-guerrero.

—*¿Qué?*

—Si ellos lo matan, ambas partes habrán matado por igual.

—¿Tú comprarías R'Frow con tanto deshonor? Cómpralo… como un mercader delysiano comercia con la vida misma y con la traición de un hermano-guerrero…

—Que te traicionó a ti.

—Y que merece morir por ello a manos de Jela, no en las de los enemigos de su ciudad… ¡y mía! Libremente entregado, libremente devuelto… sin regatear sobre ello como…

—Un regateo no. Una alianza. Escúchame, comandante. ¿Qué es cualquier tregua sino una alianza? Y no hay nada deshonroso en una alianza, otorgada libremente por ambas partes. Tres jelitas, tres delysianos, y tú y Khalid juntos castigáis a cualquiera que desobedezca las órdenes que habéis impartido. Los geds ven un muerto en cada lado… y más, comandante, mucho más. Ellos tienen la evidencia de que Jela y Delysia están tratando de obedecer la ley ged…

De pronto, Dahar se dio cuenta de que había cometido un error. Evidencia era una palabra ged; no había palabra humana para la recogida metódica de datos y el examen de la prueba que convertían a la ciencia ged en todo aquello que no lograban ser las especulaciones humanas. Pero en el momento en que había usado la palabra ged, refunfuñando por lo bajo en lo profundo de su garganta, el rostro de Belazir había pasado de la furia a un frío desprecio, que Dahar reconoció como mucho más peligroso.

—Y tú podrías estar allí de pie con honor, teniente, mientras un hermano-guerrero bajo tu mando es transferido a Delysia para ser torturado… para que tú

estudies brebajes extraños en R'Frow.

—Tortura, no. Una ejecución limpia, en nuestra presencia. El guerrero merece morir, comandante. Todos estamos de acuerdo en eso. Podemos matarlo ahora y esperar que los geds defiendan su propio honor desterrando jelitas y armando sólo a los delysianos, quienes se volverán contra Jela en menos de un año porque hemos fracasado en nuestra confianza para protegerla. ¿Es ésa una posición de honor? O podemos apostar por si algún soldado delysiano ha sido hermano de núcleo de este que está aquí y toma venganza antes de que los geds nos exilien. Una apuesta como ésa supone aguardar la muerte de otro guerrero jelita que no ha quebrantado ninguna ley… ¿es ésa una posición de honor, comandante? ¿Podrían decir que mientras estamos conversando aquí, esa posibilidad no ha cruzado por tu mente?

Belazir no podía decirlo. Dahar vio que lo miraba con ira y dolor, y continuó presionando implacablemente.

—O podemos formar una alianza. Una alianza con la basura, sí… pero Jela ya tiene una tregua con esa misma basura, más allá de los muros de R'Frow, donde el honor jelita tiene el corazón… No estamos en guerra con Khalid. Donde estamos es en el plano de honor con los geds, y el honor dice que hagamos todo lo que podamos por obedecer la ley ged y por detener ahora esta matanza, toda la matanza, cualquier asesinato en cualquiera de ambos lados, ahora antes de que el poder de las órdenes de una comandante suprema se desgaste más de lo que ya ha ocurrido.

Belazir se alejó de él. Dahar vio que no se volvía hacia las dos hermanas-guerreras detrás de ella sino hacia la arcada, para observar los oscuros árboles de la mañana. Su espalda estaba rígida, y los gruesos músculos en su cuello subían y bajaban. Se esforzó en quedarse quieto, en dejar que sus palabras actuaran sobre ella, en no cogerla por los rígidos hombros, *estamos discutiendo sobre las armas geds y no ves que los asuntos de curación ged importan. Más de lo que las armas geds pudieron importar jamás, importa más que el honor…*

El imparcial Dahar se oyó a sí mismo y se sintió helado.

—Huele a traición —dijo Belazir, volviendo—. Una alianza cuando no hay guerra puede no ser una traición efectiva, pero tiene ese mal olor. Huele a vender carne para obtener ganancia, como los delysianos, o a gruñir sobre un cadáver elegido, como bestias, como *kreedogs*.

—Entonces llamaremos así a la alianza. «Los *kreedogs*» —dijo Dahar con dureza… y pensó que lo había estropeado todo. Sus palabras estallaron y pasaron a ese otro vigilante Dahar antes de que supiera que iba a decirlas. Estallaron de una súbita repugnancia por su propio y desesperado regateo, una repugnancia que no había sabido que sentía (*importa más que el honor*), una repugnancia que removió algo profundo en el Dahar que era hermano-guerrero de Jela. Las palabras estallaron también, por demasiada ansiedad, demasiado duramente

acorraladas, como el torrente destructivo del agua reventando una presa construida para guardarla. Destructivo… ahora Belazir no consentiría nunca.

Dahar estaba equivocado. Belazir captó la súbita repugnancia salvaje en su voz, y dijo con más calma:

—A ti tampoco te gusta, Dahar. Tú hueles la traición.

De pronto, Dahar se sintió exhausto. Había estado de pie toda la noche con Grax, y se había fortalecido contra el agotamiento como contra un enemigo. Dijo la verdad:

—No veo otro plan.

Refunfuñando, Belazir miró nuevamente a R'Frow.

—Yo tampoco —dijo finalmente, y Dahar vio, incrédulo, que ella consideraba la posibilidad, y que esta honesta y súbita vacilación llevaba un peso que él no había previsto—. Permitir que los delysianos obtengan la clase de armas que los geds han prometido…

Belazir no terminó. El silencio se estiró. Reprimiéndose con toda su fuerza, Dahar dejó que el silencio continuara.

—¿Qué te hace pensar que Khalid estaría de acuerdo? —preguntó ahora Belazir.

—Se le está dando la muerte de un guerrero jelita.

Belazir vaciló y volvió la cara. Pero su voz, cuando vino, tenía sólo el tono imperturbable de un comandante impartiendo órdenes.

—Averigua quién fue el hermano-guerrero. Haz que me lo traigan. Elige tus guerreros cuidadosamente, Dahar; deben ser absolutamente leales. Envíame a Ishaq. Él constituirá nuestro tercero en la… en la alianza. Hay que hablar con Khalid ahora, esta mañana, en la Sala de Enseñanza, antes de que lleguen los geds y digan… no importa lo que digan. Y tendremos que ser nosotros tres, y sin despertar siquiera el pensamiento de un ataque…

Continuó haciendo planes, con voz fría y enérgica, tan bien como podía haberlo hecho el mismo Dahar, que había tenido días para pensar en ello. Él igualó su tono, y todo el tiempo el otro Dahar, objetivo, vigilaba con una dura burla que nunca había mostrado ante cualquier otra muerte, o cualquier otro fracaso. Pero éste no era un fracaso. No era una vergüenza. Era una victoria. Había obtenido lo que quería: la oportunidad de permanecer en R'Frow.

—Una cosa más —dijo Belazir mientras Dahar se volvía para marcharse—. Aunque eres mi teniente, no hablarás por mí con Khalid, no habrá regateo sobre esto, ni asqueroso comercio por la vida misma. Entre las primeras palabras que me dijiste acerca… de esto… estaban: « El precio del asesinato es el exilio.» Un teniente primero jelita no piensa en términos de « precio» . O Khalid acepta esta alianza *kreedog* o no la acepta. No descenderé al barro delysiano para regatear el costo del honor.

Pero tú piensas que yo lo haré. Dahar sabía que a pesar de su acuerdo con los

kreedogs, no iba a perdonarle por ello.

Un extraño dolor pasó a través de él. Era una nueva ruptura, una nueva y más sangrienta separación; no del cuerpo y la mente, sino de la parte de la mente que era un hermano-guerrero de la otra que había sido un sacerdote y que ahora era aquella otra palabra ged: un científico. Después de todo ellos habían estado en lo cierto, todos esos guerreros sarcásticos, en desconfiar de él. Desconfiar de todos los guerreros-sacerdotes, que eran dos cosas y por lo tanto ninguna en forma plena. *Importa más que el honor…*

Pero no había pensado que eso haría tanto daño.

Dahar enderezó los hombros. La doble hélice yacía delante de él en R'Frow. Valía el precio.

Siguió a Belazir a través de la arcada hacia la mañana gris.

26

Mientras soñaba, Jehane sintió la mano de Talot sobre el hombro. Incluso durmiendo sabía que la mano era la de Talot: sintió la forma de los largos y delgados dedos, y su apremio. Medio dormida, movió la mano hacia su pecho y se dio la vuelta, pero la mano volvió a su hombro y lo agitó.

—Jehane, despierta.

—Cerca de la red.

—*¡Despierta!*

Ante el tono de Talot, se desvaneció el sueño. Jehane se sentó.

—¿Qué ocurre? Talot, tienes aspecto de…, ¿qué sucede?

Se desprendieron algunos cabellos de las trenzas de Talot. Su rostro estaba gris y dos líneas sombreadas le iban de la nariz a la boca.

—Un guerrero ha matado a un soldado delysiano.

—¿Contra las órdenes? ¿Qué hora es?

—Tercera guardia. Dahar no está seguro de quién fue. Está preguntando.

—Belazir ordenó que no hubiera más asesinatos. Por supuesto, Dahar tendrá que matar al guerrero, pero, ¿por qué tienes ese aspecto tan preocupado por…? —De pronto le asaltó una terrible sospecha—. Talot… ¿no habrás matado al delysiano?, tú no…

—No, fue un hermano-guerrero. Pero sé quién fue.

—Entonces díselo a Dahar. Ese puerco mató contra las órdenes.

Talot se cubrió la cara con las manos. Jehane sentada, desnuda sobre los brillantes cojines en la cálida habitación, sintió frío de pronto. Se envolvió con los brazos, mientras preguntaba:

—¿Quién fue?

Talot, con las manos aún sobre la cara, no se movió ni respondió.

—Fue el hermano-guerrero con quien te acostaste —dijo Jehane lentamente.

Los delgados hombros de Talot se estremecieron. Los celos crujieron a través de Jehane como una paliza, una paliza debajo de la piel en lugar de en la parte exterior. Talot nunca había dicho que el hermano-guerrero estaba en R'Frow. Tampoco había dicho nunca que tanto el castigo de él como el de Talot había sido el Muro Gris. Nunca había dicho que podía estremecerse de esa forma por cualquier cosa que le ocurriera a él.

Talot nunca había dicho nada de esto.

—Díselo a Dahar —dijo Jehane duramente—. Es tu deber.

Talot agitó la cabeza.

—A la comandante suprema. Él mató desobedeciendo las órdenes, Talot. ¡Desobedeciendo las órdenes!

Talot no respondió. Jehane vio sólo la parte superior de su cabeza inclinada, la parte blanca en el rojo cabello, los pendientes sueltos sobre los pómulos pronunciados. Justo anoche, ese rojo cabello suelto…

—¡Entonces le diré a Dahar que tú sabes quién es!

Talot bajó las manos. Su temblor se había detenido. Miró abiertamente a Jehane.

—¿Serías capaz de hacer eso?

—¡Desobedeció las órdenes! —gritó Jehane, aunque no era un consuelo gritar.

Talot siguió mirándola. Jehane, por hacer algo (era imposible no hacer nada, las babosas no hacían nada, el ardor en su pecho y estómago no la dejarían hacer nada) se puso en pie y comenzó a ponerse el tebl y las polainas. Que Talot pudiera siquiera titubear; que Talot pudiera ocultar a un guerrero que había actuado contra órdenes directas, que Talot pudiera…

Medio vestida y descalza, Jehane estaba aún de pie sobre el suelo frío y cerró fuertemente los ojos.

—¿Estuviste… con él?

—No. No como tú quieres dar a entender. Estábamos de centinelas. Él tenía su puesto cerca del mío y le oí abandonarlo. Más tarde le vi regresar y…

—¿No trataste de impedir que se fuera?

—No… nos hablamos. Pero cuando regresó yo salía, y me di cuenta de que estaba herido. El cuchillo del delysiano lo había rozado. Le dije que iba a informar a Dahar de su abandono del puesto de centinela, y él dijo que si lo hacía moriría por ello, así que vine aquí.

Jehane formuló su pregunta fríamente:

—¿Aún le quieres?

—¡No! No, Jehane, créeme, yo… no. Pero nos hemos acostado juntos, estuvimos en la oscuridad, conversando en la misma forma en que lo hacemos tú y yo, y… no quiero causarle la muerte.

—Él lo hizo. ¡Merece morir!

—¿Por matar a un delysiano? ¿Cuánto tiempo hemos tratado nosotras de hacer lo mismo? ¿Con cuánta frecuencia?

—¡Por actuar contra las órdenes de la comandante suprema!

No había respuesta para eso. Talot se quedó muy quieta.

De pie junto a ella, con el tebl en la mano, Jehane miró la nuca de Talot, blanca (puesto que el moreno del sol había desaparecido en R'Frow), vulnerable debajo del nudo de cabello rojo. Jehane tiró furiosamente del tebl sobre su cabeza. Pero esto no ayudaba y se obligó a hablar con calma, aunque las palabras tenían sabor a vómito en su boca.

—Belazir podría no ordenar su muerte. La merece, pero la comandante podría elegir un castigo menor… porque necesitamos cada guerrero que tenemos. Los delysianos nos superan en número. Necesita todos los guerreros. Podría… —¿Quién sabía lo que Belazir podría hacer? Ya había hecho cosas que ningún comandante supremo haría fuera de este agujero de mierda—. Podría ordenar solamente que fuera degradado y azotado o… o algo.

Talot levantó el rostro con súbita esperanza. *Azotado hasta que esté medio muerto*, pensó Jehane, y deseó poder empuñar el látigo. Pensarlo le dio un gran placer, tan grande como los celos.

Pero Talot asintió lentamente, y las profundas líneas de su rostro se suavizaron.

—Sí, es cierto, Belazir necesita todos sus guerreros…

Jehane volvió la espalda y tanteó a ciegas, buscando sus sandalias.

—¿Quién es, Talot?

Sintió el titubeo de Talot, pero ésta respondió:

—Jallaludin.

Jehane sabía quién era. Grande, muy fuerte, con la fortaleza superior de un hermano-guerrero, anchos hombros, y caderas estrechas… una deformidad, le había parecido siempre, de hombros más angostos y caderas redondeadas de hermana. Pero al parecer no era una deformidad para Talot… Jehane apretó los dientes, se puso las sandalias y se trenzó el cabello en silencio.

—Jehane… —dijo Talot.

—Díselo a Dahar. Ahora. Es una cuestión de honor.

Talot había extendido los brazos para abrazar a Jehane. Ante el tono de su voz, detuvo el movimiento a mitad de camino, y susurró:

—Te amo, Jehane.

—Talot… ¡un hermano-guerrero!

—Tú lo sabías. Te lo había dicho.

—¡Pero no que él estaba aquí, en R'Frow! Y no que tú aún podías ser como una ramera para él.

Talot se puso rígida. A Jehane se le revolvió el estómago; quería retener a Talot, decirle…, pero Talot retrocedió y su rostro se puso blanco y frío.

—Voy a ver a Dahar ahora.

—Deberías hacerlo —dijo Jehane inflexible. Talot abrió la puerta y Jehane volvió a cerrarla de un puntapié. Se abrazaron estrechamente.

Jehane se esforzó por hablar, aunque las palabras le quemaban la garganta.

—Quizá no muera. Belazir necesita todos sus guerreros… —Pero cuando hubo pronunciado las palabras se dio cuenta de que no creía que fueran ciertas. Ni deberían serlo.

Talot trató de sonreírle, una sonrisa curiosamente humilde, y se fue. Jehane esperó hasta que estuvo segura de que Talot había descendido la escalera, luego levantó su trespelota y la arrojó con toda su fuerza contra la pared. *Talot y el hermano-guerrero. Talot y Jallaludin, Talot…*

La trespelota rebotó con una fuerza increíble y resonó en toda la habitación, rompiendo una taza de arcilla. Jehane golpeó el muro con el puño y se hizo sangre en los nudillos. No se había equilibrado adecuadamente para cada golpe, y los músculos del brazo le dolieron como protesta. Pero el muro no mostraba marca ni daño; era ged.

27

Ni Belazir ni Dahar llegaron al campo de prácticas para los ejercicios de la mañana. Talot no regresó. Jehane se entrenó, se bañó, comió y se fue a grandes pasos hacia la Sala de Enseñanza. Talot y Dahar tendrían que estar allí o los geds irían a buscarlos.

Comenzó a llover, la segunda lluvia desde que ella había llegado a R'Frow, flotando en una suave neblina desde el cielo… y era cielo a pesar de todo ese loco bla, bla, bla que continuaba. Cielo era lo que estaba arriba, y esto estaba allá arriba, ¿no? Era toda esa estúpida charla lo que hacía todo confuso: células, fuerzas y «bacterias». Charla de la doble hélice, charla oscura, charla como muros. Los jelitas no deberían vivir dentro de esos muros como animales

atrapados, sin nada que hacer salvo charlar y pensar. Ni siquiera las armas valían la pena.

Otro muro. Las armas *valían* la pena. En su cinturón estaba el irrompible cuchillo ged, una tira que aturdía; la nueva arma que disparaba una bolita con fuerza suficiente para matar un *kreedog* a través de un río. Jehane no sabía cómo funcionaba, no le importaba. Funcionaba. Al menos los locos geds eran buenos para esto y para asegurar que Talot viniera a la Sala de Enseñanza; Grax no comenzaría su charla sin que estuviera todo el círculo allí.

Talot no estaba allí, y Grax había comenzado ya a hablar.

Las mesas del suelo se habían elevado con su extraño equipo, no eran juguetes ahora, sino cosas Rojo y Azul, cosas oscuras, que nadie, salvo Dahar, Grax y la sopladora de vidrio, se atrevería a tocar.

Ayrys los tocó sola esa mañana; Dahar también estaba ausente.

Los guerreros se dirigieron miradas disimuladas. Los ciudadanos delysianos susurraban. Los soldados miraban derecho hacia delante, los rostros fijos y fríos. Un súbito temor recorrió a Jehane… ¿podrían Talot y Dahar haber sido asesinados como represalia por la muerte del soldado delysiano?

No, porque en tal caso los soldados no mirarían ahora de esta forma. Su fría cólera decía que no había ocurrido ninguna represalia, que Delysia se sentía aún agraviada, y el estúpido ged continuaba aún tranquilamente con su cháchara sobre algo blanco en la sangre.

¿Por qué? ¿Por qué los monstruos no habían esperado a Talot y Dahar, o, al menos, preguntado dónde estaban? A no ser que ya lo supieran.

Lajarian estaba al mando. Si él no preguntaba nada al ged, Jehane tampoco podía preguntar. Lajarian estaba de pie, con los labios apretados, la mano sobre el cuchillo y la mirada sobre el comandante delysiano.

El ged continuó hablando; la sopladora de vidrio formuló preguntas en voz baja, los ciudadanos delysianos susurraron, incluso el obrero jelita refunfuñó, y Lajarian no dijo nada… ¿por qué no se *callaban*?

Sólo el gigante bárbaro y la ramera estaban quietos. Por primera vez en varios días, Jehane les echó una mirada, sentada sola en la parte de atrás de la habitación, sin toparse con la mirada de ninguno.

Dos rocas sin palabras; una montaña la una, y un podrido guijarro la otra. Pero esa mañana, incluso ellos parecían diferentes.

Jehane miró más de cerca.

Al gigante blanco se le veía enfermo. Sus ojos incoloros estaban cubiertos por una película. Debajo de su extraño tebl, el enorme pecho subía y bajaba demasiado rápido, como si su respiración fuera superficial o forzada. Tenía las comisuras de la boca relajadas. Jehane, siempre con buena salud, era consciente

de que ningún humano había enfermado en R'Frow, aunque realmente el gigante no tenía buen aspecto. Tampoco la ramera, aunque no parecía que ella también estuviera enferma. Pálida, sus ojos se elevaban hacia el bárbaro, una mano pequeña formando un puño lo bastante fuerte para tornar blancos los nudillos.

Jehane miró sus propios nudillos, heridos por el golpe contra el muro, por el asunto de Talot. Pero incluso pensar de SuSu y su guerrero blanco en el mismo plano que Talot significaba que había deshonrado a Talot. Ahora le debía disculpas. Eso era lo que ese estúpido lugar con toda esa estúpida charla le hacía a uno: pensar en una ramera como una persona cuando no era más que una delysiana. Eran esos estúpidos muros…

—¡Euaahuh! —gritó SuSu. El gigante bárbaro se tambaleaba de un lado a otro, medio cayendo sobre ella. Se agarró al borde de la mesa del suelo, resollando pesadamente, y con una espuma rosada brotando súbitamente en sus labios.

SuSu puso ambas manos contra él y empujó. Lentamente, se movió hacia arriba, y ella le puso los brazos alrededor del cuerpo para evitar que cayera en la otra dirección. Los ojos del gigante rodaron hacia atrás y su lengua colgó fuera de la boca, como una rosada tabla húmeda.

—¡Socorro! —gritó SuSu desesperadamente, con una voz torpe por falta de uso. Parecía como si no supiera lo que había dicho. Con expresión de pánico en el rostro, trató de poner derecho su enorme bulto. Por un momento pareció que casi se recobraba; metió de nuevo la lengua en la boca, y giró los ojos para mirar aturdido a SuSu.

Jehane captó la mirada.

La ramera consiguió mantenerlo de pie. Los brazos aún lo rodeaban, y lo arrastró hacia la puerta, con cada porción de su cuerpecito esforzándose con una desesperación que Jehane reconoció súbitamente: un lémur cazado, herido y con dolores, tratando de llegar a la seguridad de su guarida.

El gigante se tambaleó, trató de enderezarse y se tambaleó de nuevo. Se inclinó sin fuerzas, con los ojos cerrados, incapaz de ir más lejos. SuSu le empujó con fuerza, pero no pudo moverlo.

Para sorpresa de Jehane, el ged no se movió para ayudar. Tenía ese loco aspecto de estar escuchando de nuevo, aunque toda la habitación permanecía en silencio, excepto por la dificultosa respiración del gigante, con cortos resoplidos como rasgado de telas. El jelita observaba fríamente. Dos hermanos-guerreros habían muerto a manos del bárbaro. Y SuSu era una ramera que había pensado ser otra cosa. Jehane vio a la hermana-guerrera a su izquierda… donde debería haber estado Talot. Sonrió para sí.

En la parte delysiana de la habitación, una gorda ciudadana parpadeaba nerviosa.

SuSu gimoteaba ruidosamente. Sus brazos no eran lo bastante largos para

rodear al gigante. En el tebl, sus manos parecían las de una muñeca, o las de un niño.

La sopladora de vidrio se levantó de su asiento en la mesa de Grax. Jehane vio un momento los ojos de Ayrys. Estaban como ausentes, misteriosos. Jehane habría jurado que la delysiana no veía ni siquiera a SuSu, sino a alguna otra. Ayrys puso los brazos alrededor del ladeado gigante, en el lado opuesto a SuSu, y tiró hacia delante. Cuando él avanzó tropezando, ambas mujeres le abrazaron y cuando se detuvo tambaleándose, ellas esperaron. Luego lo movieron a través de la puerta.

Se oyó de nuevo un murmullo de voces. La ciudadana delysiana que había parpadeado, ahora fruncía el ceño tras Ayrys, un gesto de desaprobación que Jehane pensó que hacía que su gorda cara pareciera un pez.

Y el ged simplemente se sentó. ¿Qué mierda de *kreedog* estaba ocurriendo? Los humanos no estaban todos presentes, los humanos tenían permiso para irse; esa babosa de Ayrys ayudando a un hombre-montaña cuando nadie en R'Frow había estado jamás enfermo, aquella ramera con su rostro alzado como… como…

¿Dónde estaba Talot?

28

Los cinco estaban en un claro, al lado de la corriente que fluía a través del extremo del desierto de R'Frow, cerca de los dos bloques de roca donde la corriente nacía del subsuelo. Demasiado bajas como para una emboscada; las rocas eran un mojón, y el claro se abría alrededor de ellas por todos lados. Entre las rocas, la corriente había crecido ligeramente con la lluvia. Caía en una ligera llovizna, borrando los bordes de los bosques.

—Seguiremos esperando —dijo Belazir. A lo largo de su mandíbula, iba y venía una rítmica contracción muscular.

—Son cautelosos —respondió Dahar.

—¡Talot, nada de tocar las armas!

Ante el tono agudo de la voz de Belazir, Talot vaciló un momento y retiró la mano de la empuñadura de su cuchillo. Dahar pensó que la muchacha ni siquiera había notado el desvío de su mano. Talot tenía un aspecto triste, y sus ojos estaban agrandados por el esfuerzo. A su izquierda estaba Ishaq, líder de primer rango del

núcleo de los hermanos-guerreros, un hombre fornido y silencioso que no se molestaba en ocultar su disgusto por esa reunión. Entre él y Talot, manos y pies atados, estaba Jallaludin. Había luchado cuando Dahar e Ishaq fueron a por él; la sangre salpicaba toda la tela sobre su brazo derecho. Pero ahora estaba tranquilo; la cabeza alta y el odio en la cara de Ishaq no eran nada para Jallaludin. Dahar se sintió desvinculado de la escena, observándola, no sintiendo nada que interfiriera con lo que él tenía que hacer. Pero aquello no duraría mucho. Era un muro que, al igual que todos los muros, se resquebrajaría finalmente. Pero duraría lo suficiente. El Dahar objetivo estaba tranquilamente a un lado, y dijo: *No siento nada*.

—Ahora —dijo Belazir.

Los tres delysianos se deslizaron dentro del claro desde tres direcciones diferentes, con las armas en las manos. Tenían a su favor la niebla y los árboles. Dahar vio a Ishaq evitar sacar el arma, un visible espasmo de años de entrenamiento bruscamente negados.

—Hemos venido —dijo Khalid con voz afectada por el disgusto.

Dahar observó cuidadosamente a los tres soldados: todos hombres, todos grandes, uno con el cuchillo desenvainado y los otros dos con tubos de perdigón ged. Eso le dijo algo de lo que sería su estilo de lucha. El guerrero que había en él corrió rápidamente a través de posibles ataques, represalias, probables respuestas de Belazir e Ishaq; el mejor uso de sus posiciones. Jallaludin, atado, como escudo; Talot, novel y desconocida. Dahar dio unos pasos hacia Belazir, mejorando su defensa; Khalid, sin mirarlo, se movió en respuesta.

Era bueno.

—Nosotros también hemos venido —dijo Belazir—. Éste es el guerrero que mató a vuestro soldado.

Khalid echó una mirada a Jallaludin. Algo se movió detrás de los ojos grises delysianos, algo más que sospecha o enemistad. *Piensa*, se dijo Dahar, *no reacciona simplemente. Ve lo que está mirando y piensa sobre lo que ha visto*.

Repentinamente otro rostro delysiano se alzó en su mente.

—Envainad vuestro cuchillos —dijo Belazir—. Nosotros no hemos sacado los nuestros.

—Comandante, hasta ahora vosotros habéis fijado todos los términos de esta reunión —dijo Khalid—. Nosotros fijaremos éste. Sin duda tendréis a vuestros guerreros escondidos en los bosques.

—¿No mirasteis mientras cruzabais?

—Tres soldados no lo ven todo.

—Tampoco cuatro guerreros. Un ataque por sorpresa sería más delysiano que jelita.

—Entonces, ¿por qué os habéis arriesgado? Fuisteis vosotros quienes hicisteis la petición.

Durante un instante Belazir dirigió su mirada hacia Dahar, pero la interrumpió casi tan pronto como la empezó, y Dahar se dio cuenta de lo mucho que ella sintió haberlo hecho, pero Khalid captó la mirada. Dirigió sus ojos pensativamente a Dahar antes de volverlos hacia la comandante suprema.

—Los geds han prohibido matar en R'Frow —dijo Belazir—. Yo ordené a mis grupos no atacar a los delysianos. Este hermano-guerrero violó mis órdenes, y por eso hubiera debido morir por mi mano. Pero Delysia —la voz de Belazir permaneció firme aunque sus ojos ardían— podría no haber aceptado esto como cierto. Es bien sabido que los soldados delysianos no siempre reciben el castigo asignado a ellos, si son lo bastante bien nacidos.

Dahar observó atentamente a Khalid; pero no mostró reacción al insulto, que en Jela habría sido mortal. Sin embargo, uno de los hombres detrás de él contuvo una sonrisa despectiva. La lluvia ligera tamborileaba sobre las rocas, con olor y sonido.

—Jela ha roto la tregua que han hecho los geds —continuó Belazir recalcando cada palabra—. Para compensar este agravio, tienes a tu disposición la vida del hermano-guerrero que mató a vuestro soldado.

—¿A mi disposición? —preguntó Khalid.

—Sí.

—¿Piensas que voy a creerme eso?

Belazir se tranquilizó.

—Recuerdo batallas en las que los jelitas preferían matar a sus propios heridos antes que abandonarlos detrás de ellos para los delysianos —dijo Khalid —. ¿Por qué vas a entregarme ahora tu guerrero?

—Te lo he dicho.

—¿Lo has hecho? Para compensar este agravio… No, comandante. Jela nunca ha pensado que era una injuria matar a un delysiano.

Khalid estaba discutiendo el caso de Belazir con ella. La comandante suprema hacía esa alianza a desgana; Khalid estaba construyendo esa desgana; forzándola a llevarse de nuevo con ella a su guerrero. ¿Por qué?

—Jela nunca había estado en R'Frow hasta ahora —respondió muy tensa Belazir.

—¿Por qué matar en R'Frow iba a ser diferente que hacerlo en Río Frío? La rigidez jelita es la rigidez jelita.

—Y la traición delysiana sigue siendo la traición delysiana. Pero ninguno de nosotros gobierna en R'Frow. Los geds lo hacen, y nosotros estamos con ellos en el plano del honor.

El rostro de Khalid se endureció.

—Entonces ofréceles a ellos el guerrero asesino.

Belazir no respondió. En su silencio, Dahar sintió más que cólera; sintió la pérdida de R'Frow. Belazir había tratado de entregar Jallaludin a Khalid; pero éste

no lo aceptaba. Belazir no trataría de hacerlo indefinidamente. Khalid ya había insultado el honor jelita, y Dahar sospechaba que los insultos eran deliberados, para provocar a Belazir y lograr que hiciera justamente lo que estaba haciendo: tomar la vida de Jallaludin nuevamente en sus propias manos, donde pensaba que pertenecía todo el tiempo.

Y entonces sólo los jelitas serían exiliados de R'Frow.

Exilio…

Khalid presionó con su ventaja:

—Lleva tu guerrero a tus maestros, los geds.

Dahar observó una contracción de furia en la mandíbula de Belazir. En ese pequeño movimiento, casi disfrazado por la lluvia en todas sus caras, vio el cierre de las puertas de R'Frow, y todo ello alejándose: toda la ciencia ged que guardaba la llave de la vida misma. El otro Dahar observaba con imparcialidad. *La comandante suprema te ha prohibido hablar*, al mismo tiempo que él se oía a sí mismo decir: « El guerrero ha sido llevado a los geds.»

Khalid volvió la mirada hacia Dahar:

—Los geds dijeron que esta reunión era de humanos, y que ellos no interferirían en ella. También dijeron que deseaban conocer el resultado.

Belazir estaba de pie a su lado, como una piedra. Dahar mintió. Jallaludin no había sido llevado ante los geds.

—¿Por qué querías que el asunto fuera llevado ante los geds? —dijo Dahar, tanteando.

—Yo no dije eso. —Demasiado rápido; había debilidad, blandura en la posición de Khalid. Si pensaba rehusar y no matar a Jallaludin, ¿por qué venía a la reunión? ¿Por qué no quedarse sin hacer nada y dejar que los geds desterraran a Jela?

—Había pensado que Jela podría disciplinar a los suyos. ¿No forma eso parte de su famoso honor? —agregó Khalid.

Era una burla, pero seria. Dahar rehusó ser arrastrado.

—Son los geds quienes dieron la orden inicial contra el asesinato.

—Y los jelitas quienes la violaron —dijo Khalid.

—Y por esa razón os ofrecemos la vida del culpable.

El más alto de los tenientes cambió de posición. Dahar lo miró más de cerca. Tenía ojos extraños, muy claros, incluso para un delysiano, y un súbito destello de odio, como el de un animal.

Belazir intervino con dureza:

—La vida del hermano-guerrero es tuya. ¿La quieres o no?

—La pregunta es ¿por qué la quieres tú? —dijo rápidamente Khalid—. Los geds han dicho que desterrarían a los humanos si había más muertes. Jela ha matado y Delysia no lo ha hecho. ¿No nos ofrecéis esta muerte para que nosotros seamos también culpables de quebrantar la ley ged? Así nosotros también

seríamos desterrados de las armas de R'Frow. ¡Qué honorable oferta para la honorable Jela!

Su tono era salvaje. Había jugado con todas las debilidades de Belazir. La vergüenza la puso furiosa.

—Por los muertos… ¿piensas que te *suplicaré* que acabes con la vida de un guerrero? Ahórranos todo vuestro regateo delysiano y responde de una vez… ¿le matas en represalia por vuestro soldado o no?

El rostro de Khalid no transparentaba nada. Pero esta vez Dahar no había observado al comandante delysiano sino a los tenientes detrás de él. Cuando Khalid había mencionado la pérdida de armas geds si Delysia mataba a Jallaludin, la cara del hombre más bajo había vacilado: una ligera caída de los ojos, una tirantez en las sienes. Vio la fuerza del argumento de Khalid. Pero al estallar Belazir, el odio reemplazó de nuevo a la vacilación. Y el otro soldado, el de los ojos claros, nunca había vacilado siquiera. Ése quería la muerte de Jallaludin más allá de cualquier ganancia o pérdida para Delysia, por mero anhelo de sangre.

Y Khalid no podía controlar completamente a ninguno de ellos.

Ésa era la debilidad en la posición de Khalid. Ésa era la razón por la que había sido forzado a reunirse con Jela y a oír un regateo que quería rechazar apasionadamente. Un comandante delysiano gobernaba en parte por el acuerdo de sus soldados, y Khalid temía que si rehusaba tajantemente matar a Jallaludin, sus hombres lo harían de cualquier modo. Ningún comandante podía retener el poder después de eso. Khalid intentaba burlarse de Belazir induciéndola a matar ella misma a Jallaludin mientras aparecía ante sus hombres como si estuviera simplemente insultando a la comandante suprema de Jelita por el placer de verla tragarse su cólera y su honor.

Todo lo que Dahar tenía que hacer era fomentar el odio de los tenientes delysianos hasta que Khalid perdiera el control o se llenara de preocupación por no saber qué era mejor para Delysia. La inteligencia estaba en el lado de Khalid y el anhelo de sangre en sus tenientes.

No era una disputa.

A Dahar le pareció que podía sentir el aliento de Jallaludin en su cuello. La muerte del hermano-guerrero pendía en el aire, en la brumosa llovizna, en lo que Dahar dijo a continuación. Podía presionar con fuerza a los hombres de Khalid y Jallaludin moriría poco después, aquí, en esta luz húmeda y anaranjada de R'Frow. Belazir le había prohibido presionar, hablar, decir las mentiras que él ya había dicho.

Seguir en R'Frow…

No sentir nada.

—Quizá los delysianos no maten como acto de venganza —dijo Dahar directamente al teniente de ojos claros—, porque la vida de un delysiano vale tan

poco. Incluso para sus hermanos soldados.

Los ojos de Khalid pasaron de pronto de Belazir a Dahar.

—Nosotros hemos hecho el ofrecimiento —continuó Dahar con crítica mordacidad— con todo honor. Una vida por otra. Pero quizá debiéramos retirarlo si incluso para un delysiano la vida de un hermano vale menos que la de un jelita.

—*Khalid* —dijo el teniente más bajo.

Khalid condujo rápidamente a sus hombres aparte. Dahar continuó:

—Se dice «Delysia por traición», y quizá debiera decirse «Delysia por cobardía.»

Khalid y sus hombres conversaron aparte con voces bajas y apasionadas, sin que pudieran distinguirse las palabras. Belazir miró a Dahar pero no emitió ningún sonido. Habría sido mejor si lo hubiera hecho.

Seguir en R'Frow...

La argumentación delysiana era amarga y breve. Khalid, con su cara aún más roja por la ira, asintió lacónicamente al deseo de Belazir:

—La muerte de tu guerrero por nuestro soldado.

Los soldados se acercaron a su comandante. El más bajo mantenía su tubo ged de munición apuntando hacia Ishaq y Belazir, pero Dahar vio que el soldado de ojos claros mantenía el cuchillo empuñado. Khalid también había sacado un cuchillo delysiano, pero de pronto lo puso en el cinturón, y sacó uno ged. Se movió detrás de Jallaludin.

—No…

Era el quejido de la joven Talot, pese a su entrenamiento y disciplina de hermana-guerrera. Ishaq la miró fijamente. Khalid titubeó por un momento. Fue un ligero retroceso en la rápida y furtiva muerte de un hombre atado, mientras su comandante miraba y no hacía nada…

Con un solo movimiento rápido y diestro, Khalid colocó desde atrás su brazo izquierdo alrededor del cuello de Jallaludin, llevó su cuchillo al vientre y lo hundió con fuerza, hacia arriba, en busca del corazón. Jallaludin se puso rígido y con los ojos saltones. Khalid lo sostuvo, cortándole la respiración mientras moría; luego lo soltó de pronto y dio un paso hacia un lado. Jallaludin cayó hacia atrás, con la cabeza aún inclinada en ángulo, con los negros ojos abiertos, y mirando hacia arriba, hacia la lluvia. Nadie habló.

Khalid había dejado su cuchillo en el cuerpo. El teniente de ojos claros se inclinó para sacarlo.

—Déjalo —dijo Khalid irritado—. ¡He dicho que lo dejes!

El teniente sonrió, enderezándose.

—Escúchame —continuó Khalid con la misma voz dura—. Comandante, hemos hecho esto a tu manera. Tu guerrero está muerto, asesinado como un… Pero ahora tanto Jela como Delysia han quebrantado la ley ged. En forma igual. Esto termina aquí. Si no somos todos desterrados de R'Frow por esto, se termina

aquí. No habrá más asesinatos, en ningún bando. Dejamos Delysia y Jela en una tregua y ahora la tregua llega también aquí, a R'Frow y no es sólo porque los geds lo hayan dicho.

El teniente delysiano dejó de sonreír.

—Esto se ha hecho para detener los asesinatos —dijo Belazir, pero todos captaron la furia en su voz, y la vergüenza.

—Entonces la reunión ha tenido éxito —dijo Khalid con desprecio—. Mantenemos nuestra postura, incluso ahora. Vida por vida. Puedes ir a decírselo a los geds.

El delysiano odia esto tanto como Belazir, observó el imparcial Dahar. ¿Reconoció Belazir el enojo de Khalid como el honor que él, Dahar, acababa de perder?

No sentir nada…

—El derramamiento de sangre finaliza aquí. Jela y Delysia están en tregua —dijo fríamente Belazir.

Khalid se volvió hacia sus propios tenientes, retándolos a desafiarle ahora que les había dado lo que querían. El más bajo titubeó, cambió de un pie a otro, y asintió. El otro, el hombre de ojos claros que se había inclinado para recuperar el cuchillo de Khalid, se topó con los ojos de su comandante y no dijo nada. Pero ahora Khalid no necesitaba nada de él; Khalid había matado a Jallaludin, y el otro no tenía ahora ninguna posición desde la cual desafiarlo.

—Devuélvenos el cuerpo de nuestro soldado —dijo Khalid a Dahar— y toma el tuyo. He terminado con esto.

—Espera —dijo Dahar.

Khalid se volvió a medias. Belazir estaba quieta como una piedra. Podía haberle hecho callar, pero estaba esperando para ver cuán lejos su teniente primero se apartaría de las órdenes, justo cuanto estaba dispuesto a perder.

Dahar supo que ya había perdido la primera vez que habló cuando tenía órdenes de no hacerlo, la primera vez que mintió, la primera vez que Belazir vislumbró que él comerciaría —comerciaría, regatearía, vendería, como un mercader delysiano— su vida como hermano-guerrero, por una oportunidad en la ciencia ged en R'Frow.

No sentir nada.

—Las treguas pueden ser rotas —dijo Dahar a Khalid—. No sólo por traición, sino en la misma forma en que fue violada la orden ged: por guerreros o soldados que actúan contra las órdenes de su comandante. Podría ocurrir de nuevo. Ambos comandantes están aquí ahora. Aquí, ahora, tanto Jela como Delysia deberían prepararse para tratar de ello nuevamente.

Dijo que ningún comandante podía controlar la variedad de las tropas, las desadaptaciones, el destierro, que cada uno tenía en R'Frow. Humillación… y verdad. Los ojos de Khalid se achicaron. Dahar le habló directamente a él,

ignorando a Belazir.

—Los geds podrían elegir exiliarnos a todos por este doble asesinato. Si no lo hacen, si tienen paciencia una vez, podrían soportar dos… si podemos convencerles de que cantamos en Armonía para todos los jelitas o delysianos.

—¿Hacer qué? —dijo Khalid.

Dahar se sintió abochornado.

—Si hay otra muerte, en cualquiera de los dos lados, los geds deben saber que ningún comandante está detrás de ella, ni siquiera en secreto. Y tampoco aprobándola silenciosamente.

Dahar oyó detrás de él el agudo aliento de Ishaq. Pero no había querido significar que Belazir sería capaz de tanto deshonor, ni siquiera que lo sería Khalid. Estaba pensando sólo en lo que los geds podrían pensar, en cómo podrían interpretar las acciones humanas, o qué podía hacerse para salvaguardar el asombroso conocimiento que ofrecían los geds… que Jela y Delysia, ambas ciegas y tontas no veían, pero que podía transformar a ambas para siempre.

Por un momento consideró la posibilidad de decirle directamente a Khalid lo que estaba en juego, procurando que se diera cuenta. Pero Khalid no había comprendido el término ged «cantar en Armonía». Tampoco había pasado largas noches en la Sala de Enseñanza, echando un vistazo a los deslumbrantes depósitos del conocimiento ged escondidos detrás de la calma del silencio descortés de los extraños. Khalid no comprendía y Dahar se dio cuenta de que no podía decírselo. Ante la idea de suplicar a un comandante delysiano, algo más poderoso que la razón se retorcía dentro de él, algo que no tenía nada que ver con el Dahar imparcial y objetivo y todo con el hermano-guerrero que esperaba, detrás del Muro, el castigo de Belazir. No podía implorar a Khalid. Sólo podía negociar, y con su propio regateo el hermano-guerrero se retorcía de vergüenza.

—No fue un delysiano quien quebrantó las órdenes —dijo Khalid—. No es nuestro problema el que Jela no pueda controlar a sus guerreros.

—¿Y si la próxima vez es un soldado delysiano el que mata primero?

Khalid no miró al soldado alto de ojos claros. Pero algún movimiento ligero, un parpadeo en la cara de Khalid indicó a Dahar que la ojeada había estado allí y que había sido detenida.

—Y si realmente ocurriera, si un soldado matara contra lo ordenado, ¿qué propone Jela? —respondió Khalid.

Belazir dio un paso adelante. Dahar sintió su furia rodar hacia él en oleadas, como el calor. Rápidamente dijo:

—Es la comandante suprema la que propone. Yo sólo señalo lo que podría ocurrir.

Khalid se dirigió a Belazir:

—Si un soldado delysiano mata, ¿propones que te lo entreguemos? No. Eso no es posible. —Puso un leve énfasis en «eso», obviamente para todos, y no miró a

sus tenientes. La omisión fue tan significativa como el énfasis. *Eso no, yo no puedo hacer eso, sino alguna otra cosa…*

Khalid estaría a favor de la alianza si ésta no socavaba su autoridad ante sus tenientes. Se había equivocado al incluir al soldado de ojos claros en la reunión. Pero quizá no había tenido otra alternativa.

—Tú has matado a uno de los nuestros —dijo Belazir.

—Por vuestro deseo.

—Y vuestro.

—¿Qué proponéis? —dijo Khalid.

Dahar observó que Belazir titubeaba.

Hizo un esfuerzo por mantenerse firme. Ahora quedaba a cargo de ella; él no podía hacer más. Ya no le quedaba nada por lo que luchar: ni razón, ni rango, ni influencia. Ella mandaba, no él, y había arriesgado todo el resto en que Belazir fuera la clase de comandante que creía que era: alguien que elegiría su preocupación por Jela por encima de la violencia de su enojo hacia él. Belazir le humillaría después, sí, pero en el gris amanecer en su salón, la comandante había vislumbrado el sentido de esta alianza con Khalid. ¿Olvidaría eso también?

Khalid observó fijamente a Belazir. El soldado de ojos claros estaba de pie detrás de él, bajo la ligera lluvia, y los ojos puestos en la espalda de su comandante. Detrás de Dahar, alguien cambió de posición. Talot. El momento se había prolongado.

—Una alianza —dijo Belazir—. Conocida por todos. Tres de los vuestros, tres de los nuestros. Si un soldado mata contrariando órdenes, o… o un guerrero lo hace de nuevo, castigaremos al asesino con la muerte. Pero en presencia de los seis, y tan rápidamente como sea posible. Una alianza para evitar los crímenes, y así estaremos todos en el plano de honor con los geds.

—Honor —escupió Ishaq, y la palabra fue un juramento. Un pequeño estallido, pero dio a Dahar, con alivio, la apertura que necesitaba. Se volvió a Ishaq.

—¡Silencio! Ésta es una decisión de la comandante suprema, no tuya. De la comandante suprema.

—Y mía —dijo Khalid, con un tono desafiante.

El soldado delysiano más bajo súbitamente bajó los ojos. Pero Dahar vio que Khalid era perfectamente consciente de que un teniente primero jelita comúnmente no reprimía a un guerrero ante el enemigo. Khalid sabía que Dahar estaba luchando con Belazir por eso… justamente como estaba luchando con los suyos.

—Los geds tienen armas de las que Delysia no quiere carecer —prosiguió Khalid—. Armas que podrían equipar a Jela, si sólo ella las obtiene, contra Delysia. Nos interesa permanecer en R'Frow y de este modo observar las leyes de los geds. También nos interesa una tregua para mantener esas leyes. Por esa

razón, y no por esas cuestiones de honor jelita, mis soldados y yo aceptamos vuestra alianza, comandante. Tres de nosotros, tres de vosotros, y si algún soldado o guerrero mata, lo traeremos aquí, a este lugar, para que nosotros seis seamos testigos de su muerte. Todo esto en bien de Delysia.

Khalid dirigió su mirada al soldado de ojos claros.

El hombre había apretado tanto los dientes que la línea de la mandíbula se veía blanca contra la barba liviana. Khalid sostuvo los ojos de su teniente sin vacilar. Después de un largo momento, el soldado asintió.

—Estamos en posición —dijo Khalid, mitad con sinceridad, mitad en un súbito estallido de burla que Dahar reconoció muy bien en el mismo plano, unidos…

—¡Silencio! —escupió Belazir—. ¿No conoces la vergüenza, delysiano? El que tengamos una alianza no te permite pronunciar palabras que no puedes comprender. Ahora dejadnos con nuestro muerto.

Los ojos de Khalid destellaron con súbita ira, y Dahar observó su tensión. Pero Khalid se controlaba. Hizo una señal a sus soldados, y los tres, con las armas desenvainadas para cubrirse, avanzaron a través del claro hacia los bosques. El soldado de ojos claros titubeó, pero Khalid, al partir primero, no le había dado elección. No podía quedarse solo contra cuatro guerreros. Pero antes de seguir a los delysianos, se dirigió directamente a Dahar, con voz baja llena de odio.

—Kelovar. Recuérdalo, jelita.

Cuando se fueron, Belazir se volvió hacia Dahar.

—Saca el cuchillo.

Dahar se arrodilló junto a Jallaludin. El mango del cuchillo, trabajado con el amor delysiano por el ornamento excesivo, mecía gotas de lluvia en sus tallas en espiral, y estaba resbaladizo. Los ojos negros de Jallaludin lo contemplaban sin verlo. La hoja desenvainada, la sangre manando desde el corazón, fluyendo sobre las manos de Dahar, y sobre el suelo. Estaba de pie, con el tebl salpicado con la sangre del hermano-guerrero.

Belazir agarró la doble hélice que él llevaba, tiró de ella y la rompió. Luego levantó la mano izquierda, la que usaba para las armas, y le abofeteó la cara tres veces. Había dejado de ser un hermano-guerrero.

Los rostros de Ishaq y Talot se quedaron conmocionados. Ni uno ni otro se habían enterado de lo que Belazir le había dicho a Dahar anteriormente, no habían notado cómo Dahar había actuado en contra de los objetivos de su comandante y en favor de los suyos. En favor de R'Frow. Talot tenía los ojos muy abiertos; Dahar vio los de Ishaq, después de la primera conmoción, entrecerrados por el cálculo. Belazir tenía la doble hélice en la mano. Su quietud podía significar vacilación… A través de su propia sorpresa se obligó a hablar.

—Comandante, acabamos de concertar una alianza. Excluir ahora a uno de los seis, cuando a los guerreros ya no va a gustarles que…

—No te preocupes.

Belazir habló tranquilamente, pero el color se había ido de su rostro, y sus negros ojos brillaban con particular transparencia. Dahar se dio cuenta de que había subestimado cuán lejos se inclinaría para ganar la ventaja de las armas para Jela. Había sido empujada hasta el mismísimo borde, por él, por los *kreedogs*, por R'Frow, por el desmoronamiento de las murallas que había construido en su vida y que imaginaba hechas de roca indestructible. En R'Frow había aprendido otras cosas. El plano de honor tomaba dos formas, y los sucesos lo habían vuelto contra ella. Si la alianza (con la cual estaba de acuerdo) era corrupta, si su teniente primero (en quien había confiado) no era digno de confianza…

Belazir dijo tranquilamente, aunque su voz tampoco era la misma:

—¿Puede uno ver ponerse el Marcador?

Ishaq la miró fijamente con abierta sorpresa, y Talot con aturdimiento. Belazir permaneció en silencio sobre la hierba húmeda con la doble hélice de Dahar en la mano, con la mirada abstraída, viendo lo que ya no estaba allí. Entonces agitó la cabeza y Dahar observó el enorme esfuerzo, el monstruoso acto de voluntad que la trajo de regreso a sí misma, suprema comandante de los guerreros jelitas en la ciudad hostil de R'Frow. Vio también que nada la agitaría de nuevo.

—Comandante, tómate tiempo para considerar esto —dijo Dahar con desesperación—. Iré a verte más tarde, en tu salón, para…

Belazir arrojó el emblema de la doble hélice al suelo, y sin decir palabra hizo una señal a los guerreros para que la siguieran. La señal no le incluyó a él. Dahar los vio cruzar el claro en dirección a los salones jelitas. Ishaq se movió para cuidar la izquierda de Belazir; él era ahora el teniente primero de la comandante suprema en R'Frow.

El muro interior se derrumbó y volvió el sentimiento.

Kreedogs.

Dahar se quedó de pie junto al guerrero muerto, bajo la cúpula ged, bajo la lluvia que caía.

IV

DOBLE HÉLICE

Prefiero comprender una causa que ser rey de Persia.

DEMÓCRITO DE ABDERA

29

Cada vez que el gigante se tambaleaba, SuSu o Ayrys lo abrazaban para sostenerlo hasta que la otra mujer pudiera arrastrarlo a lo largo del sendero de wrof. De pie y abrazada a ese gran peso, tratando de inclinarse lo justo para equilibrar la inclinación de él, Ayrys se preguntó por qué no tenía miedo. El blanco vello del antebrazo del gigante rozaba su mejilla cada vez que se inclinaba. Él olía a varón pero no a enfermedad. Al otro lado, las manos de SuSu —pequeñas manos de una muchacha, manos de Embry— agarraban la cintura del gigante. SuSu tenía miedo, incluso con él entre ambas; Ayrys podía sentir su miedo, y habló a través de la vacilante mole, a la muchacha que no podía ver.

—No huele a enfermo, desde luego. ¿Este… ataque ha ocurrido antes?

—Sí —dijo SuSu. Ayrys apenas podía oírla.

—¿Tienes algunas píldoras para esto, o tiene él o alguno de tus guerreros-sacerdotes? —preguntó Ayrys. SuSu era una ramera jelita. ¿Trataría siquiera un guerrero-sacerdote a una ramera, o a un extranjero que la había robado? Y en caso contrario, si la estupidez jelita respecto al sexo lo impedía, ¿no habrían aprendido las rameras jelitas a tratarse a sí mismas? Pero esta muchacha era tan joven…—. ¿Sabes qué enfermedad es? ¿Te lo dijo él? ¿Podría hablar el gigante? —Ayrys nunca lo había oído.

SuSu no respondió. De pronto, el gigante vaciló y cayó sobre sus rodillas, respirando fuertemente, con grandes jadeos pantanosos. Ayrys lo mantenía firme hasta que él luchó para levantarse y luego lo llevó hacia delante.

—SuSu. ¿Tienes drogas para esto?

—No.

—¿Y él?

—No tiene nada —dijo ella, y Ayrys sintió compasión ante la voz desesperada de la joven. Embry… Embry al menos había quedado con curadores, protección, cuidado…

No había nadie en el sendero, bajo los árboles que goteaban. Todos, humanos y geds, estaban en la Sala de Enseñanza. *No todos*, pensó Ayrys, y apartó la imagen para mantenerse firme ante las necesidades de SuSu. Llevó mucho tiempo, con largas pausas, alcanzar el salón del bárbaro en una parte de R'Frow en la que Ayrys nunca había estado: cerrada por el muro norte, justo al oeste de

los salones jelitas. Edificio gris de wrof, arcadas abiertas, mesas del suelo; no había nada que fuera diferente de su propio salón.

—Déjalo aquí —dijo Ayrys—, lejos del arco, por si entra la lluvia.

—No, arriba.

—Pero, SuSu, no podremos conseguir que suba la escalera. Él no podrá subirla, y nosotras podemos traer cojines y mantas aquí abajo.

—Arriba —dijo SuSu, con voz suave, quebrada por la desesperación. Ayrys dejó de discutir.

El bárbaro casi se cayó a mitad de la escalera. SuSu lanzó un grito y trató de agarrar sus brazos desde arriba: una simple hebra de seda intentando sostener una avalancha. Ayrys subió al peldaño que había inmediatamente debajo del gigante, envolvió con los brazos sus muslos y se aferró al metal gris. Él se estremeció, empujó hacia delante para librarse del aprieto, y al final cobró firmeza de nuevo.

Lo llevaron a su habitación, detrás de la puerta con cerrojo, que SuSu cerró inmediatamente.

—Ponlo sobre los cojines —dijo Ayrys—. Tiene escalofríos… no, colócalo del otro lado.

Había grandes mantas apiladas en un rincón. Había de todo apilado en todos los rincones, como si SuSu no abandonara la habitación más de lo que lo había hecho. Ayrys miró con curiosidad alrededor. Comida, agua, mantas de brillante material ged, pequeñas pieles, sandalias y vasos de arcilla; el bárbaro había sido un hábil artesano.

Había sido. Fue.

—Debe tener drogas —dijo Ayrys amablemente—. No sé qué enfermedad es ésta, pero necesita al menos drogas de plantas para aclarar los pulmones y hacerle transpirar la enfermedad. Un guerrero-sacerdote…

SuSu le dirigió una mirada de odio y Ayrys, sorprendida, se quedó en silencio. Pero el odio no era hacia ella. Probó de nuevo.

—Por lo menos hay comida. Las mesas del suelo están a punto de elevarse con comida. Yo podría traer algo fresco. Tiene que comer.

SuSu miró los ojos cerrados y el pecho agitado del gigante y no dijo nada. Ayrys abrió la puerta.

—¡No, no… ciérrala!

—Sólo voy a…

SuSu se tapó los oídos con las manos. Ayrys miró el rostro de la muchacha, se deslizó en el corredor y cerró la puerta. Hubo un momento de espera en el salón de abajo antes de que subieran la comida. En el silencio, en la húmeda vacuidad, la visión era más pavorosa que en un salón lleno de gente. Todo era gris: aire, luz, muros. Sólo el brillante círculo anaranjado, cerca de la escalera, resplandecía de color. Detrás, la lluvia golpeaba acompasadamente sobre las hojas de los grises árboles.

Ayrys tomó tantos cuencos de guiso caliente como pudo y los llevó hacia la escalera.

—SuSu, tengo comida. Abre la puerta.

—¡Vete!

Sorprendida, Ayrys quedó de pie en el desierto corredor, con los cuencos —humeantes por dentro y con el frío metal sobre sus antebrazos— equilibrados cuidadosamente.

—Pero he traído comida. Tiene que comer o… Tiene que comer. Abre la puerta, SuSu.

—¿Quién está contigo?

Ayrys se preguntó por primera vez si la muchacha estaba cuerda. Su voz suave, ahogada por la puerta, le llegaba con dificultad.

—Nadie está conmigo. Sólo yo, Ayrys, la mujer delysiana que te ayudó desde la Sala de Enseñanza.

Mujer delysiana. ¿Haría eso a SuSu más o menos temerosa?

Ayrys esperó. El corredor gris estaba oscuro y silencioso. Finalmente SuSu, con su carita blanca de terror, abrió apenas la puerta. Ayrys se deslizó dentro y SuSu cerró la puerta de golpe.

El enfermo no quería comer. Ayrys probó pacientemente, luego lo hizo SuSu, y después Ayrys de nuevo. Tomaba agua si se la echaban gota a gota en la boca, pero parecía que no tuviera fuerza para masticar. Su respiración se había tranquilizado una vez acostado, pero su piel estaba viscosa y de toda aquella enorme masa extendida sólo sus ojos se movían. Incoloros, intensos, seguían a SuSu a cualquier lado que fuese, pero Ayrys no podía decir que realmente vieran. Pensó que él estaba flotando hacia dentro y hacia fuera de su mente; no hablaba.

SuSu tampoco le hablaba.

A medida que pasaban las horas en que el bárbaro estaba tendido, Ayrys se enervaba por el silencio. La habitación cerrada, el sufrimiento sin palabras, el *silencio*, como una tumba, aunque no podía decir si el bárbaro se estaba muriendo o no. ¿Por qué SuSu no le hablaba o le susurraba cosas tranquilizadoras tanto por el tono de voz como por las mentiras patéticas?

Finalmente, el gigante se movió.

Sus ojos fueron de SuSu a Ayrys. Una mano enorme se levantó de su lado, vaciló y cayó de nuevo. Su rostro reflejaba un esfuerzo terrible; de nuevo llevó la mano al aire sobre su pecho. Mantuvo los cinco dedos apuntando hacia arriba, y describieron un pequeño y rápido arco desde el pecho hacia el aire.

—¿Qué? —dijo Ayrys—. Yo no…

El gigante repitió su pantomima. Ayrys agitó la cabeza. Los ojos incoloros de él se cerraron con desesperación.

Pocos momentos más tarde los abrió; de nuevo luchó por levantar las manos

hasta el pecho. Una vez allí, daba golpecitos sucesivos con cada uno de los diez dedos sobre una superficie imaginaria y a gran velocidad, golpeando… ¿Qué?

—No comprendo —dijo Ayrys—. ¿Es una danza?

Las enormes manos blancas cayeron a sus lados. El gigante la contempló fijamente con profunda y lúcida tristeza. Ayrys tuvo el súbito y extraño pensamiento de que él la observaba a través de algún gran abismo que él veía y ella no. Una vez más, trató de trazar el gran arco, algún objeto alzándose rápidamente en el aire.

Súbitamente se puso a jadear. Luchó por sentarse, pero sin agarrarse a nada. Tenía los ojos saltones y el dolor contraía su rostro en una mueca de agonía. Luego cayó entre los cojines, cerró los ojos y comenzó a respirar rápidamente, con resuello superficial, distinto de su respiración anterior cuando intentó decir… ¿qué?

—Voy a buscar drogas para él —dijo Ayrys con firmeza—. SuSu, ¿me oyes? Tiene que tomar alguna medicina.

—¡No!

—Si no tiene alguien que le cuide se morirá. No un guerrero-sacerdote, no traeré un guerrero-sacerdote. —Como si ella pudiera. ¿Qué le han hecho los jelitas a esta niña para que los odie de esta forma?—. Encontraré a Grax, o a alguno de los otros geds. Los geds enseñan cosas sobre enfermedad, sobre la sangre y las bacterias. Tú les has oído en la Sala de Enseñanza…

SuSu había dejado de escuchar. De todos modos, ¿cuánto había comprendido de lo que los geds enseñaron sobre las bacterias, esos pequeños milagros mortales? El único que realmente comprendía era Dahar.

Ayrys lo vio inclinarse sobre el amplificador, con el tosco rostro ardiendo por el descubrimiento, y vio también su lugar vacío en el salón esa mañana. ¿Cuánto tiempo hacía? ¿Qué hora era ahora? Si la sesión de la Sala de Enseñanza había terminado, todos los geds se habrían marchado de nuevo al Muro Gris.

—Traeré a Grax. O a un curador delysiano, uno como…

—¡No! —chilló SuSu, y repentinamente puso las manos sobre los oídos presionando desesperadamente las palmas contra su cabeza, como si tratara de aplastar algún sonido—. ¡No, no!

—Entonces, no. Cállate, SuSu, estás asustando a tu amante. —Pero el bárbaro se había puesto blanco, como si ya no oyera o viera. Aún respiraba, pero ahora tranquilamente y en forma irregular—. Cállate, no vendrá nadie aquí que tú no quieras.

Se oyó un golpe en la puerta.

SuSu se quedó helada. Ayrys se volvió hacia la puerta.

—Abran, por favor. Abran, por favor.

Ayrys se sintió aliviada.

—Es un ged, SuSu. ¡Ellos pueden ayudarle! —Se puso de pie.

SuSu se colocó al instante entre ella y la puerta, inclinándose contra ésta con sus delgados brazos extendidos en el metal, los ojos con expresión salvaje, y el círculo anaranjado sobre el muro trazando rayas en una mejilla de color enfermizo.

—Es un ged —insistió Ayrys—. Él puede ayudar.

—¡No!

—Sin medicina…

—¡No!

—Abran, por favor.

Ayrys estaba de pie, sin saber qué hacer, impotente e inquieta. SuSu presionó las pequeñas palmas de sus manos contra el metal. El gigante comenzó a respirar más pesadamente sobre el suelo. La puerta se abrió por sí misma.

SuSu la empujó intentando cerrarla de nuevo.

Casi no tenía fuerza suficiente, y fue empujada hacia el interior mientras la puerta se abría. Entró Grax, con una tira de tela anaranjada que le envolvía el pulgar. Detrás de él estaba Dahar.

Algo se agitó en el pecho de Ayrys. El rostro de Dahar parecía agotado. Su boca dibujaba una línea torva, y en sus ojos había una expresión que nunca había visto: tensa y febril como de pánico; pero no era pánico sino otra cosa que no podía nombrar. Su tebl tenía rayas de suciedad y salpicaduras de rojo tirando a marrón.

Cuando vio a Ayrys, se quedó tranquilo.

—Debe ser transportado dentro del Muro —decidió Grax.

Se refería al bárbaro y le hablaba a SuSu. Ayrys pensó que la muchacha podría arrojarse sobre el gigante, pero no lo hizo. Cuando Grax penetró en la habitación, toda la lucha pareció salir de ella. Su cara se tornó blanca por la desesperación, y su cuerpo pequeño pareció doblarse hacia dentro, hacia algún otro lugar. Sintiendo piedad por ese terrible darse por vencida, Ayrys puso los brazos alrededor de SuSu y la retuvo. Era como sostener a un niño.

—SuSu, el ged le ayudará dentro del Muro. Grax tiene razón, ése es el lugar donde debe ir; los geds deben tener equipo y medicinas. Puedes ayudarlo, ¿verdad? —le preguntó a Grax.

—Debe ser llevado dentro del Muro —dijo con el rostro imperturbable.

El ged levantó los hombros del gigante; Dahar, sus piernas. Ayrys pensó que sin duda ésa era la razón por la que Grax había traído a Dahar; el teniente jelita era lo bastante fuerte para ayudar a transportar al enorme bárbaro. Pero, ¿por qué no otro ged? Y Dahar no se veía fuerte en ese momento; parecía un hombre en el límite de lo que podía soportar. ¿Qué había ocurrido mientras ella estuvo sentada durante tres horas, tratando de que el hombre enfermo bebiera y de dar a SuSu un consuelo que no quería?

El gigante estaba desplomado en brazos de Dahar y de Grax. Era demasiado

grande incluso para que lo llevaran entre ambos. SuSu observaba, con la expresión fría y vacía. Ayrys no pudo soportarlo.

—¡Grax, dile que los geds pueden ayudarle! Vuestro conocimiento de la enfermedad, lo que nos habéis estado enseñando…

Grax miró hacia arriba brevemente, pero no dijo nada. Parecía como si estuviera escuchando. Dahar miró fijamente a Ayrys, con los brazos alrededor de SuSu, y de pronto Ayrys recordó que SuSu era una ramera, y Dahar un hermano-guerrero, y lo que eso significaba. El recuerdo la llenó de furia, la misma furia temeraria que había sentido en la sabana, con Jehane, y como en aquella ocasión se sintió invadida por un coraje que sabía que no le iba a durar.

—Te he preguntado si quieres darle medicinas, drogas. ¿Quieres?

A pesar de la carga, Grax la miró abiertamente durante un buen rato, con el rostro atento para escucharla.

—Le daremos drogas.

—SuSu, ¿has oído? Ellos le ayudarán, no llores…

No lloraba. Con los ojos secos y sin emitir sonidos, siguió al gigante desde la habitación, y no se volvió para mirar a Ayrys. Tampoco cerró la puerta. Ayrys pensó que la habitación cerrada, santuario contra sus terrores, ya no lo sería más. *¿Pero quién sabía que los geds podían abrir cualquier puerta en R'Frow?*

Grax y Dahar llevaron al gigante a través de la arcada y hacia el muro del norte. Había dejado de llover. La hierba estaba resbaladiza bajo sus pies. Ayrys calculó por la luz que la tarde debía de estar avanzada, pero no podía estar segura.

En el Muro, el ged sacó de algún lugar de su escudo una caja pequeña y oscura. Al principio, Ayrys pensó que era una ampliadora, y en forma involuntaria miró de soslayo a Dahar. Pero este wrof era más oscuro que el de las ampliadoras y unas depresiones poco profundas mellaban los dos lados. Grax puso los dedos dentro de tres de las depresiones, y una sección del muro se desvaneció.

—Vuestro aire llena esta parte del perímetro —dijo Grax a Dahar—. Traedlo adentro.

Una gran habitación, sencilla y vacía, excepto por los olores. Las fosas nasales de Ayrys se ensancharon: *kreedogs*, el olor pesado y rancio, y desde alguna parte oyó sus furiosos gañidos. Cubriendo el olor de *kreedogs* había otro diferente: el de un guiso que no era guiso. ¿Se llenaban allí los cuencos para las mesas del suelo de los salones? No vio ningún cuenco. Pero también, un momento antes, no había visto ninguna rotura en el Muro Gris.

El temor a los geds, atenuado por un decaciclo de convivencia, se avivó de nuevo. El poder que tenían…

Grax y Dahar bajaron al gigante albino al suelo. Grax dio otro toque a la caja oscura y una gran mesa se elevó debajo de él. Su respiración había empeorado,

y Ayrys podía oír los gimientes *kreedogs* sólo entre esos torturados jadeos.

—Debes irte —dijo Grax.

SuSu no se movió.

—¿No puede quedarse con él? —preguntó Ayrys.

—No.

—¿Por qué no? —dijo Ayrys con enojo.

—No —repitió Grax, pero no la estaba mirando. Miraba a Dahar.

—Pero ella no…

—No.

SuSu se agarró a la mano del gigante. El ged los separó suavemente con su propia mano. SuSu giró hacia él con una súbita y desesperada furia, pero aún sin sonidos, golpeando con los puños el wrof transparente que cubría a Grax completamente. Había algo horrible, antinatural en el ataque silencioso. Ayrys se movió hacia delante pero incluso antes de que pudiera alcanzar a SuSu, Grax presionó su caja gris y los tres humanos ya no estaban dentro del Muro.

Se había deslizado hacia arriba, desde el suelo entre ellos y Grax, entre ellos y el agobiado gigante, sobre tres lados, hasta que encontró el techo. Dahar, Ayrys y SuSu estaban en una cueva de wrof, un agujero cúbico en el Muro, abierto en el cuarto lado a la luz desfalleciente de R'Frow.

Tan rápido…

SuSu sollozó con desespero y corrió desde la cueva hacia su salón. Ayrys trató de coger a la muchacha, pero no fue lo bastante rápida. Dahar sujetó a Ayrys por el brazo.

—Déjala que se vaya.

Ayrys se movió hacia él.

—¿En esa forma? ¿Sola y medio loca? ¿O es que no importa porque no es más que una ramera?

—No es por eso.

—¡Ella sufre!

—¿Te preocupa eso, delysiana?

—¡Me llamo Ayrys!

—Conozco tu nombre —dijo Dahar. Sus ojos se toparon.

Sentía la mano caliente de Dahar sobre su brazo. Como ella no decía nada, Dahar repitió, con peculiar intensidad:

—¿Te preocupa su dolor?

—Sí.

—¿Por qué? Es una jelita.

Esta vez Ayrys sintió la intensidad. Se dio cuenta de que preguntaba algo más que eso, más de lo que ella comprendía… pero no sabía qué. Dahar tenía los oscuros ojos hundidos en el rostro exhausto. Sin duda había ocurrido algo mientras Dahar y la guerrera pelirroja, amiga de Jehane, habían estado ausentes

de la Sala de Enseñanza. Algo había pasado… Su proximidad le provocaba vértigo y confusión, y no respondió. La mano de Dahar se cerró más sobre su brazo.

—Ayrys, ¿por qué una sopladora de vidrio se preocupa por una ramera jelita? ¿Hay alguna razón? *¿Por qué?*

Nunca le había visto así. En las largas horas de inclinarse juntos sobre el equipo ged, que sólo ella y Dahar parecían ver como algo más que juguetes, nunca se habían dirigido la palabra. Formulaban las ideas y preguntas, cuando tenían que formularlas, a través de Grax. Sin embargo, Ayrys sabía cómo se movía la mente de Dahar; qué pregunta podía formular a continuación, qué prueba propondría para descubrir lo que quería saber. De pronto, se dio cuenta de que la mente de Dahar era la que mejor conocía en todo R'Frow. Una extraña manera de saber, como estar en condiciones de hacer vidrio en la oscuridad, segura de cada paso en el proceso, pero sin ver nunca la chispa del vidrio a la luz común del sol.

Pero no lo conocía así, con este pánico, con esta desesperación desconocida.

—Dahar —dijo lentamente—, ¿qué ha sucedido esta mañana? ¿Qué has hecho?

La mano sobre su brazo se estremeció. Por un momento, el agotado rostro pareció quebrarse, convertirse en pedazos. Luego se volvió y salió a grandes pasos, dándole la espalda, rígido como una hoja de cuchillo.

Ayrys comenzó a correr tras de él. Entonces el temor, el que ella razonablemente debería haber sentido, la golpeó con fuerza. Un *hermano-guerrero jelita*…

Dahar se volvió, con la expresión controlada. En forma rápida y con voz áspera, dijo:

—Hay una bebida que la tranquilizará, o al menos embotará su mente para superar lo peor. No la aceptará si se la doy yo, pero tú puedes prepararla. Catorce hojas de malezaglobo, crecen cerca de los troncos de los árboles a la sombra; ¿conoces la planta? Crece en Delysia. Hierve las hojas durante media hora por lo menos. Agrega más agua cada vez que se evapore, hasta que logres una densa pasta. Mézclala con suficientes bayas de lin aplastadas hasta poder cubrir la uña del pulgar con una pasta delgada…

—¡Pero esas bayas son venenosas!

—No si se mezclan con malezaglobo, aunque puede darle algunas visiones. Disuelve la poción en un cuenco lleno de agua y haz que la beba enseguida. No dejes que se precipite. —Él murmuró esa palabra ged; el súbito salto de la curación con plantas, a la ciencia ged, captado por ambos. Dahar hizo una mueca con repentina amargura que Ayrys no comprendía—. Manipula la pasta de las bayas de lin con cuidado. No uses demasiada, y no la pongas en ninguna herida abierta de tus manos.

Echó un vistazo a las manos de ella. Ayrys levantó una, como tanteando, un gesto que no conducía a ninguna parte. Algo había en los ojos de Dahar. Éste se fue luego hacia los árboles, en la dirección de los salones jelitas.

Ayrys sintió frío y se envolvió con los brazos. Dentro de poco estaría oscuro. Algo la golpeó suavemente desde atrás.

Era el Muro.

La parte de atrás de la cueva cúbica estaba llenándose, empujándola hacia afuera. Ayrys corrió delante del wrof en movimiento, y se detuvo parpadeando sobre la hierba húmeda.

En un momento, el Muro estaba de nuevo en pie e impenetrable, despidiendo levemente un resplandor propio.

30

Detrás del Muro, Grax se alejó rápidamente del gigante albino, liberando las moléculas de su traje exterior de wrof tan pronto como hubo pasado a través de la esclusa de aire de regreso a la verdadera atmósfera. Sus feromonas olían a aturdimiento y desánimo.

Los humanos habían destruido otra sección de la flota. Habían irrumpido en el espacio donde ningún ged había esperado que aparecieran, manejando armas que ni los geds ni ninguno de sus antiguos aliados habían visto jamás. Se habían perdido naves geds. Se habían perdido vidas.

Y en Qom, la ceremonia de apareamiento en honor de los muertos no podía llevarse a cabo hasta que los dieciocho y la Biblioteca-Mente terminaran con este desconcertante asunto de los *kreedogs*.

Los humanos de R'Frow que habían sido consecuentes sólo en comportarse como si fueran dos especies, habían tenido de repente siete miembros cooperando como si fueran una única especie. ¿Por qué?

La Biblioteca-Mente había contactado a los dieciocho geds al comienzo de la enseñanza de la mañana. Uno a uno, los geds habían quedado en silencio. Grax había sentido sus feromonas escaparse fuera de control, había detenido la conmoción, y habían contactado inmediatamente al joven R'Gref, como habían hecho los demás geds. Pero los aprendices habían quedado bajo control.

Tanto como algunos de ellos podían. Esta «alianza» era tan sorprendente como si el esquema de número-no-racional hubiera comenzado a señalar

números primos. Contradecía meses de datos. No podía ser. Pero efectivamente era.

Los geds se habían parado y habían caminado hacia el Muro, ignorando la desorganización de los animales que quedaban atrás. Todo el día habían estado analizándolo, presionando a la Biblioteca-Mente, buscando respuestas que no venían. ¿Como podían los humanos cambiar tan rápidamente a una conducta que contradecía todo lo que habían hecho hasta entonces?

Cuando la Biblioteca-Mente interrumpió de nuevo la conversación para mostrar la inmovilidad del gigante albino sobre el suelo de su habitación, las feromonas irradiaron alivio. Por lo menos esto era comprensible. Desde el comienzo, Descontaminación había mostrado el tumor que presionaba el cerebro del gigante. El tumor era sólo el resultado esperado de la radiación de la isla con la que el gigante debía haber vivido siempre. Ésta era sólo una muerte predecible, número-racional cuando se lo consideraba a la luz de las habilidades biológicas que los « curadores» humanos no poseían. Y para la humana Ayrys, ayudar al albino podría añadir un hecho nuevo a la Biblioteca-Mente, pero no contradecía lo que ya estaba allí. El albino no pertenecía a ninguna de las subespecies.

—Hay que traerlo dentro del perímetro.

—Sí. Que Armonía cante con nosotros.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Que cante siempre.

—Siempre cantará. Podemos aprender mucho acerca del cerebro humano.

—¿Hay que traerlo ahora?

—La Biblioteca-Mente dice que ahora.

—Creo que ahora. Que Armonía cante con nosotros. Siempre cantará.

Grax era el que había hablado. Era un trastorno dejar el perímetro cuando los dieciocho estaban juntos y la ceremonia para el apareamiento en honor de los muertos que se habían perdido temblaba en el borde de las feromonas como niebla fría. Pero el gigante había estado en el grupo de enseñanza de Grax. Y la Biblioteca-Mente había dicho que el humano Dahar esperara en la Sala de Enseñanza, en la habitación vacía. El humano Dahar debía estar esperando por Grax, el ged todo pensamiento. Dahar podía ayudar a transportar al gigante.

Dahar estaba rígido en el corredor, fuera de la Sala de Enseñanza, que podía cerrar con llave pero sólo Grax podía abrir. Habló incluso antes de que Grax hubiera doblado la esquina, y lo hizo sin un vestigio de calma civilizada; sin hablar en armonía ni siquiera para otro de su clase; su rostro humano velludo y con dos ojos se había vuelto de un blanco feo.

—¿Iban los geds a desterrar a los humanos de R'Frow por las muertes de hoy?

Grax se acercó.

—¿Qué ha pasado? —El ged ya lo sabía, por supuesto; las dos lisas rocas

blancas en el aro del desierto sostenían el sistema de control del medio ambiente y eran por tanto parte de la propia Biblioteca-Mente. Grax escuchó mientras Dahar le decía lo que él ya sabía: alianza, *kreedogs*, muerte y violencia, y husmeó sus propias feromonas y olió sorpresa. Un humano diciéndole lo que ya sabía…

Dahar terminó:

—¿Desterrarán los geds a los humanos de R'Frow por las muertes de hoy?

Grax no dijo nada.

—¿Lo harán? Grax… hemos hecho lo que hemos podido para probar… nuestra buena fe.

—No. No habrá destierro.

Los músculos de la cara del humano cambiaron de forma que Grax no había visto nada entonces y que no comprendía.

—Tú deseas quedarte —dijo Grax, y de nuevo se olió a sí mismo—. Por la ciencia. Para aprender.

—Sí —dijo Dahar, y esta vez sus músculos faciales no se movieron.

Pero ningún otro humano había mostrado tan fuerte deseo de aprender, y sin embargo otros habían estado de acuerdo con esta nueva alianza. Ni siquiera la Biblioteca-Mente comprendía cómo la nueva cooperación humana podía relacionarse con la Paradoja Central.

Grax se apresuró a entrar en medio de los olores más fuertes que podía recordar en Qom: frustración, tristeza, enojo. La Biblioteca-Mente continuó gruñendo las noticias sobre el desastre de la Flota. Las feromonas pasaron sobre él llevándolo hacia dentro, disparando sus propios olores, tan fuertes como si el perímetro fuera un nido y él un cachorro restablecido.

—Grax, estás aquí…

—Cantamos en Armonía…

—Grax he venido…

—Grax…

—Armonía…

Eran algunas horas antes de que la discusión sobre el número-racional pudiera comenzar siquiera, unas horas antes de que los geds alcanzaran una decisión. Mientras fueran necesarios para el estudio, ninguna violencia humana debía poner fin a las vidas de los seis que habían concertado la alianza. La Biblioteca-Mente actuaría para protegerlos, si fuera necesario, incluso dentro de R'Frow.

Y los geds que dirigían los grupos de enseñanza de los seis tratarían de aprender directamente de los animales erráticos todo lo que los humanos dirían.

La habitación olía fuertemente a agotamiento. Finalmente, con alivio y pena, con el sentido civilizado de abandonar la luz dolorosa, por un apretado y borroso apareamiento, los geds pusieron en blanco las pantallas del Muro y se dejaron ir

en el trance de Unidad para aparearse en honor de sus muertos.

31

Ningún centinela descubrió a Dahar en la red exterior, ni en los oscuros bosques que estaban más allá. En el borde del claro alrededor de la sala de mando, hizo una pausa. La sala asomaba a través de la hierba, una mole negra con agudas y precisas esquinas.

Ishaq le localizó incluso antes que abandonara los árboles. El guerrero de mayor edad, esperó con el tubo de perdigones y el cuchillo en las manos, dentro del arco desierto.

Dahar se detuvo a seis largos de distancia. No sacó las armas.

—Quiero ver a la comandante suprema, Ishaq.

—No.

—¿Esta orden es tuya o de ella?

—Suya. Belazir no ve a ciudadanos jelitas. —Le dejó un momento para que reaccionara, pero Dahar no lo hizo—. Pero me ha dado un mensaje para ti.

—¿Qué es?

—Ésta es la última vez que te permite cruzar la red. No tienes permiso para tomar nada de la Sala y llevarlo a los hermanos-guerreros excepto las armas que usas. O te vas a la Sala de los ciudadanos, o te quedas completamente fuera de la red y no tratas de volver. Si intentas pasar la red de nuevo, los guerreros tienen órdenes de matar.

Dahar dijo simplemente:

—Como si fuera un ciudadano bajo vigilancia.

—Eres un ciudadano bajo vigilancia.

—Incluso un… ciudadano puede solicitar ver a la comandante por una buena razón.

—La comandante suprema ya ha rechazado tu petición.

Instintivamente, los ojos de Dahar midieron la distancia hasta la escalera. Ishaq dijo tranquilamente:

—No lo intentes, Dahar.

Dahar no preguntó nada, pero Ishaq pareció compelido a responder.

—Sí, lo haría.

—No podrías detenerme sin ese tubo ged.

—Pero tengo este tubo de los geds. Lo tengo…

—Sí —dijo Dahar—, lo tienes.

No podía luchar, no podía pensar. Había estado despierto cerca de treinta y seis horas, todo un —por un momento su mente exhausta ni siquiera podía encontrar la palabra— *tresdía*. Hizo un esfuerzo por no balancearse sobre sus pies delante de Ishaq, quien le impediría luchar por su vida como un guerrero jelita con un arma ged que Dahar había luchado para que la tuviera Jela.

—Otra cosa —dijo Ishaq—. Belazir me dijo, al ser su teniente primero, por qué te expulsó. En primer lugar, por tu abierta desobediencia yo te habría azotado hasta que no pudieras ponerte en pie. Y con respecto a esta « alianza» … Belazir se hace plenamente responsable. No debería. Nos traicionaste, y ahora nosotros, los que todavía tenemos honor, tenemos que vivir con las consecuencias de esa traición. Pero piensa en esto, Dahar, piensa en esto cada vez que veas un delysiano. El soldado Kelovar observaba con placer mientras Jallaludin moría. Con placer y triunfo. No el limpio triunfo de la muerte, sino el triunfo sucio del deshonor sobre el honor. Y ahora, cada vez que uno de ellos ponga sus ojos sobre un guerrero jelita, va a revivir ese triunfo que tú les diste.

Dahar miraba hacia delante.

—Belazir quiere que te diga algo más. Eras un curador, puedes seguir curando. Pero no guerreros. Ciudadanos, rameras, delysianos, geds si quieres. Pero no guerreros. Es indigno que los toques.

—¿Esto que acabas de decir es tuyo o de Belazir?

—Lárgate, ciudadano.

—Ishaq, ¿es tuyo o de ella?

Ishaq dio un paso adelante y levantó el tubo. Todo lo que había de guerrero en Dahar se puso tenso y en guardia.

Pero no era un guerrero.

Se volvió lentamente y se fue por el camino por el cual había venido, sin tropezar con ningún obstáculo hasta que estuvo detrás de la red de centinelas. El sendero de wrof brillaba tenuemente en la oscuridad. Avanzó a tientas por él, obligando a su mente a mantenerse despierta y a pensar. La Sala de Enseñanza. Eso sería lo más seguro.

Pero en ningún lugar de R'Frow estaría seguro cuando los soldados de Khalid supieran que había sido expulsado de Jela. Sería cazado por una jauría.

El gigante habría cerrado todas las cerraduras en el único salón vacío, para disminuir las posibilidades de emboscada desde afuera. No quedaban puertas sin cerrar en R'Frow.

Dahar avanzó hasta el extremo de un corredor en la Sala de Enseñanza. Mejor no usar una habitación abierta de enseñanza, desde dentro de la cual no vería ni oiría quién entraba en la arcada. En lugar de ello se quedó en una esquina del corredor, donde los muros formaban un hueco poco profundo que le daba

oscuridad y al mismo tiempo una vista clara de las dos entradas. En el lugar más sombrío de los otros extremos de los corredores, entre dos conjuntos de los resplandecientes círculos anaranjados, desparramó unas ramitas livianas lo bastante quebradizas como para romperlas fácilmente. Luego colocó sus armas donde podía encontrarlas en la oscuridad. A pesar de su agotamiento, el sueño no llegó inmediatamente. Durante un buen rato estuvo acostado despierto, en aislamiento, aislado.

Aislamiento. Le pareció que este aislamiento —gris, oscuro, tan metálico como el wrof que estaba debajo de él— era una condición natural, suya para toda la vida, elevada finalmente alrededor de él como fría niebla alzándose desde el suelo donde un paso en falso podría hundir a un guerrero en el estiércol. Habría dado un paso en falso. Había sido tan necio como para tratar de servir a dos amos: la ciencia ged y el plano de honor del hermano-guerrero. Pero la ciencia no tenía honor, ni hermanos, ni nada salvo este frío dolor metálico.

Finalmente se durmió, sumergiéndose en sueños.

Era de nuevo un muchacho, cazando en la sabana como los otros que aún no habían sido elegidos para los núcleos de jefes militares. Sabían que recibirían golpes de los maestros cuando regresaran, por haberse escapado del campo de prácticas. Era Ultimanoche y el cielo estaba cálido y azul. Disparó una flecha directamente hacia arriba, dentro del Azul, y golpeó a un *kreedog*, un monstruo deforme con tres ojos y colmillos ocultos. No podía ver los colmillos, pero sabía que estaban allí. Los otros querían matarlo, pero él lo cubrió con su cuerpo, mientras gritaba: « ¡No. No! ¡Tengo que llevarlo a mi madre! Ella morirá sin él.» Pero los otros lo empujaron a un lado y mataron la cosa, y en el momento que lo tocaban, sintió el cuchillo de Kelovar ansioso en su garganta.

Alguien pisó una ramita.

Dahar se despertó de inmediato. Sin ruido, se introdujo más profundamente en las sombras, con el cuchillo en una mano y el tubo que disparaba perdigones en la otra. Luchó para liberar su mente de su paralizante agotamiento.

Una figura estaba de pie en el otro extremo del corredor, iluminada desde atrás de la borrosa arcada. La figura no era lo bastante alta para ser un guerrero jelita ni cualquier soldado delysiano que Dahar hubiera visto. ¿Una mujer? No una hermana-guerrera, y aunque la figura estaba en su mayor parte en la oscuridad parecía demasiado ancha en proporción a su altura para ser un luchador.

Con la espalda contra el muro, Dahar se acomodó para estar de pie y maniobró silenciosamente para lograr la mejor posición posible. Su cuerpo se tensó para la lucha.

Súbitamente una luz brilló directamente en su cara, cegándolo; era una luz anaranjada, sin calor.

—No puedes estar aquí sin una cerradura —dijo Grax. Tenía en la mano una

tira de tela anaranjada—. Todos los humanos en R'Frow tienen cerraduras de pulgar, Dahar. No puedes permanecer aquí sin una. No sería seguro.

32

Cuando Dahar la dejó cerca del Muro Gris, Ayrys había ido a buscar las plantas medicinales para entorpecer la mente, que le daría a SuSu.

Recordaba haber visto malezaglobo a lo largo del sendero que iba hacia la Sala de Enseñanza, precisamente el día de la primera lluvia dentro de R'Frow. Florecía detrás de la campanilla de plata en la sombra profunda, cerca del tronco de un árbol. La campanilla de plata podía florecer otra vez con esta nueva lluvia, pero aunque no lo hubiera hecho, Ayrys pensó que podría encontrar el árbol que buscaba. Estaba cerca de la Sala de Enseñanza, en una de las curvas del sendero de wrof. Senderos geds, como los diseños de cojines, curvos y arremolinados; sólo los muros eran rectos.

Aún podía sentir la cálida mano de Dahar sobre su brazo. ¿Qué había ocurrido durante las horas que había pasado con el gigante enfermo?

Una sombra se movió más allá de un grupo de árboles, y Ayrys se quedó helada. La sombra se acercó y se transformó en un albañil que Ayrys conocía ligeramente, un hombre grande, de cara roja, cuya boca era una línea increíblemente severa. Hizo un gesto de asentimiento a Ayrys y continuó caminando.

Encontró la malezaglobo sin dificultad, detrás de la campanilla de plata. Todas las campanillas de plata estaban muertas.

Arrodillada en el sendero de metal, apartando la alta hierba con ambas manos y escudriñando dentro de la oscuridad en la base del árbol, Ayrys observó las plantas. La campanilla de plata crecía en Delysia. Las hojas deberían haber sido verde pálido, ligeramente veteadas de rojo y velludas al tacto. Éstas eran grises. Sostuvo una hasta la cúpula y echó una ojeada al color verde. Las venas eran pálidas y delgadas, y los cortos tallos, que deberían haber sido fuertes y leñosos, colgaban lacios.

Ayrys sintió el suelo alrededor del árbol. Era bastante húmedo. Se internó en un caminito dentro de la maleza hasta que llegó a un arbusto de su misma altura. Era de un tipo que recordaba haber visto en toda la sabana. ¿No significaba eso que era lo bastante fuerte como para soportar frío, calor, sequía, inundación?

Examinó el arbusto. La madera aún estaba firme, pero las hojas eran ralas; Ayrys podía sentir las pequeñas salientes de donde habían caído las hojas. Las que quedaban estaban amarillentas y no había nuevos brotes.

Ayrys recordó una frase que Grax había pronunciado pocos días atrás, mientras les mostraba, a ella y a Dahar, las divisiones del núcleo de una célula a través de la ampliadora. Lo que no crece, había dicho el ged, muere.

¿Estaba muriendo R'Frow?

Miró las otras plantas, pero no pudo estar segura de cuáles tenían buen aspecto y cuáles no. Había pocas plantas en un taller de vidrio. Las únicas que ella conocía en los alrededores eran ornamentales o resultaban quemadas por las cenizas usadas en la fabricación del vidrio. Pero le parecía que muchas de estas plantas tenían un marchitarse sutil, una languidez que no era muerte pero tampoco crecimiento, como plantas de la sabana llevadas dentro de los muros de Delysia para su florecimiento, y luego plantadas erróneamente en un lugar con demasiada sombra.

Un año… el ged había querido decir que R'Frow duraría un año, y Grax nunca había dicho algo diferente. Pero Ayrys nunca se había dado cuenta de que la razón era la luz, esa cálida y no natural que hacía todo tanto más fácil que lo que habían sido los días penosos y las interminables noches de Qom.

La luz; había algo más en su mente acerca de la luz… Fastidiaba un momento y luego se iba.

La malezaglobo parecía estar en buenas condiciones. La cogió y también la otra planta que había mencionado Dahar, bayas de lin, y las llevó al bazar siempre tumultuoso que inundaba los salones delysianos. Había siempre fuegos ardiendo justo más allá de los arcos donde, por dinero, las mujeres cocinaban gamo cazado en el desierto, agregando hierbas y prestando la atención que los mismos cazadores no querían dar. Por unas pocas monedas, alguien herviría las hojas de Ayrys conforme a las indicaciones de Dahar. ¿Reconocería una cocinera la combinación como una droga para embotar la mente? Probablemente no; ni siquiera los curadores delysianos se acercaban a las habilidades de los sacerdotes-guerreros jelitas.

SuSu había estado sola durante una hora con su pena y su dolor. Esa pobre niña… Ayrys apresuró el paso; pero en el borde del mercado se detuvo con sorpresa.

Caos. Gritos. Delysianos discutiendo, gritando y golpeando los puños con ira. Podía percibir una nota peligrosa en la ira; le recordaba aquella primera noche en R'Frow, cuando Khalid había reunido la cólera y el temor en ambas manos y había conseguido para sí el liderazgo de los soldados delysianos.

Ondur, amiga de Ayrys en el dormitorio que estaba junto al suyo, estaba en el borde de la multitud con su amante, el soldado Karim. Cuando vio a Ayrys fue hacia ella con las manos extendidas.

—¡Estás a salvo! Cuando no te vi, tuve miedo… ¿Dónde has estado, Ayrys?

—Ondur, ¿qué ha sucedido? ¿Por qué todo este griterío?

—¿No sabes?

—No, yo…

—Khalid nos ha traicionado —dijo Karim torvamente.

—No —dijo Ondur con igual tono—, no lo ha hecho. —Ambos intercambiaron una mirada que no tenía nada que ver con Ayrys, una mirada de hostilidad e impaciencia.

Ayrys tomó el brazo de Ondur.

—¿De qué estás hablando? ¿Los geds nos han… desterrado?

—¿Los geds? No, no. Se trata de Khalid y la comandante jelita. Han hecho una alianza para que no se produzcan más muertes. Y ellos tienen razón —dijo Ondur dirigiendo una fiera mirada a Karim—. No es un gran precio por la paz.

—Los artesanos tienen tanto sentido militar como los pájaros —dijo despectivamente Karim.

Ondur dirigió a su amante una mirada larga e inquieta, como la de una mujer que tiene miedo de lo que está viendo en su hombre. Se volvió directamente hacia Ayrys.

—Seis de ellos han hecho una alianza. Khalid, Sancur, Kelovar…

—¡Kelovar!

—Kelovar, no —dijo Karim, ceñudo—. Esta cobardía no es suya.

—… y tres jelitas, su comandante, el segundo y otro más. Un guerrero jelita asesinó a un soldado esta mañana temprano o anoche, y los jelitas permitieron que Khalid matara al guerrero que lo hizo. Nos lo *entregaron*. Si alguien más de cualquiera de los dos bandos mata de nuevo, los seis encontrarán al asesino y… lo ejecutarán. Para que no haya más muertes.

Ayrys la miró fijamente. Ondur sonrió tristemente.

—Es difícil de creer, ¿no? Un consejo, eso es lo que es, un consejo de la ciudad. Con jelitas y delysianos.

—Para debilitarnos —dijo Karim.

—No. Para que los geds vean que todos nosotros estamos tratando de vivir conforme a sus leyes. Hacer lo que ellos nos dicen para que podamos así quedarnos en R'Frow.

Karim se burló.

—Y a vosotros esto os gusta tanto que dejáis que Jela os gobierne.

—¡Sí! —dijo Ondur furiosamente—. Me gusta esto. Me gusta tener suficiente para comer y no tener frío, y estar donde… donde nadie pueda encontrarme. Y nos dirige Khalid, no Jela. Khalid, Sancur y Kelovar.

—Kelovar, no.

—Él estuvo de acuerdo —dijo Ondur. Estaba de pie, vuelta hacia Ayrys y oblicuamente hacia Karim, como si el mirarlo directamente la lastimara. Pero

ahora giró hacia él y apretó los puños—. ¿O estás diciendo, Karim, que Kelovar desobedecería a Khalid, a su comandante? ¿Es así cómo funciona tu sentido militar? Y tú… si Khalid te da una orden sobre esta alianza *kreedog*, ¿desafiarás a tu comandante?

Karim refunfuñó.

—¡Respóndeme! ¿Lo harías?

El rostro de Karim traicionaba su lucha, fiera pero breve.

—Si Khalid transfiere un soldado a esa escoria y me ordena que sea parte de ella…

—¿Qué harías?

—Obedecería a mi comandante —escupió por fin.

Ondur se relajó. Tocó suavemente el brazo de Karim, como si pidiera disculpas.

—Sabía que lo harías.

—Pero Kelovar no podría. No podría, Ondur.

Al oír el nombre de Kelovar, Ondur se volvió de nuevo hacia Ayrys.

—Tú no has dicho nada, Ayrys. Sé que tú y Kelovar no estáis… no…

Ayrys tenía la garganta seca. Pronunció una sola palabra.

—No.

—Podrías decir —continuó Ondur pensativamente, y Ayrys pudo ver que lo decía para que Karim lo oyera, probando la victoria que acababa de obtener sobre él—, que es peor para los jelitas que para nosotros. Ellos nunca entienden la negociación. Tratar de obtener el mejor precio simplemente les enfurece porque ellos no tienen la libertad para hacerlo. Mi madre comerciaba con Jela. Ellos no pueden regatear; no comprenden la forma inteligente para llegar a los tratados.

—Porque son estúpidos —intervino Karim—. Son como piedras; no permiten a los guerreros varones y mujeres acostarse juntos porque ellas podrán quedar embarazadas; no permiten a los guerreros cohabitar con ciudadanas porque se supone que éstas son inferiores, y hacen que los luchadores se acuesten juntos… aunque eso no es algo que me importaría cuestionar…

Se había desquitado de Ondur. Ésta apretó los puños y se dirigió a Ayrys.

—¿Vas a comer con nosotros?

—No… yo… Tengo algo que hacer. Yo…

—Estás pálida. ¿Te encuentras mal?

—Nadie está enfermo en R'Frow —dijo Karim, y dirigió una mirada penetrante a Ayrys—. Dinos lo que piensas sobre esta alianza *kreedog*. No lo has dicho.

Ayrys encontró su voz, baja y esforzada, pero suya de nuevo.

—Pienso que son valientes. Todos ellos, los seis. Tratar de detener los asesinatos por todos los medios… R'Frow no está en favor de las muertes, y Dahar tiene razón al darse cuenta de esto.

—Khalid —dijo Karim. Sus ojos se achicaron—. Khalid habla por Delysia.

—Ella quiso decir Khalid —dijo Ondur—. ¿No te das cuenta de que está extenuada? Vete a acostar, Ayrys.

—Enseguida voy. —Pero todo el tiempo que estuvo de pie cerca de la cocinera, hirviendo campanilla de plata y bayas de lin cerca de la parte de atrás del mercado, trató de imaginarlas y luego sentirlas.

« ¿Por qué una delysiana se preocupa por una ramera jelita? ¿Hay alguna razón?» Y de nuevo, más vivamente: « *¿Por qué?*» Para asegurarse. ¿Dahar había preguntado para tranquilizarse si había alguna conexión posible entre ella y SuSu, entre delysianos y jelitas, entre él y Khalid? « Es peor para los jelitas que para nosotros» , había dicho Ondur. « Ellos nunca entienden la negociación.» *Sí*, pensó Ayrys, *porque ellos intentan cumplir sus tratos*. Pensó en Jehane, cuidando a una delysiana a través de la sabana porque pensaba que hacerlo era consagrarse al honor. Pero cuando Jehane hubo matado a los atacantes de Ayrys, ésta le preguntó « Pero, ¿qué habría ocurrido si hubieran sido jelitas?» Incluso Jehane, sencilla y joven, había entrevisto la terrible posibilidad de dos lealtades aplastándola como rocas opuestas, y se había marchado enojada con paso majestuoso.

Dahar no era joven ni tonto. Ayrys pensó en aquella mente rápida e impetuosa para lo que los geds podían enseñar, y sintió de nuevo la mano de Dahar en su brazo. Dahar sentía algún extraño dolor cuando acostó al bárbaro dentro del Muro. Sus esfuerzos para mantenerse firme casi se habían quebrado cuando Ayrys preguntó: « ¿Qué ha sucedido esta mañana? ¿Qué has hecho?» Había sido la mitad de la pregunta. La otra mitad era: « ¿Cuánto te ha costado? Una ganga…» ¿O no podía un jelita permitirse pensar en ello de esa forma?

Eso lo haría aún peor para él.

—Aquí tienes —dijo la cocinera—. Dos habrin.

—Quedamos en uno.

—Quedamos en dos —replicó la mujer—. Ése fue el acuerdo. —Sus ojos resplandecieron socarronamente.

Ayrys dejó caer una moneda a los pies de la mujer y se alejó sin hacer caso de sus maldiciones, fría y con un enojo desproporcionado al pequeño incidente. El enojo se mantuvo a lo largo del sendero, lejos de los salones delysianos, hasta que fue detenida en la red de vigilancia.

Estaba casi oscuro. No la dejaron pasar. Fue enviada de vuelta dentro de la red.

Enojada, frustrada, imaginando claramente el sufrimiento de SuSu, sola en su habitación, cerrada con llave —esa niña, aún más pequeña que Embry—, Ayrys regresó a su propia habitación. Debido a la advertencia de Dahar de no dejar precipitar la medicina, no había mezclado ambas plantas sino que las llevaba en cuencos separados. Podría llevárselas al día siguiente, cuando la red de centinelas

dejara pasar a la gente que iba a la Sala de Enseñanza. SuSu sola toda la noche…

Ayrys puso cuidadosamente las dos tazas en un rincón de su habitación, detrás del revoltijo de alambres, electroimanes, motores sencillos que había aprendido a construir. Se sentó sobre un cojín, apoyó la espalda contra el muro y cerró los ojos. Las imágenes se amontonaban en su mente. El gigante blanco, la niña desesperada y aterrorizada, Dahar cerca del Muro, SuSu suplicando permanecer con su amante, y Grax —tan bueno para explicar el mundo— que rehusaba dar una explicación y que oía escasamente a SuSu porque estaba tan ocupado escuchando algo que nadie podía oír, tan ocupado escuchando…

Estaba escuchando.

Ayrys abrió los ojos y se sentó más derecha. Por supuesto, eso es lo que Grax estaba haciendo: escuchar. Había un equipo dentro de su transparente casco de wrof que le permitía escuchar algo. La misma Ayrys había aprendido a construir electroimanes que emitían chasquidos y zumbidos, el ged debía de tener un equipo que podía producir otros sonidos. Pero ¿dónde estaban los alambres y las células eléctricas?

Casi se rió de sí misma. Los geds disolvían los muros y construían el cielo. No necesitaban alambres.

Bueno, entonces, ¿qué estaba escuchando? ¿Chasquidos? ¿Voces? ¿Era posible?

No habría forma de saber lo que era posible para los geds, no había ninguna unidad de medida adecuada. Pero si escuchaba voces, ¿de quiénes eran?

No había respuestas. Ayrys se devanó los sesos hasta que no pudo seguir pensando con claridad, sin encontrar respuestas. Podía preguntarlo a Grax.

Pero el ged no le había dicho nada acerca de oír voces dentro de su casco. Por otro lado, los geds normalmente sólo respondían a lo que se había preguntado. ¿Por qué hablar a los humanos sobre esto? ¿Por qué *no hablar* a los humanos sobre esto?

Ninguna respuesta.

Trató de dormir pero no pudo. Estaba despierta, sentada sobre los cojines, cuando se abrió la puerta.

—Hola, Ayrys.

Kelovar estaba en su habitación. Involuntariamente, estúpidamente, echó un vistazo detrás de él en la puerta. Pero ella la había cerrado, por supuesto. Una vez intercambiadas las cerraduras, no había forma de deshacer jamás el intercambio.

—Kelovar, te dije que no vinieras aquí.

—Ya lo sé. Pero tenía que venir.

Ella se puso en pie, contenta de no haberse desvestido, y lo miró más de cerca. Sus ojos claros brillaban extrañamente, pero la piel de su rostro estaba distendida por el agotamiento. Como la de Dahar. Pero a diferencia de Dahar, Kelovar irradiaba algo que daba miedo, y que la disuadía de acercarse más.

Tuvo la súbita y fantástica impresión de que, como el arbusto detrás de la malezaglobo, los meses pasados en R'Frow habían hecho a Kelovar menos íntegro de lo que había sido antes, como si hubiera perdido capas blandas y verdes de sí mismo que se habían marchitado en la oscura luz ged. Apartó la fantasía. La riqueza de la ciencia ged podría dejar indemnes a la mayoría de los humanos, ¿pero cómo podía hacer peor a un hombre?

Si sabe que no puede compartir, pensó una parte de ella.

—Tenía que venir para advertirte —dijo Kelovar.

Una sensación de miedo recorrió a Ayrys. ¿Alguien la había visto hablar con Dahar, con la mano de él sobre su brazo?

—No trates de nuevo de pasar a través de la red de centinelas por la noche. Ni para ir a buscar cosas para tus juguetes geds, ni por ninguna otra razón. Los juguetes pueden esperar hasta que la red esté abierta. No lo vuelvas a intentar.

—¿Cómo supiste que lo había hecho? —Estúpida, estúpida… si Kelovar se había convertido en teniente de Khalid, por supuesto que lo sabría.

Kelovar la miró atentamente. Ella reconoció la mirada, pero antes de que pudiera hablar, los Muros que tenían alrededor comenzaron a gruñir.

—Humanos de R'Frow. Ha habido dos asesinatos aquí, contra los deseos de los geds. Hemos prometido el destierro por ello. Los humanos están tratando de evitar que haya más muertes. Los geds esperarán y comprobarán este intento. Nadie será desterrado mientras los geds esperan y observan.

La mandíbula de Kelovar se tensó por la furia súbita. Ayrys se apartó un paso de él. Pero Kelovar no dijo nada, no hizo ningún comentario sobre el mensaje del muro, el cual, como los demás mensajes geds, se repetía tres veces en el mismo tono tranquilo. ¿Por qué ellos tenían tres ojos?, se preguntó Ayrys, y sintió que una burbuja de insana risa, de alivio, se elevaba en su garganta.

Mientras hablaban los muros, Kelovar miró lentamente alrededor de la habitación llena de ciencia ged, «juguetes» geds. Cuando el Muro hubo terminado, puso las manos sobre los hombros de Ayrys.

—Ten cuidado, Ayrys, no quiero que te hagan daño.

Ella reculó otro paso y las manos de él cayeron vacías a los lados.

—Ayrys…

—No, Kelovar. Lo siento, pero no. Ni esta noche ni nunca.

—No me lo creo.

—Créelo, por favor. Nunca.

Se fue. Ayrys se acostó sobre los almohadones y trató de dormir.

33

—Talot —dijo Jehane—. No.

Se arrodilló al lado de los cojines y extendió la mano para acariciar el cabello de Talot; luego la retiró, impotente. Talot no lloraba. Estaba acostada boca abajo, sobre los cojines, inmóvil, sin pedir consuelo. No había pedido nada. Había regresado de la alianza con dominio de sí misma, los ojos secos y la cara blanca, fuertemente controlada. La historia que corría por los salones jelitas era cierta, le dijo a Jehane. Ella había identificado a Jallaludin, a Dahar, y Belazir había permitido que Khalid lo matara. Dahar había sido expulsado de los hermanos-guerreros. Todo era cierto.

—Talot.

—Déjame sola, Jehane. Te lo ruego. Soy una hermana-guerrera. No me insultes con la debilidad de una ramera.

Jehane enmudeció. Talot tenía razón. Era una hermana-guerrera y la debilidad era para ciudadanos y rameras. Así lo había sido siempre. Sólo…

¿Pero por qué era todo más traicionero en R'Frow de lo que había sido en Jela? ¡Puag! R'Frow era tan traicionera como Delysia misma. Las hermanas-guerreras deberían saber qué hacer y qué sentir, y luego hacerlo y sentirlo. Jehane debería. Talot debería.

Pero ésa era la traición… Talot lo era. Una hermana-guerrera debería ser dejada sola con sus propios fracasos, y eso era lo que Talot pedía. Así, ¿por qué Jehane se sentía tan rastrera? ¿Por qué era devorada por este estúpido deseo de hacer algo por Talot cuando ésta no quería que se hiciera nada por ella, y cuando de todos modos no había nada qué hacer?

Las cosas no eran como se suponía que debían ser.

Durante el mensaje de los muros sobre que no habría destierro, Talot no levantó la cabeza ni se movió. Parecía no haber oído. Jehane escuchó en silencio total. No había nada más qué hacer. O si lo había, no podía pensar en ello.

34

SuSu abrió ligeramente la puerta y escudriñó en el corredor. Estaba vacío. Esperó con el corazón latiendo fuertemente y luchando contra sus propias manos. Una y otra vez se crispaban para cerrar con fuerza la puerta, una y otra vez se esforzaba por mantenerlas quietas. El miedo hacía borrosa su visión de modo que

los muros del corredor parecían tambalearse hacia dentro y hacia fuera; una horrible respiración metálica; pero ni siquiera eso podía mantenerla quieta, y a pesar del horrible tambaleo, el corredor estaba silencioso. Aún tenía el silencio.

El silencio que él le había dado.

Él no regresaba. Acurrucada en un rincón de la habitación toda la noche, demasiado paralizada por el miedo para atravesar la sala y envolverse en una manta, había esperado que las voces oscuras comenzaran de nuevo a atormentarla. Él se había ido. Había mantenido lejos a las voces. Ahora las voces volverían, lacerándola, urgiéndola a hacer cosas que la lastimarían, como una vez le habían hecho cerrar con llave su habitación contra los hermanos-guerreros, le habían hecho cruzar la sabana hacia R'Frow, y le habían dicho que no tenía que ser una ramera.

Pero las voces no habían vuelto. Y en el bendito silencio, hacia la mañana, había ratos en los que el temor se iba un poco, sólo un poco, y SuSu pudo pensar.

Él no regresaba. La razón era que el monstruo lo tenía detrás del Muro. Estaba prisionero detrás del Muro.

Pero ella también había sido una prisionera, y él la había salvado. La había llevado lejos y la había dado seguridad y el hermoso silencio. Él la había salvado.

Cada vez que su mente alcanzaba este punto —lenta y dolorosamente, temblando en su rincón—, SuSu veía de pronto qué pensamiento venía a continuación. Entonces el negro temor aullaba sobre ella, dispersando todo el pensamiento. Mientras se enfurecía a través de su mente en oleadas, no tenía que ver lo que había visto.

Pero el miedo cesaba finalmente, y el pensamiento se volvía más fuerte, y luego más fuerte todavía, hasta que era tan poderoso como había sido una vez la voz oscura, y al igual que la voz oscura, este otro pensamiento estaba diciendo lo que tenía que hacer.

Y como ocurría con la voz oscura, no había escape. Tenía que hacerlo. Él la había salvado.

Sus pies pequeños no hicieron ruido. Escuchó un buen rato en lo alto de la escalera, y finalmente descendió y estuvo de pie temblando en el salón de abajo, con los delgados brazos alrededor del cuerpo y los negros ojos dilatados por el terror.

No había amanecido totalmente. El salón estaba oscuro y fresco, todos los bordes sombreados en gris, excepto el resplandeciente círculo anaranjado en lo alto del Muro, al lado de la escalera. A diferencia del círculo en su habitación, sobresalía un poco del Muro como una burbuja anaranjada.

De pronto, el círculo la atemorizó. Era demasiado brillante contra la tenebrosa oscuridad del resto del salón. Era demasiado anaranjado. El brillo, el color naranja… de pronto eran demasiado fuertes para ella, ambos súbitamente tan malos como el ruido en el silencio que él le había dado. Se puso las manos

sobre los oídos, pero aún podía oír el ruido anaranjado.

Blanco. Debía ser blanco. Si el círculo fuera blanco, sería como él. No sería fuerte. No lastimaría.

SuSu se quitó el blanco tebl. No llevaba nada debajo. Sus dedos, apenas más gruesos que sus clavículas retorcieron el tebl sobre el círculo anaranjado.

Ahora era blanco. SuSu se agarró a la escalera, respirando fuerte.

Debajo sonó una sola nota. Los tableros de las mesas del suelo se disolvieron y surgieron otras mesas de wrof cada una con cuatro cuencos de humeante comida.

SuSu descendió la escalera lentamente. Levantó cuatro cuencos de la mesa más cercana y los colocó sobre el suelo. Con el aroma de la comida, su estómago se sacudió bruscamente. El miedo volvió a pasar sobre ella.

Pero no había escape. El otro pensamiento estaba también allí, ese que había venido una y otra vez durante la noche. No había escapatoria.

SuSu subió sobre la mesa del suelo. Se acostó de lado, con las rodillas hasta la altura de la barbilla, doblando su cuerpecito tanto como pudo, procurando no sobresalir del borde de la mesa. Sacó todo el aire de los pulmones. Desnuda, pequeña como una niña, se quedó esperando.

Después de un rato, la nota sonó de nuevo. Los tableros de las mesas del suelo se disolvieron, los cuencos de comida no reclamados se hundieron lentamente. Los lados de las mesas del suelo comenzaron a seccionarse hacia dentro desde los bordes sobre ella. Por un momento aterrador, pensó que no estaba lo bastante aplastada, y que el metal de cierre no cerraría. Entonces el final de la luz tenebrosa desapareció, y quedó encerrada en la oscuridad, pequeña y desnuda en el vientre wrof.

No sonó ninguna alarma. Ningún niño había llegado a R'Frow a través de la sabana. Los geds número-racional sabían que los conductos de comida eran demasiado pequeños, incluso para la desalentadora extensión de las medidas de los cuerpos producidos por genes salvajemente variables. La Biblioteca-Mente había computado las desviaciones sobre una curva de probabilidad. El tebl de SuSu cubría el monitor. No sonó ninguna alarma.

SuSu sollozó y luchó contra el miedo negro. Ahora casi podía oír la voz oscura, escondida en el miedo como guerreros en la niebla, esperándola a ella. Pero vio la otra cosa también, el otro pensamiento, y su mente se extendió y lo agarró con ambas manos. No había escapatoria. Pero no tenía que haberla. Estaba siguiendo el pensamiento. Ya no era una ramera. Había decidido no ser una ramera, así que no había escape posible. Era una cosa con posición sólida dentro de la aullante niebla oscura que llenaba su mente, la cosa que evitaba que mente, hueso y músculo se disolvieran completamente.

Había estado siempre allí, siempre.

Lo que es libremente entregado debe ser libremente devuelto.

Él la había salvado. Y ahora estaba encerrado con los monstruos. Lo que es entregado, debe ser devuelto.

SuSu se internó silenciosamente dentro del Muro.

35

Jehane pasó frente a tres hermanas-guerreras que descansaban al borde del patio de prácticas. Aunque apenas había plena luz, los primeros guerreros de la red ya habían terminado las prácticas de la mañana. Trespelotas, ballestas, tubos de perdigones, y cuchillos estaban esparcidos en desorden sobre la hierba al lado de ellos.

—Te has equivocado de camino —dijo una de ellas a Jehane, que frunció el ceño y continuó caminando.

—Va a cazar en el desierto.

—No queda caza en el desierto. Apenas.

—Perderás la Sala de Enseñanza —dijo una de ellas.

—¿Dónde está Talot? —preguntó otra.

Jehane se detuvo y se giró hacia ellas.

—¿Qué os importa?

Una hermana-guerrera de mayor edad (no era líder de un núcleo, pero estaba a cargo de las prácticas de esta mañana), dijo en tono de advertencia:

—Sharimor…

—Que responda como una hermana-guerrera. ¿Dónde está Talot? No ha acudido a las prácticas.

—En nuestra habitación.

—¿Y dónde vas?

—¡A cualquier parte, menos a sentarme aquí!

La guerrera mayor dijo en tono conciliador:

—Raramente has estado sentada. Has practicado bastante fuerte, como todo un núcleo.

—Todos sabemos que Jehane es indestructible —dijo Sharimor con colérica malicia. Estaban todas enojadas, tensas, irritadas, con los sucesos del día anterior sin digerir. Jallaludin, la *kreedog*, la expulsión del teniente primero—. Nada agota a nuestra Jehane.

—Basta —dijo la mayor—. Jehane, no vayas a la Sala de Enseñanza.

Debemos ser cautelosos.

Jehane atacó duramente. Había estado buscando algún lugar para hacerlo; los blancos del patio de prácticas no lo habían previsto.

—¡Cautelosos! ¡Así que ahora ser una hermana-guerrera significa ser cautelosa! ¿Desde cuándo? ¿O es sólo otra palabra de cobardía?

Las guerreras se alborotaron con enojo, pero la líder se detuvo y dijo con voz sosegada:

—El próximo ataque, Jehane, será probablemente delysiano contra los jelitas: una venganza por… por lo de ayer.

—O una jactancia —murmuró alguien.

—No podemos permitirnos perder más guerreros. Sabes cómo son esos babosos respecto a los tratados. Si vas sola a la Sala de Enseñanza…

—Que lo prueben —dijo Jehane fieramente, estúpidamente. Sabía que era estúpido, y el saberlo la hizo sentirse aún más enojada, de modo que apartó el pensamiento. La hermana guerrera *tenía razón*, no debería luchar contra ella, y no debería ir sola a la Sala de Enseñanza. Ése era el problema en este lugar fríoscuro de corazón de meados… no se podía hacer nada. No se podía cazar, ni luchar, ni partir. Muros. En todos los lugares donde una iba, había muros. No se podía hacer nada.

Talot había rehusado la comida, el sexo; había rehusado —impensablemente — ir al campo de prácticas y dar en los blancos con las trespelotas. Cuando Jehane preguntó a Talot si iba a ir a la Sala de Enseñanza, no respondió. Simplemente, continuó acostada, con la cara oculta en los cojines, con el cabello rojo desparramado fuera de la trenza que no había cepillado la noche anterior. Mirar aquellos sucios zarcillos había llenado a Jehane de una furiosa impotencia que no podía soportar ni un minuto más. Talot estaba dolorida, y su dolor, de alguna manera, se había tornado también en el de Jehane. ¿Cómo? Talot se había convertido en uno de los muros, apartando a Jehane con una valla del lugar donde había estado antes.

Lo peor era que no podía hacer nada por el dolor. Nada ayudaría a Talot. Pero si ella, Jehane, no hacía algo y no lo hacía rápido, enloquecería como todos los demás en R'Frow. Más loca de lo que ya se había convertido en esta fangosa ciudad, donde surgían los muros y le impedían a uno ser lo que ya había sido antes.

Jehane golpeó con su cuchillo las copas de un trozo de altas malezas de arroyo. En lugar de chasquear libremente el golpe y esparcir semillas sobre el terreno, las copas se inclinaron suavemente.

Se desvió de la Sala de Enseñanza y se volvió hacia el desierto. No habría núcleo de enseñanza para ella esa mañana, basta ya de tonterías de los monstruos, o de un teniente primero que, de alguna manera, había dejado de serlo, basta ya de presumidas miradas delysianas con Jallaludin en los ojos.

No iría… no iría.

Se desplazó rápidamente; para mayor seguridad se movía cerca del muro norte. El aire rozó sus mejillas sin enfriarlas. Agitó la cabeza, pero en lugar de tranquilizarse la simple acción sólo aumentó su sufrimiento. Su mano se estrechó sobre el arco. Si pudiera ver algo de caza, si pudiera cazar, si pudiera hacer algo…

Delante de ella y a su izquierda se destacaba el bulto gris del salón que no utilizaba nadie. No, no estaba deshabitado; el gigante bárbaro vivía allí, con la ramera robada. Jehane no podía ver a la vuelta de la esquina del salón; cautelosamente hizo más lento el paso.

Oyó voces masculinas a la vuelta de la esquina.

Colocó una flecha en su ballesta, la sacó de nuevo, y en lugar de ello sacó de la cintura el tubo de los perdigones. Una fría concentración sustituyó inmediatamente a su furia. Se cubrió parcialmente con un matorral y dio unos pasos rápidos alrededor de la esquina. *Soldados* delysianos… y algo que hacer.

Pero los hombres eran jelitas.

Dos de ellos —ciudadanos, no hermanos-guerreros— estaban de pie de espaldas a ella. ¿Ciudadanos? Jehane bajó el tubo de perdigones y se preparó para preguntar por qué estaban allí y no de camino hacia la Sala de Enseñanza. Entonces, uno de ellos se movió, y detrás de ellos Jehane vio una mujer. La sopladora de vidrio delysiana, con un cuenco de comida en cada mano y el rostro pálido.

El ciudadano dio un paso hacia Ayrys. Jehane vio su mirada a los cuencos en sus manos, a la cara del hombre y otra vez a uno de los cuencos. El hombre extendió su fornido brazo, Ayrys le arrojó un cuenco a la cara, dio la vuelta y se fue corriendo. Falló, por supuesto, como había fallado en la sabana. Los dos hombres corrieron tras ella y en un momento la habían alcanzado.

Jehane había vuelto a la sabana, junto al río, al otro lado del Muro Gris. Ayrys se apoyaba mareada en un árbol y decía: «¿Qué, si hubieran sido jelitas? ¿Habría tenido tu protección?» Pero ahora ella no le debía protección. Era a Talot a quien hubiera querido proteger del dolor, y había fracasado.

Y una comandante suprema había entregado a un guerrero al enemigo para que éstos lo mataran, y un teniente primero había sido expulsado de las filas, y todas las antiguas reglas se habían convertido en muros que no servían.

Ayrys gritó. Los dos hombres la arrojaron al suelo; uno aplastó los brazos de ella sobre la cabeza y el otro levantó una roca.

Matar a un delysiano como venganza había sido prohibido. Pero Belazir no había dicho nada sobre mutilación.

De pronto, Ayrys consiguió soltar una pierna y acometió con fuerza con la rodilla hacia arriba. Acertó al hombre en la ingle, y éste dio un alarido de dolor. El otro, sorprendido, le soltó los brazos, y Ayrys trató de escapar rodando.

La sopladora de vidrio estaba luchando. Ciegamente, estúpidamente. No tenía posibilidades de liberarse rodando con tiempo suficiente para levantarse y correr, no en esa posición, pero aún estaba *luchando*. Después, repasándolo una y otra vez en su mente, Jehane se dio cuenta de que si Ayrys se hubiera quedado pasivamente, si hubiera llorado o suplicado, Jehane se hubiera ido y hubiera dejado a los hombres jelitas ocupados en su juego delysiano. Pero Ayrys luchaba. Estaba haciendo algo.

Y puesto que la mujer estaba haciendo algo para ayudarse, puesto que no había nada que Jehane pudiera hacer para ayudar a Talot, que todos los muros en ese lugar, bolsa de mierda, eran de alguna manera diferentes, y puesto que la impotencia estaba enloqueciéndola, Jehane levantó el tubo de perdigones.

El hombre a quien Ayrys había golpeado con la rodilla le agarraba la pierna derecha, mientras el otro volvía a cogerla de los hombros.

Entonces el primer jelita aferró la rodilla con la mano derecha y su tobillo con la izquierda, y con un violento movimiento le dio la vuelta. Sostuvo ambos tobillos con una mano, levantó la roca y la descargó sobre la pierna izquierda, entre el tobillo y la rodilla. El hueso se rompió con un sonoro crack y Ayrys comenzó a gritar.

Jehane corrió hacia delante.

—¡Alto! ¡Ahora mismo!

El que estaba junto a la cabeza de Ayrys miró hacia Jehane y abrió la boca con sorpresa. El otro se volvió lentamente. Cuando vio a una hermana-guerrera puso cara de extrañeza.

—Alejaos de ella. Retroceded lentamente.

Ninguno de los dos estaba armado. Eran ciudadanos, no guerreros. Sin palabras, como ciudadanos, obedecieron a una hermana-guerrera.

Jehane dijo:

—La comandante suprema ordenó no matar.

—No íbamos a matarla —dijo el primer hombre. Su confusión se estaba transformando en cólera, que Jehane advirtió que no se atrevía a mostrar. *El próximo ataque probablemente será delysiano contra los jelitas*, había dicho el líder de prácticas. Ésta no era la forma en que era de suponer que ocurriría.

El hombre repitió más fuerte:

—No la mataremos. —Jehane observó que Ayrys se había desmayado. Un blanco hueso sobresalía de su pierna, por encima del charco de sangre.

—La comandante suprema quiso indicar que no debía producirse ninguna violencia —dijo Jehane fríamente—. No tenéis por qué tergiversar sus palabras. Id a la arcada de su salón y esperadme allí.

Uno de los hombres, abiertamente atemorizado, dio la vuelta para irse. Pero el que había roto la pierna de Ayrys lo detuvo poniéndole la mano sobre el brazo, se pasó la lengua por los labios, y no se movió. Sus ojos se encontraron con los de

Jehane.

Ciudadanos jelitas. Era impensable que un ciudadano jelita desobedeciera a un guerrero pero en ese oscuro y frío lugar continuaba sucediendo lo impensable. Si desobedecían su orden para que dejaran de hacer lo que siempre habían tenido el derecho de hacer, matar delysianos, ¿los mataría? ¿Podría hacerlo?

Jehane meditó la respuesta fríamente. No los mataría. Azotarlos hasta la inconsciencia por desobedientes lo haría con gusto, pero no matarlos. No mataría a ciudadanos jelitas a los que había jurado defender. Algo quedaba de lo que se suponía que debía ser. No por causa de una sopladora de vidrio delysiana.

Su mano tembló un instante en el arma. Un pequeño temblor, pero el hombre lo advirtió. De entre su tebl extrajo un cuchillo, que no debería haber tenido, y se detuvo.

Pero él también era jelita, era de su misma casta. Titubeó, y en ese instante Jehane disparó, no con el tubo de perdigones ni con la ballesta sino con la trespelotas. Ésta se enroscó en las rodillas del ciudadano, que cayó sobre la hierba. Jehane ya había girado el tubo de perdigones para cubrir al otro hombre, que parecía aterrorizado y no se movía.

—¡Coge su cuchillo y tíralo al suelo; y el tuyo también!

Obedeció. Jehane dijo furiosamente al hombre caído:

—Podría haberte roto la pierna, recuérdalo. Y tú —dijo al otro— si valoras tu vida aléjate de ella, hacia los salones de los guerreros. Dile al primer guerrero que veas que venga aquí y que traiga un Azul y Rojo. Si no lo haces, te juro que te mataré yo misma de un disparo.

El hombre se fue. Jehane lo miró hasta que se perdió de vista. Luego ató al otro ciudadano la muñeca al tobillo mientras él le dirigía una mirada tan furiosa, que Jehane frunció el ceño como advertencia y se inclinó sobre Ayrys.

La sopladora de vidrio estaba recobrándose de su desmayo. Tenía la cara pálida y un viscoso sudor apareció en su frente. Apenas le dio tiempo de volver la cabeza antes de vomitar. Su mano cogió convulsivamente la de Jehane, quien retrocedió con disgusto. No le importaba el vómito, pero le disgustó la débil presión de Ayrys, apretando y soltando con la fuerza de un niño. ¿No hacían los sopladores de vidrio ningún trabajo? Después de sentir la mano de Talot, tan fuerte y firme…

—No te muevas —dijo Jehane con voz dura—. Tienes la pierna rota. Ya viene un curador.

Ayrys habló con un suspiro y Jehane tuvo que acercarse para oír.

—¿Por qué?

—¿Por qué te ayudé? —Jehane frunció el ceño; no hubo respuesta. Trató de quitar su mano, pero sorprendentemente el apretón de Ayrys se había intensificado y se mantuvo agarrada a la mano de Jehane. Ésta dijo:

—¡Por las órdenes de la comandante-suprema, delysiana; no por ti!

—Dahar… —Una ola de dolor cruzó el rostro de Ayrys—. Él tendrá que… lo mismo a ellos…

Jehane la observó. Se estaba regocijando. Los delysianos no habrían oído hablar todavía de la expulsión de Dahar la noche anterior, pero Ayrys se dio cuenta de lo que Jehane no había oído: que ahora, por segunda vez, la alianza forzaría a los jelitas a traicionar a los jelitas. En resumen, ¿qué había hecho? Ni siquiera se había dado cuenta. Al detener a los ciudadanos, sólo se había asegurado de que Belazir supiera quiénes eran y los entregara a los *kreedogs* para la misma mutilación que ellos habían infligido: Khalid les rompería las piernas. Y ella, Jehane, no se había dado cuenta siquiera. Pero la babosa delysiana sí, y estaba recreándose en ello.

El cuchillo de Jehane le producía comezón. En la batalla más fiera de su joven vida, se contuvo de hundirlo en Ayrys. Esto no mejoraría las cosas. No comprendía cómo había venido a ese Muro donde la lucha para la que había sido entrenada no servía para nada, pero de algún modo había venido.

—Lo hice por Talot —dijo Jehane en voz alta. Ayrys se había desmayado de nuevo y no la oía. El ciudadano jelita la miró sin comprender. De alguna manera, las palabras tranquilizaron a Jehane, y eso tampoco tenía sentido. Talot no obtenía nada por la ayuda de Jehane a Ayrys, y ahora que Khalid y su fango podrían… Pero no obstante, en alguna estúpida y loca forma oscurofría las palabras eran ciertas. Mirando a esta otra mujer que estaba viva debido a ella, Jehane pensó en Talot, y el duro nudo de pánico en su pecho se aflojó un poco. Lo había hecho por Talot.

Algunas figuras aparecieron por la esquina del salón. Un hermano-guerrero y una guerrera-sacerdotisa muy joven, con la doble hélice cosida en el hombro izquierdo del tebl sobre una luna creciente, corrieron hacia ella a través de la hierba.

36

Dentro del Muro, la Biblioteca-Mente comenzó a hacer señales. Los geds, despiertos o dormidos, o comiendo, se detuvieron, se miraron unos a otros y se acercaron mutuamente. Todas las pantallas en el perímetro, excepto la del monitor de la isla, sin importar lo que hubiera en ellas un momento antes, comenzaron a mostrar las mismas imágenes. La Biblioteca-Mente hizo una señal

de emergencia:

—Datos significativos, Primer Nivel. Datos significativos, Primer Nivel.

« Primer Nivel» significaba que la Biblioteca-Mente había obtenido algo que modificaría la Paradoja Central.

Los geds comenzaron a correr.

37

SuSu entró en el Muro. Había cuencos de guiso presionando contra ella antes y después, salpicándola con líquido aún caliente. Apareció una luz al final del eje horizontal y fue descargada desnuda sobre una pila de cuencos y alimentos, una pila que ya estaba hundiéndose aún más profundamente debajo del suelo. Otras pilas de los otros salones se extendían a su derecha e izquierda. SuSu sintió que los bordes precisos de los cuencos de wrof debajo de ella comenzaban a disolverse. Revolviéndose fuera de la pila, se incorporó parpadeando en la luz repentina, con las manos aplastadas sobre los oídos.

Se produjo un ruido terrible. Los *kreedogs* ladraban en corrales a todo lo largo de la pared. Se lanzaban contra el wrof, los colmillos desnudos y las bocas baboseantes, tratando de llegar hasta ella o hasta el alimento. SuSu se estremeció y tardó un buen rato hasta que pudo abrir los ojos y moverse.

La habitación era más grande que cuando habían llevado a ella al gigante bárbaro. Los muros se habían movido. SuSu miró aturdida alrededor. No vio nada que pareciera de la misma habitación. ¿Qué pasaría si no fuera la misma y no pudiera llegar donde estaba él? El negro temor la dejó abrumada.

Buscó a tientas a través de él hasta que encontró aquel otro pensamiento, y se aferró a él: *Lo que ha sido libremente entregado, debe ser libremente devuelto*.

Había olido los *kreedogs* cuando los geds lo habían traído allí. Y ahora los oía. Allí era donde estaba.

En el lado de la habitación opuesto a los *kreedogs*, había una serie de divisiones bajas. SuSu saltó en dirección a ellas, sin hacer ruido, con los pies desnudos sobre el suelo.

Las particiones formaban una serie de compartimentos espaciados en forma irregular. El primero contenía una mesa del suelo cubierta con un revoltijo de equipos que carecía de significado para SuSu. En el compartimiento siguiente había otro corral, éste con una superficie perforada con pequeños agujeros. Dos

pájaros jonkil habían construido un nido dentro; la hembra erizó las plumas como protección mientras SuSu pasaba. Detrás de la tercera partición crecían plantas bajo una luz tan brillante que la hizo parpadear. No había visto una luz tan brillante desde diatrés en la sabana.

Cuando llegó a la división siguiente, se llevó las manos a la boca. Un *kreedog* yacía sobre una mesa, con el vientre y la cabeza abiertos por un tajo y los ojos muertos mirándola brillantes y con expresión salvaje. SuSu sintió que le subía el vómito, pero no había nada que vomitar en su estómago. No había comido en los dos últimos días.

Cubículo tras cubículo: equipo ged, plantas y animales de Qom, cajas y óvalos de wrof transparente, casas extrañas que no hubiera podido ni imaginar.

¿Dónde?

No se le ocurrió siquiera llamarle en voz alta. El sonido era el ladrido de los *kreedogs*, y la voz oscura era ella misma gritando cuando lo llevaron detrás del Muro. Buscó en silencio. ¿Dónde?

Bordeó otra división y lo encontró.

El gigante yacía donde lo había dejado el teniente primero, de espaldas sobre la inmensa mesa del suelo, con las grandes manos blancas cayendo hacia delante, sobre los hombros. La tapa de su cráneo había sido removida, exactamente sobre sus cejas, y sobresalían tejidos retorcidos.

No había sangre. Pero entre el tejido cerebral destellaban lucecitas anaranjadas para iluminar pliegues y depresiones, como minúsculos rescoldos en cenizas grises y blancas.

SuSu alargó la mano para tocarlo. No pudo, estaba encajado en un muro, frío al tacto. Levantó un rectángulo de metal gris que estaba en medio de un revoltijo de equipos y golpeó en la claridad con toda su fuerza; el pesado metal no tenía más fuerza que su mano. Pacientemente buscó algo sobre lo que subirse. De la división siguiente arrastró una caja de wrof que no pesaba y trepó sobre ella. Pero la plataforma del gigante estaba cerrada con el mismo wrof transparente.

Inclinándose, SuSu rodeó ese claro escudo con los brazos tanto como pudo. No sintió nada, no pensó nada, tan inmóvil como el individuo en estasis, congelada en mente y cuerpo en el momento en que rodeaba la partición. Apoyó la mejilla sobre el muro que rodeaba al gigante albino.

Después de un largo rato, SuSu bajó de la caja. La arrastró con una mano hasta el lugar exacto donde estaba; con la otra mano aún agarraba el rectángulo gris oscuro que no había abollado el escudo de wrof. Sus dedos se habían congelado alrededor de él. No sabía que aún lo sostenía. Dejó el cubículo.

Los kreedogs aún se lanzaban contra la invisible barrera. SuSu estaba de pie ante ellos. No podía recordar qué iba a hacer. Los animales baboseaban y aullaban, y ella observaba, casi como en sueños, sin recordar lo que iba a hacer; sin recordar, sin pensar.

Finalmente se volvió y caminó pisando sin ruido en la otra dirección, frunciendo un poco el ceño, distraída, como si estuviera tratando de recordar algo, aunque no era así. No había recuerdos, no había nada. Dio vuelta a la habitación sin saber para qué: una figura desnuda, manchada de guiso, delicada como el vidrio.

Finalmente el suelo se movió. Debajo de SuSu se elevaron cuencos de guiso, de cuatro en cuatro. Los cuencos estaban fríos, pero donde le tocaba el guiso caliente, su piel se quemaba formando ampollas. Ella no lo sentía.

El eje la transportó a ambos lados debajo del suelo de R'Frow, y luego abruptamente hacia arriba. La luz irrumpió sobre su cabeza. Cuando abrió los ojos, la primera cosa que vio fue su blanco tebl colgado donde lo había dejado, el círculo anaranjado iluminando débilmente a través de la tela como luz dentro del tejido blanco.

La escarcha se quebró en pedazos.

38

—Ahora no sólo cooperan entre las subespecies, sino que también cambian las subespecies —dijo Krak'gar. Su olor de aturdimiento se mezclaba con el de los otros. Habían pedido a la Biblioteca-Mente que hiciera una pausa. A ninguno de los geds le gustaba cuando la Biblioteca-Mente dejaba demasiado atrás sus pensamientos y reacciones.

Todos los geds habían visto las imágenes: la mujer jelita deteniendo la violencia contra la mujer delysiana Ayrys, *atacando a dos jelitas*. Luego la delysiana había sido asistida por un curador jelita, y la jelita Jehane, en lugar de quedarse con los delysianos en calidad de su reciente adscripción al grupo, había regresado con los jelitas y había sido aceptada. A diferencia de Dahar, quien por conseguir la cooperación de la «alianza» había sido rechazado por los jelitas. Aun cuando la violencia cometida por la alianza no había sido intrasubespecies, sino en el modelo aceptado de delysianos contra jelitas. Entretanto, la delysiana Ayrys había tratado de ayudar a la jelita SuSu, quien se había cambiado a la tercera subespecie del enfermo gigante de la isla.

No tenía sentido. Los geds habían llegado a aceptar la conducta de los humanos como si fueran dos especies que mantenían una guerra territorial, como los ged y los humanos en el espacio. Y ahora algunos humanos estaban

comportándose como si esas dos especies fueran una.

—Ninguna especie en la galaxia conocida muestra mayor lealtad a otra especie que a la suya propia —refunfuñó Rowir, en la configuración del hecho absoluto.

—Ninguna. Que Armonía cante con nosotros —dijo R'Gref.

—Ninguna. Que Armonía cante con nosotros —asintió Wraggaf.

—Ninguna.

—Ninguna. Que cante siempre.

—Siempre cantará. Pero ellos son biológicamente *una* especie, no dos.

—Pero ellos creen que son dos.

—La hembra Jehane habla a su compañera como si ambas fueran aún « jelitas» .

—Pero actuó como si se hubiera convertido en delysiana.

—La Armonía canta…

—Armonía… —con feromonas de temor.

Estaba más allá del número-racional, casi más allá de la capacidad expresiva de las glándulas de feromonas. Desarrollándose en una lenta e impresionante danza, donde la solidaridad significaba supervivencia y el cambio venía lentamente, a través de milenios. Se suponía que la mente de número-racional y la comunicación de olores debían actuar en armonía, lo racional con lo moral. Wraggaf y Krowgif notaban que se acercaba una conmoción biológica. El resto presionaba cerca, rodeando y acariciando, ahogando a los dos con olores de seguridad hasta que pasara la amenaza. Luego todos retornaron a la discusión, comenzándola de nuevo, con la lenta y pesada asimilación de una especie a la que le había llevado un milenio moverse desde la idea de una rueda a la idea de dos.

Las pantallas del Muro revelaban a los humanos entrando en la Sala de Enseñanza, esperando intrigados a los geds, que no venían, alejándose sin rumbo otra vez.

Finalmente, cuando estuvieron dispuestos, los dieciocho solicitaron a la Biblioteca-Mente que expusiera su modificación de la Paradoja Central.

Eso también llevó horas de discusión.

La Biblioteca-Mente no había hallado una respuesta a la Paradoja Central ni una negación de ella. La violencia intraespecie era una responsabilidad biológica demasiado grande para que una especie de número-racional sobreviviera lo bastante como para alcanzar la propulsión estelar; sin embargo, los humanos lo habían hecho. Ninguna respuesta.

En cambio, en las configuraciones gramaticales de los hechos dispuestos en una hipótesis provisional, la Biblioteca-Mente había perturbado todas las feromonas, recomendando pasar por alto la falta de una respuesta.

—Los humanos pueden cambiar lealtades de una especie a la otra, o de lo

que ellos piensan que es una especie a la otra —refunfuñó suavemente—. Los geds son una especie diferente. Así, los humanos pueden estar capacitados para cambiar lealtades de las especies humanas a la especie ged. Tales humanos a bordo de una nave pueden estar en mejores condiciones que los geds para predecir lo que hará la flota humana. Así pues, este proyecto puede tener éxito incluso sin una resolución de la Paradoja Central.

Los dieciocho se sentaron impresionados… y sin embargo no impresionados. No habían imaginado esta trayectoria desesperada de acción; sin embargo, mientras observaban las pantallas del Muro, se habían producido básicamente las mismas reacciones en cada uno de ellos, básicamente las mismas, los mismos modelos, sólo percibidos si todavía no se les había dado una configuración gramatical. Los olores habían estado allí, todavía esquivos, abrumados por la revulsión general, pero allí: un aliento de desesperación, un perfume de resolución de actuar, el olor de estar arrinconado.

Pero… ¿humanos a bordo de una nave ged? ¿Vivir, comer, trabajar con esos violentos y erráticos gene diversificados, tan lastimosos que no sabían a qué especie pertenecían, y tan inmorales que podrían ir sin que les importara? Estalló un murmullo.

—Podrían cambiar de lealtades… —las palabras sonaban a poder de una forma u otra, no había estructura gramatical que permitiera su vinculación.

—Sin embargo de nuevo, y sin un Muro entre…

—… tener que ser tratados como geds…

—… requerimientos atmosféricos…

—Las armas de la nave…

Siguieron discutiendo. Se amontonaron más cerca uno de otro, y cuando la habitación comenzó a oler a pánico, supieron que se movían hacia la aceptación de la recomendación de la Biblioteca-Mente. El olor se tornó más fuerte. Era una idea desesperada.

Mucho tiempo después comenzaron a discutir las precauciones a tomar. Concurrieron a la Biblioteca-Mente, y trataron de pensar cómo podrían reaccionar los humanos a bordo de la nave. Pero ¿cómo podría realmente la Biblioteca-Mente saber cómo reaccionarían los humanos, si realmente podían olvidar algo tan básico como qué especie eran y crear algo tan fantástico como la propulsión estelar? Una propulsión estelar que arrebataba territorio y vidas geds. Por último, exhaustos, todas las feromonas olían a resignación, a resolución, a subordinación, a disgusto por la necesidad desesperada de la especie. Tratarían de hacer que un pequeño número de humanos inteligentes fueran leales a los geds. Lo harían en la misma forma que «jelitas» y «delysianos» y el gigante mudo aparentemente lo había hecho… brindando ayuda. Manteniendo a los humanos elegidos lejos de la violencia. Ofreciéndoles a ellos, y no a los otros, cualquier cosa que parecieran desear.

Enseguida comenzaron a recopilar nombres.

39

El dolor en la pierna y en la columna vertebral había desaparecido, arremolinándose y descendiendo por un río líquido. En su lugar estaba el río mismo, una oscura corriente de agua, moviéndose en dos direcciones al mismo tiempo, elevándose entre sus márgenes, subiendo hasta la luz.

—Dale otra dosis —dijo alguien—. Se está moviendo. ¡Puag! ¡No la dejes moverse hasta que yo haya terminado de colocar el hueso!

Le acercaron una taza a los labios. Ayrys bebió, con arcadas, y trató de volver la cabeza; alguien vertió un amargo líquido en su garganta. ¿Jehane? Pero Jehane no era una curadora. ¿Quién era? Alguien. No podía recordar…

El río se elevó y la inundó.

—Ayrys —dijo Ondur—. ¿Ayrys?

Ayrys abrió los ojos. Estaba acostada sobre cojines en su habitación. Un pequeño grupo de delysianos se amontonó en la entrada, tranquilo y expectante. Ondur y Karim se arrodillaron cerca de los cojines; la bonita cara de Ondur estaba contraída por la preocupación.

—No estoy aquí —dijo Ayrys estúpidamente. Y pensó: *¡Qué tonta!* El pensamiento se movió perezosamente como restos flotantes en agua espesa.

—Sí, sí, estás aquí —la tranquilizó Ondur—. Es la medicina que te han dado. La… guerrera-sacerdotisa… Dijo que cuando despertaras te pondrías fuerte. No, no trates de sentarte.

—¿Qué ocurrió?

En la entrada, la gente comenzó a empujar hacia dentro de la habitación, ansiosa de ver y contar.

—Dos hombres jelitas…

—Una de sus propias guerreras, una muchacha de…

—Khalid…

—Su comandante supremo…

—¡Tranquilízate! —gritó Ondur. Hizo un gesto fiero a los que hablaban y Ayrys pensó estúpidamente que cuando Ondur hizo eso se parecía a Jehane,

Jehane…

Karim empujó al grupo de delysianos hacia el corredor y cerró la puerta. Ondur dijo amablemente:

—¿No lo recuerdas? Fuiste atacada por un par de guerreros…

—Guerreros, no —le dijo Karim—. Eran ciudadanos. Escoria.

—Y entonces Jehane, una hermana-guerrera de tu grupo de enseñanza los detuvo. ¿Recuerdas, Ayrys?

—Es esa medicina —dijo Karim severamente—. No le des más. ¿Cómo oscurofrío podemos saber lo que le hace a su mente? Sus sacerdotisas-guerreras hacen cosas…

—Cállate, Karim —dijo Ondur.

—Ya… recuerdo —dijo Ayrys—. Las hojas de la malezaglobo; SuSu; el cadáver con la flecha de Jehane en el cuello… no, eso fue en la sabana.

—Recuerda —dijo Ondur a Karim, y su rostro se relajó un poco—. Era una medicina para el dolor.

—SuSu —dijo Ayrys.

—¿Qué, querida?

—Nada. ¿Cómo llegué? —De pronto el dolor subió a la superficie desde el río, sobre su pierna, y comenzó a jadear.

—¿Quieres otra dosis, Ayrys? La guerrera-sacerdotisa dejó más.

—Yo no se la daría —dijo Karim—. Kelovar dijo…

—A Kelovar no le concierne lo que ella elija. ¿Quieres la dosis, Ayrys?

—No. Dime, ¿qué más ocurrió?

—Esa chusma te rompió la pierna —dijo Ondur—. Jehane envió a buscar una sacerdotisa guerrera, que fijó el hueso y te llevó a su comandante suprema. Ella y Khalid se encontraron en la Sala de Enseñanza con los miembros de la alianza, con los *kreedogs*.

—No los llames así —dijo Karim cortante.

—… y Belazir te entregó a Khalid, y entregó también a los dos hombres. Kelovar dijo que parecía enferma de muerte.

—Es lógico que parezca enferma de muerte —dijo Karim—. Ahora no podrá decir que Delysia atacó primero. ¡Dos ataques contra la ley ged y ambos de jelitas!

El efecto de la medicina estaba desvaneciéndose, y a Ayrys le dolía terriblemente la pierna. Pero quería saber.

—¿Quién… qué hicieron los *Kreedogs*?

—Rompieron las piernas de los jelitas, igual que las tuyas —dijo Karim inmediatamente, pero sus ojos no se toparon con los de Ayrys.

—¿Quién? —susurró ella.

Hubo un breve silencio. Luego Karim dijo:

—Kelovar.

—No…

—¿Khalid? No —dijo Ondur con vehemencia—. Incluso un comandante podría no tener estómago para mutilar hombres atados.

—Pero Kelovar lo haría.

Ayrys vio su rostro, no el fatigado rostro del soldado que la había ayudado en lo de Breel mucho tiempo atrás, sino el Kelovar que había acabado por tener en R'Frow: cerrado, angustiado, como un río canalizado en desfiladeros asesinos por rocas que no podía mover. Ese Kelovar no titubearía en mutilar.

Dahar no lo había hecho. No había tenido que hacerlo. Pero de alguna forma él tenía la responsabilidad, o la había tenido el día anterior junto al Muro Gris. « *¿Qué ocurrió esta mañana? ¿Qué has hecho?*» Los *kreedogs* eran un plan de Dahar, y no de su comandante suprema, que se veía casi enferma al ejecutarlo. Sin embargo, Dahar había regresado para decirle a ella cómo hacer la medicina para SuSu.

—Ayrys, ¿estás bien? Tienes aspecto de…

—¿Quedaré lisiada para siempre?

Ondur y Karim intercambiaron miradas.

—¿Caminaré de nuevo?

—Por supuesto que sí —la tranquilizó, pero enseguida Karim pasó por encima de ella y se inclinó más cerca de Ayrys—. El curador no lo supo decir. Depende de cómo vuelva a unirse el hueso. Y aunque no me gusta reconocerlo, sus curadores son mejores que los nuestros; han salvado a guerreros que… Pero era joven, Ayrys, sólo una niña. Podía estar equivocada. Es de suponer que debes estar acostada sin mover el hueso.

Ondur dijo rápidamente:

—Te traeré comida. Y te ayudaré a hacer tus necesidades. Comparte sólo tu cerradura conmigo.

—¿Cómo va a poder hacerlo —dijo Karim— si no puede moverse hasta la puerta para presionar su pulgar con el tuyo?

—Ayrys, no has dicho nada —dijo Ondur—. No estarás pensando en… Una vez tuve un amante que fue herido en batalla, y antes que vivir lisiado él… Tú no…

—No —dijo Ayrys sorprendiéndose a sí misma—. Yo no lo haría. No buscaría más dolor.

Pero eso no había sido así en la sabana. ¿Cuándo había cambiado?

—Una curadora mejor que aquella muchacha —dijo Ondur—. Ellos son los culpables de esto y deberían haber enviado un guerrero-sacerdote de mayor edad, más experimentado…

—No. —El rostro de Karim se puso tenso.

Ondur intervino, tratando de distraer la atención de Ayrys de su pierna.

—El teniente primero, aquel guerrero-sacerdote, ha sido separado de sus

guerreros. Tú no lo habías oído decir, ¿verdad, Ayrys? Ahora es de noche y has estado ausente todo el día por el efecto de esa medicina. ¿No estaba ese teniente primero en tu grupo de enseñanza? Entonces debes saber quién es. Ha sido separado de los guerreros. Totalmente separado.

—¿Por qué? —Ayrys se volvió hacia Karim.

—Nadie lo sabe. —Karim se encogió de hombros—. ¿Quién puede comprender la forma de ser de los jelitas? Son todos unos asesinos.

—Ayrys, pareces… ¿duele mucho?

—Sí, podría dormir ahora un poco. Me encantaría dormir.

Ondur se puso en pie.

—Vendré por la mañana. Toma la medicina jelita si la necesitas.

—Procura no necesitarla —dijo Karim.

Habían alcanzado la puerta, cuando Ayrys dijo:

—Karim, Ondur, gracias por vuestra bondad. No hay… A veces pienso que no hay mucha bondad en R'Frow. Gracias.

La bonita cara de Ondur se puso tensa por un momento, y Karim descubrió a la mujer que había debajo de la brillante jovialidad, que ocultaba cualquier aflicción que hubiera dejado en Delysia con la determinación de no mirar hacia atrás. Después Ondur hizo un esfuerzo por sonreír, y el momento pasó. Apagó la luz.

Cuando Ayrys se quedó sola, cerró los ojos con fuerza. Crecía el dolor de la pierna. ¿Estaba la medicina jelita aún en la sangre? ¿Cuánto aumentaría el dolor si la medicina desaparecía por completo?

Lisiada…

Cuando abrió los ojos, el círculo anaranjado la contemplaba en la oscuridad. Sus pensamientos brincaban desordenados. ¿Era eso también una señal de que la dosis se disipaba? El revoltijo de equipo apilado en el suelo: alambres, prismas, varillas magnéticas; tenía un aspecto fantástico bajo la luz anaranjada.

Luz. R'Frow estaba muriendo por falta de luz. El Muro y la Cúpula, que mantenían afuera la luz y el frío de Qom, habían defendido a R'Frow. Y ahora la estaban matando.

Había un cierto eco sobre la palabra *luz*… En su dolor, no pudo encontrarlo.

Los geds habían hecho R'Frow. Los geds, que escuchaban dentro de sus cascos, sin alambres… algo. ¿Qué escuchaban? ¿Cómo podía entrar cualquier sonido en los cascos sin alambres? La idea era asombrosa. ¿No había nada que los geds no pudieran hacer, algo que no supieran? *Escuchar*… un murmullo de voces que se preguntaban cómo los geds conocieron la primera muerte si estaban todos encerrados dentro del Muro durante la noche; ¿cómo supo Grax que el gigante se había puesto demasiado enfermo para caminar hasta el Muro sin ser transportado? Cuando el gigante había salido de la Sala de Enseñanza, lo había hecho caminando. Nadie podía haberle dicho a Grax lo rápidamente que había

empeorado el gigante; sólo ella y SuSu lo sabían, y no habían hablado de ello a causa del silencio de SuSu.

¿Había algo que los geds no pudieran hacer?…

El círculo anaranjado resplandecía sobre la pared. Ayrys pasó la mano del círculo a la maraña de primas, luego otra vez al círculo, y después a las piernas. Ida y vuelta.

Si ponía ambas palmas de la mano sobre el suelo a ambos lados de sus cojines y empujaba, podía levantarse hasta la posición de sentada. El dolor le acuchillaba la pierna, pero ahora no estaba tan consciente de ello. Llevó poco a poco los cojines por el suelo hacia el muro. El círculo no estaba adherido a la pared, aunque no estaba hecho del mismo wrof. No había nada suficientemente sobresaliente para escudriñar; ninguna manera de examinar lo que había detrás. Ayrys puso la palma de la mano sobre el círculo; un leve resplandor anaranjado brilló desde el dorso de su mano.

Nada que los geds no pudieran hacer. Círculos anaranjados en todo R'Frow, en todos los salones, corredores y habitaciones… en el lado exterior de la Sala de Enseñanza. Los que estaban al lado de las escaleras en el salón más grande sobresalían desde el Muro, para vigilar vertical y horizontalmente, sin perder nada. Y en las habitaciones, vigilando a SuSu y al bárbaro, Ondur y Karim, ella misma y Kelovar desnudos en el aire cálido…

Los dientes rechinaron con furia y dolor; Ayrys se arrastró hacia un montón de piezas. Los círculos anaranjados en las habitaciones no sobresalían. Todo lo que podía hacer era doblar un trozo de tela seis veces, hasta que no trasluciera el color anaranjado, y pegarlo sobre el círculo con una savia pegajosa que había extraído de una planta porque quería ver qué aspecto tenía en la lente ampliadora de los geds.

Y el ged nunca había dicho nada. *Nunca*. ¿Qué aspecto tenemos ante ellos, cuando comemos, nos bañamos o acostamos, bajo esta lente más grande y secreta? ¿Y por qué secreta?

¿Lo era? Los geds no respondían preguntas hasta que éstas eran formuladas. ¿Diría Grax la verdad si preguntaba acerca de los círculos anaranjados? ¿Y cuál era la verdad?

Sólo podía hacer especulaciones, no tenía respuestas ciertas. Y eran los propios geds, con su ciencia, quienes le habían enseñado la diferencia.

Confundida, temerosa y dolorida, Ayrys se acostó de nuevo sobre los cojines. Su mente trazaba círculos febrilmente y aún faltaba mucho para dormir. Cuando finalmente lo hizo, la última imagen fue la de Kelovar, sonriendo por el golpe de la roca sobre el hueso.

Más tarde, mucho más tarde, se abrió la puerta. Ayrys, que dormía a

intervalos, se despertó enseguida. Una franja de oscura luz anaranjada apareció sobre la pared. *No*, pensó Ayrys, *no le quiero aquí*… La puerta se cerró casi inmediatamente pero a ella no le dio tiempo de ver la silueta que se deslizó dentro. *No*.

—Kelovar —dijo con tono fatigado.

Hubo un silencio largo, tenso y oscuro.

—No, Dahar.

Ayrys jadeó y trató de sentarse. El dolor le invadía la pierna. Dahar no se había movido: un oscuro bulto cerca de la puerta cerrada, más sentido que visto en la total oscuridad.

—Kelovar —dijo él finalmente—. Tú y Kelovar.

—No, no, nunca más.

Él no dijo nada.

—¿Cómo… cómo has entrado?

—Grax. Me dio una cerradura. La misma que él usaba para abrir la habitación del bárbaro.

—¿Por qué?

—¿Por qué me la dio o por qué la he usado para venir aquí? —respondió ásperamente Dahar.

—Las dos cosas —Ayrys respiró profundamente.

De pronto, la luz estalló en la oscuridad. Dahar había presionado el círculo anaranjado a través de la tela doblada en seis. Ayrys parpadeó por la súbita brillantez. Cuando abrió los ojos, Dahar estaba de pie a su lado, mirando su pierna.

—El guerrero-sacerdote que fijó el hueso no es muy hábil. Déjame verlo.

No le miró la cara, pero Ayrys podía ver la de él. Amargura, agotamiento, y algo más, una desesperación que ella reconoció como la de sus primeros días en la sabana, sus primeros días de exilio: *Continúa moviéndote, no te detengas, continúa moviéndote*. Si ella no hubiera estado antes allí, no habría reconocido el lugar en que Dahar se encontraba en ese momento. Pero ella había estado allí, en esa vacía sabana, con las puertas de la ciudad cerradas tras ella, y con la noche cayendo. Ella había estado allí.

—No deberíamos estar aquí —dijo—. Es demasiado peligroso.

—Puedo volver a encajar el hueso. Será mejor.

—Dahar, ¿me has oído? Si te encuentran aquí…

—Puedo volver a encajar el hueso. Será mejor —repitió el hombre con cansada tenacidad.

—¿Caminaré de nuevo?

—Déjame ver. Puedo encajar el hueso.

Ayrys asintió. Dahar se arrodilló al lado de los cojines, desató la tablilla que la hermana-guerrera había puesto en la pierna y tanteó la fractura del hueso.

Ayrys lanzó un grito.

Él se detuvo al instante, con la cabeza inclinada sobre la pierna, todavía sin mirarla. Cuando disminuyó el dolor, Ayrys encontró que sus manos apretaban el brazo de Dahar tan fuertemente que los nudillos se pusieron blancos.

Si alguien la había oído, si alguien traía a Kelovar para abrir la puerta…

Pasaron algunos momentos. Nadie vino.

—Dahar, no puedes. Si grito y viene alguien…

—¿Quién más tiene tu cerradura, además de Kelovar?

—Nadie. Pero Kelovar…

—Conozco a Kelovar —dijo él con una falta de sentimiento completamente distinta de su primera respuesta en la puerta. Su voz, apagada, traducía un agotamiento llevado hasta el límite—. Puedo volver a encajar el hueso, será mejor. Si no lo hago nunca volverás a caminar bien.

Ella se estremeció.

—Espera, espera, hay una medicina que me dejó tu guerrera-sacerdotisa.

—Ya no es de los míos —dijo él, otra vez con expresión dura, y la miró directamente con sus oscuros ojos jelitas en blanco—. ¿Qué medicina? ¿Dónde está?

—Allí, en aquel cuenco.

Dahar husmeó la medicina y se puso una gota en la lengua.

—Sí, bueno. Ayudará a calmar el dolor.

—La otra vez me adormeció durante todo el día.

—Esta vez no te hará el mismo efecto. Ha sedimentado demasiado tiempo. Pero puede que delires.

—Si lo hace y grito de todos modos, y alguien trae a Kelovar para abrir la puerta…

Por un momento, con la mirada cauta de un soldado, sus ojos se dirigieron hacia la puerta. Pero entonces la mirada se desvaneció y volvió la cara hacia ella, como si no quisiera que viese lo que se reflejaba allí. Luego acercó la medicina para que Ayrys la bebiese.

Ella se la bebió toda.

La habitación comenzó a desvanecerse. Entonces se produjo la confusión. Negrura que no era negrura, gritos que podrían haber estado fuera o dentro de su cabeza, y oleadas de dolor sin imágenes.

Cuando hubo pasado lo peor, se sentó, inclinándose hacia Dahar con las manos apretando el brazo de él tan fuertemente que las uñas se hincaron a través de la manga del tebl hasta llegar al duro músculo. Se había mordido el labio inferior y la sangre le corría por la barbilla. Sus ojos se humedecieron.

—¿Yo lo hice? ¿Yo…? —Cuando se puso a hablar se dio cuenta de que la medicina aún la dominaba, no podía recordar la palabra para hacer la pregunta ni por qué lo preguntaba.

—No, no. No gritaste. Espera, necesito atar esto. —Lo ató y ella miró la pierna como si perteneciese a otra persona.

Era una sensación extraña. Ayrys era tanto ella misma como no lo era, y aunque sabía que era efecto de la medicina, no le importaba. Dijo casi con frialdad, como si no le importara en absoluto.

—¿Caminaré bien ahora?

—Después de que se cure.

—Dahar…

—¿Quieres vomitar?

—No. —De pronto se echó a reír, con una risa ligera y aguda como la de una muchacha, tan sensible a la sangre y al dolor que frunció el entrecejo, pero luego volvió a reír de nuevo—. No hay vómito. Habla.

—Eso lo produce la medicina.

—No. Sí. ¿Realmente se curará?

—Sí.

—¿Por qué viniste a colocarme bien la fractura?

Él no respondió. Una expresión de amargura le cubrió el rostro como una máscara.

—Has venido porque piensas que eres el responsable de lo ocurrido, que planeaste lo de los *kreedogs* y los dos jelitas me atacaron.

Los ojos de Dahar se achicaron. Ayrys se oyó a sí misma, como desde una gran distancia; sabía que esto era en gran parte por la medicina, y que sin ésta no habría podido decirle la verdad. El ser consciente de ello la animó a continuar, pero esto también era consecuencia de la medicina, aunque sólo en parte.

—¿Kelovar te dijo eso? —preguntó él.

—No. Ya te lo dije. Kelovar y yo hemos terminado. Me di cuenta yo misma. Cerca del Muro. Te han desterrado, ¿no? ¿De Jela?

Dahar se levantó y se dirigió hacia la puerta. Ayrys habló a su espalda, tranquilamente, aún desde la distancia:

—Pero ésa no es la única razón por la que has venido a ayudarme. No, Dahar. Te estás violentando al venir aquí, ¿no? Te arriesgas a que te maten, y por ayudar a una delysiana. Has venido *porque* soy delysiana. Como moler vidrio voluntariamente con el pulgar.

Dahar se había vuelto y la contemplaba desde el otro lado de la habitación.

—Sí —continuó ella, con una leve sonrisa desde alguna parte en esa segura distancia a la que le había llevado la medicina—. Mutilar una mano. Ayudar a una delysiana. Hay un dicho en el taller de vidrio, Dahar, un proverbio que dice: «Cuando el horno está muy caliente, busca la falla impura.» ¿Alguna vez has oído eso? No, por supuesto que no. Nunca has trabajado con el vidrio. Embry me preguntó qué significa. Estaba haciendo una botella azul… —¿Qué decía? *Embry*…

Ante el sonido del nombre de su hija, los dos lugares se derrumbaron, uno a una gran distancia, seguro, y otro en la habitación de R'Frow, con la pierna como fuego, y un hermano-guerrero mirándola fijamente desde tal altura que se sintió súbitamente con vértigos y enferma. Ayrys volvió la mirada hacia él, con los ojos muy abiertos e indefensa ante la conmoción provocada por el nombre de Embry.

—Nunca lo he dicho en voz alta en R'Frow. Nunca. —Susurró y tuvo el tiempo justo para volver la cabeza antes de vomitar, un pequeño hilillo, oscuro por la última medicina jelita y seguido por náuseas que la enviaron un dolor lacerante a través de la pierna.

Dahar era un curador, y ni los vómitos ni las náuseas secas le repugnaban. Se arrodilló de nuevo a su lado, y Ayrys agarró su muñeca hasta que, débil y aturdida, cayó agotada. Él la ayudó a acostarse sobre los cojines, pero Ayrys mantuvo la mano sobre su muñeca.

—¿Quién es Embry? —preguntó Dahar.

—Mi hija. Mi hija en… Delysia. —Ayrys cerró los ojos.

Él permaneció en silencio un momento.

—¿Por qué la dejaste atrás?

—Me vi obligada. Fui desterrada de la ciudad.

—¿Por qué?

—Por hacer un ornamento de vidrio. Una hélice azul y rojo. Una doble hélice de guerrero-sacerdote jelita.

La muñeca se puso rígida bajo la mano de Ayrys. Con vértigos y exhausta, Ayrys mantenía los ojos cerrados.

—Lo hice porque era hermoso. No porque fuera jelita, sino porque era hermoso y de vidrio. Hermoso. ¿No te parece divertido, Dahar? La belleza del emblema de curación de un guerrero-sacerdote me exilió de Delysia a R'Frow, donde un guerrero-sacerdote arriesga su vida para curarme porque soy delysiana.

Ayrys se oyó y pensó con claridad. No toda la dosis había sido vomitada. Pero no sabía si ésa era la verdad o no. Abrió los ojos.

Se miraron uno al otro.

—No he venido porque seas delysiana.

—Sí —dijo Ayrys—. Lo has hecho por eso.

Dahar miró hacia abajo, a la mano derecha de Ayrys que rodeaba su muñeca. A lo largo de los decaciclos, las cicatrices del pulgar habían pasado del rojo al blanco, fibrosas, arrugas de piel.

—Sí —dijo Dahar finalmente—. Lo hice por eso.

Ayrys se sentía fría y perdida. Pero ante la pena que había en la voz de él, desapareció su enojo. No sabía lo que significaría la pena para un hermano-guerrero, para Dahar. Lo extraño de la situación, previamente sumergida en lo

extraño de la medicina, aumentó fuertemente. Le dolía la pierna, que palpitaba. El rostro de Dahar estaba de perfil, el pómulo rígido y la piel pálida por el agotamiento.

Entonces la miró directamente.

—Pero estaba equivocado. Tú no eres delysiana.

Ella frunció el entrecejo, sin comprender.

—Ya no lo eres, Delysia te desterró. No podían comprender lo que era la fabricación del vidrio. No pueden comprender lo que es la ciencia ged, como tampoco puede comprenderlo Jela. *Como tampoco Jela*.

Su mirada recorrió la habitación, como si viera por primera vez el embrollo del equipo ged: alambres, elementos eléctricos, prismas. Levantó el calefactor con ambas manos.

—¿Qué es?

—Para dar calor. A los cazadores en la sabana, a bebés nacidos en Terceranoche.

Ayrys observó cómo los ojos de Dahar recorrían el aparato.

—¿Grax te explicó cómo construirlo?

—No. Excepto lo que nos enseñó en la Sala de Enseñanza.

Él puso el aparato en el suelo y habló apasionadamente:

—Ya ves lo que los geds podrían significar para Qom. No se trata de juguetes, ni armas, ni gemas… *ciencia*. Cosas que nunca pensamos que podríamos conocer, cosas que ni siquiera soñamos que podían ser conocidas… ¿Por qué los demás no pueden comprenderlo? Belazir, Khalid, Ishaq no son estúpidos; entonces, ¿por qué no pueden comprenderlo? Nada de lo que conocíamos antes en Jela o en Delysia puede igualarse a los saberes geds. Nada de lo que ha ocurrido en Qom es tan importante como la venida de los geds, nada. Esto es R'Frow. Esto es… Frow. —Su voz tembló muy ligeramente.

Ayrys percibió esa pequeña vacilación en su certeza y le conmovió como ninguna otra cosa: más que el riesgo de venir a curar su pierna; más que el destierro de su puesto entre los guerreros. Dahar también estaba inseguro con respecto a los geds. Reconoció con temor que era casi desesperante la vastedad y la riqueza de la ciencia ged, el poder que podía estremecer en forma tan devastadora como un terremoto podría sacudir un estanque. Por ese terremoto, Dahar pagaría cualquier precio… él, a quien habían enseñado a pensar, no en precios, sino en honor. Pero aún así, del mismo modo como el terremoto cortaba el terreno familiar de debajo suyo y él reunía todo su coraje para hacer frente a la devastación, del mismo modo sabía que se trataba de un paisaje no visto, de una planicie de increíble fertilidad, pero hasta ahora sin sustento, sin refugio. El poder de los geds se enfurecía bajo los pies y no había lugar donde esconderse.

Ayrys comprendió el valor de Dahar. Pero era el temblor lo que la conmovía, porque significaba que también Dahar tenía miedo. Veía lo que los geds podían

hacer; veía claramente el abismo entre eso y sus propias artes como guerrero-sacerdote, y no apartaba la vista. La visión del abismo no le había convertido en asesino, como a Kelovar, ni le hacía encogerse como a SuSu; no le llevaba a descartar a los geds como no importantes, como hacía Karim. Dahar veía y reconocía, y en su temeroso reconocimiento, Ayrys percibía una inteligencia y una valentía que no había visto en ninguna otra parte en R'Frow.

Con cuidado, Ayrys apartó la mano de la muñeca del hombre.

Dahar dijo, aún sin mirarla:

—Pero tú comprendes lo que es la ciencia ged, ¿no? Te observé en la Sala de Enseñanza… —Se detuvo.

Ayrys supo por qué Dahar se había detenido, mejor de lo que él pudiera saberlo alguna vez. La habitación parecía rebosar de fragilidad, como si el aire estuviera hecho de vidrio. Un hermano-guerrero no observaba a una mujer delysiana con el respeto con que Dahar lo había hecho. ¿Observaba un hermano-guerrero a cualquier mujer con respeto? A las hermanas-guerreras probablemente, pero nunca en ningún momento las tocaban. Dahar probablemente se había acostado sólo con rameras, como…

Era la misma relación que la había enojado por la mañana, junto al Muro Gris. ¿Cuántas rameras había en los salones jelitas? SuSu, con el cuerpo pequeño magullado por los golpes…

—Te observé —dijo Dahar, casi con dureza— y no vi a Delysia. Vi a R'Frow. La ciencia ged y R'Frow.

Se quedó muy quieta. Dahar se sentó a su lado con el calefactor en la mano, y con el rostro exhausto algo apartado. Creció la tensión, tangible y frágil como el vidrio. Si ella se estiraba para tocarle… ¿Qué? Dahar no era un soldado. Hasta el día anterior era un guerrero-jelita, un enemigo, y acariciaba sólo a rameras.

—Yo no soy R'Frow. —Dijo Ayrys con más aspereza de lo que era su intención—. No soy nada. Ni delysiana, ni jelita, ni ged. Y tú tampoco. Desterrados.

Dahar seguía en silencio. Luego, para sorpresa de ella, dijo suavemente:

—¿Qué edad tiene tu hija?

—Once, once años.

—¿Quién cuida de ella ahora?

—La hermana de mi madre. Está bien cuidada. Sólo… —No pudo terminar.

—Sólo que sin ti.

—Sólo que sin mí.

—¿Quién es su padre?

—Un soldado. Pero está muerto. Murió hace mucho tiempo.

—¿En batalla? —preguntó él con una voz diferente.

—No, no, de una enfermedad. El curador no sabía qué era. Los curadores delysianos no son tan buenos como vosotros…

—Éramos —dijo él con tanta amargura en su voz que Ayrys le miró directamente a los ojos. Pero se dominaba—. ¿Era tu… compañero?

—No es como entre los ciudadanos jelitas —dijo ella con naturalidad, y juntó las manos—. Era entonces mi amante. No éramos pareja para… para toda la vida.

Dahar permaneció en silencio, Ayrys intentó aclarar lo que era natural para ella, pero no para él.

—Los niños viven con las familias de sus madres. Los amantes van y vienen, pero los niños, hermanos y hermanas… Embry está con la hermana de mi madre, y mi hermano está allí también, cuando no está… lejos.

—Es un soldado —dijo Dahar sin énfasis.

Un pequeño enfado, nacido en parte de la tensión, se apoderó de ella; sintió que Dahar la juzgaba y no le gustó.

—Sí, por supuesto, es un soldado. ¿Qué otra cosa sería, tal como están las cosas entre Delysia y Jela?

—Los ciudadanos no se convierten en guerreros.

—Pueden convertirse en soldados. En Jela, ¿deben ser guerreras las madres para que los hijos se conviertan en guerreros?

—La madre y el padre. Ambos. Los niños de Jela saben de qué casta son sus padres.

—Sobre todo si son hijos de rameras.

—Sí.

—Rameras como SuSu, que viven como proscritas, que se acostumbran a lo que se desee de ellas, incluso si la «ramera» es una cautiva delysiana, hecha prisionera en batalla.

—¿Eso te parece peor que tener luchadores varones que se crían de ciudadanos físicamente más débiles, y luchadoras que deben dejar sus núcleos para tener hijos? —dijo fríamente Dahar.

—¡Sí! —dijo Ayrys—, ¡mucho peor! —La furia crecía en ella, nacida de la frustración y de la decepción. *Era un hermano-guerrero, después de todo*.

Pero Dahar había extendido las manos frente a él, con las palmas hacia abajo, observando los dedos con cansancio.

—Te dije que esto no es Jela sino R'Frow. Los geds han… los geds son… No sé, Ayrys. Muchas cosas de las que estaba seguro en otro tiempo… No sé.

Había dicho demasiado.

Ayrys observó que eso era lo que él pensaba. Luego Dahar se levantó y la cólera se encendía tras el agotamiento y la tensión de su rostro. Antes de que pudiera ponerse de pie, Ayrys extendió la mano y cogió la punta de sus dedos. Inmóvil sobre los cojines, con la pierna vibrando incluso bajo el efecto de la droga, no pudo llegar más lejos. Cerró los ojos con fuerza, como un niño, e inmediatamente se arrepintió.

Dahar permaneció de pie un buen rato, con sus dedos en los de ella. Luego, súbitamente, con una violencia nacida del cansancio y la desesperación, se arrodilló junto a Ayrys y se puso la mano libre sobre los ojos. Sus labios temblaban.

Ayrys atrajo la cabeza de él sobre su pecho, hasta que Dahar se acostó al lado de ella, y lo abrazó. Él se estremeció una vez con un largo y poderoso espasmo. Pero sólo una vez. Ella lo retuvo mucho tiempo. Ninguno de los dos dijo nada; estaban muy juntos, desterrados.

Bastante tiempo después, Ayrys notó que Dahar levantaba la cabeza y la miraba. Había dormido tan profundamente que parecía muerto: el sueño inmóvil y pesado de quien está exhausto. Ayrys no había podido dormir, había dormido todo el día. Temía moverse por miedo a despertarlo, y al mismo tiempo dejarlo dormir porque no podía saber cuán próxima estaba la mañana. Pero Dahar, con el agudo instinto de un guerrero, podía saberlo.

Se despertó y levantó la cabeza, que estaba sobre el pecho de ella, para verle el rostro. Tenía profundos surcos oscuros alrededor de los ojos.

—No soy una ramera —susurró Ayrys.

—No, no.

—Yo elijo por mí misma, Dahar.

—Tu pierna…

—Ahora no la siento siquiera. Y yo elijo por mí misma. Como hiciste tú al venir aquí. ¿Cómo supiste cuál era mi habitación?

Dahar sonrió levemente.

—La última de la derecha, en el tercer corredor. Una vez oí que se lo decías a una mujer en la Sala de Enseñanza.

—Y lo recordaste.

Dahar miró lentamente alrededor de la habitación, a los montones de equipo ged, a los aparatos que Ayrys había construido.

—Y lo recordé.

Pero aún se contenía. Ayrys levantó la boca hasta la suya.

40

Grax observó la blanca pantalla del Muro. « Y lo recordé» , dijo la voz de Dahar con completa claridad; pero la pantalla mostraba sólo los arremolinados

modelos geds de la tela que Ayrys había pegado sobre ella. La otra pantalla, aislada por la Biblioteca-Mente por avería, estaba silenciosa, y la tela que la cubría colgaba en dobleces blancos y arrugados.

Grax se enfureció: una ligera bajada de los músculos en las comisuras de la boca, una contracción de los músculos bajo el ojo central, que era un poco más grande que los otros dos. Grax no tuvo consciencia de lo que había hecho, y así sus feromonas no cambiaron de aroma. Rowir y Krak'gar estaban de espaldas, absortos en su propio trabajo; tampoco lo notaron. Tampoco habían pasado largas horas solos con los humanos como Grax había pasado con Dahar.

Tal vez ni siquiera hubieran reconocido la versión de Grax del gesto humano. Si Grax lo hubiera visto en una de sus caras, tal vez tampoco hubiera reconocido la mueca.

Continuó mirando enfurruñado la pantalla vacía.

41

Ayrys yacía sola en la oscuridad, mirando fijamente a la puerta que se acababa de cerrar. Un rayo de oscura luz anaranjada penetraba en la oscuridad, luego se contrajo, y Dahar se había ido.

No le he dicho nada, pensó Ayrys. No le hablé de los cascos de audición, ni tampoco de los ojos en círculo de los geds… « *Te observé, y vi a R'Frow.*» «*Nada que haya ocurrido en Qom es tan importante como la venida de los geds, la ciencia ged.*» Yo nunca se lo dije.

Se tocó la boca con los dedos. La puerta se abrió de nuevo. Ayrys dio un brinco y cogió una manta para cubrir su desnudez.

—Ayrys —dijo Ondur—, he venido para ayudar a lavarte. ¿Tienes hambre? ¿Cómo está tu pierna? —Detrás de ella, en el corredor estaba Kelovar, de pie como una forma silenciosa y oscura; había abierto la puerta para Ondur, que de otro modo no habría podido entrar.

—¿Qué ocurre con tu lámpara? Hay una tela sobre ella. Vamos, Kelovar, Ayrys necesita lavarse. ¿Por qué has tapado la luz?

—Me… molesta en los ojos.

Ondur presionó el círculo a través de la tela. Llevaba un cuenco de agua tibia sobre una cadera y telas y cuencos de comida sobre el otro brazo.

Dijo alegremente:

—Podría haber sido esa medicina. Kelovar, ¿te vas?

No se había movido. Ayrys no se atrevía a mirarlo. Ondur estiró la pierna hacia atrás y empujó la puerta, que se cerró suavemente. Ondur sonrió satisfecha.

—¡Algunas veces, ésta es la única forma de tratar con los hombres! ¿Cómo está tu pierna? No voy a deshacer el entablillado, pero ahora voy a colocar este agua aquí y luego… —De pronto se detuvo.

Ayrys estaba mirando fijamente al círculo anaranjado cubierto. Ahora volvió la mirada a Ondur, que había dejado el agua en el suelo y se arrodillaba al lado de los cojines, con los ojos abiertos por la sorpresa. Ondur fruncía la nariz. Ayrys comprendió: Ondur olía sexo.

Las dos mujeres se miraron mutuamente.

—¿Kelovar? —dijo Ondur con duda.

—¡No!

—Entonces, ¿quién?

—Ondur, no me preguntes quién.

Ondur había comenzado a sonreír astutamente, pero ante la intensidad de la voz de Ayrys, se desvaneció la sonrisa, y Ayrys se maldijo a sí misma. Estúpida, estúpida… creando misterios donde no debía haber ninguno. Se sintió temblorosa y cansada, y la pierna comenzaba a dolerle de nuevo. Ondur buscaba a tientas con la toalla.

—Por supuesto. No tuve la intención de espiar.

Ayrys cubrió la mano de Ondur con la suya y se esforzó en sonreír. Tras un momento, Ondur rió entre dientes.

—Y con la pierna en esas condiciones… Debes ser bastante lujuriosa, Ayrys. ¡Y él también!

Ayrys controló un conato de histerismo. Cuidadosa; tenía que se cuidadosa. *Dahar, sé cuidadoso*. Esta agitación, surgida tras tantas sensaciones y tras dormir tan poco, podía traicionarla. Sentía su propia vulnerabilidad. Y la bondad de Ondur, una bondad sencilla y limpia, vigorosa como la hierba, aún la perturbaba más. Casi había olvidado que podía existir entre las peligrosas plantas que parecían florecer en R'Frow.

—Ondur, ¿por qué me ayudas?

Ondur comenzó a lavar la pierna sana de Ayrys.

—¿Por qué no? Tú me ayudarías a mí si hubiera sido atacada por ellos… oh, lo siento, no quise tocar ese tema. Ayrys, ¿saben los geds que tienes todos esos alambres y cosas aquí?

Ayrys no pudo detenerse. Echó un vistazo al círculo anaranjado cubierto.

—Ellos lo saben.

—Mientras no les importe que estés juntando todos estos alambres y cosas… Cuidado, voy a volverte un poco a la izquierda. ¿Te duele?

—Sí —jadeó Ayrys—. Ondur, ¿tú confías en los geds?

—¿Confiar en los geds? ¿Cómo?

—Para confiar en lo que ellos dicen que están haciendo, ayudándonos porque sabemos tan poco y ellos lo saben todo.

—Sabemos lo suficiente —dijo Ondur. Ayrys notó en su tono el familiar rechazo al tema de los geds. *Nosotros somos menos porque ellos son más*—. Estábamos bien en Delysia antes de que vinieran los geds, y nosotros… Delysia estará mejor cuando haya terminado el año y ellos se vayan.

—¿Regresarás a Delysia? —Conversar, tenía que seguir conversando con Ondur o diría algo peligroso. *Dahar, ten cuidado*…

Pero el rostro de Ondur se cerró como una caja.

—Tengo una pregunta que hacerte, Ayrys, y que no te hice ayer. ¿Qué estabas haciendo sola junto al salón vacío? Está mucho más cerca de la red jelita que de la nuestra.

—No está desierto. Ahora hay allí una muchacha sola. Tiene… dolores. Le llevaba una medicina para el dolor.

—¿Una muchacha? ¿Qué muchacha?

Ayrys dijo cuidadosamente, como si estuviera conectando un alambre a un desconocido elemento eléctrico:

—Una ramera jelita.

—¡Una jelita! ¿Por qué estabas…? Oh. Oí algo acerca de eso. Es ésa a la cual ayudaste con su amante cuando él estaba enfermo, ¿no? Huyó de los guerreros jelitas y fue con él. Ese enorme bárbaro blanco y esa muchacha tan pequeña… Tiene el aspecto de una niña de once años. ¿Por qué está allí sola? ¿Qué le ocurrió al gigante?

—Está muerto.

Ondur exprimió la toalla.

—Una niña como ésa… Casi me inspira lástima. Sus guerreros sólo la disfrutan si es por la fuerza, ya sabes. Animales. Pudo ser capturada en una tribu bárbara. Es más pequeña que cualquier jelita de los que he visto en R'Frow. Y no he oído decir a nadie que pueda hablar verdaderas palabras. ¿Puede?

—Sí.

—¿Con acento jelita?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué la ayudabas?

Ten cuidado…

—Porque es muy pequeña, Ondur; ¿has tenido niños alguna vez?

El rostro de Ondur se cerró de nuevo. Se puso de pie.

—He terminado. Aquí hay comida, Ayrys. Deberías comerla mientras todavía está caliente. Regresaré más tarde, después de la Sala de Enseñanza.

—Lo siento, Ondur. He sido una entrometida.

—¡Olvídalo! —exclamó Ondur. Se volvió de espaldas y permaneció así un buen rato. Cuando se volvió nuevamente, sonreía radiante—. Ahora tengo que ir a la Sala de Enseñanza. Aunque no sé si has oído decir que ayer todos los geds salieron al cabo de una hora. Todos, y no regresaron. Así que nosotros también nos fuimos. Debería… Necesito… —La voz de Ondur hizo una extraña elevación, como un viajero que choca contra un obstáculo en el camino, antes de salir de pronto de la habitación.

—¡Ondur! —la llamó Ayrys, pero Ondur no volvió.

Ayrys se quedó un rato inmóvil. Pensó en SuSu, sola en el salón vacío, en silencio; en Ondur, que quizás había huido a su propia habitación con Karim, y no a la Sala de Enseñanza; en Dahar, sobre todo en Dahar, porque no sabía dónde había ido para estar seguro; no se lo había preguntado, no hubo tiempo. ¿Todavía al salón de los soldados-guerreros? ¿Le dejarían entrar no siendo ya un hermano-guerrero? ¿Con los ciudadanos jelitas? ¿A la Sala de Enseñanza, con los geds?

Los geds, vigilándolos a todos dondequiera que estuvieran, en cualquier habitación de R'Frow. A menos que ella estuviera equivocada y los ojos anaranjados y en círculo no fueran ojos sino algo totalmente distinto, algo hecho con fragmentos de la ciencia ged que ella ni siquiera había entrevisto aún.

Ayrys se apretó las manos. No estaba segura de ver las caras con claridad.

Se durmió intranquila. Despertó de sueños oscuros con una sacudida que disparó el dolor a través de la pierna, el dolor real más agudo que había sentido desde que Dahar colocó el hueso en su lugar. La medicina jelita se había agotado finalmente. ¿Cuánto tiempo hacía que Ondur se había ido? No podía calcularlo; carecía del sentido del tiempo de un guerrero.

Alguien dio fuertes golpes en la puerta.

Ayrys descubrió que podía arrastrarse por la habitación para abrirla, aunque el movimiento casi la hizo desmayarse. Karim, con un fardo sucio en sus brazos, empujó y pasó cerca de ella. El olor estuvo a punto de hacerla vomitar.

—Ponla aquí, Karim… no, allí en la esquina, lejos de los alambres de Ayrys —dijo Ondur—. Tráeme agua para el baño, mucha agua, y una cubierta de cojín limpia de nuestra habitación. Y un cuenco de fruta hervida. Farima vendía fruta fresca esta mañana. Ayrys, ¿tienes otra toalla?

El fardo era SuSu, manchada de comida ged y de su propio excremento. Desnuda, con el cuerpo pequeño muy rígido, los ojos abiertos pero sin mirar, parecía que estuviera muerta. Un lado de la cara lo tenía irritado y rojo, como si hubiera estado acostada sobre él durante mucho tiempo, sin moverse.

—La encontramos en el suelo del salón del bárbaro, al lado de una mesa —dijo Ondur. Karim hizo un gesto de desagrado. Sin duda no había querido participar en aquello.

—Estaba acostada allí. No se movió ni siquiera cuando Karim la levantó. Ninguno de los otros soldados lo hubiera hecho. Yo misma podría levantarla. Mira

qué mano más delgada.

Pero Ayrys estaba mirando la otra mano de SuSu. Ondur la vio al mismo tiempo y abrió los rígidos dedos. ¿Qué es esto…? ¡El olor! ¿Por qué tendría SuSu una de esas lentes amplificadoras?

Ayrys se quedó muy quieta.

En el breve espacio de tiempo en que pudo ver el oscuro aparato de metal gris en la mano derecha de SuSu, había tiempo para pensamientos interminables: que Karim había transportado a SuSu con el lado derecho aplastado contra su pecho; que el rectángulo, de este modo, habría pasado desapercibido a los círculos anaranjados del corredor y del salón de abajo; que Ondur había dicho «lente amplificadora» porque ésa era la única caja ged que ella había visto. Pero no era una lente amplificadora. Ayrys vio otra vez a Dahar y Grax luchando con el cuerpo enorme del bárbaro enfermo; vio la apertura del Muro, vio a Grax presionar las muescas en el oscuro rectángulo gris que disolvía y remodelaba el wrof.

Estirándose al máximo, con un esfuerzo doloroso, Ayrys alcanzó y sacó la caja de entre los dedos de SuSu. Su cabeza flotaba… ¿cómo? Grax había sacado la caja oscura de entre sus ropas dentro del escudo de fuerza que transportaba el aire de ged. ¿Cómo pudo SuSu haberla obtenido de los impenetrables ged?

La puerta se abrió otra vez detrás de ella. Kelovar, sólo podía ser Kelovar. El cuerpo de Ondur, inclinado sobre SuSu, obstaculizaba la visión. Ondur se volvió para verlo entrar, y en el momento en que se mirada se apartó de SuSu, Ayrys empujó la caja debajo del cajón sobre el que estaba acostada.

—Te dije, Kelovar… —comenzó Ondur, y se encontró protestando no a Kelovar sino a Grax.

Ondur, que nunca había visto la tira anaranjada envuelta alrededor del pulgar de Grax, contuvo el aliento y dio un paso atrás. Ayrys sintió que el corazón comenzaba a golpearle en el pecho, incluso mientras una parte de su mente notaba fríamente que una vez no había estado completamente segura de que podía distinguir a Grax de los otros ged. ¿Cuándo había aprendido ella a distinguirlos?

—¿Cómo has entrado? —preguntó Ondur; entonces recordó a quién estaba hablando y se mordió el labio.

—Este wrof anaranjado abre cualquier habitación de R'Frow —dijo enseguida Grax.

Karim hizo un ruido ligero y peligroso. Grax pareció no haber oído. En la otra mano llevaba algo hecho de tubos de tela y metal, el metal gris, y la tela era de un negro intenso, a diferencia de las cubiertas de cojines que proveían la mayor parte de las telas en R'Frow.

—Esto es para ti, Ayrys —dijo Grax tranquilamente—. Está concebido para los ged heridos, pero lo he modificado para que te pueda servir.

Puso la cosa en el suelo y tocó un tubo en un lugar en que el wrof se infló en un súbito óvalo. Los tubos se esparcieron formando un enrejado en cabestrillo con dos trozos de tela. Ondur se llevó la mano a la boca, y la cosa flotó el largo de un brazo sobre el suelo.

Grax se inclinó y levantó a Ayrys con un movimiento rápido. El dolor le apuñaló la pierna y gritó con un súbito pánico tan fuerte como el dolor. Todo lo que pudo ver fue al bárbaro mientras era transportado en brazos del ged a través del Muro. Los brazos de Grax que la rodeaban no eran brazos sino wrof, el duro y trasparente escudo que lo encerraba a él y a su aire. Ondur saltó hacia adelante en el momento que Grax alcanzó a Ayrys y luego se detuvo, insegura sobre qué hacer luego; el ged la había bajado a la silla y el milagro ya había sucedido.

Ayrys se sentó en un trozo de tela, con la espalda sostenida por otro trozo. El resto de los tubos acunó la pierna extendidos delante de ella; la pierna rota, de la que se había desvanecido todo el dolor.

—*¿Cómo...?*

—La pierna descansa en un campo de fuerzas —dijo Grax—. No está en el mismo… lugar-tiempo que el dolor.

Ayrys miró directamente, primero al ged y luego a la pierna.

La rodeaba una débil capa, no el resplandor que cubría los muros de wrof sino un ligero engrosamiento del aire, como niebla clara.

—Ésta es una fuerza para cuya comprensión todavía te faltan algunas ideas básicas —dijo Grax—, del mismo modo que antes no comprendías la electricidad. La misma fuerza que sostiene tu pierna conduce la nave ged entre los mundos. Estás sentada en esa… máquina en R'Frow, la única máquina como ésta en este mundo. Yo te enseñaré cómo moverla.

Le mostró cómo presionar el óvalo negro con la mano izquierda. La silla se movía hacia adelante, hacia un lado, y se convertía lentamente en una elipse perfecta. Ondur se encogió junto a Karim.

Ayrys pensó, entre todas las cosas que podía haber imaginado… pero *yo soy diestra*.

La estupidez, la pura ingratitud y la estrechez de visión del pensamiento le alcanzó casi inmediatamente. Fue seguido por un momento de terror, el mismo que había sentido la primera vez en el Muro, cuando las varillas magnéticas habían saltado hacia cada lado y había pensado que eran bestias extrañas, vivas y hambrientas.

Pero entonces desaparecieron el terror y la mezquindad. Ésta era una invención ged. Una manera ged de emplear fuerzas tan naturales en el mundo como la luz del sol, fuerzas desconocidas por los humanos sólo porque aún no habían salido de la oscuridad dentro de Primeramañana. No era magia. *No era magia*.

Ayrys puso las manos más firmemente a lo largo de los brazos del sillón y

por una vez dejó de notar la atención en el rostro del ged mientras Grax miraba a SuSu, rígida en el rincón. Karim sacó su tubo de perdigones.

—Ésta es sólo una silla para los heridos —dijo Grax con calma—. No hay nada que temer. Observa. Puede moverse en la silla.

—Está bien —dijo Ayrys a Karim, y se preguntó si realmente lo estaba.

—La silla no puede bajar la escalera hasta el salón de abajo —dijo Grax—. Necesitarás que te transporten hacia abajo. Si te llevan mientras aún estás en la silla, evitarás tanto el dolor en la pierna como el cambio de posición del hueso que fijó el curador jelita.

Ayrys detuvo el movimiento de la silla. ¿*Cuál* curador jelita? ¿Grax sabía que Dahar había ajustado el hueso de su pierna, o se refería a la joven hermana-guerrera que Jehane había enviado? El círculo anaranjado de su habitación había estado cubierto, pero había círculos en el corredor que Dahar había recorrido, y en la escalera por la que había subido… tenía que saberlo.

—Grax, gracias por la silla. La ciencia ged tiene grandes artes curativas. ¿Quieres mirar si el hueso está bien colocado?

Un corto silencio: Grax estaba oyendo algo dentro de su casco.

—Está bien colocado. La medicina ged no podría colocar el hueso más cuidadosamente de lo que lo ha hecho el curador.

Ayrys dijo cuidadosamente, tratando de no enfatizar la segunda palabra:

—¿Entonces ella lo hizo bien? ¿No quedaré lisiada?

—No quedarás lisiada.

—¿Cómo lo sabes?

—El ged que estudia la curación humana ha visto la colocación del hueso.

—¿Cuándo lo vio?

—Un ged fue al lugar donde fuiste atacada.

Esto era cierto. Ayrys recordó haber visto, a través de la nube de dolor y droga, un rostro resplandeciente con tres ojos que se acercaban a ella. Pero esa reducción del hueso de su pierna no había sido bien hecha; Dahar se lo dijo cuando volvió a reducirle el hueso. Eso significaba que el ged no podía decir cuándo un hueso estaba bien colocado o no, o que sabían que la mujer jelita lo había colocado mal y Grax estaba mintiéndole. Quedaba una tercera posibilidad: que el círculo anaranjado podía ver a través de la tela de seis dobleces, y el ged había observado cómo Dahar volvía a colocar el hueso, pero que no quería que ella supiera que lo habían visto. « No quedarás lisiada» , acababa de decir Grax… pero ¿cómo lo sabía?

Ayrys estudió el rostro del ged a través del casco transparente: el cráneo azulado, la boca rígida, dos ojos tranquilos, y un tercero más alto, monstruoso y con un velo que lo cubría. Ayrys era incapaz de saber si el ged mentía.

—¿Por qué no me diste esta… máquina para el dolor ayer, si un ged vino donde me habían atacado?

—Ayer no estaba construida. Las partes pueden convertirse en otras máquinas, lo mismo que estos alambres y estos electroimanes que tienes aquí dependen de cómo sean ensambladas sus piezas.

—Otros humanos han estado enfermos en R'Frow. El gigante blanco… no le diste una máquina como ésta al gigante blanco. ¿Por qué?

Otro silencio, esta vez más prolongado.

—Su dolor no estaba en la pierna sino en el cerebro. No puedes poner un cerebro en un lugar-tiempo distinto del cuerpo, al igual que el comandante delysiano no podría estar en un distinto lugar del de aquellos para los que canta en armonía.

No había forma de decir si eso —parte de eso, todo eso, o nada de eso— eran mentiras. Creció la frustración de Ayrys. Con el rabillo del ojo pudo ver a SuSu, aún enroscada rígidamente en un rincón. La habitación se había impregnado de su olor.

Ayrys miró directamente a Grax.

—¿Son ojos los círculos anaranjados que hay en todo R'Frow y pueden ver todo lo que los humanos hacen?

Ondur jadeó. Karim, con el arma aún en la mano, se puso pálido y luego su rostro se volvió rojo. La cara de Grax no cambió, pero se quedó tan intensamente atenta durante tanto tiempo que Ayrys pensó que no iba a contestar.

—Sí. Los círculos anaranjados son ojos.

Después de un momento de conmoción, Ondur comenzó a gritar. Intimidad, mentiras, sexo, perversión… la indignación brotó en ella como un torrente que barrió con todas las inquietudes que podía haber sentido con respecto al ged. Pero Ayrys sintió un resplandor de alivio tan fuerte que quiso cerrar los ojos para protegerse de su brillo. El ged no le había mentido. Todo lo que había dicho era cierto, se había convertido en cierto gracias a esta verdad, del mismo modo que una gota de pintura puede colorear una hornada de vidrio. Grax no tenía por qué decirle que los círculos anaranjados eran ojos, si ella no se lo hubiera preguntado. Si algunas de sus acciones parecían cuestionables, era sólo porque los humanos no habían formulado las preguntas correctas, no sabían lo que las preguntas correctas significarían para estas mentes tan extrañas. Realmente, respecto a los círculos anaranjados, Grax no había mentido. Se podía confiar en el ged.

—¡Y no nos lo han dicho! —exclamó Ondur.

Grax dijo, no mirándola a ella sino a Ayrys:

—No me lo preguntaste.

—Ahora pregunto —intervino Ayrys antes de que Ondur se pusiera a gritar de nuevo:

—Esta muchacha jelita, SuSu, desde que te llevaste a su amante dentro del Muro no se mueve ni habla. Sé que hay droga contra la conmoción, pero los curadores delysianos no son tan buenos como… como la ciencia ged. Habéis

eliminado todo el dolor en mi pierna; ¿puedes decirme cómo hacer una medicina que haga recuperar el juicio a SuSu?

Grax dirigió la mirada a SuSu.

—¿Hay drogas que puedan cambiar la forma cómo piensa una mente?

Incluso Ondur y Karim percibieron una intensidad en sus palabras que no parecían de un ged. Nadie respondió.

Grax repitió:

—¿Tenéis los humanos drogas para cambiar la forma como piensa una mente? —Se dirigió directamente a Karim.

El soldado dijo fríamente:

—Las conmociones del campo de batalla pueden combatirse con la droga adecuada.

Grax se arrodilló al lado de SuSu. No la tocó pero a Ayrys le pareció que sus tres ojos viajaban sobre las delicadas líneas del cráneo de la muchacha como si fuera un país desconocido o extraño.

—El bárbaro blanco murió —dijo Ayrys.

—Sí. Llevaré a esta muchacha dentro del Muro. No pudimos ayudar al gigante, pero quizá podamos ayudarla a ella.

Algo oscuro y frío, debajo de su inestable alivio, conmovió a Ayrys.

—¿Por qué no ayudarla aquí?

—Hay que examinarla —Grax se enderezó.

—¿No conoces la droga para combatir el shock?

—No. Hay que examinarla. Déjame llevarla.

El frío se hizo más intenso. Antes, el ged no había preguntado, simplemente se había llevado al bárbaro. ¿Por qué preguntaba ahora? ¿Y por qué preguntarle a ella que no era jelita como SuSu ni tenía mando sobre ella?

—No, deja que siga aquí —le dijo Ayrys—. Necesita conversación humana para ayudarle a superar el shock. He visto esto antes. No en el campo de batalla como Karim, sino después de un accidente en el taller de vidrio. En Delysia. Déjala que esté conmigo.

—Si quieres —dijo Grax, y frunció el entrecejo.

Ha fruncido el entrecejo. Ayrys no había visto hacerlo antes a un ged, y dudó de que lo hubiera hecho. Una rápida contracción de la cara, no demasiado correcta, como la tonta imitación de los dementes: pero aún así, había sido un fruncimiento de entrecejo. Y además, ¿por qué le permitía elegir si SuSu se quedaba fuera del Muro o no?

—Tú vendrás mañana a la Sala de Enseñanza —dijo Grax a Ayrys—. Las enseñanzas para todos los humanos en R'Frow han terminado, excepto la enseñanza de armas. Eso continuará. Las otras enseñanzas han terminado, y sólo los humanos que lo deseen vendrán para nuevas enseñanzas de la ciencia ged. Las nuevas enseñanzas resultarán más rápidas y fáciles para aquellos que tienen

mentes capaces de comprender. —De nuevo el pequeño fruncimiento del entrecejo y esta vez Ayrys se dio cuenta de que Grax no sabía que lo había hecho.

Pero Grax no había adoptado la cortesía humana. Cuando terminó su discurso, se fue abruptamente.

—¡Nos vigilan! ¡En las habitaciones! —farfulló Ondur.

—Ayrys, ¿cómo lo sabías? —dijo tranquilamente Karim. La miró con los ojos de un soldado, un poco duramente.

—No lo sabía. Lo adiviné, por la capacidad que tienen los geds para construir cosas. —Karim echó un vistazo a los montones de cosas que Ayrys había podido construir. Su expresión no se suavizó.

—¡Nos vigilan! —repitió Ondur—. ¡Incluso el sexo! Voy a hacer lo mismo que tú, Ayrys: ¡colgaré una tela sobre el círculo! Karim, ¿dónde vas?

—A informar a Khalid.

—Me pone la piel de gallina —dijo Ondur—. Ayrys, ¿por qué ese ged intentaba complacerte?

Karim se volvió al llegar a la puerta.

—El ged trataba de complacer a Ayrys. La silla para el dolor, el haber permitido que decidiera sobre la muchacha, y la invitación que le ha hecho para que asista a esas otras enseñanzas; trataba de complacerla. ¿Por qué, Ayrys?

—No sé —dijo Ayrys lentamente.

—¿Irás a estas enseñanzas especiales?

Para aquellos que tienen mentes capaces de comprender. Dahar.

—Sí. Iré. —Volvió la cabeza para mirar a Karim, para ver su expresión, pero él había alcanzado la puerta y la había abierto. Había un grupo en el corredor por el que había pasado Grax. Karim cerró la puerta.

Ayrys presionó el óvalo sobre el brazo de su silla, lo levantó y lo movió hacia la izquierda. *Demasiado lejos*.

—No vayas sola a ninguna sesión de enseñanza —dijo Ondur. Ayrys movió la silla. *Demasiado lejos*—. ¿Observaste que el ged no olió siquiera a la ramera? Me imagino que no pueden oler a través de los cascos.

Ayrys colocó la silla sobre los cojines de su jergón.

—No son humanos, no confío en ellos —dijo Ondur—. Antes confiaría en un jelita que en esos monstruos que nos espían.

—¿Es por eso por lo que hiciste que Karim trajera a esa muchacha jelita aquí? —Los dedos de Ayrys tanteaban en el óvalo sobre el brazo de su silla. Alguien comenzó a golpear la puerta.

—No. Yo he… lo que me preguntaste antes —dijo Ondur con la voz vibrando por un súbito dolor—. He tenido niños. —Rápidamente dio una vuelta y se lanzó hacia la puerta.

Ayrys bajó la silla sobre los cojines, cogió fuertemente la caja oscura y

rectangular de SuSu justo en el momento en que Khalid T'Alida se cruzaba con Karim en dirección a Ayrys. Su cara era severa, llena de preguntas sobre los geds.

42

Todas las pantallas del Muro estaban en blanco excepto una.

Grax, R'Gref y Fregk estaban en la habitación cuando la Biblioteca-Mente iluminó súbitamente una pantalla del Muro. En un solo día los humanos habían cubierto todos los círculos anaranjados de R'Frow con tela, madera, arcilla, cualquier cosa que dejara en blanco los monitores.

Los tres geds estaban escuchando una conversación invisible que, de entre los centenares que emitía simultáneamente, la Biblioteca-Mente había considerado lo bastante significativa para atraer la atención de todos los geds, bien dentro del perímetro o usando los cascos de comunicaciones en la parte de fuera.

—Me cobró once habrins —dijo la voz de Ondur, la mujer delysiana—. Avariciosas brujas Kree. Pero el otro curador aún quería más. ¡El precio de un cuenco de comida! Aquí tienes el cambio, Ayrys, lamento no haberlo podido conseguir por menos.

—No importa —dijo Ayrys—. ¿Cómo vamos a conseguir que SuSu lo trague?

—Oh, lo tragará —dijo Ondur con tono severo—. Sólo tienes que masajearle el cuello en el lugar adecuado. Observa.

Las feromonas geds olían a frustración. ¿Cuál era el « lugar adecuado» ? No podían observarlo.

Sin embargo la Biblioteca-Mente estaba en lo cierto al aconsejar a Grax que dijera a Ayrys la verdad sobre los círculos anaranjados. Todos estuvieron de acuerdo en que eso le ayudaría a cambiar su lealtad a la especie, aun cuando no había forma de poner « cambio» y « lealtad» a la especie en una única forma gramatical en la misma unidad de pensamiento. Krak'gar, el poeta, liberó suaves feromonas de insatisfacción estética.

Y un círculo siguió descubierto.

Grax miró fijamente las imágenes de la única pantalla del Muro que la Biblioteca-Mente había iluminado. Dahar se inclinó sobre una mesa del suelo en la Sala de Enseñanza, no en la vacía habitación cerrada donde finalmente había dormido todo el día ni en la habitación del grupo de enseñanza Rojo, ni en otra

habitación cerrada con llave donde él y Grax habían guardado el trabajo que hicieron juntos durante todas las largas noches en el salón vacío. La habitación estaba llena de equipos, traídos de Biología. A algunas piezas les habían dado nombres humanos inventados a partir de conceptos que el lenguaje humano no poseía: ampliadoras, cuencos de aumento, tubos de sangre, hélices-corazones. Algunos tenían nombres extraños: bacterias, antitoxinas, caldo de cultivo. Los gruñidos geds en la garganta de Dahar perturbaban las feromonas de Grax.

Dahar trasteaba el interior de una ampliadora modificada para ojos humanos. Los dedos de la mano derecha de Dahar (a juicio de Grax, deformes y gruesos) abiertos y curvados sin saberlo, como si fuera a tomar posesión físicamente de lo que veía en la ampliadora. La mano izquierda sostenía una muestra de tejido y permanecía firme como una piedra. Grax observó las dos manos humanas.

Desde la otra pantalla, en blanco, llegaba la voz de Ayrys.

—No lo beberá, Ondur. Lo está echando todo por la boca.

—Lo beberá. *Lo beberá*. Sostén su cabeza más alto. Así es mejor, ahora está bajando. Sostenla fuerte, Ayrys; cuando esa medicina le llegue al cerebro, va a sacudirse y patalear y quizás a morder. ¿Puedes sostenerla con fuerza entre tus piernas?

—Es como si la pierna ni siquiera existiera. Puedo sostenerla… Es tan pequeña.

—Sí —dijo Ondur con tono seco—. Sí que lo es.

Dahar se levantó de junto a la ampliadora y se dirigió a otra mesa del suelo. Sobre ella yacía el cuerpo de un *kreedog* con una gran llaga abierta en un flanco. El animal acababa de morir; aún brotaba un poco de pus de la llaga. Cuidadosamente, como Grax le había enseñado, Dahar raspó el pus de la llaga y lo salpicó en un círculo de wrof transparente. Puso otro círculo encima y se unieron para atrapar precisamente una única capa de células.

Ayrys dijo:

—Ahora empieza.

—Sostén ese lado. Oh…

Otra voz gimió entonces, baja al principio pero cada vez más y más alta. Un agudo chillido de pena y oscuridad encrespándose de entre los registros más altos que los geds nunca habían oído de los humanos. R'Gref se tapó los oídos, oliendo a dolor; la Biblioteca-Mente amortiguó el volumen.

—¡Sostenla, Ondur!

—La tengo…

—¿Cuánto tiempo dura esto? —la voz de Ayrys jadeaba.

—Unos pocos minutos más. ¡Ten cuidado que no te muerda! La medicina…

—SuSu.

SuSu…

En la pantalla, Dahar insertó las células de pus en la ampliadora, las ajustó

hasta que la imagen fue clara y estudió las células atentamente.

El lamento de SuSu se elevó a un chillido, y se hundió en un largo gemido de desolación.

—¡Qué pena! —dijo Ondur—. Realmente es una pena.

—¡Dámela, Ondur!

—Nos reconoce. Mira sus ojos, su mente ha regresado. Nos reconoce.

—Oh, sí —dijo Ayrys—. Nos reconoce.

Dahar sacó la muestra de pus de la ampliadora y la cubierta circular de la muestra de pus. Con un pequeño cuentagotas agregó al tejido enfermo una gota de una sencilla antitoxina que Grax le había ayudado a preparar. Reemplazó el wrof circular, insertó la muestra en la ampliadora y se inclinó de nuevo sobre la abertura del ojo.

—¡Me ha mordido! —gritó Ondur.

—No puede evitarlo. Dámela…

Silencio. Luego el llanto de una mujer con el corazón destrozado pero ya no demente, una y otra vez.

—¡Qué pena!

—¿Te ha roto la piel al morderte?

—Sí, pero es sólo un rasguño. Ayrys, ¿por qué SuSu sólo te permite a ti sostenerla?

—No lo sé. Le ayudé una vez. Ondur, podríamos haberla dejado como estaba…

—Hubiera muerto de hambre —dijo Ondur con voz conmovida—. Tenemos que recuperar su mente. Estaba en… en la oscuridad.

—¿Y dónde está ahora?

La pantalla en blanco no respondió.

Dahar observó un buen rato en la ampliadora. Grax sabía lo que debía ver: la antitoxina destrozaba las células bacterianas en la muestra del tejido. Era la biología elemental que los inexpertos verían tan pronto como formularan preguntas incluso remotamente relacionadas con el fenómeno, simple biología que a los geds les había llevado miles de años descubrirla, tantos miles de años que la Biblioteca-Mente no contenía registros de eso. Simple biología elemental, que, en forma rutinaria, Grax había visto cómo salvaba a una población animal infectada en un nuevo mundo ged. Les liberaba de los azotes de la enfermedad, para entregarlos a los estragos de la superpoblación. Biología elemental.

Dahar levantó la cabeza. Los extraños ojos tan desagradablemente oscuros le brillaron en una forma que Grax había llegado a saber qué significaba emoción humana. Los gruesos dedos temblaron un poco. Grax vio claramente el temblor. Dahar se volvió hacia el círculo anaranjado sobre la pared (el único círculo anaranjado que seguía descubierto en R'Frow, deliberadamente sin cubrir, aunque Grax había dicho a Dahar exactamente lo mismo que le había dicho a

Ayrys) y lo miró directamente. Observó mucho rato, mucho más que el que los humanos tomaban para contemplar casualmente algo, tanto rato como podría mirar un ged. Sus ojos se encontraron con los de Grax, aunque no podía saber que él le estaba observando. Los ojos humanos, negros como el espacio, estaban llenos de una luz como la de las estrellas.

—¿Qué hará la medicina ahora? Está más tranquila —dijo la voz de Ayrys insegura.

—Estará más tranquila cuando se haya consumido toda la medicina —respondió Ondur—. Está… puedes decirle que haga cualquier cosa ahora, Ayrys, y probablemente lo hará. Está como adormecida. El curador me dijo que esta droga no se usa sólo en Delysia para el shock de la batalla. En lo peor de los salones de los comerciantes…

—No quiero saberlo —dijo Ayrys violentamente—. No me lo digas.

SuSu gritó suavemente.

Dahar contempló la pantalla del Muro y luego a Grax. Los otros dos geds habían cesado de moverse para mirar también a Grax. Oliendo sus feromonas, asustados, haciéndose preguntas; Grax de repente olió las suyas. Inmediatamente las feromonas de los otros cambiaron: cortésmente exudaban aceptación ocultando su espanto. Grax conocía sus pensamientos: en Ged, él había sido maestro de principiantes; un maestro de inexpertos se convertía en alguien acostumbrado a los movimientos de las mentes inmaduras; un maestro se sentiría orgulloso incluso ante el dominio de lo más sencillo. Era número-racional que Grax contemplara a su alumno. Era comprensible (y perdonable) que por el momento el movimiento número-racional de una mente humana ocupara a un maestro en un grado mayor que la incivilizada e inmoral naturaleza humana. Era comprensible (y perdonable) que, por un momento, Grax se olvidara de sí mismo y oliera a orgullo.

Por un momento.

—Datos significativos —dijo de pronto la Biblioteca-Mente—. Datos significativos, Primer Nivel.

43

La imagen del monitor de la isla comenzó a moverse.

El viejo con barba se levantó lentamente y caminó cojeando. Su rostro se

veía tan ampliado en la pantalla del Muro que la suciedad de las mejillas con cicatrices formaban una red de líneas negras. Unas manos de cinco dedos tanteaban hacia arriba, se cerraban en la pantalla y caían.

—¿Desde dónde? —susurró el humano. La Biblioteca-Mente se ajustó para un tono diferente, por la aspereza de las viejas cuerdas vocales—. ¿Por qué *ahora*?

La sonda cambió hacia la izquierda tomando tanto de la habitación como era posible sin perder de vista el rostro humano. De repente, el hombre cuadró los hombros encorvados y redondeados por la edad.

—Fahoud al-Ameer, de la Marina del Espacio Unida, 614289 FA. De la *Estrella de la Mecca*. La Marina del Espacio Unida empleó una nave médica para escoltar a unos colonos disidentes de Nueva Arabia a… a…

Se lanzó hacia delante, tosiendo.

La sonda cambió un poco más hacia la izquierda. La habitación, construida contra un lado de la inmensa nave destrozada y contaminada, resplandeció con la luz de una pantalla improvisada y primitiva. Pantalla, generador eléctrico, controles rudimentarios manejados con teclas a presión.

El hombre se limpió la boca y trató de nuevo de enderezar los hombros. Susurró.

—Fuimos alcanzados.

La sonda se convirtió en un círculo lento para registrarlo todo.

—Fuimos… alcanzados. El enemigo nos alcanzó. Eran los geds. Y el generador de estasis… ¿Qué año es éste?

La sonda completó su círculo y volvió al rostro humano.

—¿*Quién* eres tú? —el viejo extendió una mano; los dedos, delgados como alambres, temblaban—. Por favor… —la sonda se movió más cerca del primitivo teclado, presta para un primer plano.

—Por favor… ¿Quién ganó la guerra?

La imagen quedó fija, congelada.

V

ENFERMEDAD Y ANTITOXINA

Nada existe, salvo los átomos y el vacío.

DEMÓCRITO DE ABDERA

44

Ayrys se sentó en la silla ged en el salón delysiano para tomar el desayuno con Ondur y Karim. Tres o cuatro personas comían en otras mesas del suelo, y otras iban por la escalera para llevar cuencos humeantes de comida a las habitaciones de arriba. Miraban de soslayo a Ayrys, que continuaba masticando. Karim devolvía a cada par de ojos la mirada pero su mano, como por azar, reposaba sobre el revólver de calor que era el arma más moderna de los geds. El revólver podía abrasar la carne pero sólo a poca distancia. Ayrys había observado que las armas geds que los humanos podían duplicar al final del año: el tubo de perdigones y la trespelota, eran más mortales que las que no podían duplicar.

Algunas veces, Karim, que se había tornado más silencioso y sombrío durante los decaciclos desde la formación de los *kreedogs*, pasaba toda la noche limpiando sus armas, mientras Ondur charlaba con Ayrys con extraordinaria viveza.

Entró una soldado en el salón a través del arco del sur. Cuando vio a Ayrys, su labio superior retrocedió sobre sus dientes. Karim la miró fijamente hasta que la soldado bajó los ojos.

—Te acompañaré a tu sesión de enseñanza.

—No es necesario —dijo Ayrys.

—Déjala que vaya contigo —dijo Ondur—. Otro delysiano ha enfermado de sarna.

—¿Quién?

—Arquam, un soldado del siguiente salón. La contrajo anoche.

—¿Cómo lo sabes, Ondur? —preguntó Ayrys. Ondur siempre sabía tales cosas. Se rumoreaba que incluso Khalid le pedía información sobre lo que ocurría en los salones delysianos.

Ayrys nunca le había preguntado a Ondur sobre esto, y a su vez Ondur nunca le preguntó a ella qué hacían los seis humanos y Grax dentro de la Sala de Enseñanza. Ayrys comprendía. Demasiado conocimiento podría destruir la frágil bondad.

—¿Cuáles son los síntomas? —preguntó Ayrys.

—Hablas como un curador —dijo Karim con gesto serio, y Ayrys se sonrojó.

Tampoco hacía preguntas sobre Karim.

—Lo mismo que en los otros dos —dijo Ondur—. Manchas rojas en la piel que se desparraman enseguida y picor incesante. Se aguanta arañándose la piel. Su amante teme que se arranque los ojos, de tanto rascarse. Deja que Karim vaya contigo a la Sala de Enseñanza.

—Pero Ondur, ¿cómo podría Karim defenderme de una enfermedad? No es que no te lo agradezca, Karim, pero yo no…

—¡Bueno, no discutas, Ayrys! ¿Cómo sabemos de dónde ha venido esta enfermedad? Comenzó al mismo tiempo que aquella basura jelita te atacó y luego ese teniente primero, que conoce todas las perversas medicinas de los jelitas y tiene al ged que le ayuda, se mueve dentro de la Sala de Enseñanza. Una enfermedad es simplemente un veneno, ¿no es eso lo que dicen los geds? ¡Esta enfermedad de la sarna podría ser un veneno jelita!

—Un…

—¿Cómo lo llamó aquel ged, Karim? ¿Bac… qué? ¡No parece que ningún jelita haya enfermado!

Karim miró fijamente a Ondur, quien súbitamente se ruborizó y bajó los ojos pero no antes de que Ayrys hubiera captado la mirada. Ondur había dicho *demasiado. Se suponía que no debía decirme eso*. Ayrys sintió náuseas. Pero tenía sentido que Karim sospechara de ella. Cada día había ido a la Sala de Enseñanza incluso haciendo frente a las murmuraciones de quienes compartían su salón, para estudiar artes que pocos comprendían, en la compañía de uno de los geds que habían espiado a los delysianos y dos de los jelitas que eran enemigos de los delysianos. Ayrys se movía por R'Frow en una silla ged que muchos, incluso los que habían visto las invenciones ged, consideraban como magia aterradora. Y también estaba SuSu.

No todos los delysianos miraban a la ramera jelita con la misma compasión que Ondur. SuSu había dejado de hablar desde que se había consumido la medicina para la mente que le habían administrado por la fuerza. Ella comía, se lavaba, dormía, seguía a Ayrys doquiera que Ayrys fuera, pero en sus ojos oscuros había una horrible blancura, como una ciudad ennegrecida vacía de vida. Nadie la podía tocar, ni siquiera Ayrys. Dos veces habían intentado tocarla: Karim ayudándole a bajar la escalera y Ondur con un súbito mimo compasivo. Y las dos veces SuSu se había enfurecido, pateando, mordiendo y arañando con largas uñas puntiagudas, todo ello en un silencio más aterrador que cualquier ferocidad de su pequeño cuerpo. Ese silencio, antinatural y extraño, hacía que los delysianos murmuraran y la miraban de soslayo. *Jelita*, decían algunos. *Espía* decían otros.

¿Qué dirían de ella?, se preguntaba Ayrys. ¿O de los otros tres delysianos que iban aún diariamente a la Sala de Enseñanza: Ilabor, Tey, Creejin?

—Ondur —dijo Ayrys con amabilidad—, las bacterias causan enfermedades,

desde luego. Pero no es como una dosis de veneno; los jelitas no podrían hacer bacterias y ponerlas sobre quienes ellos quisieran.

Karim trasladó la mirada desde Ayrys a la pantalla blanca.

Cualquier cosa que dijera empeoraría sus sospechas, cualesquiera fueran éstas. Y eso que Karim ni siquiera sabía que había pasado una noche con Dahar…

Ayrys se estrujó las manos. Le dolía pensar en Dahar. Presionó sobre el brazo de la silla, lo hizo elevarse ligeramente y retrocedió de la mesa.

—Me voy a la Sala de Enseñanza.

—Vete con ella, Karim —le dijo Ondur sin mirar a Ayrys.

Karim fue con ella. Él y Ayrys avanzaron sin hablar a lo largo de los senderos de R'Frow, pasaron los árboles de los que caían más hojas cada día y el arbusto que se marchitaba. SuSu les seguía silenciosamente. Cuando la Sala de Enseñanza estaba a la vista, Karim dijo abruptamente:

—A Kelovar no le gusta que tengas a esa ramera jelita en tu habitación por la noche.

—A Kelovar no le concierne.

—A él no le gusta.

Ayrys se giró en su silla para mirarle a la cara.

—¿Y dónde la haría él dormir? ¿Dónde lo harías tú? ¿Qué crees que le ocurriría si no estuviera tras un cerrojo?

Karim se dio un golpecito en la mano, una ráfaga impaciente de piel áspera. Su mirada cayó sobre SuSu, luego miró nuevamente a lo lejos… Ayrys vio confusión en su cara. Karim sentía lástima por SuSu y a la vez estaba de acuerdo con Kelovar, sin que fuera capaz de reconciliar ambas cosas. Ayrys se dio cuenta de que él estaba resentido por la confusión, y con Ayrys por ser la causa. Sólo Ondur lo contenía.

—No es una decisión de Kelovar, ¿verdad, Karim? ¿Khalid me prohíbe mantener a SuSu en mi habitación?

Karim examinó la maleza al lado del sendero, con la mano en el tubo de perdigones.

—¿Khalid me lo prohíbe?

—Todavía no.

—¿Qué significa eso? ¿Que Kelovar tratará de persuadirle para que me lo prohíba?

Karim permaneció de nuevo en silencio. En la persistente tensión de su mandíbula, Ayrys sólo leyó su propio resentimiento, no una pista de lo que Khalid podría decidir. No le había dicho nada a Khalid de esa ampliadora que no era una ampliadora, no le había dicho nada sobre los cascos auditivos; no le había dicho nada de que Dahar le había vuelto a colocar bien el hueso de la pierna.

De pronto, se sintió mal por todo eso. Las sospechas, inseguridades y

misterios nunca terminaban.

—De aquí en adelante seguiré sola —le dijo a Karim con sequedad.

Karim se mantuvo junto a su flotante silla ged.

—La Sala de Enseñanza está justo enfrente de nosotros. Ni siquiera Ondur pensaría que yo podría ser atacada por una horda de bacterias en cincuenta largos de sendero wrof.

Ayrys esperaba que él adoptaría un tono de arrogante superioridad, como hubiera hecho Kelovar o se pondría furioso como lo haría Jehane. Pero Karim no hizo ninguna de las dos cosas. Se agachó al lado de la silla, poniendo su rostro al mismo nivel que el de ella, aunque nunca dejó de vigilar los bosques ni la maleza. En sus facciones se advertía la súbita decisión de hablar francamente.

—Escucha, Ayrys, ten cuidado. Hay muchos delysianos que… Yo pienso que Ondur tiene razón cuando dice que tan sólo vienes a la Sala de Enseñanza porque eres una sopladora de vidrio y las invenciones geds te recuerdan la fabricación del vidrio. Ondur conoce bien estas cosas. Pero yo soy un soldado y he visto que… Ten cuidado. —Se puso de pie y retrocedió hasta el sendero.

Ten cuidado.

Con frío y emocionada, Ayrys se volvió en la silla ged para observar cómo Karim desaparecía de su vista. Luego se desplazó por la Sala de Enseñanza y bajó por el corredor, deteniéndose en la entrada a la arcada.

Las mesas del suelo eran nítidas y claras; no había forma conocida de dañar el wrof. Mesas, sillas e incluso muros estaban manchados con los restos de equipos que los seis humanos habían usado durante el último decaciclo: muestras de tejido, alambres de cobre retorcido, líquidos derramados, lentes aplastadas que Lahab, el ex obrero jelita aprendía a tallar con el vidrio que Ayrys había hecho. La cabeza destrozada y sin ojos de un *kreedog* tenía una horrible mueca y había sangre y vísceras desparramadas. En medio de la destrucción, Lahab, con el lado izquierdo del rostro magullado y de color morado y con la sangre fluyendo de su brazo izquierdo, estaba inmóvil mientras Dahar, de espaldas a Ayrys, levantaba cuidadosamente el párpado y lo examinaba. Grax, que también estaba en la habitación, fue inmediatamente hacia Ayrys.

—No hay peligro. Todas las bacterias patológicas para estudio han sido encerradas con wrof. —Señaló hacia el suelo manchado delante de la silla de Ayrys donde había un cubo de wrof transparente que contenía cuatro frascos; los cuatro habían derramado líquido dentro del cubo y en las paredes interiores, como si fuera tinta dentro de una botella cuadrada. Ayrys dijo con tensión:

—¿Quién ha sido?

Al oír su voz, Dahar dejó de observar a Lahab, y Ayrys vio su rostro. Dahar luchaba con todas sus fuerzas por contener su emoción; Ayrys tuvo la terrible impresión de que aunque se había vuelto hacia su voz, los oscuros ojos jelitas no la veían en absoluto.

—Eran dos varones y una mujer humanos —le dijo Grax.

—¿Cómo entraron? —preguntó Ayrys—. Sólo seis de ellos compartían la cerradura.

—Entraron corriendo mientras Lahab estaba aquí solo y empezaron la violencia —dijo Grax—. Lahab vino temprano para trabajar en las lentes. Dejó la puerta abierta. Yo llegué y expulsé a los humanos.

Ayrys contuvo el aliento, asombrada no sólo por lo que Grax había dicho, sino también por lo que había dejado de decir. Hizo un esfuerzo por preguntar:

—¿Humanos delysianos, o jelitas?

—Jelitas —dijo Grax con tranquilidad—. A ellos no les gusta que Lahab venga a la Sala de Enseñanza. Les dije a los humanos que Belazir ha cantado en Armonía por ellos.

Al oír el nombre de la comandante suprema, Ayrys observó que se relajaba la dura musculatura de los hombros debajo del apretado tebl de Dahar. Ayrys preguntó:

—¿Y tú simplemente los echaste fuera?

—Sí.

Era estúpido preguntar cómo. Cuando los ged querían que alguien se fuera, tenía que irse. Ayrys recordaba el wrof que se formó para separarla a ella y a SuSu del bárbaro moribundo, y el Muro empujándola suavemente fuera del recinto.

Se oyeron gritos sofocados detrás de ella; el resto de los seis, todos delysianos, habían llegado juntos. Ilabor, el ex soldado, sacó sus armas y se movió para tener el Muro a sus espaldas. Tey, el pequeño comerciante con la voz musical y los ojos como cuentas brillantes, echó un vistazo a la habitación y se puso súbitamente pensativo. Creejin, la joven talladora de gemas que hacía poco se había convertido en amante de Tey, no trató de ocultar su temor.

Grax repitió palabra por palabra su exasperante narración de lo que había ocurrido. Tey se acercó a Dahar y Lahab.

—¿Vuestro ciudadano está malherido, curador?

Más que verlo, Ayrys sintió que Dahar se ponía rígido. Tey era el único delysiano que se dirigía a Dahar directamente y siempre con un ligero tono burlón, con ese leve placer de utilizar los títulos delysianos con un guerrero jelita exiliado. A menudo Tey sonreía cuando miraba a Dahar, y no parecía importarle si éste le contemplaba a su vez fijamente. Ilabor ignoraba a Dahar completamente y Creejin, quien después de Dahar mostró el mayor interés por la ciencia biológica, a menudo le ayudaba durante horas sin mirarlo ni siquiera una vez. Pero Ayrys sospechaba que el peor de todos era Lahab, el otro jelita. Silencioso y de movimientos lentos, su rostro de obrero era demasiado grave para la burla (el ciudadano aún trataba a Dahar con la deferencia debida al teniente primero de la suprema comandante) y Ayrys sospechaba que bajo esa

inoportuna cortesía, Dahar estaba furioso.

Pero sólo lo sospechaba. Ella y Dahar hablaban sólo con palabras de la ciencia ged, y durante las muchas horas en la Sala de Enseñanza, Dahar no había permitido ni una sola vez que sus ojos se encontraran con los de ella.

Lahab se dirigió a Tey, con su modo de hablar lento y pesado:

—No estoy herido. Grax vino inmediatamente después de que llegaran los guerreros.

Tey hizo una de sus socarronas sonrisas.

—Fue una suerte.

—Sí —dijo Grax mostrando su conformidad—. Nosotros cantamos en Armonía. Me ocuparé de que venga el nuevo equipo desde dentro del Muro. Esto llevará un poco de tiempo.

—Pero los *experimentos*… —dijo Creejin.

—Comenzaremos nuevos experimentos. Hay uno que empezaremos pronto.

—¿Qué, encontraremos la bacteria que causa esta enfermedad de la sarna? —añadió cortante Ilabor.

Lentamente Dahar dejó de lavar las heridas de Lahab.

—Han aparecido brotes de la enfermedad en cinco de los nueve salones humanos —dijo Grax—. Ahora sabes cómo la enfermedad es causada por la bacteria. Encontraremos la bacteria y desarrollaremos una antitoxina.

Las extrañas palabras planearon un momento en el aire. Luego Ilabor dijo:

—No ha habido ninguna enfermedad en R'Frow hasta ahora.

—No —corroboró Grax—. Cuando los humanos dormisteis por primera vez dentro del Muro recibisteis una poderosa antitoxina para matar las bacterias del cuerpo. Tú sabes ahora, y no lo sabías entonces, lo que esto significa. Pero estas bacterias son nuevas; los geds no tenemos antitoxina para ellas. Probaremos todas las que tenemos y luego buscaremos otras nuevas. Aprenderán cómo se hace esta prueba de conocimiento.

—¿Pueden los humanos aprender a hacer eso? —dijo casi con enojo Ilabor.

—Sí —dijo Grax.

Ayrys observaba a Dahar; permanecía muy quieto y sus ojos resplandecían como si tuviera fiebre.

—¿Todas estas antitoxinas podrán hacerlas los humanos sin los geds cuando se termine el año en R'Frow? —preguntó Tey.

—¿Para ganar dinero? —preguntó Ilabor con dureza y luego se rió desvaneciéndose súbitamente su enojo.

—Los humanos —dijo Grax— podréis aprender a hacer antitoxinas después de que los geds os hayamos dejado. Pero nuestra enseñanza no debe ser interrumpida por más violencia. Los que atacaron a Lahab esperaron hasta que abrió la sala para hacer uso de la violencia. No esperaban que nadie más estuviera allí tan temprano. Os daré a cada uno de vosotros nuevos cerrojos para

otra habitación, y podréis dormir y comer allí, si estáis de acuerdo. Las mesas del suelo pueden ser confeccionadas para llevar alimentos a cada habitación. Podréis trabajar en cualquier momento que lo deseéis y estaréis seguros.

—Escondidos como este curador —dijo Tey con una leve sonrisa.

—¿Por qué los geds nos queréis aquí, en este salón, en lugar de en nuestra propia ciudad? —estalló Ilabor.

—Nosotros no os obligamos —dijo Grax—. Os ofrecemos una elección. La elección es vuestra.

Una súbita tensión llenó la habitación. Grax miró primero a Lahab. La corpulencia del trabajador y el rostro grave ocultaban una pasión por los lentes y la luz tan tenaz que a menudo Lahab había trabajado dieciséis horas al día en la Sala de Enseñanza. Ese rostro no demostraba ahora emoción alguna. El lado izquierdo de su cara había comenzado a hincharse: azul morado, con un ojo medio cerrado.

—Permaneceré en el salón de los ciudadanos —dijo Lahab.

—¿Por qué? —preguntó Dahar, volviéndose hacia él con gesto severo.

Lahab luchaba por encontrar las palabras. Dahar, capturado en su propia lucha, no le dejaba encontrarlas.

—Te he preguntado por qué, ciudadano.

Tey respondió con su voz musical:

—Posiblemente porque es jelita —y luego añadió—: ciudadano.

Dahar no se movió. Tey se volvió sonriendo hacia Creejin.

—¿Nosotros también estaremos en nuestro propio salón, Pequeño Sol?

Creejin, con los ojos bajos, asintió sin palabras.

—¿Ilabor? —preguntó Grax.

—Yo me quedo con los míos.

—¿Ayrys?

Todos los ojos estaban puestos en ella, incluso los de Dahar. Ayrys no se atrevía a mirarle.

—Tu silla no puede ir arriba y abajo en la escalera de tu salón ni ser transportada —dijo Grax—. Aquí no hay escalera. Ésta es una razón importante para que te quedes aquí en la Sala de Enseñanza.

Grax se lo estaba poniendo más fácil. Debía saber que Dahar había pasado una noche en su habitación, y debía saberlo por los círculos anaranjados que todavía estaban descubiertos en el corredor delysiano. ¿Sabía Grax lo peligroso que había sido para ambos? ¿Sabía… no había forma de saber lo que sabía Grax? El ged trataba a delysianos y jelitas exactamente igual, como si las diferencias políticas no importaran a los geds. Quizá no. Pero Ayrys había pensado alguna vez que tampoco importaba al soplador de vidrio, pero la hélice de vidrio rojo y azul yacía rota a la luz de la luna junto al oscuro río.

—¿Ayrys? —repitió Ilabor.

—Grax —dijo Ayrys lentamente—. Dijiste que Lahab vino muy temprano a la Sala de Enseñanza y abrió esta habitación para tallar lentes. Sus atacantes no esperaban hallar a nadie aquí todavía. Pero tú viniste y salvaste a Lahab. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

Grax señaló al Muro. Usó el último de sus cuatro dedos, no el segundo de cinco.

—Conoces la respuesta. Dahar dejó el círculo anaranjado descubierto cuando él y yo trabajábamos tarde anoche. Los geds vimos la violencia que se cometió contra Lahab.

—Pero debiste haber visto todas los otros actos violentos cometidos en R'Frow… los asesinatos. Había círculos anaranjados en todo R'Frow hasta que nosotros los cubrimos. Debéis haber visto el asesinato que comenzó todo el… Tenéis que haberlo visto. ¿Por qué intervenir ahora y no antes?

Los demás miraron fijamente. Grax permaneció silencioso durante un buen rato. *Escuchando*.

—Nosotros no detuvimos los otros asesinatos porque no tuvimos tiempo; todos ocurrieron demasiado rápido. Este ataque contra Lahab fue lento. El otro ataque lento fue contra ti; y Jehane, la mujer jelita, lo detuvo antes de que llegara un ged.

Parecía razonable. *Era* razonable. Ayrys miró a los demás. Sólo destacaban dos caras: la del delysiano Ilabor, mirándola con súbita dureza ante el recuerdo de que había sido ayudada por Jehane, y la de Dahar, con sus oscuros ojos igualmente duros ante el tema sobre el que ella había preguntado a Grax.

—Fue una suerte que tú vinieras temprano —dijo Tey a Grax—, de otro modo podríamos haber tenido otro asesinato… y otra tarea para los *kreedogs*.

Pero esta vez su acoso a Dahar no dio resultado; el soldado Ilabor, que odiaba el pacto que Khalid había hecho, tanto como Kelovar o Karim, rondaba ferozmente.

—Cuida de tu lengua, traidor, o no durarás mucho tiempo.

Tey se giró rápidamente hacia Grax. El ged no hizo ningún movimiento hacia los hombres. Ayrys no pudo contenerse y miró al descubierto círculo anaranjado. ¿Habría vigilancia ged incluso ahora, a través de algunos inimaginables tubos y lentes de luz?

—Iré a preparar el nuevo equipo que necesitamos —dijo Grax con calma—, y lo traeremos aquí. Dahar y Lahab me ayudarán a transportar lo que sea demasiado grande para traerlo a través de la mesa del suelo. Ilabor, Tey, Ayrys y Creejin permaneceréis aquí hasta que yo regrese. Cerrad con llave cuando me vaya. —Ilabor se sintió molesto—. Si queréis. Yo regresaré muy pronto. Tenemos muchas enseñanzas para los humanos. Los geds estamos ansiosos de ayudaros a encontrar la antitoxina para esta enfermedad de la sarna.

¿Por qué?, pensó Ayrys y se apretó fuertemente las manos, mientras

observaba a Dahar girarse como ausente, como si ella hubiera hablado en gritos. Tal vez sólo se volvió hacia el nuevo equipo. Por la antitoxina y por Grax.

45

Todos estaban cansados de la mente extraña.

La galaxia contenía muchas especies número-racional que habían alterado sus propios genes, y algunas que habían usado productos químicos para alterar las percepciones de la mente. Los geds contactaron con ambos con tolerancia y una ligera repugnancia, la repugnancia de quienes saben que la civilización reside en la perfección de los vastos modelos ordenados en el universo, de quienes creen que reside en la percepción de las variaciones de esos modelos. Pero incluso entre los aliados de los geds que alteraban los genes o modelaban las mentes, las variaciones creadas o percibidas eran pequeñas. Primero estaba la solidaridad, la solidaridad de una evolución lenta, del arrastrarse hacia delante a través de interminables milenios a pasos muy pequeños. Número-racional, incluso aquellas especies que alteraban los genes, no habían introducido en su biología nada que destruyera su solidaridad. Nada excesivo, sólo lo que las especies, o el individuo, podían soportar.

Nada como lo que habían visto, que una droga derivada de una planta primitiva había provocado en SuSu.

La «jelita» humana tenía una *conducta* diferente por causa de algún producto químico primitivo. No se trataba tan sólo de una apariencia diferente o de una conducta diferente que surgía de una adaptación de un gene, sino a una conducta diferente mientras el resto de su biología permanecía igual. No se trataba tan sólo de estimular los centros de placer del cerebro como hacían algunas especies ni de un intento de contrarrestar el shock biológico. SuSu había llegado a un estado en el que se comportaría como los otros dos humanos habían dicho. Por lo menos mientras el producto químico permaneciera en su cuerpo.

Era un concepto difícil. Los geds lo habían estudiado tratando de encajarlo dentro de lo que ya sabían sobre los humanos. Violentos, con variaciones genéticas, número-racional, que tal vez pudieran actuar contra la lealtad y la solidaridad incluso cuando éstas habrían sido útiles para ellos. Y todo podía ser alterado con un primitivo producto químico destilado de las plantas. Y las implicaciones morales, ni distinguibles para los geds de las objetivas, eran

asombrosas. ¿Cómo podía un humano saber quién era? La identidad venía de la conducta; eso era fundamental para la física, para la asociación, para todas las más importantes actividades de la mente. Era fundamental para el número-racional mismo.

Si la conducta de la mente humana podía ser alterada, si la lealtad de la especie humana no estaba fijada, si la solidaridad humana podía convertirse en violencia contra el individuo en un determinado momento, ¿entonces de qué podía depender el individuo? No de su especie, ni de su posición en el mundo, ni siquiera de su propia mente. Nada sino flujo, sin modelo, sin solidez. Los humanos debían estar perpetuamente perdidos; hacer eso deliberadamente a los miembros del propio grupo era una depravación de la que los geds no habían pensado que los humanos pudieran ser capaces.

Pero los animales controlados con tranquilizantes químicos serían menos peligrosos a bordo de una nave que los controlados solamente por sus propios deseos tan desconcertantes.

—Necesitamos un gran número de sujetos humanos para la experimentación —dijo Wraggaf.

—Sí. Que Armonía cante con nosotros.

—Una gran cantidad de sujetos.

—Una gran cantidad. Siempre cantará.

—Armonía…

Los seis humanos que había que llevar a bordo de la nave debían ser ayudados, protegidos, enseñados, estimulados, con ello se vincularían a los geds lo bastante para permitirles estar a bordo de la nave. Esto último era un concepto difícil (la idea que la estimulación y no la solidaridad crearían lealtad) pero la Biblioteca-Mente estuvo de acuerdo. Los seis eran defensas contra los humanos que guerreaban en el espacio.

Y si había necesidad de sustancias orgánicas para sugestionar mentes, una vez probadas en bastantes sujetos, ésas serían la defensa ante los seis humanos.

La habitación olía a esperanza.

46

Jehane y Talot se sentaron a comer a la mesa del suelo en el salón de las hermanas-guerreras.

Jehane, que se daba cuenta de lo que comía sólo cuando no había suficiente, se metió dos largos trozos de comida en la boca, masticó y se chupó los dedos. Talot cogió un pedazo, lo sostuvo un momento y volvió a dejarlo con los dedos largos y demasiado huesudos. Jehane puso mala cara. Talot aún perdía peso.

—¡Come algo!

—Ya como.

Talot se inclinó sobre el cuenco. Su cabello saltó hacia un lado desde la parte blanca central, tan indócil como siempre: un destello de vitalidad alrededor de un rostro del que la vitalidad se había ido. El amor se retorcía en el pecho de Jehane, seguido por la exasperación. Talot estaba demasiado delgada, demasiado reflexiva, demasiado… algo. Si simplemente detuviera todo este oscurofrío pensamiento y *comiera*…

—Vamos —dijo Jehane—. Nos están esperando en el patio de prácticas.

Talot miró hacia arriba y dijo:

—¿Crees realmente que están esperando por nosotras en el patio de prácticas?

—Simplemente he dicho eso. Mierda, Talot, tienes que superar esta estúpida situación. ¿Qué eres, una ciudadana con cerebro de chorlito? ¡Basta ya!

Talot debería enojarse. Jehane se hubiera alegrado de su enojo. El enojo era bueno, el enojo era *vida*. Pero Talot simplemente se levantó de la mesa. Su cuenco de comida estaba sin tocar.

El salón casi se había vaciado. Jehane caminó majestuosamente hacia la arcada, y Talot la siguió. Los muros comenzaron a hablar.

La mano de Jehane buscó las armas; los muros no habían hablado desde la prohibición de la violencia en R'Frow. Pero ¿qué haría ella con el tubo de perdigones? ¿Disparar al muro?

—Humanos de R'Frow —dijeron los muros con su voz sin expresión—. Siete humanos han desarrollado una enfermedad de la piel. La enfermedad presenta manchas rojas que causan comezón y dolor. Las manchas comienzan en la parte de atrás de las rodillas y en los codos, en los pliegues de piel en el cuello, entre los muslos y en las axilas. Luego se extiende. Todos los humanos que tengan la enfermedad deben venir a ver a los ged, al salón vacío cerca del Muro del norte. Los humanos enfermos serán conducidos dentro del Muro, curados tan pronto como sea posible y devueltos a R'Frow. La enfermedad no mata. Puede contagiarse de un humano a otro por el tacto. Los humanos que tengan esta enfermedad de la sarna deben ir al salón vacío. Un humano con la enfermedad de la sarna no debe tocar a otro humano.

Después de una corta pausa, los muros comenzaron de nuevo su mensaje. Jehane no esperó a escucharlo de nuevo. Se volvió hacia Talot.

—¿Tienes tú algunas manchas que te piquen?

Talot dijo con súbita violencia:

—¡No, y si las tuviera no iría al interior del Muro!

—Yo tampoco. No es que tenga miedo de los geds…

—Yo sí tengo —dijo Talot sin entonación y se dirigió hacia el patio de prácticas preparando la trespelota mientras caminaba.

47

Dahar se despertó tan pronto como comenzaron los golpes en la puerta, e incluso antes de que la abriera ya sabía quién era. Habían trabajado hasta bastante tarde durante la noche en la Sala de Enseñanza, todos excepto Ilabor, que se había ido al final de la tarde. Ayrys había ido poco después, aunque se cansaba con facilidad debido a su pierna herida, y Grax había ido a la Sala de Enseñanza para darle una cerradura en otra habitación. La ramera SuSu había seguido a Ayrys. Los otros cuatro humanos habían seguido trabajando, sorprendidos por las sendas de saber que Grax les había abierto en una biología que ni siquiera era la suya.

Una y otra vez el pecho de Dahar se había endurecido y apretado como si hubiera recibido un fuerte golpe. Tanto conocimiento… *y si sólo ellos lo hubieran sabido*. Si sólo los guerreros-sacerdotes hubieran sabido lo que Grax les mostraba tan fácilmente ahora… la cantidad de vidas que podían haber salvado. El dolor que hubieran evitado. Los errores que los rojos y azules en garrafal ignorancia habían cometido una y otra vez.

Al anochecer, las mentes de los humanos se tambaleaban; no podían recordar nada más. Pero fue Grax quien se detuvo.

—Volveré al interior del Muro hasta mañana. Estoy muy cansado.

Dahar había mirado al ged y se había dado cuenta de que no sabía qué aspecto tenía un ged cuando estaba cansado.

No había cambios en la piel bajo los ojos de Grax, en la estructura de su grueso y corto cuero, en las comisuras de su boca inflexible.

Dahar pensaba que no podría dormir. Pero en el momento en que llegó a su habitación, el sueño se apoderó de él hasta que sonó el suave golpe en la puerta.

Ella se sentó sigilosamente en la silla, mirándolo. El corredor estaba oscuro y tranquilo; la noche « gris» más allá de la luz de los cuatro arcos. Por su largo entrenamiento, Dahar cambió a una mejor posición para golpear mientras examinaba la oscuridad; cuando cambió de posición, Ayrys movió la silla al interior de la habitación.

Él cerró la puerta.

En la habitación para dormir, Dahar había descubierto el círculo anaranjado. No se podían ver el uno al otro. Era y no era como en otro tiempo, cuando él había ido a verla: exhausto, desesperado, inseguro de lo que hacía o por qué lo hacía. Algo de la confusión de esa noche se precipitó dentro de él pero no le hacía falta; ya tenía bastante confusión, toda la confusión que no había tenido en varios decaciclos.

—Dahar —dijo ella con voz tranquila y se detuvo. Él se sintió tenso en la oscuridad, pero no dijo nada. Entonces el cauto Dahar de siempre esperó a ver lo que ella diría a continuación—. No me has mirado ni una sola vez en la Sala de Enseñanza. —Su tono le sorprendió: tan tranquilo como el de un ged, sin temor ni sumisión—. Si me miraras, ¿verías aún a R'Frow?

Sus propias palabras. Dahar se ruborizó en la oscuridad. No dijo nada.

—Creo que no —dijo Ayrys, y ahora él captó una nota de tensión, controlada por un tipo de violencia diferente de la emoción directa del jelita. *Diferente*.

—Yo creo —continuó Ayrys cuidadosamente— que si me miraras verías a una ramera delysiana.

Dahar no se había dado cuenta de cuánto coraje tenía ella. Inteligente, valiente, deseable. Y cuando la miró, vio a Kelovar y a los otros que habrían precedido a Kelovar. Toda una vida de pensamiento se alzó en su cerebro, sólido como un muro. *Ramera*.

—No —dijo él.

—No me mientas, Dahar. —Inesperadamente, ella se echó a reír—. Mientes muy mal, ¿lo sabías?

—Sí, Ayrys —dijo él de repente, sorprendiéndose a sí mismo—. Yo conozco hermanas-guerreras, ciudadanas y rameras…

—Y nadie puede aprender a conocer algo que no conocía antes. Nadie en R'Frow puede aprender una forma nueva de pensar, una nueva forma de establecer una hipótesis.

Ayrys vaciló un momento. Pero sólo un momento.

—O quizá no deberías cambiar tu hipótesis sobre las mujeres porque ha funcionado tan bien. SuSu es la prueba de ello. ¿No eras tú uno de los honorables hermanos-guerreros que la han convertido en lo que es ahora?

De nuevo Dahar no dijo nada, y oyó sólo su pequeño jadeo en la oscuridad.

—¿La forzaste, Dahar? *¿Lo hiciste?* Porque si tú forzaste a esa niña…

—¡Nunca he forzado a una mujer!

Ayrys estaba ahora en silencio. Dahar podía sentir su pensamiento, como un calor palpable subiendo en la oscuridad. Se sintió confuso, acalorado, avergonzado. Era evidente que Ayrys había convertido eso en un campo de batalla, o lo había hecho él, o ambos; pero Dahar no sabía cómo luchaba Ayrys, o para qué. Le parecía que ella se sentía «en casa» en este campo de batalla,

segura en su terreno; tal vez había luchado en ese campo muchas veces… *ramera*. Dahar no podía adivinar, como sabía hacerlo con Belazir, qué diría ella a continuación. La parte objetiva de su mente se dio cuenta de que Ayrys era, en ese momento, más extraña para él que los geds.

—¿Has deseado alguna vez una mujer que se suponía que no debías desear? ¿Alguna vez has sentido un torbellino de deseo por una hermana-guerrera o una ciudadana?

Los muchachos que reían tontamente en el entrenamiento, la charla masculina en la sabana. Pero una mujer no sabía de esto, a menos que fuera una ramera…

—Respóndeme, Dahar, ¿alguna vez has mirado a una hermana-guerrera y la has deseado?

—¡Tú hablas de cosas que no comprendes!

Ayrys se echó a reír, desconcertándolo. Una fuerte risa de auténtica diversión.

—Jehane me dijo lo mismo en la sabana. Debe ser algo que enseñan vuestros maestros guerreros, ¿no?

Era así. Pero la risa de Ayrys, que sonaba como la burla de Tey, tornó su cólera más fría y fuerte. Y de ella…

Ayrys dejó de reír y susurró:

—Oh, Dahar, ni juegos, ni amor, ni sexo real… Oh, tontos estúpidos.

A través de la cólera y la confusión, Dahar oyó la auténtica tristeza de su voz, y cogió el pomo de la puerta antes de que ella pudiera alcanzarle.

—Déjame salir —dijo Ayrys, con una voz tan furiosa como la de él, lista para marchar si podía.

—No.

—¿Por qué no? ¿O te preparas para forzar a tu primera mujer? Ya no puedes usar a las rameras jelitas, ¿no es cierto, Dahar? ¿Cuánto tiempo hace? ¿Se ha puesto dura?

—¡Sólo las rameras hablan así!

—¿Por qué?

La pregunta le asustó. Pero en el momento en que la hizo (furiosa, acusadora) él vislumbró lo que su mente debía ver: aquella conversación sobre los temas del sexo no era diferente de la conversación sobre temas de la ciencia, y si él había sido capaz de dejar a un lado todo lo que sabía sobre curación, debía poder dejar también a un lado lo que pensaba sobre el sexo. Discutirlo, cambiarlo. Ayrys esperaba que él comprendiera que el ged le había traído la misma libertad de cuerpo que de mente. Había traído las dos.

Le sobrevino una extraña y súbita humillación, desagradable y un poco amarga. Ella le había visto más… más flexible, más capaz, con una visión de más largo alcance de la que en realidad tenía.

—Déjame volver a mi habitación —dijo Ayrys.

—No, por favor, Ayrys…

Ella captó el cambio en su voz. Durante bastante tiempo permanecieron inmóviles, sin poder verse mutuamente en la oscuridad.

Por fin Ayrys habló con voz despojada de todo enojo, amable:

—Yo te quiero. En Delysia lo decimos con esta franqueza. Pero yo ya no soy… delysiana. Y tú no eres un jelita. Y después que vinieras aquella noche… Quiero irme. Déjame pasar.

—¿Por qué tienes miedo de mí? —dijo Dahar, antes de pensarlo.

—Lo tengo.

Aquello no tenía el más mínimo sentido. Frustrado, Dahar presionó el círculo anaranjado. Ayrys se sentó, con una mano acariciando el lacerado pulgar de la otra. Cuando estalló la luz, levantó la cabeza. Las lágrimas velaron sus ojos.

Él se arrodilló junto a su silla y ella torció el cuerpo para ponerle los brazos alrededor del cuerpo. Sus senos se apretaron contra el pecho de Dahar, y luego éste sintió la mano de ella en su pene, ya tieso.

Era un truco de ramera. La imagen de Ayrys con soldados delysianos surgió de nuevo en su mente, pero esta vez la apartó. *Delysia, no. R'Frow.* En el agotamiento y el dolor de la otra noche, él había hablado mejor de lo que sabía.

Pero en algún lugar en su interior, la imagen permanecía. Ayrys emitió un pequeño sonido entre risa y gemido, y trató de apartarlo.

—Dahar, si nos convertimos en amantes, pensarás de mí que soy una ramera y, si no, pensarás de mí que soy una persona odiosa.

Él sintió de pronto una súbita ansiedad, ansiedad y ternura, y un estallido de algo más que necesidad física. No lo comprendía. Pero en su repentina ansiedad, vio a Ayrys en la Sala de Enseñanza uniendo espirales de alambre a células eléctricas, tendiendo las manos a la ciencia ged con la misma ansiedad con que él extendía las suyas.

—No sé cómo tener sexo con una mujer que no es una ramera —dijo Dahar con voz áspera—. Te haré daño. Al final te haré daño.

Ayrys agitó la cabeza:

—Está bien: quiero que lo hagas.

Tampoco comprendía eso. Pero apartó la imagen de Kelovar, la levantó de la silla ged y la llevó hasta los almohadones esparcidos por el suelo de wrof.

48

La gente comenzó a desaparecer en el interior del Muro. Los árboles de R'Frow estaban inmóviles y polvorientos; ya no llovía desde la cúpula de wrof. Las flores silvestres no florecían. Los arbustos, más resistentes que las flores, no morían pero comenzaron a tener un aspecto un poco lacio y borroso. La hierba, más fuerte todavía, no crecía ni se marchitaba; se volvió puntiaguda y seca, cada hoja era un pequeño cuchillo.

Se extendió el pánico por la enfermedad de la piel. Bastantes humanos habían prestado suma atención en la Sala de Enseñanza para comprender que estas *bacterias* eran invisibles, y que, en consecuencia, podrían venir posiblemente de espíritus de la Isla de los Muertos. Pero los espíritus ocupaban una parte tan pequeña en Qom que la mayoría de los delysianos y los jelitas por igual se referían a la comezón no con superstición sino con escepticismo, con enojo y con temor. Parches de barro, ungüentos curativos, las medicinas de los sacerdotes-guerreros secretamente vendidas por unos pocos ciudadanos jelitas a unos pocos mercaderes delysianos: nada calmaba la comezón.

Un grupo de delysianos en un sendero de wrof. Una música, aún sosteniendo la flauta en la mano, es empujada hacia delante por manos que la tocan sólo brevemente. Ella da unos pasos tropezando, luego se vuelve para mirar piadosamente hacia atrás, el rostro blanco, con costras abiertas de nuevo y manchas rojas.

—Vete con los geds —dice alguien con seguridad—. Algunos están siempre en ese salón vacío.

—¡Pero está cerca de los jelitas!

—Vete con los geds.

—¡No me obliguéis! ¡No me… Ahmed! Tú y yo compartimos cerraduras; ¡no dejes que me envíen allí!

Ahmed mira fijamente al suelo y no dice nada. En la parte de atrás de su cuello, la carne sube y baja sobre el tebl.

—Vete ahora —grita de pronto un hombre delgado—. Podrías… Yo me senté a comer a tu lado ayer en el salón. Si… —Deja la frase sin terminar.

La música sujeta sus pies firmemente.

—No lo haré. No lo haré.

Se oyeron murmullos en el grupo. El ciudadano delgado se agacha y coge una piedra grande. Da un paso amenazante hacia delante, pero su voz tiene un toque plañidero, casi de disculpa.

—Entre todos podríamos conseguirlo.

La música no se mueve. El hombre da otro paso adelante. La música grita algo

que ninguno oye claramente, se vuelve y corre hacia el salón vacío. Detrás de ella hay silencio. Entonces un soldado del grupo dice de pronto:

—Yo la seguiré. Cerca de ese salón es donde esos babosos atacaron a la sopladora de vidrio.

El soldado saca su tubo de perdigones y sigue a la música, caminando con el paso ligero del luchador entrenado. El grupo de delysianos se mueve en silencio en dirección al salón. Ahmed permanece donde está, con los puños apretados y la cabeza baja para ocultar la cara.

—El único caldo que se ha puesto transparente es el que tiene el ácido de fabricar vidrio de Ayrys —dijo Dahar con fatiga—. No ha sido ninguno de los que están en las drogas curativas, ni de los que están en las antitoxinas geds. Ninguno. —Miró hacia arriba desde la ampliadora, con la frustración en el rostro. La ampliadora estaba en el suelo y le llegaba a su cintura, un cubo gris oscuro, con la falta de ornamentos típicas de los geds, tan pesado que incluso Dahar no podía levantarlo. No se abría. Había uno solo.

—Déjame ver —dijo Creejin con voz tímida. No se aproximó a la ampliadora hasta que Dahar se hubo alejado, pero su voz perdió la timidez cuando habló de las antitoxinas—. El ácido come la piel como las llagas. Es inútil.

Ayrys, mientras preparaba más caldo para combatir la bacteria que no podían encontrar, dijo:

—Si diluimos el ácido con agua…

—Aún sería demasiado fuerte —opinó Creejin—. Es inútil.

—Nada sirve de nada —dijo Ilabor malhumorado.

—Eso no es verdad —dijo Tey—. Ahora sabemos lo que no funcionará. Esto es más de los que sabíamos antes. —Sonrió levemente, apoyándose contra una pared apartada.

El pequeño comerciante había pasado en la Sala de Enseñanza más tiempo que ninguno, excepto Dahar, y nunca había preparado un caldo, nunca había utilizado pus de las llagas de los humanos enfermos que venían a ver a los geds, nunca probó una antitoxina. Tey estaba simplemente *allí*, holgazaneando, observando, pensó Ayrys. Ella no creía que Tey estaba realmente interesado en la extraña nueva forma ged de pensamiento que era la experimentación sistemática, y se había preguntado por qué estaba presente tan a menudo, hasta que se dio cuenta de que una enfermedad nacida en R'Frow no se quedaría allí cuando terminara el año. A menos que todos los humanos enfermos fueran totalmente curados, llevarían las bacterias a Delysia y a Jela. Una cura se convertiría en una actividad provechosa.

—¿Qué sucedería —dijo Creejin— si diluyéramos el ácido lo suficiente para que no dañe la piel viva de forma permanente? ¿Cuánto…? —Buscó a tientas,

siguiendo su idea—. ¿Cuánto ácido es demasiado?

Dahar dijo pensativamente:

—Pero, ¿cómo podríamos probarlo? Podemos probar cuánto daño hace el ácido a las bacterias, pero no podemos determinar la disolución a menos que lo pongamos sobre la piel.

—Yo pensaba que ésa era la clase de cosa que daba reputación a los guerreros-sacerdotes —dijo Tey con su voz musical.

Dahar se ruborizó. Ayrys vio la mano que se dirigía hacia sus armas, como si fuera por sí misma, y el esfuerzo por detenerla. Dahar apretó la mandíbula y echó un vistazo a Grax. Éste le devolvió la mirada con su calma e inmóvil contemplación, y la rígida línea de la mandíbula de Dahar se relajó un poco.

—Hemos probado todas las medicinas y todas las antitoxinas —dijo Ayrys— pero no hemos intentado mezclarlas. Ésta es una bacteria nueva para Qom y también para los geds; quizá necesita una nueva combinación de… cosas para atacarla.

—Hemos probado decenas y decenas de medicinas y doce antitoxinas —dijo Creejin—, y hacer todas las mezclas posibles, en cada proporción posible…

—Pero una podría funcionar —dijo Dahar pensativamente. Sus oscuros ojos perdieron la expresión de cansancio.

Lahab, tallando lentes al otro lado de la habitación, miró hacia arriba y dijo con voz tranquila y profunda:

—Ya no nos queda pus. Se ha usado toda.

Ilabor resopló:

—No hay escasez de tejido enfermo.

—Grax, ¿puedes traernos más de los… los pacientes de dentro del Muro? —dijo Creejin.

—Sí.

Sí. Ayrys volvió su silla hacia Grax para ver su rostro.

—Pero Grax, tú me dijiste ayer que los humanos del interior del Muro no sufren. Dijiste que están en estasis, como cuando nos ponemos a dormir, o como mi pierna, y que así ellos no sienten la comezón. Si están en estasis, ¿cómo pueden sus llagas emitir más pus?

La habitación se quedó en silencio.

La expresión de Grax se hizo más atenta. Finalmente dijo:

—No has comprendido la explicación que os di sobre la estasis. Os dije que no teníais todavía los conceptos necesarios para comprender la idea de la estasis. Hay muchas clases de ella. La estasis de sueño frío, la que tuviste en el perímetro, no es la misma que la que está alrededor de tu pierna. Ésa no es tan completa. Piensa, Ayrys, tu hueso continúa creciendo aunque más lentamente. Si no lo hiciera, la estasis sería inútil para curarte. En la misma forma, los humanos dentro del Muro continúan rezumando pus. Pero no sienten la comezón. Tú no

sientes dolor en tu pierna; a ellos no les pica.

De nuevo la habitación quedó en silencio. Con voz alta en medio del silencio, Ayrys oyó la pregunta que Grax no había formulado: *¿Por qué piensas que yo te mentiría?*

Ayrys echó una mirada a Creejin, a Ilabor, a Tey. En sus rostros estaba la misma pregunta.

Y no tenía respuesta.

Finalmente miró a Dahar. Él la contempló con sorpresa. Mientras ella observaba, sus negros ojos se tornaban más duros y pequeños.

Un salón de ciudadanos jelitas. Dentro, un dormitorio. Un hombre muy delgado, ya no joven, está sentado con la cabeza hundida en sus manos, oyendo los puntapiés sobre la puerta. Al lado de él hay siete cuencos de wrof llenos de agua, una gran escudilla de guiso ged, ahora frío. En el rincón hay un cuenco usado como escupidera, el olor a humedad del fango del lecho de la corriente.

Los golpes sobre la puerta continúan. El hombre mira hacia arriba; su rostro y sus antebrazos están cubiertos con manchas rojas. Se rasca frenéticamente, hace un esfuerzo por detenerse pero no puede. Sus uñas se clavan en su rostro y en su cuello hasta que sangran.

De pronto, los puntapiés se detienen. El ciudadano aspira profundamente contemplando la puerta, pero la cerradura no se abre. Nadie viene a por él. Mientras no trate de salir, la puerta permanecerá cerrada.

Mira fijamente a los siete cuencos de agua y a la gran escudilla de comida hasta que la comezón empieza de nuevo.

—No lo comprendo —dijo Dahar—, ¿por qué ninguna de las antitoxinas funciona? No lo comprendo.

Ayrys no contestó. Se sentía con sueño, hastiada y sin ganas de conversar. Yacían en la habitación de Dahar, en la oscuridad. Él, tumbado a lo largo sobre su espalda, y ella, enroscada al lado de él con el pulgar rastreando círculos perezosos sobre su pecho. En un rincón de su mente, más sensación que pensamiento, rondaba el recuerdo del pecho de Kelovar, el cabello creciendo en finos y en gruesos remolinos. La mandíbula de Ayrys se puso tensa. No habría recordado a Kelovar salvo por la sospecha indiscutible de que Dahar lo hacía.

—Debe de ser porque las bacterias son tan pequeñas —dijo Dahar—, demasiado pequeñas para poder verlas. Si las antitoxinas matan, todas las demás clases de bacterias salvo éstas…

—Eso no lo sabemos —dijo Ayrys.

—Nosotros no lo sabemos. Pero Grax dijo que ésta es la única bacteria que

ha visto que no es afectada por alguna de las antitoxinas. Y, ciertamente, es demasiado pequeña para poder verla. ¿Están esas dos cosas relacionadas? ¿Cómo?

—Quizá no sea una bacteria —dijo Ayrys por decir algo. Pero cuando lo hubo dicho, la idea la atrapó. Dejó de buscar el círculo sobre el pecho de Dahar —. ¿Cómo sabemos si es una bacteria?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—No lo sé. Pero seis decaciclos atrás todavía no sabíamos nada de bacterias. ¿Por qué no podría ser alguna otra cosa de la que nunca hemos oído hablar?

—Grax lo habría sabido. Nos lo habría dicho.

Ayrys quedó silenciosa por un momento. Entonces dijo muy cuidadosamente, buscando las palabras que no abrieran otra brecha entre ellos:

—Grax dijo que los geds nunca habían visto ninguna bacteria que no pudiera ser eliminada con las antitoxinas geds. Quizás es algo humano. Los geds no tienen esta enfermedad, sea lo que fuere. Sólo los humanos la tienen.

Ella podía notar cómo Dahar pensaba en la oscuridad y tanteó en busca de su mano. Se cogió a la suya sin titubeo ni reserva, y algo doloroso golpeó en el pecho de Ayrys. Siempre era igual.

Cuando sus cuerpos se unían había un retroceso por parte de Dahar, una torpeza que nada tenía que ver con el fuerte placer que el sexo les proporcionaba a ambos. Él la deseaba, la acariciaba, la complacía, pero Ayrys nunca le había preguntado qué pensaba mientras hacía eso. No lo quería saber.

Pero no había retroceso, ni duda, ni confusión, cuando hablaban de la ciencia ged. Las extrañas palabras no sonaban extrañas en la garganta de cada uno de ellos. Sentían placer al seguir los rápidos vuelos de la mente del otro, placer que a menudo ascendía otra vez hasta la pasión, y luego Dahar se ponía nuevamente en guardia, con la boca cerrándose sobre el pecho de ella con una violencia que Ayrys sospechaba que no era del todo consciente; y ella tenía miedo de decirle que le gustaba, porque eso también podía ser lo que los hermanos-guerreros jelitas esperaban de las rameras.

No hablaban de ello. Ayrys recordaba a Jehane diciendo: « Hablas de cosas que no entiendes» , y apretaba los puños acostada al lado de Dahar en la oscuridad.

—Pero incluso si no es una bacteria —dijo Dahar—, si es otra cosa, ¿por qué no podemos verla en la ampliadora?

—Quizá sea demasiado pequeña.

—Podemos ver partes de células, incluso las células más pequeñas. Tendría que ser incluso más pequeña que las partes de las células más pequeñas y entonces, ¿cómo podría vivir?

—No lo sé —admitió Ayrys—. Pero Grax dijo que ésa era otra razón para las mascarillas de respiración geds; para protegerles de los microorganismos

humanos.

—Pero tendrían que ser más pequeñas que cualquier microorganismo que los geds conozcan —arguyó Dahar, tanto para sí como para ella—. Más pequeñas incluso que *trozos* de células.

—¿Por qué no podría ser?

—No lo sé.

—¿Un microorganismo diferente de las bacterias, desconocido por los geds, demasiado pequeño para verlo en la ampliadora? —Ayrys podía imaginarlo frunciendo el entrecejo en la oscuridad—. Pero si fuera tan pequeña, si una célula tan pequeña pudiera existir… Pero no podría, a menos que dejara partes de ella afuera.

—¿Qué pasaría si tú dejaras afuera lo que la célula no necesitara? ¿Qué tendrías?

—Pero si la célula no lo necesitara, no estaría allí. Grax es claro en ese punto.

—¿Podría no ser una célula?

—Todas las cosas vivientes son células. Los geds no han encontrado nunca nada vivo que no lo fuera.

—Sí… sí… —Ayrys tanteó buscando la imagen que quería, pero no pudo encontrarla—. Si no es una célula y no tiene partes lo mismo que una célula… No lo sé, Dahar. Simplemente, no *sabemos* lo suficiente.

—No.

—¿Pero no hay ninguna cosa viviente tan pequeña que no se pueda ver con la ampliadora? ¿La conoce Grax?

Cuando él respondió, su voz era un poco forzada.

—Sólo la doble hélice.

—Pero la doble hélice no podría vivir… desnuda. Sin el resto de la célula.

—No. Grax dice que no.

Ayrys no respondió. No había razón para dudar de Grax. Si había otros microorganismos más pequeños, él se lo habría dicho. Todo lo que los geds les habían dicho había sido probado una y otra vez como cierto. No había razón para dudar de Grax.

Pero Dahar notaba la duda de Ayrys, y ella lo sentía a él ponerse ligeramente rígido a su lado. Cuidadosamente, como si manipulara vidrio demasiado ardiente, Ayrys sacó su mano de entre las de él, sin tocarlo mientras hablaba.

—Dahar, ¿qué ocurrirá cuando haya terminado el año en R'Frow? R'Frow está muriendo. Yo no puedo regresar a Delysia, a Embry… —Vaciló un momento y luego apartó el dolor que disminuía pero que nunca se detenía del todo—. Y tú no puedes regresar a Jela como guerrero. ¿Regresarás como ciudadano?

Sin mí. No podía decirlo.

—Quizá no termine el año.

Él parecía estar recuperándose en la oscuridad. Incluso sin tocarlo, Ayrys sintió la tensión de sus músculos y el momento de su liberación saltando como una chispa entre ellos. Él sabía algo más. Había decidido decírselo a ella.

—Grax y el ged son de otra estrella. Los geds regresarán a ella, a través del espacio en su… nave estelar. Hoy le he preguntado a Grax si planean regresar alguna vez a Qom, y me ha dicho que sí, dentro de uno o dos años. Nosotros, tú y yo, Ayrys, podemos disponer de uno o dos años.

—Disponer… —Ni siquiera podía repetirlo. Se sentó tambaleándose en la habitación cerrada y sin ventanas y sintió como si estuviera cayendo interminablemente a través de la oscuridad dentro de los muros. *Nave estelar*… Ayrys emitió un sonido muy pequeño, estrangulado y carente de significado. Un gorgoteo.

Al instante Dahar colocó la mano en la boca de ella.

—No digas nada, Ayrys. No ahora, todavía no. Quizá no podamos hacer la elección. Los geds pueden decir que no cuando se lo pidamos, y por ahora, durante el tiempo que queda en R'Frow, lo que importa es aprender toda la ciencia que podamos de modo que si eso es todo lo que alguna vez… no digas nada ahora. Tu niña en Delysia… No digas nada ahora. —Al instante añadió inexorable—: No hay razón para rechazar una opción que quizá no tengamos jamás.

Puso los brazos alrededor de ella y en lo súbito del movimiento, Ayrys vio en su abrazo más de lo que él pensaba que podía ganar o retener.

—Te amo —dijo él con la torpeza de un muchacho.

La alegría surgió en ella como agua de la roca, inmediatamente enturbiada por lo que dijo a continuación.

—¿Hay alguien más…? ¿Soy el único que tiene la cerradura para tu habitación en este salón además de SuSu?

Ayrys pasó de la sorpresa al enojo.

—El único… por supuesto que tú eres el único con la cerradura. ¿Crees que hay un desfile constante de soldados por la Sala de Enseñanza hasta mi habitación? ¿Crees que porque soy (era) delysiana, que…? ¡Mierda de kree!

Él permaneció en silencio un momento, con los brazos aún alrededor de ella, Ayrys era miserablemente consciente de que la palabrota lo había aprendido de Kelovar.

—¿Por qué estás enfadada? —dijo Dahar—. Me dijiste que los hombres y las mujeres delysianos conversan abiertamente sobre el sexo.

Dahar no comprendía. Ayrys vio el abismo entre ellos y trató de controlar su enojo.

—Sí, Dahar, pero cuando las hermanas-guerreras se acuestan con hombres y tienen niños, ¿lo hacen con gran cantidad de hombres? ¿Con docenas?

—No.

—Tampoco las mujeres soldados ni las ciudadanas delysianas. Y especialmente cuando hay… amor.

—Las madres guerreras normalmente sólo aman a sus hermanas, a pesar de acostarse con hermanos-guerreros.

Ayrys no había sido consciente de eso.

—¿Siguen teniendo también relaciones sexuales con sus hermanas?

—Por supuesto.

—¿Tanto con hombres como con mujeres?

—¿Por qué no? Una vez se retiran de los núcleos de lucha, no hay razón para no hacerlo.

Ayrys trató de imaginarse toda una vida de acostarse con mujeres por el bien de los votos de los guerreros, seguido por relaciones sexuales con hombres para tener hijos, y con mujeres para el amor. No podía imaginarlo. Pero un nuevo pensamiento vino a su mente. Tranquilamente dijo:

—¿Tú preferirías que yo me acostara con mujeres en lugar de hacerlo con hombres?

—Por supuesto.

Por supuesto.

Ayrys notó que él se daba cuenta como ella de la magnitud del abismo entre ambos y de las corrientes oscuras en el fondo. Entonces, con una voz que de pronto le recordó a Jehane: el mismo rechazo a ser dejada de lado, la misma determinación de apartar todos los obstáculos, él dijo:

—Todo eso ha terminado. Delysianos, jelitas, todos somos exiliados y nadie puede retenernos. Esto es R'Frow. El resto se ha acabado, los hermanos-guerreros… Kelovar, los *kreedogs*… todo eso ha terminado. Tú y yo hemos terminado con ellos.

Había dado la espalda al abismo, a las corrientes. En la Sala de Enseñanza no se le escapaba nada. Captaba complejidades que ningún otro podía ver; aquí la misma mente rehusaba toda complejidad, toda la oscuridad y los lugares sombríos. Ayrys trató de no verlo tampoco. La mano de él acariciaba sus pechos; ella lo atrajo hacia sí en la oscuridad y la boca de él bajó hambrienta sobre la de ella.

—Mátala —dijo Belazir.

La soldado delysiana atada contempló a la suprema comandante jelita. No mostró temor, sólo el desafío llameante con el que los guerreros menos imaginativos encontraban la muerte. Aquellos demasiado jóvenes para haber captado que los luchadores muertos no ganan ninguna batalla. La soldado levantó la barbilla y sus ojos llamearon con odio. Tal estupidez juvenil merecía desdén y lástima, Pero a Belazir no le quedaba ninguna de las dos cosas. Como todo lo

demás, esas sensaciones se habían ahogado en fatigosa vergüenza.

Los kreedogs formaban dos líneas por encima de la soldado atada, y la boca de Khalid dibujaba una línea dura; el rostro de Sancur se había vuelto gris e Ishaq y Syl estaban rígidos y en silencio. Sólo los ojos de Kelovar ardían.

Ishaq dio un paso adelante, cogió el cabello de la soldado y tiró su cabeza hacia atrás para exponer el cuello. Puso el tubo de perdigones contra la piel de la que había desaparecido hacía mucho tiempo todo el tostado del sol. El tubo golpeó el cuerpo y lo empujó hacia atrás, arrancando el cabello de la mano de Ishaq. La soldado hizo un gorgoteo una vez, luego se acostó sobre su espalda en la hierba con los ojos abiertos a las oscuras nubes.

Belazir había cometido el deshonor de irse de la ejecución que debería haber observado impasible. No había ninguna razón. Esta odiada alianza se suponía que terminaría las hostilidades entre jelitas y delysianos; en lugar de ello les había sumergido en más sangre. Belazir era una luchadora; la sangre no le molestaba. Pero no en esta forma, en una fastidiosa pasividad.

—Lo que ha sido dado, ha sido devuelto —dijo Ishaq rudamente. Nadie respondió.

49

Jehane irrumpió en su habitación y arrojó la trespelota a un rincón: golpeó la pared ruidosamente y rodó a través del suelo de wrof.

—Idiotas, cerebros de serrín, idiotas piojos kree. Nuestras queridas hermanas han olvidado por qué hemos venido aquí, dormitan en el patio de prácticas, charlan como rameras y engordan como ciudadanas… no, aún más. ¡Puag! La mayoría no podría capturar un chico delysiano armado con una ramita. Todas necesitarían que Belazir ordene que les den una buena cantidad de azotes. Te lo digo, Talot, desde que esa cháchara en la Sala de Enseñanza terminó hace un decaciclo… ¿Talot?

Talot estaba sentada en un rincón de la habitación con las piernas dobladas sobre su pecho y la frente descansando sobre las rodillas. Incluso antes de que levantara la cabeza, Jehane se dio cuenta. Una frialdad real como hielo se deslizó por su espalda.

—Talot. Tienes las manchas.

Talot asintió. El movimiento provocó un ataque de violento prurito. Se rascó el

cuello, las rodillas, otra vez el cuello, los brazos. Había lágrimas de vergüenza en sus ojos; se rascaba entre los muslos, estremeciéndose violentamente. Sobre la barbilla y junto a las orejas se desparramaban en forma irregular las rojas manchas que sangraban tras rascarse con las uñas.

—¿Desde cuándo? —preguntó Jehane.

—Desde anoche. No quería que lo supieras.

—Por supuesto que tenía que saberlo. ¿Mucho dolor?

—Peor que cualquier azote. Y no se detiene. No te acerques.

—No seas estúpida. —Jehane cruzó la habitación, pero Talot se puso de pie con el cuchillo ged en la mano.

—Lo digo en serio. No te acerques. No quiero que te contagies.

—No me contagiaré. Y si me ocurriera, no sería tan malo como lo tuyo. Dicen en los salones que cuanto más suave es la piel, tanto peor es la enfermedad. —Se calló. Era una estupidez decir eso. El temor y el amor la irritaban, volviéndola furiosa.

—No seas estúpida, Talot, no me voy a contagiar. Badr pilló la enfermedad pronto y su amante, Safiya, nunca se contagió. Y ese hermano-guerrero, ¿cuál es su nombre?, escondió a su hermano de círculo en su habitación, cerca de un decaciclo. Estuvieron juntos todo ese tiempo y nunca contrajo la enfermedad.

Talot se agarró a las palabras de Jehane como un *kreedog* a un hueso. A Jehane le dolía verla.

—Entonces tal vez podría… no quiero ir a los geds, Jehane: ninguno de los humanos que han ido al interior del Muro ha salido todavía. Fui al Muro una vez, para entrar en R'Frow, pero eso fue antes de que tú aparecieras, y yo era diferente entonces. Yo era… —Su voz decayó de pronto—. Era más fuerte.

Jehane sintió una punzada en la garganta, y puso un gesto fiero. Era cierto. Talot era más débil ahora, como si algo dentro de ella se hubiera aplastado con su participación en la muerte de Jallaludin, con todo el vergonzoso nacimiento de los *kreedogs* en el comando de Belazir donde ni ese nacimiento ni esa vergüenza debían haber sobrevenido nunca. Pero la debilidad de Talot no hizo que Jehane la despreciara como debía haberlo hecho; hizo a Talot más querida, y también eso era una vergüenza, y un misterio en este lugar de misterios. ¡Puag! ¿Cuándo terminaría este interminable pensamiento?

—No tienes que ir con los geds, Talot. No tienes que ir. Traeré un guerrero-sacerdote… No temas, amor.

Talot había comenzado de nuevo a rascarse con violencia. Se arañaba con ambas manos, y después de sus arañazos aparecían ronchas sangrantes. Cuando había pasado lo peor, dijo torpemente:

—No me dejes, Jehane.

—Nunca.

Jehane trajo una guerrera-sacerdote, la misma que había atendido a Ayrys.

La joven curadora agachó la cabeza y no le miró directamente.

—No hay ninguna medicina que pueda darte.

—Le diste algo a aquel delysiano para ayudarlo, pero en cambio por una de las nuestras te quedas ahí parada, sacudiendo la cabeza como una…

La guerrera-sacerdote dijo agriamente:

—Si tuviera algo para curar la enfermedad se lo daría. Pero no lo tengo. Si no va con los geds, no hay nada. A menos que…

—¿A menos que qué? —dijo Jehane.

La guerrera-sacerdote titubeó.

—Se rumorea en el patio que están fabricando una medicina nueva en la Sala de Enseñanza. Los geds y aquellos seis. —Su boca se endureció. El teniente primero expulsado, la doble hélice desgarrada de su hombro; estaba entre los seis —. Puedes preguntarles por la medicina si quieres. Aunque creo que será una pérdida de tiempo.

—¿Por qué?

—¿Qué saben los monstruos de la estrella y los delysianos de curar? Cuerpos extraños y traición. Y no toda la traición viene de los delysianos.

La guerrera-sacerdote se marchó. Jehane golpeó la puerta tras ella, asqueroso azul y rojo, esas historias de que bebían sangre eran probablemente ciertas, y se volvió para arrodillarse al lado de Talot con tanta suavidad como le permitían sus agitados músculos.

—No te acerques más, Jehane.

—Por todos los… No me acercaré. Escucha, Talot. Tengo servicio de guardia esta noche, pero estaré de regreso después de mi turno. No te dejaré, no dejaré que nadie te lleve al interior del Muro. Quédate aquí y mantén la puerta cerrada con llave.

—No puedo. No puedo, Jehane… en el interior del *Muro*, siempre cerrado, sin siquiera una ventana, un día tras otro hasta que la enfermedad se vaya…

Ambas eran guerreras, acostumbradas a duros ejercicios y al vacío de la sabana o del desierto; Jehane comprendió.

—Entonces corre solamente de noche, muévete rápida, no toques a nadie y mantente cerca del Muro.

—Lo haré.

—Te amo, Talot. —Y Talot hizo un ruido como de ahogo.

—¿Aún en *este* estado?

—En cualquier forma. Permaneceremos juntas, no importa cómo.

—*Sí* —dijo Talot.

Pero la horrible comezón había vuelto de nuevo, y Jehane tenía que hacer de centinela. Se deslizó por la escalera con la expresión tan ceñuda que ninguna hermana-guerrera se atrevió a hablarle. Nunca la guardia le había parecido tan larga. A medida que transcurría lentamente, a Jehane le pareció que era una

pesada carga. Las imágenes se sucedían en su mente implacablemente: Talot levantando la cabeza llena de manchas de sus rodillas; el blanco rostro de Ayrys mientras trataba de luchar contra sus atacantes con muy poca habilidad; los extraños rostros de los geds, monstruos con tres ojos; el cabello rojo de Talot soltándose sobre la cara. De pronto, algo se agitó a través de la maleza a su derecha.

Jehane levantó el tubo de perdigones en una mano, con el cuchillo dispuesto en la otra, y se puso tensa. La forma se acercó rompiendo ramas indiscriminadamente, cerca del suelo, hasta que se mostró y se tambaleó sobre el sendero de wrof, no lejos de donde Jehane estaba tendida. Era un *kreedog*, apenas un cachorro con manchones peludos. Jehane lo observó con sorpresa; después de tanta caza, pensaba que ya no quedaban en R'Frow. ¿Y qué oscurofrío hacía éste? Se retorció agitadamente sobre el sendero, destrozando su propio lomo con colmillos baboseantes. Rodó como una roca una y otra vez. Barrió su cara con las dos garras delanteras, silenciosamente, un tormento sin duda pero sin el alivio de un aullido. Rápidamente, Jehane consideró el aire que corría entre ellos, las ramas que podrían desviar sus perdigones, el riesgo de que el *kreedog* la husmeara…

Pero no mostró conciencia de su olor y finalmente Jehane comprendió.

Apuntó como pudo y disparó el tubo ged. La pequeña bola rompió la cabeza del animal, que aulló con una nota simple y estremecedora que resonó en la cúpula oscura, y que parecía continuar, nota y eco, para siempre.

Jehane esperó un buen rato para dejarse ver; era posible que el *kreedog* hubiera sido un cebo del enemigo, y aún más posible que el aullido atrajera a algún humano. Pero finalmente el tedio sobrepasó a la cautela y se deslizó sobre el sendero con el cuchillo en la mano para examinar el cuerpo. Tenía que saber.

Incluso en la media penumbra gris pudo ver que el *kreedog* era hembra. La piel de su vientre gris, donde había poco pelo, estaba manchada con llagas abiertas. ¿Desde cuándo? Los humanos tenían la enfermedad hacía más de cien días, casi tres decaciclos; casi perdía el hábito de pensar en ciclos aquí en R'Frow donde no había ninguno. ¿Tanto había durado la caza? Pero difícilmente quedaba algo de caza en R'Frow. De hecho, Jehane hubiera jurado que no quedaban *kreedogs*. Éste era tan delgado que sus flancos sobresalían en nudos huesudos. ¿No podía encontrar nada que comer? ¿O estaba tan enloquecido por la comezón que no había cazado siquiera a los perezosos ciudadanos delysianos? ¿O la enfermedad mataba el apetito? Jehane se estremeció. *Talot*…

Pero ella no podía seguir aquí de pie, ofreciendo un blanco tan fácil… estúpida, estúpida. De nuevo Jehane se escondió y deseó convertirse en parte de la red de vigilancia, inmóvil y ligeramente en trance. Una alteración voluntaria del tiempo que le permitiera permanecer naturalmente alerta, incluso mientras su mente vagaba demasiado por el aburrimiento.

Pero esta noche no podía mantener el trance de guerrero. La mente saltaba construyendo imagen tras imagen: Talot que levantaba la cabeza llena de manchas sobre las rodillas; el rostro blanco de Ayrys mientras trataba de luchar contra sus atacantes; las extrañas caras de los geds, esos monstruos con tres ojos… más allá, el cuerpo del *kreedog* yacía pesado y enfermo sobre el sendero del wrof.

Por primera vez en la vida le abandonó la noción del tiempo, propio de una guerrera. Ahora era incapaz de calcular cuánto le quedaba de la interminable guardia, cuánto ya había transcurrido. Una y otra vez pensó que oía la señal acústica de su relevo. Pero cuando llegó efectivamente la señal, ni la oyó, y tenía ya el cuchillo desenvainado cuando los ultrajados hermanos-guerreros llegaron a su lado.

Era casi por la mañana. La media penumbra gris brilló lentamente filtrándose en la cúpula a través de árboles endebles. Jehane corrió por los senderos dentro de la red exterior, sin apenas detenerse para dar las señales a los guerreros de la red interior. Se lanzó dentro del salón y subió la escalera —más rápido, *más rápido*—, hundió la llave dentro de la cerradura y abrió la puerta. Su mano golpeó sobre el círculo anaranjado cubierto para iluminar la habitación.

La luz no mostró nada. Talot se había ido.

50

Dahar se inclinó contra la pared y cerró los ojos. No se atrevía a frotárselos; no se había limpiado todavía. El tiempo en que no conocía nada de desinfectantes parecía lejano y doloroso, una parte de aquella otra vida como sacerdote-guerrero. Dahar pensó que debía lavarse inmediatamente antes de que se quedara dormido de pie, pero por el momento estaba demasiado cansado para moverse.

Durante veinte horas, incluso mucho después de que los demás se hubieran ido a dormir, había seguido inclinado sobre una ampliadora y las muestras. Para nada. Ninguna mezcla de antitoxinas, de drogas o de antitoxinas había detenido al crecimiento de las bacterias que no podían ser vistas pero que debían estar allí porque se convertían en soluciones de pus turbias y enloquecían a los *kreedogs*.

La habitación, llena de aparatos, olía a pus, a desinfectante, a un *kreedog* disecado, a las cuatro manos que habían trabajado allí. Ilabor ya no iba a la Sala

de Enseñanza; Tey nunca trabajaba.

Dahar se acercó hasta la mesa de suelo que cuando Grax estaba solo en la habitación se había convertido en una fuente hecha con wrof. El agua fluía incesantemente de un lado al otro. Ayrys se había sentido fascinada y había comenzado inmediatamente a construir una versión más imperfecta de la fuente artificial usando herramientas y materiales que no procedieran de la ciencia ged. Alternaba aquello y la búsqueda de una antitoxina, como Lahab alternaba la investigación y sus lentes.

La investigación que había fracasado. No había forma de detener el crecimiento de las bacterias.

No había nada que pudieran hacer.

Dahar estaba demasiado exhausto para caminar alrededor del círculo otra vez. Ayrys se había ido hacía tiempo a su habitación, esperando hasta que el corredor estuviera tranquilo, segura detrás de la puerta y del conocimiento de que en R'Frow nadie podía saber detrás de qué puerta estaba ella. Ahora estaría dormida. Dahar pensó en ella, yaciendo acurrucada sobre los cojines, con esa lenta ternura que aún podía aturdirlo de deseo, aunque no esta noche. Estaba demasiado cansado.

Si las bacterias eran bacterias, las antitoxinas deberían tener algún efecto en su crecimiento.

No se trataba de bacterias.

No había ninguna otra cosa que pudieran ser.

Muros, pensó Dahar. Los de nuestra propia ignorancia. No entendemos nada, nunca entenderemos nada. Al lado de los geds somos bárbaros. Pero los geds tampoco entendían lo no-bacteria.

Quería tenderse y dormir sin tener que tantear a lo largo del corredor hasta su habitación, pero también quería acostarse al lado de Ayrys. Fatigosamente cruzó la puerta, el guerrero que había en él se detuvo; antes de abrirla sacó un cuchillo y automáticamente adoptó la mejor posición para una defensa repentina.

En el corredor, SuSu dormía acurrucada contra la entrada.

SuSu tenía acceso a la habitación de Ayrys y normalmente dormía allí, pero nunca iba allí a menos que Ayrys estuviera encerrada tras la puerta de Dahar.

Si SuSu quedaba encerrada afuera de la Sala de Enseñanza mientras Ayrys estaba en ella, simplemente se acurrucaba en el corredor hasta que alguien abría la puerta. Esta noche SuSu debía de haber pensado que Ayrys aún estaba dentro y se había quedado dormida allí. Dahar se detuvo junto a la pequeña muchacha cuyo delicado rostro se veía suavizado por el sueño. Dahar había pasado varios decaciclos tratando de no verla. *Nunca forcé a una mujer*, le había dicho a Ayrys, pero la verdad era que ahora, después de las noches con Ayrys (esas noches de sexo, de conversación, de aquella extraña y aturdidora ternura), el recuerdo de usar rameras incluía el de usar la fuerza, aunque Dahar no recordaba que R'Frow

hubiera gritado nunca. Dahar sonrió sardónicamente… como si no hubiera sabido que la fuerza no pudiera hacerse en silencio.

No quería dejarla desprotegida en el corredor. Se la veía tan pequeña… Pero si la tocaba, SuSu se convertiría en un animal furioso y estaba demasiado exhausto para eso. Además, descubrió que no quería tocarla.

¿Porque SuSu era jelita? Nunca había notado lo mucho de niña que aún tenía SuSu hasta que Ayrys se lo señaló. ¿Porque cuando Dahar la había usado le recordaba a Ayrys con el soldado delysiano que le había dado una niña sólo algo más pequeña que SuSu?

No importaba. Tales distinciones eran estúpidas. No estaban en Jela ni en Delysia. Estaban en R'Frow. En R'Frow esta muchacha pasaba los días con Ayrys y los geds. Estaban en R'Frow.

Se aferró a eso.

Dahar se inclinó y levantó a SuSu tratando de no despertarla. No pesaba nada. Dahar no la quería en su habitación. La llevaba a lo largo del corredor hacia Ayrys.

SuSu se había despertado y yacía en sus brazos mirándolo.

La mirada penetró su agotamiento y se arrastró a lo largo de su mente.

Podría haber esperado una mirada de locura, pero esto no era locura, ni furia, ni temor. Sentía que ésta era la mirada que esperaba ver en los tres ojos de los monstruos de otra estrella, y que nunca había visto: la ciega enemistad de un ser hacia otro ser que consideraba totalmente extraño. Una situación en la que ninguna tregua ni conversación era posible. Había visto ojos como ésos aparecer en la oscuridad detrás de un fuego de campamento, en el frío y el hambre de la sabana.

Con escalofríos, Dahar colocó a SuSu a sus pies. Ella dio la vuelta a la esquina del corredor con el negro cabello suelto como un látigo detrás de ella.

El primer contacto con Ayrys, tendida sobre los cojines pero despertando tan pronto como él se agachó a su lado, convirtió en mentira su falta de deseo. Esto también era deseo —extraño, perturbador—, esta súbita y violenta necesidad de abrazarla contra él y verter su agotamiento y desánimo en el oído de una mujer. No obstante, Dahar tuvo un repentino recuerdo vivo, como no lo había tenido cuando transportaba a SuSu, del pequeño cuerpo desnudo tensándose debajo de él. Recordando a SuSu, tocando a Ayrys, Dahar se encontró súbitamente excitado, completamente aturdido.

—Dahar —dijo Ayrys con placer en la voz. Volvió su rostro y le besó en la oscuridad.

Su boca estaba cálida. La boca de Ayrys, los ojos de SuSu… la cosa que había visto en los ojos de SuSu, primitiva y violenta… Dahar rodó sobre Ayrys y apretó su boca fuertemente sobre la de Ayrys. Demasiado fuerte, más fuerza de la necesaria. También esta sensación procedía de la mirada en los ojos de SuSu y

de las horas agotadoras de fracaso e incapacidad en la Sala de Enseñanza. Debajo de él, Ayrys no era tan fuerte como una hermana-guerrera; tenía las costillas frágiles y delicadas, lo bastante para que si Dahar no controlaba sus fuerzas, podía fácilmente quebrarlas con las manos desnudas…

Ayrys retiró la boca de la de él, jadeando.

—Dahar… —Dahar se dio cuenta con horror de que había olvidado qué mujer estaba debajo de él y lo que estaba haciendo. De pronto la dejó ir.

—Ayrys…, lo siento.

Tanteó con la mano en busca del círculo anaranjado hasta que lo encontró. Ayrys se sentó, parpadeando en la luz súbita. Se la veía ruborizada pero no atemorizada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Quería lastimarte. Yo quería… ¡No podría lastimarte, Ayrys!

—¡No! —dijo Ayrys suavemente. Y luego—: Sí…

Se miraron súbitamente cansados. Después de un rato, Ayrys dijo lentamente:

—Te observé en la Sala de Enseñanza, la primera vez que Grax trajo la pequeña ampliadora. Ciclos y ciclos atrás. Tomaste una muestra de célula del interior de tu mejilla raspándola con tu cuchillo. El cuchillo estaba muy afilado y te cortaste la boca…

Cansancio, fracaso, la cosa que Dahar habían percibido en los ojos de SuSu, todo se mezclaba en la mente de Dahar. Cogió la muñeca izquierda de Ayrys y giró su mano llevando la palma hacia arriba, hacia la luz. En la base del pulgar y a través de la parte inferior de la mano corría un laberinto de cicatrices, blancos lomos como pequeños gusanos.

—El vidrio que tú moliste con la mano era el vidrio que te exilió de Delysia, la doble hélice, ¿no, Ayrys?

—Sí.

—La doble hélice. *¿Por qué?*

—Porque había perdido a Embry. Porque lo había perdido… todo. Delysia, Embry, la fabricación del vidrio.

—Así que deliberadamente te hiciste violencia a ti misma.

—Sí. Lastimarme me lo hizo más soportable… no me mires en esa forma. No sé —dijo Ayrys con demasiada fuerza. Debajo de la fuerza, el temor asomaba claramente. Ambos vieron lo que había en el sendero más adelante; había estado allí desde la primera noche que se habían acostado juntos.

—Te cortaste los músculos y los nervios en tu mano —dijo Dahar—. Volviste tu violencia contra ti misma.

—Sí, lo hice, pero ya no lo hago. No estando en R'Frow.

—No. No estando en R'Frow. En R'Frow te acuestas con hombres violentos: Kelovar, yo.

Ayrys trató de sacarle los dedos de su muñeca. Él los apretó más, lo bastante fuerte para magullarla, con una expresión fría en el rostro. Ayrys trató nuevamente de soltar la mano y no pudo. Respiraba un poco más fuerte, con la cabeza inclinada.

—¿Eran soldados todos tus amantes en Delysia, Ayrys? ¿Todos ellos? —dijo Dahar con una voz que no parecía suya.

Ayrys no respondió.

—Ni fabricantes de vidrio, ni alfareros, sólo soldados. ¿Siempre? Y durante la relación sexual te gustaba… respóndeme, dulce Ayrys.

—¡No me llames así!

—Sólo soldados —repitió Dahar—. Y un guerrero jelita aún podría producirte mayor excitación.

Ayrys agitó la cabeza.

—¿Es eso lo que piensas, Dahar? Tú eres (eras) un guerrero, pero también eras un curador. Cuando observé cómo te comportabas con la ciencia ged en la Sala de Enseñanza… no sé. ¿Qué me estás preguntando exactamente? ¿Por qué convertir el dolor de haber sido desterrada en violencia contra mí misma? ¿Sería mejor convertirlo en ciego odio como Kelovar? ¿O usarlo contra mi propia mente como SuSu?

Dahar revivió la imagen de SuSu luchando desnuda debajo de él; la de forzar su camino dentro de ella, y dejó caer la mano de Ayrys. Rojos moretones la salpicaban.

—Pérdida y violencia —dijo Ayrys furiosamente—. Crecen juntas en formas extrañas, especialmente aquí en R'Frow. Pero tú no las ves. No te das cuenta de lo que R'Frow nos está haciendo a los humanos…

—No —dijo Dahar con aspereza. Se volvió lejos de Ayrys—. Tengo que regresar a la Sala de Enseñanza. He dejado abierta la puerta. Transportaba a SuSu.

—SuSu… —dijo Ayrys con voz penetrante. De nuevo las mujeres se fusionaban en la mente de Dahar. Ninguna de ellas era lo que había parecido. Ambas le herían con armas que él no podía contrarrestar: Ayrys con palabras y SuSu con la terrible violencia de sus ojos…

—Se durmió en el corredor. Me miró…

—Ya sé. Ya sé cómo mira SuSu. Toda la pérdida y la violencia está en su interior, cuchillos y dagas que la cortan por dentro con cada suspiro que da. ¿Cómo llegó a esto, Dahar? ¿Qué ocurrió en tu honorable salón de hermanos-guerreros para hacer esto de ella? Una ramera jelita… SuSu no puede dirigir su violencia a ninguna otra parte sino en la forma en que te mira, ¿no? Y tú me das la espalda. ¿Preferirías que yo me hubiera hecho *eso* a mí misma cuando perdí a Embry? ¿O que yo te hubiera odiado, como a Kelovar? ¿O convertirme casi en un ged de dos ojos como tú?

Ayrys le golpeó en el pecho, un golpe ineficaz. Dahar le cogió ambas muñecas y trató de mantenerla quieta. Ella continuó luchando, con mayor seriedad ahora, lanzando la parte superior de su cuerpo hacia él, aun cuando realmente no podía mover las piernas. Sus dientes se cerraron sobre el hombro de Dahar, mordiéndole la piel a través del tebl. Él estaba tenso hasta el límite y ella no estaba entrenada. Dahar la arrojó al suelo. Ayrys gritó angustiada. Dahar había olvidado su pierna… o había preferido no recordarla. *Pérdida y violencia*.

Él se arrodilló y la atrajo hacia sí. Ayrys no se resistió. Ambos permanecieron en esa forma mucho tiempo, inmóviles. Los insospechados abismos bostezaban alrededor de ellos. Finalmente Ayrys dijo con dificultad:

—Yo te habría querido aunque no hubieras sido un… un guerrero. En la Sala de Enseñanza, cuando estudiabas el instrumental ged… ¿Importa por qué te quise? Si un guerrero usa una ramera que está disponible…

—No sigas —dijo él fríamente—. Todo ha terminado.

Ella no respondió.

—Pérdida y violencia… ¡Mierda de kree!

—Es R'Frow, eso… crece aquí. R'Frow nos ha dado la ciencia, pero eso no es todo. —Él se había puesto en erección, pero Ayrys continuaba luchando—. Tú no quieres darte cuenta. Pero hay algo en R'Frow… Cuando vine aquí por primera vez, desterrada, era como la luz del sol sobre el vidrio. Estaba deslumbrada: la ciencia, la comida, el calor: ese maravilloso calor. Había tenido tanto frío en la sabana, tanto frío sin mi hija Embry… no, escúchame, Dahar. Pero cuanto más tiempo seguían los humanos en R'Frow, más crecía la violencia.

» ¿Había tantos asesinatos entre Delysia y Jela cuando nosotros no estábamos efectivamente en guerra? Los comerciantes delysianos intercambiaban mercancías con los jelitas. Tey me dijo que él había estado en el interior de las puertas de la propia Jela. En el taller de vidrio se decía que los mineros jelitas y delysianos extraían juntos mineral de las montañas, incluso cuando nosotros *estábamos* en guerra. Cuando alguna ciudad rompía la tregua y había ataques fronterizos, aún no era como en R'Frow. Esto es más violento, más salvaje, incluso con los geds prohibiendo la violencia. La violencia crece de cualquier forma, al igual que una enfermedad como las bacterias del prurito que no existían hasta que los humanos estuvieron en R'Frow. Y sigue creciendo.

—R'Frow nos ha dado una ciencia que no hubiéramos descubierto por nosotros mismos ni en cien años.

—Ya lo sé. Eso ya lo sé. Pero la violencia crece, los árboles y la hierba mueren, y la violencia crece.

Dahar estaba acostado, sin moverse. Vio en su mente los frascos de pus y bacterias, las bacterias creciendo y creciendo.

—Estás equivocada, Ayrys: Delysia y Jela han luchado siempre. Lo que los geds han hecho, lo que ha nacido en R'Frow es justamente lo opuesto, la

cooperación entre delysianos y jelitas. Creejin, Lahab y nosotros en la Sala de Enseñanza con Grax. Los *kreedogs* —titubeó un poco respecto al nombre y continuó con frialdad—. Ambos, Belazir y Khalid, estuvieron de acuerdo, por la razón que fuera. Y tú y yo, desnudos y juntos aquí por… sea cual fuere la razón.

Si sus últimas palabras la habían herido, ella no lo reflejó en su voz.

—Pero la violencia también ha crecido. Cooperación y violencia han crecido *juntas* en R'Frow de una forma como no la hacían fuera de aquí, como si… ¡yo no sé! Como si R'Frow agregara algo a lo que la gente es.

Dahar captó la vacilante frustración en sus pensamientos, y también que los pensamientos no eran nuevos. Ayrys debía haberlos hecho girar en su mente durante mucho tiempo, yendo en círculos con ellos en la misma forma que él había andado en círculos con las bacterias que no eran bacterias. Dahar sintió una furia fría, exhausta. Ayrys atacaba a R'Frow. Le atacaba a él.

—¿Y qué piensas tú qué es lo que R'Frow ha agregado a la gente?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé: ciencia, curación, conocimientos, algunos de los cuales afirmaste que eran importantes.

—Sí —dijo Ayrys muy bajo.

—Así que tú atacas aquello que amas. « Delysia por traición.» Después de todo, quizá no deberían haberte desterrado.

Ayrys no contestó ni se alejó de él. Incluso a través del enojo, y la aturdida fatiga por la violencia que se estaban haciendo uno al otro. ¿Era siempre así con las mujeres? Dahar sintió admiración a su pesar. Ayrys había dicho lo que quería decir, de todos modos. De admiración a enojo, a exasperación, a deseo, a violencia… ella le confundía en una forma que Dahar no comprendía.

Y estaba muy cansado.

—Ayrys —comenzó él, pero ella lo interrumpió.

—No agregado. Sustraído.

—¿Qué?

—R'Frow no ha añadido nada a los humanos para crear este salvajismo entre delysianos y jelitas. Se han llevado algo: espacio. No hay suficiente espacio en R'Frow para los guerreros y los soldados, y para que se eviten unos a otros. Nos han mantenido juntos. Jehane y yo. Tú y yo, Belazir y Khalid. R'Frow ha sustraído algo que los humanos teníamos afuera y han dado origen a los asesinatos.

Su voz se había vuelto tranquila, con la clase de imparcialidad que viene del pensamiento frenético. Dahar sintió una lenta punzada en la base del cráneo.

—Se han llevado algo que teníamos antes —continuó Ayrys—, y la violencia ha crecido.

La punzada aumentó, como si algo tratara de entrar en la cabeza de Dahar. Era la sensación asociada a un nuevo salto de la mente en la Sala de Enseñanza,

una nueva revelación de la ciencia ged. Pero no lograba verlo completamente…

—Algo que ha sido sustraído, no añadido.

Dahar lo captó. Su mano se cerró fuertemente sobre el brazo de ella.

—Un crecimiento. Dijiste que la violencia era algo que había crecido aquí… Eliminas algo y obtienes una diferente clase de *crecimiento*.

Se contemplaban uno al otro. Ella, sin darse cuenta todavía de que él había cambiado de objetivo, no veía hacia dónde iba. Estaba aturdida por su súbita excitación; Dahar se expresaba con una intensidad que hacía que su rústico y exhausto rostro deviniera salvaje.

—Ayrys, en R'Frow eliminas algo y obtienes un nuevo tipo de conocimiento: …

Ella lo captó.

—Las bacterias…

—O lo que quiera que sean. No es algo añadido para desarrollar la enfermedad en R'Frow, sino algo que ha sido *eliminado*.

—¿Pero qué?

—No lo sé. Algo que había en la piel cuando estábamos fuera de R'Frow, y que no está en la piel ahora. El agua del río… fuera de R'Frow nos bañábamos en el río. Tal vez el agua de los baños sea diferente.

—No. Según Grax, el río ha sido desviado bajo R'Frow y usan cañerías para los baños y la corriente.

—Pero las bacterias pueden haber sido retenidas por los filtros. Nadie enfermaba en R'Frow antes… —Dahar agitó la cabeza con violencia para aclararla. El Rojo nublaba su visón, y la combinación de agotamiento y excitación enviaron un súbito temblor a través de la parte superior de su cuerpo. Ayrys le observaba con preocupación—. Tal vez no sea el agua. No… tiene que ser el agua. La humedad. La comezón apareció primero en R'Frow, donde el aire es siempre húmedo. ¿Qué le ocurriría a una piel llagada en un día seco durante Ligero-sueño en la sabana? El aire sería seco y caliente. ¡Podríamos hacer una prueba con un horno, cocer el aire seco!

—Durante Ligerosueño… —dijo lentamente Ayrys.

Pero Dahar ya no escuchaba. Su mente corría. Un horno cocería la muestra de pus y la secaría, pero también la calentaría mucho. ¿Cómo sabrían si era la sequedad o el calor el que provocaba el cambio en el crecimiento de la bacteria? Si es que había un cambio… Y el calor intenso, generado en un horno, no actuaba sobre la piel humana fuera de R'Frow. Era necesario que el frasco estuviera lo bastante cerca del horno para estar en un aire libre de humedad, pero lo bastante lejos para que la piel humana pudiera soportar el calor. Y si no el calor, había otras sustancias que tocaban la piel fuera de R'Frow pero no aquí, en el interior. Quizá la piel misma podía crear bacterias, como podían crecer gusanos en la carne podrida. El polen de las flores, algo de la lluvia, algo de las plantas que no

existían en R'Frow, tal vez el kemburi… no había kemburis dentro de los muros de R'Frow…

Sin saberlo, Dahar se puso de pie. Lentamente se hizo consciente de que Ayrys estaba sentada junto a él, quieta, y que él tocaba su hombro. Ella levantó la cabeza. Su cara tenía expresión de asombro, y como si hubiera recibido un golpe que no hubiera absorbido plenamente. Cambió la mirada desde él hacia el círculo cubierto en la pared, luego de nuevo hacia él, y de vuelta al círculo. *Algo sacado. Que había sido eliminado*.

—La luz—dijo Ayrys.

51

Grax estaba de pie solo dentro del perímetro. No había pasillos aquí; un área fluía dentro de otra como la mente de un ged fluía dentro de otra mente, sin obstrucciones innecesarias. Pero por el momento, Grax, en camino de un lugar a otro cuando la Biblioteca-Mente lo contactó, estaba solo. Se detuvo, con los brazos caídos a los lados, y con el tercer ojo examinando incesantemente el techo vacío. La Biblioteca-Mente le dio las dos voces humanas, no muy apagadas por la tela sobre el sensor: la voz reflexiva de Ayrys en tono ligeramente más alto, que por primera vez Grax registró conscientemente como desagradable; el gruñido más profundo, más cerca de la satisfacción de Dahar, pero rasgado por emociones contradictorias. No tenían capacidad verbal para la armonía, ni precisión gramatical, no se preocupaban por la respuesta moral al orden, la base de lo que era moral.

Sin embargo…

Inteligencia. Número-racional, inteligencia de número-racional, en esas inimaginables cadenas de razonamiento de los dos humanos. Dahar y Ayrys no podían, ninguno de los dos, descubrir el concepto de «virus»; les faltaba el instrumental, les faltaba la teoría, les faltaban conocimientos para desarrollar ya fuera la teoría o el instrumental. Pero mientras Grax escuchaba, Ayrys y Dahar superaban la barrera de su ignorancia (superaban todo orden, toda secuencia) para considerar lo que podía ser la ecología de un virus antes de que supieran siquiera que los virus existían. Los requerimientos de la existencia antes de la existencia misma. ¿Cómo podían esas mentes pensar de tal forma? Grax podía seguir su fantástico razonamiento, pero él sabía que ningún ged podía haber

iniciado tal pensamiento. Sería como si el ged diseñara un arma para someter a los animales en un nuevo planeta antes de que el propio planeta fuera descubierto. Ineficiente, sin armonía, un desperdicio, algo frustrante. Tal proceso de pensamiento sólo podía conducir a la inutilidad.

Tales procesos de pensamiento podían conducir a Dahar y a Ayrys a detener la enfermedad del prurito.

Era posible. Ineficiente, sin armonía, un desperdicio, algo frustrante, lento, una perversión desordenada y desagradable del pensamiento de número-racional… pero era posible.

—¿Qué le ocurriría a una piel llagada en un día seco durante Ligerosueño en la sabana? —dijo Dahar en el interior de la cabeza de Grax—. El aire sería seco y caliente. ¡Podríamos hacer una prueba con un horno, cocer el aire seco!

—Durante Ligerosueño… —dijo Ayrys.

La idea de probar un concepto había sido algo que ambos desconocían hasta que Grax se lo enseñó. Los otros geds, avisados por la Biblioteca-Mente, como él lo había sido, estarían concentrándose en el lugar de reuniones. Tenían que discutir qué iban a hacer a continuación, qué tenían que haber hecho antes. Si hubieran previsto ese curioso razonamiento número-racional-que-no-era-número-racional, podrían haber elegido un virus diferente, uno más impermeable a las influencias ecológicas. Pero incluso la Biblioteca-Mente, modelada según el razonamiento ged, no lo había previsto.

La Biblioteca-Mente comenzó un análisis matemático. Grax pidió que quedara en silencio. Podía oler sus propias feromonas: pena, preocupación, aturdimiento, temor. Pero Grax había sido el que había enseñado a los humanos y deseaba un momento para controlar sus olores antes de que se apresurara a encontrarse con los otros geds. Su pena debía oler más fuerte que la de ellos. Había sido el que había enseñado a Dahar. Pena, preocupación, aturdimiento, temor… y ese vergonzoso olor de orgullo.

52

El fuego que Dahar había encendido en el patio central de la Sala de Enseñanza proporcionó un calor seco e intenso, y una luz más brillante que cualquiera de las que había visto desde su llegada a R'Frow.

—Deslumbrador —dijo Tey con su voz musical. Se desperezaba junto al

Muro, cerca de Ayrys, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Crees que funcionará?

—¿Por qué no ayudas a Creejin con esa madera? —dijo Ayrys irritada. A ella le gustaba tan poco el pequeño comerciante como le había gustado unos decaciclos atrás.

—Creejin lo hace bien sin mi ayuda —dijo Tey y sonrió para sí mismo; todo lo que decía parecía tener un doble sentido—. Y no creo que el hermano-guerrero aceptara con agrado mi ayuda. La ayuda de una mujer, por supuesto, es otra cosa.

Ayrys lo miró con cautela. No había forma de saber lo que quería decir Tey o lo que significaba: posiblemente nada.

Creejin se había mostrado escéptica al principio acerca de someter la bacteria a la luz y al calor. Siendo la más hábil de todos ellos con los frascos y los tubos de wrof (esos que un año atrás ella ni hubiera soñado que existían), Creejin tenía una mente de la que Ayrys pensaba que era como la de un animal encerrado en una cueva. Trabajaba rápida e incansablemente, pero no le gustaba ir a terrenos nuevos. Creejin hubiera querido continuar combinando las antitoxinas geds con las medicinas de los guerreros-sacerdotes, para intentar detener la enfermedad. Ayrys había observado cómo Creejin era arrastrada por los poderosos argumentos de Dahar, y Grax había observado a Ayrys mientras ésta observaba. Lahab continuó trabajando en sus lentes. Grax respondió a la preguntas de Dahar y de Lahab, y también a todo lo que le preguntaban.

Y observaba.

—Si añadimos sequedad y luz, el crecimiento de la bacteria se retarda —dijo Dahar después de que el fuego se hubiera mantenido constantemente durante dos días—, pero no se detiene. —Cogió dos frascos y los estudió: uno estaba turbio por el pus en solución; el otro algo menos pero no transparente. Creejin entró en la Sala de Enseñanza desde el patio llevando dos frascos más.

—Éstos son los que estaban más lejos. Mira, también parece que están turbios.

—No hay suficiente calor.

—O suficiente luz —dijo Tey.

—¿Cómo sabrás cuál produce el efecto?

Dahar no respondió. Continuó estudiando los frascos con las rudas facciones muy atentas.

—Pero ninguno de los frascos está completamente claro —dijo Creejin con su suave voz—. No hemos encontrado nada. Mientras la bacteria crezca, infectará a la gente.

Dahar hizo una mueca.

—Podemos dejar los frascos fuera unos pocos días más. Quizás el tiempo sea importante. Permaneciendo más tiempo en la luz…

—No —dijo Ayrys—. Ha estado ante la luz y el fuego durante dos días y dos noches. Eso es tanto tiempo como un tresdías. Lo que es diferente fuera de R'Frow, no es el tiempo sino la clase de luz. La luz del fuego no es la misma que la del sol. Lo dije enseguida, pero Grax ha querido hacer la prueba de esta forma.

La habitación quedó en silencio.

Ayrys acercó su silla ged a los frascos que sostenía Dahar, estudiándolos pero sin buscar sus ojos.

—Hay que llevar los frascos fuera de R'Frow, sobre la sabana. Así podremos ver si la luz real mata a las bacterias. Y si lo hace, entonces sabremos que la luz alterada de R'Frow las hace crecer. —Un leve eco de algo le sonó en su mente: *luz alterada*, pero lo apartó. No era importante. Lo importante era lo que Grax dijera a continuación.

Dahar dijo un poco fríamente:

—Ésta fue la respuesta de Grax: si se abren las puertas a R'Frow la bacteria de la enfermedad de la comezón puede salir al aire. Podríamos contaminar todo Qom. Y si la enfermedad *no* es curada por la luz… Grax dice que hay aún gente en los campos justo detrás de las puertas. ¿Qué ocurriría si alguno de ellos cogiera el frasco durante los tres días que ha de estar allí fuera?

—Ya he pensado en ello —dijo Ayrys y dio un profundo suspiro. Había pensado en eso durante las horas de la última noche cuando Dahar no había estado con ella porque trabajaba en la Sala de Enseñanza con Grax. Ayrys había tenido tiempo sobrado para pensar en ello.

Ayrys volvió su silla directamente hacia Grax.

—Queremos poner el frasco con la bacteria a la luz, fuera de R'Frow. Dices que si abrimos la puerta dejaremos salir el aire, que podría contener bacterias. Pero hay una forma de dejar entrar las luz sin permitir la salida del aire. Los geds pueden hacer que los muros se disuelvan y luego se formen de nuevo. Todos nosotros lo hemos visto. Si hay gente detrás de las puertas, debe haber una parte del Muro que sea de wrof transparente para mirar a través de él. Haz que el Muro se combe en una burbuja de wrof transparente, justo al nivel del suelo, en el muro sur, donde el sol cae sin sombras. Pon el frasco dentro de la burbuja. La luz pasará a través del wrof transparente e iluminará el frasco, pero así no saldrá ni entrará aire en R'Frow.

Todos la estaban observando. Ayrys les ignoró a todos, incluso a Dahar, y mantuvo su mirada en Grax.

—Nunca miramos afuera a través del wrof transparente —dijo el ged—. Usamos siempre los anaranjados, como los que están dentro de R'Frow.

—¿Pero se puede reemplazar parte del wrof gris del Muro por wrof transparente? ¿Podrías hacerlo si quisieras?

Grax no respondió inmediatamente. Su cara adoptó la antigua actitud de

escuchar intensamente, y tal vez algo más. Ayrys observaba tan de cerca como nunca había observado a nadie en su vida. Vio ligeros cambios en la extraña cara, cambios que alguna vez se habría perdido enteramente, y le pareció que, por primera vez, sabía lo que Grax pensaba. Pensaba en el pacto.

Pues pacto era: un verdadero pacto delysiano, con el precio más alto que Ayrys podía conseguir, libre de cualquier locura del honor jelita. *Esto por aquello... no, demasiado... ¿Hecho? ¡Hecho!* Que alterara el Muro para permitir que la luz del sol entrara en el frasco y Ayrys dejaría de dudar del ged. Que pudieran hacer la prueba de la bacteria en la forma propuesta por Ayrys, sin importar las consecuencias, y ella ahogaría todas las dudas. A cambio de la obediencia del ged por un momento, Ayrys ofrecía el escepticismo científico que había sido el regalo… de los geds.

Obediencia por libertad de pensamiento. Era el pacto que había rehusado hacer en Delysia, cuando había insistido en su derecho de crear una doble hélice jelita en vidrio azul y rojo. Ayrys pensaba que podría ver en el rostro inhumano de Grax el momento en que éste tomara la decisión.

—Sí. Es posible hacer una burbuja de wrof transparente en la parte exterior del Muro de R'Frow.

¿Hecho? Hecho.

—Eso funcionaría —dijo Creejin nerviosa.

—Podríamos separar la luz de la humedad —dijo Dahar—. Si hubiera dos frascos, uno con pus en agua y uno con sólo una mancha de pus de modo que la humedad desapareciera por el calor en las primeras horas…

Lahab le interrumpió. Lahab, el trabajador que nunca decía nada, y que aún mantenía los ojos bajos como un buen ciudadano jelita cada vez que Dahar estaba en la habitación.

—El wrof transparente actuaría como una lente. Haría el calor más intenso. No sería lo mismo que tener el pus expuesto directamente a la luz del sol.

Consideraron esto. Creejin comenzó a hablar. Dahar la interrumpió. Tey dejó de apoyarse contra el Muro y se movió hacia el círculo, mientras algo de la secreta socarronería desaparecía de su rostro. Los cuatro argumentaron, especularon, sugirieron posibilidades. Las manos de Creejin esculpieron una idea en el aire con un movimiento de sus brazos. Hablaron en voz más alta, incluso Lahab con su voz lenta, retumbando por debajo de los otros tres, más rápidas. Agitó su cabeza ante una sugerencia de Creejin y dijo que no iba a funcionar. Tey preguntó por qué no, y Dahar lo explicó.

Grax les observaba, con la mirada yendo del comerciante delysiano al trabajador jelita, del hermano-guerrero a la talladora de gemas. Era la primera vez que no se había levantado ningún muro entre ellos, ni bazares, ni campos de batalla, ni planos de honor. Delysia y Jela estaban momentáneamente olvidadas.

Excepto por Ayrys. Grax había aceptado el precio: era tan honesto como

Dahar había dicho. Ayrys esperó que la ola de alivio se derramara sobre ella, pero no sucedió.

Delysia por traición. Aun cuando Grax había respondido sinceramente a su pregunta, aun cuando lo que ella sentía no tenía sentido, aun cuando la sorprendía, Ayrys sabía que no podía mantener el silencioso pacto que había hecho con Grax. Aún desconfiaba de él.

—La luz —dijo Dahar con regocijo, y ella se forzó a sonreír.

53

El humano marchito de la isla comenzó a moverse.

Por segunda vez fue cojeando hasta cerca del monitor flotante. Sus ojos oscuros rodeados de cuencas de sombra, lo examinaron atentamente.

—Nosotros no tenemos nada como esto. Nada. ¿Hay alguna otra nave en el continente al que fueron todos? No importa cuánto tiempo hace.

La sonda se alejó de él flotando hacia el primitivo teclado del radar sobre el muro opuesto. El humano se volvió para seguir la sonda con los ojos.

—Provisional. Como todo ello. Pero es lo mejor que podíamos hacer. Yo enseñé a los que podían aprender. Enseñé a mi propio hijo…

Un niño escudriñó alrededor de la entrada, un muchachito con negros rizos y brillantes ojos oscuros. En sus hombros había muñones de carne terminados en capas de piel tostada. La sonda se movió hacia él; el niño levantó la cabeza y la miró fijamente.

El hombre dijo con desesperado apresuramiento:

—¿Aún están ellos allí, en el continente? ¿Están? Había tantos, militares, médicos, y todos esos malditos colonos, todos herejes… ¿Todavía están allí?

El niño sonrió. De pronto dio un salto, adelantó la pierna derecha e hizo señas a la sonda culebreando los cinco sucios dedos de los pies. En alguna parte gritó una voz de mujer, aguda por la exasperación o por el temor.

—¡Alí, Alí!, ¿dónde estás? —La sonrisa del niño se agrandó.

—Tú debes ser del continente o de un aterrizador orbital —dijo el viejo—. Mi hijo y los otros jóvenes cogieron el aterrizador, hace tres días… consiguieron repararlo y lo robaron. Lo *robaron*. Mi hijo, un hijo de Alá.

La sonda flotó hasta una posición justo por encima del niño. Éste la tocó, probando, con el dedo gordo del pie.

—¿Mi hijo te envió de vuelta aquí? Había cinco, mi hijo es el gigante… « los gigantes caminarán entre vosotros» . —Su voz cambió—. Mudos. ¿Todos… dijeron algo sobre el campo de estasis? ¿Dijeron lo que nos ocurre a nosotros?

El niño puso ambos pies sobre la sonda. La suciedad manchaba a través del wrof transparente. Un guijarro saltó desde un pie y golpeó ruidosamente en el suelo. La mujer gritó « Alí» , ahora desde más lejos. El viejo empezó a morderse el interior de la mejilla.

—Un hijo de Alá. No como esos que no pueden irse lo bastante rápido de una nave. Incluso los oficiales, que abandonaron sus puestos… ¡Poned eso en los bancos de datos!

Cerró los ojos y comenzó a cantar suavemente en otro idioma y su voz empezó a elevarse y caer en lamentos que no encajaban en los recuerdos de la Biblioteca-Mente. El hombre se envolvió con sus propios brazos y se inclinó.

El chico sin brazos yacía sobre la espalda, con los pies sucios. Mecía la sonda, miraba y se reía con risa sofocada.

La imagen se congeló.

VI

UNA LUZ EXTRAÑA

El universo está marcado con el ornamento de las proporciones armónicas, pero la armonía debe adecuarse a la experiencia.

JOHANNES KEPLER

54

Cuatro días después de que Talot desapareciera, Jehane se dirigió hacia la Sala de Enseñanza, justo después del amanecer. En una mano llevaba un tubo ged de perdigones y en la otra su trespelota. Había cuchillos y una pistola de calor en su cinturón. La luz borrosa daba a su rostro un color tan gris como el de las armas.

Cuatro de ellos estaban allí dentro ahora. Había estado toda la noche acurrucada en los bosques, contando y calculando. El soldado delysiano Ilabor no había entrado ni salido del salón. ¿Dónde mierda estaba? Si estaba dentro, tenía que saberlo; podría constituir la diferencia. Ayrys, Dahar y la ramera jelita no habían salido del salón en toda la noche. Quizás el soldado delysiano también tenía una habitación dentro. Quizás Ilabor había dormido con Ayrys, o con la ramera.

Grax, el ciudadano jelita Lahab y los dos ciudadanos delysianos todavía no habían llegado al salón. Ayrys, lisiada, no era una amenaza; tampoco lo era la pequeña ramera. Eso dejaba sólo a Ilabor y Dahar. Jehane habría pensado que un teniente primero jelita —incluso uno que había caído en desgracia— podría ser una amenaza para una hermana-guerrera. Ya no lo creía. Había un montón de cosas que ya no creía.

Así pues, pensaba que había dos luchadores: Ilabor y Dahar. Tendría que mantener a Ayrys como un escudo entre ella y el soldado delysiano. Dahar, mejor entrenado, sería el más peligroso; perdería los nervios si pensaba demasiado en cómo enfrentarse a Dahar. Así que no pensó en ello.

Sí pensó en cambio en esperar a Grax cuando viniera a la Sala de Enseñanza. Sí, en lugar de a Ayrys utilizaba al ged y su armadura invisible entre ella y Dahar, éste tendría que moverse en torno a Grax para tratar de llegar al combate cuerpo a cuerpo, y eso le daría a ella unos pocos segundos más. Pero al final rechazó la idea. Nadie podía estar seguro de lo que haría un ged, y ya había bastante inseguridad al respecto.

Como Ilabor. ¿Estaba dentro o no? No se podía permitir el lujo de dejar que él entrara después que ella, a su espalda. Podía permitir eso al diminuto comerciante y a la mujer delysiana, pero no a un soldado. Le había llevado horas asegurarse de que los soldados delysianos no controlaban la Sala de

Enseñanza desde el exterior. Pero entonces, ¿por qué querrían hacerlo? Ya la controlaban desde el interior, cuatro a dos. No, cuatro a uno. Jehane ya no contaba a Dahar como jelita. En todas sus acciones había ayudado a Khalid, corrompido los cuadros, marchándose después de una alianza deshonrosa con el lado delysiano… Como iba a hacer ella ahora.

Jehane frunció el ceño. *Talot, Talot, sólo por ti*... ¿Dónde mierda estaba Ilabor? Había esperado demasiado tiempo para descubrirlo. Otra figura caminaba con largos pasos por el sendero hacia la Sala de Enseñanza, y Jehane desapareció de nuevo dentro del bosque. Pero sólo era una mujer delysiana que se apresuró a lo largo del sendero con la estúpida indiferencia de una ciudadana que pensaba que mirar alrededor nerviosamente era un sustituto para el disimulo y las armas.

La mujer desapareció dentro de la Sala de Enseñanza, y Jehane la siguió. No había nadie en el corredor, pero se oían voces en una habitación. Jehane se deslizó más cerca para escuchar: Ayrys y otra mujer. *Muy bien. Ahora*.

Se movió rápidamente hacia la entrada.

—¡No te muevas!

La mujer delysiana, Ayrys, sentada sobre un montón de varas de metal; Dahar; la pequeña ramera agachada en un rincón oscuro. No estaba Ilabor. Jehane apuntaba a Dahar con el tubo de perdigones.

—¡Las armas al suelo, teniente! ¡Sin sacarlas!

El título se le había escapado. El rostro de Dahar se endureció. No hizo ningún movimiento.

Jehane se preguntó fríamente si le mataría en caso que él tratara de sacar su revólver ged en lugar de desatar el cinturón de armas, y pensó que lo haría.

Dahar lo captó en su cara. Pero aun así no se movió, hasta que Ayrys gritó:

—¡Hazlo, Dahar! ¡No dejes que te mate!

Los ojos de la otra mujer se abrieron desmesuradamente de golpe.

Dahar tiró el cinturón de armas al suelo y se alejó de ellos. Jehane mantuvo apuntado el tubo de perdigones sobre él, pero se movió más lejos dentro de la habitación; donde podía cubrir la entrada. Entonces se volvió hacia Ayrys. Pero Ayrys, por la razón que fuese, había empezado a moverse hacia ella. Las varillas de metal se elevaron en el aire y volaron hacia delante. ¿Estaban *vivas*? A pesar de sí misma, Jehane saltó y apuntó hacia el metal que la atacaba. Se recuperó… sólo era otro juguete ged, no era natural pero no estaba vivo; pero en el segundo que tardó en darse cuenta de eso, Dahar saltó hacia delante y cayó sobre ella.

El suelo se convirtió en tiempo.

Después, Jehane no pudo realmente recordar lo que pasó o qué fue lo que sintió, sólo que sí lo sintió, que había algo real que surgía del suelo, más rápidamente que el salto hacia ella de Dahar, más rápidamente que su mano cerrándose sobre el gatillo del revólver ged. Esa realidad era invisible. No mostraba ningún resplandor, como ocurría con la armadura de Grax, nada salvo

tiempo demorado, y ella y Dahar estuvieron un largo momento, el momento más largo, fuera del tiempo… para mirar a lo imposible: un teniente primero jelita lanzándose en combate cuerpo a cuerpo contra una hermana-guerrera que lo mataría. Y la mente de ella no se tornó más lenta. Había tiempo para pensar: *los geds hicieron esto para protegerlo*, y entonces hubo tiempo para comprender que los geds habían desperdiciado su poder.

Había aflojado gradualmente el gatillo incluso antes de que la lentitud del tiempo se apoderara de ella, y Dahar había controlado el riesgo de su ataque. Un teniente primero jelita lanzándose cuerpo a cuerpo contra una hermana guerrera que lo mataría, no tendría que haber sucedido. El cuerpo de Jehane, entrenado para ser disciplina y lealtad en músculo y hueso, había vacilado. Y así había ocurrido con Dahar. Ambos quedaron mirándose fijamente uno al otro a una distancia de un brazo.

A través de su confusa conmoción, Jehane tuvo una súbita y penetrante visión de lo que debía haber representado para Dahar el causar la muerte de Jallaludin. O para Talot…

El campo de estasis se hundió de nuevo en el suelo. Jehane se balanceó; momentáneamente aturdida. El caos se arremolinaba alrededor de ella. La mujer delysiana gritaba, y Ayrys le gritaba a Dahar. Luego retornó el orden (Dahar debía haber hecho callar a ambas mujeres) y Jehane sintió el bendito alivio de la cólera.

—Quiero hablar con Ayrys —dijo—, y voy a hacerlo sola, en el corredor. Los demás permaneceréis aquí.

Antes de que Dahar pudiera decir algo (¿había sentido también él el tiempo que no era tiempo? Debía haberlo sentido). Ayrys había movido esa cosa llena de tubos geds hacia el corredor. Jehane la había seguido, manteniendo la espalda contra la pared y cubriendo la habitación y a Ayrys con sus armas. Detuvo a Ayrys a mitad de camino en el corredor, con el cuerpo de la sopladora de vidrio como escudo entre ella y los dos que habían quedado allí, en la Sala de Enseñanza. Pero no fue Dahar o la ciudadana delysiana quienes doblaron la esquina y siguieron corredor abajo; era la ramera SuSu la que seguía a Ayrys.

—No se irá —dijo Ayrys rápidamente—. No, Jehane, no se entrometerá. Es… sorda. ¿Qué quieres?

—Salvé tu vida de… dos ciudadanos. Estamos juntas en el… —No podía decirlo, no de nuevo, no a esta lisiada que vivía con monstruos, no cuando las palabras de honor venían de esta cólera en el corazón, no cuando ella, una hermana-guerrera, estaba ahora suplicando, y lo sabía. *Talot*… En lugar de eso dijo—: Uno de ellos se ha matado. Uno de los dos jelitas a los que tú mutilaste ¿lo sabías?

Ayrys se puso blanca pero dijo fríamente:

—Yo no los mutilé.

—No. Los *kreedogs* lo hicieron por ti.

—¿Qué quieres, Jehane?

No había escapatoria. Tendría que decir lo que había venido a decir. Incluso odiando hacerlo, Jehane dijo con voz ahogada:

—Se dice en el patio que estás haciendo una nueva medicina en este lugar. Una medicina para la enfermedad de la comezón…

Ayrys se inclinó hacia delante.

—¿Tienes la enfermedad de la comezón? ¿Dónde?

—No, yo no. Pero si los seis trabajáis con el ged en una medicina y la lleváis al interior del Muro para los enfermos… ¿Vais al interior del Muro? ¿Hay un camino para entrar?

Ayrys se puso rígida. No respondió. Jehane dijo:

—*¿Hay un camino de entrada?* Te salvé la vida, Ayrys. —Jehane se oyó a sí misma suplicando y se encogió.

—¿Por qué quieres entrar en el Muro? —preguntó Ayrys tranquilamente.

—Eso es algo que no te importa.

—Hay alguien dentro, ¿no? Alguien a quien… amas, que te dejó fuera del Muro y que entró con la ayuda de los geds.

—¡No me dejó! ¡No entró por su propia voluntad!

Los ojos de Ayrys se estrecharon.

—¿Cómo sabes eso? Es la muchacha alta de cabello rojo de nuestro grupo de enseñanza, ¿no? ¿Cómo sabes que ella no fue por su propia voluntad?

—Lo sé.

—Por favor, Jehane, es importante. ¿Cómo sabes que no entró libremente en el Muro?

—Ella quería luchar contra la enfermedad… nos lo prometimos una a la otra… ¿Cómo podrías entenderlo, delysiana? Una hermana-guerrera no se enrosca como un kemburi en Primeranoche. ¡Talot tiene *coraje*! —Jehane se oyó a sí misma gritando y luego, de pronto se oyó susurrar con angustia—: Yo sé que ella fue llevada adentro.

—¿Llevada? ¿Por quién?

—Los geds. ¿Quién sino? Iba a hacer ejercicios a lo largo del Muro por la noche y si los soldados de Kelovar la hubieran matado, yo lo sabría ahora.

Ayrys agarró los tubos geds y dijo:

—¿Los soldados de Kelovar? —pero Jehane apenas la oyó.

—O de otro modo, hubiera podido encontrar su cuerpo. He buscado durante dos días… Está en el Muro y los geds la llevaron allí, y si vosotros seis podéis entrar en el Muro, me vais a llevar allí dentro, Ayrys. —Jehane aún sostenía el revólver de calor y el tubo de perdigones; miró directamente a los ojos de Ayrys.

—Sólo los geds entran en el Muro —dijo Ayrys.

—Entonces los geds llevaron a Talot al interior, y vosotros trabajáis con los

ged. Los seis sois los preferidos de ellos; podéis pegaros a sus talones y entrar en el Muro tras de ellos. Y yo después de vosotros.

Ayrys estaba silenciosa; sentada y apretando los tubos de wrof con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos. Jehane tuvo un súbito y confuso recuerdo de la ensangrentada mano de la sopladora de vidrio, con trozos de vidrio bajo la perdida luz de luna.

—No puedo ayudarte, Jehane. Lo haría si pudiera, pero nadie entra en el Muro salvo los ged. Y si nosotros, los seis humanos, entráramos, los ged no te permitirían seguirnos. Pueden mantenerte afuera. Pueden impedir a cualquiera que haga cualquier cosa. Pero escúchame. Estamos muy cerca de encontrar una cura para la enfermedad de la comezón. Ellos casi la tienen: Dahar, Creejin y Grax y los geds curarán a todos los del interior del Muro. Curarán a Talot. Pronto la tendrás de regreso. Y mientras tanto, ella no sufre, está dormida en el interior del Muro.

Jehane percibió el cambio en la voz de Ayrys.

—Estás mintiendo. No crees eso.

Ayrys la miro e, incluso a través de su furia, Jehane vio la aguda y súbita angustia en los ojos de la delysiana. Ayrys no creía en sus propias palabras, pero tampoco estaba mintiendo. Era otra cosa… todo en R'Frow era otra cosa, y el enemigo seguía cambiando. Delysia, Dahar, los geds… no había forma de decir a quién había que atacar y en quién se podía confiar. ¿Y, así como se podía luchar por algo?

—¿No me llevarás al interior del Muro?

—¡No puedo! —gritó Ayrys, y ahora Jehane no pudo saber si Ayrys mentía o no. Jehane dejó la trespelota y sacó el cuchillo.

Pero antes de saber lo que iba a hacer con él, o quién era el enemigo esta vez, de nuevo el tiempo comenzó a ascender desde el suelo para mantenerla inmóvil. Ayrys ya había dado vuelta a sus tubos y regresaba a lo largo del corredor, sus hombros se estremecieron, y a Jehane se le ocurrió que no sabía nada acerca del tiempo-que-no-era-tiempo, o que los geds la estaban protegiendo a ella como a Dahar. Si el cuchillo de Jehane la hubiera alcanzado en la espalda, ella no habría muerto. *Estupidez. Coraje*.

Cuando Ayrys hubo dado la vuelta a la esquina de regreso a la Sala de Enseñanza, la estasis liberó a Jehane. Grax estaba junto a ella, con una especie de botella.

El ged no hablaba. No tenía que hacerlo.

Jehane salió corriendo de la Sala de Enseñanza y se fue precipitadamente por el sendero de wrof. La mañana la envolvió, la ahogó, la persiguió. El aire de la mañana de R'Frow, todo lo de R'Frow, era el enemigo. El sendero de wrof se curvaba limpiamente hacia el Muro sur. Jehane se arrojó contra ese risco gris. El hombro derecho impactó en el wrof, y el resto del cuerpo se estremeció por el

impacto.

—¡Talot!

No hubo respuesta.

Arrojó la trespelota al Muro. El sonido fue lo bastante fuerte para hacer zumbar sus oídos; lo arrojó otra vez, y otra. Ni la superficie wrof ni el arma se dañaron; pero; finalmente, la faja de tela en la trespelota se soltó y una esfera chocó contra el tronco de un árbol moribundo.

—¡Taaaalllooottt!

Llegó gente corriendo. Jehane se volvió para luchar, pero entonces vio que eran jelitas armados y envainó sus armas, cuando la primera hermana-guerrera se aproximó cautelosamente. Demasiado tarde vio, a través del rojo furioso de su cerebro, que habían sacado el emblema del hombro de la mujer, de los hombros de todos, y que no eran guerreros sino ciudadanos. *Ciudadanos armados*. La mujer, aunque llevaba un cuchillo, era una babosa no entrenada. Jehane la derribó de un golpe.

La roja furia la abandonó instantáneamente. Maniobró para la batalla.

Los hombres se cerraron sobre ella. Jehane dio una patada a uno en la ingle, y lo hizo caer, aullando, pero los otros tres llevaban cuchillos geds y la superaban. Incluso entonces sintió el titubeo, la torpeza de los ciudadanos ante una hermana-guerrera, y eso le dio ventaja y casi logró liberarse.

—¡Agarradla! —chilló la segunda mujer—. ¡Mierda, *agarradla*! Ya verá…

—No verá nada —jadeó uno de los hombres—. No hasta que ocurra.

Jehane tenía el cuchillo. Pero no tenía espacio para moverse; los otros dos la sujetaban aún, e incluso para una hermana-guerrera la diferencia era demasiado grande. Sólo hubo tiempo para oír a la mujer gritar apasionadamente:

—¡Ya basta de pisotear a los ciudadanos…! ¡Estamos en R'Frow!

El hombre que la había desarmado lanzó entonces el puño y la golpeó torpemente pero de frente en la mandíbula. Jehane cayó con la palabra «*R'Frow*» cerrándose alrededor de su yo como un kemburi.

55

SuSu caminó, a través de la franja abierta de hierba marchita, hacia el salón donde había vivido con él. No se dio prisa: no abandonó el centro exacto del sendero de wrof, frío bajo sus pies desnudos; no pensó que en la luz velada su

blanco tebl era un blanco evidente. No lo pensó.

Y sin embargo, como Ayrys había dicho, no estaba loca. Recordaba todo lo que había sucedido, tal como había sucedido, sin distorsión alguna. Pero algo en su mente había ardido hasta extinguirse totalmente como la madera en un horno demasiado caliente. El sentimiento había desaparecido. SuSu lo recordaba todo… la sabana, los hermanos-guerreros. Él, aquel lugar en el interior del Muro… sin ninguna reacción, como una serie de figuras que parpadeaban a la luz del fuego, intocables. Miró en sombrío silencio a las figuras, pero no las tocó, y perdió el tacto como el horno pierde la madera.

Se detuvo para sacar una piedra de entre los dedos de los pies. De alguna manera, había caído sobre el liso sendero. Su negro y lacio cabello cayó a ambos lados, cortando el aire.

La piedra era redonda y lisa. La imagen parpadeó de nuevo, la misma que había traído a SuSu a este sendero: la hermana-guerrera con el arma como tres piedras redondas. *Talot está en el Muro y los geds la han llevado allí.* Una hermana-guerrera. Pero las hermanas-guerreras no empujaban contra el silencio con palabras de aflicción, y esta novedad había retenido a SuSu por un rato antes de que también ella danzara de regreso al fuego sin mundo.

Arrojó la piedra hacia los bosques.

No había nadie en el salón cuando SuSu entró a través de la arcada. Ahora los geds usaban este salón para que los humanos acudieran cuando contraían la enfermedad de la sarna, pero justo ahora el salón estaba vacío. SuSu no se preguntó por qué. Pero alguien se había olvidado algo, de modo que SuSu se agachó para levantarlo del suelo. No sabía ni le importaba lo que era; algún trozo pequeño de wrof extrañamente modelado. Pero no obstante, SuSu lo mantuvo un momento sobre la mejilla, no porque tuviera todavía trazas del ged sino porque las tenía de Ayrys, que se sentaba todo el día en los tubos de wrof, de la misma frialdad que esta pieza.

Ayrys era la única imagen que no pestañeaba, que no cambiaba. Ayrys era el centro del fuego, la roca blanca que no ardía. Una vez había sido un hombre enorme, pero ahora era Ayrys porque tenía que ser alguien. Ella, SuSu, había arrastrado una vez a Ayrys a través de las calles de Jela, y Ayrys había estado muerta; ahora no lo estaba. Eso parecía extraño, algunas veces.

Pero no más extraño que las otras figuras parpadeando en el fuego silencioso.

Ayrys era la roca blanca. Estaba ahí incluso cuando no estaba allí, cuando el hermano-guerrero la usó detrás de la puerta cerrada, como había usado a SuSu en el pasillo de las rameras en Jela. Pero Ayrys siempre surgía desde detrás de la puerta, para ayudar a SuSu. Ayrys había retornado de la muerte; ahora volvería de la puerta cerrada. Siempre regresaría. No era una hermana-guerrera, ni tampoco un hombre.

SuSu tiró lejos el trozo de wrof de Ayrys.

Las mesas del suelo gruñeron suavemente y se elevaron cuencos de comida. SuSu los consideró sin parpadear mientras las imágenes pestañeaban en su mente; fría luz de fuego, que no ardía, palabras que no herían el silencio porque eran de Ayrys.

—¡No puedo ayudarte, Jehane! ¡Lo haría si pudiera, pero nadie entra en el salón salvo los geds!

SuSu frunció el ceño.

Algo hizo que echara un vistazo al Muro junto a la escalera. No había nada allí; los geds, que no querían inquietar a los humanos que venían a por ayuda para combatir la sarna, habían cubierto el círculo anaranjado de la misma forma como lo habían hecho los humanos con los otros en R'Frow.

SuSu apartó cuatro de los cuencos de comida. Acostada sobre la mesa, se enroscó haciéndose tan pequeña como le fue posible y esperó. Después de un momento se puso el pulgar en la boca.

Cuando el wrof se cerró sobre ella, golpeó su hombro derecho e inmediatamente dejó de formarse. SuSu contrajo aún más su hombro para hacerlo más pequeño. La mesa del suelo parecía estremecerse, y luego la encerró en la oscuridad. SuSu se hundió en el suelo; después de ser descargada de un montón de cuencos de alimentos, se levantó lentamente, frotó y miró alrededor.

Kreedogs: la imagen parpadeaba fríamente en su mente, y se desvanecía. No había *kreedogs* aquí. La habitación había cambiado otra vez de dimensión; era más grande pero más baja, y ahora las divisiones alcanzaban desde el suelo hasta el techo de wrof transparente, con un corte horizontal en cada una de ellas. Unas voces la llamaban: frenéticas, coléricas, suplicantes. Las manos se extendieron a través de algunas de las hendiduras.

SuSu sacó cuidadosamente un trozo de comida ged de su cabello y volvió a ponerlo sobre el montón de cuencos desechables.

Se acercó a las divisiones; en la primera, una mujer jelita desnuda estaba sentada sin hacer nada. En la siguiente, un hombre delysiano desnudo saltaba arriba y abajo. Apartó la cara desde SuSu hacia la pared del fondo donde se movía la figura de un hombre. La figura saltaba sobre un pie; el delysiano saltaba sobre un pie. La figura puso las manos sobre su cabeza; el delysiano puso las manos sobre su cabeza. La figura se sentó; el delysiano se sentó.

SuSu observó un rato. Parecía extraño que la imagen de la pared se moviera, que el hombre pusiera las manos sobre su cabeza. Él no se dio cuenta de su presencia. Después de un rato, se desvaneció la extrañeza, y SuSu caminó a lo largo de las otras divisiones.

Humanos que gritaban. Humanos asombrados. Humanos muertos. Todo era extraño… por un momento.

—¡Tú, ramera! —Era una mujer de cabellos rojos, desnuda en uno de los

compartimientos, con una expresión incrédula en la cara. Alargó un brazo a través de la hendidura en el wrof. El brazo largo y huesudo, casi alcanzó a SuSu, que saltó hacia atrás.

—¡Tú, acércate! ¡Ven aquí!

SuSu no respondió. Sus ojos negros observaban sin expresión.

Los ojos de Talot resplandecieron peligrosamente. Se puso de rodillas para acercar la boca a la hendidura y dijo con claridad:

—Tú eres… SuSu. De la Sala de Enseñanza. Acércate. No te voy a hacer año. No te han traído los geds… ¿Cómo has entrado aquí?

SuSu no respondió.

—¿Puedes salir de nuevo? —SuSu siguió sin decir nada. Recordaba a la mujer de los cabellos rojos, al igual que recordaba todo lo demás. Era Talot, una hermana-guerrera. En un momento desaparecería.

Talot se mordió el labio.

—SuSu, si puedes salir de nuevo, ¿quieres llevar un menaje a Jehane, una hermana-guerrera de nuestro grupo de enseñanza? ¿Sabes quién es? ¡Contéstame! ¡Mierda! Tú, ramera, ¿no puedes oírme?

Los ojos de SuSu pestañearon. Un hombre en otra jaula empezó a tener convulsiones. Por un momento algo terrible gritó al borde de la memoria de SuSu, algo que no era una figura fluctuante sino un sólido alarido, pero luego se fue piadosamente. SuSu también se volvió para irse.

—Un mensaje para Jehane —dijo Talot desesperadamente—. Ramera, tú sabes quién es ella… es la que ayudó a Ayrys, la mujer delysiana. ¡La misma delysiana que te ayudó a ti!

SuSu había comenzado a irse. Al oír el nombre de Ayrys, se volvió, frunciendo el entrecejo.

—Sí, *Ayrys* —dijo Talot—. Un mensaje para Ayrys. Dile que la gente está prisionera de los geds. Dile que los geds han curado la enfermedad de la sarna pero nos mantienen aquí y nos obligan a tragar medicinas… —Se estremeció con el tenso y repentino encogerse de hombros de una persona que rehúsa rendirse al miedo—. Dile que hay delysianos aquí también y dile… ¿no puedes oírme? Por todos los… ¿No puedes oírme, ramera? —SuSu miraba, esperando oír el nombre de Ayrys de nuevo. Al ver que no venía, se volvió para irse. Talot apretó con rabia los puños.

—¡Espera! No puedes oír… Lleva esto a Ayrys. Ves, reconoces su nombre, puedes oír su nombre. ¿Cómo mierda puedes…? *Lleva esto a Ayrys, SuSu ¡A Ayrys!*

Talot tanteó en su cabello librándolo de su nudo de guerrera. Enlazando los dedos en un largo mechón rojo, tiró violentamente de él. El mechón, grueso como un dedo, se desprendió. Talot dio un brinco de dolor, hizo hábilmente un nudo con el mechón de pelo y lo arrojó por la hendidura en el wrof. Cayó a los

pies de SuSu.

—Dáselo a *Ayrys* —dijo Talot.

Una caja; antes había tomado una caja de ese lugar. El recuerdo fluctuaba fríamente. Esto no era una caja, era cabello. Era extraño. Pero la hermana-guerrera había dicho *Ayrys*, y SuSu cogió el cabello y volvió por donde había venido.

Se tendió en el mismo lugar, en el suelo, no se sentía molesta ni por la espera ni por los humanos que llamaban desesperadamente desde los compartimientos. Finalmente nuevos cuencos de comida se elevaron desde abajo. SuSu dio un respingo; quemaban. Pero no se movió. Cuando hubo ascendido al salón aún desierto, se lavó y lavó su blanco « tebl» en los baños, se puso de nuevo el tebl y caminó de regreso a la Sala de Enseñanza. A lo largo del camino frunció el ceño ligeramente. No podía encontrar una imagen en el frío y vacilante fuego del recuerdo. Había habido una oscura caja gris. Ahora no había caja gris oscura. ¿Qué había pasado con ella? Buscó, pero no pudo recordar.

Pero los otros recuerdos fluctuaban claramente: hermanos-guerreros, hermanas-guerras, el pasillo de las rameras, y la esperanza a cambio del silencio mientras las manos de los guerreros alcanzaban a su madre…

Guerreros. Casi había alcanzado la Sala de Enseñanza cuando arrojó el nudo de cabello rojo detrás de una maleza moribunda.

56

Cuando Jehane hubo salido precipitadamente de la Sala de Enseñanza, Ayrys encontró a Ondur.

Condujo a Ondur por el corredor hacia su propio cuarto, no había otro camino. Dahar estaba en la Sala de Enseñanza, y pronto entrarían Lahab, Tey, Creejin y Grax. Los ojos de Ondur ardían.

—Un hermano-guerrero jelita. Ése es el que estaba la noche que rompieron tu pierna, después de tratar de matarte, y en nuestro salón, *en nuestro propio salón*…

—Ondur, escúchame…

—¿O empezó antes de eso? ¿Cómo pudo comenzar? Un teniente primero jelita… ¿Cómo pudiste hacerlo, Ayrys? Es como dejar que te toque un animal; estás enferma, no estás cuerda…

Ayrys se agarró fuertemente a los brazos de la silla. Era el disgusto de Ondur lo que parecía animal; retorcía, no sólo su cara, sino todo su cuerpo. Estaba de pie, con la espalda inclinada hacia atrás y la cara echada hacia delante; tenía el labio de arriba encogido sobre sus dientes al descubierto.

—Me gustaría que el jelita te hubiera matado, en lugar de eso.

Por un momento las palabras quedaron flotando en el cuarto cerrado. Luego Ayrys dijo fríamente:

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Se lo diré a Kelovar. He venido a decirte que él… ¡No tienes derecho a saberlo!

—Ondur, no puedes…

—¡Eres una traidora a Delysia!

—¿Una traidora? ¿Conozco yo alguno de los planes de Khalid? ¿Y qué hubiera hecho Dahar con ellos si yo los hubiera conocido? Él ya no es guerrero, y yo no estoy en los salones delysianos. Piensa, Ondur, eso no afecta para nada a Delysia.

Pero Ondur estaba más allá de ese pensamiento.

—Eres delysiana. Y dejas que un jelita se ponga entre tus piernas…

—Si se lo cuentas a Kelovar, nos asesinará a los dos.

—Eso sería más decente que ocultárselo.

Su voz se tornó fría. Ayrys reconoció la frialdad; la había oído en la sala del consejo en Delysia, con Primeramañana cayendo, rojo-sangre a través de los vidrios coloreados de las ventanas. Exilio.

—Mientras piensas en Kelovar, piensa en esto, Ondur. Si Kelovar busca a Dahar, puede que Dahar le mate. Y tú serías responsable, podrías haberlo causado… Fuiste buena conmigo… no deberías tirar tres vidas por la borda…

La expresión de Ondur no se suavizó.

—¿Quién te ha enseñado a suplicar, Ayrys? ¿Él? Pareces un quejica ciudadano jelita… ¿éstos son los métodos que empleáis? ¿Él actúa como si aún fuera un guerrero y tú actúas a ser la vil ciudadana, la prostituta de un hermano-guerrero?

—¡Ondur…!

Pero de pronto Ondur se hundió. Puso las manos sobre la cara, y Ayrys trasladó su silla hacia delante para coger el borde del tebl de Ondur. La voz de Ayrys salió en un susurro, pero aún así, una parte de su mente pensaba frenéticamente. El estuche oscuro que SuSu una vez había apretado en su mano, siempre había estado en el bolsillo del tebl de Ayrys; era fuerte y de filo cortante. Si lo arrojara a la cabeza de Ondur…

—Por favor… no se lo cuentes a Kelovar ni a Khalid, ni a nadie. No hay necesidad, Ondur, no hay razón para…

Ondur apartó las manos del rostro. Ayrys vio allí la misma cerrada aflicción

que había visto cuando cuidaban a SuSu, y de pronto, sin propósito alguno, supo que aunque ella y Ondur se hubieran conocido durante años, Ondur nunca le hubiera dicho lo que había detrás de la aflicción, o lo que había llevado de Delysia a R'Frow. Ondur lo había vallado, y detrás del cerco sólo existía oscuridad.

—Por favor… es imposible que yo pueda ser una amenaza para los salones delysianos, y Dahar tampoco puede serlo.

—Tú no existes —dijo Ondur—. Estás muerta. Eres una exiliada para siempre, y yo nunca te he conocido.

Ayrys se sentó y permaneció inmóvil cuando Ondur se hubo marchado. Luego se trasladó a la Sala de Enseñanza con la silla.

Todos ellos estaban allí. Los ojos de Dahar miraron los suyos: *¿Peligro?* Ayrys negó imperceptiblemente con la cabeza. Allí no había ninguna forma de explicar ni de preguntar, y la cara de Dahar estaba ya llena de una emoción diferente, de una situación diferente. Ayrys sintió sobre sí los ojos de Grax. El ged le habló directamente con su tranquilo y monótono gruñido. Sostenía el recipiente que los seis habían dejado en una burbuja de wrof transparente en las afueras de R'Frow, el recipiente que habían enturbiado con la bacteria-que-no-podía-ser-bacteria.

El frasco era transparente.

—Tenías razón, Ayrys. La luz de Qom ha matado la microvida desconocida. Sea lo que fuere esta vida, no puede sobrevivir en la luz del sol de Qom.

—La luz —dijo Dahar violentamente—. *La luz.*

—Si ahora consiguiéramos usarla para curar… —dijo Tey.

—No hace falta —dijo Dahar—. La luz del sol es libre.

Tey, apoyado ociosamente contra el muro, no dijo nada.

Ayrys se acercó a Grax. Incluso vista de cerca, la solución aún seguía siendo transparente, sólo con muy escasos rastros de algo que ya no estaba allí.

Lo habían conseguido. Una victoria, un triunfo. Habían vencido a la bacteria (o la no-bacteria) y así habían hallado la curación para la enfermedad de la comezón. Habían llegado con esta pequeña cosa más allá de los geds. Habían triunfado.

« *No puede sobrevivir en la luz del sol de Qom.*» Entonces, ¿de dónde había venido la microvida? De los geds, de algún lugar, de cualquier lugar.

Una exiliada.

—Creo que ya basta de ciencia biológica por hoy —dijo Tey.

Los rostros lo miraron. Ayrys notó algo que no había visto hasta entonces: que bajo su monótona indiferencia, Tey estaba furioso. Las pupilas de sus ojos se habían encogido como bolitas. Tey había esperado un medicamento para curar la enfermedad, algo tan fácil de llevar a Delysia como lo hubiera sido la enfermedad misma.

Grax observaba pensativo a Tey.

—Yo también estoy cansada —dijo Ayrys. No se atrevió a mirar a Dahar, no bajo la furia de Tey. Cuidadosamente, movió su silla y se fue por el corredor hacia su propio cuarto; con los otros humanos tan cerca de ella no podía arriesgarse a ir a la de Dahar. Debería esperar hasta que él considerara seguro ir a verla para contarle lo que Jehane le había dicho, cómo la había amenazado Ondur. Pero SuSu estaría en su cuarto.

SuSu no estaba en él.

Ayrys cerró la puerta. Bajó la silla para hacerla descansar firmemente sobre el suelo, y apartó la pierna sana de sus soportes. Luego relajó la pierna rota. No le dolió aunque ya sabía, cuando dejaba la silla para dormir o bañarse, que la curación había progresado mucho. Ahora quería saber algo más.

Se sentó perpendicularmente a la posición de los tubos geds, se apoyó en ellos y trató de ponerse en pie. La pierna herida se dobló y Ayrys cayó al suelo, gritando con súbito pánico.

Tendida sobre el suelo, esperó a que el dolor cesara y luego se arrastró hacia el sillón ged. El campo de estasis, misterio incognoscible, rodeó su pierna y el dolor desapareció.

Ahora ya lo sabía. No podía estar sin la anestesia de los geds. La necesitaba.

Lo mismo que le había sucedido a Dahar.

Éste tardó bastante tiempo en acudir. Y cuando llegó, se veía aturdido. La miró con una intensidad tal que Ayrys le hubiera abrazado con fuerza si no hubiera tenido la total seguridad de que él no la había visto en absoluto.

—Belazir ha muerto.

—¿Cómo…, cómo lo sabes?

—Grax me lo ha dicho.

Dahar continuó mirando fijamente a la pared, por encima de ella, y por primera vez Ayrys observó que llevaba la botella con la solución transparente, sus nudillos estaban blancos alrededor del cuello de la botella irrompible. Ayrys esperó a que, cuando al fin él la mirara (se fortaleciera ya contra eso, luchando contra la enfermedad que la dominaba), ella vería en sus ojos el viejo resentimiento, la interminable pared: « *delysiana*» . Pero no estaba allí. Ayrys vio su increíble dolor y asomando tras éste algún otro horror, y tuvo una nueva sospecha.

—No han sido soldados delysianos, ¿verdad, Dahar? Los geds han matado a Belazir.

—¿Los geds? —repitió él sin dar importancia a sus palabras. Pero luego las tomó en consideración y la furia barrió su oscura cara, la rápida y violenta furia que debe ir a algún lado y que se siente gozosa de tener un blanco—. ¿Por qué dices eso? ¿Por qué iban a matarla los geds?

—No lo sé. La enfermedad…

—Acabamos de encontrar la causa y la cura de la enfermedad. ¿No estabas allí, dulce Ayrys? Pensé que te había visto allí. ¿Por qué piensas entonces que los geds matarían a la comandante suprema de los jelitas? ¿Por qué?

Ayrys no dijo nada.

—Porque tú lo esperabas. ¿No es así? Esperabas que al final Grax justificara todas tus sospechas y te diera una razón para desconfiar de él. Pero no has necesitado una razón. ¿Verdad? Has descifrado desde el principio, aun cuando nos ha dado algo que los humanos no podíamos pretender descubrir por nuestra cuenta en toda nuestra vida, nos ha dado el *mundo* entero… y yo pensaba que lo entendías. Pensaba que de entre todas las mentes de R'Frow, *tú* lo entendías… « Delysia para la traición.»

Ayrys vio que él trataba de herirla, y su paciencia, puesta ya a prueba por Jehane y por Ondur, estalló.

—¿Qué « traición» , Dahar? ¿De quién? El ged nos ha enseñado a preguntar y razonar, y cuando lo hago, lo llamas traición. Tú no oíste lo que me dijo Jehane. Dijo que su amante, Talot, había sido llevada al interior del Muro por los geds. Talot no fue allí voluntariamente. *Se la llevaron*. ¿Por qué? ¿Cómo sabemos que los humanos que están tras el Muro están en estasis? ¿Cómo podríamos incluso saber si los geds nos han mentido desde el principio?

» Tú crees a los geds porque deseas la ciencia, pero la ciencia no basta. Tu retorcido entrenamiento jelita te pide también "honrarlos". La "honra" no procede de la ciencia ged, Dahar. No proviene de ningún razonamiento que los geds nos hayan enseñado, ni de teorías ni pruebas. Viene de Jela. Pero tú estás negociando con esto tan despiadadamente como lo haría Tey. "Dadme esta ciencia y honraré a los geds como un verdadero hermano-guerrero, no importa lo que hagáis en R'Frow."

» Pero ya no eres un verdadero hermano-guerrero. Ya no. Y aunque tu comandante suprema no te hubiera desterrado, no serías un honorable hermano-guerrero mientras negociaras como un delysiano, y pensaras que ningún precio es demasiado elevado para no pagarlo.

Ella se dio cuenta de la violencia que sus palabras habían producido y se alegró por ello.

—No hay ningún precio —dijo Dahar a través de los labios pálidos—. Lo ves así porque eres delysiana. Ves un precio en todo. Como Tey con la curación, como si curar fuera un trozo de vidrio barato que se puede conseguir en un mercado. Te atreves a hablar de razón y de pruebas… ¿qué razón tienes para creer a Jehane? Una inexperta hermana-guerrera, enamorada por primera vez, demasiado excitable y arrogante para ser ni siquiera una líder en el patio de prácticas… Belazir podía ver esto de un vistazo. Pero tú, *tú* que dijiste que habías abandonado todo por la ciencia y la razón de los geds, crees en ella sin pruebas, sin testigos, sin ninguna razón. Excepto que tú quieres creer que los geds

pretenden hacernos daño. ¿Por qué? ¿Por qué quieres creer eso, dulce Ayrys?

—¡No me llames así!

—¿Por qué quieres creer con tanta dureza en el deshonor de los ged?

—No *quiero* creer en el deshonor de los geds. Yo sólo… —Ayrys vaciló viendo dónde estaba la trampa.

—… Tú sólo lo crees. Sin razón, sin evidencia, sin teorías ni pruebas. Muy delysiano, dulce Ayrys.

—¿Es eso? ¿Es eso, Dahar? « Delysia por la traición…» Entonces responde a esto: ¿quién mató a Belazir?

Él no dijo nada; ni siquiera la súbita angustia de su cara podía detenerla ahora.

—No fueron los soldados de Khalid. No fueron los geds. Quedan los jelitas. Sus propios guerreros, ¿o los *kreedogs* que *tú* creaste? No. Fueron los ciudadanos jelitas. ¿No es así? Como ocurrió con SuSu y Lahab. Maltratados por tus hermanos-guerreros, hermanas-guerreras y guerreros-sacerdotes hasta que finalmente llegaron a un lugar como R'Frow, donde los guerreros ya no son los que gobiernan porque lo hacen los geds, y de pronto ya no te ves tan invulnerable. Tus maltratados ciudadanos ven que los geds son los verdaderos amos en R'Frow, y ven que su comandante suprema entrega dos ciudadanos, Kelovar y Jehane…

—Te salvó de ellos. A ti.

—¡Sí! ¿*Delysia* por la traición? Y cuando Jehane vino a pedirte ayuda porque los geds cogieron a uno de tus guerreros, lo primero que haces es llamarla mentirosa.

—No son *mis* guerreros —dijo él fríamente—. Lo has dejado bien claro.

—¿No estaba claro antes? Pero el hecho de que ya no seas jelita no significa que no puedas convertirte en ged.

—Y el hecho de que tú no seas delysiana no significa que seas capaz de lealtad alguna.

Su desprecio la quemó. Las uñas de una mano se hundieron en la muñeca de la otra hasta que brotó la sangre.

—Respóndeme a esto, Dahar. Grax dijo que la nueva microvida que causó la enfermedad de la sarna no podría sobrevivir bajo la luz del sol de Qom. Ésas fueron sus palabras. Así que si no vivía en Qom, ¿de dónde vino?

Sus ojos se quedaron inmóviles.

—Debió de venir a Qom con los geds, en sus naves estelares. ¿De qué otro lugar podía proceder? Grax dijo también que los geds nunca la habían visto antes. ¿Cómo puede ser, con toda su vasta ciencia que puede separar las piezas más pequeñas que componen el mundo? ¿Cómo puede ser eso?

Ayrys vio cómo la mente de Dahar, a pesar de su furia, se enroscaba en la pregunta, y rehusaba tanto descartarla como mentir. Observándolo, Ayrys supo que nunca lo había amado tanto como en ese momento, en que lo odiaba.

—No lo sé. Se lo preguntaré a Grax.

—¿Le preguntarías a Tey cuántas trampas te hace y esperarías oír la verdad?

—¡No intentes liarme con mis propios odios, Ayrys!

—Sólo con tu propia inteligencia.

—No intentes liarme de ninguna manera. Preguntaré a Grax sobre la microvida.

—Pregúntale también por qué nunca nos habló de los círculos anaranjados.

—Nunca mintió sobre los círculos anaranjados.

—¡Retener conocimiento es una forma de mentir! Nos observaban…

Dahar, criado en la observación comunal de un salón de los hermanos-guerreros, hizo un gesto de desprecio.

—Entonces pregúntale a Grax dónde está Talot.

—No necesito preguntarle eso. Si Talot fue con los geds, ahora mismo estará siendo echada de R'Frow, hacia el brillo de sol de Ligerosueño. La sabana la curará. Los geds están abriendo R'Frow.

Ayrys lo miró fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

—Grax acaba de decírmelo.

—¡El año aún no ha terminado!

—Su regalo a los humanos, sí. Pero no para todos nosotros, Ayrys. No para las mentes humanas que pueden apreciar y comprender un regalo como el de los geds… un regalo, Ayrys. No es un negocio. Grax nos llevará en la nave estelar cuando los geds se vayan de Qom.

Se le cortó la respiración. Dahar la observó con mirada dura, sin lástima.

—Ahora. Hoy. Tey y Creejin han rehusado. Él prefiere volver a Delysia con su corrupta… No vale la pena hablar de él. Lahab vendrá. Y yo. Y tú.

Lo último fue una pregunta… una pregunta afilada sin ninguna suavidad. Dahar cruzó los brazos sobre el pecho y esperó, con la botella de wrof aún sostenida por el cuello en su mano derecha. Ayrys vio nuevamente aquella otra botella, roja, azul y mal hecha; resplandeciendo en la luz de la luna como si ella la hubiera arrojado a la planta de kemburi en la sabana. *Embry*.

—No cometamos traición al menos ahora, Ayrys. Una pregunta directa. ¿Vas a ir en la nave estelar de los geds?

Ella le miró. Dahar no ocultaba nada, con la pasión que un guerrero jelita considera como una cortesía, y también como una virtud. La muerte de Belazir, el dolor que se estaban causando el uno al otro, el deslumbramiento de la nave estelar de los geds… todo era difícil incluso mientras aguardaba para tomar una determinación que ningún razonamiento podía afectar. Dahar se iría con Grax. Iría en la nave estelar. No se fijaría en nada que obstruyera esta visión.

Estaba, en otro sentido, tan ciego como Kelovar.

—¿Irás en la nave estelar, Ayrys?

Ella apretó los labios y miró hacia abajo. Dahar le cogió la barbilla con la mano y le levantó la cara para mirarla.

—¿Vas a ir en la nave estelar?

Ayrys se estremeció; le estaba haciendo daño.

—Si digo que no… tú irás sin mí. —No era una pregunta.

Dahar le soltó la barbilla y se quedó mirándola fríamente, como desde una gran altura.

Ella dijo de pronto, invadida por la furia:

—La ciencia ged. A cualquier precio.

Las emociones batallaban en su cara. Pero cuando finalmente Dahar respondió, fue con la misma tranquilidad, y no hubo victoria para Ayrys en cuanto sus palabras concedían.

—Sí. A cualquier precio.

No se podían mirar el uno al otro.

—Dahar, ten cuidado hasta que… te vayas. Pueden haberle dicho a Kelovar que tu… y yo.

—Él…

—No. Kelovar te mataría a ti, no a mí. —Kelovar no podría admitir que ella había elegido a un guerrero jelita en lugar de un soldado delysiano. Reconstruiría la verdad hasta adecuarla a lo que creía.

Como Dahar estaba haciendo.

—Ten… cuidado.

Ella se dio cuenta del esfuerzo de Dahar al responder:

—Grax nos llevará al otro lado del Muro. Ahora. A Lahab y a mí. Sólo te esperábamos… a ti.

Ayrys cerró con fuerza los ojos. Sintió la mano de él sobre el hombro, y la apartó tan violentamente que sintió dolor en los músculos. Dahar lanzó un rápido suspiro.

Ella oyó que la puerta se abría y se cerraba.

57

Alguien había subido la temperatura a diez unidades, casi a niveles de celebración. Las feromonas flotaban fragantes y suculentas en el aire cálido. Había un persistente subaroma de ansiedad y de inseguridad, pero ninguno de los

diecisiete geds pidió a la Biblioteca-Mente que bajara la temperatura. La celebración era más importante que la corrección.

Se iban a casa.

Iban a casa e iban a llevar humanos a bordo de la nave, volvían a casa con las últimas noticias de una masacre en la flota causada por humanos como ésos; a casa sin una respuesta a la Paradoja Central, pero *iban a casa*. Las voces gruñían en las configuraciones de los hechos, irrumpiendo ocasionalmente incluso en las de las fantasías deliberadas, que ninguno de ellos había abandonado desde la llegada a este desgraciado e inmoral planeta. Las manos acariciaban las espaldas, los miembros, las cabezas. La poderosa y sutil fragancia de los olores de antes del apareamiento atormentaban la piel.

Sólo Grax estaba ausente, todavía hablando con los humanos masculinos que tenían que venir a bordo de la nave.

La celebración era especialmente grata porque ninguno de ellos había creído poder dejar Qom antes que hubiera pasado el año completo. Pero después de horas de una discusión circular (tan satisfactoria en sí misma) que les había ocupado toda la noche, se había decidido que debían llevarse a los cinco humanos que quedaban de los seis que habían sentido lealtad hacia los geds.

Esa gramática aún rechinaba en el oído.

No había razón para postergarlo. Los experimentos de sugestión para controlar químicamente a los humanos a bordo de la nave habían fallado. Todos los productos químicos que producían sumisión destruían también la inteligencia; todos los que dejaban la inteligencia intacta no hacían más sugestionables a los humanos.

—Si hubiéramos tenido tiempo para perfeccionar las pruebas… —dijo Wraggaf.

—Que Armonía cante con nosotros.

—La Armonía canta. Si hubiéramos tenido tiempo…

—Tiempo es lo que no tenemos.

—Tiempo. Que cante siempre con nosotros.

—Siempre cantará. Los experimentos con mentes fueron inútiles.

—Inútiles.

—Que Armonía cante con nosotros.

—Es la inteligencia humana —dijo Fregk, usando deliberadamente elementos de una gramática que no encajaba, oliendo a disgusto.

—Inteligencia humana —dijo Krak'gar—. Es como un pozo negro que succiona ideas que coge de los geds. Poderosa. Destructiva.

Los otros percibieron inmediatamente el resto de la metáfora, y la completaron: la poesía de la civilización, en la cual todos creaban unidos.

—Inteligencia ged.

—Un sol estable. Que ardía lentamente, dando luz.

—Vida que alimenta.

—Que permitía la solidaridad moral.

—Que Armonía cante con nosotros.

Volvían a casa. Los tres seres humanos que iban a llevar a bordo de la nave eran un problema. Los geds habían transportado animales antes, por supuesto, pero no como éstos. Los tres humanos necesitarían moverse libremente creyéndose a sí mismos aliados de los geds. También debían estar confinados, puesto que no eran ged. Pondrían tensas las feromonas de todos, particularmente a los geds que habían permanecido a bordo todo el tiempo, y para los cuales los humanos hasta este momento eran sólo imágenes transmitidas a través de la Biblioteca-Mente. Era un problema. Y faltaba tiempo, como siempre en este maloliente planeta faltaba tiempo.

Entonces se enteraron de que incluso había menos tiempo disponible.

La Biblioteca-Mente dijo:

—Datos significativos. —Habían pedido que no se irrumpiera en las celebraciones a menos que ocurriera algo urgente; al cabo de un momento Grax habló directamente a través de la Biblioteca-Mente.

—Dos de los humanos rehúsan venir a bordo de la nave. Tey y Creejin.

En el mismo momento, la Biblioteca-Mente, añadió:

—El humano que cantó en armonía por la «jelita» ha sido asesinado.

Hubo un sollozo de Grax.

Todos captaron su tensión, más allá de los muros con las bestias, e inmediatamente los olores lo alcanzaron, enlazados en la frustración de no poder llegar hasta él. La ansiedad subyacente a los olores aumentó. Los geds comenzaron a gruñir con suavidad, pero la Biblioteca-Mente no transmitía hacia Grax, sólo en una dirección, y la prioridad de esos datos significativos sobrepasaba todo lo demás.

—… Mátala —resonó una voz: profunda, serena, con un placer tan mortal que los geds la oyeron incluso en esa gramática extraña, esa mente extraña.

Un sonido, no identificado. Luego, el ruido sordo de algo que golpeaba el suelo.

Grax comenzó a hablar, demasiado rápido, con el humano Dahar. Inmediatamente tres geds dijeron a Grax, a través de la Biblioteca-Mente, pero sin esperar la aprobación de ésta:

—Trae a los otros tres humanos a salvo al interior del Muro. Ahora.

—¿… decírselo sólo a Ayrys, Dahar? —dijo Grax—. Yo se lo diré.

—No. Es necesario. Si ella… yo se lo diré. —La voz humana temblaba por la excitación, esa que los diecisiete habían aprendido a conocer por el sonido, estaba repleta de emociones que ellos no conocían.

—*Ahora* —dijo la Biblioteca-Mente en la configuración de la mayor urgencia.

—¿Porque sois pareja de sexo? —dijo Grax—. ¿El venir con los geds es una comunicación sexual? —Los diecisiete oyeron reír a Dahar, y esta vez ninguno de ellos supo lo que el sonido humano significaba.

—La traeré aquí.

La Biblioteca-Mente se dirigió a Grax:

—Cuando los traigas dentro del perímetro, no entres por la puerta ged. Los humanos están realizando actos violentos en el Muro este. Dahar no debería verlo. Tráelos a través del Muro que está detrás del salón vacío, al norte de la habitación que contiene los animales para los experimentos. Habrá cámara con esclusa de aire preparada con atmósfera humana.

Dahar habló, a una mayor distancia del sensor, como si hubiera comenzado a partir e hiciera una pausa en la entrada:

—Grax. Nunca te lo he dicho… eres lo que los maestros jelitas guerreros-sacerdotes deberían haber sido. Tú y los geds… —Una larga pausa y luego, dolorosamente—. Estamos en el mismo plano, consagrados al honor de la vida misma. Lo que tú has dado libremente yo nunca podré devolverlo. Pero cualquiera que sea su medida, yo te serviría en cualquier forma que pudiera, Grax, y lo haré.

Durante un rato no hubo sonido. Luego la Biblioteca-Mente comenzó a transmitir la conversación entre Dahar y Ayrys.

No lo habría hecho si no hubiera considerado que el contenido era significativo.

—… no sabía lo que Jehane me contó —era la voz de Ayrys—. Dijo que su amante, Talot, había sido llevada al interior del Muro por los geds. No fue por propia voluntad sino que fue *llevada*. ¿Pero cómo sabemos que los humanos detrás del Muro están en estasis? ¿Cómo podríamos saber incluso si los geds nos han mentido desde el principio?

Alguien le dijo a la Biblioteca-Mente que bajara la temperatura de la habitación.

58

Después, Ayrys no supo nunca cuánto tiempo estuvo allí sentada en la oscuridad.

Cuando volvió en sí (de regreso del lugar vacío donde no existían ni R'Frow, ni

Dahar, ni Embry), había un lento y sordo golpeteo en la puerta, firme pero de prueba, como si el que golpeara estuviera temeroso de encontrar la puerta abierta y también de encontrarla cerrada. Entumecida, Ayrys movió la silla a través de la habitación. SuSu se acurrucó en la luz anaranjada del corredor con sus ojos negros muy abiertos en un rostro pálido de muerte.

—Tú le has visto irse —dijo Ayrys, dándose cuenta. SuSu había visto irse colérico a Dahar, un hermano-guerrero armado y los recuerdos habían acudido a su mente de niña ramera. Pero no había corrido a esconderse, no había dejado a Ayrys, como en otra ocasión no había abandonado al bárbaro moribundo, que no podría seguir protegiéndola de su propia gente.

—No estoy herida —dijo amablemente a SuSu—. No me ha hecho daño — oyó la burla en su propia amabilidad.

—¿Dónde fue, SuSu? ¿Viste dónde se fue Dahar?

Los negros ojos la contemplaron fijamente, ya no estaban aterrorizados sino opacos e inescrutables como un muro.

Un repentino olor de quemado llegó a la habitación. Cerca de las dos mujeres, la tela que cubría el círculo anaranjado comenzó a humear; primero se chamuscó en el centro, donde había sido estirada sobre el wrof y luego se quemó hasta que estalló en llamas. Cayeron tiras sobre el suelo y ardieron sobre el metal sin hacer daño. Cuando el círculo anaranjado estuvo libre, el fuego se acabó.

—Los geds querían vernos de nuevo —dijo Ayrys. Mantuvo la mano sobre la pared; el círculo anaranjado aún estaba caliente, aunque se enfriaba rápidamente.

SuSu apenas echó un vistazo al círculo ardiente. Cogió la mano de Ayrys y la arrastró hacia delante.

Con demasiada brusquedad, Ayrys dijo:

—No hay ningún sitio donde ir, SuSu. ¿No comprendes? ¡No hay ningún sito donde ir!

Pero de pronto, Ayrys no quiso permanecer a la vista de ese círculo anaranjado, entre estas paredes de wrof de los geds… Sin embargo, *no había* ningún otro lugar donde ir. Ni siquiera era posible el exilio cuando el lugar del exilio había muerto. Esto debía haber sido lo que sentía Kelovar durante todos estos ciclos: atrapado en una ciudad en putrefacción, sin escape posible, alejado del Kelovar que alguna vez había sido. Observándose a sí mismo convertirse en otra cosa, tan ciertamente como la microvida enferma había crecido en el turbulento calor y la oscuridad, lejos de la luz abierta.

Luz.

No había luz en ninguna parte, ni en R'Frow ni en Jela ni en Delysia… SuSu la había conducido fuera de la arcada. Una misteriosa luz amarilla se difundía a través de la cúpula.

—SuSu, ¿qué es *eso*?

SuSu no respondió. En lo alto la luz brincó y a lo lejos se elevó humo hacia el wrof transparente que no era cielo. Gritos y llantos se alzaron con el humo.

Alguien quemaba R'Frow.

—¿Quién? —preguntó Ayrys con voz alta. El fuego había quemado el sur de la Sala de Enseñanza, lejos tanto de los salones jelitas como de los delysianos—. ¿Quién?

—Jela —dijo SuSu claramente. Asustada al oír la voz de SuSu, Ayrys se volvió bruscamente. SuSu sonreía y sus blancos dientes centellearon, afilados y pequeños, cuando se produjo otro estallido de luz en lo alto.

—Ciudadanos jelitas —dijo Ayrys lentamente—, los que mataron a Belazir. Debido a la forma en que los guerreros… gobernaban…

SuSu sonrió más ampliamente.

Ayrys se agachó y tocó la hierba. El fuego no estaba cerca, y los estallidos de luz reflejados en la cúpula parecían brillantes sólo para unos ojos que habían pasado un año en la oscuridad.

La hierba estaba muy seca, pero cuando sus dedos se cerraban sobre ella, comenzó a caer agua, la suave llovizna que en R'Frow pasaba por lluvia. ¿Era una respuesta al fuego? ¿Había fuego porque los geds habían quemado por fin la tela de los círculos anaranjados? Si lo hacían ahora, podían haberlo hecho en cualquier momento que hubieran escogido.

Más gritos, esta vez muy cerca.

SuSu desapareció en la maleza; en un momento estaba allí, al siguiente ya no estaba.

Dos soldados delysianos, un hombre y una mujer, aparecieron corriendo por la esquina de la Sala de Enseñanza. Al ver a Ayrys, la mujer se detuvo.

—¡Vamos! —gritó el otro agarrándola del brazo.

—Espera, ésta es una de *ellos*. —Sus ojos grises, bajo el rubio cabello trenzado, despellejaron a Ayrys.

—¿Una de quién? ¡Vamos, es delysiana!

—No es delysiana. Es ged. Es una de las traidoras. Como aquel asqueroso de Tey.

El hombre titubeó y dirigió sus ojos al suelo.

—Déjala, Khalid necesitará todos los cuchillos.

—¡No! Son traidores. Viven con los geds para acercarse a Jela. —La mujer agarró con la mano el cabello de Ayrys y acercó el cuchillo—. Un cuchillo ged. Una muerte ged para una traidora ged, ¿sí, Ayrys?

—¿Ayrys? —dijo el hombre. Dejó de mirar al fuego y dirigió sus ojos a Ayrys—. ¿Ésta es Ayrys?

—¡Déjame, Urwa! ¡Maldita sea!

—¡No seas estúpida! Ya sabes lo que dijo Kelovar…

—¡Mierda para Kelovar! —exclamó la mujer—. ¿Cómo lo sabrá?

—No la toques, te lo aviso —dijo Urwa, y ahora su voz hasta entonces apresurada e indiferente, adquirió un tono de advertencia tan mortal que la mujer titubeó—, Kelovar lo quiere así.

La mujer soltó el cabello de Ayrys. Urwa comenzó de nuevo a correr hacia el fuego, pero la mujer frustrada por no poder hacerse con su presa, agarró los tubos de wrof de la silla de Ayrys, dejó a ésta en el suelo, levantó la silla sobre su cabeza y con todas sus fuerzas la estrelló contra el suelo.

El wrof no era hueso y no se rompió.

Lo intentó dos veces más. Urwa lanzó una maldición, la cogió del brazo y la arrastró hacia delante. La mujer miró furiosa a Ayrys, jadeando, y llevó la silla hacia el fuego.

Ayrys permaneció quieta hasta que el dolor de la pierna se calmó. No era tan malo como pensaba, si no ponía el peso sobre ella. Miró al soldado, corriendo grotescamente hacia la batalla con un campo de estasis ged en sus armas, y cerró los ojos. R'Frow.

Cuando los abrió, SuSu había reaparecido, y estaba agachada detrás de ella en el sendero. Puso sus manos en las axilas de Ayrys y comenzó a tirar de ella.

—No, no lo hagas. Me va peor. Tengo que arrastrarme. —Pero se inclinó un momento contra el cuerpecito de SuSu.

El griterío era continuo ahora. Desde lejos llegó un alarido demasiado lejano para que le hiciera estremecer. Ayrys comenzó a arrastrarse hacia la Sala de Enseñanza. Por lo menos habría una puerta que podía cerrar. El pánico se apoderó de ella y más figuras llegaron cerca de la Sala de Enseñanza.

Pasaron corriendo junto a ella. Pero Ayrys ya había ido a esconderse, arrastrándose fuera del sendero de wrof, en el interior de un grupo de arbustos. Un pie golpeó cerca de su pierna enferma. Luego el grupo se fue pero los gritos se elevaron de nuevo más cerca.

Ayrys se adentró más profundamente en el monte de arbustos. La lluvia se deslizaba dentro de sus ojos y las ramitas golpeaban su cara. El miedo se apoderó de ella. Estaba de vuelta en la sabana, cansada, estaba de regreso al desierto salón de wrof, con la pierna agarrotada y elevada sobre la roca. El pánico la cegó tanto como la lluvia. Se aferró con las manos a la base espinosa de un arbusto y se retorció debajo de él tanto como pudo.

De pronto, se golpeó con algo duramente.

Estuvo a punto de gritar, pero se contuvo. Su mano se cerró sobre algo resbaladizo y suave mientras la sangre rodaba sobre su frente.

Ese algo duro era un saliente de wrof que se elevaba en el bosque, cerca del tronco del arbusto y escondido por él. Ayrys exploró el saliente con los dedos; era cilíndrico, con la superficie uniforme. No había ningún círculo anaranjado como mirilla, no habría nada que hiciera de mirilla tan bajo y cerca del suelo y escondido por un denso follaje. Ninguna mirilla, aun cuando el saliente estaba

sólo a unos metros de uno de los más concurridos senderos de R'Frow. Ninguna mirilla.

Ese algo suave y resbaladizo era un mechón de cabello rojo anudado.

De pronto, desapareció todo su pánico. Recorrió con los dedos el rizado cabello rojo. *¿Crees a Jehane sin ninguna prueba, sin ningún testimonio, sin ninguna razón?*

Ninguna prueba.

Los arbustos se apartaban fácilmente. SuSu, tan pequeña que apenas se notaba entre los arbustos, se aproximó agachándose cerca de Ayrys, mirando el cabello humedecido por la lluvia.

La expresión de la muchacha-niña no parecería haber cambiado para cualquiera, pero Ayrys, seguida por SuSu durante varios ciclos, captó la tensión de la suave curva de su mandíbula y el reflejo que iba y venía en la vacía negrura de sus ojos.

—Talot —dijo Ayrys. SuSu levantó la cara. Las dos mujeres se miraron fijamente: Ayrys, en el suelo mojado, manchada con suciedad y sangre; SuSu con el cabello negro aplastado en su cabeza por la lluvia.

—¿Cómo ha venido aquí, SuSu? ¿Cómo ha llegado aquí el cabello de Talot?

No hubo respuesta.

—¿Tú lo viste? ¿Viste al ged llevarse a Talot?

Silencio.

—¿Viste al ged llevar a Talot al interior del Muro?

No hubo respuesta.

Ayrys dio un profundo suspiro. Sus dedos cogieron la muñeca de SuSu y se sintió conmovida nuevamente al darse cuenta de que el pulgar y el índice se sobreponían. Era una niña. ¿Cuán lejos podría empujar a una niña? Y sin explicaciones claras, sin palabras reveladoras. El sonido —a diferencia de la luz — atravesaría una cubierta de tela o una proyección de wrof y sería por lo menos tan claro como escuchar dentro de un casco.

—SuSu, eres jelita. No eres una hermana-guerrera —de nuevo ese furtivo reflejo, todo el odio que SuSu se había permitido—, pero todavía eres jelita. Te he salvado tu vida cuando estabas desamparada y te ayudé con tu amante mientras él vivía, ¿recuerdas?

No hubo respuesta.

—Te ayudé. Estamos en el mismo plano, consagradas al honor de la vida misma. Lo que es libremente entregado debe ser libremente devuelto.

SuSu no se movió. Ayrys, insegura de lo que SuSu comprendía o del efecto que esta obscenidad desesperada tenía sobre una mente que Ayrys no podría comprender, incluso cuando estaba íntegra, la apretó aún más y siguió avanzando a ciegas. No podía (« *Hablas de cosas que no entiendes, delysiana*») recordar las palabras correctas. La lluvia caía más fuerte pero la fantástica luz aún brillaba en

toda la cúpula.

—Tienes que ayudarme, SuSu. Con todo el honor. Lo que es libremente entregado debe ser libremente devuelto.

Con un tirón violento, SuSu se soltó la muñeca y retrocedió mientras las ramas golpeaban muy cerca de ella.

Ayrys apretó los ojos y se obligó a contar mientras esperaba. *Uno, dos, tres, cuatro*… Las luces danzaban detrás de sus párpados. La maleza crecía. SuSu había regresado con sangre y lluvia en la cara blanca, con los ojos negros resplandecientes por el resentimiento y el dolor, y con algo duro y jelita que Ayrys sabía que nunca había comprendido y nunca comprendería. Vida. Los ojos negros habían recobrado la vida. Ayrys se forzó a no mirar fuera de esa vida. *Lo siento, SuSu*.

—Ayúdame a llegar al sendero —dijo Ayrys. No necesitaba ayuda pero necesitaba tener cerca a SuSu. Lentamente se arrastró a través de la maleza, inclinada respecto al sendero que terminaba detrás de ella. Al arrastrarse sintió un dolor sordo a lo largo de la pierna.

Acercó la boca al oído de SuSu y susurró. La muchacha no temblaba. Lo que se agitaba en ella, aparecía sólo en sus ojos.

—SuSu, ¿está Talot dentro del Muro?

SuSu asintió con la cabeza.

—¿La llevaron los geds allí?

Volvió a asentir.

—¿Viste cuándo se la llevaron?

SuSu negó con la cabeza.

—Entonces, ¿cómo sabes que está ahí adentro?

Una súbita tensión de cada músculo en el pequeño cuerpo. SuSu inclinó la cabeza y su aliento se hizo más rápido. Ayrys se dio cuenta al instante de que eran las palabras lo que SuSu temía. Sonido, habla. Podía haber visto cualquier cosa, podía ir a cualquier parte, pero romper el silencio con palabras para describirlo era lo que la llenaba de terror.

—SuSu, querida… ¿Cómo sabes que Talot está dentro del Muro?

SuSu jadeó.

—La vi.

—¿La viste…? ¿Fuiste al interior del Muro?

SuSu asintió.

—¿Cómo?

—En una mesa de suelo. Yo… quería encontrar… no dejes que las *voces*…

—No. No dejaré que nada te haga daño. Entraste para encontrar a tu amante, ¿no? Ésa fue la primera vez. Fue allí donde encontraste la caja de wrof.

SuSu trató de asentir. Ayrys puso los brazos alrededor de ella y la abrazó fuertemente; en lugar de resistirse, SuSu se apretó contra ella. En lo alto, la

cúpula estaba brillante; la lluvia apagaba el fuego. A lo lejos se oía gritar a una mujer.

—No dejes… las voces…

—No. No. Aquí estás segura, querida. Es tresdía de nuevo. Yo estoy aquí, yo estoy aquí…

Era como confortar a Embry. Pero el canturreo no parecía ayudar; poco después SuSu se separó de Ayrys y se la quedó mirando.

—Lo que ha sido entregado… debe ser devuelto… —dijo.

No era Embry, y tenía su propio y extraño consuelo.

Ayrys, con la voz ronca por la piedad y la admiración, susurró:

—¿Dónde está Talot? ¿Está en el mismo lugar del Muro al que llevaron a tu amante?

SuSu asintió.

—¿Está viva?

Otro asentimiento.

—¿Talot está allí sola o están con ella todos los humanos enfermos de sarna?

—Todos.

—¿Están vivos, SuSu?

—No, algunos han muerto. Algunos están vivos, pero no completamente.

—¿Vivos pero no completamente? ¿Qué quieres decir?

SuSu tardó en responder.

—Como yo.

Ayrys no supo qué decir. SuSu la miraba con sus ojos negros inexpresivos.

—¿Talot te dio el cabello? ¿Qué quería que hicieras con él? ¿Llevárselo a Jehane?

—Hermana-guerrera —dijo SuSu ya con expresión en los ojos.

SuSu odiaba a las hermanas-guerreras más que a los hombres. Ayrys comprendió, y comprendió también que no sabía por qué. No era jelita, y había laberintos y muros, sombras y variaciones de luz que sus ojos delysianos no veían.

—SuSu, debes llevar este mensaje por mí. No por Talot, sino por mí.

—No a una hermana-guerrera. No.

—No. A Dahar.

SuSu se sentó sin hablar, mientras Ayrys contenía el aliento. Luego SuSu cogió el mechón de cabello de Talot y lo arrojó a la maleza.

Lo que es libremente entregado debe ser libremente devuelto. Ayrys apoyó la mejilla contra el suelo húmedo. Ninguno de ellos había sido libre desde que entraron en R'Frow.

Los geds habían usado a todos los humanos dentro del Muro. ¿Pero *por qué*? «Como yo», había dicho SuSu. Los geds habían hecho algo a las mentes de los humanos que tenían la enfermedad de la sarna, pero no a los que permanecieron

en R'Frow.

¿Qué les habían hecho a los otros? Medicina… la medicina que Dahar le había dado para su pierna rota había hecho cosas en su mente; la hizo hablar, y se rumoreaba desde hacía mucho tiempo que los guerreros-sacerdotes conocían drogas que envenenaban o enloquecían, algunas en forma sutil y otras no. Y lo que los humanos sabían, los geds debían saberlo aún mejor… Pero quizá no aplicarlo a mentes humanas. Las mentes humanas debían ser diferentes a ellos, así como los pulmones humanos respiraban aire diferente; diferentes en sangre, músculo y hueso… Ayrys vio de nuevo al gigante blanco mientras lo transportaban dentro del Muro, para morir allí, y apretó fuertemente las manos.

Dahar…

Pero los geds les habían dado también inmensas riquezas, todas las riquezas de su ciencia, conduciendo pacientemente a los humanos que deseaban salir de la ignorancia y que ni siquiera sabían que eran ignorantes. ¿Por qué? ¿Qué ganaban los geds con ello?

Vio que estaba pensando como un comerciante delysiano, como Tey. *Jela por la honestidad, Delysia por la traición*… pero no una traición como ésta. Esta traición era nueva en Qom. Pero, ¿por qué? ¿Qué esperaban ganar los geds?

De pronto olió el humo.

La cúpula aún resplandecía con esa luz fantástica, roja y dorada, que fluctuaba como el fuego. Pero la luz ya estaba oscureciéndose con el humo. Una súbita ráfaga de viento inclinó los arbustos alrededor de Ayrys; viento real donde antes jamás había habido viento. ¿Algún aparato de los geds para aspirar el humo? ¿Era grande el fuego? ¿Era grande el combate alrededor de él?

A Ayrys le llegó más humo. Si SuSu se asustaba del fuego, o si era capturada por soldados delysianos o por guerreros jelitas, o si iba a encerrarse en la habitación de Ayrys, detrás de la seguridad de una puerta… la mente de SuSu era un vidrio muy frágil para apoyarse en él.

¿Pero lo era? Entrar en el Muro dentro de una mesa de comida… los geds no habían pensado en *eso*. Pusieron los círculos anaranjados en todas partes para vigilar a los humanos, pero no habían pensado en una muchacha tan pequeña, o con una mente tan distinta como para hacer eso. Y una vez dentro, SuSu había visto…

¿Por qué?

Ayrys trató de pensar con calma. Los geds habían dicho, desde el primer día, que querían aprender cómo pensaban los humanos. Pero habían aprendido sólo en parte, al igual que ella había aprendido sólo en parte qué cosa extraña se movía en las mentes jelitas. Incluso en la de Dahar. Incluso en la de Kelovar, que no era jelita, pero cuyos pensamientos se habían tornado más opacos para ella mientras vivía con él.

Primeranoche caía sobre su mente…

« Humanos de R'Frow —gruñó una voz desde el saliente de wrof oculto en la maleza—. Debéis detener esta violencia. Se ha encontrado un remedio para la sarna. Todos los humanos del interior del Muro serán curados de esa enfermedad. El remedio es la luz del sol. La luz del sol de Qom cura la enfermedad; su biología no está ajustada a la luz de Qom. Dentro de pocas horas las puertas de R'Frow se abrirán y todos los humanos podréis salir a la luz del sol. Debéis detener esta violencia. Este incendio y esta matanza.»

El griterío distante no se detuvo.

« Humanos de R'Frow…»

Ayrys contempló la maleza, en la dirección del wrof que ella no podía ver.

Oscuridad. Luz de sol.

Luz...

La luz era la clave, la había sido siempre. *Su biología no está ajustada a la luz de Qom*. No, porque la microvida ha venido de algún otro lugar, de alguna otra luz, con los ged. Demasiado se lo había dicho ella a Dahar…

Pero ahora estaba de nuevo mirando a R'Frow, como la primera vez desde que despertara de la estasis. Kelovar estaba a su lado, con la barba de un día, la misma que había tenido en el campo fuera del Muro. Vio de nuevo por primera vez las nubes de R'Frow, la oscuridad anaranjada, cuando debería haber sido Oscurodía. Sintió de nuevo su propio terror ignorante, animal. *Los ged habían alterado el sol*. Y oyó la tranquila voz ged gruñir palabras que entonces no estaba preparada para comprender: *la luz ha sido ajustada para igualarla a vuestro modelo biológico, dieciséis horas de luz seguidas por ocho horas de oscuridad*.

Entonces no estaba preparada para comprender.

La microvida no había aceptado la luz de Qom porque venía de otra parte, desde algún otro mundo medio imaginado. Allí afuera, en las estrellas. Pero los humanos de R'Frow habían aceptado fácilmente dieciséis horas de luz y ocho de oscuridad, tan fácilmente como los Kemburi se adaptaban a Primeramañana. Los Kemburi no abrían durante Oscurodía, no trataban de provocar el insomnio en el frío y la oscuridad… *La luz ha sido ajustada para igualarla a vuestro modelo biológico, dieciséis horas de luz seguidas y ocho horas de oscuridad*.

Los modelos biológicos de la microvida venían de otro lado. Los modelos biológicos humanos…

La mente de Ayrys vacilaba.

Cuidadosamente, como si los pensamientos fueran vidrio fundido y pudieran herir por su propio calor y brillantez, Ayrys se apartó de su razonamiento. No podía ser. Pero al mismo tiempo pensó que este razonamiento, este cuidadoso encadenamiento de una idea con la siguiente, era ciencia ged, y no habría podido hacerlo si los ged no le hubieran enseñado cómo. Respiró profundamente; el aire olía a humo y corrupción, y la lluvia, que no era lluvia, traía cenizas, en copos

arenosos y empapados.

Se estiró de nuevo hacia el vidrio fundido.

Los geds querían a Dahar a bordo de su nave estelar. Dahar, ella misma, Tey, Creejin, Ilabor, Lahab, las mejores mentes humanas de R'Frow. Pero incluso las mejores mentes humanas no podían obtener nada que la ciencia de los geds no conociera. ¿Habrían sabido ya que la nueva microvida sería destruida por la luz del sol de Qom? Deberían haberlo sabido. Los geds sabían acerca de la biología y la luz humanas…

Los geds sabían de la biología y la luz humanas. *Antes* de que estudiaran a los humanos en R'Frow.

Súbitamente aturdida, Ayrys cerró los ojos por un momento. Los geds querían a Dahar y a los otros a bordo de la nave estelar navegando a través del cielo hacia otros mundos, pensando como humanos fuera de Qom, donde estaban los humanos. Fuera, donde los humanos debían estar, donde dieciséis horas de luz eran seguidas por ocho de oscuridad. Donde debía haber otros humanos, no en Qom sino en otra parte, bajo una luz extraña. Pero no, era la luz de Qom la que era extraña para los humanos; algún otro sol era el que estaba ajustado a la biología humana.

Y los jelitas y los delysianos eran extranjeros en Qom, bajo una luz extraña…

No pudo hacerse con el concepto, no pudo conservarlo. La idea era demasiado grande. Ayrys sintió que el razonamiento huía lejos de ella, se fundía en dudas y preguntas, incluso mientras la maleza se apartaba y SuSu se acurrucaba allí, sola, con el cabello negro y húmedo aplastado contra la cabeza, y el mechón de Talot en su mano.

—Se han ido —dijo SuSu—. El hermano-guerrero y el ciudadano. Se han ido al interior del Muro con los geds.

59

En las pantallas, dentro del perímetro, ardía el fuego.

La llovizna artificial lo había humedecido finalmente, evitando que las llamas saltaran de un modo caprichoso y sombrío. Los humanos se movían, ennegrecidos y ensangrentados, entrando y saliendo. Había trozos de carne quemada sobre la hierba marchita. Un ciudadano jelita se acercó desde detrás de

un edificio y se detuvo junto a dos cuerpos caídos, boca abajo. Cautelosamente, se preparó para correr a pesar de tener el cuchillo desenvainado; dio vuelta a un cuerpo con el pie. El soldado delysiano miraba desde un ojo muerto, mientras el otro colgaba unido a la mejilla por una ensangrentada tira de carne.

El jelita miró fijamente hacia abajo un buen rato y no tocó el cuerpo. Con la cautela, dio vuelta a la otra figura.

La hermana-guerrera aún vivía. El cuchillo del soldado estaba clavado hasta el mango en su vientre. Miró hacia arriba, al rostro del ciudadano, y luego al humo y a la luz de la cúpula. Sus labios se movieron sin palabras. De la dura expresión de su boca, la pronunciación sin palabras era una orden. El ciudadano se arrodilló rápidamente. Sacó el cuchillo del vientre, lo escupió, esperó para que ella se diera cuenta y le cortó la garganta.

Uno de los geds que observaban gimió con la clase de sonido que sólo producían los principiantes. Los otros cuatro en la habitación, aunque igualmente enfermos, trataron de acercarse y tranquilizarlo, pero el cuerpo no obedecía a la mente, y entró en un shock genético: *una especie inteligente que destruye a los suyos*. En este caso no cabía siquiera la idea artificial de dos subespecies humanas: era un «jelita» matando a otro «jelita». Esa idea artificial, impuesta por la mente al cuerpo, había protegido a los ged más de lo que ellos habían pensado.

Ahora había fallado, y el retroceso genético (ya fuera un mecanismo evolutivo de supervivencia como un pulgar oponible) se reafirmó: *una especie inteligente que destruye a los suyos*. El ged perdió el control de sus feromonas. Vomitó olores.

—Datos significativos —dijo la Biblioteca-Mente—. Datos significativos, Nivel Matriz.

60

Ayrys agarró la mano de SuSu como si tuviera miedo de que la muchacha se fundiera en la maleza. Pero SuSu se sentó impasible, con el blanco tebl ennegrecido por el humo, la tela desgarrada sobre el pequeño hombro desnudo. Aún sostenía el mechón de cabello de Talot.

Había dejado de llover.

—SuSu, ¿cómo sabes que Dahar y Lahab han entrado en el Muro? ¿Viste a

Grax llevarlos adentro?

—Sí.

—¿Por… la fuerza?

SuSu negó con la cabeza.

—¿Dónde? ¿A través de la puerta ged del Muro del este?

De nuevo SuSu sacudió la cabeza.

—Hay lucha allí.

—Entonces, ¿dónde?

—El lugar.

Ayrys trató de pensar qué quería decir SuSu.

—¿El lugar donde Grax y Dahar llevaron al gigante a través del Muro? ¿El mismo lugar?

SuSu asintió.

Ayrys tocó el mechón de cabello húmedo en las manos de la muchacha.

—Debes llevar otro mensaje por mí, SuSu. Debes hacerlo. A Jehane.

—No.

—Lo que es entregado…

—No. —Los negros ojos saltaron de nuevo a la vida y resplandecieron.

Ayrys cerró la mano en el tebl de SuSu, pero la muchacha no trató de irse. ¿Qué palabras la decidirían, sujetarían y agarrarían algo sólido en la resbaladiza oscuridad de esa mente? Por el momento, SuSu había sido retenida por la extraña perversión del juramento de los guerreros. Ayrys trató de pensar, trató de hablar sin miedo, y se dio cuenta de que había fracasado.

—Habrías ido a ver a Dahar por mí, un hermano-guerrero que te usó como ramera. ¿Cómo podría ser peor ir a ver a una hermana-guerrera que nunca se acostó contigo, que nunca te forzó a…? SuSu, Dahar es mi amante y está en peligro, como tu amante lo estaba. Exactamente igual.

Ayrys pensó por un momento que la había convencido. Algo se conmovió detrás de los ojos de SuSu, y ésta miró hacia abajo, al cabello en su mano, como si no lo viera, como si viera otra cosa. Si SuSu traía a Jehane… Pero cuando SuSu miró hacia arriba, sus negros ojos eran indescifrables. Abrió los dedos de Ayrys, uno a uno, y liberó su tebl.

—Entonces te traeré tu otro hombre.

—Mi *otro*… SuSu, no puedes…

Pero SuSu ya se había ido, pasando silenciosamente a la maleza.

Kelovar. Sólo podía referirse a Kelovar. Había oído a Ayrys y Ondur, y a los delysianos que habían tratado de romper la silla ged y también, durante varios decaciclos, los rumores que nadie pensó que SuSu pudiera comprender. Pero no había forma de que SuSu pudiera llegar a Kelovar. Él estaría donde estaba la batalla, luchando junto a Khalid, y SuSu no entraría en la lucha…

SuSu había ido al interior del Muro. Dos veces. Ayrys se estrujó las manos.

No podía quedarse allí sentada y aguardar el regreso de SuSu. SuSu era demasiado pequeña, y fueran cuales fuesen las luces que titilaban en su mente, eran demasiado inestables; extrañamente inestables sobre un paisaje desconocido y yermo. Nadie podía contar con SuSu.

Desde el borde mismo del sendero, Ayrys comenzó a arrastrarse hacia el Muro.

61

—Esto es un tebl de aire.

Dentro de la pequeña y recién creada habitación en el perímetro, Grax entregó a Dahar y Lahab unas placas rectangulares de wrof transparente, que apenas tenían el tamaño de la palma de la mano. Ellos los cogieron con torpeza.

—Lo pondréis aquí —continuó Grax. La placa era flexible y muy delgada; cuando los dos humanos la presionaron contra sus pechos como Grax había indicado, se adaptó al cuerpo y se adhirió—. Presionad primero sobre el borde delgado del fondo, en las dos esquinas, así… no. Lahab, usa este dedo y el pulgar. Necesitarás mantener ese dedo más lejos de cualquier contacto.

El quinto dedo podía ser amputado a bordo de la nave, si los humanos lo deseaban. Grax no creía que quisieran hacerlo. Activar el wrof era una maniobra deliberadamente compleja, para que no ocurriera por accidente. Los humanos usarían los trajes autónomos a bordo de la nave, puesto que sólo sus propias habitaciones tendrían aire respirable para los humanos. Se acostumbrarían a la secuencia de digitación. Los tanteos de Dahar ya eran mejores que los de la mayoría de los principiantes. Grax se olió a sí mismo, y miró a lo lejos.

Había cortado la conexión con la Biblioteca-Mente y había dicho que no se restableciera, excepto en una emergencia que fuera una amenaza de muerte. Ahora pensaba en algo que formaría parte de la formación de Dahar, si hubiera sido en realidad un principiante. Era una historia, aterradora y fuerte, de un ged perdido solo en la negrura del espacio, con sus compañeros de Unidad todos muertos, e incluso tras haberse desvanecido las feromonas de soledad porque no quedaba nadie para olerlas. La solidaridad no existía sin ser percibida como tal. Sin solidaridad, la realidad misma no existía.

Dahar nunca olería feromonas. Nunca entraría en el trance de la Unidad, nunca cantaría con la armonía de la solidaridad. La suya era la mente más

número-racional a la que Grax hubiera enseñado nunca, pero no era la mente de un principiante sino la de un animal.

La paradoja era inherente a la física del universo, incluso en las configuraciones de certeza; era algo racional. Pero la paradoja nunca existió en las configuraciones de la Unidad y la solidaridad. Observando la fea cara de Dahar (demasiados músculos faciales, demasiada grasa subcutánea) mientras el humano tanteaba con el wrof, Grax olió su propia vergüenza por anhelar lo que era imposible y obsceno: compartir el trance de Unidad con esta mente número-racional, a la que él había enseñado tanto, y de una importancia tan menor.

Observó a Dahar dar la vuelta a la placa de wrof con inteligencia apasionada e inquisitiva y se topó con los ojos del animal a través de un vacío imposible, más desprovisto de luz que el espacio.

—Así —dijo Dahar, y digitó toda la secuencia. El traje autónomo se formó a su alrededor a partir de la placa de wrof.

62

Ayrys había recorrido medio camino hacia el Muro cuando cayó la oscuridad: no el gradual y falso crepúsculo de R'Frow ni el lóbrego gris que pasaba por noche, sino una súbita y total negrura, profunda como la de las habitaciones sin ventanas. No había brillo en la cúpula; la lluvia debía haber apagado el fuego.

A su izquierda, los círculos anaranjados en la parte exterior de la Sala de Enseñanza mordían a través de la negrura, garras de luz en medio del aire.

Se oían gritos a lo lejos.

¿Por qué la negrura? ¿Para detener la matanza? ¿Pero durante cuánto tiempo la batalla había estado cobrando furia? Bastante; la matanza debía haber terminado en su mayor parte. Si los geds esperaban detener la lucha, ¿por qué no habían cortado la luz en cuanto comenzó? ¿O la negrura se debía a alguna otra cosa, a algún fallo de los inimaginables aparatos de la cúpula?

En la oscuridad, su pierna latía con dolor. Ayrys apoyó su mejilla contra la hierba dura y marchita.

Si la luz falsa había fallado porque la maquinaria ged no había sido construida para soportar grandes fuegos… si SuSu podía entrar en el Muro porque la maquinaria ged no había sido construida para hacer frente a la locura… si esto

era cierto, los geds no eran invencibles.

Súbitamente, en forma tan abrupta como el paso a la oscuridad, volvió la luz: un fantástico resplandor anaranjado, mucho más oscuro que el que había iluminado R'Frow antes, y con un extraño grosor, como si la luz pudiera ser pesada. Bajo esa lóbrega media luz, el sendero liso se convirtió en un espejo anaranjado deformante. Árboles y arbustos se veían como si estuvieran bajo el agua, ahogándose en un mar envenenado.

Comenzaron a soplar inútiles ráfagas de viento.

Ayrys oyó pasos detrás de ella, y enseguida Kelovar estuvo de pie a su lado con otro soldado detrás de él, arrastrando a SuSu con la poderosa mano apretada sobre su muñeca. La sangre cubría el tebl y las polainas de Kelovar. Ayrys luchaba por dar vuelta a la pierna y sentarse.

—Ayrys —dijo Kelovar con voz sin acento, y sin soltar a SuSu. Sus ojos, preternaturalmente claros en su cara ennegrecida por el humo, eran fragmentos de luz. En su monótona vigilancia, Ayrys advirtió el peligro en Kelovar. Para hacer lo que estaba haciendo, Kelovar habría eliminado los pensamientos, y en su rostro estaba la irreflexiva blancura de la pura acción. Ayrys pensó que tanto podría matarla como ayudarla, sin reflexionar demasiado en ambos casos. ¿Qué había dicho Ondur sobre las drogas que los soldados tomaban antes de la batalla?

Ayrys se estremeció interiormente y se esforzó por tener firme la voz. Cualquier signo de debilidad sería mortal. Debía ser tan fuerte como la Ayrys que Kelovar debía recordar, aquella que le llevó a prohibir que Urwa le hiciera daño.

—Deja que SuSu se vaya, Kelovar.

Él lo hizo, tirándola al suelo como si jugara con una piedrecita. Ayrys vio que SuSu aún sostenía el mechón de cabello de Talot; ¿qué habría pensado Kelovar de eso? El otro soldado miró hacia SuSu, se movió ligeramente hacia ella, echó un vistazo a Kelovar, y luego se quedó donde estaba. SuSu se deslizó entre los arbustos pero Ayrys tuvo tiempo de captar la mirada aterrorizada de la muchacha.

—Tenías razón acerca de los geds —dijo Ayrys tan firmemente como pudo. ¿Dónde estaba la proyección de wrof más cercana entre la maleza? ¿Estaban los geds escuchando?—. Me he convencido de que tenías razón, y por razones que tú todavía no conoces.

—¿Qué razones? —dijo Kelovar, todavía con voz inexpresiva.

Ayrys mantuvo los ojos apartados del cuchillo ensangrentado que él tenía en la mano: *¿cuántos, Jehane?* Más sangre manchaba su cabello y mechones pegajosos que volaban continuamente de sus hombros con las esporádicas ráfagas de viento.

—Ya oíste al Muro. Dijo que los geds habían encontrado una cura para la enfermedad de la sarna. Pero yo he estado con los geds en la Sala de Enseñanza

durante varios decaciclos. Descubrí que ellos ya sabían cómo curar la enfermedad, y lo mantuvieron en secreto.

—¿Por qué? —algo parpadeó detrás de sus ojos.

—Para tener una razón para apresar a los humanos detrás del Muro.

—Ya estamos presos detrás del Muro. —Ayrys tuvo un recuerdo incómodo de él, del primer día en R'Frow: « *¿Qué es ese Muro, diez veces la altura de un hombre? Y los árboles crecen justo en la base. Podemos irnos si queremos.*»

—Pero no presos de este modo, Kelovar. Torturan a los humanos que están encerrados dentro del Muro… Delysianos, soldados… ¿Cuántos soldados de Khalid han desaparecido dentro del Muro?

—Ahora los soldados de Khalid son mis soldados —dijo Kelovar más violentamente de lo que había hablado antes. Tras él el otro hombre hizo una mueca. Ayrys miró el cuchillo de Kelovar, no pudo evitarlo, y luchó contra una ola de náusea. Pero quizá Khalid había muerto en la lucha cerca del fuego. Quizá.

—Pues entonces, ¿cuántos de tus soldados han desaparecido dentro del Muro? ¿Y cuántos podrías tener ahora? —Ayrys se dio cuenta de que él se quedó pensativo.

—Kelovar, ¿quién ha ganado la batalla?

—Ahora está detenida.

—¿Y quién comenzó?

—Debieron de comenzar ellos. Los ciudadanos contra los guerreros. —Sus labios se movían, saboreándolo—. Pero no por mucho tiempo.

—Algunos de tus soldados… están en el interior del Muro. Puedo ayudarte a sacarlos de ahí.

—¿Cómo?

No podía decirle demasiado. Kelovar la ponía enferma, la aterrorizaba, la hacía sentir vértigo, pero negociaría con él tanto como fuera capaz.

—Los geds me dejarán entrar en el Muro.

—¿Por qué?

—Yo he trabajado con ellos. Hay una marca especial para los que seguimos en la Sala de Enseñanza. Lahab, Dahar, yo misma. Puedo entrar en el Muro.

—¿Y los dos jelitas? —preguntó él rápidamente.

—Sí. Ellos ya están dentro. Con… Lahab debe estar con los soldados jelitas. Va a liberarlos.

—Tú hiciste ese « trabajo» tanto con ellos como con los geds, ¿no, Ayrys? Con los dos jelitas. Con ese teniente primero. Él no estaba realmente al margen de sus filas, ¿verdad? Ellos querían simplemente que nosotros lo creyéramos. Y tú les ayudaste.

La alarma se abrió camino en la mente de Ayrys. Ondur. Si Ondur le había contado a Kelovar lo de Dahar, o incluso si se lo había contado a Karim… ¿Había

habido tiempo para que Ondur lo dijera? ¿Haría ella una cosa así?

Ayrys buscó los ojos de Kelovar.

—No, yo nunca he ayudado a Jela. He trabajado con los ged. Y por eso puedo entrar en el Muro. ¿Quieres liberar a tus soldados, Kelovar? ¿Quieres entrar en el Muro?

—Dime primero por qué lo haces.

Ayrys recordó la bota de Kelovar aplastando su primer invento, aquel desprecio celoso, y se sintió sorprendida al encontrar que esta disputa mortal podría incluso incluir la verdad. Era una verdad a la que Kelovar daría la bienvenida.

—Los geds me traicionaron. Nos han enseñado cosas pero nunca dijeron que era para atarnos, para que confiáramos en ellos, hasta el momento en que decidieron apresar y torturar a algunos humanos mientras que otros… Quieren llevarse algunos humanos a bordo de sus naves estelares, Kelovar, las naves estelares en las que llegaron a Qom, y creo que sé por qué… —Ayrys vaciló a su pesar. *Dahar, forzado de nuevo a una nueva traición a su propia gente*. Contuvo el aliento. No quería vacilar ante Kelovar; se había propuesto no mostrar la más pequeña debilidad.

La expresión de Kelovar cambió. Dijo unas breves palabras al soldado, que inmediatamente se fue a grandes pasos. Agachándose sobre sus talones, al lado de Ayrys, Kelovar extendió una mano y tocó su mejilla. Sus dedos estaban pegajosos pero sus movimientos eran una caricia.

Equivocadamente, Ayrys lo había interpretado equivocadamente. Él la prefería débil. Siempre, ya desde el principio, la había preferido débil, y aún sentía ternura por ella y por su debilidad en alguna parte de eso en lo que Kelovar se había convertido. De eso que R'Frow había hecho de él. Era una ternura horrible, que se alimentaba desesperadamente de su debilidad para sentirse fuerte. La carne de Ayrys hormigueaba.

—Ninguna basura ged te llevará a ninguna parte, Ayrys.

Él olía a ceniza y a sangre. Ella se forzó a mirarlo directamente.

—¿Quieres llevarme al Muro, Kelovar? No puedo caminar. Y no puedo luchar.

—¿Por qué quieres ir al interior del Muro?

—Para terminar con las mentiras. Y tú liberarás a tus soldados. Un… negocio.

—No, una alianza.

Ella no se permitiría bajar la mirada.

—Sí. Una alianza. Como la de los *kreedogs*.

—Les dije que tú aún eras delysiana. Se lo dije a Karim, a Urwa, y a… todos ellos.

No la rodeó con sus brazos; en lugar de ello atrajo su cara para que sus ojos

se fijaran en los suyos, Ayrys ya no podía mirar a lo lejos. Manchas de luz anaranjadas se deslizaban desde arriba sobre la mitad superior de sus ojos, seguidos por sombras de ramas retorciéndose en el viento agitado. Él le sonrió desde pocos centímetros de distancia, con una sonrisa súbitamente humilde, pero horrible en el rostro ensangrentado.

—Le dije a Karim…

—Estate quieto —dijo una voz.

Ayrys notó que Kelovar se ponía rígido y detenía el movimiento. Su rostro se puso tenso por la furia. Ayrys movió la cabeza para mirar alrededor de él y vio por qué Kelovar no se movía: una cinta roja que aturdía y la punta de un cuchillo tocaban la parte de atrás de su cabeza.

—¿Violación o amor? —dijo Jehane.

Ayrys se quedó mirándola.

—¿De qué se trata esta vez, Ayrys? Ésta —aunque la voz de Jehane revoloteaba hacia SuSu, las manos nunca vacilaron— dice violación. Pero eso no es lo que me parece a mí. Así que *puedes* entrar en el Muro, ramera delysiana. Y yo que creía… Si se trata de una violación, lo mataré y me llevas junto a Talot. Si es tu amante, no lo mataré pero también me llevarás con Talot… ¿o debe morir? ¿Qué eliges? ¿Qué es?

Ayrys vio a SuSu, agachándose en el borde de un sendero, lejos de Jehane. Así pues, el terror de SuSu había sido por ella, por Ayrys. SuSu nunca habría ido a buscar a Jehane para salvar a Dahar, pero cuando pensó que Ayrys estaba en peligro buscó con desesperación a la hermana-guerrera a la que odiaba.

Y así lo había estropeado todo.

—¿Amor o violación? —preguntó Jehane de nuevo.

Ayrys se encontró con los ojos de Kelovar. Ahora ya no le necesitaba para ir hacia el Muro. Jehane podía transportarla, Jehane podía luchar, Jehane no sería ni más difícil ni más fácil para llegar a su pacto. Sólo que el pacto sería diferente. Ahora no necesitaba a Kelovar.

Ayrys cerró los ojos para no ver el rostro de Kelovar.

—Amor —dijo, y Jehane presionó la tira ged que aturdía, sobre el cuello de Kelovar.

El niño sin brazos de la isla se movió de nuevo. Acercó los sucios pies a lados opuestos de la sonda y tironeó. La sonda se dejó arrastrar hacia abajo. El niño reía y sus ojos negros brillaban. El viejo dejó de cantar y se inclinó para gritar:

—¡Vete!

El niño no le hizo caso.

—¡No hay respeto! —gritó el viejo. Levantó un guijarro y lo arrojó al muchacho. El guijarro no le acertó. La voz, afuera de la destrozada nave, continuó llamando:

—¡Alí!

El niño rió de nuevo y soltó la sonda, que cayó a sus pies. Mientras desaparecía por la puerta, lágrimas de rabia aparecían en los ojos del viejo.

—Ellos se ríen de mí y rompen cosas. Rompen lo que ha quedado de la maquinaria, lo que pude salvar… Sus padres nunca hicieron eso, mi hijo nunca hizo eso; él era brillante; brillante. —Comenzó a toser inclinando su cuerpo cubierto de andrajos hasta casi doblarse, con los brazos apretados sobre el estómago. La sonda se movió hacia la maquinaria y comenzó a examinarla desde pocos centímetros de distancia.

—Mi hijo —dijo el viejo cuando pudo—. Cogieron la máquina, la repararon y fueron al continente porque pensaron que la sacudida del despegue podría interrumpir por fin el campo de la estasis. No está hecho para la gravedad. ¿Viste a mi hijo en el continente? Un gigante entre los hombres, brillante; él me mostró las ecuaciones de la estasis. No es como los jóvenes de ahora, no es como ellos.

Contrajo las mejillas. La sonda terminó su cercano examen y se movió hacia atrás hasta un brazo de distancia del rostro del humano. Los huecos en sus mejillas temblaban incluso después de que su lengua los soltó.

Dijo tranquilamente:

—Las ecuaciones estaban equivocadas. No había suficiente impulso… Sta…

Las mejillas temblorosas se quedaron quietas.

64

Dentro de la cámara recientemente acondicionada como compuerta de aire, Grax observaba cómo Dahar y Lahab probaban sus trajes autónomos que les envolvían en una capa transparente casi invisible. El wrof formaba un escudo completamente flexible desde el cuello hacia abajo pero no cerraba hasta el

cuello; sin el casco era una coraza, pero no un soporte de vida. Dentro de la cinta del cuello del transparente casco de wrof estaban los mecanismos, mitad número-racional y mitad semiorgánicos, que podían mantener indefinidamente la atmósfera con la misma composición desde el momento del cierre, compensando los gases emitidos y los consumidos. La cinta del cuello controlaba también la temperatura y la presión, y mantenía la conexión de comunicaciones con la Biblioteca-Mente.

En los cascos hechos para los humanos, la conexión trasmitía sólo en una dirección.

Dahar buscó el cuchillo pero no pudo desenvainarlo.

—Te he visto sacar cosas de dentro de tu tebl de aire, Grax. Pero si algo pasa a través…

—Nada en estado material pasa a través del tebl de aire. Pero puede haber bolsillos de wrof accesibles en la parte exterior.

—¿Cómo es posible? ¿No están siempre allí?

—No. Necesitarás comenzar de nuevo para hacer que tus armas sean accesibles. Para quitarse el tebl de aire la secuencia es diferente. Así… No, Lahab, lo haces mal. Canta en Armonía con Dahar.

Lahab dirigió a Grax una mirada fija, lenta, pesada y deliberada. Dahar dominó la secuencia; el wrof fluyó de nuevo hasta devenir una placa plana. Dahar susurró sorprendido:

—Con todo el honor…

—Es posible saber por qué —dijo Grax—. Es número-racional, Lahab. También puedes comprenderlo. —No había emoción en el gruñido del ged. Y Dahar no podía oler sus feromonas.

—Enséñame cómo crear los bolsillos.

Lahab se quedó tranquilo con la placa de wrof en las manos, sosteniéndola un poco lejos de su cuerpo, sin hacer nada. Dahar sacó las armas del cinturón, las puso sobre el suelo y activó el wrof. Grax vio cómo temblaban los dedos largos y deformados.

—Enséñame.

—No necesitarás bolsillos para armas a bordo de la nave. No necesitarás tus armas.

Dahar no respondió. Estaba ciegamente absorbido en el wrof y en los conocimientos que Grax le había dado, la enseñanza que era todo lo que un animal podía saber acerca de la Unidad.

Grax le mostró cómo crear bolsillos accesibles en el wrof y Dahar empezó a enseñárselo a Lahab.

65

Los ojos de Kelovar se abrieron cuando la tira que aturdía se gastó. Jehane le había atado la muñeca con el tobillo. SuSu se acurrucó al lado de Ayrys, y la mirada de Kelovar recorrió lentamente a las tres mujeres, una tras otra. La pesada luz anaranjada los bañaba sobre el sendero de wrof que nunca hasta entonces había reflejado sombras.

—Escúchame, delysiano —dijo Jehane—. Estamos entrando en el Muro. Vas a transportarla a ella —y movió la cabeza en dirección a Ayrys— de tal modo que yo pueda pelear. Tengo tus armas. Si decides soltarla y te vuelves contra mí de cualquier manera, morirás. Así de rápido.

Kelovar no dijo nada. Su mirada continuó pasando lentamente sobre las tres mujeres, una tras otra.

—Kelovar —dijo Ayrys—, yo no planeé esto.

—Cállate —dijo Jehane—. Desátalo. Tira de esa cuerda…; No, ésa.

Ayrys hizo lo que ella le decía. Cuando estuvo libre, Kelovar no atacó. Se quedó mirándolas a ella y a Jehane.

—Llévala hasta el Muro —dijo Jehane. Mantenía el tubo de perdigones y el revólver de calor apuntados a Kelovar. Él se inclinó y levantó a Ayrys.

El olor de sangre del tebl y del cuerpo de Kelovar era agobiante. Ayrys luchó contra la náusea. En cualquier momento Kelovar la tiraría al suelo, y Jehane le mataría. O llegarían sus soldados buscando a su comandante. Pero nada de eso ocurrió. Kelovar comenzó a caminar hacia el Muro con Jehane tras él. No había dicho una sola palabra. Ayrys esperaba ver su cara furiosa, pero Kelovar caminó con una expresión firme y rígida y sus claros ojos estaban impasibles. Kelovar no entendía qué estaba ocurriendo.

¿Cómo podía…? Ella, Jehane, SuSu… no había forma de que Kelovar supiera lo que estaban haciendo esas mujeres. Si Jehane le hubiera matado… Pero esto no lo comprendía, como no había comprendido el instrumental que llenaba la habitación de Ayrys en el salón delysiano. Ni tampoco quería comprenderlo.

Sin embargo la transportó cuidadosamente, con la pierna lastimada en el lado izquierdo para que hubiera menos sacudidas, y esta preocupación desconcertó a Ayrys. ¿Era preocupación? Ayrys no sabía lo que era.

No sabía nada. Su mano se apretó sobre la caja ged, escondida en el interior del tebl.

Los cuatro se aproximaron al Muro.

66

—Datos significativos, Nivel Matriz —repitió la Biblioteca-Mente—. Esto es la resolución de la Paradoja Central. Esto es la resolución de la Paradoja Central. Esto es la resolución de la Paradoja Central.

Doce geds luchando contra el shock biológico, trataban de escuchar sobre el clamor sensorial de sus propias feromonas.

—La Paradoja Central. Ladoscuro: las especies que practican la violencia intraespecie no sobreviven para alcanzar la tecnología de la propulsión estelar. Las amplias variaciones genéticas que causan su rápida evolución, también causan la violencia intraespecie, que persiste más allá del punto de la simple selección evolutiva. Destruyen sus propios planetas.

» Ladodelsol: los humanos han alcanzado la tecnología de la propulsión estelar. Son una especie con amplia variación genética. Practican la violencia intraespecie. No han destruido su planeta original antes de emigrar a otros.

La Biblioteca-Mente había estado gruñendo en las configuraciones de los hechos observados. Ahora cambió a las correspondientes a una hipótesis provisional, pero los conectores gramaticales decían que era una hipótesis muy arriesgada, algo que se alzaba contra toda razón.

—Bajo las condiciones adecuadas, la evolución biológica puede convertir un riesgo en una ventaja. Debe haber un aspecto de la violencia humana que sólo se da entre los humanos. Debe haber algún aspecto de la violencia humana que ayuda a su avance, incluso por delante de la simple selección de los más adecuados.

La Biblioteca-Mente, modelada por los geds, hizo una pausa. Luego repitió la declaración de lo que debía ocurrir, esta vez en las configuraciones de una hipótesis probada.

67

Tanto Dahar como Lahab se cubrieron con wrof hasta el cuello. Dahar probó la punta del cuchillo ged contra su pecho, primero con suavidad y luego no.

No puede olvidar la violencia ni siquiera pese a su inteligencia número-racional. Grax olió su propia amargura y entregó sus cascos a los dos humanos.

Lahab sostuvo el suyo en alto hasta la altura de los ojos, mirando de soslayo

al wrof transparente como a través de una lente. Dahar pasó los dedos por la cinta del cuello, donde el escondido soporte de vida que era «instrumental/organismos» y «vivía/funcionaba». (Ni siquiera la Biblioteca-Mente había encontrado una traducción al lenguaje humano de lo que el soporte de vida era o hacía.)

Quizá Dahar lo haría.

—Ponéoslo —dijo Grax, y ante la aspereza humana de su gruñido incluso Lahab miró hacia arriba.

Dahar dijo tranquilamente:

—¿Qué es lo que no canta en Armonía, Grax?

—Poneos los cascos.

Lo hicieron con torpeza. La cinta del cuello se pegaba al traje autónomo, y un espasmo cruzó el rostro usualmente impasible de Lahab. Pero Dahar rastreó las líneas casi invisibles del casco con los dedos, y Grax recordó repentinamente cómo el rostro de Dahar había experimentado un espasmo en la Sala de Enseñanza la primera vez que había visto células humanas en la ampliadora. Lo mismo.

—Podéis oírme —dijo Grax. Los dos humanos se sentían atemorizados ante la voz en el interior de sus cascos—. Estos cascos permiten hablar con un alcance limitado, dentro de los muros de esta habitación.

—¿Éstos? ¿Quieres decir que hay cascos que permiten hablar a través de los muros?

No había Biblioteca-Mente a la que preguntar cuánto debía decir a los humanos; Grax no reanudaría la conexión con la Biblioteca-Mente. No hasta que hubiera hecho la cosa vergonzosa que sabía que no iba a dejar de hacer.

—Sí, hay cascos que permiten hablar a través de los muros.

—¿Los tuyos?

—Ahora no —dijo Grax, y supo que un ged habría podido oler los subtonos en la respuesta, y saber lo que significaban. Dahar no podía. Dahar no era un ged—. Mantened los cascos puestos. Voy a cambiar el aire que llena la mayor parte de la nave estelar.

—¿Ahora? —dijo Lahab nerviosamente. Dahar se acercó a él. Grax captó el movimiento protector… era casi ged, se dijo a sí mismo, y se vio inundado por el mal olor del autodisgusto. Recorrió con los dedos una sección dentada del Muro. Un estante que surgía en el wrof. Grax lo tocó con los dedos en una secuencia compleja y hubo un ligero sonido mientras el aire de Qom era absorbido y reemplazado con aire verdadero, denso y fresco.

68

—… y el lililiv —dijo la Biblioteca-Mente, terminando la lista de los precedentes existentes sobre riesgos biológicos convertidos en ventajas. Tres geds se retorcían por el shock de los malos olores. Pero las pantallas del Muro estaban desconectadas. Otros dos habían comenzado a recobrarse.

» En el interior de R'Frow, sólo veintiséis de los seiscientos humanos habían respondido a la ciencia número-racional. Se supone que los humanos capaces de alcanzar la propulsión estelar están en la misma proporción. La violencia intraespecie destruye muchas de estas mentes genéticamente poco comunes. Pero los humanos han alcanzado la propulsión estelar. Esto solamente puede ocurrir si la violencia intraespecie se ha convertido en una ventaja para los humanos. No basta con el equilibrio de temperaturas, debe intervenir la luz solar para compensar toda esa inteligencia fruto de la variación genética que ha sido destruida.

» A continuación se indican las ecuaciones que…

69

—Aquí no hay ninguna puerta —gruñó Kelovar—. La que usan los geds está en el Muro este.

Ayrys no pudo oír a Jehane detrás de ella, de tan silenciosamente como se movía la hermana-guerrera. Pero cuando echó un vistazo alrededor del cuerpo de Kelovar, Jehane estaba allí. Kelovar estaba tan cerca del Muro que Ayrys podía haber tocado la pared con sólo estirar la mano. Pero de pronto se dio cuenta de que por nada en el mundo podría apoyar otra vez los dedos sobre ese leve hormigueo electromagnético.

Sacó la ampliadora-que-no-lo-era desde el interior del tebl.

Kelovar se mantuvo rígido hasta que vio que no se trataba de un arma. No reconoció el aparato, pero SuSu sí. Con el rabillo del ojo, Ayrys vio a la muchacha, agachándose detrás de un árbol con la mirada fija en la caja oscura. Después, su blanco rostro se disolvió, se quebró en fragmentos.

En algún lugar de su aterrorizado silencio, SuSu recordaba cosas que Ayrys no podía adivinar, evocadas por la visión de la caja ged. SuSu recordaba.

—SuSu —dijo Ayrys suavemente—, escóndete. Vete a mi habitación en la Sala de Enseñanza; allí no habrá nadie… Aquí habrá muertes.

Kelovar hizo un pequeño ruido. SuSu, con los ojos fijos sobre la caja oscura, no se movió de detrás del árbol, y no había nada más que Ayrys pudiera hacer ahora. No había tiempo —nunca lo habría— y en cualquier momento Kelovar podría… Ayrys desvió su mirada de la cara de SuSu al Muro. Extendió los dedos para cubrir tanta superficie de la ampliadora como pudiera e hizo presión.

El Muro enloqueció. Hasta su máxima altura y veinte largos a cada lado, el wrof se estremeció, hubo olas de convulsión y comenzó a abrirse en agujeros locos, decenas de ellos, todos perfectamente redondos, abriéndose y cerrándose como una superficie de agua hirviendo. Un chillido rasgó el aire, secundado por una súbita cacofonía de gritos humanos desde atrás de los agujeros hirvientes. SuSu gritó con un agudo e infantil lamento, casi perdido en el estrépito, pero Kelovar no dijo nada. Ayrys observó que el cuerpo del hombre se estremecía y luego se ponía rígido.

Apartó la mano de la caja. La mitad de los agujeros se taparon; los otros se agrandaron, abriéndose y cerrándose más rápidamente que antes. Desesperadamente, Ayrys movió los dedos, probando diferentes combinaciones. Los agujeros corrieron a juntarse en una abertura dentada, comenzando a un metro y medio del suelo, con los bordes oscilando y achicándose como una boca babeante. Ayrys movió los dedos de nuevo; Jehane gritó algo y el agujero babeante se elevó aún más, moviéndose sobre el wrof, fuera de su alcance.

Con dedos temblorosos, Ayrys invirtió el movimiento y la boca que se movía cayó al nivel del suelo, agitándose con un borde afilado. Jehane gritó de nuevo. Kelovar no se movía. Su rigidez había crecido tanto que los brazos que sostenían a Ayrys parecían de piedra. Ayrys se giró para ver su cara; se había puesto blanca como la del bárbaro, y sus ojos claros estaban tan blancos como ni siquiera SuSu los había tenido jamás.

—¡Kelovar, entra!

Él no se movió. No parecía verla. Jehane le apuntó con el revólver de calor a la cabeza, pero aun así no se movió.

Ayrys se dio cuenta que Kelovar no podía creerlo. Era demasiado diferente. No estaba allí.

Jehane mantuvo el revólver apuntado contra él mientras pasaba a través del agujero. Ayrys vio en su rostro la fracción de segundo en que Jehane estuvo a punto de disparar. Ahora no había razón para no hacerlo. Pero entonces un grito humano, más penetrante que el resto, se elevó sobre el chillido de las alarmas, y Jehane corrió a través del agujero hacia el interior del Muro.

—No —susurró Kelovar.

—Déjame en el suelo —dijo Ayrys. Luchó en los brazos de Kelovar pero no pudo librarse de su paralizado apretón.

El agujero comenzó a cerrarse.

Ayrys trató nuevamente de arrojarse al suelo. Pero Kelovar debía haber visto

lo mismo que ella: humanos enjaulados en el interior del Muro, visibles a intervalos del agujero que se contraía, y eso quebró su rigidez. Ayrys pensó salvajemente: *Puede comprender la tortura*. Kelovar atravesó corriendo la boca del agujero en el Muro justo antes de que se cerrara con un chasquido detrás de ambos.

70

—… Fin de las ecuaciones.

La Biblioteca-Mente dejó las configuraciones de certeza y regresó a la de los hechos dispuestos en un esquema probable.

—Primera hipótesis: Cuando construimos R'Frow creíamos que la violencia intraespecie significaba que no había ninguna lealtad intraespecie. Pero los humanos de R'Frow han trabajado a veces cooperando y a veces cantaban en Armonía.

» Segunda hipótesis: Creíamos que los humanos veían erróneamente los subgrupos como subespecies, "jelitas" y "delysianos", y mostraban lealtad intraespecie dentro del subgrupo. Pero los humanos han matado a miembros de sus propios subgrupos.

» Tercera hipótesis: Los humanos actúan con lealtad hacia los subgrupos, pero éstos no son constantes.

Hubo una larga pausa. Los geds escuchaban, sólo los que aún eran capaces de escuchar: los que no estaban en estado de shock ni ayudaban a aquellos que sí lo estaban, los que no tenían que enfrentarse a su propia náusea genética. Nunca habían oído a la Biblioteca-Mente hacer una pausa tan larga. Estaba realizando una reorganización radical de los factores, casi al límite de sus posibilidades.

—Los humanos actúan con lealtad hacia los subgrupos, pero los subgrupos no son constantes. La «jelita» SuSu ayudaba al gigante que no era de ningún subgrupo. La «delysiana» Ayrys ayudaba a la «jelita» SuSu y al gigante. La «jelita» Belazir ayudaba al «delysiano» Khalid para matar a un «jelita» para el cual había cantado en Armonía. La «jelita» Jehane evitó la violencia contra la «delysiana» Ayrys por parte de los «jelitas» Salah y Mahjoub. La «jelita» Belazir ordenó actos violentos contra ese mismo «jelita» por parte del «delysiano» Kelovar. El «jelita» Dahar ofreció ayuda médica a la «delysiana» Ayrys y a la «jelita» SuSu. Los «jelitas» Dahar y Lahab

cantaban en Armonía en el Salón de Enseñanza con los «delysianos» Tey, Creejin, Ilabor y Ayrys. El «delysiano» Khalid…

71

Grax observaba a Dahar y a Lahab. Lahab emitió un sonido débil y atemorizado, y Dahar habló en forma tajante. Lahab movió la cabeza, y no volvió a hablar. Pero no eran palabras de consuelo las que Dahar había ofrecido.

Eran animales.

Y él también lo era, pensaba Grax a través de la creciente marea de sus propias feromonas. Amargura, disgusto, vergüenza, añoranza… no había modo de soportar semejante contradicción de olores por mucho tiempo antes de caer en un shock biológico. Se olió, reconoció el mal olor, y pensó en medio de su confusión que *tenía que* oler mal: era un pensamiento tan ajeno que no podía retenerlo. Pero no era más ajeno que el otro, el repugnante pensamiento que le llevaba a actuar de aquella manera: esta inteligencia número-racional podía tener mayor peso que la solidaridad.

Hasta este disparatado proyecto en Qom, era imposible pensar que esas dos cosas podían no ir unidas.

Ésa era la mayor inmoralidad de todas. No había ninguna configuración gramatical para expresarlo, no había feromonas excepto la hedionda mezcla de miedo, esperanza y repulsión que Grax olía en este momento. Hacer lo que iba a hacer, con un *animal*…

El intercambio de la atmósfera humana basada en el oxígeno por aire verdadero de Ged había terminado. Grax se aproximó a Dahar, aflojó su casco y se lo quitó. Respiró profundamente.

Pero ya era demasiado tarde. Las únicas feromonas que había en el aire eran las suyas. No quedaba ningún rastro de Dahar.

72

—… La «jelita» Jehane intentó cooperar con la «delysiana» Ayrys, y fue rechazada. El «delysiano» Kelovar mató al «delysiano» Khalid. La «delysiana» Ayrys protegía a la «jelita» SuSu. La «jelita» SuSu rehusó contacto con la «jelita» Jehane pero buscó al «delysiano» Kelovar. La «jelita» Jehane…

—Kelovar, yo no planeé esto —dijo la voz de Ayrys desde otra parte de la Biblioteca-Mente.

—Cállate —dijo Jehane—. Desátale… Kelovar, llévala al Muro.

—No pueden entrar —dijo la Biblioteca-Mente, sobre sus propios relatos de los desconcertantes cambios de las alianzas humanas de R'Frow—. No hay forma de que puedan entrar en el Muro. El origen del cabello rojo que tenía la «jelita» SuSu no está en las imágenes de la memoria. Busco nuevamente…

—… La «jelita» Ayrys aliada con el «delysiano» Kelovar y la «jelita» Jehane…

73

Ayrys observó el lugar por el que ella y Kelovar habían entrado en el Muro, y jadeó.

Lo había juzgado mal. Éste no era el lugar al que Grax había llevado a Dahar, sino que estaba algo más al oeste, donde estaban los enfermos de sarna.

Hombres y mujeres desnudos acercaban sus caras a las ranuras en el wrof transparente y lanzaban gritos incomprensibles, golpeándose como insectos contra un vidrio. Kelovar los observó mientras pasaba, y Ayrys apuntó la caja negra hacia la cárcel y la oprimió. No tenía mayor control del que había tenido fuera del Muro, pero el wrof transparente reaccionó en forma diferente: en cuanto tocaba la caja negra sin importar dónde ni cómo lo hacía. Por un angustioso momento, Ayrys se preguntó qué pasaría cuando la fuerza de la caja negra chocara contra la gente que estaba detrás del wrof que se disolvía, pero no pasó nada. Los humanos pululaban en la sala. Jehane apareció al lado de Ayrys.

—¡Por aquí! —gritó por encima del estridente ruido—. ¡Talot está aquí!

Ayrys dio la vuelta en los brazos de Kelovar y miró a Jehane. Una mujer delysiana liberada de su celda y con un embarazo avanzado, trastabillaba aturdida entre Kelovar y Jehane. Aprovechando el momento, Kelovar soltó a

Ayrys, se inclinó rápidamente y sacó un cuchillo oculto en la bota.

Ayrys cayó al suelo y el dolor se expandió por su pierna. Por un momento no pudo ver nada, y luego distinguió a Kelovar encima de ella con el cuchillo. Después de todo moriría en R'Frow con el eco de la voz de Dahar burlándose en su cabeza: *Tú. Y Kelovar*.

Pero Kelovar no tenía tiempo para ella. Se enderezó justo cuando Jehane empujaba a la delysiana embarazada contra él. Giró instintivamente, y el disparo de Jehane no le alcanzó. Un instante después estaba sobre ella.

Evitando un segundo disparo del tubo de perdigones, Kelovar no tuvo tiempo de recuperar completamente el equilibrio.

Jehane contraatacó e intentó dispararle aún sin recuperar el equilibrio, y ambos cayeron al suelo.

El tiempo pasaba lentamente, crecía maleable y denso como vidrio fundido, fluía en direcciones que Ayrys nunca había visto. ¿Qué ocurría? Kelovar la había dejado caer a dos pasos de ahí; ¿cómo había podido arrastrarse tan lejos, lejos de la pelea de Jehane y hacia el wrof de las celdas? La caja negra aún estaba en sus manos. Ayrys miró hacia arriba —lentamente, levantándose muy disimuladamente del suelo— y vio a Talot, y su pelo rojo cubriéndole el cuerpo desnudo. Talot gritaba en su celda, pero Ayrys no podía oírla. De entre el griterío de la sala dentro del enorme perímetro, encontró el camino hacia el silencio de SuSu, y de pronto fue tan horrible que presionó —lentamente, lentamente— la caja negra.

El silencio se hacía añicos lentamente. Talot saltó hacia delante cayendo sobre Ayrys, cerca de Kelovar y Jehane. Ayrys vio el destello de las largas piernas desnudas de Talot sobre ella y el pequeño agujero que tenía casi a su alcance, abierto en la parte trasera de la celda de Talot, en el muro del lado oeste.

Al *oeste*.

Ayrys atravesó el agujero a gatas. Al otro lado, Dahar gritaba algo que no podía oír; sólo podía ver su boca detrás del casco de wrof de un ged. Después de todo, Dahar se había convertido en ged. Olía a ged, la sala olía a ged, con un denso olor raro que le estaba ahogando… no podía respirar; aire no era respirable; esta vez, no sólo habían alterado la luz sino también el aire.

Trató de retirarse por el agujero. Pero había desaparecido.

Grax estaba de pie en un saliente de la pared, sin casco. Ayrys buscó la caja negra, pero ya no estaba, la había soltado para poder arrastrarse; estaba al otro lado del Muro.

Al otro lado del Muro…

Dahar caminaba hacia ella. Pero ya no había tiempo, ni aire, ambos habían estallado en fragmentos rojos y azules en la piedra, y toda la luz se desvaneció.

74

—… la «jelita» Jehane, la «delysiana» Ayrys y el «delysiano» Kelovar, aliados para abrir una brecha en el perímetro…

75

Dahar saltó hacia Ayrys y la cogió por la muñeca. Grax le vio gritar dentro del casco, pero sin su propio casco no podía escuchar las palabras. No tenía necesidad de hacerlo. La mujer estaba ahogándose con el aire verdadero, y la errática solidaridad de Dahar con Ayrys había retornado con el shock biológico de ésta.

¿Cómo había conseguido Ayrys abrir una brecha en el Muro? La presión de la atmósfera ged era mayor que la de los humanos; el aire podría huir a través del agujero. La Biblioteca-Mente cerró la abertura; Grax observaba cómo el agujero de detrás de Ayrys se cerraba velozmente. Pero el Muro había sido abierto de alguna manera por los humanos. *¿Cómo?*

Grax se agachó al suelo para coger el casco que acababa de dejar allí. No estaba.

Sintió pánico aún mayor que la vergüenza de un momento antes. Había oído chirriar los monitores del Muro mientras Ayrys gateaba a través del agujero. ¿Qué ocurría en el perímetro? *Los diecisiete*… Grax giró hacia la puerta en una parte lejana del salón. Pero antes de que se pudiera mover hacia ella se abrió de repente y Fregk y Krak'gar irrumpieron vestidos con trajes autónomos y portando armas. El pánico de Grax cedió al olor de la tranquilidad y se giró hacia Dahar, que se inclinaba sobre Ayrys.

Sus ojos se encontraron y mantuvo la mirada.

Ojos negros de un humano y ojos nublados de un ged, y no eran necesarios ninguno de sus lenguajes:

—¡Cambia el aire de nuevo! ¡Ella va a morir!

—Ha roto el Muro, y es un peligro para los geds.

Grax observaba cómo cambiaba la cara de Dahar, miraba cómo se retorcía una masa de innecesarios músculos faciales, y de repente las feromonas de Grax olieron a puro desconcierto. Dahar pensó que a Grax le era *posible* decidir ayudar a Ayrys. En realidad pensaba que podía ser genéticamente posible elegir

ayudar a un humano en lugar de proteger a un ged. Creyó que Grax podía hacerlo, que lo haría. Consideraba a los geds biológicamente capaces de la vergüenza humana.

El concepto en sí mismo era casi inconcebible. Vibró casi al borde de la comprensión de Grax y en cuanto se esfumó, Grax supo que era el único ged que había vislumbrado por completo la pura extrañeza del pensamiento humano. Era más extraño de lo que cualquiera de ellos había imaginado y tan obstinado que cualesquiera configuraciones especulativas. La Biblioteca-Mente podía especular con esquemas de pensamiento animal, pero de animales que esperaban que los geds…

Para eso no había ninguna gramática.

Ni siquiera trató de prevenir a Dahar cuando el humano saltó.

76

—Respuesta a la Paradoja Central: ¿Cómo la violencia humana puede transformarse en una ventaja para la inteligencia humana?

» Los humanos cambian lealtades sin importarles cuáles han sido las lealtades anteriores. El mecanismo que utilizan para hacer esto es la violencia. A través de la violencia, las mentes superiores, poseedoras de las mejores ideas tecnológicas, pueden abandonar una subespecie y cantar en Armonía con otra. La destrucción de mentes superiores resulta compensada con lealtades erráticas, de la misma forma como la falta de solidaridad resulta compensada por la gran variación genética. Sin una gran variación genética, en los primeros tiempos, los humanos no hubieran evolucionado tan rápido. Si no hubieran variado sus lealtades en épocas posteriores, no habrían evitado la destrucción de su planeta.

» En cambio, las mentes superiores habían variado lealtades para encauzar la tecnología por senderos que llevaban a la propulsión estelar. La posibilidad de que esto ocurra es pequeña. El margen por el que los humanos deben haber evitado la destrucción de su planeta siguiendo este sendero incierto es aún más pequeño. En una configuración número-racional…

—¡No puede respirar este aire! —gritó Dahar—. El aire… ¡Cámbialo de nuevo! —Pero, en el mismo momento de hablar, se dio cuenta de que Grax no podía oírle; los geds le habían quitado el casco con el instrumental para hablar.

Pero Grax sabía que ningún humano podía respirar este aire, sabía que el aire estaba matando a Ayrys…

Se abrió de golpe una puerta y entraron dos geds corriendo. Dahar observó que, a pesar de que el cuarto contenía aire geds, a pesar de que los dos humanos que esperaban encontrar en el interior eran considerados aliados de los geds, a pesar de que Grax se había quitado el casco y no pudo haberles llamado, a pesar de todo esto, los geds llevaban trajes autónomos y cascos y tenían en sus manos armas distintas de las que habían dado a los humanos en la Enseñanza de Defensa. Grax no miró a sus hermanos —su mirada aún estaba fija en Dahar— pero movió la mano y, a su lado, desapareció el estante embebido en el wrof.

No hacía falta ver más.

R'Frow se movía y temblaba en torno a Dahar. Luego se enderezó, más negro que antes. Ayrys había estado en lo cierto con respecto a los geds.

Le atravesaba el dolor más profundo de su vida, caliente y cortante como una hoja al rojo. Por un momento odió a Ayrys, por hacerle ver la pérdida, incluso más que a los geds por ser causa de esa pérdida. Ayrys yacía a su lado, ahogándose en el suelo, aquel limpio y preciso wrof que se acababa de deslizar a su lado, y la mano de Dahar la agarró fuertemente por la muñeca, con resentimiento, cólera y perplejidad.

Luego se reclinó contra la pared y comenzó a presionar, estirando las palmas de las manos. Pero no logró hacer reaparecer el estante.

Extraños gruñidos llenaban su casco: los dos geds hablaban, en un lenguaje ajeno que Dahar nunca había oído. Se giró hacia Grax.

Los geds buscaban el casco, pero ya no estaba allí. Lahab lo había cogido y lo había dejado en un rincón apartado, el casco estaba a su espalda y la áspera cara de Lahab estaba cargada de odio. Dahar empujó la mano de Grax hacia la pared, donde había estado el estante, y luego puso sus manos alrededor del cuello de Grax.

Sintió los finos huesos, en lugares raros, casi sin estar cubiertos de grasa. El duro borde de tebl de aire construido con wrof se elevaba alto alrededor del cuello, pero no lo bastante alto. Había cuello suficiente, vulnerabilidad suficiente. Apretaba con las manos.

—¡Cambia el aire!

Grax aún no le podía oír. Pero los otros dos sí podían, y el gruñido de su casco se elevó. Grax no se movió. La oscuridad llenó la mente de Dahar, una furia de guerrero, y se oyó gritar mientras apretaba con las manos para romper el cuello

de Grax.

Pero no pudo.

La calma se apoderó de él, un lento retraso del tiempo; no podía mover los dedos ni ver el porqué. Parecía manar del suelo y lo envolvió, del mismo modo como había envuelto las especies animales en wrof. Una voz aullaba dentro del casco, más tranquila que los geds del cuarto, y en humano:

—Estáis siendo protegidos. No os resistáis.

¡Protegidos!

Grax se libró de los dedos que no le apretaban, y los otros dos geds le cogieron. Le arrastraron gruñendo hacia la puerta y la atravesaron. El escudo de estasis comenzó a liberar a Dahar.

Pero lo hizo lentamente desde el cuello hacia abajo, escurriéndose con su propio ritmo de tiempo-alterado hacia el suelo. Las manos, todavía alzadas, con las cuales hubiera matado a Grax, se ablandaban justo un momento antes de que las piernas le permitieran girar hacia donde Ayrys yacía muerta, en el suelo, detrás de él.

Ayrys muerta, R'Frow agonizante, Jela perdida, y la ciencia que había brillado como cada promesa de la doble hélice, había conducido en cambio a esta muerte, a esta destrucción… No quedaba nada salvo muerte y destrucción, y él la había causado, él había causado la muerte de Ayrys a través de su propia ceguera. Ella había atravesado el Muro por él, Dahar, hermano-guerrero… *hermano-guerrero*…

Cuando la estasis liberó sus manos, Dahar las metió en los bolsillos de wrof que Grax le había ayudado a hacer, y sacó sus armas. Disparó tanto el tubo de perdigones como el revólver de calor hacia la puerta que Grax había hecho desaparecer. Un brillo incandescente manaba de la boca del revólver de calor.

Las municiones golpeaban la puerta, rebotaban, y alcanzaban a Dahar.

Las que le daban en el casco y en la parte superior del cuerpo rebotaban otra vez y llenaban el cuarto con metal que volaba.

Las que entraban en lo que quedaba de la estasis se movían lentamente hacia delante y caían lentamente, misteriosamente, trayectorias distorsionadas a través de vidrio derretido.

Una y otra vez, hasta que el revólver estuvo vacío, Dahar disparó a la puerta cerrada. En el casco de comunicaciones, que sólo le permitía comunicarse con Lahab, no había ningún sonido, salvo sus propias lágrimas.

78

—… Fin de las ecuaciones aplicables —dijo la Biblioteca-Mente.

» Respuesta a la Paradoja Central: En una especie sin moralidad ni solidaridad, la violencia ayuda a la tecnología, haciendo posible el cambio de lealtades. La violencia ayuda al cambio.

» Cambiar trae consigo y hace posible la "solidaridad provisional" de las mentes más inteligentes…

79

Cuando Jehane vio a Talot lanzarse hacia Kelovar, un agudo estremecimiento de puro placer cantó a través de ella. ¡Talot estaba viva! Pero no había tiempo para el placer. Kelovar, más grande y fuerte, estaba a horcajadas sobre Jehane y elevó su cuchillo por encima de su cabeza. En el momento del choque, Jehane se quedó sin tubo de perdigones y sin revólver de calor; con su fuerza superior, Kelovar pudo haberle quitado fácilmente cualquiera de ellos. El cuchillo seguía firme en su cinto, pero Kelovar bloqueaba su muñeca izquierda al otro lado de su cuerpo y Jehane no podía alcanzarlo. Lo mejor que podía hacer era girar desesperadamente a la derecha y levantar el brazo derecho para recibir la cuchillada en el antebrazo, en lugar del pecho. Pero la hoja nunca le alcanzó.

La patada de Talot golpeó a Kelovar en la parte izquierda del cuello. La hoja se estrelló en el suelo de wrof, a unos centímetros de la oreja de Jehane. Ésta oyó el agudo ruido al romperse la punta contra el suelo y la empuñadura fue arrancada de la mano de Kelovar. No tenía una espada ged, sino una humana.

Jehane sintió una repentina oleada de deseo por una batalla honorable, tal como lo había sentido desde que entró en R'Frow. El peso de Kelovar aún la sujetaba y su mano izquierda aún sujetaba la muñeca derecha de Jehane a través de su pecho, bloqueando el acceso al cuchillo. Tanteaba en su busca con la mano derecha, y Jehane levantó su propia mano derecha, con los dedos en forma de tridente, y los clavó en los ojos de Kelovar.

Él era muy rápido. Se inclinó hacia un lado cuando las manos de Talot se acercaban a su cuello por detrás. Talot no tenía armas, y Kelovar empujó el cuerpo desnudo hacia delante, por encima de su hombro, sobre Jehane. El cuerpo de Talot hubiera tenido que chocar contra las manos de Jehane, mientras ésta intentaba alcanzar el cuello o el pecho de Kelovar, esta vez con una afilada punta

de cuchillo que pudo coger del suelo, a su lado. Pero Jehane no intentó desplazarse hacia arriba. Sabiendo lo que Kelovar iba a hacer —sabiéndolo sin pensar, incluso en los tendones y nervios—, Jehane desplazó su brazo derecho por el suelo. Cogió la punta rota y la clavó en una de las piernas que la habían sujetado, lo hizo justo en el nudo de los nervios que conducen el dolor, como enseñaban a todos los estudiantes los guerreros-maestros de la doble hélice.

Kelovar se puso rígido y vaciló, con el rostro contorsionado por el dolor. Se recuperó rápidamente, pero no lo suficiente. Talot, que había caído al suelo después de haber saltado sobre su cuerpo, surgió ahora con el tubo de perdigones de Jehane entre sus manos y disparó sin detenerse.

El disparo dio en la frente de Kelovar. Se movía convulsivamente y soltó a Jehane. Ésta le empujó. Pero hubo un momento, un breve momento, en que aún podía hablar, y Jehane aún no estaba lo suficientemente libre de él como para no oír lo que él decía.

—Ayrys…

La furia, aun sin relación con el más elemental peligro, la desgarró. Después de todo, no era una batalla justa. Ya nunca más las habría. Cogió el tubo de perdigones de Talot y le mató.

—Jehane —dijo Talot—, Jehane… no, otra vez no. Ha muerto.

—¡Ya lo sé! —dijo Jehane con tal fuerza que Talot dio un paso atrás. Jehane se lanzó hacia delante y abrazó a Talot, pero ésta dijo con voz ahogada:

—El Muro…

El Muro, detrás de lo que había sido la prisión de Talot, tenía un agujero y éste se estaba cerrando como una obscena boca de metal. En la última mirada antes de que se cerrara, Jehane vio la pierna herida de Ayrys. Frente al Muro, en el suelo, estaba la caja negra que la delysiana había usado para llegar hasta Talot.

—¡A la mierda la jodida *ciudad* de los geds! —gritó Jehane. Cogió a Talot de la mano y corrió con ella a través del salón, hacia el Muro exterior. Delysianos y jelitas liberados de sus celdas peleaban, corrían y gemían por encima de los chirridos de los muros. Algunos retenían a un ged, invulnerable en su armadura, pero que no podía escapar de ellos. Sólo su casco era visible.

Jehane se detuvo repentinamente, señalando hacia el casco del ged con la caja negra y oprimió como había hecho Ayrys. Quería ver el casco del ged y su cabeza llenos de agujeros como los del Muro. Pero no sucedió nada; la oscura caja no tenía efecto sobre la armadura del ged.

Los ojos nublados del ged miraban hacia ella con tranquilidad.

Maldiciendo, Jehane giró rápidamente hacia el Muro y cogió la caja oscura con toda su fuerza. El Muro hervía y se arrugaba. Comenzaron a sonar más alarmas; el griterío se volvió ensordecedor. El único sonido era el gemido procedente del Muro, como si, pensaba Jehane locamente, se estuviera muriendo en lugar de Kelovar, R'Frow y Ayrys.

Ayrys.

Jehane acercó la boca al oído de Talot, gritó:

—¡Vete fuera del Muro! ¡Espérame! —Empujó a Talot hacia el agujero. Otros lo habían visto también y se apresuraban en busca de la libertad, con las bocas abiertas, pero sin que se oyeran sus voces en la confusión de las alarmas. Jehane volvió corriendo hacia la celda, de la que Talot había sido liberada por Ayrys.

Por Ayrys.

Enemiga, prostituta, babosa delysiana…

Jehane apuntó la caja negra cerca del suelo; allí era donde había visto el otro agujero, el que Ayrys había hecho y se había arrastrado por él, dejando caer la caja al otro lado del Muro. ¿Por qué? ¿Qué era lo que había al otro lado, eso que Ayrys intentaba desesperadamente alcanzar?

El wrof se disolvió. Jehane cayó sobre sus rodillas y gateó. Un aire impuro llenaba sus pulmones y hedía en su nariz. Sofocada, tosiendo, continuó avanzando. El wrof filtraba parte del clamor en el otro lado, lo suficiente para oír los disparos más allá del Muro.

Enemiga, prostituta, ciudadana delysiana…

El cuerpo de Ayrys yacía en el suelo, más allá del Muro. Jehane la cogió por los tobillos y tiró de ella. Una bala zumbó cerca de su oreja. Podía ver la sala claramente, y las alarmas geds explotaban ruidosamente dentro de su cabeza. El traidor Dahar estaba de pie dándole la espalda con los hombros rígidos y encorvados y disparaba a la puerta cerrada, como si nunca fuera a detenerse…

Dahar. Por Dahar, Ayrys había atravesado el Muro. Para encontrar a un primer teniente jelita.

Jehane estalló en una sarta de juramentos. Tiró de Ayrys hacia una sala más grande y continuó arrastrándola hasta que ella misma pudo respirar aire verdadero. La cara de Ayrys estaba blanca como la tiza. Jehane le golpeó el pecho, mucho más fuerte de lo necesario, para hacerla exhalar el aire impuro, hasta que Ayrys comenzó a emitir sonidos. Entonces Jehane subió a Ayrys a sus hombros y comenzó a correr en busca del lejano Muro.

El Muro se había cerrado.

Hombres y mujeres desnudos golpeaban en él y aún rechinaba. Jehane movió a Ayrys para apuntar con la caja negra. Talot, contraviniendo las órdenes de Jehane, apareció a su lado; Talot tenía un cuchillo que había conseguido de quién sabe dónde, para cubrir a Jehane mientras ésta llevaba a Ayrys. Pero Jehane no permitiría que Talot se arriesgara, otra vez no, no tan pronto después de haberla perdido.

Jehane miró detrás de ella; un ciudadano jelita acababa de atravesar el agujero de la parte trasera de la celda de Talot, que se estaba cerrando tras él. Una luz brillaba en su cabeza y sus manos… llevaba una armadura ged. Entonces

Dahar también la llevaba o se habría puesto enfermo con el impuro aire ged, como Ayrys. Todos ellos eran presuntos geds… Jehane hizo un gesto de disgusto y empujó a Talot hacia Ayrys. Talot la cogió y Jehane le gritó:

—¡Saca a la babosa! —Si Talot tenía que sacar a Ayrys, ella también se iría. Jehane apuntó la caja negra y nuevamente abrió el Muro. La gente que estaba inclinada sobre él cayó agitadamente hacia delante.

Pero la que estaba loca era ella, Jehane.

No había sido una batalla honorable. No había habido honor. No en este lugar de mierda. No había honor en ese primer teniente, no había honor en el soldado delysiano que había dejado caer a Ayrys, no había honor en los ciudadanos que habían matado a Belazir. Entonces, ¿por qué ella hacía esto?

Si esto no era… ¿entonces qué?

Ayrys le había devuelto a Talot. Ayrys había cruzado el Muro por Dahar. De toda la estupidez y toda esta confusión de mierda de todos los hechos que habían ocurrido en este estúpido y confuso lugar, sólo estas dos cosas tenían sentido en este momento.

Enemiga, prostituta, babosa delysiana…

Hermana.

¡Mierda!

Jehane corría por la habitación llena de lamentos, la única que corría *apartándose* del Muro exterior.

80

—… sis nos está matando —acabó el viejo. Miró atentamente desde sus hundidos y reumáticos ojos a la sonda ged. La estrella descolorida y la luna creciente sobre sus hombros titilaban al levantar el puño sin fuerzas—. ¿Lo entiendes, sonda? ¿Qué eres? Ni siquiera soy capaz de entender la ingeniería, y yo que era… Hemos estado en estasis Alá sabe cuántos siglos, aislados, enterrados vivos… —contuvo la respiración; la retuvo, evitando un acceso de tos. Habló más sosegado—. Enterrados en estasis. Diles *eso*.

La sonda terminó su exploración; se dirigió hacia la puerta. El camino estaba bloqueado por una mujer, delgada y extraña.

—Alí… —Retrocedió y se puso el puño en la boca.

—Diles eso —repitió el viejo—. La estasis mata.

La Biblioteca-Mente repitió la respuesta a la Paradoja Central con configuraciones cambiadas, buscando una gramática que no existía:

—En especies sin solidaridad, el cambio de lealtades hace posible la «solidaridad provisional» de las mentes más inteligentes. Esta «solidaridad provisional» fomenta los progresos tecnológicos. Por lo tanto, en una especie violenta, la violencia ayuda a la inteligencia colectiva.

Se produjo el silencio. Después de una larga pausa, la Biblioteca-Mente —creada por los geds, moldeada por los geds, que disponía de los configuraciones de la poesía ged— dijo tranquilamente:

—La violencia ayuda a la inteligencia.

» Envenena las feromonas del universo.

» Pero es así.

VII

LA ISLA DE LOS MUERTOS

Hace que la noche se filtre en el día, y el día se filtre en la noche.

EL CORÁN

82

Ultimaluz.

Ayrys abrió los ojos y suspiró. Yacía fuera de R'Frow, su espalda presionaba el suelo rocoso. Encima de ella el cielo formaba un arco púrpura con disparos de plata. Púrpura —no gris sino un violento púrpura brillante que parecía estirarse a lo lejos para siempre, sin fin. Dos Lunas lavaban el cielo con luz blanca, y el Marcador brillaba altivo y frío—, increíblemente alto, increíblemente frío. Con el viento venía un vívido olor a agua terrosa.

Ayrys gemía.

—Estás a salvo —dijo una voz detrás de ella, y cerró fuertemente los ojos para saborear su alivio, gratitud y sorpresa. Dahar. Vivo.

Cuando trató de sentarse, el refrescante aire frío le golpeó en la cara como agua. Al primer vistazo de la tierra lejana que caía más allá de la ladera —amplia, sin muros— el pánico se apoderó de ella. Demasiada tierra, demasiado cielo.

… Cogió con la mano un puñado de hierba.

La sabana se extendía en un distante horizonte, aún de un rojo débil, con el sol poniente. Encima de la sangrienta línea se curvaba el cielo púrpura, manchado por las primeras estrellas. Debajo de él, se curvaba la dura oscuridad salpicada con fuegos de campamentos rotos por colinas y barrancos, cortados por las curvas del río, plata a la luz de la luna. La tierra más cercana a ella se ondulaba como una gran espiral verde-gris, como un kemburi, cerrado durante la Ultimanoche, como arbustos salpicados de frutos, como si fueran los verdes y cerúleos orificios de verduras mediorrecordados que se elevaban y se arrastraban.

… La piel de Ayrys temblaba.

Otro aroma voló hacia ella: el olor de bayas maduras y de excrementos de animales y el rico y sutil olor de la madera podrida. Un *kreedog* aullaba.

Ayrys tanteó detrás de ella con una mano hasta que sus dedos se encontraron con los de Dahar. Murmuró:

—¿Cómo?

—Jehane —dijo tan severo que Ayrys giró la cabeza. Pero la severidad no iba dirigida a ella ni a Jehane.

Dahar se sentó con las rodillas contra el pecho y los ojos negros observando la luz de la luna. Detrás de él ardía el fuego del campamento. SuSu se acurrucó a su lado dándole la espalda a Ayrys, un blanco silencio. Ayrys estaba contenta. Al otro lado del fuego, Lahab se movía sin ganas; lejos, se elevaban los oscuros muros de R'Frow, manchando el cielo. El fuego crujía y chasqueaba, un brillo caliente sin humo en el crepúsculo.

Ayrys se dio la vuelta para ver a Dahar, a pesar de que el movimiento le produjo dolor en la pierna. Fuera de su alcance pudo ver a un kemburi cerrándose para pasar la noche. Delgadas espirales peludas se arrastraban por el suelo. Ayrys miró a Dahar.

—Jehane… ¿abrió el Muro?

—Sí.

—Dahar…

—Estoy con ella en el plano de honor. Salvó mi vida y la tuya —dijo formalmente, y de repente Ayrys tuvo miedo de que él también pusiera formalidad entre ellos y ello se convirtiera en otro muro.

—El plano de honor es para los guerreros, no para ti —dijo Ayrys deliberadamente.

Dahar ni se inmutó, y vio que ya había llegado a ese punto y lo había superado para llegar a ese lugar donde ya no quedaba ni la burla. Ayrys conocía ese lugar; había estado en él.

—Lo que hemos aprendido de la ciencia ged —dijo ella mientras permanecía tan quieta como pudo— todavía lo sabemos. —Incluso mientras pronunciaba la palabra ged, tenía que luchar contra el vértigo: *ciencia*, aquí en esta sabana, mientras oscurecía la noche…

—Lo que hemos aprendido de la traición ged, todavía lo sabemos —dijo Dahar.

Ella no respondió. Brillaban los fuegos a lo lejos y uno nuevo, mucho más cercano que el resto, llameaba junto a las afiladas nervaduras de la piedra que estaba a su derecha.

—Y lo que has aprendido de la traición jelita, tampoco lo olvidarás, ¿verdad, Ayrys? Tuve que elegir entre un ged y tú y elegí a un ged. Tú no lo hiciste. ¿Por qué viniste a buscarme?

—Decidí hacerlo —dijo ella, y esta vez su voz era tan severa como la de él. Se arrastró más cerca a Dahar, y el dolor se expandió por toda su pierna.

Él se acercó inmediatamente a su lado.

—No te muevas, no muevas el hueso. ¿Te duele?

—Sólo un poco.

Se pasó las manos por la pierna tanteando, y se acordó de la noche en la que él le había encajado el hueso, deslizándose subrepticiamente en su cuarto con una llave de los geds, confundido en lugar de Kelovar.

Se dio cuenta de que él también se acordaba. Sus manos se detuvieron.

—Kelovar ha muerto.

—¿Fuiste tú? —se le secó la boca.

—Jehane.

—Me alegro de que no hayas… que no hayas sido tú.

—No. Al único que intenté matar fue a Grax.

Ayrys temblaba. El frío suelo presionaba contra la parte posterior de sus piernas. Una mosca roja se posó en su brazo y le picó. Sus dedos apretaron a Dahar. SuSu giró la cabeza, pero no abandonó el fuego. Ayrys no podía leer la expresión de la chica en la oscuridad. SuSu se dio la vuelta, y Ayrys vio que SuSu miraba hacia los muros de R'Frow.

—No los mires —dijo Dahar, y el tono de su voz la hizo temblar de nuevo—. Todavía no.

—Todavía no, ¿qué?

—La hermana-guerrera quiere hablar a solas contigo.

Una figura había salido desde el nuevo fuego avanzando hacia Ayrys: Jehane. Dahar soltó su mano. Ayrys se aferró a él, repentinamente temerosa de que Dahar pudiera no regresar.

Dahar se puso rígido bajo la presión de su mano:

—Te amo —dijo enojado. En ese enojo ella percibió dolor, no porque ella pudiera dudar de él, sino porque tenía motivos para hacerlo. Dahar dio unas zancadas y se detuvo, de espaldas a R'Frow, mirando los fuegos dispersos por el terreno de juncos que se escurrían vertiginosamente hacia el sangriento cielo.

—Ahora somos libres, delysiana —dijo Jehane. Se detuvo junto a Ayrys con los brazos en las caderas, beligerantemente separados, pero su voz era tranquila, sin rencor—. Tú me ayudaste a sacar a Talot de R'Frow, y yo te ayudé a sacar… a sacarlo.

—Dahar —dijo Ayrys. Pero Jehane no tenía ganas de discutir. Se sentó al lado de Ayrys, quien pensó en lo mucho que había cambiado el rostro de ella desde cuando había sido aquella joven hermana-guerrera que viajaba a través de la sabana hacía escasamente un año.

—Cuéntame lo que pasó, Jehane. Todo.

Jehane lo hizo, muy brevemente, sin emoción.

Cuando hubo terminado, Ayrys dijo:

—Podrías haberme dejado en R'Frow. También a Dahar. Estaba encerrado en el perímetro, era un hermano-guerrero en desgracia.

Jehane no contestó pero dirigió a Ayrys una larga mirada que ninguna de las dos rompió. Finalmente Ayrys continuó:

—Creo que hay otros humanos, Jehane. Allí afuera en el cielo, donde van las naves estelares de los geds.

Jehane lo estuvo considerando; luego se encogió de hombros.

—¿Y qué? Aquí no están. —Y enseguida añadió—: No lo salvé por ti. Lo hice por mí.

—Ya lo sé —dijo Ayrys, sorprendida de vislumbrar los laberínticos muros del honor jelita.

Jehane se puso de pie, limpiándose las manos.

—Talot todavía tiene esa enfermedad de la comezón —dijo Ayrys.

—Sí. Pero dice que se irá cuando llegue la Primeramañana. A la luz del sol.

—¿A dónde iréis Talot y tú?

—Regresaremos a Jela.

—Jela y Delysia muy pronto estarán nuevamente en guerra.

—Sí.

—Te harán líder de un núcleo.

—Sí —dijo Jehane, casi enojada. Y luego añadió—: Yo no provoqué esta guerra.

—Pero combatirás en ella…

—Soy una hermana-guerrera. Y también Talot. Adiós, Ayrys.

—Adiós, Jehane.

Jehane caminó lentamente hacia el fuego. Después de recorrer unos pasos, se detuvo y sin darse la vuelta dijo por encima de su hombro:

—No permitas que Dahar te lleve cerca de la guerra. Vete a otra parte.

—¿A qué otra parte?

—¡A cualquier parte! —contestó Jehane—. Si puedes imaginar quién vive arriba en el cielo, también puedes imaginar algún lugar aquí abajo donde ir.

Hablaba mirando hacia el fuego. Ayrys sonreía.

Parecía que había pasado bastante tiempo antes de que Dahar regresara adonde estaba sentada Ayrys. SuSu también estaba sentada inmóvil, mirando con gran intensidad a R'Frow. Ayrys comenzó a sentir frío y hambre. Fue Lahab quien le trajo algo para beber: té de hojas de kemwood, calentado sobre el fuego en un gran tazón, que tendría que usar también para beber. El rostro de Lahab se mostraba insensible, la misma amplia e impasible mirada que le había visto diariamente en la Sala de Enseñanza.

El tazón era un casco ged.

Aparecieron las estrellas, frías y duras en el negro cielo. Ayrys las miraba, estirando el cuello, y sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo pudieron haberlo olvidado…? Las ya familiares constelaciones le hacían gracia: la Cimitarra; Kufa; la Nave con su titilante estrella roja. Esferas de gas en explosión; almas de la Isla de los Muertos. El rocío golpeaba la hierba a su lado. No podía dejar de temblar.

Dahar volvió para llevar a Ayrys más cerca del fuego; su rostro mostraba

una expectación que ella no podía comprender. SuSu no miró a nadie.

—Dahar, ¿qué pasa que estáis esperando SuSu y tú?

—Tienes frío. Debí haberlo pensado… No tienes por qué tener frío. Mira. —En su mano tenía una pequeña placa de wrof.

Ayrys la tocó con un dedo.

—No tenemos mantas —dijo Dahar—. No te puedes alejar mucho todavía, y te has acostumbrado al calor. Quédate quieta, Ayrys.

Le enseñó cómo ponerse la armadura ged. Por un momento sintió pánico cuando ésta se cerró a su alrededor, pero no sintió ni la humedad ni el frío. Se sentía tan cómoda como lo había estado en R'Frow.

—Lahab también tiene una. Puede compartirla con SuSu.

Ayrys miró más detenidamente; el débil brillo del wrof ya rodeaba a SuSu.

Dahar levantó repentinamente la cabeza. Un ruido sordo flotaba en el aire procedente de R'Frow. Dahar la había colocado mirando hacia R'Frow; y él, observando a Ayrys, le daba la espalda a la ciudad.

El ruido sordo iba en aumento. Al borde de R'Frow apareció una luz. Dahar cerró los puños. Ayrys vio que no iba a darse la vuelta para mirar, y el no hacerlo le estaba quitando toda la fuerza que tenía. En ese creciente resplandor, SuSu apareció repentinamente enfrente de Dahar, con el pequeño cuerpo estirado, y con los ojos negros opacos como piedra pulida. Pero su voz era más firme que la que Ayrys había escuchado jamás.

—Reclamo el plano de honor. Yo le traje a Ayrys lo… lo que usó para abrir el Muro en tu busca. Lo que es libremente entregado debe ser libremente devuelto.

Lahab volvió la cabeza y se quedó mirando a la prostituta jelita.

SuSu no se inmutó.

En el brillo artificial que despedía R'Frow, su carita parecía tallada en piedra blanca. A Ayrys, que estaba sentada en el suelo por debajo de SuSu y de Dahar, el aire le parecía blanco, le parecía de vidrio y tan frágil como la doble hélice azul y roja que giraba en espirales desde las manos de los miembros del Consejo y la empujaba al exilio. Lo que giraba entre Dahar y SuSu era también, para un hermano-guerrero y una prostituta jelita, una especie de exilio.

Ayrys le agarró la mano derecha con la suya izquierda. SuSu repitió:

—Lo que es libremente entregado debe ser libremente devuelto.

Dahar se detuvo. La luz en la parte superior de R'Frow comenzó de pronto a brillar más intensamente hasta convertirse en un blanco brillante, iluminando la sabana como si fuera de día. Talot gritó en el otro fuego. Dahar aún no se había dado la vuelta. De espaldas hacia R'Frow, le dijo a SuSu:

—Lo que es libremente entregado debe ser libremente devuelto.

Ayrys tanteó con su mano hacia su bota; pero él no se dio cuenta.

El ruido sordo fue convirtiéndose progresivamente en aullidos de tono muy alto. La luz blanca se curvaba lentamente hacia arriba cruzando el cielo. Mientras

se elevaba, de pronto todo R'Frow se tornó tan brillante que obligó a Ayrys a cerrar los ojos y a cubrírselos con las manos.

El suelo se estremecía debajo de ella con una profunda sacudida, que parecía provenir del corazón de Qom. Ayrys fue arrojada a suelo. Vio caer y desgajarse un árbol, y luego el suelo se sacudió de nuevo, aún con más intensidad. A todo lo largo de la sabana se elevó un terrorífico aullido, algo no animal, rematado por el súbito grito de un kemburi. Las brasas del fuego volaron como estrellas rojas. Una de ellas cayó humeante en la hierba cubierta de escarcha junto a Ayrys.

Después, todo terminó. El suelo quedó quieto, y nada tapaba la visión de las estrellas en el lugar donde había estado R'Frow.

En silencio después del ruido, SuSu dijo claramente:

—Quiero ir al lugar de donde él vino. El gigante blanco. Quiero que me lleves allí. Tú y Ayrys. Lo que es libremente entregado, debe ser libremente devuelto.

SuSu miró hacia la vacía colina donde había estado R'Frow. Continuaba mirando a Dahar, y en sus ojos negros, Ayrys no vio nada de la sacudida que acababa de rajar la tierra, nada de la destrucción de la ciudad ged. ¿Habría visto SuSu tantas cosas incomprensibles, pensó Ayrys, que ahora nada la sorprendería, ni la haría temer? Si era así, Ayrys no sabía qué sentir, si lástima o envidia. Pero SuSu no necesitaba ninguna de las dos.

Lahab comenzó a reconstruir metódicamente el esparcido fuego.

—¿Cuál es el camino hacia la ciudad del gigante? —preguntó Dahar—. ¿Te lo dijo?

Al percibir su tono de voz, Ayrys apretó aún más su bota.

SuSu elevó el brazo, a la altura de la muñeca y apuntó con el dedo. El dedo se elevó en forma de arco.

Dahar miró a Ayrys, que negaba con la cabeza.

—No lo sé. El gigante lo hizo mientras moría. Parecía tratar de decirnos algo. Pero no sé qué.

Dahar dijo con tono fatigado:

—No puedo llevarte a la ciudad del gigante si no sé en qué dirección está.

—En esa dirección —SuSu señaló hacia la distante sabana. Los fuegos del campamento dispersos por el terremoto (si eso es lo que había ocurrido) brotaron de nuevo. Ayrys sintió otra vez el vértigo de la vasta negrura, la inmensa senda sin Muros de abierta locura.

—Por allí queda Jela y Delysia —dijo Dahar—. Si es que aún existen.

—Más adelante —dijo SuSu.

—Más adelante sólo está el mar.

—Está la Isla de los Muertos —dijo Lahab junto al fuego—, obreros y ciudadanos, y el único especialista en lentes del mundo.

De este mundo.

Ayrys sintió la rigidez del cuerpo de Dahar, cada músculo tenso, con la inútil

tensión de la desesperanza.

—No hay forma de llegar a la Isla de los Muertos. El gigante no pudo haber venido de allí. No hay adonde ir. Lahab, al menos tú debes regresar a Jela.

—No —dijo Lahab. Miró a los lados por debajo de su capucha a SuSu.

Ayrys vio cómo sería: los cuatro atravesando a la ventura la sabana, bordeando el río, viajando a pie, compitiendo por la comida con los *kreedogs* y los kemburi, yendo a ninguna parte.

Mientras allí afuera, en las estrellas, otros humanos… caminarían desde la Primeramañana hasta la Ultimaluz, recorriendo todo el suelo posible a lo largo de Qom, durante un día no natural, durmiendo tanto como podían a través de Qom, en una noche no natural. Frío y hambre y a la ventura. Desterrados.

Intentó ponerse en pie, ayudándose con la mano de Dahar. La pierna, dentro del traje autónomo hecho de wrof, latía menos que antes. Dahar le pasó el brazo alrededor del cuerpo y el contacto y apoyo aportaron consuelo en la noche extraterrestre, el nudo de la garganta se le aflojó un poco.

Una estrella volaba hacia ellos por encima de la sabana.

Lahab cayó de rodillas. La estrella se convirtió en una poderosa luz blanca, que viajaba a una velocidad increíble. Mientras sobrevolaba Ayrys, quedó boquiabierta ante la parte inferior, de un metal ajado, pintado con una luna creciente y tres estrellas que se veían en relieve por efecto de la brillante luz. Dahar suspiró. Entonces el metal que había pasado por encima de sus cabezas, y aún más allá, se volvió a convertir en una única e intensa luz que disminuía de tamaño.

Disminuyó la velocidad, quedó suspendida en el aire y descendió al negro lugar donde había estado R'Frow.

Lahab se puso en pie, trastabillando, y se acercó a Dahar.

—¿Ged?

Dahar no contestó. Se inclinó hacia delante, tenso como alambre estirado, ardiendo con la electricidad. Ayrys permaneció inmóvil, incapaz de hablar. Y SuSu se quedó quieta, con los negros ojos opacos como piedras.

A lo lejos, la luz se elevó nuevamente y voló de regreso al fuego, al destello más cercano a R'Frow. La nave de metal se detuvo a unos cuarenta largos, suspendida en el aire y comenzó a caer. No hubo ningún ruido cuando tocó el suelo. La brillante luz fue acompañada por otra, más débil, como una puerta abierta que antes no había sido visible.

Asomaron dos hombres. Hombres… *humanos*. Caminaron hacia delante, lentamente. Llevaban unas armas que Ayrys jamás había visto, pero no las llevaban en alto. Ayrys apretó fuertemente el hombro de Dahar con la mano. Él no desenfundó ni el tubo de perdigones ni el cuchillo.

A medida de que los dos hombres se aproximaban, Ayrys vio a la extraña y poderosa luz que uno de ellos tenía una enorme cabeza calva sobre un cuello

demasiado pequeño para sostenerla firmemente. En el hombro izquierdo, junto a la cabeza, crecía una masa de piel arrugada y púrpura, como una segunda cabeza deforme. El otro hombre tenía un aspecto normal y era muy peludo; su largo y oscuro pelo terminaba en docenas de diminutas trenzas.

SuSu emitió un pequeño sonido.

Los hombres se detuvieron a unos diez largos. El que tenía la cabeza bamboleante dijo claramente:

—Venimos de la isla. De la nave *Estrella de la Mecca*. Venimos en paz.

Un profundo estremecimiento recorrió a Dahar, como una corriente finalmente liberada. Alzó a Ayrys e hizo una señal a Lahab. Éste cogió la mano de SuSu, y los cuatro caminaron para reunirse con los otros humanos a través de la noche ajena.

Nancy Kress destacó como autora de novelas de fantasía antes de dedicarse a la ciencia ficción. Cuando no escribe ficción trabaja como redactara en una agencia de publicidad. Vive en Brockport (Nueva York, EE. UU.) con sus dos hijos y su marido Marcos Donelly, también escritor de ciencia ficción.

Ha publicado tres novelas de fantasía de gran éxito: THE PRINCE OF MORNING BELLS *(1981),* THE GOLDEN GLOVE *(1984) y* THE WHITE PIPES *(1985), que es su preferida.* Trinity an Other Stories *(1985) es una antología de relatos cortos en la que se incluye* Entre tantas estrellas brillantes, *ganador del premio Nebula de 1985 y que puede leerse en castellano en el volumen* PREMIOS NEBULA 1985 *(Ed. George Zebrowski, colección Libro Amigo, núm. 39/ciencia ficción 11, Ediciones B).*

UNA LUZ EXTRAÑA *(1988) es la primera novela de ciencia ficción de Nancy Kress. También se inscribe en este género su última obra* BRAIN ROSE *(1990), una novela sobre el futuro cercano en torno a la polución, la reencarnación y la evolución de la especie humana con personajes de gran interés.*